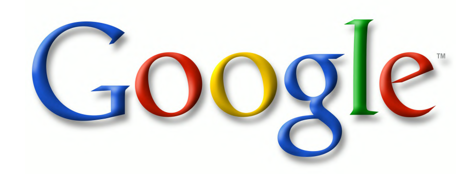








LA POLICÍA MODERNA


BARCELONA


LA
OLICIA
oderna
SECRETO
DE LA
CRIMINALID
CONTEMPORÁNE
J. SE
EDIT
BARC
or
NIEL
EIXA.
ARTI
Planas
1893

LA POLICÍA MODERNA

SECRETOS DE LA CRIMINALIDAD CONTEMPORÁNEA

CUADROS DE ACTUALIDAD

DESCRITOS POR

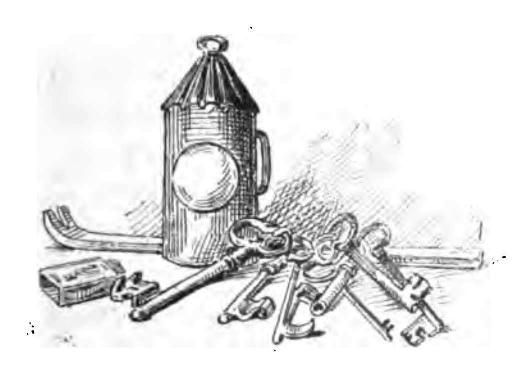
DANIEL FREIXA Y MARTÍ

Antiguo Jefe de Policía de varias provincias, jefe honorario de Administración Civil, Caballero de la real Orden de Isabel la Católica, Comendador de la misma Orden, condecorado con la medalla de Alfonso XII y Benemérito de la Patria.
Fundador, propietario y actual director del Centro de informes comerciales de Barcelona LA VIGILANCIA Y SEGURIDAD MERCANTIL, propietario y director del periódico comercial EL PROTECCIONISTA.

ILUSTRACIONES

DE

EUSEBIO PLANAS



BARCELONA

SEIX editor

1893

Establecimiento tipográfico «La Publicidad,» de Roca y Ronsart
Calle del Conde del Asalto, 45, bajos.—Barcelona.



BREVES CONSIDERACIONES DEL AUTOR

QUE la criminalidad en España ha adquirido colosales proporciones, especialmente desde los dos últimos tercios del siglo actual, es indudable.

Que los medios para realizar el crimen se han multiplicado, que el ingenio se ha puesto al lado del criminal para facilitarle recursos con que realizar sus propósitos, y que la industria y la misma ciencia han acudido en su ayuda, no se puede negar tampoco.

Pero este mal ¿es puramente endémico en España? ¿Es obra exclusivamente de nuestro pueblo ignorante, de los hábitos de holganza, de la educación descuidada, ó de los malos instintos de los que siguen tan perniciosa senda?

¿Es que hay algo ingénito en el ser que nace, que le impulsa á seguir ese camino y que le obliga á dedicar su actividad y su inteligencia á esa labor incesante de perfección y

de sutileza que llega hasta el extremo de burlar los recelos, las sospechas, las precauciones de los particulares y de las autoridades, para evitar la comisión de ciertos crímenes?

Nosotros no creemos, no podemos creer en esa especie de predestinación.

De la madre común, de la tierra, brotan toda clase de arbustos.

Firmes, derechas, llenas de vida elévanse las ramas en los unos, y torcidas, defectuosas, rebeldes desde el principio, muéstranse las de los otros.

El agricultor dedica toda su perseverancia, todo su celo, todos sus cuidados á las segundas mejor que á las primeras, y más ó menos pronto obtiene el resultado que se había propuesto, y el arbusto defectuoso y lleno de vicios llega á convertirse en árbol frondoso, rindiendo abundantes y sabrosos frutos.

Tal juzgamos también al criminal.

La sociedad, las leyes, las autoridades, deben hacer el oficio del agricultor, con esa rama torcida del poderoso plantel humano.

Pero si hay lenidad en los unos, indiferencia en los otros y abandono en todos, las ramas viciosas se multiplican y las monstruosidades humanas van acentuándose más cada vez.

En los primeros años del presente siglo, la criminalidad revestía, por lo general, un solo carácter, que era el brutal, digámoslo así, con mejores ó peores formas.

Existía el bandido que en el camino real atacaba al viajero indefenso, hacía frente á las partidas que le perseguían y que no daba cuartel, porque sabía muy bien que tampoco podía encontrarle.

Existía el malhechor que entraba en los poblados, fracturaba puertas, escalaba ventanas, se ocultaba entre las som-

bras de la noche y dejaba siempre tras de si las huellas de la sangre y de la desolación.

Pero estos medios de robo estaban ya previstos; á veces la fuerza se repelia con la fuerza, y eran muchas las ocasiones en que el criminal sucumbia en la pelea.

En el extranjero, habiase ya perfeccionado algo más el crimen.

Ya no se limitaba al puñal ó al veneno; se buscaban otros procedimientos, se emprendian otras vias, y la falsificación por una parte, la excitación de la codicia por otra, la credulidad, hábilmente explotada en muchas ocasiones, estaba dando maravillosos resultados.

La dificultad de comunicaciones, la especie de aislamiento en que vivian los pueblos, impedia la propagación de aquellas enseñanzas, y en España continuamos todavia durante todo el primer tercio del siglo, con nuestros famosos bandoleros de los caminos reales, con nuestras partidas de escopeteros, insuficientes para castigarles, y con los brutales atentados realizados en las poblaciones.

Mas desde el momento en que las comunicaciones fueron fáciles, en que el *pik-poket* de Londres y el astuto y sagaz *voleur* francés traspasaron la frontera para esquivar la persecución de su pais, y pudieron traer sus conocimientos al germen criminal que en el nuestro, como en todos los pueblos existe, comenzaron á cambiar las formas, y el capital se vió más seriamente amenazado, porque sus enemigos habian variado de aspecto.

Desde el procedimiento del *entierro*, hasta el *timo* en sus múltiples manifestaciones, todo se empezó á poner en juego.

Nuestros establecimientos penitenciarios, nuestras cárceles, fueron convirtiéndose en escuelas teóricas del crimen, y en ellas se fraguaban hechos que, más tarde, se llevaban á

la práctica, sin que, á pesar de las reclamaciones que un dia y otro venian haciéndose, se preocuparan los gobiernos de aquel mal que tan graves proporciones iba tomando, ni los particulares trataran de vivir prevenidos contra las astucias y la perversidad de los criminales.

Merced á esto, diariamente se registran ingeniosísimas estafas, robos audaces y falsificaciones de importància, que si no dejan como huella el reguero de sangre del crimen legendario y vulgar, por decirlo así, en cambio llevan la desolación, la ruina y el llanto al seno de gran número de familias, producen á veces el suicidio, y en algunos casos sirven también para la realización de otros crímenes.

La tinta *simpática*, la pluma impulsada por una mano hábil, el porte distinguido, la palabra fácil, el incentivo de una ganancia en el descuento de unos documentos de crédito, la codicia, el guante blanco, la mujer hermosa, el escribano venal, el juez prevaricador, el tribunal indulgente, la interpretación torcida de la ley, la escasa fuerza moral de los mismos agentes de policía, la absorción completa de los gobiernos en los asuntos políticos, y, por ende, el abandono de las cuestiones sociales, constituyen el fomento, son los elementos poderosos en que se ampara el crimen, formando con su amalgama el fermento en que se nutre, en que se anima, en que se desarrolla, esa terrible larva social que constituye el criminal moderno.

Nosotros creemos, porque en nuestra larga carrera ocasión hemos tenido de tratar con criminales de toda especie, que el criminal no nace, sino que se hace.

Y se hace por los medios en que vive, por los objetos que le rodean, por la educación que se le da, por el descuido con que se le atiende, por la indulgencia con que se le trata, y, finalmente, por su unión más tarde, cuando comete la pri-

UBSECRETARÍA

Sección 1.ª

Negociado 1.º

La Reina Regente del Reino, en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.), ha tenido á bien nombrar á V. en comisión Inspector de primera clase del Cuerpo de Vigilancia en la provincia de Barcelona con el sueldo anual de tres mil pesetas

....

....

De Real orden lo digo á V. para su conocimiento y satisfacción.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 24 de Junio de 1892

Sr. D. Daniel Freixa Delegado especial del Gobierno en Barcelona

Facsimil del real nombramiento á favor de D. Daniel F[redacted]

mera falta, con endurecidos seres, con verdaderos profesores de vicio, que le estudian, que le alientan, que le educan, en fin, para la carrera que ya resueltamente emprende desde entonces.

Pero si en vez de la cárcel, de la vida en común, del contacto íntimo con todos los vicios bajo su más repugnante aspecto, á este enfermo moral se le pusiera en un medio ambiente sano, en contacto con la honradez y con la virtud; se despertaran en él los hábitos del trabajo, se le enseñara la ventaja del ahorro, se le tendiera, por todos estilos la mano, llegaría indudablemente el día en que aquel miembro social enfermo, fuera útil y beneficioso á sus semejantes.

No negaremos que existen seres rebeldes á todo tratamiento, deformidades humanas que lo mismo en el mundo físico que en el moral, ni hay crisol que les purifique ni castigo que les dome, ni reflexión que les convenza.

Pero para esos, también una sociedad previsora, un gobierno que se inspire en los verdaderos principios de la moral social, tiene elementos á mano para ponerles en condiciones, si no de que en absoluto sean inofensivos, cuando menos que no sean tan perjudiciales.

Por otra parte, la masa social en general, y perdónesenos lo atrevido de la frase, se hace cómplice del criminal moderno, pues complicidad es, no mostrarse severa con la primera falta, no prevenirse para la segunda y aceptar de buenas á primeras á cualquier individuo que se presenta en ella con apariencias de hombre de negocios, que la seduce con sus ofertas, que la fascina con su lenguaje, y que más tarde, por no confesar que ha sido indignamente burlada, hasta trata de ocultar el mismo hecho de que ha sido víctima.

Unas veces, un mal entendido egoismo, el deseo criminal de que otros sean á su vez víctimas como ellos lo han sido

de la audacia y de la astucia de un farsante, les hace callar; otras, la seguridad que tienen de las molestias y dilaciones que han de causarles los procedimientos judiciales, los vacíos que existen en la ley, y de los cuales saben aprovecharse perfectamente los bribones, el no querer añadir á lo perdido la serie de idas y venidas al juzgado, de declaraciones, careos, etc., etc., les impone el silencio; y todo esto sin añadir que muchas veces el criminal que hoy entra en la cárcel en virtud de una estafa, á los pocos días se encuentra en libertad, todo esto, repetimos, contribuye á prestar alas á los que tantas han llegado á adquirir.

Sobreviene uno de esos acontecimientos que demuestran todo el cinismo y toda la desvergüenza de los criminales, y la sociedad en general, el comerciante, el banquero, la sociedad de crédito, el hombre de negocios, se agitan, se conmueven, hacen propósitos para evitar encontrarse en un caso semejante al de los que hubieron de sufrir las consecuencias de aquel hecho punible, pero esto no pasa del primer día.

Al siguiente, se comenta no más, y al tercero, ya se ha dado al olvido, hasta que alguno vuelve á ser víctima de un suceso análogo.

Y precisamente esta facilidad de olvidar que tiene la sociedad, es la que constituye su complicidad, si así podemos expresarnos, en la criminalidad moderna.

Es adagio vulgar en nuestro país el de que «nadie se acuerda de Santa Bárbara sino cuando truena,» y concretándole al asunto que nos ocupa, es de una verdad abrumadora.

Se llama la atención del comercio, se aconseja á los hombres de negocios, se avisa á los incautos, y por todos los medios que en el día facilita tanto la publicidad, se sabe lo que ha sucedido en tal ó cual parte, y los recursos que se pueden emplear para evitar otros hechos semejantes.

Pero nadie hace caso, ninguno se preocupa, y si acaso, se permiten hasta acusar de exagerado pesimismo al que pretenda aconsejar que se dude de todo para no exponerse á perder mucho.

Mas llega el acontecimiento previsto por algunos, mas inesperado para la generalidad, y entonces todo son quejas, todo son proyectos, todo es excitar el celo de las autoridades para descubrir y castigar á los criminales.

Y si las autoridades no dan con ellos, en ese caso toda la responsabilidad se hace caer sobre éstas y especialmente sobre el cuerpo de policía, á quien se acusa de inepto, de impotente y hasta de venal, y no se quiere reconocer que ellos mismos con su excesivo descuido dieron las primeras facilidades al criminal.

Otras muchas consideraciones de un orden más elevado podríamos hacer aquí, pero las reservamos para cuando lógicamente se desprendan de los mismos cuadros que vamos á presentar á nuestros lectores.

Estos cuadros están tomados del natural; en la mayoría de ellos hemos tenido que intervenir, y lo único verdaderamente nuestro que en ellos puede haber, es la forma bajo la cual hemos de presentar los personajes, cuyos verdaderos nombres, por razones fáciles de comprender, hemos tenido que alterar.

Puestas en acción aquellas escenas, quedará demostrado lo que dejamos ya expuesto en otro lugar: que la imprevisión, el afán de lucro, la indolencia, el descuido, la excesiva confianza, son factores de gran trascendencia para los que nada descuidan, para los que han educado su inteligencia en la sutileza más refinada, para los que están en todo, porque precisamente de un descuido suyo dependería que se malograse la empresa que acometen

¿Puede ser de alguna utilidad la obra que escribimos?

Si bajo la forma recreativa que empleamos, se quiere encontrar la enseñanza práctica que de los mismos hechos se desprende, creemos que sí.

Mas si se la considera como un libro más, sobre los que ya se han publicado con el mismo asunto, en tal caso que no se quejen mañana los que sean víctimas de hechos parecidos á los que vamos á describir, y cuyos detalles son sin duda alguna los que merecen ser conocidos.

De todos modos, según nuestro leal saber y entender, descubriendo los hilos en que se sostiene la criminalidad moderna, mostrando la trama que constituye el grado de perfeccionamiento á que ha llegado, creemos haber cumplido con nuestra conciencia.

DANIEL FREIXA Y MARTÍ.





CAPÍTULO PRIMERO

El principio de la carrera

En una habitación de preferencia de la cárcel de Barcelona, un caballero representando sobre treinta años, de arrogante figura, y de aspecto simpático y distinguido, estaba leyendo algunas cartas.

Llamábase D. Emilio Matasanz, y estaba preso por sospechas de complicidad en una estafa verificada poco antes.

Entre las cartas que leía había una de América, cuyo contenido le hizo exclamar:

—¡Lástima sería que á la llegada de ese mozo estuviera yo aquí todavía! Un negocio de semejante importancia no puede confiarse á nadie.

Y volvió á leer la carta, que decía así:

«Querido Emilio: Me preguntas en la tuya cómo van por aquí los negocios. Muy mal, la gente anda muy escamada y

apenas si se saca para vivir. En cuanto pueda reunir para marcharme á esa, creo que me verás.

»Por lo que pueda servirte, y por lo que tú puedas servir voy á darte una noticia.

»Dentro de dos ó tres meses, ó tal vez antes, va á marchar á esa un amigo, que no ha estado nunca en Barcelona. Es persona sumamente comunicativa, pero adolece de *veinte mil defectos* que le siguen á todas partes, y que en esa pueden producirle algún disgusto.

»Si cuando se marche estoy aquí todavía, como espero, te avisaré, porque sentiría que le sucediese alguna tontería por efecto de la circunstancia expresada.

»Supongo que ya recibirías las letras que te remití.

»Me alegraré que el resultado haya correspondido á tus esperanzas.

»Si quieres enviar algo, ya sabes que siempre llegará bien.

»Yo, en cambio, no te doy más que molestias como la que te ocasionará ese pobre amigo mío, en el caso que se decida por hacer el viaje.

»Adiós, querido Emilio, y hasta otra.»

—Claro se ve,—murmuró Matasanz,—que ese caballero se nos viene pudiendo disponer de veinte mil duros, que sin duda los traerá en letras. ¡Qué buen *timo* se le podría dar!

Y abrió otra carta, dirigida por el correo interior, cuyo contenido era el siguiente:

«Amigo: Hace dos días tiene ahí V. un muchacho con unas manitas que pueden ser de oro, y un corazón como el primero. Si V. le toma bajo su dirección, será de los de la alta escuela.

»No tiene una *mota* y por lo mismo es más fácil su adqui-

sición. Lléveselo V. á la preferencia y así tendrá ocasión de estudiarle. Se llama José Miramar.

»Nada más le digo; el negocio de las lanas parece que será beneficioso.»

—Vamos á ver dónde está ese perillán, — dijo Emilio, haciendo pedazos la carta.

Llamó al carcelero y le dió orden de que averiguase dónde estaba José Miramar, que había llegado hacía dos ó tres días, y si le habían puesto en comunicación, le hiciera subir al departamento de primera, donde él pagaría su estancia.

Y para justificar semejante interés, añadió que un amigo suyo estuvo á verle el día anterior y se lo recomendó.

Solo volvió á quedarse otra vez en su habitación Matasanz; pero no por mucho tiempo.

La puerta se abrió, y una señora, revelando en su rostro la tristeza que la inspiraba aquel lugar, penetró en el cuarto.

Al ligero rumor que produjo, alzó la cabeza Emilio y dijo levantándose de su asiento y acercándose á la recién llegada, cuyas manos estrechó con efusión:

—¡Gracias, Lucía, gracias, porque traes con tu presencia un rayo de luz que ilumina la obscuridad de esta horrible mansión!

—¡Ay, Emilio! si me hubieses creído, no estarías aquí.

—¡Qué quieres, hija mía!, ya está hecho y no debemos hablar de lo que no tiene remedio. Siéntate, y aun cuando no sea más que un momento, déjame que disfrute la inmensa dicha de contemplarte.

—Hay ciertas frases que no debes pronunciarlas, porque no es tu corazón quien las dicta; son hijas únicamente de tu cabeza, de esa cabeza tan bien organizada, por desgracia mía, para el mal, en vez de haberlo sido para el bien.

—¡Pero si aquéllo sabes ya que fué una locura! Compro-

misos que se presentan sin que uno los busque, que le atraen, que le fascinan, hasta que finalmente se queda enredado en ellos.

—No, no, Emilio, esos compromisos son los que constituyen tu existencia. ¿Por qué no fuiste franco desde el primer momento y no dijiste la verdad? Si yo hubiera conocido lo dudoso de esos negocios de que me hablabas, ¿cómo era posible consintiera que las cartas viniesen á mi nombre y dirigidas á mi casa? En fin, no hablemos más de eso, como has dicho muy bien. He buscado recomendaciones eficaces y presumo que dentro de poco conseguirás la libertad.

—¡Oh! ¡cuánto tengo que agradecerte!—exclamó Emilio estrechando de nuevo la mano de Lucía.—Eres la mujer más digna de ser amada que he conocido. Mi vida entera es poco para pagar lo mucho que debo á tu cariño.

—No, Emilio; mi cariño ha muerto, y tú mismo has sido su verdugo. Cuanto hago hoy en tu favor, es hijo solamente del deber que me impuse.

Iba á replicar el caballero, cuando el carcelero, á quien diera antes el encargo que ya conocemos, apareció en la puerta del cuarto, diciendo:

—Don Emilio, la persona que V. me dijo viene hacia aquí. Hoy le han puesto en comunicación.

—Con tu permiso,—dijo Emilio dirigiéndose á Lucía.

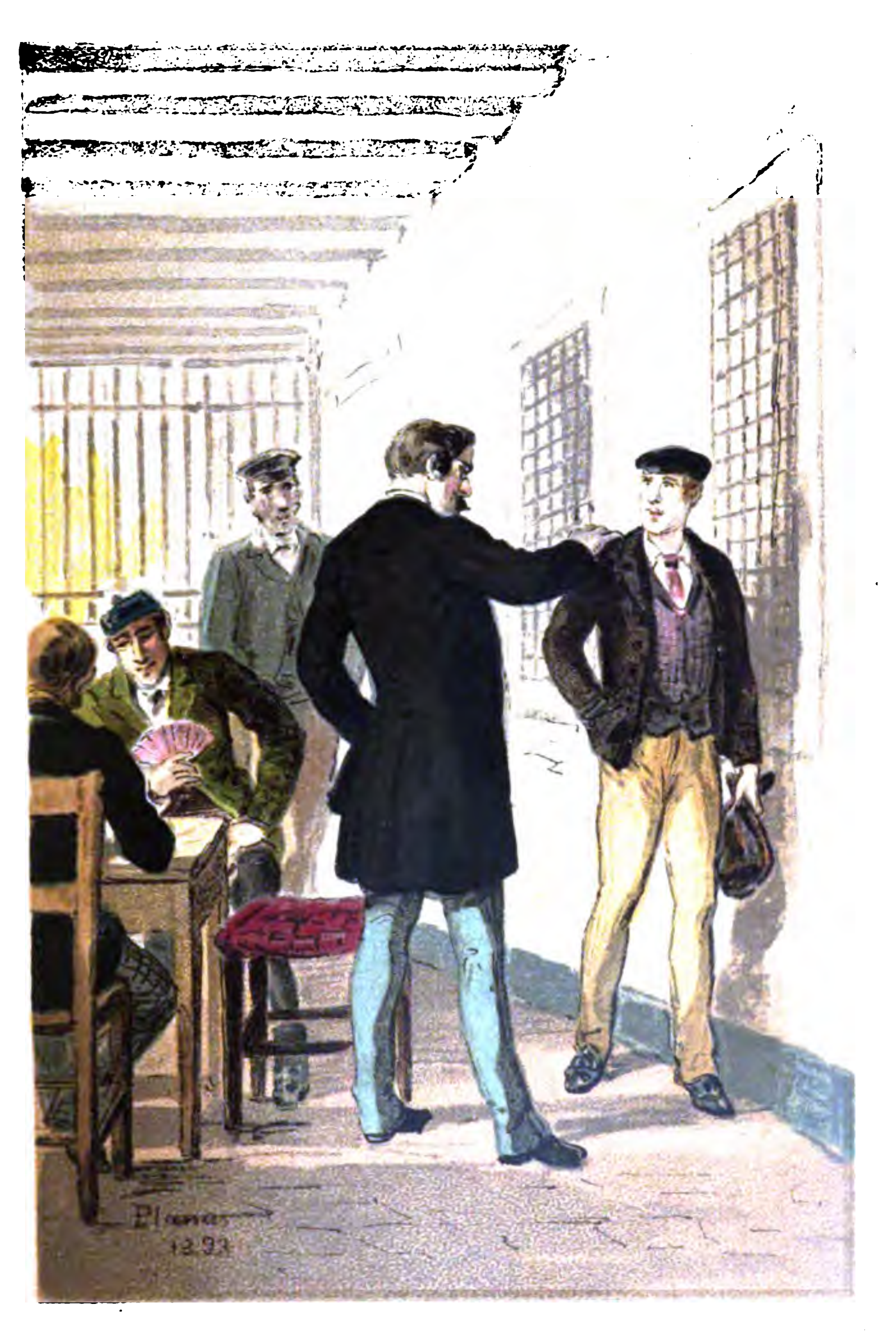
—No, que me voy á marchar también,—repuso ésta.

—Espérate un momento; ¡si despacho en seguida!

Y salió al corredor, donde había diferentes presos, sentados unos y paseando otros.

Por la puerta que daba ingreso al departamento de primera, apareció Pepe Miramar, precedido de otro carcelero.

Emilio fijó en él una mirada escrutadora.



Amigo ha venido V. muy bien recomendado.......

Y cuando estuvo cerca, le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—Amigo, ha venido V. muy bien recomendado y aquí estará perfectamente.

—¡Cómo! ¿es á V. á quien debo, ocupar este departamento, según me ha dicho el carcelero?

—Sí, señor, y tengo la seguridad, cuanto más le miro, que he de hacer de V. un hombre de provecho.

En este momento, la señora que estaba en el cuarto de Emilio salió, con el propósito de abandonar la cárcel.

Y al encontrarse con Miramar, se detuvo sorprendida exclamando:

—¡José!

—¡La señora!—dijo Pepe á su vez, lleno de asombro.

Emilio retrocedió un paso, y fijando su mirada en uno y otro no pudo menos de decir:

—¡Se conocen Vdes., por lo visto!

—¡Sí! Adiós, Emilio,—dijo la dama alejándose por la crujía adelante.

—Vamos,—añadió el carcelero que conducía á Pepe.

—Nos veremos después.

Y Emilio, pronunciadas estas palabras, entró en su cuarto, mientras Pepe seguía al carcelero.

*
* *

Una de las costumbres más perjudiciales que en nuestras cárceles existe, es el contacto más ó menos íntimo en que se encuentran los reclusos.

Lo mismo los departamentos de preferencia, que las cuadras donde se hacinan los que carecen de medios para me-

jorar su alojamiento, no son, en nuestro concepto, sino medios para facilitar la formación de planes criminales, que se llevan generalmente más tarde á la práctica.

El Estado tiene, no solamente la obligación, el deber, la necesidad de recluir al criminal, sino también de evitar, si es posible, que cometa nuevas fechorías y sobre todo conseguir que se corrija ó se enmiende.

¿Y consigue acaso, dadas las condiciones de nuestras cárceles, no ya la enmienda y corrección del preso, sino impedir que cometa nuevos crímenes?

Hemos dicho en otro lugar que las cárceles y los presidios, tal como están organizados, tal como están distribuídos y tal como se rigen en su orden interior, no sólo es imposible que respondan al pensamiento que presidió á su creación, sino que, por el contrario, el criminal incipiente desea entrar en la cárcel, porque tiene la seguridad de aprender algo, y el criminal envejecido en su peligrosa carrera, porque está seguro de encontrar abrigo, alimento y medios para combinar algún plan de infalible resultado.

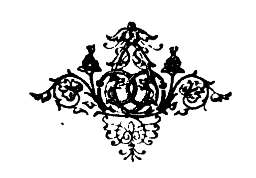
¿Qué organización es esa, en un establecimiento penitenciario, que obedece precisamente á las mismas condiciones, á los mismos usos, erigidos en leyes por la sociedad, que prestan todas las ventajas al que tiene dinero, y se las niegan al que carece de él?

Las habitaciones de preferencia, la fácil comunicación, el mejor trato, la comodidad relativa, todo lo obtiene, así sea el más reincidente criminal, el que cuenta con recursos bastantes para pagarlo.

En cambio, para el pobre, para el que nada posee, no existe más que el *patio*, la amalgama soez, lo grosero, lo hediondo, el servicio vergonzoso, el abuso indigno, el contacto íntimo con la podredumbre de la asquerosa llaga social,

siquiera el desdichado que en esta situación se encuentre, penetre allí por la vez primera, y sea levísima la falta, ó el hecho que le ha llevado.

La circunstancia de la reunión de Matasanz y Miramar nos ha sugerido estas ligeras consideraciones, pues fácilmente se puede presumir por lo que levemente apuntamos respecto á aquellos personajes, todo lo que de su unión podría resultar.





CAPITULO II

Lucía Casado y Emilio Matasanz

Lucía Casado era una mujer hermosísima.

Unida á un hombre anciano ya, pero inmensamente rico, sus padres arreglaron aquel matrimonio, que hizo derramar muchas lágrimas á Lucía, pero que colmó de ventura á su marido.

Éste, anciano, achacoso, sin familia, encontró en su esposa el ángel que hizo agradables al menos los pocos años que le quedaban de vida.

La joven procuraba ocultarle sus dolores, su angustia, su desesperación, y si en su semblante no resplandecía la alegría y la felicidad, se mostraba con su esposo amable, cariñosa y resignada.

Cuatro años duró su matrimonio.

Al cabo de ellos, quedó viuda y rica, porque su marido le dejó la fortuna que poseía.

* * *

Con semejantes condiciones, puede comprenderse que no le faltarían adoradores; pero Lucía había aprendido mucho durante aquellos cuatro años de matrimonio.

Su corazón no palpitaba por ningún hombre.

Todos sufrieron la misma suerte, y la conducta de Lucía fué tal, que aun los mismos por ella desdeñados, la otorgaban su estimación.

Viuda y huérfana, para evitar la maledicencia, ó cuando menos para que ésta no se cebase tanto en ella, envió á buscar una tía, anciana ya, que tenía en Zaragoza, y con ella se fué á vivir.

La camarera que tenía era la novia de José Miramar, á quien vimos en la cárcel, y al cual reconoció Lucía.

Una noche se dirigía la viuda hacia su casa, é iba á cruzar la calle de Fernando.

Distraída, mirando los objetos expuestos en una tienda, había bajado la acera y seguía mirando hacia atrás, cuando de pronto oyó algunos gritos y sintió que una mano la cogía fuertemente por el brazo, separándola instantáneamente de aquel sitio.

Un carruaje que iba sumamente arrimado á la acera, se echó encima de la joven, sin que ésta lo advirtiese.

* * *

Un momento más, y habría sido atropellada infaliblemente.

Los transeuntes que estaban más cerca, y vieron el peligro, lanzaron los gritos que escuchara, y un caballero que

estaba á su lado, la atrajo violentamente hacia sí, obligándola á subir nuevamente la acera.

Cuando Lucía pudo darse cuenta del riesgo que corriera, llenóse de espanto, y de tal modo se impresionó, que estuvo á punto de caer al suelo.

—Tranquilícese V., señora,—la dijo el caballero;—ahora ya ha pasado el peligro. Apóyese V. en mi brazo y entraremos en esta farmacia inmediata para que la den un antiespasmódico.

Lucía siguió maquinalmente á su salvador.

Una vez en la botica, y ya más tranquila, pudo mirar á la persona que tan amable se mostrara.

Representaba unos treinta años, y era lo que se llama un buen mozo.

Sus ojos negros brillaban á través de los anteojos con engarces de oro, que llevaba puestos.

Vestido con elegancia, todo en él respiraba una distinción y un buen gusto que le hacían extremadamente simpático.

—Doy á V. gracias, caballero,—dijo Lucía,—por lo mucho que ha hecho por mí.

—¿Por qué, señora? ¿qué fué lo que hice? Lo mismo que en lugar mío pudiera haber realizado cualquiera otro de los transeuntes que cruzaban por la calle. Lo único de que sí me felicito, es de haber podido contribuir, aun cuando en parte muy pequeña, á su salvación.

—Jamás olvidaré que le debo la vida.

***

Lucía fué á salir de la farmacia, y su salvador se ofreció galantemente á acompañarla hasta su casa.

No era posible que la joven rehusara, máxime después de lo que había sucedido.

Lucía supo que su salvador se llamaba Emilio Miramar, que era representante de varias casas extranjeras, se hallaba bastante complicado en política, se hospedaba en la fonda de Oriente y disfrutaba de una posición desahogada.

Emilio conoció á su vez las condiciones excepcionales en que se encontraba Lucía, y obrando con el tacto y la discreción de un verdadero hombre de mundo, en aquel corto trayecto, hízose cargo de tal modo de lo que era la viuda, que cuando más tarde se separó de ella á la puerta de su casa, llevándose la autorización para poderla visitar al día siguiente, iba murmurando:

—Esta es la mujer que me conviene. Completamente independiente en afecciones y en posición, sin vínculos que la liguen con nada ni con nadie, puede llegar á ser lo que yo quiera.

Y quizás algo más pensativo que de ordinario, Emilio se marchó á la Rambla, deteniéndose breves momentos en el llano de la Boquería, frente á la calle de San Pablo.

Miró el reloj y dijo:

—Ya no deben tardar; son las nueve, y lo mismo el uno que el otro saben que no me agrada esperar.

***

Y efectivamente, como si sus palabras hubieran sido una evocación, por la calle de San Pablo apareció otro caballero que, sin aparentar haber reconocido á Emilio, hacia él se dirigió en línea recta, exclamando al reunirse:

—¡Caramba! ¡amigo mío! ¿V. por aquí?

—Hace pocos días que he llegado,—repuso Emilio,—y no creí tener el placer de verle.

—¿Piensa V. estar mucho tiempo en Barcelona?—preguntó el recién llegado.

—No lo sé; dependerá del estado de los negocios.

Mientras así hablaban Matasanz y el amigo que se le había acercado, tanto el uno como el otro fijaban escrutadoras miradas á su alrededor.

—No hay nadie,—dijo en voz baja el que había aparecido por la calle de San Pablo.—No hay más que aquel municipal que está junto al farol, y es completamente inofensivo.

—Pues despachemos pronto,—repuso Emilio,—¿qué firmas me trae V.?

—Cinco. Dos de Londres, una de París y dos de Madrid.

—¿Están ya puestas en los documentos necesarios?

—Sí, señor.

—Pues vengan. Mucho cuidado al darme esos documentos. Mire V. á todas partes, Rosendo, que es necesario no omitir precaución alguna.

*
* *

Rosendo, fingiendo contestar á una pregunta hecha por su interlocutor, dijo alegremente y en voz alta:

—Con que V. quiere que le dé una tarjeta, ¿no es esto?

—Si tengo tiempo, tendré sumo gusto en visitarle.

—Pues ahí verá V. donde vivo.

Y al decir esto sacó de la cartera unos papeles que entregó á Emilio.

—De modo que las firmas son...

—Rodriguez hermanos y Avelino Martínez de Madrid,—contestó en voz baja Rosendo;—Thompson y Murray, de Londres, y Duberrier, de París.

—¡Buenas firmas! Las conozco.

—¿Quiere V. algo más?

—No. Dentro de dos dias, en este mismo sitio. Silencio y precaución.

—No tenga V. cuidado.

***

Imposible parece que con tal impudencia, con semejante descaro, se atrevan los criminales en lugares tan públicos y casi ante la misma vista de los agentes de la autoridad á combinar planes, á darse citas, á cambiar impresiones, sin que nadie sospeche de ellos, sin que nadie les conozca y sin que nadie les persiga.

Y tanto más extraño ha de parecer esto, cuando la mayoría de ellos han visitado las cárceles más de una vez, cuando ya debiera tenerse su filiación exacta, y sobre todo, cuando la vigilancia de la autoridad fuera una verdad, que por desgracia no lo es.

Y no puede serlo, porque los repetidos cambios en el cuerpo de policía, llevando á él nuevos individuos, protegidos por un padrinazgo más ó menos influyente, impiden que haya un personal fijo que esté connaturalizado, por decirlo así, con el bribón; que le estudie, que le vigile, que sepa seguirle á través de sus diversas transformaciones, para impedir oportunamente la realización de sus designios.

El cuerpo de policía debiera ser inamovible y compuesto de escogido personal, y por desdicha, la perniciosa influencia política también se deja sentir en él, siendo, por lo tanto, deficiente para la misión que está llamado á cumplir.

***

Merced á estas causas, Emilio podía tener sus entrevistas en lugares tan concurridos como el citado ya, y una vez que

se hubo separado de Rosendo, quedóse inmóvil en el mismo sitio, durante un buen espacio, y cuando estuvo seguro de que se hallaba lejos, dirigióse en línea recta al lado opuesto, frente á la calle de la Boquería, y tan distraido caminaba que fué á tropezar con otro caballero que allí estaba parado, el cual exclamó:

—¡Caramba! ¿No ve V.?

—Usted dispense,—se apresuró á contestar Emilio,—soy un poco corto de vista.

—Sí, pero el ser corto de vista no autoriza para tomar á una persona por un guarda-cantón.

—Ya he dicho á V. que me dispense.

—Está V. dispensado.

Y bajando la voz preguntó:

—¿Qué hay?

—Necesito saber mañana mismo, á esta hora, qué casas de Barcelona tienen relaciones y pueden abonar letras de las razones sociales Murray y Thompson de Londres, Rodriguez hermanos y Avelino Martinez, de Madrid; y Duberrier, de París, y hasta qué cantidades pueden pagar.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pronto hemos concluido.

—No olvide V., Máximo, el encargo que le tengo hecho respecto al Banco; es un negocio capaz de sacarnos de pobres.

—No lo descuido; pero á veces no se puede hacer todo lo que se quiere.

—Mañana espero saber lo que le he dicho.

—Lo sabrá V. ¿Quiere algo más?

—No, señor.



CAPITULO III

Amor por conveniencia

EMILIO estuvo á visitar á Lucía, cuyo agradecimiento y el de su tía obligaron á Emilio á decir en más de una ocasión:

—Pero, señoras, por Dios; cualquiera que las escuchase creería que hice una gran cosa.

—¡Si le parece á V. poco haberme librado la vida!...

—Eso fuera muchísimo, á ser verdad. Pero allí éramos varios los que estábamos.

—Y V. solo quien me retiró del peligro.

—Porque me adelanté á los demás.

—Vamos, vamos, Emilio, no diga V. eso; no quiera empequeñecer su acción.

—Hablemos de otra cosa si á Vdes. les parece, que este asunto resulta ya un poco trasnochado.

Y el caballero estuvo oportuno y decidor en su conversación, demostrando que poseía al dedillo esa tecnología especial de la buena sociedad, las aventuras que en ella ocurren y esa especie de sátira, sumamente agradable, cuando quien la maneja tiene el tacto suficiente para picar, no más, y no profundizar la herida.

Cuando Emilio se marchó, tía y sobrina estuvieron largo rato hablando de él, aun cuando en honor de la verdad diremos que Lucía, en su pensamiento, habíase estado ocupando mucho del interesante salvador que la suerte le proporcionara.

* * *

Cuatro días después repitió Emilio su visita.

Lucía no fué dueña de dominar la satisfacción que experimentaba.

De igual manera que la vez anterior, Emilio se mostró locuaz é inteligente en las conversaciones que sostenía.

Se habló de viajes, de artistas, de teatros, de literatura, y en todo ello estuvo demostrando lo profundo de sus conocimientos y la buena educación recibida.

Entre las muchas cosas de que hablaron, tocóse una cuestión que en aquellos momentos preocupaba á todo Barcelona, y de la cual habían tratado extensamente los periódicos

Una importante casa de banca había sido víctima de un timo de gran consideración.

Por telégrafo, la honorable casa de Murray y Compañía, de Londres, avisó á la casa Hijos de Ramírez, de Barcelona, que abonase á la vista un cheque entregado á D. Antolín Rosales, procedente de Buenos Aires, que debía embarcarse en Barcelona para regresar á su país.

El cheque era de 2.000 libras y la casa de Barcelona ante el telegrama y la firma de la casa inglesa, abonó, según se le ordenaba, á la vista, la cantidad citada.

Pero sucedió que inmediatamente de verificado el pago, la casa de Barcelona, por telegrama también, avisó á la de Londres que quedaba atendida su orden, y entonces se supo que ni el cheque era bueno ni la casa Murray había expedido el telegrama, ni tampoco constaba en las oficinas telegráficas de Londres que de allí saliera.



Púsose en movimiento la policía; la oficina telegráfica de Barcelona no tenía noticias de aquel telegrama, y en resumen, se vió claro y patente que no se trataba sino de una estafa, hábilmente concebida y audazmente ejecutada, cuyos autores permanecían envueltos en el más profundo misterio.

La casa de Barcelona daba las señas del ordenanza de telégrafos que había llevado el parte, así como las del supuesto D. Antolín Rosales, pero ninguno de los dos pudieron ser encontrados por la policía.

Este suceso, como se comprende muy bien, causó extraordinaria sensación, era el tema de todas las conversaciones y durante un buen rato estuvo sirviendo de objeto á la sostenida por Emilio y las dos señoras.



¿Quién, en el caso á que acabamos de referirnos, había sido el verdadero cómplice de los atrevidos timadores? ¿Quién debía resultar como verdadero culpable, careciendo, digámoslo así, de derecho para quejarse?

Ruda quizás sea nuestra opinión, dura podrá parecer á los que fueron víctimas de aquel accidente, accidente que por desgracia se ha repetido muchas veces, no sólo en Barcelona, sino en otras plazas comerciales; pero como nos hemos propuesto decir la verdad y emitir nuestra opinión, robustecida por tantos hechos en que hubimos de intervenir, la responsabilidad primera, la complicidad inconsciente, no lo negamos, pero complicidad al fin, pertenece á la casa que abona una cantidad semejante sin tomar las debidas precauciones.

Podrá decírsenos que, conocida la solvencia de la casa mandataria, ratificada convenientemente la firma, pudiera parecer una descortesía no atenderla en el momento ó podría argüir también carencia de fondos para cubrir el giro.

Pero nosotros opinamos que en asuntos comerciales debe prescindirse de las buenas formas sociales, y lo primero de todo es asegurarse de la procedencia de la orden.

Un simple telegrama puesto algunas horas antes, habría evitado la comisión de la estafa.

Desconfianza y cautela es lo que en nuestra opinión debe tener el comerciante y el banquero, sin que por esto pretendamos decir que se trate con aspereza, ni que se rechace al que, con un efecto á cobrar, se presente en sus respectivas cajas.

Hácese alarde, á veces, en muchas casas de una desconfianza excesiva respecto á asuntos triviales, y, ya sea por presunción, ya por darse la importancia de que á la vista pueden atenderse giros de consideración, se abonan éstos, y cuando *á posteriori* trata de justificarse el pago, se tropieza con el crimen, que bien pudiera haberse evitado si *á priori* se tomaran las precauciones necesarias.

*
* *

Poco á poco las visitas de Emilio á casa de Lucía fueron menudeando; ya se le veía algunas veces acompañar á la hermosa viuda, y como aquél era muy conocido entre el comercio, porque efectivamente desempeñaba algunas comisiones, hubo amigos de Lucía que le dieron la enhorabuena, suponiendo que el comisionista hubiese aumentado el número de sus adoradores.

Pero hasta entonces, el salvador de Lucía nada había significado respecto á sus pretensiones amorosas.

Galante, atento, obsequioso se mostraba con la joven, mas sin que la palabra amor se mezclara en sus conversaciones.

Esto mortificaba algún tanto á Lucía.

Porque sin que ella misma pudiera darse cuenta de ello, estaba interesada por su salvador, y al ver que éste no pasaba de tratarla como á una amiga más ó menos íntima, había momentos en que se mostraba algo resentida.

Emilio tenía sobrado conocimiento del corazón humano para no adivinar lo que pasaba en el de Lucía.

Mas no le convenía declararse todavía, y continuó sosteniendo aquel papel un par de meses más.

Al cabo de este tiempo, Lucía estaba verdaderamente enamorada de Emilio.

* * *

La joven no había amado jamás.

Casada, según dijimos, sin amor y con un anciano que por esta misma circunstancia y la de sus achaques, no era el ser más á propósito para inspirárselo, había llegado á la edad que tenía con el corazón virgen de amor.

Cuando Emilio juzgó segura la presa, entonces fué cuando se lanzó resueltamente.

Inútil es decir cómo fué acogido.

Lucía creyó volverse loca de alegría y se consideraba la más feliz de las mujeres.

Emilio supo de tal modo fascinarla y enloquecerla, que al cabo de dos meses más, la hermosa viuda ya no podía negar nada á su amante.

Obtenido este triunfo, Emilio comenzó á preparar el plan que había concebido.

Hablábase por entonces de asuntos políticos, con alguna insistencia, y el amante de Lucía mostrábase preocupado, inquieto y como temeroso de que pudiera sobrevenirle alguna desgracia.

En vano le interrogaba Lucía; en vano pretendía conocer la causa de tan anómala situación; Emilio permanecía reservado, excitando más violentamente con este proceder la curiosidad de su amada.

* * *

Por fin consiguió lo que se había propuesto.

Que ésta le rogara tanto, que al fin no tuvo fuerzas para seguir resistiéndose, según dijo, y habló á Lucía de los compromisos políticos que arrostraba y de la necesidad que tenía de buscar una persona segura y fiel que recibiese la correspondencia que á él se le dirigía.

Creyóle Lucía y le dijo que estaba dispuesta á recibir las cartas que se la enviasen, entregándoselas inmediatamente.

Resistióse Emilio; insistió su amada, hasta que finalmente quedó acordado así, que era lo que desde un principio había pretendido el audaz timador.

Porque Emilio Matasanz no era más ni menos que un timador audaz, un criminal de la alta escuela, si así nos pode-

mos expresar, cuyo verdadero nombre es sumamente conocido en los registros de la policía.

Desde aquel momento, Lucía recibió todas las cartas que desde diversos puntos se dirigían á su amante.

Cada vez más ciega, ni sospechaba de él, ni podía suponer quién era.

Es verdad que aun cuando lo hubiese sabido, tales raíces echara en su corazón el amor que sentía, que aun siendo criminal, lo aceptara sin vacilar.

***

Algunos días después, otra casa de banca fué víctima también de una estafa.

Esta, se había verificado por medio de la sustracción de documentos, de diversas cartas. Un cartero fué reducido á prisión, y por sospecha de complicidad y en medio del asombro de cuantas personas le conocían, Emilio Miramar fué conducido á la cárcel.

Entonces cayó la venda de los ojos de Lucía.

Empero, su corazón no cambió en lo más mínimo sus sentimientos respecto á Emilio.

Lo único que hizo, fué encerrarlos en el fondo de su pecho sin darles ya expansión alguna.

—Emilio,—dijo á su amante el primer día que fué á verle en la cárcel.—Te he querido como mi primero y mi único amor. De tal modo me has herido con el engaño de que me has hecho víctima, que mi amor, sensitiva inmaculada, al sentirse profanada, ha plegado sus hojas y no volverá ya á desplegarlas. Seré tu amiga, tu compañera de infortunio; haré por tí cuanto pueda; pero no llames á las puertas de mi pecho para buscar mi amor, porque no le encontrarás.

dado las instrucciones necesarias. Te hace falta dinero y te he indicado cómo y dónde lo has de encontrar. Procura adquirir relaciones con alguien de la policía, pero sin que parezca que eres tú quien las busca. Esto siempre da buen resultado, porque se sabe algo que á uno le conviene. La dueña de esa casa de huéspedes que te recomiendo, puede servirte, porque como tiene dinero, no está mal relacionada, en lo que cabe, para una mujer de su condición. Es buena y su flaco ya te he dicho que es el creerse que todavía está en edad de agradar. Si consigues que se lo crea, obtendrás todo lo demás. El día que des el golpe, tenlo dispuesto todo, para que de tí nada se pueda sospechar. No te separes de la casa en el momento en que se descubra la sustracción, y haz acopio de serenidad para poder desvanecer cualquier suposición que respecto á tí se hiciera. Entretanto yo habré salido ya de aquí y entonces nos ocuparemos de negocios de mayor importancia.

Pepe escuchaba atentamente los consejos y las indicaciones de Matasanz y no tardaremos en ver si supo hacer honor á su maestro.

*
* *

Antonio Moreno, estudiante de medicina, era un joven extraordinariamente simpático.

Además de su buena presencia, tenía un corazón noble y varonil, que en más de una ocasión habían puesto á prueba no sólo sus condicípulos y amigos, sino hasta los simples conocidos.

No podía ver una desgracia sin que procurase, por cuantos medios tenía á su alcance, aminorarla, si no podía remediarla por completo.

Dotado de un talento poco común, sencillo por naturaleza muy laborioso, lógico era que le apreciaran cuantos le onocían.

Su familia podia auxiliarle muy poco para la continua-ón de su carrera; pero Antonio no se apuraba por nada, uesto que podía atender, á la vez que á los estudios, á tros trabajos que le producían lo suficiente para su sosteni-ento y para ayudar al que lo necesitaba.

Vicenta, la dueña de la casa de huéspedes en que él vivía, n la calle de Xuclá, que observaba su proceder, en más de na ocasión le dijo:

—Repare V., don Antonio, que no está en condiciones de acer lo que le piden todos esos amigos, que no son más menos que cuatro gandules que le explotan. Hoy mismo an venido aquí unos á quienes he despedido con bastante equedad, porque francamente, aunque V. podrá decir que o no me importa, me duele ver que V. trabaja como un erro para mantener á esos viciosos. Una vez, dos... vaya, ento y bueno, que uno socorra al necesitado; pero hay mos-n de esos, que no parece sino que se ha propuesto vivir á sta de usted.

—Bastante desgracia tiene el que me necesita, Vicenta. demás, yo tengo cubiertas todas mis atenciones, y si los orro, es con lo que me sobra.

—No tanto, don Antonio, que más de una vez sé yo que a buscado V. dinero prestado, para dar á esos que V. llama sgraciados y que viven mejor que nosotros. Créame lo e le digo, tengo más experiencia que V. y sé los medios e que se vale esa gente.

Antonio acababa por reirse de las observaciones que la rona le hacía, sin que una sola vez pasara por su imagi-ón la idea de no socorrer á cuantos á él se acercaban.

Nada le apenaba más que ver un hombre en la flor de l
vida, privado hasta del indispensable alimento, y jamás se l
ocurrió preguntar cómo había llegado á semejante situación
porque comprendía que no siempre trabaja todo el que tien
deseos de ello.

Él, en cambio, además de la pequeña é insegura pensió
que de su casa le pasaban, tenía la suerte de estar colocad
en el escritorio de un afamado banquero, donde se le habí
asignado un sueldo, que por sí solo le permitía cubrir co
creces todas sus atenciones.

El banquero le profesaba el cariño de un padre y le habí
ofrecido en diversas ocasiones regalarle el título, cuando ter
minase su carrera.

Por lo tanto, y con esta seguridad ¿qué necesidad tenía d
mostrarse avaro?

* * *

Verdad era que pensaba casarse, tan pronto como termi
nase sus estudios, con la hija de la Sra. Dorotea, vecina de
segundo piso, muchacha de una hermosura angelical, y d
la cual se creía amado.

Cierto que Luisa Gómez no poseía más medios de vid
que los que le proporcionaba su profesión de oficiala mo
dista, y que él debería sufragar todos los gastos cuando s
tratara del casamiento; pero entonces, su protector D. Ro
mualdo Galán, el afamado banquero, le ayudaría sin dud
alguna.

Mas como todo esto estaba todavía muy lejos, tiemp
tendría de pensar en lo que había de hacer.

Mientras tanto, quería darse el placer de socorrer á su
desgraciados semejantes, porque en estas acciones encon

raba un goce mayor, si cabe, aunque de distinto género, que el experimentado al estar junto á su novia y al contemplar su espléndida belleza.

* * *

La joven, pagada, digámoslo así, de su beldad, enorgullecida de los piropos que á porfía le dirigían los hombres cuando iba por la calle, las continuas solicitudes que recibía y las ardientes miradas de que era objeto, había ido formando el carácter algo voluntarioso, y su afán por el lujo, con el objeto de agradar más, fué acentuándose progresivamente.

Su pobre madre, la corregía procurando distraerla de aquellas ideas que la dominaban; pero todo era inútil.

Luisa tenía aspiraciones de grandeza; quería ser objeto de entusiastas elogios; encender ardientes pasiones, en fin, ser una de esas mujeres que excitan la admiración de cuantos las ven.

¡Quién sabe lo que en aquella cabeza se agitaba, mientras cosía en el taller!

Quizás en su calenturienta imaginación se había forjado un mundo de riquezas.

El estudiante de medicina, era su novio sí, pero no acababa de llenar su corazón.

Le amaba por verse amada, pero un médico, aunque éste sea una eminencia, no podía proporcionarle el brillo, la riqueza, el mundo de placeres, en una palabra, que ella se había forjado.

* * *

La pobre Dorotea, más de una vez se afligió viendo la

torcida marcha que su hija seguía y la apenaba el que la mayor parte de su jornal, lo gastase en trajes y fruslerías innecesarias.

Y no era esto lo peor, sino que ya en varias ocasiones había tenido necesidad de recurrir á Vicenta, que era amiga suya, para poder atender á ciertos gastos.

Un día, Luisa llegó á su casa y tirando con enfado el pañuelo que llevaba en la cabeza, sobre una silla, dijo:

—Vaya, no quiero llevar más pañuelo. En cuanto cobre la semana, voy á comprarme un sombrero.

Dorotea no pudo menos de mirar con asombro á su hija cual si creyera que había perdido el juicio.

—¡Pero, hija mía, estás en tí!—exclamó por fin.

—Toma, ¿y por qué no? Pues no parece sino que el sombrero no se ha hecho más que para esas señoritas que tienen mucho dinero. Hoy el sombrero es, si se quiere, más barato que los pañuelos...

—Pero, hija mía, ¿no comprendes que el sombrero no está bien para una simple oficiala de modista? Tus mismas compañeras se reirían al verte.

—Eso no, porque ganando mucho menos que yo gano las hay en mi mismo taller que lo llevan.

—No te ocupes de lo que llevan las demás; cuando cambiemos de situación, cuando ya estemos más desahogadas...

—Ya tenemos aquí lo de siempre.

—Tenemos la verdad, hija mía. Tú sabes que he tenido que buscar prestado, que hasta he recurrido á la misma Vicenta, porque tú querías comprarte...

—¿A que resulta ahora que yo tengo la culpa?

—Bueno, bueno, hija; dejemos esta cuestión, porque no tengo ganas de incomodarme, ni de que tú te incomodes.



CAPÍTULO V

Cómo se facilita el camino

Torcida era la senda seguida por Luisa, sin que de ello debamos echarle toda la culpa.

Con ser tan beneficiosa para los campos el agua, si se deja deslizar el arroyuelo á su capricho, destruye plantíos, invade terrenos á los cuales perjudica, y hay momentos en que llega á ser elemento de luto y desolación, lo que debiera serlo de vida y prosperidad.

Encauzarle á tiempo, dirigirle oportunamente, y el arroyuelo ejercerá benéfico influjo en la comarca por donde discurra.

Esto precisamente era lo que á Luisa le había faltado cuando comenzó á deslizarse por el campo de la vida, como el arroyuelo antes citado.

El excesivo cariño de su madre, el encontrar agradable

cuanto hacía la niña, la sonrisa de indulgencia y la carencia de seriedad en los comienzos, dieron el resultado que lógicamente debieron dar.

Hay padres que creen que es falta de cariño, reprender á los hijos, castigarles, mostrarles seriedad y hasta dureza, y precisamente la verdadera falta de cariño consiste en ser demasiado indulgentes con ellos.

El niño es el arroyo. Dejarle crecer á su capricho es exponerse y exponerle, y las consecuencias de la descuidada educación y de la falta de oportunos correctivos, se comprende cuando ya es imposible remediarla.

Entonces, cuando se toca el mal, quiere extremarse el rigor, y de igual manera que la impetuosa y desordenada corriente arrolla el obstáculo que oponérsele quiere, el joven mal educado desde el principio, se irrita con el consejo, se enfurece con la corrección, y como cuerda tirante en tendido arco, se rompe, hiriendo á la vez el rostro de los mismos que pretenden corregirle.

Luisa se encontraba en este caso.

Su madre la contempló con exceso cuando niña; encantáronle sus gracias cuando joven; sacrificóse por ella á fin de que luciera, y cuando la mariposa empezó á tender sus alas, la pobre madre careció de fuerza para volverla al estado de crisálida y educarla de nuevo.

Escenas como la presentada en el capítulo anterior, se sucedían con harta frecuencia entre hija y madre, y aun cuando ésta se resistía á satisfacer ciertos caprichos, engendrados por el afán de figurar en una esfera que no era ni podía ser la en que se encontraba Luisa, acababa por ceder á cuanto ésta apetecía.

Lejos de disgustar á Antonio todo esto, le agradaba, porque la hermosura de su amada resplandecía doblemente con

los adornos que la joven se ponía y que tan á maravilla le sentaban.

El estudiante, cada dia más enamorado de su hermosa vecina, gozaba llevándola á todas partes, y á cada mirada de los demás, á cada gesto de admiración que advertía en los rostros de los hombres, se enorgullecía, porque comprendía que la hermosura de Luisa era la que atraía aquellas miradas y la que despertaba la admiración.

Para él no había otra mujer que Luisa y en ella había cifrado todas sus esperanzas de felicidad.

Algunas veces cruzaba por su mente una idea que le mortificaba.

¿Aquella mujer tan querida le amaría siempre?

¿No le parecería poco la posición que él podía ofrecerla?

Pero no tardaba en desechar este pensamiento porque estaba seguro del amor de la joven.

Sin embargo, como que la amaba tanto, como que cada dia tenía más deseos de llevar á vías de hecho lo que hasta entonces no pasaba de ser un proyecto, se propuso terminar lo antes posible la carrera, y á este objeto así lo manifestó á la joven.



—En cuanto acabe este curso,—la decía,—voy á ver si hago en uno, los dos años que me faltan.

—Sí, pero eso es mucho trabajo para tí, porque si ahora apenas tienes tiempo para nada, calcula entonces.

—Se lo diré á D. Romualdo, y creo que me dispensará algunas horas más. Ya sabes que me quiere mucho.

—Ten cuidado, Antonio, no sea que vayas á perderlo todo. Vale más que continúes de la misma manera, puesto

que al fin y al cabo, allí ganas un buen sueldo que puedes conservar, aunque tengas la carrera terminada, hasta tanto que te acredites.

—¡Oh! lo que es eso lo tendré mientras quiera; D. Romualdo me lo ha dicho diferentes veces.

—Y si haces lo que antes me has dicho, ¿cuánto tiempo tardarás en ser médico?

—Pues, mira; aprobado este curso y suponiendo que gane los dos años en uno, el que viene, por el mes de Septiembre, podré ser médico.

* * *

En aquel mismo momento quedó interrumpida la conversación por algunos minutos. Dorotea, penetrando en la habitación, dijo:

—Adiós, Antonio; ¿que no ha tenido V. hoy oficina?

—Sí, pero he salido un poco antes, con el objeto de estar más tiempo en compañía de Vdes.

—Pues me alegro, porque así comerá con nosotras.

—No por cierto.

—¿Y por qué no?—repuso Luisa al par que miraba tiernamente á su amante.

—Porque he comido antes de subir aquí.

—Eso es un pretexto,—repuso la madre de la joven.

—Prueba de que no lo es, que no pienso salir de aqui hasta que Vdes. hayan comido y sea la hora de ir Luisa al trabajo y la acompañaré.

* * *

Y luego, con un acento lleno de convicción, en el que se traducía el amor que sentía por la joven, continuó:

—Tengo deseos de que esto termine; me duele lo que ustedes no se pueden figurar, que Luisa haya de irse al trabajo y...

—Bah, bah,—interrumpió Dorotea;—al contrario, vale más que se ocupe en algo; así se pasa la vida más distraída, puesto que mientras se trabaja no se piensa en nada y al mismo tiempo se aprecia lo que vale una peseta.

—Sí, eso es una verdad; pero no lo es menos que á Luisita y á mí nos gustaría más no tener necesidad de estar supeditados á un trabajo fijo.

—Pues eso no puede ser, hijos míos. Pase, porque el día de mañana Luisa no tenga necesidad de ir á ganar un jornal; pero lo que es tú, siempre tendrás necesidad de estar supeditado á los enfermos, digo, á menos que Dios haga que nos toque el premio gordo de la lotería de Navidad...

—Lo que yo quiero es que llegue el caso de tener mi título, y entonces...

—Yo me alegraré muchísimo y tú lo comprenderás perfectamente; pero no formemos planes por anticipado porque casi siempre resultan fallidos. Y hablando de todo un poco, —continuó Dorotea con acento alegre dirigiéndose á Luisa,— ¿no te parece que podríamos comer?

—Sí, porque ya se acerca la hora de ir al taller.

—Pues á comer, que yo te esperaré para acompañarte.



Media hora después, Antonio y Luisa salían de la calle de Xuclá, atravesaron la Rambla en dirección á la calle de Fernando y allí se separaron, entrando la jóven en el taller donde trabajaba.

Antonio se marchó después al café de Oriente.

Este era el punto de reunión con sus amigos, hasta la hora de ir al escritorio.

Allí le esperaban aquéllos con los que habló largo y tendido sobre varios asuntos, se comentó todo y se arregló la sociedad á medida de sus deseos.

Entre ellos, había un joven, desconocido para todos, que aludido varias veces, emitió sus más ó menos acertadas opiniones, respecto á los temas en discusión.

Por la manera que tenía de discutir, por los puntos que con más acierto tocaba, parecía que su fuerte era el comercio.

Y, efectivamente; Serafín García, que así se llamaba el joven, era comisionista, al parecer afortunado, según se desprendía de sus palabras.

De fácil palabra, decidor y culto en su lenguaje, fácilmente se hizo dueño de la discusión, sin que sus compañeros se apercibieran de ello, y llevando la conversación según á él le convino, fué á parar, después de tocar asuntos diferentes, á las casas de huéspedes.

—Estoy aburrido,—decía;—he cambiado una porción de casas, he conocido multitud de patronas y todas parece que tienen una misma escuela. No sé lo que daría por encontrar una buena casa.

—Pues hombre, si no es más que eso, yo le garantizo desde ahora que la conseguirá,—repuso Antonio.

—¿De veras?

—Y tan de veras, que cuando V. quiera le llevaré.

—¿Pero V. está seguro?...

—Y tanto lo estoy, que hace más de dos años que permanezco en ella y cada día más contento.

—De manera que podríamos estar los dos juntos.

—¡Qué duda tiene! Allí encontrará V. cuantas comodida-

des pueda apetecer; honradez, libertad y seguridad absolutas. Vicenta es una buena mujer, viuda, de alguna edad y cariñosa con sus huéspedes.

—Pues nada, cuando V. quiera presentarme...

—Si quiere esta misma tarde.

Aquella noche, Serafín fué ya compañero de pupilaje de Antonio en la casa de Vicenta, á quien ya conocen nuestros lectores.





CAPÍTULO VI

Una metamórfosis de José Miramar

No hemos de entrar en los detalles subsiguientes á la instalación de Serafín en casa de Vicenta.

Desde los primeros momentos, mostróse afectuoso, cortés, confiado y hasta galante con la dueña de la casa, en términos, que ésta decía motejando las llanezas y hasta groserías que algunas veces usaban con ella los demás huéspedes:

—¿No les da á Vdes. vergüenza el modo que tienen de tratarme? ¿Acaso se creen Vdes. que por las miserables dos pesetas que me dan, tienen derecho para hablar de este modo? ¿Por qué no aprenden Vdes. de D. Serafinito? Ese si que es todo un caballero; tan cariñoso, tan fino... ¡Ay! así era también mi difunto cuando yo le conocí.

Y la buena señora dirigía una mirada al cielo como si

tratara de suplicarle que tocase en el corazón de Serafín á para que fuera digno sucesor de aquel esposo á quien tanto recordaba.

Serafín, no era más ni menos que José Miramar, completamente metamorfoseado.

Su maestro le había dicho que en aquella casa había dinero que coger y relaciones que utilizar, y á fin de demostrar sus aptitudes, y lo perfectamente que supo aprovechar las lecciones recibidas, empezó por estudiar las personas que estaban en casa de Vicenta, y la que le pareció más á propósito para servirle de introductor, fué Antonio.

Supo el café donde iba; entabló relaciones con los amigos que con él se reunían; se aproximó á la mesa como indiferente; tomó parte en la conversación general, la particularizó cuando le convino, y obtuvo el resultado que se había propuesto.

Cuando se vió dentro de la plaza enemiga, permitióse nuestro bribón incipiente, exhalar un suspiro de satisfacción.

Había conseguido lo más difícil.

Entrar del modo que él lo había hecho, con la protección del más atendido de los huéspedes de Vicenta, era más de lo que él podía apetecer.

* * *

Cuando refirió á Matasanz lo que había hecho, le detalló uno á uno los pasos practicados y las observaciones hechas; Emilio, golpeándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

—Te he dicho que llegarás muy lejos y voy á salirme con la mia. No pierdas nunca el aplomo; nada precipites si quie-

res asegurar el éxito. Ni una palabra imprudente, ni un movimiento sospechoso. El que es dueño de sí mismo, fácilmente se hace dueño de los demás; no olvides nunca esta máxima que tiempo tendrás de comprobar su exactitud. En la casa donde estás, hay dos empleados en el Gobierno civil y otro que es escribiente de uno de los Juzgados; intima relaciones con éstos, que algún día te podrán servir. Un café pagado oportunamente y un duro prestado á tiempo, son llaves que pueden abrir muchas puertas, cuando se usan con prudencia. ¿Dices que ese Antonio está en el escritorio de un banquero?

—Que le quiere mucho, por cierto.

—Pues es esa una relación que tiene gran precio para nosotros. Poco á poco te vas ganando su afecto; cuando llegue la ocasión, empiezas por acompañarle hasta la oficina, vas alguna vez á buscarle, te enteras mañosamente de la clase de operaciones que hace la casa, capital con que cuenta, firmas que tienen más valor para ella, y, finalmente, procuras que te haga una semblanza del banquero, averiguando cuál es su flaco. Esta circunstancia es muy conveniente, Pepe; por el flaco que tiene cada hombre, puede introducírsele la espada hasta los gabilanes; ya ves si te conviene estudiarlo. Cuando yo salga de aquí, es menester que me tengas mucho trabajo de ese género, adelantado ya.

—No tenga V. cuidado, que no olvido ninguno de sus consejos, ni soy de aquellos que, una vez adoptada una resolución, omita circunstancia alguna que pueda conducir á su realización.



Pepe Miramar decía perfectamente, y lo mejor era que probaba con los hechos, aquello mismo que afirmaba.

A los quince dias de estar en casa de Vicenta, se había captado las simpatías de todos los demás huéspedes; era el que allí imponía su voluntad, y desde la patrona hasta el más insignificante de los pupilos, estaban encantados de Serafín.

Nadie como él para contar chascarrillos, ninguno más dispuesto para una broma; su discreción asombraba cuando se trataba de dar un consejo; ridiculizaba con gracia y censuraba siempre con justicia.

De los empleados que había en el Gobierno, que precisamente estaban en la sección de Orden público, sabía cuanto pasaba en aquella dependencia; de Antonio, el capital de su principal, el crédito que tenía, la confianza que disfrutaba en la plaza, y en resumen, de cada uno, todo aquello que podía convenirle.

En cuanto á Vicenta, no hay que decir.

La patrona se esponjaba á cada una de las frases que le dirigia el comisionista, pues bajo este carácter sabemos que se había presentado; cuando éste la miraba, brillábanle los ojos de alegría, y puede decirse que sólo esperaba que el joven dijera *envido*, para contestar inmediatamente, *quiero*.

Y todo esto se había realizado sin violencia, sin que nadie se apercibiera de la habilidad demostrada por Pepe.

* * *

Intimo amigo de Antonio, conoció á Luisa.

Habló dos ó tres veces con ella, y lo que Antonio no consiguió en todo el tiempo que la trataba, él lo alcanzó en aquel brevísimo espacio.

La conoció por completo.

Porque la perversidad se conoce instintivamente.

Las miradas de Luisa y de Pepe, al cruzarse, dejaron ver

en ellas algo de lo procaz, de lo cenagoso, de sus respectivos corazones, y como consecuencia lógica, simpatizaron.

Luisa, aun no conocía la perversidad propia, para poder apreciar la ajena.

Pero cuando más tarde, su madre la dijo:

—¿Sabes, Luisa, que no me gusta el tal Serafín?

Ella se apresuró á contestarla con acento desdeñoso:

—Por que á tí no te gustan las personas que saben, y sobre todo las que se fijan en mí.

—Pues por eso precisamente no me gusta Serafín; porque sabiendo como sabe, que estás prometida á su amigo Antonio, no debía permitirse contigo ciertas bromas, ni hacerte obsequios, que no están bien por ningún estilo.

—Antonio no es celoso.

—No consiste en que sea celoso ó deje de serlo; en tí está evitar ciertas cosas.

—Vaya, vaya, déjame en paz, que siempre estás sermoneándome. Ya quisiera Antonio ser tan fino y tan galante como Serafín.

—Pero en cambio, es un chico honrado, trabajador y que te quiere de veras.

—Pues, ¿acaso es algún pillo Serafín?

—No te diré que lo sea; pero á mí no me gusta.

*
* *

Realmente, el buen sentido de toda aquella casa, estaba concentrado en Dorotea.

Tal vez fué la única que llegó á adivinar lo que se ocultaba bajo aquel exterior tan agradable de Serafín.

Quizás, la razón que hubiera para ello, fuera la de ser madre.

Adivinó un peligro para su hija, y esto aguzó su inteligencia y la hizo leer en aquel corazón, que los demás no habían sabido entender.

Aumentando la fascinación, iban aumentando también las confidencias por parte de los unos, las ilusiones por parte de los otros, y todos en general, en aquella casa, no eran más que unos satélites que giraban en derredor de aquel sol de *doublé*, que los tenía completamente deslumbrados.

Los propósitos de Matasanz se realizaron por completo.

La buena Vicenta cayó en las redes del astuto huésped, el cual pudo decir á su profesor á los pocos días:

—He vencido.

—Ahora mucho cuidado para recoger el fruto del triunfo; nada de precipitarlo.

—No lo precipitaré, que me conviene permanecer todavía algún tiempo en aquella casa, porque de allí espero llevarme una auxiliar, y auxiliar de gran utilidad.

—Una mujer por lo visto.

—Sí, pero una mujer con el rostro de ángel y los hechos...

—De demonio, ¿no es así?

—Todavía no, pero puede serlo como se la eduque bien.

—Buenos elementos son las mujeres, cuando se las sabe utilizar; pero es necesario dominarlas desde el primer día, porque si son ellas las que dominan, ¡desgraciado entonces del hombre!

—Esta tiene condiciones para dominar, tal vez sueña con ello; pero como yo he soñado primero, será mi esclava en el momento en que pretenda ser mi señora.

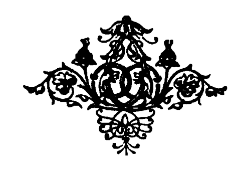
—Siendo así, adelante, hijo, que como te he dicho, tú y yo podremos hacer mucho.

—En eso confío.

—¿Sabes ya dónde tiene el dinero Vicenta?

—Ya pudiera ser mío si hubiera querido; pero lo reservo para más adelante. He preferido gastar oportunamente algo de lo que V. me dió, con la seguridad de que después cobraré unos intereses algo crecidos.

—Eso está bien pensado. No excites sospechas de ningún género. Según la clase de gente con quien trates, debes obrar siempre, y hay ocasiones en que conviene tirar ciento si de este modo se obtiene la seguridad de recoger mil.





CAPITULO VIII

Romper el fuego

Luisa, desde el momento en que comenzó á mirar más de lo regular á Pepe, encontró á Antonio ridículo, desabrido y falto de elegancia.

El estudiante, crédulo, como siempre lo es el hombre honrado, no podía sospechar la evolución que estaba verificándose en el corazón de su amada.

Unicamente, una noche que estaban en casa de Dorotea Serafín y él, algunas frases pronunciadas por su amigo, consiguieron llamar su atención.

Estábase hablando de lo poco retribuída que es la labor de la mujer y de las penalidades que tiene que pasar la que, solamente con el producto de su trabajo, tiene que atender á las obligaciones de su casa.

Prácticamente, Dorotea podía hablar sobre aquel asunto.

Más todavía que maestra, era doctora en cuestiones de actividad, de trabajo y de economía.

—Yo, lo único que puedo decir á Vdes.,—refería la madre de Luisa,—es que más de una noche me he pasado de claro en claro, pensando cómo me las compondría para concluir de pasar la semana, con el escaso dinero que había recogido la anterior. Eso sí, gracias á Dios, mi hija no se ha acostado ni una sola noche, desde que murió su padre, sin haber cenado, ni ha pasado un día de fiesta sin ponerse su ropita limpia; pero yo sé muy bien todo lo que eso me ha costado.

—¡Qué cosas tienes, mamá! No sé por qué has de contar ahora esas niñerías,—repuso Luisa de mal talante.

—Por que lo trae consigo la conversación, y sobre todo, porque estos señores saben muy bien que somos unas pobres.

—Lo cual no es una deshonra,—añadió á manera de corolario Antonio.

—Muy al contrario,—añadió Serafín,—la pobreza enaltece al que sabe soportarla con dignidad; pero son tan pocas las mujeres que tienen esa virtud...

—No diga V. eso, Serafín,—contestó Dorotea,—las que obran de otro modo, desengáñese que, ó han tenido muy poco valor, ó han sido sumamente frágiles.

—Cuanto V. quiera. Pero vamos á ver: cuando de todo se carece, cuando una mujer se mira al espejo y se ve que es bonita; cuando va á la calle y se lo repiten todos esos merodeadores de amor que á cada paso se encuentran; cuando esta mujer compara sus harapos con el lujo de otras, que son más feas y tienen menos gracia; cuando al regresar por la noche á su casa, después de todo un día de trabajo, se encuentra con un pedazo de pan por toda cena

y una raída manta por todo abrigo, ¿quiere V. decirme si no es disculpable que esa mujer cambie de rumbo, y acepte del primero que se la ofrezca, la cena, el abrigo, el traje y el bienestar de que carecía?

—No diga V. eso, Serafín,—se apresuró á decir Antonio;—¿acaso no vale más la honra, el poder llevar la frente muy alta por todas partes, que unos cuantos trapos de seda y una casa mejor ó peor arreglada? ¡Pobre de nuestra sociedad si todas las mujeres pensaran de ese mismo modo!

—Pues esté V. seguro que piensan. Ahora mismo ¿no es un dolor que esas manos tan bonitas que tiene Luisita, estén ocupándose día y noche en coser para otras, que indudablemente valen mucho menos que ella, y ganar un jornal tan mezquino?

—Pero lo gana con honra,—dijo Dorotea.

—Sí, señora, sí; esa es una frase muy bonita, pero que no le da sustancia al puchero.

—Vaya, vaya, doblemos la hoja,—dijo Antonio,—porque veo que no pensamos del mismo modo.

* * *

Desde aquella noche, Antonio comenzó á mirar con cierta prevención á su amigo.

Y con mucha más le hubiera mirado, á poder escuchar algunas de las conversaciones particulares que sostenía con Luisa.

Esta, había conseguido que Antonio no la acompañase cuando se iba al taller, bajo el pretexto de no dar qué decir á las demás trabajadoras.

En cambio, Pepe Miramar se la encontraba algunas veces en la calle y allí se detenían hablando más ó menos tiempo.

Estas conversaciones casi siempre versaban sobre lo incómodo de la vida que llevaba Luisa, lo mal recompensado que estaba su trabajo, el incierto porvenir que se la ofrecía, puesto que Antonio no estaba en disposición de casarse tan pronto, dejando también caer de paso, algunas indirectas ridiculizando al pobre estudiante.

*
* *

En una de estas ocasiones, Pepe, señalándole á una joven que elegantemente vestida pasó por su lado, dijo á Luisa:

—¿Ve V. esa joven que acaba de pasar? pues esa si que ha sabido entenderlo.

—¿Ha hecho algún buen casamiento acaso?—preguntó hipócritamente Luisa.

—¡Casamiento! ¿quién piensa en casarse en estos tiempos? No, hija, no; el casamiento no es más ni menos que el grillete del presidiario, que éste siempre está deseando romper. Yo no soy partidario del matrimonio bajo el punto de vista religioso y civil. ¿Qué es lo que verdaderamente constituye el matrimonio? ¿Es acaso la bendición del sacerdote ó el contrato ante el juez municipal? No, hija, lo constituye la unión íntima de dos corazones, eso es lo que realmente forma la felicidad. Que llega un día en que cualquiera de los dos se cansa, ¿qué necesidad tiene de vivir disgustado? Abandona el nido amoroso, sin escándalo, sin diligencias de ningún género, sin nada de todo eso que no produce sino la desgracia de las personas que en semejante situación se encuentran.

—Vamos, hombre, que con esas ideas... Si dijera V. eso delante de mi mamá ó de Antonio...

—Por eso se lo digo á V. sola, porque sé que V. me comprende y hasta piensa lo mismo que yo.

—Vaya, Serafín, no diga V. eso.

—Sí, amiga mía, sí,—repuso Pepe acentuando perfectamente sus palabras;—V. es la mujer que convendría á un hombre como yo. En poco tiempo, yo la aseguro que sería lo mismo que esa que la indiqué antes.

* * *

Luisa inclinó la vista para que su interlocutor no advirtiera el efecto que sus palabras la causaban. Pero demasiado lo comprendía éste.

—Pues, amigo mío,—repuso Luisa al cabo de algunos momentos,—ignoro á lo que se refiere con lo que dice de esa señora; pero la verdad es, que ha llegado V. un poco tarde.

—¿Lo cree V. así?

—Me parece...

—Pues vea V. lo que son las cosas. No sé por qué, se me ha puesto en la cabeza que V. y yo hemos nacido para entendernos.

—¡Qué disparate!

—Entre un médico de pueblo, que será todo el porvenir que tendrá V. con Antonio, y yo, que puedo ofrecerla otra existencia llena de agitación, de movimiento, de lujo, de placeres; joyas que deslumbren, alfombras que se hundan bajo los pies, sedas que crujan al moverse graciosamente ese cuerpo elegante y esbelto, carruajes, teatros, paseos, una existencia, en fin, brillante y fastuosa, presumo que no ha de ser dudosa la elección.

Luisa cerró los ojos un instante.

Una especie de deslumbramiento la cegó, al escuchar aquellas palabras de Pepe.

Todas las aspiraciones que sentía, todos aquellos sueños

que más de una vez la atormentaban, estaban resumidos en las frases diestramente articuladas por aquel Mefistófeles de americana y sombrero hongo.

* * *

Repúsose, sin embargo, y con voz levemente alterada todavía, por la impresión sufrida, dijo:

—Pero hijo, por Dios, ¿es V. acaso un príncipe disfrazado?

—¡Quién sabe!—contestó Pepe atusándose el bigote con cierta fatuidad.

—Pues lo ha disimulado V. mucho hasta ahora.

—Lo que yo la digo es que hemos de concluir por entendernos.

—¿Y Antonio?

—Antonio hará lo que mejor le plazca, que será buscar alguna payesa, hija del pueblo donde vaya á ejercer su profesión, que es lo que le conviene. Luisita, V. tiene anchos horizontes ante sí, y no digo yo como esa que acaba de pasar; más, pero mucho más que ella, ha de ser V.

—En resumen, sepamos qué es esa señora.

—La *mechera* más fina que hay en Barcelona, y creo que en España.

Luisa se quedó mirando á su interlocutor, porque era la primera vez que llegaba á su oido aquella calificación.



CAPITULO IX

Llegar al fin

La hora de entrar Luisa en el taller, sonó en aquel momento y tuvo que separarse de su interlocutor, sin haber podido saber qué era una *mechera.*

Indudablemente debía ser una gran cosa, porque la señora que había pasado junto á ellos y que con tanto lujo vestía, representaba, por los brillantes de sus joyas y por la esplendidez de su traje, que se encontraba en una posición desahogada.

Y como que su curiosidad estaba excitada, al separarse de Pepe le dijo:

—Vaya, Serafín, que ya me dirá V. en otra ocasión qué es eso de *mechera.*

—Cuando V. guste.

—Esta noche cuando entre V. en casa.

—No, por cierto; esas explicaciones solamente V. puede escucharlas.

—Entonces, no me da muy buena espina.

—No sé por qué. Si yo la quiero bien ¿dejará de ser bueno cuanto se refiriera á lo que V. pueda hacer?

No era la explicación todo lo satisfactoria que la joven hubiera deseado; pero á falta de otra, no tenía más remedio que aceptarla.

Por otra parte, no dejaba de halagarla el lujo que había visto en aquella señora que la indicó Serafín, y realmente, no debía ser la profesión tan mala, cuando rendimientos de tal importancia producía.

Recordaba haber oído alguna vez, sin saber cómo ni dónde, aquella calificación de *mechera;* mas sin que ella pudiera comprender la causa, ni darse cuenta de la razón, no se atrevía á preguntar á nadie la significación que aquel nombre tenía.

* * *

Aquella noche, Antonio la encontró más preocupada que de ordinario. Pretendió inquirir la causa y la joven le contestó de mal talante.

—No estoy buena; me duele la cabeza y no tengo ganas de hablar.

—¿Habrás trabajado mucho?...

—Sí, eso es; teníamos que concluir unos vestidos y... me voy á acostar.

Antonio se despidió de Dorotea y de su hija, y cuando las dos mujeres estuvieron solas, dijo la madre:

—Vamos á ver, Luisa: á tí te sucede algo; es necesario que hables á tu madre con franqueza, porque estoy advirtiendo en tí hace días, algo que llama mi atención y que me tiene inquieta.

—Siempre con tus inquietudes que tanto me mortifican. No sé cómo he de decirte que no tengo nada.

—¿Lo crees así?

—Como que es verdad.

—Lo que estás haciendo con Antonio está muy mal hecho. No comprendo como él no lo ha advertido ya.

—Porque es un tonto.

—Luisa, mira lo que dices, porque está muy mal dicho. Antonio no es acreedor á lo que haces y me vas á obligar, continuando así, á que despida á Serafín.

—¡Despedir á Serafín! ¿Por qué?

—Si yo hubiera creído que era tan mal amigo, no le admito en mi casa.

—Vamos, mamá, tengamos la fiesta en paz y no digas ciertas cosas.

—¡Oh! pues es necesario que las diga, que no estoy porque el día menos pensado haya un disgusto por tus tonterías.

—Te he dicho que me dejes y que no hablemos más sobre ese particular; si Antonio se cansa, peor para él.

Dorotea no pudo menos de mirar á su hija, expresando en su semblante la dolorosísima sorpresa que sus palabras le causaban.

—¿Y crées,—dijo,—que fuera correcto tu proceder, cuando Antonio está confiado en tu cariño, cuando el chico no espera más sino tener terminada su carrera para casarse, salir ahora con semejante inconveniencia? Vamos, hija mía, que no creyera fueses capaz de un proceder tan injustificado.

—Pues ahí verás. ¿Quieres acaso que por eso que tú llamas injustificado proceder, sea yo infeliz toda la vida?

—Pero, ¡por Dios! ¿á qué viene eso ahora? ¿Qué es lo que pretendes indicarme con esas palabras? ¿Quieres romper acaso tu compromiso con Antonio?

—Si él se empeña, por mi parte no habrá dificultad alguna.

Dorotea no supo qué contestar.

Aquel proceder por parte de su hija, de tal manera hubo de llamar su atención, que no acertó, durante algunos segundos, á decir nada.

Su rostro expresó de un modo gráfico lo que sentía y aquella noche se separó de Luisa, más pensativa y más inquieta que de ordinario, resuelta á tener una explicación con Serafín, á quien juzgaba el verdadero causante de semejante situación.

* * *

A su vez, Luisa también estaba pensativa.

Las palabras de su madre le habían hecho, como vulgarmente se dice, abrir un poco los ojos y comprendió que, efectivamente, había necesidad de despejar la situación.

Continuar de aquel modo, era exponerse; y al interrogar su conciencia, vió que si le importaba poco que Antonio tuviera un disgusto, la preocupaba mucho que le tuviera Serafín, y concluyó por decirse:

—Aquí es necesario hacer comprender á Antonio que yo no sería feliz con él. Serafín dice perfectamente; yo no he nacido para meterme en un pueblo y ser una palurda como tantas otras. Cuando yo sepa qué es eso que tiene que decirme Serafín, entonces será cuando hablaré, y resueltamente tomaré un partido. No faltaba más sino que cuando se me presenta una ocasión para salir de pobre, fuera á desperdiciarla por los caprichos de mi madre ó por los compromisos de quien, el día que se le antoje, podría dejarme sin el menor escrúpulo. No, no; estoy resuelta y tan luego me

diga Serafín qué es eso que me ha indicado, resolveré lo que juzgue más conveniente sin guardar consideraciones de ningún género.

También Serafín, aquella noche estaba formando sus cálculos.

—La muchacha,—decía,—va estando ya á punto de caramelo. Otro empujoncito más y hago de ella lo que mejor me convenga. Lo que es Emilio me parece que no ha de tener queja de su discípulo. No quiero que diga que yo voy á la asociación con las manos vacías. Por de pronto llevo ya el dinero de esta vieja, que se puede considerar como seguro, y sobre todo, esta muchacha que, ó yo me engaño mucho, ó va á ser de lo más fino que hay en el mundo. Una mujer así, es una gran cosa para personas como nosotros. Esto no se le había ocurrido á Emilio, que tomó los amores por todo lo alto, sin comprender que es más conveniente cogerlos por lo bajo, para elevarles según á uno le convenga después. La chica es terreno muy bien predispuesto y la semilla fructificará que será una bendición.

*
* *

Dos días más tarde Luisa sabía, por algunas preguntas sueltas que había hecho y por algo que vió en los periódicos, lo que era una *mechera.*

En el primer momento, sintió algo que le produjo mal efecto.

Porque precisamente lo que había leído se refería á una captura hecha por la policía, algunos días antes, de una célebre *mechera,* la cual recobró poco después la libertad.

Y sobre este particular, el periódico en cuestión, hacía sabrosísimas consideraciones.

Verdaderamente que el asunto se presta para ello.

¿Qué estímulo, ni qué afán, ni qué interés pueden tener los agentes de la autoridad en detener á timadores, taruguistas, espadistas, mecheras y demás individuos pertenecientes al peligroso gremio de criminales, si á los ocho, ó á los diez ó quizás al siguiente día, vuelven á verlos en la calle?

Y al tratar de esto, no podemos menos de decir que, indudablemente, tienen que producir un desastrosísimo efecto en la pública opinión, las noticias estampadas en los periódicos respecto á las detenciones de personas de mal vivir, verificadas por la policía.

A la vista tenemos una estadística llevada por un curioso, durante un trimestre, y de ella resulta que en ese tiempo ingresaron en la cárcel, doscientos individuos, muchos de los cuales figuran como detenidos dos ó tres veces.

Ahora bien; á continuar en esa progresión, parece lógico que durante el año hubieran de ingresar, solamente en la Cárcel de Barcelona, seiscientos ó setecientos individuos cuando menos.

Esta cifra ya representa casi la población penal de un establecimiento penitenciario, y aterraría, en verdad, establecer la proporción respecto á todas las demás ciudades, tomando aquélla como base.

Mas si se tiene en cuenta que la mayoría de esas individualidades, por las razones que quiera, que no hemos de ser nosotros quien tratemos de buscarlas, sale á la calle á los pocos días, para ingresar de nuevo en la prisión y salir otra vez, se comprenderá perfectamente el por qué de lo prodigioso de esa estadística, y lo inútil, lo inconveniente y hasta lo peligroso, de esas mismas detenciones.

Inútil, porque no hay corrección; inconveniente, porque demuestra á la vista del público las deficiencias de la ley por

una parte, la ineficacia de los esfuerzos de la policía y la imprudencia y el descaro de los criminales por otra, y, finalmente, peligroso, porque al ingresar en la cárcel, suelen salir de ella con nuevos planes formados allí, que una vez libres, llevan á la práctica con perjuicio, como se comprende muy bien, de la sociedad en general.

Hay individuos en el cuerpo de policía y habría muchos más, si en éste como en todos los cuerpos del Estado no se dejasen sentir las influencias y los padrinazgos, que conocen perfectamente á todos esos afiliados en la asociación del crimen, que en todos los pueblos existe, que saben sus guaridas, que conocen los signos y las señas de que se valen para entenderse y que en más de una ocasión han impedido la realización de sus fechorías.

Si se utilizaran debidamente los servicios de estos agentes y si las individualidades detenidas por ellos permaneciesen en verdaderas casas de corrección, y no en cárceles públicas, que nada corrigen y que lo enseñan todo, fácil fuera obtener, como resultado, una disminución verdad en la estadística criminal.

Pero en vez de eso, como ya hemos repetido, el detenido hoy sale y mañana alardea, ante el mismo que le detuvo, de la libertad que disfruta y se le burla si á mano viene, dejando esto, como deplorable huella, el desprestigio para el agente de la autoridad y la tristísima opinión de la interpretación que se da á los artículos del Código penal.



CAPÍTULO X

Cazar dos pájaros de un tiro

La primera vez que después de lo anterior, habló Luisa con Serafín, le dijo:

—¿Sabe V. que puedo estarle muy agradecida?

—¿Por qué, amiga mía? No recuerdo haberla hecho favor alguno que merezca agradecimiento. Yo sí que debo estarlo, por la deferencia que siempre ha tenido conmigo, y mucho más podría ser mi agradecimiento, si en ese corazón hubiera para mí un poquito siquiera del fuego en que se abrasa por Antonio.

—¡Qué cosas tiene V.! ¿A qué hablar ahora de Antonio?

—Como según su mamá de V., y como él mismo dice también, cada día va aproximándose más el momento feliz...

—¡Jesús, no adelanta V. poco los juicios!

—¡Yo! lo que dicen.

—Pues de lo que digan se rebaja siempre la mitad de la mitad, y de lo que queda, todavía puede quitarse otra gran parte.

—¿Pues qué queda entonçes? ¿Nada?

—O casi nada.

—¿Sería eso verdad, Luisa? Podría yo esperar...

—¡Quién sabe! Por más que como le he dicho antes, me tiene muy incomodada.

—¿Por qué? Tenga V. presente que yo no he pretendido ni pretendo otra cosa que su felicidad.

—Vamos, hombre, calle V. ¿Con que mi felicidad, eh? ¿Y sin duda quería V. proporcionármela, presentándome como modelo á aquella señora que, según decía V., era una *mechera*?

—¡Ah! ya caigo. Y lo vuelvo á repetir: V. tiene condiciones inapreciables para ello.

—Muchas gracias,—repuso secamente la joven.—Es decir que V quiere que vaya á la cárcel, como suele ser el paradero de esas mujeres.

—Cuando no son diestras.

—De todas maneras...

—De todas maneras, amiga mía, se disfruta de una gran vida. Tiene sus percances como los tienen todas las profesiones. Ahora mismo, mañana que se le acabe el trabajo á la modista en cuya casa está V. ¿no la despedirá?

—Sí, señor; pero encontraré alguna otra.

—O no la encontrará.

—De todos modos, eso de exponerse á ir presa...

—Eso no es nada. Cuando se tiene un billete de 100 pesetas para distribuirle oportunamente, ó un buen palmito como el de V., se sale de la cárcel en seguida.

—No me convence V.

—¡Ya lo creo que la convenceré! ¿Qué porvenir es el que usted tiene? Por lo que veo, no profesa gran cariño á Antonio; se va V. á casar con él, más que todo, por el compromiso contraído, y una vez casada, ¿qué hará V.? Irse á un pueblo de mala muerte, cargarse de chiquillos y vegetar obscurecida y miserable. No, amiga, no; V. sirve para mucho más que eso. Con esa cara, con esos ojos, con esa gracia que Dios la ha dado, ha nacido V. para ir en carruaje, para vestirse de terciopelo, para lucir perlas y diamantes. Nada, nada, créame V. que su porvenir está por otros derroteros.

*
* *

Luisa se mostraba visiblemente halagada por las palabras de aquel demonio tentador.

Cuando se separaron aquel día, no miraba ya la oficiala de modista con malos ojos el nuevo camino que á su vista había ofrecido Serafín.

Este se sonreía, murmurando:

—La fruta ya está madura; un pequeñísimo esfuerzo y la arranco del árbol. Y en verdad, que una muchacha semejante, bien educada por mí, bien vestida y con los proyectos que tiene Emilio, puede ser de una gran utilidad. Ahora ya es cuestión de dar el *atraco* al *gato* de la patrona. ¡Cómo se va á poner la mujer! Ya he preparado bien el terreno, y ese huésped que se ha ido hoy, será el que cargará con el mochuelo.

Efectivamente, á los tres días todos los huéspedes de la casa y todos los vecinos, acudían despavoridos á la habitación de Vicenta, ansiosos de conocer la causa de sus gritos y su desesperación.

Tres mil duros que la mujer tenía guardados en billetes

de Banco, producto de sus ahorros durante buen número de años, habían desaparecido con la cajita de hierro donde los encerraba.

Inmediatamente se dió parte á la autoridad, ésta detuvo á todos los huéspedes, registró los objetos de la pertenencia de cada uno, pero sin resultado de ningún género.

A nadie se le ocurrió quien podía haber sido el autor de aquel robo, hasta que dijo Serafín:

—No quisiera pensar mal, ni este mi dicho desearía que se tomase en cuenta; pero como quiera que aquí somos varios los que estamos, y en la casa no ha entrado nadie de quien poder sospechar, es necesario pensar en los que se han marchado. Precisamente hace dos días se fué de aquí un caballero, que vino de un modo algo sospechoso, que ninguno hemos podido saber en lo qué se ocupaba, ni por qué estaba en Barcelona, y que sin anuncio previo, dijo de buenas á primeras, «me voy» y se marchó.

—¡Ay! pícaro D. Lorenzo,—exclamó Vicenta acogiendo en el momento aquella idea hábilmente lanzada por Serafín,—ese, ese ha sido.

—Cuidado, cuidado, Vicenta,—se apresuró á decir el joven,—es muy aventurado el hacer semejantes afirmaciones, y yo sentiría que una cosa que dije, llevado de mi buen deseo, pudiera tomarse ya como una acusación formal.

—No, si ahora estoy yo pensando en que no ha podido ser otro más que él, sí, señor. Y el muy tuno, al marcharse me pagó, precisamente con billetes. Los mismos que me había quitado, no hay duda. ¡Grandísimo ladrón!

—Cálmese V., Vicenta, cálmese V.

*
* *

Pero ya la chispa había prendido al reguero de pólvora, y cada uno de los huéspedes tuvo alguna observación que hacer respecto á aquel desgraciado D. Lorenzo, el cual más tarde fué preso en Gerona, donde residía; trajéronle á Barcelona, le tuvieron en la cárcel una porción de tiempo, hasta que, finalmente, se terminó la causa, no habiéndole encontrado culpabilidad alguna.

Por desgracia, hechos semejantes, se registran con frecuencia en nuestros tribunales.

Los periódicos á cada paso se ocupan de cosas parecidas, lamentándose de la lentitud que se observa en los procedimientos, que irroga perjuicios para los cuales no existe compensación alguna al que es objeto de equivocaciones tan funestas, y, sin embargo, nada se consigue, nada se enmienda y el desgraciado á quien acontece una desdicha semejante, pasa meses y meses en la cárcel, mientras el verdadero criminal se pasea por la calle tranquilamente.

Cada país, en su sistema administrativo, tiene alguna especialidad, y en el nuestro, en todos los ramos de administración, existe una, la más perniciosa de todas, que es el *expedienteo.*

Ante esto, se sacrifica todo; el afán de llenar papel y de pasar tiempo es el que domina. Lo mismo en las oficinas del Estado, que en las corporaciones municipales, que en los tribunales de justicia, acumúlanse pliegos sobre pliegos de papel sellado que, después de todo, suelen resultar inútiles, con grave perjuicio de los que han estado esperando la resolución del expediente, de la diligencia ó del proceso.



CAPÍTULO XI

La jaula dorada

El caso fué que Vicenta perdió su dinero y que ni por asomo se le ocurrió, ni á ella ni á ninguno de la casa, que el autor de aquel robo hubiera sido Serafín.

Coincidiendo con el robo de Vicenta, robo del cual ésta no pudo consolarse jamás, tuvo lugar también la salida de la cárcel, de Emilio Matasanz.

Con una habilidad extraordinaria había sabido eludir responsabilidades y no dejar cabo ninguno suelto que pudiera servir de hilo conductor á la autoridad.

Merced á esto y á las influencias puestas en juego por Lucía, Emilio recobró la libertad.

Empero, lo que no pudo recobrar fué el cariño y la protección de aquella mujer á quien en realidad tanto debía.

Como había dicho Lucía, muy bien en la entrevista que

nuestros lectores tuvieron ocasión de presenciar, su amor había recibido un golpe tan rudo que no era posible pudiera reponerse.

A pesar de esto, Emilio trató todavía de alcanzar el favor de su amada.

—Desengáñate,—le dijo ésta,—una mujer puede disculparlo todo menos aquello que arguya engaño, y precisamente ésta ha sido tu falta capital. Me has hecho víctima del engaño más inícuo, me has hecho servir de juguete para tus planes que he de calificar de un modo algo duro.

—Pero hija, por Dios, ya has visto que soy inocente del hecho que se me imputaba. El mismo tribunal así lo ha reconocido.

—¿Y acaso tu conciencia y la mía, no están diciendo bien claro la verdad? ¿Dejas de saber lo mismo que yo, que eres culpable de esa falta de que te han declarado absuelto los tribunales?

—Por mi parte...

—Tú ya lo creo, no has de confesarlo; pero yo que he estado recibiendo cartas que solamente ahora he podido comprender para lo que servían, no puedo disculpar al hombre que decía que me amaba, el indigno papel que me ha hecho jugar. Perdí en tus brazos la honra que supe sostener en las circunstancias más difíciles de mi existencia, como fueron los años de mi matrimonio, pero no había perdido la estimación de mí misma haciéndome cómplice de hechos tan punibles como el que te ha llevado á la cárcel. Hoy, desgraciadamente, tengo que despreciarme, y esto á tí únicamente es á quien lo debo. Antes que el vilipendio tome otras proporciones, he resuelto romper unos lazos que únicamente podrían conducirme á esa degradación en que yacen sumidas otras mujeres quizás vencidas por el amor al principio, y en-

cadenadas por el interés ó por la necesidad más tarde. Yo, como tú sabes, no me encuentro en esta situación; por lo mismo recobro mi independencia, ya que no puedo recobrar el buen concepto en que antes me tenía. Fuí débil y pago las consecuencias de mi debilidad. He hecho por tí cuanto humanamente podía hacer sin comprometerte, pero nada más.

*
* *

Emilio, á pesar de toda su audacia, á pesar de su carencia absoluta de sentimientos, no dejaba de comprender lo razonado de las quejas de aquella mujer, y á pesar suyo, le imponía.

—Lucía,—la dijo,—perdóname, pues, como dices muy bien, te he engañado; pero ten presente que mi culpa no es tan grave como supones. Tal vez ayudado por tí, sostenido en ese falso camino de la vida, por el cual me he lanzado, llegaría á olvidar el pasado, emprendería otros derroteros y puede muy bien que llegara á ser otro hombre. No me abandones en estos momentos de prueba, no me niegues ni tu amor, ni tu apoyo; sé para mí lo que fuiste hasta ahora y yo te prometo regenerarme en absoluto.

Emilio comprendía la pérdida tan grande que con aquella mujer iba á experimentar y quería á todo trance sostenerla para que ella le sostuviese.

Hábil actor, daba á su rostro y á su acento expresión y entonaciones en armonía con las frases que pronunciaba.

Otra mujer más inexperta que Lucía habría caído en el lazo.

Pero ella, al recibir el golpe ocasionado por la prisión de Emilio, abrió los ojos, vió claro el abismo en el cual se hubiera hundido sin remedio y retrocedió espantada por la misma gravedad de la situación.

Entonces, al entrar en cuentas consigo misma, dirigió una ojeada hacia su pasado; recordó uno por uno todos los incidentes en los cuales apenas si paró atención cuando tuvieron lugar y, con una frialdad extraordinaria, los analizó, adquiriendo el convencimiento de que no había sido otra cosa que el juguete de un hombre sumamente diestro.

Una vez reconocido esto, sintió algo en su corazón que la hizo sufrir horriblemente.

Había depositado mal su cariño y no tenía otro remedio que sufrir las consecuencias.

Hizo acopio de fuerza de voluntad, llamó la reflexión en su auxilio y después de una corta, pero ruda campaña, trazóse una línea de conducta de la cual no se separó desde entonces.

Natural era que el cariño, que tuvo tiempo de echar raíces en su pecho, ni pudiera arrancarlo tan pronto, ni los esfuerzos para conseguirlo dejaran de hacerle daño.

Pero estaba dotada de un carácter enérgico; opuso puertas del deber á sentimientos de amor, y allí se quedó encerrado sin dejarle que subiera hasta los labios, ni siquiera que se asomase á los cristales de sus ojos.



Emilio era sobrado conocedor del humano corazón para dejar de comprender que aquel recurso se le había concluido ya.

Insistió por el bien parecer, más no con la convicción de alcanzar buen resultado.

Y cuando más tarde se reunió con Pepe, le dijo:

—Es preciso que actives el negocio de tus amores. A dos hombres como nosotros, hace falta una mujer que nos comprenda, que nos secunde y hasta que nos aconseje.

—Si de consejos de mujer hemos de guiarnos, presumo que no iremos muy bien.

—¿Qué sabes tú?—repuso sonriéndose Emilio,—eres muy joven todavía para comprender donde estriba la verdadera utilidad que el hombre puede sacar de la mujer.

—Confieso que no sé verla. Débil por naturaleza, está uno expuesto á cada momento con ella. Unicamente siendo esclava es como puede servir de algo. Esta al menos es mi opinión.

—Conformes, en que la mujer debe ser esclava siempre; pero la gran ciencia del hombre consiste en hacerla comprender que no lo es. Por regla general, la mujer es un objeto de lujo.

—Que cuesta muy caro.

—Por lo mismo es necesario sacarle intereses más crecidos. No eres tonto y procura cuanto antes llevar la paloma al nido que yo me encargo de prepararte en pocos días.

—¿Pero aquella señora que V. tenía?...

—Aquello es completamente nulo; es una cuerda rota en el instrumento de nuestros trabajos y por lo tanto es necesario sustituirla con algo mejor.

—Es lástima porque yo que había conocido aquella señora, como le dije y comprendo que reunía condiciones inmejorables.

—Sí, pero era honrada.

* * *

Esta frase era todo un poema.

Con ella queda demostrado de un modo palpable todo lo profundo del cálculo de Emilio y toda la impudente perversión del hombre que, dotado de condiciones tan relevantes

como las que le adornaban, estaba haciendo de ellas un uso tan desdichado.

Pepe le contempló durante algunos segundos, y después dijo:

—Comprendo; una mujer honrada podría llegar un momento en que fuera obstáculo insuperable para determinados objetos.

—Me equivoqué con ella y quizás sea la primera vez que incurrí en equivocaciones semejantes. Por lo tanto es menester que actives tu seducción.

—De tal modo la tengo preparada,—repuso Pepe,—que si tanto conviniera, me parece que mañana mismo...

—No; antes que todo, lo que se necesita es prepararle á esa mujer un estado civil, que por el momento la ponga á cubierto de cuantas pesquisas pudiera hacer su madre, ó su novio, secundados por las autoridades.

—Es verdad.

—¿Tú ves? Es necesario pensar en todo, porque un sólo punto que se abra en una media es suficiente para que toda ella se deshaga. Los hombres como nosotros deben estar en todo, deben preveer para no tener que remediar. Yo te proporcionaré los medios para que esa mujer tenga una personalidad diferente; os instalaréis en vuestra habitación, como un matrimonio procedente de Zaragoza, tu rostro ha de sufrir nueva transformación y de este modo podréis permanecer en Barcelona algún tiempo, hasta que ya no importe nada que se conozca la verdad.

—¡Oh! es que siempre estaremos en peligro.

—No por cierto, porque el día en que convenga que reaparezca Serafín García, casado con Luisa, nadie ha de presentarse á pediros la partida de casamiento.

—Nada, nada, V. es el que dirige y yo el que obedece.

***

Cuatro días después, Pepe Miramar recibía de su amigo cédulas de vecindad expedidas en Zaragoza, una partida de casamiento y otros documentos que acreditaban el matrimonio y la posición social de Antonio Borja y de Pilar Ariño, casados poco antes en la parroquia de San Pablo de aquella ciudad.

Al mismo tiempo le entregaba las llaves de un cuarto piso de una de las mejores calles del Ensanche, cuyo mobiliario había sido adquirido el día anterior por Matasanz.

A los dos días de esto, Dorotea esperó en vano á su hija á la hora en que acostumbraba salir del taller.

Precisamente el día anterior, Serafín, pretextando un negocio importante en Valencia, abandonó la casa de Vicenta.

Algunos de sus compañeros fueron á despedirle á la estación viéndole partir en el tren de la mañana.

Pero desde Villafranca regresó, yendo á parar á una fonda.

Dorotea y Antonio, inquietos por la tardanza de Luisa, fueron al taller donde trabajaba.

Allí les dijeron que aquella tarde no había parecido.

Inútil es que pretendamos explicar ni la desesperación de Dorotea ni el dolor de Antonio.

Toda la noche estuvieron practicando diligencias que no dieron resultado alguno.

Dióse parte á la autoridad, más también las gestiones de ésta resultaron completamente ineficaces.



CAPÍTULO XII

La casa de la calle de Casanova

Lo mismo Vicenta que Antonio, en su completa creduli[dad], escribieron dos cartas á Serafín al punto dond[e] éste había dicho que iba, refiriéndole lo ocurrido co[n] Luisa, cuyo paradero era desconocido hasta entonces.

Como se comprenderá perfectamente, ninguna de esta[s] dos cartas obtuvo contestación.

Sin embargo, Pepe Miramar estaba en todo.

Emilio le había dicho que, las personas que se ocupaba[n] de negocios como los suyos, era menester que no descuidara[n] circunstancia alguna para asegurar el éxito de sus empresa[s].

Comprendió la justicia de semejantes indicaciones y env[ió] una carta, no como contestación á las que no había recib[i]do, sino como de cuenta propia y desde Huesca, dond[e] decía que le llevaban las exigencias de su profesión, m[a]

nifestando que no le sería posible regresar tan pronto como habia creído, encargando que no le escribieran puesto que, no teniendo una residencia fija, sería fácil que se extraviaran las cartas.

Al mismo tiempo también, Dorotea y Antonio recibieron dos cartas de Luisa.

Ambas estaban fechadas en Tarragona.

A la primera, le decía que la perdonara por haberse separado de su compañía; pero que como el corazón no se mandaba, el suyo se había ido tras el de un joven que había jurado hacerla dichosa, y que realmente lo era hasta entonces.

Como sabía que su madre no aprobaría aquellos amores tomó aquella resolución violenta, que le pesaba mucho, pero que ya no tenia remedio.

A Antonio le indicaba también que no le guardase rencor alguno y que debía felicitarse, porque aquello sucediera antes de haberse casado.

Siempre conservaría de él un gratísimo recuerdo, considerándole como un verdadero y un buen amigo.

* * *

Estas dos cartas, lo mismo que la dirigida por Serafín á Vicenta, eran una demostración evidente de la habilidad de Pepe.

De este modo separaba de él todas las sospechas y al mismo tiempo también evitaría que las pesquisas de la policia continuaran, desde el momento en que los hechos estaban consumados y en que no había medio de poderse remediar nada.

Para enviar estas cartas, Pepe no se habia valido de nadie.

Él mismo, acompañado de Luisa, estuvo en los dos puntos donde estaban fechadas y las echó al correo.

Hecho esto, completamente metamorfoseado con arreglo á los documentos que le entregara Emilio, llegó á Barcelona y se presentó en la casa que le había tomado Emilio Matasanz, precioso nido donde Luisa comenzó á recibir las lecciones de su querido, para la nueva industria á que pensaba dedicarla.

Siguiendo las instrucciones de éste, no salía á la calle sino de noche y cubierto el rostro por el espeso velo del sombrero y acompañada siempre por Pepe, cuyo semblante habia sufrido una completa transformación.

Rubio era, y tornóse su cabello de un negro de azabache, lo mismo que la postiza barba y el bigote.

Esbelta su figura, doblegóse algún tanto ante las exigencias de la necesidad y en aquella pareja que ostentaba riqueza en su porte, pero algunas deformidades en su forma, hubiera sido muy difícil reconocer al Serafín García de la calle de Xuclá y al José Miramar, oficial de zapatero, así como tampoco á la pizpireta y vivaracha Luisa, la oficiala de modista.

* * *

Transcurrieron los días y Emilio juzgó ya necesario emprender de lleno la marcha que se había trazado.

—Mira, Pepe, —le dijo un día conversando en la casa de éste,—ya he tomado la habitación que nos conviene. He ultimado por completo el negocio, y nuestra razón social va á ser la de José Tormos y Compañía.

—Pero ¿qué negocio vamos á emprender? Porque hasta ahora no me ha dicho V. de lo que se trata y esto arguye ó falta de confianza ó que el plan ofrece sus dificultades.

—Ninguna.

—En ese caso, diga V. lo que vamos á hacer.

—¿Qué opinarías tú si nos ocupáramos en comisiones de compra y venta?

—Que no son convenientes,—repuso Pepe.

—¿Por qué?

—Porque los compromisos son más inmediatos, y aun cuando nos reserváramos algún dinero, pagando á dos, por ejemplo, y dejando de pagar á cuatro, ni nos daría honra ni obtendríamos provecho. Yo veo el negocio de otro modo.

—¿Cómo?

—¿Qué capital tenemos?

—Supón que podemos disponer de cinco mil duros.

—Con esa cantidad, si lo sabemos entender, podremos negociar por veinticinco ó treinta mil. Ahí está nuestro golpe; el día en que podamos tomar géneros por cincuenta mil duros, hemos hecho el gran negocio. Y eso es fácil, ya lo creo que lo es. El comercio, en general, es confiado, por no decir que es tonto. Para un comerciante que haya listo y desconfiado, hay cincuenta que, por necedad ó por codicia, caen en la red si ésta se tiende con alguna habilidad. En su consecuencia, soy de opinión que establezcamos la casa, que pidamos géneros á todas partes, que paguemos á unos para que éstos puedan dar buenas referencias á los demás, y de esta manera aseguraremos realmente el negocio.

* * *

Emilio Matasanz no pudo menos de mirar lleno de admiración y de afecto á su discípulo.

Enorgullecióse con su hechura y no pudo menos de decirle:

—¡Bravo, Pepe! Veo que muestras felices disposiciones para saber vivir...

—A costa de los demás; esa es la gran ciencia que debe tenerse en el mundo. Por supuesto que todo ello se lo debo á V., he de serle franco. A no habernos encontrado no hubiera sido más ni menos que uno de esos taruguistas vulgares, cuyo oficio hubiera tenido que aprender en el patio de la Garduña, donde sin duda alguna me hubieran llevado al ponerme en comunicación.

—Te conocí bien y por eso te protegí. Muchos han pasado por delante de mi vista y en ninguno de ellos la he fijado. Yo necesitaba un hombre como tú...

—Y yo un maestro como V.

—Y de este modo, entre los dos formamos uno completo, que es lo que muchas veces te he dicho debe ser, el que como nosotros se propone vivir en el mundo.

Luisa asistía á esta conferencia y llena de admiración miraba á aquellos dos hombres que tan gigantescas proporciones adquirían á su vista.

Realmente para ella había motivo de admiración.

Lo bien calculado que estuvo todo para su fuga, la sencillez, digámoslo así, con que ésta se realizó, la vertiginosa carrera que había verificado con su amante por espacio de quince días, dejando las cartas en uno ó en otro sitio, el desparpajo y la serenidad de que alardeaba Pepe, y, finalmente, su regreso á Barcelona y su instalación en aquella lindísima casa, con tanto lujo y tanta elegancia amueblada, la tenía por completo fascinada.

Pepe había descubierto ante su vista un nuevo mundo lleno de sorpresas.

La historia que le contaba respecto á sus empresas, la revelación de lo que era Emilio, el dinero que uno y otro po-

seian, lo que ella podia adquirir con ser un poco ligera de manos y adquirir algo de aplomo y serenidad, todo esto reunido la hacia ver en aquellos dos miserables, seres de un orden superior.

* * *

Escuchando el anterior diálogo, les contemplaba, como hemos dicho, y Emilio, volviéndose de pronto hacia ella, la dijo:

—También tiene V., Luisita, su papel destinado en esta comedia.

—Si Vdes. me dirigen bien, procuraré desempeñarle del mejor modo que sepa.

—¡Ya lo creo que lo desempeñará V.! Cuando se tienen sus aptitudes, nada ofrece dificultad.

—Sin embargo, todavía no estoy fuerte en el escamoteo y éste tiene que reprenderme muchas veces.

—Eso es cuestión de práctica nada más. Una pulsera, un par de pendientes, dos ó tres estuches de sortijas, se hacen *saltar* con gran facilidad.

—Hoy mismo,—dijo Pepe,—ha escamoteado perfectamente una pieza de pañuelos de hilo, que había yo puesto sobre la mesa con algunas otras telas.

—Bien, pero eso ha sido aquí.

—Dentro de poco te acompañaré á la calle de Fernando para que te ensayes.

—Y dígame V., Emilio, ¿qué papel es el que me ha destinado en esa nueva empresa que trata de realizar?

—Tendrá V. que abandonar por el día, al menos, este delicioso retiro.

—¿Pues, dónde hemos de ir?

—A la nueva casa que vamos á abrir en la calle de Casanova.

—¿Pero estaremos todos?

—No, por cierto; V. estará allí para recoger la correspondencia.

—¿Y la he de traer aquí?

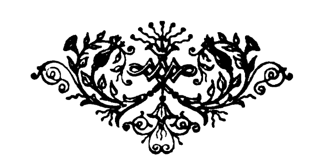
—Ya dispondremos lo que se ha de hacer y de que modo se ha de verificar.

. . . .

Efectivamente, pocos días después, bajo la razón social J. Tormos y C.ª, quedaba establecida en la calle de Casanova una casa de negocios comerciales, destinada á producir gran número de víctimas.

Luisa se instaló en ella para recibir la correspondencia, siendo muy raro que se encontrase allí á los dueños de la casa.

La joven había aprendido perfectamente las lecciones que la dieron, y casi siempre tenía á mano un pretexto plausible para justificar la ausencia de aquellos señores.





CAPÍTULO XIII

Preliminares de una gran operación

Como habían presumido perfectamente Emilio y Pepe, las primeras operaciones verificadas bajo la razón social de J. Tormos y Compañía, dieron un gran resultado.

Pagaban al contado los primeros géneros, procurando que las casas con quien así se portaban, fueran aquellas de mayor respetabilidad, y cuando á éstas les pidieron referencias otras, así del extranjero como de la península, se comprende muy bien que los informes habían de serles sumamente favorables.

Matasanz salió á recorrer algunos centros fabriles del extranjero; cuando regresó, José Miramar hizo lo mismo por la península, y la casa iba adquiriendo una preponderancia extraordinaria.

Esto proporcionaba, además, una ventaja inmensa á nuestros dos bribones.

Ya fuera que por muchas casas se aceptaran sus pedidos, ya que no convinieran las proposiciones que hacían, por medio de las contestaciones iban adquiriendo firmas que, más tarde, pensaban utilizar.

*
* *

—Todo esto,—decía Matasanz, á su discípulo y compañero,—forma un arsenal formidable, del cual podemos sacar armas cuando estemos en las postrimerías de este negocio. Mi vista va estando ya un poco débil y no me sirve para el trabajo de falsificar esas firmas. Por lo tanto, es necesario que te ocupes de ello y que aprendas, porque estoy seguro, que también en esto como en todo, has de resultarme maestro.

Pepe dedicó toda su atención á aquellos trabajos, aun cuando le dijo un día á su maestro:

—Me parece que en este asunto se ha equivocado V. No soy yo á propósito para semejantes trabajos; para los que se necesite serenidad, aplomo y corazón, desde luego. Mañana que haya que ir á cobrar un *cheque* falsificado, que tengamos que presentar como buena, una firma falsa, cuente V. conmigo, yo iré; pero hacer rasgos y dibujar letras, lo conozco, nunca lo podré hacer.

Y, efectivamente, en la larga carrera de estos criminales, Pepe Miramar fué siempre el que afrontó todos los compromisos, presentándose con la mayor desenvoltura á cobrar documentos de ilegales firmas.

* * *

Prosperando, como decimos, la famosa casa de la calle de Casanova, un día recibió Matasanz una carta de América, y al ver el sobre no pudo menos de decir:

—¡Hombre! ¿ahora se acuerda este de escribir? Y viene un retrato aquí,—añadió tocando la carta.

—Así parece,—contestó Pepe, que le estaba mirando.

—Cuando estábamos en la cárcel,—dijo Emilio,—tuve una carta de éste, en la que me avisaba un bonito negocio, si se hubiera podido realizar. Pero, sin duda, no encontró factibilidad de hacerlo, cuando nada volvió á escribir.

—Puede que ahora diga alguna cosa.

—No lo creo; de todas maneras veamos lo que dice.

—Cuando envía un retrato...

—Será el suyo, porque el tal Enrique Jiménez siempre ha tenido furor por retratarse.

Abrió la carta, y al ver el retrato, dijo:

—¡Toma! pues no es el suyo. Veamos que es esto.

—¿No le decía yo á V. que tal vez venga algo ahí que nos interese?

—Efectivamente,—dijo Matasanz que estaba leyendo la carta de Jiménez.—Escucha.

«Por fin, amigo Emilio,—decía la carta,—se realiza el viaje de aquel caballero de los *veinte mil defectos*, de que le había hablado en alguna de mis anteriores.

»Se embarca el día 20 en el vapor *Santa Lucía* que toca en Cádiz y después irá á esa. El caballero, en cuestión, se llama D. Domingo Flores, y el retrato que le mando adjunto es el suyo, á fin de que no sufra equivocación de ningún género cuando le vaya á esperar.

»Según me ha dicho, de esos *veinte mil defectos* es fácil »que deje algunos en la península. A V. le toca ahora procu»rar la cura radical.

»No desperdicie V. la ocasión, porque de éstas entran »pocas en libra.

»Será muy posible que al otro correo marche yo también, »porque tengo al caer un pequeño negocio, merced al cual »espero pagarme el viaje hacia esa.

»Recibí de V. lo que me mandó, que no pudo llegar más »á tiempo; pero en los meses que han transcurrido, se ha »consumido todo, y si este negocio no se realiza, no sé cómo »podría marcharme.

»Esto está muy malo. Hay muy pocos negocios y muchos »negociantes, y como entre éstos, los hay en gran número de »los Estados Unidos y hemos de confesar que estos son mu»cho más listos que nosotros, todo lo acaparan y casi nada »nos dejan.

»Regularmente después de la llegada del señor de Flo»res, tendré yo también el placer de abrazarle.»

—¡Hola, hola!—exclamó Pepe Miramar;—parece que la cosa tiene miga.

—¿Has comprendido el sentido de la carta?—preguntó Emilio.

—Si no lo he entendido mal, ese don Domingo viene acompañado de veinte mil duros.

—Eso es.

—De cuyo peso es necesario aliviarle.

—Justo, justo. Hemos de pensar el medio.

—¿Para qué ahora, cuando no sabemos ni el carácter de ese señor, ni sus inclinaciones, ni sus propósitos? Yo creo que es prematuro cuanto sobre este particular pensemos.

—De todas maneras, es necesario no perder de vista su

llegada y hasta ir calculando cómo le vamos á dar el timo.

—Eso es más difícil, porque necesitamos conocer los puntos que calza de inteligencia.

—No; las líneas generales de nuestra conducta respecto á él, podemos pensarlas desde luego.

*
* *

Pepe miró á su interlocutor cual si no comprendiera lo que éste le acababa de decir.

Emilio quedóse algunos momentos pensativo.

—Pero vamos á ver,—le dijo aquel,—¿qué líneas generales son esas á que V. se refiere? Porque en realidad, ó yo soy un tonto de capirote, ó me parece que aquí no hay líneas cuando no se conoce la persona respecto á la cual se han de tirar.

—Pues de tonto de capirote estás dando pruebas, con eso que dices. En todo negocio, aun cuando sea hipotético, es preciso tener ya formado un plan para su desarrollo, sin perjuicio que después sufra las modificaciones consiguientes á los diversos caracteres que pueda revestir.

Pepe inclinó la cabeza, porque realmente encontró merecido el reproche de su maestro.

—Tiene V. razón,—le dijo,—yo había creído...

—Mira, Pepe, es menester que pongas un poco más de tiento en tu lengua, te lo he dicho repetidas veces, y este es quizás el único defecto de que necesitas corregirte. No por hablar mucho, y muy pronto, se tiene más talento, ni se demuestra la viveza de imaginación; esto refiriéndome á lo que se relaciona con las personas de nuestra profesión. Tratándose de personas de buena sociedad cuyas frases no tienen transcendencia, bueno y santo que así se responda y así se

hable; pero los hombres de negocios es muy distinto, han de meditar lo que dicen y, sobre todo, te vuelvo á repetir que el cálculo es necesario para todos los planes. Ese señor llega dentro de quince ó veinte días; nosotros hemos de pensar concienzudamente como le quitamos esos cuartos, porque precisamente esa es la misión que hemos de tener cerca de él. ¿No es lógico y natural, que tratando de un asunto tan grave, tengamos ya determinada la conducta que hemos de seguir desde el momento en que llegue, puesto que es necesario que nos apoderemos de él inmediatamente que desembarque?

—A mí me parecía que lo primero que debíamos hacer era conocerle, pero comprendo que tiene V. razón; porque si otro se nos anticipa...

—Pues ahí está, por eso es por lo que digo que necesitamos tener formado ya nuestro plan. Como línea general, tú que no podías comprender antes porque hablaba yo de ellas, es menester que desde Cádiz aquí, venga ya con uno de nosotros. Durante el viaje se han intimado relaciones, vá uno á la misma casa de huéspedes donde él pare, se convierte uno en su *cicerone* en esta ciudad, que él no conoce, y de este modo se le puede estudiar todo lo que se quiera y preparar el desenlace en la forma que nos convenga. Estas son las líneas generales á que yo me refería y que en todo negocio deben tenerse muy presentes.

—Reconozco mi error y hago propósito firmísimo de la enmienda, para lo sucesivo. Ese preliminar ideado por V., me parece muy acertado.

—Después de todo eso, tiempo tendremos para preparar nuestras baterías y descubrir los fuegos cuando nos convenga.

—¡Caramba! ¿Sabe V. que sería una gran cosa, aliviar de ese enorme peso al tal don Domingo?

—Ese dinero ha de venir á parar á nuestra caja; no te .epa duda.

—Si, pero tendremos necesidad para ello de recurrir á edios extremos, que son los que dan, al fin y al cabo, el sultado mejor.

—No será eso en mis días, ni en los negocios que yo rea- :e han de entrar poco ni mucho esos recursos de que ha- as,—dijo severamente Matasanz.—La sangre es muy es- ndalosa, y después arguye falta de inteligencia. Si puede garse al mismo fin sin necesidad de emplear tales medios, or qué recurrir á ellos? Aguza el magín, amigo Pepe, y ten r seguro que siempre te harás dueño del dinero de los que le agucen como tú. Desengáñate, ha pasado el tiempo que dominaba la fuerza. Hoy lo que domina es el saber vir, y la sociedad en general sólo está compuesta de vivi- res. De lo más alto á lo más bajo, existe una escala inmen- , en cada uno de cuyos peldaños hay un vividor que trata explotar al que tiene debajo. Pues bien, el gran mérito nuestra parte, consiste en vivir con la vida de todos esos se están explotando recíprocamente. Para esto no hay hacer, sino pensar en todo aquello en que no pien- n, y de este modo siempre les llevarás una gran ven- a. El *atraco* en la calle ó en los caminos, ó en las habita- nes, eso es lo vulgar, lo rudimentario, lo peligroso. El con el guante y el frac, á esos señores que se creen el *plus ultra* de la previsión y de la suficiencia, á esos cos, donde todos creen ser *Argos* que jamás se duermen, es el trabajo que encanta, la labor productiva y cuyos gros no guardan proporción con las ventajas que produ- . Ese es el terreno á que yo he querido llevarte, y si no te aras de él, conseguirás un gran resultado.

*
* *

José Miramar escuchaba lleno de admiración á s maestro.

Y en verdad que había motivos para ello.

Matasanz era hombre de una inteligencia portentosa; m aplicada desde luego, pero sumamente terrible precisamen te por la esfera en que la aprovechara.

Hombre de sociedad, instruído, habiendo viajado mucho observador por necesidad y calculador por carácter, aqu hombre que de todo entendía, para quien la picardía no te nía ningún secreto, y que se había propuesto darse la gra vida á costa de los otros, era sumamente terrible.

Cauto, según hemos podido observar, tenía pocos cóm plices; prefería máquinas inconscientes que secundasen su planes, pero que si era posible ni aun le conocieran.

Una ó dos personas á lo más, eran las que disfrutaba de su intimidad y aun éstas sabían respecto á él, aquello qu le convenía.

Unicamente José Miramar llegó á obtener su confianza

Pero esto fué porque comprendió todo lo que valía muchacho y se propuso elevarle, seguro de que jamás le ha ría traición.

Y no se la hacía, no precisamente por bondad de c racter ni por agradecimiento, sino porque el día en que es tuviera separado de él, José Miramar no serviría para nad





CAPITULO XIV

Luisa empieza á trabajar

TRES días después de lo acordado por Emilio y Pepe, el primero dijo á Luisa:

—Vaya, amiga mía, ha llegado el momento en e debe V. abandonar la pasiva existencia que hasta ahora llevado, para emprender otra más activa.

—¡Ay, don Emilio, cuánto se lo agradezco! No puede V. aginarse lo que me he consumido en esta dichosa casa re-iendo cartas, contestando á las preguntas de unos y de s. y escuchando á veces frases no muy cultas, que di-os.

—Pues, mire V., Luisita; en la profesión nuestra, frases se género tendrá V. que escuchar muchas veces. Las s de quienes nos hemos de valer son, por lo general, tante libres en su lenguaje, y no debemos mostrarnos

muy exigentes con ellas, puesto que al fin y al cabo no traen la ganancia en casa.

—De todos modos...

—Lo que voy á decir tal vez la sorprenda un poco, pero no hay más remedio. Hemos de preparar una gran jugada es preciso tener dispuestos todos los naipes.

Pepe miraba á su compañero lleno de sorpresa.

No acertaba dónde iría á parar.

Durante los tres días transcurridos, le había visto pensativo y más preocupado que de ordinario, y aun cuando preguntó por la causa, nada pudo obtener de él.

Sin duda había llegado ya el momento de la explicación.

¿Cuál sería ésta? ¿Por qué se dirigía á Luisa en vez de hacerlo á él? ¿Qué clase de trabajo era el que la iba á encomendar?

No se atrevía á interrogar directamente, pero sus miradas fijas en Matasanz estaban expresando de un modo gráfico su pregunta y su impaciencia.

* * *

Emilio, cual si se propusiera mortificarle, se había detenido y parecía reflexionar.

Luisa, con la impaciencia y la ligereza propia de la mujer, viendo que permanecía callado, le dijo:

—Pero vamos á ver, don Emilio, ¿qué es eso que yo debo hacer?

Alzó Matasanz la cabeza, que la tuvo baja durante algunos segundos, y dijo:

—En primer lugar, cambiar de aspecto.

Estas palabras causaron cierto asombro en Luisa y su amante, y éste se apresuró á decir:

—¡Emilio! ¿Qué dice V.?

—Que es necesaria otra metamórfosis, á la cual han de seguir algunas más. Esto te sorprende ¿no es cierto? Pero, sin embargo, ya sabes que esta es la base de todos nuestros trabajos.

—Bien; pero ¿en qué sentido la pretende V.?

—En el de que Luisa pueda salir y entrar libremente, que pueda correr por Barcelona sin que se haya de recatar de ninguno de sus antiguos conocidos, y de su misma madre, en primer término.

—¡Diablo!

—Y tú también. Es preciso que vuelvas á ser el mismo Serafín García, de antes, al menos en algunos momentos.

—Confieso que no entiendo lo que V. quiere decir.

—Escuchadme ahora con atención y conoceréis la primera parte de mi plan. Después que ésta se haya realizado, conoceréis el resto y así se os explicará todo.

Y Emilio manifestó á sus compañeros todo lo que había pensado para la realización de la nueva metamórfosis que concibiera.

*
* *

La pobre Dorotea estaba profundamente afligida.

La carta que su hija la escribiera, única que había recibido, fué todavía un golpe más terrible para su corazón de madre y para su reputación de mujer honrada, que la misma desaparición de su hija, porque la había revelado su deshonra.

Luisa se había marchado con algún tunante de los muchos que por desgracia abundan en nuestra sociedad, que la dejaría tal vez abandonada por cualquier parte y la infeliz

concluiría siendo una perdida como infinitas que se encuentran en su mismo caso.

Cuantas reflexiones le hacían sus amigas no eran suficientes á inspirarle resignación alguna, ni las vulgaridades que la decían era posible que hallaran eco en su corazón de madre.

Antonio sufrió en los primeros momentos.

El desengaño fué inesperado y violento.

Pero, como sucede generalmente con los golpes en la cabeza, que si no matan en el acto, se curan pronto, así le sucedió.

El primer choque fué terrible. Pero le resistió y después concluyó por decir:

—Tiene mucha razón, y todavía debo estarle agradecido. Peor hubiera sido que esto me sucediera después de casado.

Y como corolario de esta reflexión, añadió:

—A enemigo que huye, puente de plata. Ella se lo ha querido, que se lo pase.

Y se dedicó con mayor ardor á sus estudios y á sus ocupaciones del escritorio, para acabar de ahogar entre las unas y las otras, las reminiscencias que le quedaban de aquel cariño, que había sido tan mal pagado.



Un día recibió en el escritorio una carta.

Estaba fechada en Tarragona y firmada por su amigo Serafín García.

Se apresuró á leerla y conforme adelantaba en su lectura, su semblante iba expresando el efecto que le producía.

La carta decía lo siguiente:

«Amigo mío:

»Tengo la seguridad de que voy á sorprenderte con la noticia que te voy á dar, porque yo mismo, que soy el actor principal en este asunto, no sé cómo explicarme lo que acabo de hacer.

»Hace quince días llegué á esta, con el propósito de marchar á Barcelona tan luego despachara los asuntos que aquí me condujeron.

»Había bajado al puesto y estaba hablando con un comerciante, cuando de pronto ví pasar á una mujer que llamó mi atención, con mayor motivo, cuando me pareció advertir que procuraba recatarse de mí.

»Me separé de la persona con quien hablaba, me fuí tras de aquella mujer y cuanto más la miraba más me parecía conocerla.

»Llegamos á otra calle y sin poderme contener la llamé. Juzga cual sería mi asombro al ver que no me había equivocado; era Luisa.

»Fijó en mí sus ojos llenos de lágrimas, la pregunté, me contestó y saqué por fin en limpio una historia como otras muchas.

»Encontró un galán que la engatusó; creyéndole ciegamente se fué con él, bajo promesa de casamiento, y á poco se cansó de ella y la dejó abandonada allí.

»Estaba sin saber qué hacer; la ví desesperada; no se atrevía á volver al lado de su madre; comprendía que se había hecho imposible para tí, y hasta la ví en situación de atentar contra su vida.

»La consolé como pude, atendí de momento á sus necesidades más urgentes y... ¿qué te he de decir? Esta mañana nos hemos casado.

»¿Me saldrá bien este albur? No lo sé.

»He creido hacer una buena acción. Si es agradecida

procurará compensar, sino con su cariño, con su gratitud al menos, lo que por ella hice.

»He cedido á un movimiento, irreflexivo quizás, de mi corazón, pero sano y desinteresado.

»Hazme el favor de participárselo á la madre de Luisa, diciéndole que dentro de cinco ó seis días iremos á esa.

»Supongo que este acontecimiento no será causa de que se amengüe la buena amistad que nos unía, máxime cuando creo que ya te habrás curado de aquel amor, que fué tan mal correspondido.

»Adiós, amigo mío; hasta que nos veamos dentro de pocos días.»

*
* *

Sin que tengamos necesidad de esforzarnos mucho para ello, nuestros lectores comprenderán perfectamente el efecto que debió causar en Antonio la lectura de aquella carta.

—¡Buena acción ha estado la de Serafín!—exclamó después de haber leido dos veces la misiva de su amigo,—y confieso ingénuamente que no sé si habría tenido su abnegación.

El joven creyó ciegamente lo que Serafín le decía, y cuando más tarde mostró aquella carta á Dorotea, la alegría de la pobre madre fué extraordinaria.

Vicenta fué la única que hizo un gesto de desagrado, que cuando estuvo sola, se tradujo por la siguiente imprecación:

—¡Para que una se fíe de los hombres! Anda, tunante, que en el pecado llevarás la penitencia.

Los mayores elogios tributaron los vecinos á Serafín; los huéspedes de Vicenta no pudieron menos de sonreirse irónicamente ante aquel acto realizado por su antiguo compañero, pero á ninguno se le ocurrió suponer lo que era verdad.

Unicamente Dorotea que, como ya manifestamos, tenía verdaderamente sentido común, cuando estuvo segura de que nadie podía escucharla, dijo:

—Nadie me quitará de la cabeza que el verdadero raptor de mi hija ha sido Serafín. No quise revelar á nadie mis sospechas porque no me tratasen de visionaria, pero recordando las disposiciones en que mi hija se encontraba respecto á él, muchas veces lo había pensado. En fin, si es cierto que se han casado, la mancha no es ya tan grave. Veremos cuando lleguen, lo que dicen.

*
* *

Efectivamente, Serafín y Luisa fingieron su llegada á Barcelona, se presentaron en casa de su madre, hubo los lloros, las recriminaciones y, finalmente, el perdón consiguiente; exhibió Serafín la partida de matrimonio expedida en toda regla, y por lo tanto no quedó lugar á duda alguna.

Parecía lo natural que Dorotea se hubiese ido á vivir con sus hijos, pero Serafín, tomando por norma el adagio de que «el casado casa quiere», alquiló una habitación en una de las calles más escéntricas de la ciudad, la amuebló modestamente y en ella se instaló con su mujer.

La primera parte del plan de Emilio, habíase realizado cumplidamente.

Ya tenían una personalidad distinta; Pepe Miramar otra casa donde se le conocía con distinto nombre y Luisa podía ir, como había dicho, por todas partes sin temor de que la encontraran sus antiguos conocidos.

Reunidos los tres en la nueva vivienda de Pepe, les dijo Emilio:

—Mi plan abrazaba tres partes, y la primera, que era ésta, ya habéis visto como se ha realizado.

—Y del mismo modo se realizarán las otras dos,—repuso Luisa, que iba poco á poco acostumbrándose á aquella vida, mostrando, al encontrarse frente á frente con su madre y con sus conocidos, un desparpajo y una serenidad á toda prueba.

Emilio la miró sonriéndose y la dijo:

—Ya veo que estás muy animada.

—¿Qué quiere V. que haga? He aceptado la situación por mi voluntad; éste me ha lanzado al camino y no pienso para nada volver la vista atrás. Aquí hay dinero que ganar, hay placeres para recrearse, y puesto que la vida, como V. dice, es para los que saben aprovecharla, tenga V. por cierto que procuraré no descuidarme.

—¿Qué le parece á V.?—dijo Pepe contemplando con cierta satisfacción á su querida;—¿la he educado bien?

—Y tan bien. Por supuesto que la mujer lleva ya en su levadura mucha parte de aquella famosísima serpiente, y no hay más que avivarla para que responda á su origen. Conforme dije que éste llegaría lejos, también te aseguro que has de andar mucho camino, y si sabes hacer uso de tus ojos y de tus encantos, que son muchos y que nadie como Pepe puede conocer, ese mismo camino que has de andar, lo encontrarás lleno de flores.

—Vamos, pues ya puede V. echar por esa boca y veremos si sirvo para ello.

—Sí, mujer, sí; ya sé que sirves. Ahora lo que hemos de hacer es buscarte otra compañera.

—¿Para qué?—repuso vivamente Luisa mirando con celosa expresión á Pepe.

—No tengas cuidado—contestó sonriendo Matasanz—que no te le quitarán. La compañera que yo he de buscarte, ya

tiene el suyo, y que le quiere como á las niñas de sus ojos. Necesitas otra mujer para ir de tiendas. ¿Comprendes?

—Yo creia que con Pepe...

—Es mejor que vayáis dos mujeres. Mientras la una habla y marea á los dependientes, la otra hace el negocio; y cuando va una sola á una joyería, por ejemplo, la otra debe quedarse á la puerta para recoger lo que aquélla le entregue.





CAPITULO XV

La segunda parte del proyecto

La primera parte del famoso plan de Emilio, como hemos visto, quedó realizada á entera satisfacción, así de los ejecutantes como de quien la dirigiera.

Era necesario dar comienzo á la segunda.

Esta, no dejaba de ofrecer sus dificultades, según el mismo autor hubo de manifestar á sus amigos.

—Pero, vamos á ver, don Emilio,—exclamó Luisa un tanto ofendida por algunas palabras que su director pronunciara.—¿Puede V. quejarse hasta ahora? Me parece que lo que hemos hecho este y yo, en poco tiempo, tal vez no lo harían otros en mucho más.

—Si no es eso, Luisita,—repuso Matasanz con aquel acento cortés y afectuoso, que era la nota determinante de su ca-

rácter;—es que ahora comienza lo difícil de la *trilogía* que me he propuesto llevar á cabo.

—Pues me parece, que hacerle creer á mi madre y á todo el mundo, lo que hemos querido, no es una friolera. Después, ya vió V. ayer como me porté, aun siendo la primera vez. Dos pares de pendientes vinieron á nuestro poder, que valían doscientos duros.

—Y cuyas piedras están ya desmontadas,—añadió José.

—Si no me quejo, si no trato de haceros cargos de ninguna especie. Lo único que digo es, que cuanto hicimos hasta ahora, no es nada, en comparación de lo que resta hacer. Esta segunda parte es más dificultosa, porque se relaciona con personas que no ha tratado todavía Luisa, cuyas formas no son las más correctas. Por otra parte, los medios de comunicación de que ha de valerse, son también muy diferentes.

—Vaya, vaya, pues hable V.; diga lo que se ha de hacer y veremos si yo sirvo ó no para el caso.

—Eso es,—añadió Miramar, que hasta entonces se había limitado á escuchar lo que su compañero decía.

—En primer lugar, amiga Luisa, es menester ir á la cárcel.

—¡A la cárcel!—repuso la joven sin poder dominar cierto movimiento de repulsión, que no pasó desapercibido para su interlocutor.

—¿Lo vé V?—dijo éste.—¿Vé V. como le produce su efecto el solo anuncio de lo que debe hacer?

—Ya verá,—contestó Pepe;—la cárcel siempre produce mal efecto á los que no la conocen, y Luisa participa de la opinión general.

—Pero bien,—repuso la joven,—¿qué he de hacer yo, para dar motivo por el cual me lleven á la cárcel?

Matasanz no pudo menos de sonreirse.

Luisa había comprendido mal sus palabras.

José también se hallaba en el mismo caso, porque añadió:

—Tiene razón Luisa. Primero explique V. qué operación es la que debe practicarse, para que dé ese resultado.

—Pero señor, ó yo me he explicado mal, ó vosotros no me habéis comprendido. Si no he dicho que la lleven á la cárcel, sino que vaya ella.

—Eso es otra cosa. Según eso, se trata de ver á alguno de los encarcelados.

—Justamente.

—¡Toma! pues si no es más que eso, pronto está hecho.

—No tan pronto Luisita, que la cosa tiene sus dificultades.

—Usted me dice la persona á quien he de ver, el recado que he de darle, y procuraré atemperarme á sus instrucciones.

—Vamos,—dijo Miramar,—busque V. otra que le diga más.

—Lo que tú y yo debemos querer, es que haga, no que diga.

—No creo que hasta ahora esté V. descontento.

—No por cierto, y del mismo modo que estoy satisfecho con la elección que hice de tí, lo estoy con la tuya.

—Vamos á ver, Emilio, ¿qué es lo que ésta ha de hacer en la cárcel?

—Necesito saber dónde para, un cierto expendedor de piedras falsas, á quien perdí de vista hace algún tiempo.

—¡Expendedor de piedras falsas!—exclamó sorprendido Miramar.

—Sí, Pepe; tú no comprenderás qué tenga que ver eso con nuestro asunto y, sin embargo, ha de ser el alma de él.

Lo mismo Luisa que su amante, miraron sorprendidos á Emilio.

¿Qué pensaba hacer aquel hombre con piedras falsas?

—Pero, vamos á ver,—dijo Pepe, no pudiendo dominar su impaciencia.—¿Qué mira se lleva V. con eso de las piedras?

—Ya sabéis que os tengo dicho que nada me preguntéis respecto á mis proyectos. Este, como ya indiqué, abraza tres partes: la primera, que ya conocéis, ha sido para preparar la segunda, puesto que Luisa tendrá que correr de un punto á otro, y era preciso que pudiera hacerlo con entera libertad. Y la tercera parte de este proyecto, no será ni más ni menos que una consecuencia de las dos primeras. Si os lo dijera todo, la misma impaciencia que habríais de sentir y la incertidumbre respecto á la realización, tal vez os haría incurrir en alguna torpeza. Por lo tanto, dejadme y no queráis saber nunca más que lo que yo quiera deciros.

***

Luisa y Pepe se miraron, demostrando uno y otro en sus semblantes, el efecto producido por las palabras de Emilio.

Este continuó al cabo de algunos momentos:

—Creedme, amigos míos; en mi larga práctica he adquirido la convicción de que en toda empresa, en toda asociación, en toda colectividad, es necesario que haya una sola cabeza que conciba y que ordene. De aquí el mal de la mayoría de muchos establecimientos y de muchas asociaciones por el estilo de la nuestra. El proyecto de uno es discutido por los demás; se le introducen variantes; se desvirtua la idea principal pretendiendo mejorarla, y los resultados son desastrosos siempre. Entre nosotros, en particular, con ma-

yor motivo es necesario obrar como he dicho. Tenemos que ser absolutistas por necesidad. Uno sólo debe asumir el mando; los demás le deben obedecer. Me parece que hasta ahora no tenéis motivo de queja de mi dirección.

—¡Oh! Por ningún estilo,—se apresuró á decir Pepe.

—Pues, entonces, no pretendas saber nada más.

—Pero con todo eso,—dijo Luisa,—todavía no nos ha dicho V. lo que yo debo hacer.

—Tienes razón. En primer lugar es necesario que suprimas el sombrero y la mantilla, y con el pañuelo en la cabeza, la falda de percal y el mantón al cuello te conviertas en Jacinta, la Tortosina, revendedora de ropas y alhajas, cuyo domicilio está en la Riera Alta.

—¡Qué ha dicho V!—preguntó Luisa, mirando asombrada á su interlocutor.

—Ya lo has oído. Ya tienes otra tercera personalidad de que poder sacar partido.

—Pero sabe V., don Emilio, que con tantos nombres y tantas representaciones, voy á confundirme...

—No tengas cuidado; ya sé yo que no te confundirás con esa facilidad.

—Pero diga V., y en la casa donde dice que ha de vivir la Tortosina, ¿he de estarme siempre, ó qué es lo que debo hacer?

—Como que por efecto del comercio que tiene la Jacinta, se ve obligada á salir con frecuencia de Barcelona, ya ves como está explicado el que puedas dejar tu personalidad fingida en aquella casa, para tener la verdadera al lado de Pepe.

—Pues bien; supongamos que ya estoy convertida en esa Jacinta que dice V., ¿qué he de hacer?

—La Tortosina tiene en la cárcel á su amante, que es un

rbián de lo más fino que existe en el gremio. Resbaló un eco, hace cinco meses, y es menester que sepas cómo está la causa.

—¿Y qué más?

—A ese le llevarás la comida mañana.

—¿También eso?

—También. Llevarás tres platos, de los cuales uno, le dis que se lo envíe á Ramón Quilez, que si no me engaño de estar en el *patio*.

—Pero, vamos á ver, Emilio;—dijo Pepe que había permaecido silencioso hasta entonces.—Estoy oyendo algo que, ncamente, si hemos de hablar como amigos, no me acaba satisfacer, porque eso de que esta tenga que pasar como la mbra de otro... Vamos... no me gusta mucho que digamos.

—Pero hombre; si todo eso no es más que aparente; si arcelino Rodríguez, que es de quien yo hablo, tiene su mur y sus hijos, y después, pasa ya de los cincuenta. ¿Qué moo tienes para vacilar?

—¡Toma! Pues entonces, ¿por qué no hace su mujer lo que quiere que haga esta?

—Porque no puede ser.

—No tengas cuidado,—le dijo Luisa,—ya sabes tú que yo quiero y nada más.

—Sin embargo, no me agrada que el cántaro empiece á á la fuente, porque sería fácil que se quebrase algún día.

—Lo cual probaría en ese caso, no el peligro de la fuente, no la fragilidad del cántaro.

—Siga V., D. Emilio,—dijo Luisa,—siga V. explicándome do eso, que ya voy entrando en ganas de ponerme á traiar.

—Pues ya te lo he dicho. Esta misma tarde tomas poseon de tu nuevo domicilio.

miento con todos los demás vecinos, cuyas habitaciones se hallaban en el mismo rellano de escalera que la suya.

El día siguiente, una vez que tuvo preparada la comida, se dirigió á la habitación ocupada por Emilio.

Allí se encontraba Pepe, asistiendo á una operación sumamente curiosa.

Emilio estaba escribiendo en el reverso de un plato, algunas palabras, mojando el palillo de que se servía, en el zumo de unas uvas que tomaba de un frutero que había sobre la mesa.

Hecho esto, lo dejaba secar, y seco ya, encendía un fósforo y ahumaba la parte en que había escrito.

Una vez terminada esta operación, con un trapo muy fino frotaba la parte ahumada del plato, quedando marcadas de un modo sobradamente perceptible, las letras trazadas anteriormente.

Sin duda no debía satisfacerle el resultado de la operación, porque moviendo la cabeza á uno y otro lado, murmuraba:

—No es esto. Todavía se pierden algunas palabras y yo necesito que sea bien legible.

Pepe le miraba lleno de admiración.

—¿Sabe V. que jamás hubiera creído que las uvas sirvieran para otra cosa que para comerlas, ó para beber el zumo de ellas?

—Ya te he dicho muchas veces que te queda mucho que aprender, querido Pepe.

—Pero V. irá enseñándome...

—Desde luego, y la prueba es que voy dándote participación en todos los secretos que son de tanta utilidad en nuestro oficio.

—¿Va V. otra vez á empezar?—preguntó Miramar viendo



-Ya lo ves; hacer que hable este plato.



que borraba con una esponja húmeda, el plato, secándole cuidadosamente después y mojando el palito en el zumo indicado.

—Como que precisamente me es indispensable este objeto para recibir las noticias que deseo.

* * *

En este momento, fué cuando entró Luisa.

—Vamos á ver, don Emilio,—dijo la recién llegada.—¿A qué hora quiere V. que yo vaya á la cárcel?

—Tan luego como acabe lo que estoy haciendo.

—¿Y se puede saber lo que hace V.?

—Ya lo ves, escribir.

—Pero, ¿está V. escribiendo sin tinta?

—Justamente.

Y terminó la escritura y la dejó secar.

Entonces alzó la cabeza y miró fijamente á la joven.

Hubiérase dicho que Luisa, con el pañuelo á la cabeza y el mantón sobre los hombros, había mejorado.

Así debió creerlo Matasanz, porque dijo:

—¿Sabes, Luisita, que estás hecha una *barbiana*, en toda la extensión de la palabra?

—¿Cree V. que podré dar un chasco á cualquiera?

—Lo que puedes dar tú, es el *opio* á más de cuatro. Nada, Pepe, lo que te he dicho; esta chica en tus manos y en las mías, será de primera.

—Este tiene la culpa de todo. Maldito si pensaba yo en hacer mérito alguno en esa carrera á que él me ha lanzado; pero ya que por mi mal ó por mi bien, he dado el primer paso, es menester seguir adelante.

—Por tu bien será siempre. No tengas duda, porque po-

sees cuantas condiciones son precisas para sostener esa lucha en que estamos con la sociedad. Hasta ahora, ya lo ves, los primeros pasos han dado un gran resultado.

—Mientras no tropecemos.

—Tropiezan los tontos, únicamente.

—Sin embargo, estamos viendo en los periódicos, que la policía detiene diariamente *topistas, atracadores, timadores, espadistas* y que sé yo cuántas cosas más.

—Justo, y á los pocos días vuelven á estar en la calle. Por supuesto que si les cogen, es por lo que te acabo de decir; por alguna torpeza que han cometido.

—Vamos, que en ese caso,—repuso Pepe,—tendremos que confesar que V. también cometería alguna torpeza, cuando no hace mucho, también estaba en la cárcel.

—¿Y quién te dice que no hubiera yo incurrido en esa falta? No fué de tanta importancia, sin embargo, cuando nada se me pudo justificar y he salido á la cálle libremente. Por eso, más avisado hoy, estate seguro que será difícil que me vuelvan á echar mano.

—Pero bien,—dijo Luisa impaciente;—con todo esto la cuestión es que no se hace nada y la hora de marchar á la cárcel se aproxima, digo si es que usted quiere que vaya hoy.

—Ya lo creo, está pasando el tiempo y es necesario aprovecharlo. Veamos este plato.

Volvió Matasanz á ahumar la parte exterior y esta vez resultó completamente legible lo que en ella había escrito.

—Perfectamente,—murmuró con aire satisfecho.

—Pero ¿qué demonios está V. haciendo ahí?—preguntó Luisa.

—Ya lo ves, hacer que hable este plato.

—¿Se burla V.?

—Mira.

Y mostró á la joven lo que allí había escrito.

—¿Y quién entiende eso?—dijo Luisa después de haber hecho algunos esfuerzos para leer.

—Tú y este y todos los que tenemos necesidad de evitar que se entere nadie de nuestros negocios.

Lo que había escrito Emilio, no tenía nada de particular que no lo entendiera Luisa, porque era ese lenguaje carcelario, ese *argot* de los criminales, adaptado á Cataluña, si así nos podemos expresar.

El crimen tiene su lenguaje particular, cuyo tecnicismo varía según las comarcas.

Hemos tenido ocasión y en nuestro poder tenemos vocabularios de *caló*, que varían según las localidades en que el crimen se ha desarrollado, hasta el extremo de formar escuela.

Hacemos gracia á nuestros lectores de ese lenguaje *sui géneris*, manifestación genuina de la prevención de que hace alarde esa gente, á fin de evitar que nadie se entere, ni de sus proyectos ni de sus hazañas.

Y les hacemos gracia de ello, porque tampoco juzgamos pertinente á nuestro propósito utilizar ese lenguaje, que obligaría al lector á buscar á cada momento el significado de una palabra, sin que de ello reportara utilidad alguna.

*
* *

Lo que Emilio había escrito en el plato y que hubo de traducírselo á Luisa, decía lo siguiente:

«Necesito que me digas dónde pára el corredor de piedras

falsas de que te serviste para el timo de aquel *payés*. Escribelo en el plato, de este mismo modo, y devuélvemelo después.—*Marcelino*.»

—¿Y voy á llevar yo eso?—dijo Luisa.

—Pues, ya lo creo.

—¿Y se lo he de entregar á ese carcelero que ha dicho usted?

—No; á ese carcelero, que será el que examinará la cesta, le pones con mucho disimulo en la mano este papel, que tengo ya prevenido para el caso.

Y al decir esto, Emilio sacó del cajón de la mesa un papel que entregó á Luisa.

—¿Y después?—preguntó ésta.

—Después, te llevará al cuarto de Marcelino y á él le das la comida y le haces que se fije en este panecillo, que también tengo ya dispuesto.

—¡Toma! Pues si yo tengo en casa el pan que he de llevar.

—Es que tu pan,—dijo sonriéndose Emilio,—no puede hacerle el provecho que este.

La muchacha quedóse mirando sorprendida á Emilio, no comprendiendo el verdadero sentido de sus palabras.

Pero Pepe, que lo había adivinado, se echó á reir diciéndola:

—Tonta, ¿no ves que ese pan va ya preparado?

—¡Cómo!

—¡Qué! ¿Has advertido algo en él?—dijo Emilio con inquietud.

—No, señor; pero me figuro que ha de ser así.

—Efectivamente, mira bien ese pan á ver si encuentras cómo está unido.

Lo mismo Luisa que su amante cogieron el panecillo,

diéronle vueltas en todas direcciones, concluyendo por decir:

—No se advierte nada.

Efectivamente, tan bien disimulado estaba, con tanta destreza se había verificado el vaciado de la miga, que era necesario una gran práctica y sobre todo la sospecha de que allí pudiera encerrarse algún objeto, para descubrirlo.

—Pues ahí dentro—dijo Emilio dirigiéndose á Luisa—van las instrucciones de todo lo que debe hacer Marcelino, con algo más, que le vendrá perfectamente. Ten cuidado con que esto lo vea estando él sólo, porque podría ser que en su cuarto hubiera algún otro, y no hay necesidad de que nadie se entere.

—Pero diga V., ¿ese carcelero no hará alguna de las suyas, desde el momento en que comprenda que aquí va contrabando?

—¡Ca! no tengas cuidado. Ese carcelero, como otros muchos, tienen ojos para no ver y tacto para dejar pasar aquello que conviene. El Romo está cumpliendo condena y ya sabe lo que son esas cosas.

Luisa veía y escuchaba lo que jamás hubiera podido imaginarse.

Pepe, que ya había estado en la cárcel y sabía perfectamente lo que en ella pasaba, no mostraba asombro alguno.

Por el contrario, se sonreía viendo la sorpresa de su amada.

—De modo,—dijo ésta,—que yo á ese señor Marcelino no tengo que decirle nada.

—Si hubiera alguien en el cuarto, sí. Necesitas representar el papel de Jacinta la Tortosina; pero si no hay nadie, con hacerle entrega de la carta y llamar la atención sobre el panecillo, ya tienes suficiente. Él mismo te dirá lo que tienes que hacer.

—¿Y el plato?

—Él se lo enviará á la persona á quien va dirigido. ¡Ah! ya no me acordaba; procura llevar alguna fruta para que Marcelino se la envíe en él, á la persona que le digo.

—Perféctamente.

—Ahora, anda, hija; anda, mucha serenidad y mucho desparpajo.





CAPITULO XVII

Algunas consideraciones respecto al régimen interior de las cárceles

Luisa cumplió perfectamente su misión.

Con la mayor desenvoltura, se presentó en la cárcel, y preguntó por el Romo.

Era éste, como había dicho muy bien Emilio, uno de los carceleros, que por delito de escasa importancia fué á parar á la cárcel y merced á protecciones y padrinazgos, se había quedado en ella de dependiente.

Como el Romo, hay muchos, asi en cárceles como en presidios.

Y este, precisamente, es uno de los grandes vicios que existen en el régimen interior de esos establecimientos.

Para destinos de escasa importancia en diversos ramos de la administración, parece que se han buscado, por la superioridad, toda clase de trabas.

Y para los que tanta responsabilidad comprenden, como son los interiores, en los establecimientos de que nos ocupamos, apenas si se necesitan otros que los del favor ó de la recomendación.

Los mismos particulares, cuando tienen que proveer alguna plaza en sus almacenes, ó las sociedades de crédito, para sus cobradores, exigen personas cuyos antecedentes sean una verdadera garantía para su gestión.

Y la dependencia interior de una cárcel ¿no exige un cuidado especial, una escrupulosidad llevada hasta la exageración, respecto á las personas que han de estar en íntima relación con los presos y que por esta misma circunstancia han de ser objeto de seducciones, de amenazas ó de tentativas de soborno?

Suponemos que deben existir reglamentos en que se determinen las condiciones especiales que deben poseer los empleados de cárceles y presidios, pero sin duda en esta, como en otras muchas ruedas de nuestra máquina político-administrativa, son letra muerta los reglamentos y las disposiciones, cuando vemos ese personal á que aludimos, prestando servicios que tan altas condiciones de moralidad y rectitud, valor y honradez requieren.

No debemos negar, y nos guardaríamos mucho de hacerlo, que entre esos penados los haya probos y leales, y que comprendan perfectamente la misión que están llamados á cumplir; pero desgraciadamente, creemos también que semejantes excepciones son muy contadas.

En ese sinnúmero de empleados de un orden inferior que existen en las cárceles, como carceleros, ordenanzas, voceadores, etc., etc., para cuyos nombramientos no existen, ó si las hay, se descuidan, circunstancias especiales y requisitos indispensables, hemos de buscar, y por desgracia en ellos

los encontramos, los principales cómplices, los encubridores de los mismos presos.

Su falta de vigilancia, su condescendencia, su venalidad, sus afecciones, sus simpatías, sus mismos temores por las amenazas que se les dirigen, son factores de gran importancia para la perpetración de muchos crímenes que se fraguan en las mismas cárceles y, sobre todo, para la introducción en ellas, de armas y diversos objetos, que saben utilizar admirablemente los presos para sus tentativas de evasión, ó para la confección de planes criminales.

A cada momento estamos viendo en los periódicos detalles de sangrientos dramas que tienen lugar en las cárceles ó en los presidios; á consecuencia de ellos, se verifica lo que en el lenguaje carcelario se denomina *cacheo*, que es el registro de toda la población penal, y resulta que se recogen gran número de armas.

¿Por dónde han entrado éstas? ¿Acaso tuvieron virtudes especiales que las hicieron invisibles para aquellos encargados de inspeccionarlo todo, de registrar escrupulosamente las comidas y cuantos objetos se llevan para los presos?

El más miope, vé desde luego que las armas no han entrado solas, ni tienen condiciones para ser invisibles.

¿Quién las lleva? O esos mismos recaderos, que salen y entran libremente en la cárcel, ó las familias, ó amigos de los presos, á ciencia y paciencia de los encargados de la inspección de cuanto entra para servicio del criminal.

Esta es una disyuntiva irrebatible.

Los reglamentos de los establecimientos penales prohiben, con muy buen acuerdo, que los penados tengan ninguna clase de arma y, sin embargo, al verificarse uno de esos *cacheos*, se encuentran en número suficiente para llenar los escaparates de un armero.

Alzase un grito general de indignación, cuando llega uno de estos acontecimientos; se censura á los encargados de la vigilancia en las cárceles, la prensa pide que se trate con rigor á los que permitieron la introducción de aquellas armas, pero á los pocos días nadie se acuerda ya del suceso.

Es verdad que se ha formado expediente, que se ha suspendido de empleo y sueldo al alcaide y á dos ó tres carceleros, pero después de haber escrito mucho, resulta... que no resulta nada contra ellos.

De sobra sabemos, que las poblaciones penales no son poblaciones de santos ni mucho menos, y que en aquel hervidero de pasiones é instintos perversos y de aspiraciones criminales, ni pueden engendrarse más que crímenes, ni es posible que en la caliginosa atmósfera de una cárcel, pueda reinar toda la moralidad que nosotros pretendiéramos.

Pero ya que de por sí es tan peligroso el medio ambiente que allí reina, y en el cual se agita todo un mundo esencialmente criminal, los empleados que para el régimen interior existan, deben ser completamente sanos, no sólo para resistir el contacto con todos aquellos miembros podridos de la sociedad, sino dotados de condiciones tales que si no pueden mejorar la parte moral de aquella inmunda masa, no la empeoren, cuando menos.

Porque empeorarla, es facilitarles medios para realizar nuevas fechorías, para concertar otros crímenes y para proporcionarse ciertos goces de que, á cumplirse severamente los reglamentos, debieran estar privados los presos.

Y no se nos diga que para tratar con éstos, para imponerse á ellos y para sorprender sus secretos, es necesario haber vivido en íntima comunicación con ellos á fin de podérseles imponer; en una palabra, haber salido de la misma masa en que los demás se agitan.

¿Acaso en épocas de contagio, las enfermeras que cuidan de los apestados, son apestadas también?

Quienes acuden en su auxilio, les cuidan y les atienden; quienes se exponen á una muerte más horrible cien veces que la que puede resultar en una cárcel, ¿son acaso las mismas personas contagiadas?

No; mujeres llenas de fe, de honrado corazón, de levantados sentimientos, llenas de abnegación y con el valor que inspira la noble misión que se han impuesto, acuden en auxilio, de aquella inmensa población enferma, hacen frente impávidas al peligro, resisten toda clase de sufrimientos y limitándose á cumplir rigorosamente las prescripciones facultativas, llevan adelante la generosa tarea que se impusieran.

Enfermos morales son también los individuos que se hacinan en las cárceles, y como quiera que su enfermedad es sin duda alguna más terrible, más perjudicial, de más desastrosas consecuencias que cualquier otra epidémica ó infecciosa, ese gran médico que se llama Estado, debiera atenderla con mayor cuidado y llevar á esos asilos, á esas reclusiones del vicio, elementos completamente sanos, en los que, no solamente se excitara la abnegación para el cumplimiento de su noble tarea, sino que también se les alentase, por medio de la esperanza de tener completamente asegurada su vejez.

¿Qué resulta con el sistema seguido hasta hoy? Que ese personal interior de cárceles y presidios, arrancado de las mismas agrupaciones penales, confraterniza con ellas, tiene entre ellas sus simpatías y les presta su ayuda; pero como que también en sus corazones hay algo de aquella levadura formada en el mefítico aire que se respira en esos antros de corrupción y de perversidad, desaviénense un día, por cuestiones baladíes, con los que antes vivieran en la

mejor harmonía, y muchos de esos mismos carceleros y celadores mueren á manos de sus antiguos compañeros.

El crimen no se aherroja ni se contiene por medio del crimen.

Se necesita algo más sano, algo más firme, algo más enérgico, más poderoso, que el hombre salido de las mismas cuadras en que se albergan los presos.

·No es el favoritismo, no es el padrinazgo, no es la protección, interesada muchas veces, las que deben imperar para empleos de tanta responsabilidad, como son los de la custodia de los presos.

No es con el mezquino sueldo y las escasas condiciones de estabilidad, con las que se adquieren buenos empleados, para cargos de una responsabilidad tan grande, como los de que estamos ocupándonos.

Quitarle facilidades al soborno, asegurar de una manera decorosa la existencia de esos empleados, darles la fuerza moral que necesitan para el cumplimiento de su misión, buscar para esos destinos personas que reunan aquellos requisitos de probidad, honradez, lealtad acrisolada y valor reconocido, que para otros cargos de confianza exige también el mismo Estado y el simple particular, cerrar por completo las puertas al favor, cumplir exactamente con los reglamentos y disposiciones que sobre el particular existen, y se habrá dado un gran paso para regenerar la organización interior de nuestros establecimientos penales.

No se nos obscurece, que el mal es tan inveterado y que tales son también las astucias y las sutilezas de los criminales, que se escapan á la penetración de la mirada más perspicaz; pero si á esto se añade la connivencia, el descuido ó el interés, ha de dar como resultado lo que hoy estamos tocando.

El preso, en nuestras cárceles, ni carece de armas para dirimir sus contiendas, ni de herramientas para verificar los *escalos*, y como unas y otras no pueden llegar á su poder sino llevándoselas, evitando la facilidad para esas introducciones, si no de raíz en absoluto, podrían evitarse muchos de esos dramas carcelarios y muchas de esas evasiones que tantas desgracias producen en las comarcas donde se realizan.

Esto que acabamos de apuntar ligeramente no forma más que una de esas concausas, digámoslo así, que contribuyen en gran manera al desarrollo de la criminalidad.

En otra ocasión nos ocuparemos de los establecimientos en sí, de las faltas de que adolecen y de los elementos que proporcionan para la comisión de los mismos crímenes.





CAPÍTULO XVIII

La contestación del plato

SEGÚN en el capítulo anterior expusimos, Luisa, meneando el cuerpo y escuchando á su paso más de un requiebro, llegó á la cárcel y apenas hubo franqueado el rastrillo, vióse rodeada é interrogada por la turba que se hallaba en la portería:

—¿Dónde está el Romo?—preguntó la joven.

—Allí le tiene V., prenda, — dijo uno, señalando al individuo por quien acababa de preguntar la recién llegada.

—Oye, tú, Romo, —dijo otro,— aquí te buscan.

—Diga V., mi alma,—añadió un tercero; — ¿no podría yo servirla lo mismo que ese?

—No, señor;—contestó Luisa con desfachatez.

—¿Quién me llama?—preguntó el carcelero por quien aquella preguntara.

—Esa hembra, que no te mereces tú.

—¿Qué quiere V., señora?—dijo el Romo mirando fijamente á Luisa.

—Pues que me diga V. el cuarto de Marcelino Rodriguez.

—¿Qué lleva V. ahí?—preguntó el Romo señalando la cesta.

—Pues mírelo V. si tan curioso es. Pero cuidado con romper ni tocar nada de lo que va dentro. ¿Lo oye V.?

—Tengo que cumplir con mi deber.

—Es que también para cumplir los deberes hay sus más sus menos. Pero hombre,—prosiguió Luisa, separando las manos del Romo de la cesta donde estaba revolviendo los manjares.—¿Se quiere V. estar quieto? ¡Sin duda que traeré o algún rewólver metido entre esos platos!

—Yo sé lo que hago.

—Y yo también.

Y al par que esto decia, Luisa aparentando retirar las manos del carcelero, deslizaba en ellas lo que Matasanz le habia entregado.

—Pero señora, ¿se quiere V. estar quieta?— dijo el carcelero cerrando la mano donde guardaba el papel que le diera Luisa.—Yo cumplo con mi obligación. Ea, venga V. conmigo.

—¡Gracias á Dios, hombre! Vamos á ver si acabamos de una vez.

Y cogió la cesta y siguió al Romo.

Este cuando estuvo en el corredor donde se encuentran los cuartos de preferencia, desplegó con mucho disimulo el papel que le diera Luisa y vió que habia envuelto un billete de veinticinco pesetas.

Lo hizo desaparecer en el bolsillo y leyó el papel, donde decia:

«Haz lo que te diga Marcelino y cuenta con lo mismo por cada encargo que hagas.»

Y como firma, llevaba el papel dos llaves cruzadas.

El Romo, con la mayor sangre fria, cortó el papel, sacó tabaco, lo echó en él, lió un cigarro, encendió un fósforo y se puso á fumar.

Nadie podia sospechar lo que aquel pitillo significaba.

Luisa le miraba hacer, dominando la sorpresa que le causaba.

—¿Con que V. quiere ver á Marcelino Rodriguez?—dijo el carcelero.

—¡Buena pregunta! Me parece que bien claro se lo he dicho.

—¿Le conoce V.?

—¡Como si le conociera, hombre! Pues no es V. poco preguntón. Yo soy Jacinta la Tortosina. ¿Lo sabe V. ya? Y vengo á ver á Marcelino, y á traerle la comida, y todo lo que sea menester. Conque, menos *palique* y lléveme V. á su *palacio*.

—Es que yo lo decia...

—Por saber, ¿no es verdad? Pues mire V., señor Romo para saber, á Salamanca.

—No hay que incomodarse, señora. Vaya, ya hemos llegado.

Y el Romo se detuvo ante la puerta de uno de los cuartos que habia en la crujía.

—¿Se puede entrar?—preguntó.

—Adelante, —contestó una voz desde el interior.

Empujó la puerta y dijo á Luisa:

—Pase V.

Sentado ante una mesa, estaba Marcelino Rodriguez.

Representaba éste unos cincuenta años y su semblante no era nada repulsivo.

Al verle en la actitud que estaba, nadie hubiera podido sospechar que se hallaba en presencia de uno de los famosos

falsificadores de billetes de Banco, preso algunos meses antes.

El semblante de Marcelino sólo respiraba lealtad y agrado.

Al ver á Luisa, sus ojos expresaron el asombro únicamente.

—Don Marcelino,—le dijo el Romo,— aquí le traen la comida.

—Venga en hora buena,—repuso Marcelino, comprendiendo una seña que rápidamente acababa de hacerle Luisa.

—No sé si será del agrado de V.—dijo ésta.

—Puede marcharse, Romo, que si algo necesito ya le llamaré.

—Cuanto V. quiera, don Marcelino,—repuso el carcelero.

Y salió del cuarto.

Una vez solos, Luisa se apresuró á decir:

—Aquí tiene V. un panecillo, que me parece le ha de dar la explicación de todo.

Luisa, al decir esto, sacó de la cesta los manjares que llevaba y mostró á Marcelino el pan.

El preso comprendió sin duda de lo que se trataba, porque cogió el objeto indicado por Luisa, y le partió.

En su interior aparecieron algunos billetes de Banco y una carta.

Recogió los primeros y se puso á leer la segunda.

Cuando concluyó, miró fijamente á Luisa, y dijo:

—De modo, que V. es Jacinta la Tortosina y mi querida, por lo visto. Está bien. Emilio sabe hacer perfectamente sus lecciones.

—Y ¿qué es lo que tengo que decirle?

—No vaya V. tan deprisa; es menester aprovechar el tiempo que nos queda todavía.

—Es que yo, se lo digo con franqueza, estoy ya deseando verme fuera de aquí.

—Todos quisiéramos lo mismo, pero no puede ser.

—Los que están aquí por alguna causa, tal cual; pero lo que como yo vienen por...

—Usted viene por una causa también, amiga mia, y e preciso que se cubran perfectamente las apariencias. Ya m dice Emilio que es V. novicia en esta vida y por esa raz el estar aquí, aun cuando para V. no existe peligro, la mor tifica. Ya verá V. al cabo de un par de años, como no l viene tan cuesta arriba.

Marcelino, conforme iba diciendo todo esto, sacaba l manjares de la cesta y los iba poniendo sobre la mesa.

—Ahora,—añadió,—es necesario comer.

—Y yo debo presenciar la comida ¿eh?

—Y escuchar lo que debe decir á Emilio.

—Eso es otra cosa.

—Por de pronto, es menestér hacer á Quilez un regalo.

—Es verdad, que ya me dijo Emilio que aquí venia u plato para él.

Marcelino envió á buscar al carcelero que servia en aq departamento.

—¿Qué quiere V., don Marcelino?—le preguntó al entr en la habitación.

Y reparando en los manjares que había sobre la mes añadió:

—¡Hola! Parece que hoy no se come de la cantina.

—No. Esta ha llegado de fuera y desde hoy ella me tra la comida.

—Vamos; mejor comerá V. asi.

—Oiga V., Jaime. Hágame el favor de bajar á Quilez, que está en el patio, ya sabe quién es.

—Sí, señor; sí.

—Bájele este plato con un poco de carne. El pobre no stá muy sobrado y no le vendrá mal. Llévele V. también stas uvas ¿eh?

—Voy al momento.

—¡Ah! Tome V. Dele esta caja de fósforos y esta cajetilla. le pidió cigarros esta mañana y le ofrecí que se los enviaría espués. Lo hará V. en seguida. ¿No es eso?

—Al momento.

—Y tome V. este purito, para que se lo fume á mi salud.

Y Marcelino dió un magnífico habano al carcelero.

* * *

Luisa estaba mirando tanto á Marcelino como á su interlocutor, admirándose de la impasibilidad con que el primero staba tratando un asunto de tanta transcendencia, como juzaba que debía ser la comunicación con Quilez por medio de quel plato.

Y cuando el carcelero hubo salido del aposento, no pudo enos de decir:

—Pero ¿este hombre será de confianza?

—¡Ya lo creo! No tenga V. cuidado, que pronto tendremos contestación. Mientras tanto voy á decir á V. lo que debe ntestar á Emilio.

—Es verdad, porque ya me dijo que me enterase bien de anto me dijera referente al estado de su causa.

—Todo es cuestión de que se dé un poco de aceite á las edas del Juzgado. ¿Comprende V.?

—Sí, señor.

—La causa, puede decirse que marcha bien. Existen preaciones pero no hay certeza. Ya me conoce Emilio y sabe

como yo las gasto; por manera que no ha habido medio d cogerme. Un empuje que se dé, y es suficiente para que salg de aquí bajo fianza, ó para que se sobresea la causa.

—Vamos, sí, la cuestión de siempre; el dinero y nad más que el dinero.

—Ya lo creo, hija. Hay un refrán que dice, que «por diner baila el perro», y en la escala social, todos, desde el más chic hasta el más grande, hacen lo mismo.

—Está bien; así se lo diré.

—Puede V. añadirle que á cuantas preguntas me hace e su carta, podré contestarle satisfactoriamente; pero es pre ciso para ello que pueda ejercitar mi libertad de acción.

—Es decir, que necesita V. para ello estar fuera de aqu.

—Eso es. Al mismo tiempo también dele en mi nombr las gracias por el dinero que me ha mandado. En sitios com este, ese es un elemento indispensable para que á uno l atiendan.

—Yo creo que en todas partes sucede lo mismo y que es poderoso caballero facilita muchas cosas.

* * *

Mientras Marcelino comía y hablaba, entraron en la ha bitación algunas otras personas que residían en aquel mism departamento, y Luisa tuvo que cambiar inmediatamen de actitud, en harmonía con el papel que representaba.

Mas de una hora había pasado, cuando volvió el carceler con el plato vacío.

—¿Qué tal?—le preguntó Marcelino.—¿Qué le ha parecid á Quilez el regalo?

—Me ha dado las gracias y me ha encargado que no s olvide V. de él.

—El pobre teniendo que comer el rancho á todas pasadas, habrá encontrado exquisita esa tajada de carne. Ya lo has oido, Jacinta; tráete algo más, para que le podamos dar á ese pobrete alguna cosa.

—Está bien.

Y recogió los platos en la cesta, saliendo poco después de la cárcel.

Cuando llegó á la casa de Emilio, éste se apresuró á reconocer el plato y dijo:

—Bueno, ya sabemos donde encontrar á la persona que necesito. En cuanto á la causa de Marcelino ya te daré las instrucciones necesarias para que te entiendas con el escribano.





CAPÍTULO XIX

Antes del viaje

La casa de la calle de Casanovas seguía funcionando con el mejor éxito.

Matasanz, como hemos dicho, era, no sólo hombre de una actividad extraordinaria, sino que reunía todas las condiciones que pueden constituir una verdadera capacidad comercial.

Ya hemos visto del modo que iba reuniendo todos los cabos que necesitaba para la madeja en que pensaba enredar á aquel D. Domingo Flores, que debía llegar de América, según le anunciara su amigo.

Esta era una operación de verdadera importancia porque se trataba de una cantidad redonda y que de un golpe pensaba que fuese á parar á su poder.

La casa de comisión era buen negocio, sí, pero exigía una

porción de cálculos, estar muy alerta siempre y mantener una correspondencia, que en muchas ocasiones le contrariaba también. Pero no podía abandonarla hasta haberle sacado el jugo por completo, según decía, mientras que el negocio del americano era de más pronto resultado.

*
* *

El plato famoso, hemos visto ya en el capítulo anterior que había traído la contestación apetecida, y en virtud de ella, Emilio practicó algunas diligencias tras de las cuales dijo á su compañero, en ocasión que Luisa había ido á la cárcel á llevar la comida á Marcelino:

—Vaya, querido Pepe, ya tenemos preparada la celada en que necesariamente tiene que caer la persona á quien estamos esperando de América. Dentro de cuatro ó cinco días vas á quedarte aquí solo, y es menester que pongas tus cinco sentidos en los asuntos que tenemos pendientes, á fin de que no sufran el más mínimo perjuicio.

—¿Que voy á quedarme aquí solo?—repuso Pepe.

—Sí, amigo mío, ya es tiempo de que yo conozca si puedes obrar sin mi ayuda.

—La necesitaré siempre. No tengo la pretensión de creer que sirvo como V. para estos asuntos. Ya se lo he dicho varias veces. Los dos juntos podemos hacer mucho, separados es muy posible que uno y otro tropecemos de mala manera. Lo que no comprendo es, que cuando V. mismo se ha esforzado en hacerme adquirir ese convencimiento y cuando positivamente le tengo ya, cuando le he oído referir hasta la saciedad que nunca nos separaríamos, parta de V. ahora, la idea de esta ruptura. ¿Qué le hemos hecho á V.? ¿En qué hemos dejado de seguir sus instrucciones? Me parece que Luisa

lo mismo que yo, á todo nos hemos plegado y sólo su voluntad de V. fué hasta ahora la dominante.

Emilio estaba escuchando atentamente el capitulo de quejas formulado por Pepe, sonriéndose y sin cesar de mirarle, cual si pretendiera conocer si verdaderamente lo que decía era hijo de una profunda convicción más bien que del afán de aparentarlo.

Pero lo que Pepe decía era la verdad.

Estaba plenamente convencido de la superioridad de Matasanz y reconocía que separado de él no seria nada tal vez.

*
* *

Precisamente, con los individuos de la clase á que pertenecían los de quienes vamos hablando, es donde se encuentra más determinado el espíritu de subordinación y el conocimiento de la superioridad, sea cualquiera la forma bajo la cual ésta se manifiesta.

Del mismo modo reconocen la superioridad física, que la moral; tanto se inclinan y respetan al que navaja en mano y frente á frente los ha vencido, como al que con su dirección, con su habilidad y con su astucia, ha sabido vencer todas las dificultades de alguna arriesgada operación.

Lo que el jefe ordena, aquello se hace, si es que en él han llegado á depositar su confianza, y muchos ejemplos hemos tenido ocasión de ver durante nuestra larga práctica, de este respetuoso cariño á quien ellos creen que vale más.

Todo lo contrario de cuanto sucede en las demás clases sociales, se realiza entre los que por sus atentados y por su existencia especial, se deben considerar fuera de la ley.

Pepe no podia olvidar nada de lo que Emilio había hecho por él.

Conocimientos, posición, medios de existencia, todo se lo ›ia.

Es verdad que cuando Matasanz se había portado con él l modo que lo hizo, fué con su mira interesada, porque bia reconocido en él condiciones que podría utilizar ven- ‹›samente.

Pero fuese de ello lo que quisiera, á no haber sido por ıtasanz, Pepe no habría pasado de ser un ladronzuelo vul- r, que al salir del patio de la *garduña* para pisar de nuevo ‹alle, habría llegado desde el robo al asesinato, y el pre- lio ó tal vez el patíbulo, habrían sido el final de su carrera.

Camino del presidio se encontraba también en aquel ıevo rumbo que había tomado, pero las causas para ir á podían ya ser distintas, así como también distinto el trato ‹· en él se le daría, si podía contar con algunos miles de ı.ıs.

*
* *

Hemos dicho que Matasanz le había estado escuchando ırıéndose y mirándole fijamente.

Cuando concluyó de hablar, le dijo poniéndole cariñosa- ›nte la mano en el hombro:

—Pero hombre, ¿á qué ha venido ahora todo eso? Has in- :pretado de un modo falso mis palabras y te has estado :isando en decir una serie de tonterías que no venían á ·nto.

—¿No ha dicho que íbamos á separarnos?

—Sí.

—¿Y por qué razón? ¿Qué le hemos hecho á V., Luisa y ·, para que así quiera romper vínculos formados por usted :·mo?

—Pero, hombre, si no se trata de eso; no es que yo m separe de vosotros, sino que voy á hacer un viaje, y durant ese tiempo es preciso que lleves nuestros asuntos nada m que como los hemos llevado hasta ahora.

—¿Va V. á hacer un viaje?

—Ya te lo he dicho.

—¿Y dónde va V.? Digo, si es que puede saberse.

—Voy á Cádiz.

—¿Á Cádiz? ¡Ah! Ya caigo.

—Es menester recibir á D. Domingo Flores como se merec

—Empiezo á comprender...

—Por eso te digo que es preciso que no abandones esto sigas llevando el mismo ten con ten, que hasta ahora, par los pagos. La cuestión es que tengamos en caja siempre un cantidad efectiva muy superior á lo que paguemos.

—Y dígame V., ¿no podríamos intentar alguna letrita, y fuera de Londres, ya de París? Eso siempre sería sacar lo gastos del viaje.

—Como quieras; pero ten presente que tu persona ha d sufrir una transformación extraordinaria cuando vayas á cobro. Es preciso no dejar rastro de ningún género. ¿Com prendes lo que te quiero decir?

—Sí, señor. De sobra que está comprendido y no sé p qué me hace V. esa observación, cuando ya sabe que en esa transformaciones voy resultando maestro.

—No hay una gran necesidad por ahora; así es que utilizas una ó dos de esas firmas, basta.

—Y la cuestión de Marcelino, ¿cómo la deja V.?

—Resuelta, querido Pepe. Marcelino sabe muy bien dond le aprieta el zapato y había facilitado mucho el camino. Des pués, lo que te he dicho muchas veces: en los Juzgados pro cura tener amigos.

—Ya sabe V. que tengo alguno.

—Pues cultiva esas relaciones que algún día te pueden ·rvir.

—De manera, que cree V. que Marcelino saldrá de la ·rcel.

—Dentro de poco.

—¿Y si me pregunta por V.?

—Ya tiene las instrucciones, que hoy precisamente se las ı llevado Luisa.

—Cuando Marcelino salga de la cárcel ¿podrá Luisa dejar casa en que se la conoce como Jacinta la Tortosina?

—No; puede en buena hora si quiere, decir que se mar-ıa fuera, pero sin despedir la casa. No sabemos lo que ıede suceder mañana.

—Como V. quiera; le hago todas estas preguntas para que ·spués no diga que hemos cometido alguna torpeza.

—Me parece que hasta ahora no te lo he dicho, ni me has ·lo motivo para que te lo diga.

—Como que de su proyecto de V. no conozco sino lo que · ha dicho, ignoro en realidad la conducta que debo seguir.

—La misma que hasta ahora, porque dentro del proyecto ienes determinado tu papel, pero es un papel que á nada te ·mpromete. Es una operación que quiero realizarla yo ex-lusivamente, y si á Marçelino lo he tomado como auxiliar, ı· creas que sea por otra cosa que por lo que se presta su ·ura, la expresión de su semblante y los conocimientos que ·ne del Brasil, donde estuvo hace algún tiempo.

—¿De modo que yo no voy á tomar parte activa?

—Hasta ahora me parece que no. Nada te puedo asegu-ar porque no conozco á la persona y no sé si tendré que mo-lificar en parte, ó quizás en todo, el plan general.



CAPITULO XX

El americano

Don Domingo Flores, hombre que disfrutaba de una gran fortuna en América, habia tenido el capricho de hacer un viaje á la peninsula, con el único objeto de ver si en Barcelona ó Madrid, que tanto le habian elogiado los peninsulares que residian en la isla de Cuba, encontraba condiciones suficientes para que, realizando los cafetales, potreros y vegas de tabaco que poseia en la isla, pudiera vivir en cualquiera de las dos poblaciones mencionadas.

—Pero, hombre, — le habian dicho los peninsulares, — mire V. que allí lo pasará muy bien y no tiene necesidad de ir ahora para regresar después y volverse á marchar más tarde. Hágalo V. todo de una vez.

—No, señores; á mí no me gusta tomar las resoluciones con tanta rapidez. Cuando yo conozca aquello, cuando ya

vea de qué modo puedo adquirir una casa que reuna las condiciones que necesito, entonces resolveré.

Y no hubo quien le quitara de la cabeza que el gasto que iba á hacer con aquel viaje, era completamente inútil.

Don Domingo había pasado ya de los cuarenta años, era solterón recalcitrante, un poco terco y un mucho pagado de su perspicacia y acierto para saber manejarse.

Se le había antojado ir á España y, cómo según él mismo decía, y en esto hablaba perfectamente, á nadie tenía que dar cuenta de sus actos, distribuyó los veinte mil duros que habia presupuestado para su viaje entre Cádiz, Barcelona y Madrid, importándosele tres cominos, consejos, reflexiones y saludables advertencias.

Era desconfiado por naturaleza, condición que le había servido en algunas ocasiones y le había perjudicado en otras; porque sabido es que la exageración en todo, aun en lo más bueno, suele perjudicar también.

Llegó á Cádiz, en cuya ciudad tampoco había estado, y se hizo conducir á uno de los mejores hoteles.

Una vez instalado, pidió el desayuno, que encontró detestable, lo mismo que el *confort* de la habitación, echando de menos, según decía al camarero, el lujo de los hoteles de los Estados Unidos, que él tanto había frecuentado.

—Pues mire V., —le contestaba aquél, —precisamente nuestra fonda es bien conocida, y en prueba de ello, un caballero que acaba de llegar nada menos que de Valladolid y hacía ya seis años que no había estado en Cádiz, no solamente recordó nuestra casa, sino hasta el mismo cuarto que ocupó entonces.

—Ya se vé,—contestó Domingo, — tan malas pueden ser las otras, que ésta resultará buena. Pero, vaya, que no tiene comparación con las del extranjero.

—Lo siento, caballero.

—¿Y ese señor que ha venido de Valladolid ha recordado hasta la habitación que ocupó?

—Ahí le tiene V., precisamente en el número dieciocho, al ladito de V.

Don Domingo se encogió de hombros y deseó que llegara la ocasión de conocer á aquel individuo.

Esta, se presentó á la hora de comer.

Fuera casualidad, ó fuera por la coincidencia de ocupar dos habitaciones inmediatas, las sillas estaban juntas y esta circunstancia favoreció el conocimiento del caballero castellano y del opulento habanero.

* * *

Pasamos por alto los preliminares de aquel conocimiento y cuando terminó la comida, Flores se ofreció á su vecino, diciéndole:

—Ya lo sabe, amigo. Domingo Flores, en la Habana y en Matanzas, muy conocido; y aquí, en este pequeño cuarto, siempre á su disposición.

—Igualmente, señor don Domingo, en Valladolid y en Zamora á cualquiera que pregunte por Florentino Gomarra le dará razón. Aquí ya lo sabe, la habitación al lado de la suya.

Mas tarde el cubano preguntaba al camarero:

—Digame, parece que este caballero que ocupa el cuarto inmediato, es persona de buena posición.

—Aquí, todos, señor, todos los huéspedes que hay en la fonda se encuentran en su mismo caso. Ya vé V., está el oficial primero del Gobierno civil, un comisario de marina, dos ingenieros navales, cuatro ingleses, en fin, lo mejor de todas partes.

—Yo pregunto por don Florentino.

—Ya lo sé. Es uno de los propietarios más ricos de Castilla la Vieja.

—Parece buena persona.

—Buenisima; ya lo creo. No se lo puede V. imaginar.

El camarero hablaba así, porque el tal don Florentino, en quien nuestros lectores deben haber reconocido ya á Matasanz, le había dado una buena propina y le había hecho creer cuanto le dió la gana.

Con semejantes antecedentes, el americano habló largo rato aquella noche, en la mesa, con el propietario castellano.

Este, hizo diestramente recaer la conversación respecto á viajes.

—Aquí donde V. me vé,—decía,—cada año acostumbro á echar mi excursión por España, mejor dicho, por algunas provincias nada más, porque hay otras que, francamente, amigo mio, son fatales. Soy español, pero no dejo de comprender lo que tiene de desagradable mi país. En cambio hay algunas poblaciones como Barcelona, por ejemplo, que realmente merecen ser visitadas, porque cada año se encuentra en ellas algo de notable.

—Sí, me han hablado muy bien de Barcelona, en términos que tengo deseo de conocerla. Porque aquí donde V. me vé, he venido á España solamente con el objeto de ver si encuentro una población que me agrade para fijar en ella mi residencia.

—Pues Barcelona estoy seguro que le ha de gustar. Dentro de ocho dias, lo más tarde, espero estar allí.

—¡Ah! De modo que no va V. á quedarse en Cádiz.

—¡Ca, no, señor! Vengo aquí ocho ó diez dias lo más; veo a los amigos, marcho después á Valencia, allí me detendré otro poco tiempo, después voy á Barcelona y allí pernoctaré más; después á Zaragoza, Madrid y luego á casa.

—¡Bonito viaje debe ser ese!

—Realmente es muy agradable, sí, señor.

—¿Con qué dice V..que dentro de ocho ó diez días?...

—Lo más. Tengo ya algunos amigos allí que me están esperando.

—De modo que V. conocerá aquello...

—Perfectamente, sí, señor.

—¿Sabe que me están dando tentaciones de rogarle que me admita como compañero de viaje?

—Siendo yo el honrado en ese caso, ¿por qué me había usted de rogar? Lo único que sentiré que mi compañía no sea todo lo agradable para V. que yo deseara.

—No sé por qué. No hay nada más fastidioso que hacer un viaje como el mío, solo, sin conocimientos, sin relaciones, por países desconocidos, expuesto á que le engañen á uno a cada momento... Nada, nada, que me marcho con V. si en ello no tiene inconveniente.

—Pero ¡por Dios! señor don Domingo, ¿qué inconveniente puedo yo tener? Por el contrario, muy satisfecho de que se me proporcione esta ocasión en que le pueda ser de alguna utilidad.

Matasanz había tenido la habilidad de hacer que fuese el mismo don Domingo, quien le rogara que le permitiera acompañarle.

* * *

Al día siguiente escribía á Pepe Miramar:

«Hecho el conocimiento con el viajero. Saldremos de aquí dentro de ocho ó diez días, y, efectivamente, creo que conseguiremos librarle de aquellos veinte mil defectos que ya conoces.»

Dos ó tres dias después de esto, decia Matasanz á su nuevo conocido:

—Esta tarde no podré acompañarle á dar nuestro paseito por Puerta de tierra, según nuestra costumbre.

—Pues qué, ¿tiene algo que hacer, el amigo?—preguntó don Domingo.

—Sí; me han dicho que ha llegado del Brasil con su familia, un antiguo condiscípulo, y quiero darle un abrazo. El pobre se marchó hace muchos años, con el propósito de hacer fortuna.

—¿Y lo ha conseguido, al menos?

—No lo sé, pero él era aquí muy desgraciado, y difícil me parece que haya hecho nada. En fin, veremos, y si es que viene mal, ahora precisamente me hace falta un buen administrador para unas dehesas que compré en Extremadura, hace dos años, y quizás pudiera convenirle.

Domingo, que oía hablar de este modo á su compañero, que le veia gastar esplendidamente, hablar diversos idiomas con los varios extranjeros que habia en el hotel, necesariamente llegó á formar de él un gran concepto.

* * *

Cuando á la hora de comer se encontraron en la mesa, Flores preguntó á Matasanz:

—¿Qué tal? ¿Ha visto á su amigo?

—Sí, señor. Aseguro á V. que he pasado un buen rato.

—Me alegro. Esa es señal de que ha venido con algún desahogo.

—Parece que no le ha ido mal. Ha tenido que sufrir sus penalidades, como todos los que en su caso se encuentran, pero al fin ha podido realizar una fortunita.

—Mas vale así.

—Lo que no me gusta, es la forma en que ha traído sus fondos.

—Qué ¿no lo ha hecho en letras?

—Ahí está el caso; ha querido traerse mercancías, que no sé si en estos mercados le darán el resultado que espera.

—¿Qué clase de mercancías son?

—Pedrería. Trae diamantes preciosos.

—Eso es de fácil salida. Y si aquí en España no, en París ó en Londres, los despacharía al momento.

—Ya se lo he dicho. Pero ahora tropezamos con otra dificultad. Ese muchacho, que tanto valor y tanta energía ha tenido que desplegar allí para conseguir esa fortuna, es, sin embargo, de lo más tímido que puede V. imaginarse. No tiene esa vivacidad, ese desparpajo, esa cosa especial que se necesita para especular.

—No tenga V. cuidado. Ya se espabilará. Por otra parte, siendo valores de esa importancia, acudirán los joyeros á quitárselos de las manos.

—En fin, yo le he dado ya algunos consejos. Si los toma, me parece que no le han de ir tan mal.

. . . .

Pocos días después, Matasanz y el cubano Domingo Flores, salían de Cádiz con dirección á Valencia, desde donde pensaban marchar á Barcelona.



CAPITULO XXI

Negocio de banqueros

DON Pedro Soriano era uno de los banqueros que en Barcelona estaban mejor considerados, si no por su gran riqueza, por la probidad y la inteligencia que había demostrado, desde que se dedicó á las operaciones de banca.

Sin hacer, como otros, ostentación de sus ganancias, ni alardear de su capacidad, su firma era siempre una garantía de legalidad y seguridad para el negocio de que se tratara.

Su esposa y su hija estaban también en completa harmonía con él.

Isabel, que así se llamaba su esposa, era lo que vulgarmente suele llamarse en nuestra sociedad, una señora chapada á la antigua.

Modesta, hacendosa, más atenta á las obligaciones de su

casa que á paseos, diversiones ó seguir los caprichos de la moda, habia ayudado á su marido en los primeros años de su matrimonio, con su trabajo y su economía, á realzar su posición hasta que se vió obligada á concentrar toda su atención en su hija Antonia, de cuya educación quiso encargarse únicamente.

Para Antoñita no hubo ni colegios extranjeros, ni juguetes costosos, ni trajes de lujo.

Modesta como su madre se habia criado, se crió también, sin fatigar su imaginación con enseñanzas que, después de todo, maldito si aprovechan á ninguna mujer. A los dieciocho años era una joven preciosa, instruida, maestra en todas las labores de su sexo, poseyendo también algunas otras habilidades de puro adorno; sabia presentarse perfectamente en sociedad, y profesaba á sus padres el cariño y el respeto que por desgracia no suele ser la nota dominante en muchos de los hijos de nuestra época.

Antonia estaba prometida, y para su casamiento no habian buscado sus padres una fortuna ni un nombre.

La persona elegida, era el tenedor de libros que tenía el banquero.

En casa de éste se habia formado. Felipe Casañas, que así se llamaba, entró en casa de don Pedro, muy niño; allí hizo sus estudios, concluyó el peritaje mercantil, y era entendidísimo en partida doble y operaciones mercantiles.

Don Pedro tuvo ocasión más de una vez, de apreciar lo que valía su dependiente, y llegó un dia en que al conocer la inclinación recíproca de los dos jóvenes, le dió su aprobación y al mismo tiempo ofreció á Felipe una pequeña participación en la casa.

*
* *

En el momento en que presentamos á nuestros lectores stos personajes, les encontramos algo preocupados por las oticias recibidas aquel dia por correo.

Una importante casa de París había hecho suspensión de agos, y la de D. Pedro Soriano resultaba lastimada en alunos miles de pesetas.

Las cartas recibidas aquel día, confirmaban lo que el tegrafo, con su laconismo terrible había anunciado, dando etalles que demostraban la poca esperanza que había de cobrar la cantidad perdida.

Soriano y Felipe estaban hablando respecto á este asunto.

El banquero había examinado los documentos que su dendiente le mostrara.

—Es decir que nos encontramos con un crédito de ciento einte mil pesetas, perdido casi en su totalidad.

—Ya vé V. el activo que tiene la casa para poder cubrir pasivo,—respondía Felipe, mostrando los papeles que nía en la mano.

—¿Cómo estamos de vencimientos?—preguntó de repente banquero.

—Crecidos son los que tenemos para fin de mes, pero onfío que podremos atender á ellos.

—Será necesario que veas á los señores Mores hermanos, fin de que paguen lo que adeudan. Hoy es imposible conderles nuevo plazo.

—Los veré, pero temo mucho que no vamos á conseguir an cosa. Esa casa no sé cómo marcha hace algún tiempo. é una desgracia que no tomásemos aquellos valores, cuan los ofrecian espontáneamente.

—Sí; ¿pero qué querías que hiciese, cuando sabía que n tenía otra cosa que ofrecer en garantía á sus acreedores? Y conoces mi carácter que no es á propósito para hostigar á nadie, y como gracias á Dios, mi casa podía prescindir en aquellos momentos de la cantidad que me adeudaban, me contenté con la prórroga del documento, y ellos pudieron salir del compromiso. ¿Cómo estamos de cuentas corrientes Felipe?

—Eso es lo que me preocupa por el momento.

—¿Temes acaso que al tener noticia de la suspensión de pagos de esa casa, y que yo salgo tan perjudicado en ella no se presenten los interesados á retirar sus capitales?

—Sí, señor. Ese es mi miedo.

—Pues, hijo, es menester prepararnos para una eventualidad. Vete á la Bolsa y de los valores que tenemos en cartera procura negociar los que juzgues oportunos.

—¿Y no cree V. que sería conveniente aceptar la proposición que nos hizo aquel caballero que estuvo aquí ayer? El papel que nos ofrecía era corriente, y sin necesidad de tocar á la cartera, podríamos verificar una buena operación.

El banquero reflexionó algunos momentos.

Después movió la cabeza negativamente y dijo:

—No, Felipe; no me gusta aprovecharme de la desgracia de nadie. Según me dijo aquel caballero, que es un dependiente de la casa Jackson Morris y C.ª, de Londres, sus principales, por efecto de negociaciones desgraciadas y de quiebras que les habían afectado, se veían obligados á hacer poco más ó menos, lo que yo debo hacer ahora, y habían enviado dependientes de toda su confianza á París, á Madrid y aquí, para negociar el papel que tenía en cartera, en las condiciones que quisieran los adquirentes. La cuestión par

casa Jackson Morris, era levantar fondos para atender á mpromisos perentorios.

—Y si V. no quiere hacer el negocio, lo hará otro y habre-s perdido una ocasión favorable para salir del paso, sin an detrimento de nuestra reserva.

—Lo comprendo. Pero ¿qué quieres? Para eso se necesita ro carácter que yo no tengo.

Iba á replicar Felipe, cuando anunció uno de los depen-entes que el banquero D. Romualdo Galán, deseaba ha-arle.

Nuestros lectores recordarán que éste, era el principal, de itonio, de aquel joven huésped de Vicenta, que había es-do á punto de casarse con Luisa.

Soriano se apresuró á recibirle.

Felipe volvió al escritorio y los dos compañeros se que-ron en el despacho.

—¿Dígame V., Soriano,—preguntó Galán después que hu-eron cruzado algunas frases de pura cortesía.—¿Es verdad e ha estado á ofrecerle valores, un agente de la casa Jack-n Morris y C.ª, de Londres?

—Sí, señor,—respondió sin vacilar Soriano.—¿Ha estado aso en su despacho?

—No; lo he sabido por uno de mis dependientes, por An-io, que, según me ha indicado, le habló de ello un comi-nista, que parece es amigo de ese agente.

—Aquí estuvo; me indicó la necesidad en que la casa se contraba de desprenderse de esos valores...

—¿Y no los aceptó V.?

—¡Hombre! Ya conoce V. mi carácter. No me agrada rovecharme de las circunstancias.

—Mal hecho, amigo Soriano, muy mal hecho. El negocio es que todo. Supongo que el descuento sería...

—Importante, sí, señor.

—Vaya, ¿quiere V. que le dé un consejo?

—Ya sabe V. que estoy dispuesto á escucharlos siempr

—Si sabe V. dónde vive ese agente, cómprele esos va- res y después yo los tomaré, abonándole un dos por cien sobre lo que V. haya dado por ellos.

—¿Y por qué no hace V. la operación directa?

—Porque entre la casa Jackson y la mía, hubo diferencia hace tiempo, que degeneraron en rompimiento absoluto. H me convendrían esos valores, pero no adquirirlos directa mente.

—En fin, ya veremos.

—Hágalo V., que es buena operación, y tal vez le com pense algo la pérdida que, según ayer me dijeron, ha exper mentado con la suspensión de pagos de la casa Dubois.

—Sí, algo me ha cogido.

—Pues, con aquel negocio podía quedar equiparado to

—No, no; prefiero que lo haga V. Ni mi carácter, como he dicho, me permite abusar de la situación de nadie, mis relaciones con la casa Jackson Morris, tampoco me au torizan para...

—Vaya, Soriano; esos escrúpulos sientan mal en una per sona de su gran práctica comercial y de su experiencia. E fin, si no quiere V. hacerlo, ¡cómo ha de ser!

—Conozco que pierdo en ello.

—Pues si lo conoce, ¿por qué no lo evita? ¿Cree V. acas que ese proceder lo aprecia nadie? No, señor. Los que obra mos así, somos calificados de tontos, por los que obran d otra manera, y hay que convenir que tienen razón.

—Sí, porque ellos han hecho, lo que nosotros no quisimo

—Por eso, amigo Soriano, es necesario que nos espab lemos.

—Difícil es que yo lo haga.

—En el caso, de que le he hablado, obre como si fuese yo. ¿Lo sabe? Si vuelve ese agente, que indudablemente volverá puesto que V. estaba en relaciones con la casa, y comprenderá que nadie mejor que V. puede hacerlo, adquiera esos valores y me los vende, como le he dicho. Pago al contado.

*
* *

Cuando Galán salió del despacho de Soriano, éste se apresuró á llamar á Felipe, á quien dió parte de la conversación que acababa de tener con su compañero.

—Lo que dije á V.,—repuso Felipe.

—De todos modos, si lo hago, será siempre contra mi convicción.

—Pero debe V. reflexionar la situación en que hoy nos encontramos, y si podemos mejorarla...

—Por esos medios...

—Como V. guste.

Mas tarde, Felipe hablando con Antonia, le decía:

—Me parece que nuestra unión se ha de retrasar un poco. La suspensión de pagos de la casa Dubois, va á influir en perjuicio nuestro.

—¿Por qué?

—Porque presumo que nos vamos á ver en un conflicto. Por supuesto, es porque tu padre no quiere hacer una operación, que otros aceptarían á manos abiertas.

—Ya nos ha dicho algo y... ¿qué quieres que te diga? En lugar de papá, haría lo mismo.

—Ya han empezado á tocarse los efectos de las voces que han circulado en la plaza, y esta tarde han venido á retirar fondos por valor de diez mil pesetas.

—Pero todavía dice papá que contamos con valores...

—Que hoy se han pronunciado en baja.

—En fin, querido Felipe, Dios nos ayudará y no creo que para tí sea motivo de mortificación el que se retrase nuestra boda unos meses más.

—¡Tengo tantos deseos de llamarte mía!...

—Yo también. Pero, amigo mío, hemos de ceder ante la fuerza de las circunstancias. Desengáñate, Felipe, la dicha cuanto más se hace desear, mejor se la saborea después.





CAPÍTULO XXII

Para los desgraciados todos los días son martes

Soriano empezó á pensar con alguna inquietud en los vencimientos que tenía inmediatos.

No podía saber de dónde había partido la noticia de que la quiebra de la casa Dubois, de París, le hubiese afectado; pues si bien en el círculo de la banca era lógico que se supiera, para que en tan breve espacio hubiese llegado á oídos de los cuenta-correntistas de la casa, era preciso que alguien hubiese llevado la noticia á los periódicos, puesto que fueron ellos los que dieron la voz de alarma.

—Pero, ¿tú ves, Felipe?—decía al tenedor de libros,—¿tú ves de qué manera ha cundido el pánico entre todos los clientes de la casa?

—Sí, señor; demasiado lo estoy viendo, y por esto que ya lo presumía ayer, fué decirle que era conveniente la ope-

ración de los valores de la casa Jackson Morris y C.ª, con mayor motivo, cuando don Romualdo dice que él se los comprará á V. inmediatamente.

—No me decido, Felipe; especular con la desgracia no es para mi carácter.

—Pero si aquí no hay especulación que valga; si no ha sido V. quien ha buscado ese negocio, sino ellos mismos quien se lo vienen á proponer.

—¿Quién va á reportar la utilidad?

—¡Toma! Eso ya lo sabemos. Nosotros; pero si no lo hacemos, habrá otro que se la lleve. ¿Y que habrá V. sacado entonces?

—Todo cuanto me digas, tienes razón; lo comprendo.

—Mire V. que si en esta proporción continúan las demandas de cantidades, los vencimientos de fin de mes no sé cómo los atenderemos.

—Eso me inquieta.

—¡Ya lo creo! Como que la situación podría ponérsenos algo desagradable.

Efectivamente, Felipe tenía razón.

Para hacer frente á los vencimientos, había contado con las cantidades que había en caja; pero si éstas desaparecían, como hacía suponerlo el afán con que se apresuraban á retirarlas, ¿qué iba á suceder entonces?

La casa Soriano, que había sido un modelo de puntualidad para los pagos, quedaría en descubierto.

Felipe al llegar á este punto no podía menos de estremecerse.

Conocía perfectamente el carácter de su principal, y si no podía satisfacer sus compromisos, tal vez en su desesperación llegara á atentar contra su vida.

Porque muchas veces le había oido decir, que si llegaba

un día en que la desgracia le pusiera en el caso de no hacer honor á su firma, no lo podría soportar y se quitaría la vida para no presenciarlo.

El dia siguiente, presentóse de nuevo en la casa, el agente enviado para la negociación de aquellos valores, por Jackson Morris y C.ª

* * *

Era un verdadero inglés que chapurreaba bastante bien el español, y que por lo tanto podía entenderse admirablemente con Soriano, que no conocía el idioma de los hijos del Támesis.

—Conque, vamos á ver, señor Soriano, ¿hacemos esa operación ó no? Sentiria tener que dirigirme á otra parte. El tiempo apremia y la casa necesita fondos.

—Yo bien quisiera sacar á sus principales de V. del compromiso en que se encuentran,—repuso Soriano,—pero también estoy algo apurado y no puedo distraer fondos, que tal vez los necesite.

—Pero si los valores que yo le ofrezco son de muy fácil salida. Comprenda V. que si los lleva á la plaza...

—Lo mismo puede V. hacerlo que yo.

—Varian mucho las circunstancias. Yo no soy conocido; necesitaria alguna persona que diera referencias respecto á mi; se sabría que era un dependiente de la casa Jackson y ya sabe muy bien el mal efecto que esto produce siempre.

—Es verdad.

—Por lo mismo, V. únicamente es quien puede hacerlo.

—Pero si según me ha dicho otro banquero amigo mio, ya es conocida la estancia de V. en Barcelona. Parece que ha hablado V. algo, con el amigo de uno de sus dependientes.

—¿Yo?

—Recuerde V. bien.

—¡Oh! Como en el café no se me escapase alguna palabra que no lo recuerdo... Pero en fin, eso no tiene nada que ver.

—Comprendo la impaciencia de V., pero estas cosas no pueden hacerse tan deprisa.

—Si para V. es cosa de un momento. Vamos, señor de Soriano, decídase, y después de todo, la casa le agradecerá todavía el auxilio que la preste.

Soriano apenas si sabía que hacer.

Su resolución de los dos días anteriores empezaba á vacilar.

Felipe, con las aterradoras cifras que le presentaba, le hacía estremecer.

Día por día aumentaban los pedidos y no parecía sino que una cruzada formidable se había alzado contra el banquero, porque hoy un periódico y mañana otro, se ocupaban de su casa, de la prisa que se daban los imponentes á retirar sus fondos, y de los temores que se abrigaban de que por efecto de la suspensión de pagos de la casa Dubois, se encontrara la de Soriano en comprometida situación.

No podía adivinar de donde partía el golpe, pero desde luego éste existía y estaba tocando las consecuencias.

—No sé qué decirle á V.,—repuso al cabo de algunos momentos de reflexión el principal de Felipe,—porque no me gusta aprovecharme de circunstancias como las en que se encuentra la casa que V. representa.

—Hagamos otra cosa entonces,—dijo el inglés.

—¿Qué?

—Deme V. el importe de esos valores al tipo que le he indicado y que se queden éstos en garantía de la cantidad que me entrega.

Soriano reflexionó algunos momentos.

Después aplazó la contestación para el día siguiente, con propósito de consultar con Felipe.

Pero la opinión de éste fué contraria á aquella fórmula de operación.

—Por ningún estilo,—le dijo.—¿No comprende V. que así uedaríamos ligados, y nosotros lo que necesitamos es entre-ar el dinero con una mano para recogerlo con la otra y be-eficiar el tanto por ciento que nos ha prometido don Ro-ualdo? Para mí no hay más sino aceptar á ojos cerra-s su primera oferta de venta, y salir de nuestro com-romiso.

Soriano no se atrevía á resolver.

Veía la situación en que se encontraba, que tenían razón s que le aconsejaban que accediese á los deseos del inglés, ero sin que él mismo pudiese darse cuenta de lo que sentía, repugnaba la realización de aquel negocio.

Solamente la fuerza de la situación, que iba haciéndose ás tirante por momentos, pudo obligarle á resolverse.

Efectivamente, el día siguiente al en que tuvo lugar la ntrevista con el inglés, los imponentes presentáronse en su asa, en mayor número.

Felipe, alarmado, no tuvo más remedio que decirle:

—Es preciso recurrir á los valores en cartera, si es que o podemos hacer otra operación.

—Pero sacar esos valores á la plaza, es descubrir nuestro stado.

—No sé qué decir á V. Tenemos algunos créditos á co-rar, pero los vencimientos no han llegado; las demandas ienen, como V. ha visto, sin cesar; es menester devolver s depósitos y la cuenta corriente con el Banco ha disminuí-o de un modo extraordinario.

—Todo lo veo, Felipe; todo lo comprendo y no parece sino que la suerte se ha empeñado en lanzarme por un camino que no quisiera seguir. Cuando venga ese hombre, si es que viene, entraré en negociaciones con él y ultimaremos ese asunto.

—Yo creo que es un buen recurso para vencer la situación.

—Si viene, telefonea inmediatamente á Galán, preguntándole si está en lo mismo que me ofreció.

—Corriente.

El representante de la casa Jackson Morris, llegó cuando ya iban á cerrar el despacho.

Aquel día fué terrible para Soriano.

Presentáronse en gran número los clientes á retirar sus fondos y Felipe había cruzado más de una mirada con su principal, mirada donde se leía la angustia y la inquietud que les dominaba.

Era necesario realizar la compra de valores y Soriano accedió por fin.

Felipe siguiendo las instrucciones de su principal, se puso al habla con don Romualdo, quien contestó que se mantenía en lo dicho.

Al día inmediato, se hicieron las cesiones necesarias y se ultimaron las dos operaciones, la primera con el agente de la casa inglesa y la segunda con Galán.

* * *

Aquella noche, José Miramar decía á Luisa:

—¡Qué ageno está Emilio del soberbio negocio que he realizado!

—De modo que todos esos disfraces y todas esas salidas, an sido coronadas con buen éxito.

—¡Colosal, chica, colosal! Por supuesto que ya he necesiado desplegar habilidad.

—Alábate, hijo, alábate, que ya no tienes abuela,—repuso uisa sonriendo.

—Seguro estoy que has de oir los elogios que Emilio me ibuta. Ya verás el ruido que mete lo que hice.

—Pero vamos á ver, ¿qué ha sido ello?

—Traer de rondón á la caja sobre veinticinco mil duros.

—¡Pepe! ¿Qué dices?

—Lo que oyes, hija; lo que oyes. Yo no me pongo por ienos.

—Pero, ¿y si te descubren?

—¡A mí! Vaya, entónces no tendría gracia.

—¿Pero cómo ha sido eso? Explícamelo, para que yo te dmire.

—¡Y que no vas á participar en grande de ese dinero! Vas i á ser la reina de todas las mujeres.

José Miramar refirió á su amada todo lo que había hecho ara obtener aquel resultado.

El fué quien se enteró de la situación de Soriano, cuando upo por la prensa la suspensión de pagos de la casa Duois.

El quien hizo correr la voz de la apurada situación en que odía verse el banquero; él, quien en el café, hablando con ntonio, el dependiente de don Romualdo, deslizó las palaras que aquél transmitió á su principal.

Sacó del depósito de valores falsificados los que á su proósito convenían, y disfrazado convenientemente se presenó en casa de Soriano.

El inspiró las noticias de los periódicos, y ora bajo el as-

pecto de Serafín, ora bajo el del inglés, ora con el carácter de socio de la casa de la calle de Casanovas, dando pruebas de una habilidad y de una sangre fría extraordinaria, llevó á cabo una operación asombrosa por los recursos que tuvo necesidad de emplear.





CAPITULO XXIII

El regreso de Matasanz

LLENA de admiración, escuchó Luisa el relato hecho por su amante, y más de una vez expresó el efecto que le producía.

—Pues ahora,—dijo cuando acabó,—¿qué va á ser de ese hombre cuando descubra el timo?

—Si nos preocupásemos por eso, no se haría ningún negocio,—repuso con frialdad Pepe.—En el mundo es necesario que unos caigan para que otros se levanten.

—Por supuesto, que más dinero tiene él que nosotros.

—No te creas, que con el pujo que le ha arrimado la casa de París y el mío, ya pasará la cosa de un millón de reales, que no son un grano de anís.

—Pronto los ganará. Chupará la sangre de cuatro infelices, y á vivir. Pero, chico, no era posible que yo pudiera ima-

ginarme todo lo que me has contado. ¡Anda, anda, que bien callado te lo llevaste!

—Así debe ser. Los negocios, para que salgan bien, como dice Emilio, ha de realizarlos uno solo.

—Hombre, bueno que los realice uno solo; pero al menos que lo sepa quien, como yo, sabes muy bien que te pertenece en cuerpo y alma.

—Vale mucho más que lo hayas sabido ahora que no antes.

—Eso parece que arguye desconfianza.

—Podría ser, no te lo niego; pero esa desconfianza es muy necesaria entre nosotros.

Luisa se encogió de hombros.

No comprendía lo que su amante quería decirle.

Sólo veía que nada le había dicho hasta entonces, y esto la mortificaba algo.

Pepe conoció que su amada no estaba del todo satisfecha y procuró desvanecer aquella ligera nube, lo que no le fué muy difícil conseguir, máxime cuando la prometió comprarle cuanto quisiera.

*
* *

Matasanz había conseguido inspirar completa confianza á Domingo Flores.

Al salir de Cádiz, con dirección á Barcelona, escribió á Pepe una carta en que le decía:

«En la calle de la Merced hay una buena casa de huéspedes que me conviene para mi propósito.

»Preséntate en ella y alquila dos de las mejores habitaciones; procura que la asistencia sea esmerada, buena la co-

mida, y todo en armonía con personas que no reparan en el precio con tal de estar bien servidas.

»Todo marcha perfectamente; Domingo va curándose un poco de sus *defectos*, y no me cabe duda de que ahora los perderá todos.

»Desde Valencia telegrafiaré, y puedes salir á la estación á esperarnos.

»Ten presente una cosa: tu personalidad debe sufrir una nueva transformación.

»Debes llamarte Magín Fenoll y eres comisionista de casas extranjeras. Vete á tomar habitación en la «Fonda de España» bajo ese nombre y proporciónate algunos muestrarios de diferentes objetos de procedencia extranjera.

»En nuestro depósito de la calle de Casanovas encontrarás cuanto necesites. En la fonda no tienes necesidad de comer y cenar; puedes hacerlo con Luisa en tu casa.

»Tu semblante puede alterarse también, poniéndote unas patillas largas y anteojos azules; tiñete el cabello un poco gris, así como también deben serlo las patillas. Eres blanco, y es menester que des á tu rostro y á tus manos el tinte ligeramente obscuro que demuestra las privaciones, los repetidos viajes y la agitación de la persona que se dedica á trabajos como el tuyo.

»Creo excusado darte otras instrucciones.

»Haz esto pronto, porque en Valencia nos detendremos seis ú ocho días; yo desde Valencia te pondré el telegrama al nombre que te doy á la fonda que cito.

»Otro detalle: es menester que me tutees, porque nuestra amistad para este caballero debe parecer muy antigua.

»Procura enterarte qué hace Marcelino, si ha salido ya de la cárcel, y vete á verle, diciéndole de mi parte que pronto estaré en esa y empezaremos á trabajar.

»Si le hace falta algún dinero, como así lo supongo, puedes dárselo en mi nombre.

»Dentro de unos días estaré ya en esa y podremos prepararnos para la gran operación.»

*
* *

Esta carta obligó á Pepe á ponerse en movimiento inmediatamente.

Luisa comenzaba á mostrarse disgustada.

—¡Otra vez á separarnos!—decía.—¿Pues sabes que semejante existencia tiene muy poco de agradable?

—Lo comprendo; pero en medio de todo, tenemos la ventaja, el mismo Emilio lo dice, de que no tengo necesidad de permanecer constantemente en la fonda.

—De todas maneras, desengáñate; esto no es tener un hombre.

—¡No sé por qué!

—Porque te ves obligado á cumplir las órdenes de Emilio y no puedes atender, como es consiguiente, á las exigencias de mi corazón.

—Pero no seas tonta, Luisa; si yo no quiero á nadie más que á tí.

—¡Quién sabe si dentro de algunos días dirás lo mismo!

—Siempre. Yo te necesito, no sólo como mujer á quien amo, sino como auxiliar poderoso.

—Hasta ahora, bien poco hice.

—Te lo figuras. Ea, me voy á poner en práctica todo cuanto dice Emilio.

Miramar demostró una vez más que había aprendido perfectamente cuantas lecciones le diera su maestro.

De tal manera supo transformarse, que aun la misma Luisa casi llegó á desconocerle.

Dos días después, en la «Fonda de España» figuraba en el cuadro de huéspedes cierto D. Magín Fenoll, comisionista.

Había llenado dos ó tres cajas de muestrarios y salía con una de ellas cuando lo creía conveniente.

Al mismo tiempo se dirigió á la calle de la Merced, á la casa indicada por Matasanz, donde alquiló las mejores habitaciones para dos caballeros que iban á llegar de un momento á otro.

No reparó en el precio; pagó una quincena para que le reservasen las habitaciones, hizo que se mejorara el mobiliario, y esperó el telegrama anunciado por Emilio.

***

—Pues crea V. que he tenido una verdadera suerte en haberle encontrado,—decía Flores á Emilio, paseando por las calles de Valencia.

—La suerte ha sido mía en poderle ser de alguna utilidad.

—¡Y tanta, amigo, y tanta! Yo tengo muchos conocidos aquí en la península, pero no he querido ni escribir á nadie ni que sean ellos quienes me acompañen ni me aconsejen. Estaba resuelto á hacer las cosas por mí mismo, porque yo, lo comprendo, tengo un carácter algo soso.

—No tanto, Flores, no tanto. Todos tenemos nuestras genialidades.

—¡Oh! Yo reconozco las mías, y sé que son muchas. Pero ¿qué quiere V. que le diga? Así he nacido y así he de morir.

—Por supuesto, que después de todo, encuentro muy razonable su modo de pensar. A V. le gusta juzgar por sí mis-

mo, no dejarse guiar por lo que otros le digan, lo cual está muy puesto en razón. En el mundo existen muchas personas que tienen prurito de dar consejos sin que se los pidan, y consiguen marearle á uno si les escucha y, finalmente, hacerle acometer lo peor.

—Justo; sí, señor. Por eso he dicho que no quiero fiarme de nadie.

—Muy bien hecho. ¡Si á mí me ha pasado también! Los que tenemos dinero parece que estamos predestinados á ser el blanco de todas las personas que se interesan por nuestro bien, según dicen, y que respetando su buena intención, parece que nos conducen generalmente al mal.

—Así es.

—Ya vé V. como de esas genialidades participo yo también.

—Por eso, sin duda, hemos simpatizado.

—Creo que sí. La vida que me ha visto V. hacer desde que nos conocemos, es la que hago constantemente. No me ocupo de lo que hace cada cual; jamás doy ni sigo consejo que me den. Todo lo escucho, todo lo atiendo; pero hago después lo que me parece. Respeto cuanto dicen y hacen los demás, para que respeten lo que yo hago; y si una cosa me sale mal, como ha sido mi inspiración solamente la que he seguido, no tengo que echarle la culpa á nadie.

—Sí, señor; eso es lo que yo digo.

Como se vé, Emilio había conocido perfectamente el flaco de Flores.

Y siguiendo el plan que se propuso, halagándole por él, fué poco á poco apoderándose de su voluntad.

Aparentando que cedía á lo que Flores deseaba, le obligaba, sin embargo, á seguir el derrotero que se propusiera, y uno y otro marchaban de completo acuerdo.

—Conque, ¿cuándo nos vamos?—decía el americano á los seis días de estar en Valencia.

—Cuando V. quiera. En Barcelona me recibirán lo mismo hoy que mañana. No tengo, como le he dicho, que dar cuenta á nadie de mis actos; por lo tanto, cuando me canse de estar aquí, que no tardaré mucho, me iré, y si V. quiere quedarse puede hacerlo. En cuyo caso ya nos encontraremos en Barcelona.

—No, amigo; ya sabe V. que le he dicho que viajaríamos juntos.

—Si á V. le molesta esto, con franqueza, dígamelo, que no me gusta que por mí se mortifique nadie.

—¿Quiere V. callar? Por otra parte, me parece que ya hemos visto aquí cuanto había que ver.

—Eso sí.

—Pues entonces, disponga el viaje cuando quiera.

—Me parece que me habló V. algo de que ya tenía casa preparada, ¿no fué así?

—Escribí á un amigo comisionista, que casualmente se encuentra en Barcelona, para que fuera á buscarnos la casa, y el bueno de Magín ha cumplido el encargo, según me notificaba en su carta.

—Con tal que la casa sea buena...

—Estoy seguro de ello. El es chico que se da buen trato también, y ya conoce mis gustos.

—Allá veremos.

*
* *

Pepe recibió por fin el esperado telegrama.

—Mira, Luisa,—decía á su amada;—es menester que es-

tés prevenida, porque no sé lo que pensará Emilio hacer de ti en esta comedia que estamos representando.

—¿Y qué puedo hacer? Si te hace pasar como comisionista, no hay posibilidad de que una persona, con un cargo semejante, lleve consigo á su mujer.

—Cierto, pero tú sabes lo qué es Emilio. Puede habérsele ocurrido algo soso, que él crea, sin embargo, que es de gran efecto, y te haga representar algún papel inesperado.

—Eso de encontrarnos siempre á obscuras respecto á Emilio, vamos, ¿qué quieres que te diga?, no es para mi genio.

—Pues desengáñate, que eso es lo mejor.

—Ya lo creo, como que tú también obras lo mismo que él...

—Ven aquí, mujer, ¿no es mucho mejor que te encuentres después con el resultado, que no haber estado sufriendo todas las zozobras y todas las incertidumbres respecto á él?

—Pues, mira, para eso nos hemos unido, para que yo participe de todas las cosas, buenas ó malas, que te sucedan.

—Es que yo no quiero para tí sino las buenas.

Una caricia de Luisa fué la contestación que obtuvo la galantería de Pepe.

—¿Y cuándo llega Emilio?—preguntó después.

—Esta noche.

—Tú irás á esperarle, sin duda.

—Es lo natural, máxime cuando debo acompañarles á la casa de huéspedes. Esta tarde vete á casa de Marcelino y le avisas.

—¿Pero qué demonios tiene que hacer Marcelino en este negocio?

—¡Oh! No lo sé. Ya te he dicho y tú lo sabes también, que Emilio no quiere dar cuenta á nadie de sus planes. El sabrá

en qué y cómo ha de utilizar á Marcelino. Por supuesto, que éste me parece que es un pez muy largo.

—¡Y tanto!

. . . .

Aquella noche, Matasanz y el americano eran recibidos en la estación por Pepe, que les acompañó después á la casa de la calle de la Merced.





CAPÍTULO XXIV

La ruina de una familia

Soriano, á pesar de la negociación de los valores que había adquirido de la casa Jackson, Morris y C.ª, tuvo un fin de mes desastroso.

La mayoría de los imponentes que tenía en la casa le retiraron los fondos, y con bastantes apuros pudo cubrir los compromisos pendientes.

Felipe no podía menos de compadecer á su principal y se estremecía á la sola idea de que alguno de los cobros que debían verificar pocos días después le faltase, pues en este caso podía tener que suspender otros pagos.

Este sería un golpe terrible para el banquero, y Felipe no sabía de qué modo evitarlo.

—Te aseguro,—decía á su amada,—que daría la vida, si

fuese necesario, para devolver á tu padre la calma y la tranquilidad que ha perdido.

—¡Calla, por Dios! Mamá y yo no hacemos más que hablar de esto. Jamás hemos visto así á papá. Apenas nos dice nada, él que siempre fué tan cariñoso para nosotras.

—Lo mismo sucede en el escritorio. No hace más que repasar los libros, consultar los saldos, y hacer sumas, para adquirir el convencimiento de que si los cobros no responden á los pagos pendientes, vamos á encontrarnos en un grave compromiso.

—¡Pobre padre de mi alma!

—Eso le sucede por ser demasiado honrado y bueno. En *pérdidas* y *ganancias* tenemos una porción de partidas que representan los muchos favores que ha hecho á otros; favores de que se han olvidado ya, y por los cuales estoy muy seguro que habrá muchos que le califiquen de tonto.

—¡Pero si eso no se puede remediar! Papá no ha podido nunca, ni podrá escuchar el relato de una desgracia, sin apresurarse á socorrerla. Por eso he creído siempre, y así se lo he dicho á mamá para consolarla, que Dios no puede abandonarnos.

—¡Ay, Antoñita! En negocios comerciales me temo mucho que Dios no se quiera mezclar.

—Calla, Felipe, calla; no digas eso.

—¡Si es la verdad!

—Mamá ya le ha dicho á papá que disponga de su dote, de los bienes que la corresponden, y yo también le he indicado lo mismo respecto á lo mío.

—Sí, pero don Pedro no lo aceptará. Para que ese caso llegara, sería menester que no le quedase ni un solo recurso de los que él considera como propios.

—¡Como si estos no lo fueran!

—No. El no quiere tocar á esos intereses. ¡Cuántas veces me lo ha dicho!

—El caso es que se encuentra muy abatido.

—¡Demasiado!

—Nada le distrae, y como tú comprenderás, mamá y yo estamos que nos pueden ahogar con un cabello. Por Dios, Felipe, no dejes de hacer cuanto puedas para alentar á papá.

***

Don Pedro Soriano era de los banqueros que jamás habian querido arriesgarse en operaciones de Bolsa.

Decía que eran demasiado sagrados los intereses confiados á su custodia para que fuese á arriesgarlos en una jugada que podía fácilmente perder.

Cuando se hablaba de que este ó el otro habían hecho un magnífico negocio, con la subida ó la baja del papel, se sonreía diciendo:

—Me alegro mucho que haya tenido esa suerte; pero por mi parte, no se la envidio. Vemos siempre y nos admiramos de los que ganan. Pero ¡cuántos y cuántos no se han arruinado y han dejado sus familias en la miseria! De esos no nos acordamos, porque así es la humanidad; siempre se fija y ensalza al sol que sale, pero apenas si concede una mirada al sol que se pone.

Y procuraba emplear sus fondos con las mayores seguridades, no precisamente por él sino por los que le tenían confiados sus ahorros.

Empero, desde que los reveses ocurridos en tan poco tiempo le pusieron en situación algo crítica, resonaron en su oído, con inflexiones distintas que antes, las voces que elogiaban esta ó la otra jugada de Bolsa y las más ó menos pro-

babilidades que tenía de estabilidad el gobierno, ó la aprobación de los planes financieros del ministro de Hacienda, ó la proximidad de acontecimientos políticos de trascendencia en cualquiera de las naciones extranjeras más íntimamente relacionadas con España.

El día en que vamos hablando, después de haber leído atentamente los periódicos y de haber estudiado las cotizaciones de los días anteriores, estuvo en diversos círculos, se presentó en la Bolsa y en el Bolsín, y recogió impresiones en todos aquellos sitios.

Al regresar á su casa se encerró en su despacho.

—Todas las noticias,—decía,—parecen estar conformes en que sale el ministro de Hacienda. Si entra el que se cree y que parece ser el indicado, subirán los fondos, y los que hayan jugado en ese sentido pueden hacer un bonito negocio. ¡Dios mío! Si me atreviera... Pero, ¿y si sale mal y me veo obligado á pagar lo que?... No, no,—continuaba, estremeciéndose á la sola idea que se le había ocurrido.—¡Qué sería entonces de mi casa y de mi nombre!

Y en aquel momento se afirmaba en su resolución de no jugar.

Pero hay ideas que, cuando empiezan á cruzar por la mente, parece como que se fijan en ella con fuerza tal, que por más esfuerzos que se haga no se las puede desechar.

Y si estas ideas simbolizan algo halagador, menos que menos.

Tal le sucedía á D. Pedro Soriano.

Una operación feliz en la Bolsa significaba para él la solución del conflicto en que se hallaba.

Es verdad que aquella operación podía convertirse en una gran desgracia; pero, ¿y si salía bien?

Podría cubrir sus pagos con desahogo, y hasta quién sabe

si se resarciria de lo que la quiebra de la casa Dubois le arrebatara.

Merced á aquella ganancia, volveria su casa á marchar como antes, y su mujer y su hija, los seres queridos de su alma, no sufririan ya como estaban sufriendo entonces, viéndole tan preocupado y afligido.

*
* *

Felipe no pudo menos de sorprenderse cuando al dia siguiente le dijo:

—¿No vino ayer Jiménez?

—No, señor,—contestó.

—Pues seria necesario decirle que pase hoy por aquí antes de irse á la Bolsa.

Jiménez era un corredor de los más afamados, que siempre habia estado aconsejando á Soriano que arriesgase algunas cantidades en la Bolsa.

El banquero siempre se mostraba refractario á ello, y no solia, por lo tanto, Jiménez ir con frecuencia por el despacho.

—¿Has oido algo respecto á la modificación ministerial de que se habla?—preguntó á su tenedor de libros.

—Parece que el ministro de Hacienda se va. Así me lo han asegurado.

—¡Buena subida tendrian los fondos!

—También ha sido buena la baja que han tenido estos dias, desde que empezaron á tomar cuerpo los rumores de los planes que tenia el ministro.

—Es verdad.

—En la Bolsa no se puede tener fe.

—¿Qué sabes tú?

—Me parece que V. mismo no ha sido nunca partidario de ella.

—Y comprendo que he sido bastante injusto.

Felipe miró asombrado á su principal.

—¿De qué te asombras?—le dijo éste.

—Francamente, señor don Pedro, como que hasta ahora le oí siempre...

—Mira, Felipe, hijo mio; en este mundo nunca puede afirmarse nada de un modo absoluto. Ayer había pensado así, pero reflexionándolo mejor hoy, no lo creo tan desacertado.

—Es un juego puramente de azar.

—Si, todo lo que tú quieras; pero el azar á veces puede producir un gran bien.

—Y á veces un gran mal.

—También.

Soriano se separó de su dependiente algo contrariado, por no haber encontrado en él un apoyo franco y decidido para sus ideas.

Mas no por eso desistió.

Volvióse á su despacho, y á poco salió á la calle á adquirir noticias.

Estas le afirmaron en su idea.

Todos los telegramas, las impresiones generales, eran que el ministro de Hacienda salía del ministerio.

Había presentado la dimisión, y se tenía la seguridad de que sería aceptada.

Designada ya la persona que le había de substituir, todo demostraba que la operación que sobre aquel descenso se realizara, tenía que ser de seguro resultado.

—¿Ha venido Jiménez?—preguntó á Felipe, cuando regresó á su casa.

—No señor,—contestó.

—Es menester enviarle un recado.

—¿Lo desea V.?

—Sí.

Y tan seca fué la contestación, que Felipe no se atrevió á hacer la más ligera observación.

El tenedor de libros no tuvo más remedio que enviar un recado al corredor de Bolsa.

No tardó mucho en presentarse éste en casa del banquero.

—Amigo Jiménez,—le dijo Soriano,—siempre me ha encontrado V. rehacio para meterme en operaciones de Bolsa...

—En lo cual creo, y dispénseme la franqueza, que ha obrado con acierto.

—Vamos á ver, ¿qué opina V. de la situación política actual?

—Que esto se va, amigo mío, se va, y la subida de otros hombres al Poder será saludada como una obra protectora. Es lo indicado.

—De modo, que quien tenga el acierto de jugar en ese sentido...

—Se pone las botas. No le quepa duda.

Don Pedro Soriano, que ya estaba dispuesto á jugar, con las palabras del corredor, que pasaba por ser de los más inteligentes, no necesitó más.

Dió orden á Jiménez de que comprase, con la casi seguridad de que dentro de dos días, ó tal vez al siguiente, viniera en la *Gaceta* lo que tanto se esperaba.

Pero como precisamente en España sucede con bastante frecuencia que lo ilógico sobreviene, en vez de lo que parece lógico, el gobierno continuó tal como estaba constituído, los planes del ministro de Hacienda fueron aprobados, el papel bajó de un modo extraordinario y Soriano quedó arruinado.

*
* *

Al esparcirse la noticia del fracaso que sufriera Soriano, fracaso que también alcanzó á otras varias casas, todos cuantos conservaban allí sus fondos apresuráronse á retirarlos, y los que tenían cobros pendientes enviaron también sus facturas.

Don Pedro no tuvo otro remedio que hacer frente á la situación, echando mano de lo que hasta entonces había considerado como sagrado.

Los bienes de su mujer y la dote de su hija sirvieron para atender aquellas justísimas exigencias.

—Pidamos un pequeño plazo,—le decía Felipe con angustiado acento,—y creo que nos lo concederán, convencidos como están todos de que esto no ha sido más que una desgracia.

—No, Felipe,—decía Soriano, pálido, pero resuelto.—Tú no conoces el mundo todavía; pedir misericordia, es exponerse á que todavía le hundan más. Paguemos mientras podamos, mientras quede en mi casa una colgadura ó un mueble; pero pedir gracia, jamás.

—¿Y cuando á nosotros nos la han pedido?

—Eso era distinto; yo lo hice siempre. No tengo el remordimiento de que por mí se haya perjudicado nadie.

—Por lo mismo, me parece que somos acreedores á que nos traten siquiera como nosotros hemos tratado á los demás.

—Sigue, sigue pagando; arregla los libros, que deseo saber cómo quedaremos después de esta sacudida.



CAPITULO XXV

Bien vengas mal...

TODAVÍA le estaba reservada á Soriano otra sorpresa más terrible que las recibidas hasta entonces.

Había cubierto todos sus compromisos, estaba arruinado; pero en medio de todo, le quedaba la inmensa satisfacción de que nadie podía decir de él una palabra.

Felipe no estaba satisfecho, no se encontraba en su mismo caso.

Para él hubiera sido una gran satisfacción que su principal hubiera puesto á prueba á aquellos mismos amigos que tantas veces le habían pedido favores.

—Desengáñate, Felipe,—le decía Soriano,—si les hubiera pedido plazo y me lo hubieran negado, como era lo más posible, entonces sería mayor mi disgusto.

—Es que en buena ley ninguno podía haberse negado.

—Desengáñate, que esa buena ley suele no existir. Se habla mucho, se promete muchísimo más cuando á uno le necesitan, pero después nadie se acuerda de eso.

—¿Pues sabe V. que entonces había para decirles?...

—Nada; al fin y al cabo dueños son de lo suyo y obran como mejor les place. Hace años, cuando realmente el comercio ó los hombres de negocios constituían una verdadera hermandad, cuando á uno le ocurría una desgracia encontraba siempre manos prontas á sostenerle y amigos que le consolaran; pero ahora, desgraciadamente, nada de esto existe. Por el contrario, si está muy alto le envidian, le censuran y le motejan, y si está muy bajo le desdeñan.

—¿Pues sabe V. que es agradable vivir de esa manera?

—Pues esa es la verdad, querido Felipe.

—De todas maneras, yo hubiese dado ese paso.

—Yo no; desde el primer momento que me lo indicaste, sabes que me opuse. Posible es que alguno se haya alegrado de mi desdicha, pero en fin, ¿qué remedio me queda sino volver á empezar otra vez? No siento más que soy viejo y no conseguiré resarcir siquiera lo de mi pobre mujer y lo de mi hija.

—Yo le ayudaré á V.; quién sabe lo que nos reserva el porvenir. Yo, que soy joven, trabajaré por los dos.

—Gracias, hijo, gracias. Lo único que siento es que con este motivo vuestra boda ha de retrasarse.

—Trabajando procuraremos apresurarla; no tenga usted cuidado, que con el trabajo procuraremos acortar el plazo.

***

Lo mismo la esposa de Soriano que su hija, aceptaron la

nueva situación completamente satisfechas, porque veían que don Pedro se mostraba resignado.

—Mira, papá,—decía muchas veces Antoñita,—no te preocupes por lo que nos ha sucedido; si es necesario trabajaré gustosa, y mamá lo mismo, porque ya me lo ha dicho muchas veces.

—Calla, hija mía, calla por Dios,—exclamaba el bueno de don Pedro, abrazando á su hija y sintiendo que se le humedecían los ojos.

—Oye, ¿y qué de particular tendría que lo hiciera? ¿No os habéis gastado el dinero en darme una educación esmerada? ¿No poseo una porción de habilidades que precisamente sirven de alguna utilidad á tantas infelices que así se ganan la vida? Pues muy justo es que ya que lo pagasteis, recojáis el interés de aquel dinero.

—Calla, hija mía, calla por Dios,—volvía á repetir Soriano,—porque de escucharte solo, ya lo ves, estoy llorando como una criatura.

—¡Ay, papá, yo quisiera no verte así!

—Y yo, hija mía, no me perdonaré nunca el haber comprometido tan locamente vuestra fortuna.

—¿Quién piensa ahora en eso? Nada, nada, mamá y yo procuraremos cumplir con nuestro deber.

Estas conversaciones se repitieron varias veces, durante los primeros días que siguieron á la catástrofe.

Hubo algunos amigos que se presentaron en el domicilio de don Pedro y le ofrecieron su ayuda.

Pero el padre de Antoñita conocía perfectamente lo que valían aquellas ofertas, é inútil es decir que no fueron aceptadas.

—Si algo les pidiera,—decía,—ya veríais el modo de excusarse.

—Pues yo les pondría á prueba,—le contestaba su esposa.

—¿Para qué? ¿Para sufrir un nuevo desengaño? Vale más, pero mucho más, proceder como lo estoy haciendo.

Entre los que se presentaron en casa de Soriano, fué el primero D. Romualdo Galán.

—Amigo mío,—le dijo,—deploro muchísimo lo que ha pasado y crea V. que, si necesita crédito, dispuesto estoy á concedérselo, siempre y cuando no sea mucha la cantidad. Ya sabe V. que los tiempos son un poco difíciles. Pero en fin, algo debe hacerse por los amigos.

—Mil gracias,—le contestó Soriano,—no he pensado aún lo que he de hacer, pero si algo hiciese ya le molestaría.

—Con la negociación aquella de los valores de la casa Jackson, me he quedado algo escaso de fondos.

—Yo creí que los había puesto V. ya en circulación.

—Desde luego, pero para recoger el dinero que dí por servir á V., más que por otra cosa, se necesitan muchos días.

—Si los valores eran buenos...

—Sí, pero me he encontrado con que en pocos días han sufrido alguna depreciación.

—Lo siento.

—No, eso no es más que una consecuencia del negocio.

Cuando se marchó Galán, Soriano dijo á su tenedor de libros:

—¿Has oído? Pues éste es uno de los mejores amigos que tengo. Juzga lo qué harían los demás.

* * *

Habían pasado ya quince días desde que Soriano liquidó

las operaciones de su casa, cuando una terrible noticia comenzó á esparcirse por la plaza.

Decíase que circulaban una porción de valores falsos, cuyo descubrimiento se debía á una casualidad.

Un dependiente de la casa Jackson había venido á Barcelona, le hablaron de aquellos valores y se sorprendió, porque precisamente sabía que no se había enviado á nadie de la casa á negociarlos.

Esto llamó la atención, hubo algún banquero que le mostró los documentos, y el inglés se apresuró á decir que eran falsos.

El pánico cundió rápidamente, y don Romualdo se encontró de la noche á la mañana con que le hacían cargos todos los que habían recibido aquellos valores.

—Pero, señor,—les decía,—si yo los adquirí de D. Pedro Soriano, que fué quien hizo la negociación directa con el agente enviado por la casa.

—¡Pero si ese agente no ha existido!

—Soriano me dijo que sí.

—¿Y no habría sido este un medio para levantar fondos y salir de sus compromisos?

—No lo creo.

—Ya sabe V. que la casa de Soriano iba mal hacía algún tiempo.

—De todos modos...

—La cuestión es que se trata de una falsificación, aquí hay una estafa manifiesta y es menester buscar al verdadero culpable.

—¡Oh! yo devolveré estos valores á Soriano y haré que me los reintegre; él sabrá después lo que ha de hacer.

—¿Pero qué ha de reintegrar? ¿De dónde?...

—Ya lo buscará. Y sobre todo, yo no tengo nada que v

con eso. He sido víctima de una estafa, y es necesario que, ó él ó la autoridad, descubran al timador.

No tardó mucho en llegar á oidos de Soriano lo que ocurría, y éste fué el mayor de los dolores que hubo de sufrir en aquel período que venía atravesando.





CAPÍTULO XXVI

El golpe postrero

La noticia era terrible, y Felipe, que fué el primero que la supo, no pudo menos de temblar por las consecuencias que iba á tener.

Antes de decir nada á Soriano, procuró enterarse perfectamente, y cuando ya no le quedó duda, entonces se dirigió á la madre de Antoñita, diciéndola:

—Señora, creíamos haber pasado ya todos los momentos difíciles y no habíamos pensado en el más terrible de todos.

Lo mismo la madre que la hija quedáronse sorprendidas mirando á Felipe.

Ni una ni otra se atrevían á preguntarle cuál era el verdadero sentido de sus palabras, temerosas de la respuesta que podrían recibir.

Porque estaban plenamente convencidas de que Felipe no hablaba nunca sin fundamento.

Había dicho que lo pasado era nada en comparación de lo que sucedía en el presente, ó cuando menos esto quiso decir, é indudablemente algo doloroso iba á suceder.

Por fin, Antonia, haciendo como vulgarmente se dice acopio de valor, dijo con tembloroso acento:

—Explícate, Felipe. Acaba de decirnos qué nuevo mal nos amenaza. Estamos ya colocados en la pendiente, y no temas descubrirnos el fondo del precipicio.

—¡Es tan horrible éste!...

—Sea como quiera,—repuso la esposa de Soriano;—habla y sepamos de qué mal hemos de morir.

—Don Pedro va á recibir una noticia mucho más penosa por las circunstancias en que se encuentra la casa.

—Pero acaba de explicarte,—dijo Antonia.—¿No ves la impaciencia en que estamos? Si se trata, como no dudo, de males muy graves, dílos y veamos lo qué hemos de hacer para conjurarlos.

—¡Ay, Antonia! Si medio de conjurarlos hubiera, ¿crees que no los habría empleado ya?

—Entonces, ¿qué recurso nos queda? ¿Morir acaso?

—¡Oh! no, por Dios. No digas eso.

—¡Hablarás por fin!

Felipe no tuvo otro remedio que decir lo que pasaba.

La consternación de las dos señoras fué extraordinaria.

Tan abatidas quedaron, que durante un buen espacio nada pudieron decir.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!—exclamó por fin Antoñita.—¿Es posible que no os hayáis cansado de perseguirnos? ¡Pobre padre mío, y pobres de nosotras!

Y madre é hija rompieron á llorar amargamente.

***

Entretanto Soriano, muy ajeno á la tempéstad que sobre él iba á descargar, trataba de buscar medios para volver, como decía, á empezar su carrera.

Era un poco tarde, es cierto, pero con perseverancia y ayudado eficazmente por Felipe esperaba, si no recobrar el capital perdido, cuando menos hacer más llevadera la suerte de su familia.

Apenas había salido de su casa ni había visto á nadie, por cuya razón ignoraba los rumores que habían circulado, el pánico consiguiente á la falsedad de aquellos valores y, finalmente, la decisión de D. Romualdo Galán de hacerse reintegrar por él ó llevar el asunto á los tribunales.

Felipe y la esposa é hija de Soriano comprendieron la necesidad que había de participarle lo que ocurría, pero el caso era que ninguno se atrevía á decírselo.

Y en estas dudas y estas vacilaciones, el pobre caballero tuvo que saberlo por el medio más violento é inconveniente de todos.

***

En breve espacio, Galán recogió todos los valores que había puesto en circulación referentes á la casa Jackson, Morris y C.ª, pues conocía las manos en que estaban; y más que todo, porque los mismos tenedores de ellos, al circular los primeros rumores, se apresuraron á retirarlos.

Se tomaron informes respecto á las demás plazas comerciales y se comprendió que la falsificación quedaba circunscrita á la plaza de Barcelona.

Con ello tomaron mayor cuerpo las apreciaciones referentes á Soriano, llegando á suponer algunos, pues de todo hay en el mundo, si el honrado banquero habría sido capaz, de acuerdo con algunos otros bribones, de hacer semejante falsificación para salir de los compromisos en que se hallaba.

Don Romualdo le dijo al dependiente que le diera la primera noticia respecto á la estancia en Barcelona del agente de la casa inglesa:

—Diga V., Antonio, ¿sabe dónde pára aquel corredor ó comisionista que le dijo el objeto que trajo á Barcelona al agente inglés de la casa Jackson?

—Precisamente uno ó dos días antes ó después que V. hiciera la operación, se marchó á París, según me dijo.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué, don Romualdo?

—Hombre, porque tal vez nos hubiera podido aclarar algún concepto respecto al desdichado asunto de esos valores.

—No lo creo. Serafín, que así se llama el comisionista á quien me refiero, creo que no tenía un conocimiento muy íntimo con ese inglés. La conversación que tuvieron no se circunscribió á ese asunto exclusivamente. Creo que hablaron incidentalmente de ello...

—No sé, no sé qué sospechar.

—Que ha sido un timo de los más escandalosos; por supuesto, que no es el primero ni será el último, por desgracia.

—Lo que me duele es haber sido yo el principal engañado.

—Me parece que quien lo será en realidad será el pobre don Pedro.

—Vaya V. á saber si lo será. ¿Quién nos asegurará que ignoraba?...

—¡Oh! le creo incapaz...—se apresuró á interrumpir Antonio.

—Es V. muy joven todavía y no sabe ni conoce lo qué es el mundo.

—Sin embargo, D. Pedro Soriano lleva escrita en su semblante la honradez.

—Pues con toda esa honradez, ya vé V. lo que le ha pasado.

—Creo que eso puede sucederle á cualquiera.

—Lo que es á mí...

—Digan lo que quieran, no creeré nunca culpable á don Pedro.

—Pronto vamos á salir de dudas. Hoy mismo voy á ver á Soriano.

—Lo que sí me extraña es que no haya venido ya á saber lo que había. ¡Porque él bien debe tener noticias de lo ocurrido!

—Según me dijo anoche el tenedor de libros de su casa, ese chico que creo se va á casar con su hija, no sabía nada. Está haciendo una vida muy retraída y apenas si se le vé en ningún círculo comercial.

—Siendo así...

—¡Qué hombre, qué! Pamplinas todo eso. De esa manera pretende sin duda escurrir el bulto. Pero yo le prometo que de mí no ha de burlarse.

—Vuelvo á mi tema. Ese caballero no puede ser culpable por ningún estilo. Le juzgo víctima y nada más.

—Si á V. le doliese el bolsillo como á mí ya lo vería de otro modo.

—Me parece que debe V. comprender que más interés me ha de inspirar V. que no Soriano. Pero... vamos, no me atrevo á creer en su culpabilidad.

—Pues yo sí, y con mayor motivo dada la situación en que se fué poniendo su casa.

—Esa ha sido la razón que algunos daban anoche en el Bolsin; pero si de todos los que se encuentran en su caso hubiéramos de pensar lo mismo!...

—Desengáñese V., que quien se ahoga se agarra á un clavo ardiendo.

—No todos.

—La mayoría.

* * *

Don Romualdo no pudo disimular su disgusto al ver que su dependiente no participaba de su opinión, y se separó bruscamente de él.

Aquella misma mañana se dirigió á la habitación de don Pedro.

Este habia advertido algo en su esposa y en su hija, que llamó su atención.

Le pareció que las encontraba más afligidas y más contrariadas que en los dias anteriores.

El buen anciano lo atribuyó á la penuria á que su nuevo estado las reducía, y éste fué un nuevo dolor que hubo de sufrir.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró.—Tienen razón. Estaban en su derecho al pedirme el bienestar y la tranquilidad que debía darles, y hoy, por desdicha mia y suya, las he envuelto en mi suerte. ¿Cómo podré quejarme viéndolas así?

Soriano se encerró en su despacho, permaneciendo en él completamente abatido.

En esta situación le encontró don Romualdo.

Al verle Soriano, creyó que su amigo podría ayudarle á

vencer la crudeza de la situación; y aun cuando, como ya le hemos oido, no pensaba pedir favor á ninguno de sus amigos, tal se precipitaban los sucesos, que estaba dispuesto á deponer su orgullo y pedir ayuda y apoyo á los que se lo pudieran dar.

—¡Cuánto me alegro en verle!—exclamó estrechando con fruición entre las suyas las manos de su amigo.

Pero advirtió que éste no correspondia á semejante prueba de afecto, y sintió algo parecido á la impresión de la sensitiva cuando un contacto extraño la obliga á plegar sus hojas.

—Tome V. asiento,—le dijo.

—Señor don Pedro,—repuso Galán con frialdad,—nuestra entrevista ha de ser breve, porque tengo bastante quehacer.

—¡Dichoso V. á quien los negocios le obligan á dedicarles toda su actividad! Yo, por desgracia, no sé en qué ocuparme ahora.

—Supongo que no ignorará V. lo que ocurre, y no ignorándolo, comprenderá el verdadero objeto de mi visita.

Soriano miró sorprendido á su interlocutor.

—¡Que yo no debo ignorar el objeto de su visita!...—dijo. —Pues le aseguro que no sé á qué se pueda referir.

—¡Extraña ignorancia!—repuso con alguna ironía Galán —Si tan poco interés se toma en lo que tan de cerca le toca, no me extraña que se haya hundido V. en tan breve espacio.

—Señor don Romualdo,—exclamó Soriano con severidad, —lo que me ha sucedido, usted quizás mejor que otros podrá apreciar si fué por mi culpa ó no. Desgracia como la mia, no revela ni falta de cálculo ni abandono.

—En fin, todo esto no hace al caso. He venido para que deshagamos amistosamente la operación que hicimos hace veinte y tantos días respecto á los valores de la casa Jackson.

*
* *

Fué tan grande la sorpresa que experimentó Soriano al escuchar aquellas palabras, de tal modo la verdad se reflejaba en el semblante del padre de Antoñita, que á pesar de la prevención con que había ido don Romualdo á verle, no pudo menos de dudar.

—Pero, no comprendo lo que me quiere decir,—exclamó. —¿No me había indicado que esos valores los había negociado hace pocos dias?

—Sí, señor.

—¡Entonces!...

—Entonces,—repuso Galán con violencia,—si han vuelto á mi poder, es porque yo no puedo permitir que mi firma vaya á los tribunales, señor don Pedro.

—¡A los tribunales!

—Justo, donde deben ir los que ponen en circulación valores falsos.

—¡Qué! ¿qué ha dicho usted? ¿Valores falsos los de la casa Jackson?... Vamos, don Romualdo, mire usted lo que habla.

Y Soriano había palidecido de tal modo, que su interlocutor le dijo:

—Don Pedro, yo creo de buena fe que V. está ignorante de todo, pero el caso es que yo he sido víctima de una estafa. Usted, mal ó bien, salió del paso; pero yo he sido el engañado, y ya que no tome otra providencia, deme el dinero y quédese V. con esos valores, que me he visto obligado á reintegrar.

Soriano miraba atentamente á don Romualdo, como si no comprendiera bien lo que éste estaba diciendo.

Conocía que se trataba de una nueva desgracia más horrible que todas las que hasta entonces le ocurrieran, pero no podía precisar de un modo exacto la magnitud de ella.

Mejor dicho, no se atrevía á creer que, después de cuanto le sucediera, pudiera sucederle más.

Un velo parecía extenderse ante su vista, velo que penetrando en su inteligencia le producía un estado de entorpecimiento que no podía definir.

Galán prosiguió:

—Estos valores son falsos. Ni la casa Jackson ha enviado aquí agente alguno, ni estos valores proceden de ella. Gracias que se ha descubierto ahora, porque ha venido á Barcelona, por otros asuntos, un socio de la casa inglesa. El pánico ha cundido, se me han presentado estos valores y yo se los devuelvo siempre que me abone lo que dí por ellos.





CAPITULO XXVII

Resultado de la hazaña de José Miramar

La conclusión tan secamente formulada por don Romualdo acabó de aplanar, por decirlo así, al infeliz Soriano.

Toda su energía, todo su valor desapareció en aquel momento.

La magnitud de su desgracia se le ofreció en toda su horrible desnudez.

—Ya comprenderá V.,—prosiguió Galán con implacable frialdad,—que yo debo defender mis intereses y que mi deber habría sido entregar estos documentos á los tribunales. Pero antes he tenido en cuenta mi amistad hacia V .y he querido dar este paso.

—Pero, amigo mío,—exclamó Soriano con voz temblorosa,—no acierto á explicarme todo lo que me acaba de decir.

Me ha hablado de valores falsos, de un socio de la casa Jackson y, en resumen, con todo eso no acierto á explicarme nada de lo ocurrido.

—Pues, hombre, creo que bien claro he hablado. Aquí no se trata, más ni menos, que del reembolso inmediato de la cantidad que entregué á V. por estos valores.

—Bien sabe V., querido amigo, que eso es imposible. Nadie como V. conoce mi situación. De pedirme hoy esa cantidad, no digo ésa, otra más insignificante, completamente imposible me sería entregarla!

Don Romualdo hizo un gesto sobradamente significativo para que su interlocutor dejara de comprenderlo.

—Ya sé,—repuso el infortunado Soriano,—que se trata de una cantidad crecida que le hará á V. falta; ¡pero si no la tengo, si para las necesidades más perentorias de la vida me faltan recursos hoy!... Lo que no comprendo,—prosiguió cambiando de entonación,—es eso de la falsedad de que me hablaba antes. Si el agente con que yo hablé me mostró los poderes que tenía para negociar, ¿cómo ha podido ser esto?

—Cuenta de V. será averiguarlo.

—¿No dice que ha venido uno de los socios de la casa?

—Sí, señor.

—¿Y él ha sido quien ha descubierto?...

—Era lo natural. Alguien aquí en la plaza le habló de esos valores, llamó su atención, empezó á informarse, le dijeron que procedían de mí y vino á encontrarme al punto.

—¿Y por qué no vino á verme?

—¿Para qué, si no era V. quien los había puesto en circulación? Buena prisa se dieron todos los tenedores de esos documentos á presentarse en el escritorio reclamándome la devolución del dinero, y amenazándome con los tribunales si no quería deshacer la operación realizada.

—¡Jesús, qué desgracia! Pero diga V., don Romualdo, ¿no llama su atención la conducta de ese socio, que después de lo dicho por V. no ha venido á verme para enterarse de la procedencia de ese papel que le vendí?

—No ha venido, porque yo le dije que abonaría hasta el último céntimo; mas como quiera que el crédito de la casa de que forma parte está vivamente interesado en que se depuren los hechos, ha telegrafiado á Londres pidiendo instrucciones y está esperándolas de un momento á otro. Por esto, sin duda, es por lo que no ha venido. Pero como yo no tengo que esperar nada de la casa de Londres, y como me importa realizar cuanto antes, es preciso que nos entendamos.

*
* *

Soriano dejó caer la cabeza entre sus manos.

Comprendió que había sido víctima de una estafa llevada á cabo por un bribón.

¿Pero dónde estaba éste? ¿Cómo justificar que aquel papel procedía de él? ¿Quién había sido el falsificador de aquellos documentos? ¿Serviría que él afirmase su inocencia para que fuese creído?

—Supongo,—dijo don Pedro,—que no se le habrá ocurrido sospechar lo más mínimo de mí.

—Yo no he formulado acusación de ningún género contra V.,—repuso secamente don Romualdo.—Me limito á expresarle mi deseo. Lo que haga después la casa Jackson, eso no es cuenta mía.

—¡Pero!...

—Lo que yo deseo es una contestación de V. franca y categórica.

—Yo creo por el contrario, que lo primero que hemos de hacer es buscar al hombre que me vendió esos valores.

—Eso es cuenta de V., yo no tengo nada que ver en ese asunto.

—¡Pero si yo no sé dónde está!

—Pues buscadle, amigo, buscadle. Negocio de ese género no se realiza con tamaña ligereza. Yo si compré esos valores fué porque venían sancionados con la firma de V., que de otro modo ¿cómo era posible que los adquiriera sin haberme enterado de su legitimidad?

—¿Pues no me dijo que un dependiente suyo le había hablado?...

—Sí señor, Antonio. Pero él lo supo en el café porque un comisionista, amigo según decía del agente inglés, le había hablado.

—¿Y dónde está ese comisionista?—preguntó anhelante Soriano.

—Sí, sí, vaya V. á buscarle. Creo que se marchó de Barcelona al día siguiente ó á los dos días.

—¡Oh! pues es menester encontrarle.

—Bien, sí señor; pero eso será cuestión de V. Ya comprenderá que yo no puedo perseguir al culpable de ese timo. Porque aquí se trata de un verdadero timo.

Soriano no supo qué contestar.

* * *

Realmente, dentro del negocio D. Romualdo Galán estaba en lo justo.

Pero, ¿cómo pagar aquella cantidad? ¿Cómo retirar aquellos valores, cuando todos sus recursos estaban agotados?

—Amigo don Romualdo,—dijo por fin,—me quejaba antes

del rigor con que la suerte me había tratado, pero ahora veo desgraciadamente que existía un más allá, que es el que ha sobrevenido con esta desgracia. Ya sabe V. mi situación. Yo soy responsable para con V. de ese dinero. Hoy por hoy, no se lo puedo dar. Yo trabajaré, si V. mismo quiere emplearme en sus operaciones, en su escritorio, en donde quiera que sea; con mi actividad y con mi celo procuraré pagarle más tarde ó más temprano esa suma.

—¡Válgame Dios, hombre! parece imposible que tenga usted valor para hacerme una proposición semejante. ¿Cree usted que se ganan desempeñando comisiones como las que yo podría darle, los veinte y tantos mil duros que representan esos valores, cuya cantidad le entregué al contado? No puede ser, don Pedro, yo necesito mi dinero. Una cosa es la amistad, que yo se la he profesado siempre, y otra cosa es el negocio. Siento infinito lo que sucede, pero si V. no me paga tendré que presentarme al tribunal.

—¡Oh! no, no, por Dios, don Romualdo! V. que siempre ha sido tan amigo mío, V. que conoce mi existencia sin tacha y consagrada siempre al trabajo, no es posible, no lo puede hacer.

—Todo lo que V. quiera, pero la época está mala; yo tengo mis compromisos, y sobre todo me parece que pido lo justo.

—Sí, señor, sí, ya lo sé; yo mismo reconozco que obré con ligereza aceptando aquellos valores, pero cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo.

—No, señor, no lo habría hecho. En negocios de esa magnitud, todas las precauciones son pocas.

—Pero bien, aunque así sea, yo suplico á V. que evite á mi nombre la deshonra de un proceso de esa índole. Dígame usted lo que quiere que haga y le complaceré en todo; pero

si no por mi, por mi esposa y por mi hija, le ruego que nos evite ese bochorno.

—Repito á V. que lo deploro, pero no tengo más remedio que obrar asi. O me da V. el dinero ó garantia á mi satisfacción, ya ve V. si soy complaciente, ó mañana entregaré esos documentos á mi procurador.

Don Romualdo, al decir esto, se levantó de su asiento disponiéndose para marchar.

En vano fué cuanto suplicó el pobre Soriano. Galán se mostró inexorable y abandonó la casa del que había sido su amigo, dándole como único plazo para esperar su resolución hasta el siguiente dia antes de las once.

*
* *

Una vez solo don Pedro, sepultó la cabeza entre sus manos, permaneciendo largo tiempo entregado á sus reflexiones.

Muy tristes, muy dolorosas, muy desesperadas debieron ser éstas, porque los convulsivos movimientos de su pecho y algún ahogado sollozo que brotó de sus labios, estaban demostrándolo de un modo evidente.

Más de dos horas habian pasado desde que se marchó don Romualdo, cuando Soriano levantó la cabeza.

Una resolución terrible estaba leyéndose, así en la palidez de su rostro como en la arruga de su frente.

—¡No!—exclamó,—¡no sobreviviré á mi deshonra! ¡No quiero verme obligado á avergonzarme delante de mi hija!

Y cogió la pluma, y con mano febril escribió algunas líneas en un papel.

Después sacó el rewólver de uno de los cajones de la mesa y murmuró con un acento, sintesis de toda la inmensidad de dolores que le atormentaban:



¡Esa estafa me ha perdido!

—¡Adiós, vosotros los seres que más he querido sobre la tierra!

Y alzó el rewólver hasta la altura de su cabeza.

Iba á disparar, cuando abriéndose de súbito la puerta del despacho, se precipitaron en él Antoñita y su madre.

—¡Padre mío!—exclamó Antoñita, lanzando un grito y cogiendo el brazo del anciano, á la par que su esposa caía abatida sobre una butaca.

—¡Hija mía!—exclamó Soriano, estrechando á su hija contra su corazón,—esa estafa me ha perdido por completo.





CAPITULO XXVIII

Los elogios de Emilio

La oportuna llegada de Antoñita y su madre, fácilmente pueden comprenderla nuestros lectores.

Cuando llegó don Romualdo, no estaba Felipe en el despacho, pues de haber estado él, hubiera presenciado quizás la mayor parte de la escena y hubiera intervenido en sentido favorable para su principal.

Ni Antonia ni su madre pudieron enterarse respecto á la persona que estaba en el despacho de don Pedro, así fué que el banquero pudo salir sin que nadie más que el infortunado padre de Antonia supiera que había estado allí.

Pero dió la casualidad de que Felipe encontrase á don Romualdo en la calle.

Y suponiendo el joven podría ir á casa de su principal, trató de evitar la primera impresión, diciendo al banquero:

—Señor don Romualdo, supongo que irá V. á casa de don Pedro un día de estos, ¿no es así?

—¿Por qué me dice V. eso?—preguntó Galán.

—Porque nosotros, es decir, su esposa y yo, no le hemos dicho todavía lo de esa estafa de que ha sido víctima. Como el pobre está tan abatido, no tuvimos valor para darle ese postrer golpe, que nos tememos sea de terribles consecuencias para él.

—Pues ahora vengo de allí.

—¡Cómo! ¿Ha estado V. en casa?

—Sí, señor.

—¿Y habló V. con don Pedro?

—¿No había de hablar? ¿Para qué fuí sino para eso?

—¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia!

—¿Cuál? La mía, que he perdido, por hacer un favor, lo que no reintegraré con tanta facilidad.

—Ya sabe V. que don Pedro es incapaz de quedarse con nada de nadie; pero en estos momentos, agobiado por sus repetidas desgracias...

—¡Oh! ¿Qué quiere V. que le diga? Yo lo siento mucho, pero aquí hay un delito y yo no puedo dejarlo así.

—¿Qué quiere V. decir?

—He dado un paso, en gracia de la amistad que me unía con Soriano, antes de dirigirme al juez. Si él me hubiera reintegrado de la suma que le dí, habría hecho yo caso omiso del asunto, y él que se las compusiera como mejor le pareciese. Pero ni me ha dado el dinero ni esperanzas para el cobro. ¿Quiere V. acaso que yo deje pasar esto?

—Comprenderá V. que quien no tiene nada, nada puede dar,—repuso Felipe con firmeza,—pero de algún abono puede y debe servir á mi principal lo que en tantas ocasiones ha hecho por varios, que ha sido sacarles de sus compromisos

sin interés de ningún género. Ahora mismo, V. sabe lo que le ha sucedido; primero la suspensión de pagos de la casa Dubois, después la retirada de fondos, las operaciones de Bolsa; todo se ha conjurado contra él y, sin embargo, á nadie se le ha quedado á deber un céntimo.

—Se me debe á mí.

—Pero V., gracias á Dios, no se encuentra en situación de necesitar esa cantidad para atenciones perentorias. Usted, siquiera por la amistad que siempre ha profesado á don Pedro, y comprendiendo que ha sido víctima de un miserable, ha de tenerle alguna consideración.

—Me parece que bien la he tenido, dando este paso que no tenía obligación alguna.

—Bien, pero algo le he oído del juzgado y...

—Que si mañana, antes de las doce, no están retirados estos documentos, irán al juzgado.

—¡Señor don Romualdo!

—Lo dicho, amigo. Ya lo sabe. Dispense, porque tengo bastante quehacer.

Y don Romualdo se separó de Felipe, que se quedó parado en el lugar en que estaba, aturdido por lo que acababa de oir.

Ocurriósele después el efecto que debiera producir á don Pedro haber escuchado aquella resolución de don Romualdo, en el caso que éste se la manifestara, y lleno de mortal zozobra se dirigió hacia su casa.

Inmediatamente penetró en las habitaciones de las señoras.

Bien ajenas estaban éstas de la visita que tuviera don Pedro.

—¿Han visto Vdes. al señor de Soriano?—les preguntó Felipe.

—Ya lo creo,—contestó Antoñita,—esta mañana, cuando salió al despacho.

—Quiero decir ahora.

—No,—repuso la esposa de don Pedro.

—¿Saben Vdes. quién ha estado á verle hace poco?

—¿Quién?

—Don Romualdo.

—¡Jesús!

Y Antoñita y su madre no pudieron menos de estremecerse.

—Habrá venido para...

—Para decirle lo que nosotros no nos atrevimos á hacer.

—¡Pobre Pedro!—exclamó la esposa.

—Necesidad debe tener de consuelos, porque don Romualdo debe haberse mostrado con él muy duro é implacable.

—¡Oh! Yo voy al despacho,—dijo Antonia.—¡Cómo era posible que á saber nosotras lo que ocurría no hubiésemos ido ya á su lado! La chica nos dijo solamente que un caballero habia entrado, pero nada más.

—Yo he visto á Galán, y por lo que ha dicho, presumo lo que habrá sido la entrevista.

—Vamos, mamá, vamos.

Y madre é hija se dirigieron hacia el escritorio, entrando en la estancia de don Pedro en el momento que indicamos en otro lugar.

La escena que tuvo lugar después, fué verdaderamente dolorosa.

Antoñita, su madre y Felipe hicieron todos los esfuerzos imaginables para infundir un poco de aliento al pobre Soriano, que por fin les dió palabra de no atentar contra su vida.

Entonces pusieron en tortura su imaginación para buscar un medio de salir de aquel atolladero, y, por fin, la misma esposa de don Pedro se dispuso para ver á algunos amigos de éste.

***

Entretanto el indigno autor de la desgracia de toda una familia estaba gastando y triunfando con el dinero tan villanamente ganado.

Luisa tuvo gran participación en los beneficios obtenidos, porque su amante hizo un verdadero derroche de galantería, si esta frase podemos usar, tratándose de dos seres de su especie.

Sortijas, aderezos, ricos trajes, recibió la joven, y alguna joya y pieza de tela también desapareció de las tiendas donde fueron á hacer las compras.

—Es preciso aprovechar el tiempo,—dijo Luisa mostrando el botín de sus campañas;—si traes un pan á casa, justo es que yo traiga también un pedazo.

Llegaron, como ya dijimos, Emilio y el americano, y Pepe fué á recibirles y á acompañarles hasta la casa de la calle de la Merced.

Domingo Flores estaba encantadísimo con su nuevo amigo.

Este procedía con una corrección extraordinaria, y ni un solo momento pudo hacer traición al carácter que representaba.

Sus distinguidos modales, su esmerada educación, sus conocimientos en todo, y su experiencia adquirida en tantos viajes, estaban demostrándose á cada paso.

El día siguiente á su llegada dejó al americano descan-

sando en la casa donde fueron á habitar, y corrió á la que ocupaban Luisa y su amante.

Tenía necesidad de enterarse cómo marchaban los negocios.

—¡Gracias á Dios!—dijo Luisa.—Ya tenía ganas de ver á V.

—Y yo también de estar entre vosotros.

—Este le tiene á V. reservadas muchas sorpresas.

—Me alegro.

—Conque, ¿y qué tal el americano?—preguntó Pepe.

—Ya le has visto. Es nuestro en cuerpo y alma.

—¿Es decir, que aflojará la *mosca?*

—Ya lo creo. ¿Acaso si no tuviera yo esa seguridad me hubiera separado de vosotros?

—Pues entre eso y lo que éste ha hecho por aquí, mientras V. estaba fuera, digo yo que vamos á estar como príncipes.

Y Luisa, al decir esto, miraba llena de satisfacción á su amante, que trataba de sustraerse á todos aquellos elogios, diciendo:

—Pero, cállate, mujer; si no hice nada! Aproveché lo que ya teníamos aquí dispuesto y nada más.

—Vamos por partes. Lo de la calle de Casanovas, ¿cómo está?

—Marcha al pelo. En el Banco tenemos ya sobre treinta mil duros.

—¿Cuánto importan los créditos á pagar?

—Pues, sobre sesenta mil.

—¿Has colocado géneros?

—Vaya. Apenas tenemos existencias.

—Perfectamente. ¿Y Marcelino?

—Ese está esperando que V. venga, pára ponerse á su disposición.

—¿Le habéis dado algo, como os dije?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Unos cien duros.

—Más debieras haberle dado, porque ese hombre puede ser de mucha utilidad.

—Lo que él ha pedido.

—Prudente ha estado en ese caso, lo cual no acostumbra á hacer muchas veces.

—Ha preguntado en diversas ocasiones por V., pero nada más.

—Cítale para mañana á esta misma hora. Quiero hablar con él.

—Está bien.

—Ahora, vamos á eso que me ha anunciado Luisa.

—Negocio redondo, don Emilio,—dijo ésta.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Pues mire V., me he enredado entre las manos cinco sortijas, que bien valdrán sus quinientos duros; unas piezas de fay, muy bueno, y dos pulseras, que no bajarán de ciento treinta duros cada una.

—Bien, hija mía, muy bien,—repuso Emilio, dando un golpecito en el hombro á la joven.—Ya sabía yo que tú serías muy lista.

—Este, éste es quien me ha enseñado.

—Es lo natural,—contestó Emilio, sonriéndose;—si ese no te enseña, ¿quién podrá enseñarte entonces?

—Y yo, ¿de quién he aprendido cuanto sé?

—Desengáñate, que si madera no hubiera, de nada serviría cuanto os dijera. ¡Ea! habla y díme lo que has hecho.

*
* *

Pepe refirió entonces su hazaña.

Matasanz estuvo escuchándole atentamente y cuando hubo concluído, le dijo:

—Eres todo un hombre. En ese asunto has dado pruebas de tener tanta cabeza como corazón, y esto, en nuestra profesión, no tiene precio. Sigue así y, como ya te he dicho, irás muy lejos. ¿De modo, que hemos tumbado á uno de esos banqueros?

—Me parece que sí.

—¡Bien hecho! Ya que ellos tienen dinero, justo es que de lo suyo nos den una buena parte.

—Pero, ¡si V. viera qué transformaciones y qué cosas ha estado haciendo este chico!...

—Ya lo comprendo. Pues de ese modo se hacen las cosas.

—Y no crea V., nada me dijo hasta que estuvo hecho ya el negocio.

—Pues así debe ser. Uno sólo puede estar seguro siempre de que no ha de ser vendido.

—Oiga V., don Emilio,—repuso Luisa un tanto ofendida pór lo que acababa de decir Matasanz;—yo soy incapaz de...

—Ya lo sé, mujer. Pero en estos casos, cree á mi experiencia, lo mejor de los dados es no jugarlos.

Matasanz estuvo enterándose de todo, como hemos dicho, y después de volver á encargarles que avisaran á Marcelino para el siguiente día, se dirigió hacia la casa de huéspedes.

El americano acababa de levantarse.

—¡Caramba! amigo,—le dijo al verle,—y como se ha madrugado.

—Ya sabe que me gusta levantarme temprano, y como tenia algunas diligencias que hacer, á fin de poderle consagrar el resto del día, he preferido salir ahora.

—Por mí no se moleste. Ya lo sabe. Si algo ha de hacer y quiere que le acompañe...

—Ya estoy despachado por hoy.

—Pues nada, nada, vamos á almorzar y después iremos donde V. quiera.

—Por hoy, nos limitaremos á que adquiera un conocimiento general de la población, y después iremos particularizándole.

—Como guste. Ya sabe que estoy á su disposición. También hemos de ir á casa del banquero donde tengo fondos, que quiero tomar algún dinero.

—Ya sabe que le he dicho si necesitaba algo...

—Gracias, amigo, gracias. Si yo tengo aquí en estos momentos unos veinte mil pesos...

—¿Y qué piensa V. hacer con tanto dinero?

—Pues, hombre, gastarlo, si me conviene. Nadie tiene que pedirme cuentas...

—Eso es verdad.

—Conque, ¿vamos á almorzar?

—Cuando guste.

Poco después, Matasanz y el cubano salian de la casa, dirigiéndose á la Rambla.

Emilio estuvo todo lo más afectuoso posible, sin permitir apenas, que Flores pagara nada, de cuanto gasto hicieron aquel día.

—Aquí estoy en mi casa,—decía siempre sonriéndose al americano,—y justo es que haga los honores de ella. Si

algún dia voy á la Habana, ya le dejaré hacer también.

—Con mil amores, amigo, con mil amores.

Y don Domingo formaba cada día más ventajoso concepto de aquel rico propietario castellano, que la casualidad había puesto en su camino.





CAPÍTULO XXIX

Matasanz va poniendo las baterías

Marcelino recibió aviso de Pepe para estar al dia siguiente en su casa, según habían quedado con Emilio.

Fuera ya de la cárcel, el individuo en cuestión, empezó á dar pasos con tanto acierto que, según la opinión general, resultaría de la causa absuelto libremente.

Marcelino era uno de esos criminales, como desgraciadamente existen muchos, que han consagrado largas horas á estudiar el Código, buscando todos los medios posibles de eludirle, y que, finalmente, han llegado á conseguir su objeto.

Existe una locución vulgar que dice: «Hecha la ley, hecha la trampa», y el Código, verdadera red con la cual los legisladores han pretendido asegurar al criminal, tiene algunas mallas tan inmensamente anchas, que permiten que

por ellas se escapen aquellos mismos para los cuales se ha hecho.

Que el Código no puede ser una obra perfecta, lo comprendemos muy bien; que hay muchos casos que el legislador ha tenido que dejar al criterio del juez la apreciación de una culpabilidad y por ende la imposición de la pena, lo comprendemos también.

Pero con esto, que nosotros no queremos decir que sea, ¿no se deja acaso una callejuela abierta, para la comisión de algún abuso?

Ni somos tan pesimistas que nos atrevamos á hacernos eco de las especies que á veces circulan entre el vulgo, respecto de los encargados de la administración de justicia, ni somos tampoco tan optimistas, que les creamos á todos sin tacha, y la prueba de ello está en las mismas estadísticas criminales en que hemos encontrado prevaricadores, falsarios y venales á muchos encargados de esa administración de justicia, que por el mismo cargo que desempeñaban, parece que debían estar á cubierto de ciertas debilidades.

Quizás la razón de algunas de esas faltas en que incurrieron, pudiéramos encontrarlas en las deficiencias del mismo Código, y siendo esto así, nos parece que debiera estudiarse, reformarle en lo mucho que de reformable tiene, y ¡quién sabe si de ese modo conseguiríamos disminuir en algo la criminalidad! porque disminuirla sería siempre, el que los criminales nó salieran á la calle con la facilidad que lo hacen hoy.



Marcelino, como hemos dicho, estudiando detenidamente el Código, había ido viendo todas esas mallas de que hemos

hablado, y uniendo la habilidad á la astucia, encerrándose siempre dentro de un círculo del cual nada ni nadie le hacía salir, aparecía legalmente inocente, aunque en la conciencia de todos, culpable.

Si respecto á él se hubiera ejercido una vigilancia incesante, si se hubieran tenido siempre presente sus antecedentes, nada más fácil que haberle podido coger en alguna de aquellas operaciones á que se dedicaba, y á causa de las cuales y por leve sospecha se le había cogido.

Tenía grandes relaciones con la gente inferior y aun superior de la curia, y la verdad era que todos le ayudaban, y así el hombre, hasta entonces, había salido libre de todo.

Por eso, recordarán nuestros lectores, que Emilio le había dicho á Pepe, hablando de Marcelino, que era persona sobradamente lista para permanecer en la cárcel, y que una vez en la calle, habría de servirles admirablemente.

Emilio, como hemos dicho, poseía el gran talento de conocer á los hombres que podían servirles, y sin dejarles hacer jamás su pensamiento, en absoluto, se servía de ellos y los utilizaba, quedando aquéllos satisfechos de su proceder é inutilizados para hacerle daño, puesto que ignoraba lo más esencial del propósito á que coadyuvaran.

Pepe cumplió perfectamente el encargo que su amigo le hiciera.

Al día siguiente recibió Marcelino el aviso, y acudió puntualmente á la cita.

Ni Marcelino había preguntado nada á Pepe sobre los propósitos que pudiera abrigar Emilio Matasanz, ni Pepe tampoco le dijo nada que pudiera demostrar la curiosidad que sentía.

De este modo mantenía Emilio, no imponiéndolo, sino haciéndolo nacer todo de sus mismos subordinados, cierta

distancia entre ellos y cierta reserva, que les impedía formar ligas contra él, imponérsele, amenazarle, ni mucho menos hacerle traición.

Si á esto unimos que siempre el número de sus cómplices era muy reducido, se comprende la especie de impunidad que hasta entonces había disfrutado, y que siguió disfrutando también, hasta el momento que oportunamente describiremos.

* * *

Cuando Emilio llegó á la casa de Pepe, hallábanse conversando tranquilamente Luisa, Marcelino y él.

La conversación versaba respecto á la estancia de Marcelino en la cárcel.

Pepe, insiguiendo su sistema formado por efecto de las indicaciones de Emilio, de no pretender nunca averiguar lo que no le importaba, nada había preguntado á Marcelino sobre la causa que á la cárcel le había conducido.

Pero Luisa, con la curiosidad peculiar de la mujer y sin la experiencia de su amante, le dijo:

—Pero dígame V., Marcelino, ¿se puede saber por qué estaba V. en la cárcel? Porque vamos, no comprendo que viéndole como yo le vi, haya V. salido de esa manera, y mucho más después de lo que me dijeron los carceleros.

—Pues ahí verá V.; en la cárcel, como en todas partes, hay que saber cómo se está y por qué se está, y sabiendo todo esto, pueden apreciarse las probabilidades de salida que uno puede tener.

—Pero con eso no me dice V. nada,—repuso la joven.

—¿Cómo que no?

—Yo quisiera saber por qué estaba V. en la cárcel.

—¡Hija mia, por nada!

—Buena contestación.

—La mejor; ¿cree V. acaso que se encuentra libre de ir algún dia?

—¡Yo! ¿por qué?

—Pues por esos *nadas* que en nuestras vidas suelen parecerles algo á los otros.

—¡Oh, mientras no sea más que parecer!

—Pues esa es la ciencia precisamente, que no existe más que el parecido, al menos en la apariencia.

—¿De modo que V. estaba por uno de esos parecidos?

—¿Pero mujer, á ti qué te importa?—dijo Pepe procurando poner término á las preguntas de su amada.

—¡Hombre! el saber no ocupa lugar.

—Pero mortifica á veces.

En este momento entró Matasanz en la estancia.





CAPITULO XXX

Continuación del mismo asunto

Al entrar Matasanz, Marcelino se dirigió á su encuencuentro, diciéndole:

—¡Cuántos deseos tenía de verle!

—Yo también; pero debe comprender que no era conveniente que nadie nos viese juntos en la cárcel.

—Desde luego.

—He procurado hacer algo, pero sin que nadie sospecha que yo lo hacía.

—¡Siempre tan previsor!

—Esa es la manera de evitar cualquier percance. Si usted se hubiese separado de mí, por correr aventuras, siendo su iniciativa solamente, no sufriera los contratiempos que ha tenido.

—Tiene V. razón, y bien arrepentido estoy.

—Sin que esto pueda parecerle reproche ni mucho me-

nos, dígame qué ha sido lo que ha sacado desde que se separó de mí.

—Ya lo sabe V. Me ha perseguido la desgracia y todo parece que se ha conjurado en contra.

—Muchas veces se lo he dicho á éste,—repuso Matasanz señalando á Pepe.—En nuestra vida se hace indispensable que haya una cabeza sola que sea la que piense, contando siempre con brazos inteligentes que la secunden.

—Es cierto.

—Me parece,—dijo Pepe,—que hasta ahora me he ceñido en absoluto á las instrucciones que V. me ha dado.

—Y yo también,—añadió Luisa.

—Tú, Pepe,—dijo Emilio,—has hecho algo más que ceñirte á mis instrucciones: has obrado por tí solo y he de reconocer que has sobrepujado á todas mis esperanzas.

—Sólo hice lo que de V. aprendí.

—Estás en un error. Si condiciones no hubieras tenido de nada te sirviesen mis lecciones. Aquí tiene V.,—prosiguió Matasanz dirigiéndose á Marcelino,—un hombre que acaba de realizar un timo de veinte y tantos mil duros con tan buena sombra, que no ha dejado el rastro más pequeño por el cual se le pudiera coger. Y no crea V. que para realizarlo ha tenido que mover la opinión, hablar en cafés, en centros bursátiles, cambiar de personalidad dos ó tres veces y, en fin, mostrar no sólo condiciones de serenidad y de ingenio sino también de profundísimos conocimientos en negocios comerciales.

***

Luisa no cabía en sí de gozo, como vulgarmente se dice escuchando los elogios tributados á su amante.

Este no pudo menos de decir á Emilio:

—Vamos, vamos, que no hay motivo para tanto.

—¡Demonio!—exclamó Marcelino,—¿que no hay motivo para elogiar al hombre que coge un pellizco semejante? Pues uno de esos solamente habría querido tener en mi vida, y ya vé V. que cuento algunos años.

—Pues éste es novato,—repuso Matasanz.

—Si siendo novato hiciste esa hazaña,—dijo Marcelino tuteando á Pepe,—el día en que tengas mis años serás el Roschild de nuestro oficio.

—Y al fin y al cabo,—dijo Emilio riéndose,—¿qué son esos acaparadores sino unos timadores en grande escala? El timo es la ley universal, es la nota dominante en esa inmensa armonía del mundo. Si no es nuevo, lo único que ha hecho es cambiar de dominaciones según las distintas evoluciones que haya hecho la sociedad. El usurero que presta y da sobre una alhaja ó sobre una prenda una pequeñísima parte de su valor para asegurar la enormidad de su ganancia, ¿qué es, sino un timador que se encuentra bajo el amparo de la ley? Empezando por los mismos gobiernos y terminando por el último escalón de la familia humana encontraremos el timo, ora en las falsas economías promovidas por aquéllos para deslumbrar á los pueblos y hacer que les toleren y que acepten sus proyectos, ora en las últimas capas sociales donde el marido procura justificar ante la vista de la mujer desconfiada, la inversión de la parte del jornal que le faltó el sábado, ó en la esposa que le saca al marido una cantidad bajo el pretexto de una necesidad imprescindible y la emplea en cintas y moños que dice le han regalado sus amigas. El hijo tima al padre, la esposa al marido, el empleado superior al gobierno que le paga bien y le sirve mal, el comerciante al comprador y, en resumen, como acabo de decir, la sociedad

no se compone más que de timadores y timados, con la únic diferencia que mientras los unos están protegidos por la ley los otros se encuentran fuera de ella por efecto de la razón de las mayorías, pues si ésta la constituyéramos nosotros también haríamos lo mismo con ellos.

* * *

La teoría de Matasanz desde luego tenía que halagar á sus compañeros, prescindiendo de que, en medio de todo dadas las condiciones de nuestra sociedad, hay que conce- derles alguna parte de razón.

Si el timo no es otra cosa que una farsa empleada par apropiarse lo que á otro pertenece, excitando su codicia, ha lagando sus pasiones ó deslumbrando su vista con mentida apariencias, razón tenía Matasanz al decir que la socieda está compuesta de timadores y timados.

El medio ambiente en que se agita la humana famili encuéntrase saturado de tal modo y son tales los element que se aspiran, que al vivir cada uno fuera del círculo e que debiera existir, tiene por precisión que vivir de la fars y como ésta engendra como consecuencia natural el enga ño, el cohecho, la malversación y hasta el crimen, razón te nía Matasanz afirmando que la nota dominante en el huma no concierto, era la que representaba el timador.

Los derroteros porque la sociedad camina, sin que nos otros pretendamos echarlas de moralizadores, no son lo más á propósito para impedir la perpetración de hecho como el realizado por Pepe Miramar y que tanto estaba glo rificando su maestro y amigo Matasanz.

Para dominar el mal, es necesario que exista una part sana que se imponga á la parte enferma. Pero si el cuerpo e

general está viciado y corrompido, si en la cabeza existe la anemia cerebral que se ramifica por todo el organismo, ¿es posible que los pies puedan sostenerse firmes para que el individuo no vacile y caiga?

Parta la moralidad de donde partir debe, extienda su benéfico influjo á todos los miembros del cuerpo social, y se habrá dado un gran paso para la destrucción de la teoria de Emilio, teoría que nosotros no podemos abonar, como fácilmente se comprende, pero que conocedores, por desgracia, de la época que hemos alcanzado, convendremos en que no carecía de alguna razón.

*
* *

Marcelino miraba lleno de asombro á Pepe, porque realmente era de asombrar la hazaña que de él había referido su maestro.

Y como entre esta gente, según hemos indicado en algún otro lugar, más que en ningún círculo se reconoce la superioridad, Marcelino miraba y se mostraba dispuesto á obedecer á aquel joven en cualquier empresa que dispusiera, como antes había obedecido á Matasanz, porque sabía lo mucho que valía.

Y no era porque Marcelino fuese tonto.

Ya hemos dicho que pertenecía al número de los que se dice que saben nadar y guardar la ropa, pero habia sido desgraciado en sus empresas, y de aquí que desconfiaba hasta de su misma inteligencia.

—Vaya, Marcelino,—dijo Matasanz de pronto,—yo tendré que marcharme porque he de hacer alguna cosa y antes es menester que hablemos.

—Sea en buena hora. Con ese objeto he venido.

—¿Está arreglado mi despacho, Luisa?—preguntó Emilio.

—¡Pues ya lo creo!—se apresuró á contestar la joven;—cuando V. quiera puede pasar.

—Quedáos aquí, que después que hable con Marcelino, he de hablar con vosotros.

Luisa no tuvo más remedio que dominar su curiosidad.

Pero esto no lo hizo sin murmurar:

—Vaya un hombre,—dijo dirigiéndose á su amante.—¿Si nos creerá incapaces de guardar un secreto?

—¡Bah! ¿y eso qué importa?—repuso Pepe.—Ya sabe Emilio lo que valemos.

—Muy poco hemos de valer, cuando se oculta de nosotros para hablar.

—A mí no me importa lo que tenga que decir á los demás.

—Pero á mí, sí.

—Mal hecho, hija, mal hecho; si te lo he dicho muchas veces: aquí es menester andar con pies de plomo en todo, y cuando Emilio obra así, es porque le conviene ó conviene al negocio que lleva entre manos.

—No sé qué conveniencia puede ser esa.

—¿Y qué culpa tengo yo de que tú no lo sepas? Te has de desengañar, no respecto á Emilio solamente, sino respecto á mí, que hay muchas cosas que las mujeres no debéis saber.

No le pareció muy satisfactoria á Luisa aquella contestación, porque hizo un gesto de disgusto sobradamente significativo.

Pero Pepe se encogió de hombros, sacó un cigarro y se puso á fumar tranquilamente.

Entretanto Matasanz, decía á Marcelino:

—Vamos á ver, Marcelino, ¿está V. dispuesto á trabajar conmigo?

—¡Pues, hombre, lástima fuera después de lo que ha hecho V. por mí!

—No se preocupe por lo que hice, y que no sea éste el verdadero motivo de su adhesión. No quiero agradecimientos; lo que haga V. ha de ser por condición, y si así se encuentra dispuesto, crea V. que no le irá mal ni á mí tampoco.

—He dicho á V. que dispusiera de mí, según tuviera por conveniente.

—Se trata de un negocio de alguna consideración,—dijo Matasanz al cabo de algunos momentos,—y aun cuando el trabajo de V. no será una gran cosa, sin embargo, la ganancia será buena, que ya sabe V. cómo acostumbro á pagar á los que bien me sirven.

—Eso no tiene V. que decírmelo, mándeme lo que quiera que haga y á su disposición estoy.

—¿Conoce V. algo de pedrería?

—Sí, señor; precisamente estuve en Logroño en casa de un platero, y sabe V. que conozco regularmente las aleaciones de algunos metales.

—Sí, sí; pero no se trata de eso.

—Usted dirá.

—Pues vamos á ver, Marcelino, ¿qué le parecen á V. estas piedras?

Matasanz se dirigió á una habitación inmediata, y de un mueble, que tenía varios secretos, sacó una cajita, que mostró á Marcelino diciéndole:

—Examine V. estas piedras, y dígame lo que opina respecto de ellas.

Abrió Marcelino la cajita, y no pudo menos de exhalar una exclamación de asombro.

Diamantes, turquesas, esmeraldas, amatistas y rubies, formaban un conjunto que deslumbraban.

—¡Demonio!—dijo Marcelino, sintiendo algo como un desvanecimiento de codicia.—¡Aquí hay un tesoro!





CAPITULO XXXI

La pedrería

MATASANZ no pudo menos de sonreirse al escuchar la exclamación de Marcelino.

Éste seguía fascinado, mirando las piedras, cogiéndolas, analizando el peso de cada una y murmurando:

—Pues señor, indudablemente aquí hay una fortuna.

—Vamos, Marcelino, puesto que dice V. que conoce la pedrería, á ver si sabe distinguir cuál es la buena y cuál es la falsa.

—¡Cómo!—exclamó Marcelino sorprendido, mirando á su interlocutor,—¡pues hay piedras falsas aquí!

—Fíjese V. en ellas y conteste á mi pregunta.

Una vez excitada la inteligencia de Marcelino, empezó á mirar las piedras, las pesó, las miró de varios modos y, finalmente, dijo:

—He de confesar que están admirablemente hechas estas piedras. Se necesita ser muy inteligente para saberlas distinguir.

Y después de minucioso examen y repetidas pruebas, mostró á Emilio dos brillantes, diciéndole:

—No quisiera equivocarme, pero este creo que es bueno y este falso.

Matasanz cogió las piedras, las examinó á su vez, y repuso al cabo de algunos momentos:

—Efectivamente, es verdad.

—Pero tenga V. en cuenta lo que á mí, aun siendo del oficio, me ha costado reconocerla; juzgue ahora lo que puede suceder á la generalidad.

—¡Oh! la generalidad las tomará todas como buenas,—contestó sonriéndose Matasanz.

—Y dígame V., don Emilio, ¿de dónde ha sacado V. todas esas piedras?

—Cuidado, Marcelino,—contestó Matasanz severamente;—creí que todavía recordaba V. algo de mi carácter. No me gusta que me pregunten. Digo lo que me parece conveniente decir, pero no acostumbro responder preguntas que juzgo impertinentes.

Marcelino admitió el reproche, sin atreverse siquiera á protestar.

—Ya verá V.,—dijo,—es un trabajo tan bien hecho...

—Pues por eso que lo sé, lo utilizo para los usos que juzgue más necesarios.

—Mi pregunta respecto á la persona que hizo esa pedrería...

—Sí, ya comprendo que no tenía otro objeto que el de ir á encontrarla para que le proporcionase una cantidad de esas piedras, que V. explotaría por su cuenta.

El rostro de Marcelino se enrojeció, y afectando la mayor confusión, se apresuró á murmurar:

—No, no crea V....

—Sí, hombre, sí. Tal vez, si fuera á la inversa, que V. las poseyese y yo las viera, es muy posible también, que sin cuidarme del quebrantamiento de formas, le hubiera hecho idéntica pregunta.

—¡Es que están admirablemente trabajadas!

—Pues si no fueran así, ¿V. cree que yo las tendría?

—Es verdad.

Matasanz cogió las piedras, diciendo poco después:

—Permítame que las guarde, y en seguida hablaremos.

—¿Acaso quiere V. que yo me encargue del despacho de esa pedrería? Desde luego le aseguro una venta ventajosísima.

—Bueno, bueno; déjese ahora de eso, no adelante juicios, que conmigo, sabe que son inútiles.

Volvió á guardar las piedras en el mismo lugar de donde antes las sacara, y reunido con Marcelino nuevamente, le dijo:

—Vamos á ver, ¿está V. dispuesto á encargarse del papel que oportunamente le enseñaré, en cierta comedia que trato de representar?

—¡Ya lo creo! Como que de esa comedia, estoy seguro que he de reportar buen beneficio, tonto sería en despreciarlo.

—Advierto á V., Marcelino, por última vez, que no me gustan preguntas, ni admito comentarios. ¿V. lo entiende?

—Sí, señor.

—Se trata de un negocio de algunos miles de pesos y en él llevará V. una sexta parte.

—Lo que usted quiera.

—Ni una palabra á nadie; ¿comprende V. lo que quiero de-

cirle? Solamente V. y yo lo sabemos; excuso añadirle que si algo se trasluciese, de V. únicamente sería la culpa.

—Me parece que algún otro negocio hemos hecho juntos, y no tuvo V. el más leve motivo de queja.

—Sin embargo, podían haber cambiado las circunstancias, por efecto del tiempo transcurrido y de los aires de independencia que ha tomado.

—¡Quiere V. callar! ¿Acaso me ha ido bien con esa independencia de que me habla?

—Estamos entendidos.

***

Emilio estuvo reflexionando algunos momentos.

Su compañero le miraba, sin atreverse á decirle nada, hasta que, finalmente, alzó aquél la cabeza y le dijo:

—En primer lugar, es necesario que adquiera V. documentos que acrediten una personalidad distinta á la suya, y que verifique en su rostro transformaciones, que impidan su reconocimiento por las personas que intervengan en el asunto.

—Ya sabe V. que para esas transformaciones me pinto solo. Dígame V. lo que he de hacer, y nada más.

—Va V. á llamarse Casimiro Pedrosa; procede V. de Cádiz, donde se halla establecido, y desde que ha venido á Barcelona está enfermo.

—¡Demonio!

—Sí, obra del demonio es la que vamos á realizar; pero se necesita que sepa V. hacer perfectamente su papel.

—Al menos pondré todos los medios para ello; dígame qué papel es ese.

—Ya se lo he dicho. Ha de irse á parar á una fonda de

Gracia, porque viene V. desde Cádiz, temeroso de que la justicia le sorprenda.

—Y en Gracia ¿no llamaré más la atención?

—No, señor; porque ha de justificar su estancia allí, con la conveniencia de los aires más puros, etc., etc.

—Ya, ya; está entendido. Pero ese temor á la autoridad...

—Nace, de que á su hermano de V., que procedente del Brasil llegó á Cádiz hace poco, tratando de vender alguna pedrería, le han puesto preso porque las autoridades sospecharon algo respecto á la procedencia de aquella riqueza, y V., para salvarla, se ha venido aquí, siempre con el temor de ser perseguido.

Marcelino quedóse silencioso un buen espacio, reflexionando sobre lo que acababa de oir.

Realmente, su inteligencia adivinaba que se trataba de un negocio importante, que era necesario desplegar en él, habilidad, serenidad y astucia; pero no acertaba, por más esfuerzos que hacía, dónde iba á parar el cálculo de Emilio.

Éste, sin preocuparse gran cosa por la ansiedad de su compañero, le dijo:

—Todo esto debe de prepararse mañana, y dentro de cuatro días venga V. á esta misma hora y acabaré de explicarle el plan detallado. ¿Comprende V?

—Sí, señor.



CAPITULO XXXII

Emilio Matasanz sigue preparando las baterías

PRONUNCIADAS las anteriores palabras, sacó Emilio la cartera, extrajo de ella tres billetes de cien pesetas y se los entregó á Marcelino, diciéndole:

—Esto va por cuenta del negocio. Supongo que no han de venirle mal estos sesenta duros.

—Eso no viene mal nunca.

—Pues entendidos. Dentro de cuatro días le espero aquí.

Marcelino comprendió que había terminado ya su entrevista.

Conocía muy bien á Matasanz y sabía que le agradaba ser comprendido sin que tuviera que hablar.

Despidióse, y una vez solo, Emilio, repasó algunos apuntes, consultó varios documentos y dijo:

—Perfectamente. Ya es ocasión de poner en práctica el

negocio del prestamista. Será preciso avisar á Tomás para la cuestión de escrituras, y al mismo tiempo prevenir á Gómez para que empiece á dar los pasos necesarios. No me agrada mucho esta clase de asuntos, pero es menester que coman también esos pobretes y no hay más remedio que obrar así. Vamos á ver si consigo que Pepe comprenda mi idea y la secunde. Sé que voy á sostener una gran batalla más que con él con Luisa, pero ¿qué remedio? En nuestro juego es menester hacer uso de varias cartas y no se puede obrar como el corazón quisiera. Este chico tiene todas las condiciones á propósito para adelantar y pagar con creces lo que por él hice, y justo es que resolvamos el problema.

Dicho esto, Emilio ocupóse cuidadosamente en ver si había quedado algún papel por allí encima, y cuando se aseguró de que todo estaba perfectamente guardado, dijo:

—No conviene que se entere nadie de lo que pretendo hacer, hasta el momento oportuno. Cuando ese caso llegue, sabrán lo que crea conveniente decirles.

* * *

Entretanto, Luisa y Pepe estaban sosteniendo acalorada discusión.

La joven, con menos paciencia que su amante, desde el momento que salió Marcelino, dió rienda suelta á su cólera, exclamando:

—Vaya, vaya, tú dirás todo lo que quieras, pero el caso es, que lo que está haciendo contigo don Emilio, no merece disculpa.

—Pero vamos á ver, mujer,—la decía Pepe á quien no dejaba de mortificar, en realidad, la falta de confianza reve-

lada por los actos de Matasanz.—¿Tiene obligación don Emilio de decirme todo lo que hace ó lo que piensa hacer?

—Después de lo que tú le sirves, sí, señor, sí que la tiene. Yo comprendo muy bien que á un dependiente, á una persona inepta que no sirva sino para hacer lo que le mandan, se le trate así; pero á quien como tú ha sabido demostrarle que no le necesitas y que por tí mismo puedes obrar, y que eres incapaz de hacerle traición alguna... Vamos, que no sé ni como tú mismo te conformas con esto.

—Ya te lo he dicho muchas veces, Luisa; no sé por qué has de obligarme á repetirlo tanto; tú, lo mismo que yo, le debemos cuanto somos y no debe de herirnos lo que haga, si precisamente merced á él disfrutamos de una posición como no la hubiéramos tenido de ningún otro modo.

—Bien, sí; pero desengáñate, que no nos daría todo esto si no le sirviésemos. Es bonito que cuando llega de fuera y con sus manos limpias y lavadas se encuentra realizado un negocio que no podía imaginarse, continúe tratándote ni más ni menos que trataría al más torpe de sus dependientes.

—¡Ea! mujer, déjate de tonterías, que después de todo, todavía estamos mejor así, que si nos diera parte de lo que piensa hacer. Podía muy bien hacer la casualidad que se descompusiera el negocio y echarnos la culpa á nosotros. No, no, estoy muy contento.

—¡Qué cosas tienes! Ahora mismo, ¿qué demonios está haciendo en su cuarto, ni qué papeles son los que allí guarda para que se entretenga tanto?

—Lo que es los papeles que allí guarda, tanto como él los conozco yo.

—Tú conoces lo que él quiere que conozcas; pero desengáñate, que él tiene otros escondrijos que nosotros ignoramos.

—Pues que los tenga, y ¿qué? No seas tonta y no te preocupes por esas tonterías.

—¡Mira tú que llamarle tonterías á eso! En fin, hijo, me parece que adelantarás muy poco con ese modo de obrar.

—Mejor.

Y Pepe se puso á tocar con los dedos en los cristales del balcón, tratando de ocultar así el mal efecto que le causaban las palabras de su amada.

Esta, á su vez, sentada en la butaca, estrujaba el pañuelo que tenía en la mano, mirando de cuando en cuando á su amante.

* * *

En este momento apareció Emilio Matasanz en la puerta de la estancia.

Su mirada se fijó en uno y otro de sus dos amigos y sonriéndose, dijo:

—¡Hola! ¿Estamos de monos?

—¡Cá! no, señor,—se apresuró á decir Pepe separándose del balcón.

—No me sorprende, porque amores sin tempestades no serían amores. La vida, en todas sus fases, en todos sus actos, aun en los más felices, no tendría nada de agradable si de cuando en cuando no hubiera en ella esos puntos negros que alteran la monotonía que reinaría en otro caso.

—Luego V. quiere decir,—repuso Luisa,—que es muy agradable eso de estar siempre como perros y gatos.

—Distingo, hija mía, distingo. Entre tirarse los trastos á la cabeza por un quítame allá esas pajas, y alguna incomodidad, producida tal vez por un exceso de cariño, por la distinta manera de apreciar un acto, por una ligereza disculpa-

ble siempre, hay una diferencia muy notable. Lo primero relaja en absoluto, hasta que por fin destruye los lazos de cariño que tan necesarios son en la vida; mientras que los segundos no son más que ligeras nubes de verano, que hacen más agradable la salida del sol, después. Vamos, contadme lo que ha pasado.

—¡Cá! no, señor, si no ha pasado nada. Tonterías de ésta.

—Es que este no quiere hacerme caso nunca.

—¡Hola! Vamos, Pepe, que eso es más grave de lo que yo creía. ¿Qué es lo que te aconseja Luisa que tú no quieres hacer?

—Nada, Emilio, nada; ¿quién hace caso de las tonterías de Luisa?

—Sí, sí, tonterías,—refunfuñó ésta,—ya lo verás algún día.

—Pero, en resumen, ¿no me diréis ni uno ni otro qué quiere decir esto? ¿Es que yo no os inspiro confianza acaso?

—Ya verá V., don Emilio,—dijo resueltamente Luisa,—yo soy tan clara como el agua y me gusta decir la verdad. ¿Qué confianza quiere que tengamos en V., digo, yo por lo menos, cuando veo que V. no tiene ninguna con nosotros?

—¡Ah, ya! ¿De modo que la cuestión ha sido por mí?

—Casi, casi.

—¿Y en qué te fundas para decir que no tengo confianza con vosotros? Vamos á ver.

—Me parece que bien á la vista está.

—No haga V. caso á Luisa, Emilio,—repuso Pepe,—ya sabe V. que las mujeres...

—No, no, que hable. Si precisamente á mí me gusta que las cosas se me digan así.

—Pues bien, como á mí tampoco me gusta guardarme nada en el buche, le estaba diciendo á éste que después

del negocio que ha hecho, mientras V. estaba fuera, me parecía á mí, que había ganado muy bien la confianza absoluta de V.

—¿Y tú no sabes que esa confianza absoluta, no digo yo él, ninguno la obtendrá?

—Pues qué quiere V. que le diga, don Emilio; así no se ganan amigos.

—Eso quiere decir que tú no lo eres.

—Ya verá V.; á las mujeres nos gusta siempre que el hombre á quien queremos, brille y domine á todos los demás si es necesario, y, francamente, el papel que está haciendo Pepe aquí, no creo que tenga nada de agradable.

—Vamos,—dijo Emilio al cabo de algunos momentos,—ahora me explico esas malas caras que advertí al entrar. Oye, Pepe,—prosiguió, sin que se notase en lo más mínimo alteración alguna en la voz.—¿Participas tú también de las opiniones de tu amada? ¿Estás quejoso de lo que ésta califica de falta de confianza?

—No, señor; sabe V. lo que le dije un día y yo no falto á mis palabras. Incondicionalmente me puse á la disposición de V. y de la misma manera estoy dispuesto á continuar. Si obrando de este modo me hubiesen salido mal mis asuntos, y ya vé V. si le hablo con franqueza, si obrando así, repito, hubiera visto que marchaba mal, quizás me habría ofendido algo; pero cuando veo que todo ha salido perfectamente y reconozco que esto quizás se deba también á ese mismo sistema que V. lleva, no he de ser tan necio que le vaya á combatir.

—¿Tú lo ves?—dijo Emilio volviéndose á Luisa.—Precisamente en la contestación de tu amante está la mejor contestación que yo te podía dar. Siguiendo este sistema todo ha salido bien, ¿de qué te puedes quejar entonces?

Luisa inclinó la cabeza sin saber qué contestar.

Pero se repuso en seguida y dijo:

—En fin, puesto que ese se resigna, de nada servirá ya cuanto yo diga. He querido volver por él, porque vamos, don Emilio, por más que V. diga me parece bastante depresiva esa situación, para un hombre que acaba de mostrar, como Pepe, que sabe lo que se hace. Mas si él está conforme, suponga V. que no he dicho nada.

—Unicamente quisiera hacerte una advertencia, Luisa, y créeme que únicamente por ser quien eres te la vuelvo á repetir, que han sido muchas las veces que te lo he dicho. No quiero que las personas que estén á mi lado se encuentren violentas.

—¡Pero si aquí no existe nadie en ese caso!—exclamó Pepe.

—Esta no se encuentra á gusto, y bien lo está demostrando con lo que acaba de suceder.

—No, señor, ya le he dicho que no haga caso de mis palabras.

—Pues bien, no vuelvas á repetirlas porque me obligarías á tomar otras medidas. Los que á mi lado se encuentren, aquellos á quien yo dé participación en mis planes, es necesario que se acostumbren á dominar impaciencias y á contentarse con lo que yo quiera decirles. A tiempo estáis todavía. Lo mismo tú que Pepe, si no os conviene continuar á mi lado, decidlo. A la fuerza no quiero nada.

Los dos jóvenes se apresuraron á protestar de su afecto, rogando á Matasanz que les dispensara, ó mejor dicho, que dispensase á Luisa, que en lo sucesivo no volvería á hablar del modo que lo hiciera entonces.

—Ahora,—dijo Matasanz,—escucha lo que tienes que hacer.

—Usted dirá.

—Esta noche toma palco en el Liceo y vienes á invitarnos cuando estemos comiendo. Toma carruaje, y haz, en fin, tu papel del modo que tú sabes hacerlo. Luisa ha de ir también al teatro y la presentarás á nuestro americano; ¿comprendes bien?

—Sí, señor.

—Al mismo tiempo, puedes invitarnos á pasar un día en la torre que posees en Sarriá.

—¿Y qué torre es esa?—preguntó sorprendido Pepe.

—La que tú quieras, como que no hemos de ir á ella puedes extenderte en ponderar sus bellas cualidades.

—Vamos, sí,—dijo Luisa,—ya lo comprendo, aquí se trata de fascinar á ese caballero.

—Justamente, es necesario que vea que tengo amigos de posición.

—Ya, ya; está entendido.

—Está próximo el momento supremo y es menester preparar las últimas baterías.

—¿De veras?—dijo Pepe.—¿Va ya tan adelantado el negocio?

—Ganada la confianza y habiendo inspirado á nuestro don Domingo una alta idea respecto á mi persona, todo lo demás es pecata minuta. Conque no te olvides de lo que te he dicho. En nuestra conversación de esta noche no os olvidéis de citar mis posesiones, mis bienes, mis viajes, elogiar mi generosidad, en fin, todo aquello que ya sabéis da cierta aureola que siempre inspira respeto y consideración.

—Nada, la farsa,—dijo alegremente Luisa.

—¡Oh! sí, pero la farsa es menester saberla hacer también, porque la hay de una clase tan burda que se la ve inmediatamente, mientras que la nuestra es necesario que sea tan delicada, que ni aun el más experto acierte á distinguirla de

la verdad. Se trata, amigos míos, de veinte mil duros y ya comprenderéis que es menester aguzar mucho el ingenio. Mañana vendré por aquí y hablaremos de algún otro proyecto que llevo entre manos, y para el cual necesito de un modo eficaz la cooperación de Luisa.





CAPITULO XXXIII

Primeros pasos

Aquella noche estuvieron en el teatro, como habían quedado, el americano y los que pensaban estafarle.

Domingo Flores estaba verdaderamente más satisfecho ada dia de haber entrado en relaciones con Emilio.

Y téngase en cuenta que el carácter del americano, según emos manifestado, era excesivamente desconfiado, y para ue se abandonase á los afectos de la amistad era necesario ue la simpatía alcanzara un grado tal, que ahogase en absouto los escrúpulos y las sospechas que siempre le dominaban.

Pepe y Luisa supieron mostrarse dignos discípulos de Matasanz.

La riqueza y el buen gusto realzaban, así la belleza de la oven, cuanto la elegante figura de Pepe Miramar.

Insiguiendo las instrucciones de Emilio, los dos jóvenes estuvieron hablando de sus viajes, de sus posesiones y de sus riquezas.

En tales términos que, cuando más tarde Emilio y el americano se encontraron solos en su casa, dijo éste:

—¿Sabe V. que su amigo don José ha de tener una gran fortuna para sostener todo ese tren?

—Es uno de los propietarios más ricos de Valencia, y su mujer aportó también al matrimonio una dote de consideración. ¿Qué le han parecido á V.?

—Sumamente amables.

—Es una familia agradabilísima.

—Ella es muy guapa, y no carece de instrucción.

—¡Como que ha estado en los mejores colegios!

—Ya se le conoce.

—Uno de estos días iremos á una preciosa quinta que tienen en Sarriá, y verá V. qué buenas horas pasamos allí.

—La verdad es, que no me esperaba pasar el tiempo tan distraído como lo estoy pasando.

—Al menos, cuando regrese V. á Cuba, presumo que llevará un agradable recuerdo de su estancia en la península.

—Recuerdo que se lo debo á V. exclusivamente.

—¡Hombre, no! He cumplido con un deber de cortesía, y nada más.

—Aseguro á V. que, para un carácter como el mío, ha sido una suerte encontrarle.

—Sí que he tenido ocasión de comprender que no todas las personas podrían avenirse bien con V.

—No, por cierto. Yo me había formado una idea, equivocada tal vez, de lo que podría sucederme al llegar á la península. Juzgaba que, en el mero hecho de ser americano, se me tenderían toda clase de lazos para sacarme dinero, como un

han contado que les había pasado á otros, y de aquí mi desconfianza y mis temores, y esa especie de retraimiento que advertiría V. en mí en los primeros días.

—No, no advertí nada, porque como ya presumía que de mi no podría desconfiar nadie, puesto que, gracias á Dios, puedo dar, más bien que tomar, no aprecié esos detalles á que V. se refiere.

—Precisamente, ya que esta ocasión se presenta, pido á usted mil perdones por mis pasadas dudas.

—No, si yo no tengo que perdonarle nada, porque, como le he dicho ya, no me he fijado en eso. Le ofrecía espontáneamente mis pobres servicios, V. los aceptaba ó los rechazaba, según le convenía, y, como yo soy de los que participan de la idea de la completa libertad individual, no podía ofenderme aquello que yo mismo he practicado y practico, cuando me conviene.

—Por esa misma razón me ha sido V. doblemente simpático.

—Pues me alegro infinito.

De esta manera, había ido Emilio ganándose en absoluto la voluntad del cubano.

Si en aquellos momentos Matasanz le hubiese pedido una cantidad, la habría obtenido sin vacilar, tal era la confianza que había llegado á inspirar á D. Domingo.

Pero Matasanz sabía muy bien lo que se hacía, y como se había propuesto quedarse con el todo y no con la parte, seguía haciendo el gran señor, en términos que Flores apenas si había gastado en otra cosa que en los viajes y en las fondas.

Fuera de esto, teatros, diversiones, placeres de todo género, habían corrido á cargo de Matasanz.



Conforme habia quedado Emilio con Marcelino, á los cuatro dias de la entrevista que ya presenciamos, volvieron á verse, quedando acordado definitivamente cuanto habian de hacer.

Aquel mismo dia, Emilio estuvo hablando con Pepe de un asunto que entrañaba verdadera gravedad, más que todo por las condiciones especiales en que el amante de Luisa se encontraba.

Matasanz le hizo salir de su casa bajo un pretexto, y una vez en la calle, le dijo:

—Te he dicho que me acompañes, porque de lo que voy á hablarte, no hay necesidad que, por el momento al menos, se entere Luisa.

Semejante exordio tenia, como es consiguiente, que llamar la atención de Pepe, que se le quedó mirando, diciendo después de algunos momentos:

—No me parece que hasta ahora le haya dado á V. Luisa motivo alguno de queja. Cuanto hemos hablado, ha sabido callarlo y se ha ceñido en todo á las instrucciones que le ha dado V.

—Sí, hombre, sí, ya lo sé; pero como lo que he de decirte es á ella precisamente á quien la afecta, en apariencia al menos, conviene que lo sepa cuando ya nosotros estemos de completo acuerdo.

—¡De completo acuerdo!—exclamó sorprendido Pepe.—¿Pues acaso hemos dejado de estarlo alguna vez?

—No; pero ahora, tal podrían ser las cosas, que no lo estuviéramos. Por supuesto que lo que yo voy á decirte es, como siempre ha sido, únicamente para tu bien.

—¡Para mi bien! Vamos, Emilio, hable V., porque francamente, es tan nuevo este lenguaje...

—Ya sabes que no he tenido otro objeto, sino el de tu adelanto.

—Y yo se lo agradezco mucho, y sabe V. muy bien que he procurado corresponder á ese afecto.

—Por lo mismo le he sentido crecer hacia tí, y lo que voy á decirte no es más que una prueba de ello.

—Pues hable V.

—Los hombres como nosotros, querido Pepe, no se deben á sí mismos, sino que se deben al negocio, á la labor á que se han dedicado, á ese trabajo, que constituye después de todo, el verdadero pabellón de su gloria. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Pepe no comprendía donde pensaba ir á parar su amigo, pero hizo una señal afirmativa.

Emilio continuó:

—Tú has adquirido un barniz de buena sociedad que te permite alternar con lo más elevado; sigues cultivando esas buenas disposiciones, que yo había reconocido en tí desde un principio, y justo es que empieces á exhibirte en algunos salones.

—Ya sabe V. que le hablé de ello en otra ocasión. Para nuestros negocios me parece muy conveniente.

—Sí, por cierto. Pero en este mundo, ya te he dicho varias veces, que la ciencia verdadera consiste en saber esperar.

—He esperado; V. mismo lo sabe. No he vuelto á decirle nada sobre el particular.

—Perfectamente. Por eso hoy, que juzgo puedes hacerlo, te digo: «anda, y con un poco de audacia conseguirás lo que á todos nos conviene». Ya tú ves que yo, á pesar de aquel fra-

caso, del que ya muy pocos se acuerdan, sigo sosteniendo algunas relaciones y...

—Y por eso mismo me ha chocado que no me presentase usted á todas esas personas á quienes trata, y en esas casas que visita.

—Es que no soy yo quien debe presentarte.

—¡Cómo!

—No. Luciano Montes, ese amigo tuyo, es quien debe hacerlo.

—¡Montes! Si ya le dije á V. que me había invitado para llevarme á una de las reuniones á que asiste, y V. me contestó...

—Que no era tiempo.

—Así fué.

—En cambio, ahora lo es ya

* * *

El acento con que Emilio pronunció las frases anteriores no dejó de llamar la atención de su amigo.

Se le quedó mirando y al cabo de algunos momentos, dijo:

—Vamos á ver, Emilio, esto es andar á ciegas por completo. ¿Por qué hace dos meses no era tiempo y ahora lo es? Creo que el mismo hombre era entonces que ahora, la misma educación tenía é idénticas eran las condiciones en que me encontraba.

—Sí; pero en cambio, entonces, en la reunión de que tú me hablaste, no estaban las personas que hoy se encuentran.

Nueva sorpresa se retrató en el rostro de Pepe.

Emilio no pudo menos de sonreir.

—Parece que te sorprende lo que digo,—exclamó.

—Sí, señor, ¿por qué negarlo? ¿Cómo sabe V. las personas que asistían entonces y las que hoy van, cuando yo, ni pregunté cuando me lo ofrecieron, ni lo he preguntado ahora?

—Pues, ahí verás. Desengáñate, Pepe; yo sé todo, pero todo cuanto me conviene saber.

—En fin, V. dirá.

—Ya lo sabes; puedes decir á Montes que te presente cuando quiera, en esa casa.

—¿Dice V. que sabe quién asiste á ella?

—Sí.

—¿Tiene V. alguna persona determinada á la cual haya que jugarle algún timo?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, dígame V....

—Allí encontrarás un médico de gran fama, el doctor Olavega.

—Le conozco.

—Es rico y tiene dos hijas.

—Muy guapa, una de ellas; Carmencita, creo que se llama.

—Pues á esa te has de dirigir.

—¡Emilio!

—Por eso te he dicho que ahora podías ya asistir á esas reuniones.

La mirada de José Miramar se fijó con expresión interrogadora en el semblante de su interlocutor.

Este permaneció silencioso durante un buen espacio, como si esperase la pregunta que Pepe había de hacerle.

Pero el joven no preguntó nada.

Expresando en su rostro el asombro, miraba á su maestro, sin decir nada.

Por fin, Emilio rompió el silencio.

—Parece que te sorprende lo que te he dicho.

—Es natural. ¿Qué tengo yo que ver con esa joven, ni qué me importa que sea rica ó pobre?

—¡Que eso diga un hombre como tú!

—Si V. no se explica...

—¿No es ella soltera?

—Así he oído.

—¿No eres tú soltero también, rico, de buena posición y con todas las condiciones necesarias para ser querido?

—Pero Emilio, ¿dónde va V. á parar?

—A que te cases con la hija del médico, redondeando de esta manera tu posición.





CAPÍTULO XXXIV

El proyecto matrimonial

Esta vez, la sorpresa de Pepe ya no conoció límites.

Durante un breve espacio permaneció sin atreverse á decir nada.

Emilio exclamó:

—Pero chico, ¡no parece sino que he dicho algún disparate!

—¡Que yo me case con Carmen! ¿Acaso es eso tan fácil?

—Sí, hombre, sí; más fácil de lo que te imaginas. Cuando un hombre se propone una cosa, si pone verdadero empeño en ello, ten la seguridad de que lo consigue.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que vamos ganando con ese casamiento? ¿qué va á ser entonces de Luisa? No, Emilio, no; hay cosas que ni pueden ni deben ser.

—Si tú no estás conforme, ya es distinto; pero te advierto que por poder realizarse, ¡ya lo creo!

—No lo comprendo.

—Luisa puede seguir lo mismo que hasta ahora.

—Pero yo casado...

—Tienes la esposa de lujo, y la querida, como hacen otros muchos.

—Eso es imposible; Luisa sería capaz de armar un escándalo.

—Según y cómo; todo es cuestión de saber manejar el asunto. Tú debes comprender toda la importancia que te daría el casamiento con Carmen. Su padre está divinamente relacionado, tiene un nombre, y esa aureola, desengáñate, que también le alcanza á su hija.

—Pero ¿y si no me quiere?

—Eso, permíteme que te diga que dependería de ti.

Pepe estuvo reflexionando durante algunos momentos.

Matasanz no quiso interrumpir sus meditaciones.

En primer lugar, porque comprendía que el asunto de que se trataba, era realmente bastante serio y necesitaba pensarse, y en segundo, porque tampoco era cuestión del momento.

Aquel hombre que en todo estaba, cuya imaginación concebía multitud de proyectos que cuando los llevaba á la práctica ya los tenía realmente meditados, naciendo tal vez de esto el que hasta entonces hubiera conseguido escapar á la acción de la justicia, en aquel momento no había hecho sino explanar una idea muy meditada y de la cual esperaba sacar gran partido para el porvenir.

—Tú no tienes que hacer,—dijo al cabo de un rato,—sino pensar en lo que para ti significa ese casamiento. En primer lugar, el nombre que te da tu suegro; después, la respetabilidad del hombre casado y todas las condiciones que lleva

consigo la buena dote de la esposa y el capital que tú aportas. ¿A quién puede ocurrírsele que el yerno de ese célebre doctor, que ha conseguido un autógrafo del banquero *A* ó *B*, sea el autor de una falsificación de aquella misma firma? Merced á esa posición que ocupas, te relacionas con la alta sociedad, intimas relaciones con los que juzgues que puedan convenirnos para nuestro propósito, y, sin exponerte á nada, sin que te puedan exigir la menor responsabilidad, hete aquí que al cabo de algún tiempo te encuentras con una posición envidiable.

—Pero Luisa...

—Luisa es la amiga de siempre. Ya debe comprender que no te habrías de casar con ella; por lo tanto, no puede extrañarla el paso que vas á dar, con mayor motivo cuando ha de seguir ocupando en tu corazón, el mismo lugar que hasta ahora.

—Permítame V. que le diga, que esto tiene algo de la fábula de la lechera. Estamos hablando de una hipótesis, y nada más.

—Vuelvo á repetirte que conozco el mundo más que tú, y cuando te digo que Carmen será tu esposa, si te empeñas en que lo sea, estoy en lo cierto. No hagas si no dejarte querer, y verás como todo marcha por sus pasos contados.

—Siempre encontraré un punto negro, que no sé cómo desvanecerle.

—¿Cuál?

—Luisa.

—Ya se conformará.

—Lo que es yo, no se lo digo.

—Ni es necesario.

—¡Cómo! ¿Quiere V. que se verifique el casamiento sin que ella lo sepa?

—No, hombre, no.

—Pues entonces...

—Seré yo quien se lo participe.

—¿Usted?

—Ó, cuando menos, iré preparándola, á fin de que tú puedas despejar la incógnita, con la menor violencia posible.

—En fin, si es empeño que V. tiene...

—Es empeño por tu propio bien; por el nuestro, mejor dicho. Es un jalón que plantamos en nuestro camino para que nos ayude á determinar nuestra marcha.

—Está bien. Yo pensaré.

—Sí, hombre, sí; reflexiona todo cuanto quieras que no tenemos prisa, pero no dejes de hacer que tu amigo te presente en esa casa y, sobre todo, empieza desde luego á preparar el terreno respecto á Carmencita.

***

Pepe regresó á su casa un tanto preocupado.

No se le oscurecía, que en realidad el plan de Emilio, era excelente.

El aseguraba una posición, y ¡quién sabe! si convertido en hombre de negocios, algún dia abandonaba aquella vida y podia dedicarse exclusivamente á vivir de sus rentas.

Pero al mismo tiempo le era también muy costoso renunciar á Luisa, que cada día estaba más hermosa, y que por el amor que le tenia, había aceptado la existencia que llevaba.

Por supuesto que la joven era ya materia dispuesta para todo lo peor, según se la ha podido juzgar desde el principio, pero Pepe había ido apasionándose por ella y en aquellos momentos realmente la quería.

La joven no tardó en advertir la preocupación de su amante.

—¿Qué tienes?—le dijo.

—Nada,—le contestó Miramar.—¿Qué quieres que tenga? ¿Crees acaso que está uno dispuesto á reirse siempre?

—¡Mala hierba has pisado, Pepe! Bien se conoce que has ido con Emilio.

—Lo que no comprendo es la antipatía que le has tomado. ¡Cómo si no hubiese hecho nada por nosotros!

—También nosotros hemos hecho por él. Yo no le tengo antipatía. Estoy quejosa por la falta de confianza que tiene con nosotros.

—Pero si es ese su carácter y su manera de ser, no sé por qué has de sorprenderte.

—Vamos, más vale así, que tengas tan poco amor propio, que no te ofendas por nada.

—Mira, Luisa, tengamos la fiesta en paz y no me hables más de Emilio. No tengo humor para escuchar tonterías.

—Pues hijo, valía más que no hubieses salido, si habías de volver así.

—Si me estás buscando la lengua...

—¡Cualquier cosa!

Y por la primera vez, desde que habían entrado en relaciones, permanecieron los dos jóvenes algunas horas sin dirigirse la palabra.

Al día siguiente, Pepe hizo que su amigo Montes le presentara en la reunión que le ofreciera.

Al ver Luisa que se vestía tan elegante, le dijo:

—¡Qué es eso! ¿Dónde vas tan compuesto?

—A una reunión.

—¡Hola! ¿Ya empezamos á frecuentar la buena sociedad?

Supongo que irás con Emilio y el famoso americano don Domingo.

—No, por cierto; voy solo.

—Vamos, te vas á divertir. Haces bien,—prosiguió Luisa, con un acento lleno de ironía.—Aquí está, la que te aguardará hasta que vuelvas. Y en esa reunión habrá sin duda señoras. Allí estarás en tu centro. Pues mira, hijo,—continuó, cada vez más irritada viendo que Pepe nada la decía y seguía arreglándose para marchar;—como yo sepa que le haces el amor á otra mujer, entonces verás quién soy yo.

—Vaya, Luisa, tengamos la fiesta en paz y no me obligues á que te diga lo que jamás te habría dicho. Voy donde quiero y hago lo que mejor me parece. Con vosotras, es mucho peor el portarse bien. En lo sucesivo sabré como debo obrar.

—Y yo también.

Inútil es decir que el disgusto de aquella noche duró por espacio de dos días, y que la mala impresión que Pepe había llevado al dirigirse á la reunión, le hizo apreciar doblemente las bellísimas dotes que adornaban á Carmen, cuya educación distinguida contrastaba notablemente con las genialidades de Luisa.

* * *

Entretanto, Emilio continuaba la línea de conducta que se había trazado con el americano, y precisamente al día inmediato al de la violenta escena entre Luisa y Pepe, salió á paseo con su amigo, diciéndole:

—¿Dónde quiere V. que vayamos esta tarde?

—A donde guste; ya sabe, amigo, que me dejo guiar por usted en todo y por todo.

—Y yo temo á cada momento que se disguste por seguir mi inspiración.

—Pero, hombre, si de antemano me conformo, ¿por qué he de disgustarme después?

—Deseo que sea V. quien diga lo que debemos hacer hoy.

—Pues vamos al Parque, si á V. le parece.

—Sí, señor. Justo es que tenga V. iniciativa y no sea yo quien lo disponga.

Los dos amigos se dirigieron hacia el punto que había indicado el americano, y poco á poco, engolfados en su conversación, penetraron en uno de los paseos menos frecuentados.

Precisamente, aquella misma tarde estaba Emilio más locuaz y su conversación tenía mayores encantos que ningún otro día.

De pronto dijo el americano:

—¡Calle! ¿qué es esto?

Y sus ojos se fijaron en una cartera que había en el suelo á corta distancia de ellos.

—¡Una cartera!—dijo Emilio.

—Así parece.

—Alguno que habrá pasado por aquí y la habrá perdido. ¡Bueno estará el hombre si en la cartera llevaba algo de interés!

—Veamos.

Y Emilio se bajó, cogió la cartera y exclamó:

—¡Demonio! sí que pesa un poco.

—Veamos si en la cartera hay algo que pueda darnos indicio respecto á su dueño. Si no, se la dejaremos á uno de los guardas de estos jardines, por si la reclama el que la perdió.

Abrió Emilio la cartera y su amigo no pudo menos de decir:

—¡Cáspita! ¡Menudo paquete de billetes de Banco! Como estará la persona á quien pertenezca todo esto.

—¿Sabe V. cuánto hay aquí?—dijo Matasanz que estuvo contando los billetes;—pues hay tres mil quinientas veinticinco pesetas. No debe ser ningún pelele el que la llevaba.

—Parece que hay tarjetas, y una carta.

—Y la cédula de vecindad también,—prosiguió Emilio.—Vamos á ver si descubrimos al dueño de esta cartera.

—El sobre dice, D. Ruperto Gandia; el mismo nombre que hay aquí, en las tarjetas.

—Y en ellas están las señas de donde vive. En una fonda, en Gracia.

Y los dos individuos registraron la cartera, diciendo después Domingo:

—Veamos esa carta que dice.

Emilio la sacó del sobre y leyó lo siguiente:

«Querido hermano:

»He tenido que pagar lo que han querido, para conseguir que eche uno de los carceleros esta carta al correo.

»Sigo en la cárcel, pero no tengas cuidado que no he dicho nada, ni diré, respecto á tí.

»Procura despachar esa pedreria adoptando todas las precauciones necesarias, y como yo saldré pronto de la cárcel, puesto que ningún cargo me pueden hacer, nos reuniremos en esa, ó en Marsella.

»Estate tranquilo, que tu hermano ya sabe lo que ha de hacer.

»FELICIANO.»



CAPITULO XXXV

Los preparativos del timo

A la lectura de la carta anterior siguieron algunos minutos de silencio.

Los dos amigos miraban la carta, después fijaban la vista en la cartera, y permanecían como si no supieran qué resolver.

De pronto, un individuo que salió de una alameda inmediata pasó por el lado de Emilio y cambió con éste una mirada.

Era el *gancho*, según la tecnologia criminal, que habia dejado caer la cartera al ver que se aproximaban Domingo y Emilio.

Porque, como se comprenderá perfectamente, el encuentro de la cartera no había sido casual ni mucho menos.

—¿Y qué hacemos con esto?—dijo el americano, una vez

se hubo alejado el individuo de quien dejamos hecha referencia.

—Yo estaba,—dijo Emilio,—porque entregásemos esta cartera á los guardas, contando en su presencia el dinero, y anunciándolo mañana en los periódicos.

—Sí, pero eso no deja de ofrecer también sus inconvenientes. ¿Por qué no hacemos otra cosa?

—Usted dirá.

—Ese hombre, es decir, el dueño de la cartera, debe estar desesperado en estos momentos.

—¡Ya lo creo!, una cantidad así no es ningún grano de anís. ¡Qué gran cosa sería que nos presentáramos en su casa, y!...

—Precisamente, es lo que iba á decirle á V. Pues que sabemos dónde pára ese señor, ningún trabajo nos cuesta ir á su casa y darle esta alegría.

—El caso es,—dijo Emilio, que como van viendo nuestros lectores, iba poco á poco haciendo que el americano respondiera á lo que se había propuesto,—que, según se desprende de esta carta, parece que aquí hay algo anormal; no sea que este hombre vaya á creerse...

—¿Y qué puede creer de nosotros? ¿Acaso vamos á engañarle? ¿Puede suponer que pretendamos explotar su situación? Por ningún estilo, todavía debe darnos gracias.

—¿Sabe V. que la pedrería, si es buena, debe ser un gran negocio?

—Sí, debe serlo, pero como yo no entiendo de esas cosas...

—¡Oh!, ni yo tampoco. ¿De modo que V. cree lo más conveniente, que nos vayamos á Gracia, á la fonda donde habita ese hombre?

—Sí, señor.

—Por supuesto, que no es presumible que él esté en la

fonda ahora. Andará revolviendo Roma con Santiago, por ver si encuentra la dichosa cartera.

—En último caso, le dejaríamos un recado para que viniera á casa.

—Nada, nada; corriente, vamos á tomar un carruaje, y que nos conduzca á Gracia.

—¡Buena sorpresa le vamos á dar!

—¿Por qué?

—Porque él se creería ya perdida la cartera.

—Como que es una cantidad muy golosa la que ella encierra.

Emilio se dirigió á una parada de carruajes, dió al cochero del que tomaron, las señas que había en la carta, y poco después estaban en Gracia.

—Pues señor, vamos á ver si tenemos la buena suerte de encontrar á este caballero,—dijo Domingo.

Emilio preguntó en la fonda por la persona á quien iba dirigida la carta y le contestaron:

—En el segundo piso, número 15. Precisamente hace un momento que ha llegado de la calle.

—Suerte hemos tenido,—dijo Domingo.

—¡Ya lo creo! Tal vez no haya echado todavía de menos el objeto perdido.

—Bien podría ser. Hay personas tan descuidadas...

Conforme iban hablando, subieron al piso indicado, llegaron á la puerta del cuarto, señalado con el número 15, y dieron un golpe en ella.

É inmediatamente dijo una voz:

—¡Adelante!

Dado el permiso, los dos amigos abrieron la puerta y penetraron en la estancia.

*
* *

Sentado en una butaca y con todas las señales del más profundo dolor, retratadas en el rostro, había un individuo que no era otro que Marcelino, pero tan perfectamente desfigurado que difícilmente, aun sus más íntimos amigos, le hubieran reconocido.

Al ver á los recién llegados, su semblante expresó la sorpresa y después el azoramiento.

Incorporóse en la butaca, y con voz balbuciente, dijo:

—¡Señores!... Dispensen Vdes. si...

—Nada de alterarse; no le sorprenda nuestra presencia, —contestó Flores,—no tratamos de hacerle daño alguno.

—¡A mí! ¿Por qué? Lo único que deseo saber de Vdes. es en qué puedo servirles.

—En nada, por ahora,—dijo Emilio;—por el contrario, nosotros somos los que presumo que hemos de prestarle algún servicio.

—Tomen Vdes. asiento, y me dirán...

—Vamos á ver,—dijo el americano, dejando el sombrero sobre una silla.—¿Ha estado V. esta tarde en el Parque?

Ruperto, pues ya sabemos que bajo este nombre se conocía en la fonda á Marcelino, fingió el mayor asombro, no exento por cierto de inquietud, y repuso:

—Sí, señores. Pero ¿con qué objeto me hacen esa pregunta?

—Volvemos á repetirle que se tranquilice; no pretendemos hacerle daño alguno. ¿Ha perdido V. algo en su paseo?

—¡Dios mío! ¿Sería posible? ¿Acaso han encontrado ustedes mi cartera?

Y Marcelino fingió tan admirablemente la ansiedad, [illegible]

alegría, la zozobra, hasta conocer la verdad, que Flores no pudo menos de decir:

—Vaya, amigo, no quiero que permanezca más tiempo con la duda. Sí, señor; la cartera la tenemos nosotros.

—Es decir,—añadió Emilio,—en nuestro poder obra una cartera que hemos encontrado en el Parque; díganos V. lo que contenía la suya, y veremos si es la misma.

—En la mía había tres mil quinientas veinticinco pesetas en billetes, una carta de un hermano mío, mi cédula de vecindad, tarjetas y...

—Justo, justo,—repuso el americano.—Eso es.

—Permítame V., amigo Flores,—dijo Matasanz.—¿Qué decía la carta?—prosiguió, dirigiéndose á Marcelino.

—Pero hombre...

—Usted debe recordarlo. ¿No es así?

—Sí, señor. Pero...

—Tenga V. confianza en nosotros, que ya puede comprender que no hemos querido aprovecharnos del dinero que había en la cartera, cuando se lo guardamos intacto. La formalidad exige que tomemos todas estas precauciones.

—Miren Vdes., señores,—contestó Marcelino, como quien se resuelve á hacer una penosa confesión.—Yo les diré toda la verdad; pero les ruego que no me comprometan.

—¡Quiere V. callar! Si tal pretendiésemos, me parece que bien hubiésemos podido hacerlo.

—Un hermano mío, el que me escribe esa carta, vino hace poco de Río Janeiro y se trajo una buena pacotilla de piedras preciosas. Vendió en Cádiz algunos brillantes; los joyeros, al ver á los precios que los dábamos, concibieron sospechas, dieron parte á la autoridad y... gracias que lo pude saber á tiempo y avisé á mi hermano. Éste me confió la mayor parte de la pedrería, encargándome que viniese aquí,

donde él se me reuniría á la mayor brevedad. Yo salí de Cádiz, vine aquí y supe al dia siguiente de mi llegada, por carta que me escribió mi cuñada, que habían preso á mi hermano. ¡Juzguen Vdes. mi angustia y mi temor! Ayer recibí esa carta de mi hermano y hoy salí para ver si podía colocar algunas piedras, como efectivamente así lo hice, y el dinero que llevaba en la cartera no era más que el producto de la venta de dos brillantes. Ahora ya lo saben Vdes. todo; dueños son de mi secreto. ¡Ojalá que pudiese vender todas esas piedras por lo que me quisieran dar, para marcharme á Francia con el dinero y esperar allí que mi hermano recobrara la libertad!

—Está bien; aquí tiene V. su cartera,—dijo Flores, sacándola del bolsillo.—Vea si tiene el dinero que llevaba en ella.

—Gracias, señores, gracias. ¿Cómo podré pagarles todo el bien que me han hecho?

—De ningún modo,—repuso Emilio.—Ya estamos suficientemente pagados con haberle devuelto lo que era suyo.

—Pero debo añadirle,—dijo Flores,—que tenga V. mucho cuidado con perder otra vez esa cartera y, sobre todo, evite llevar en ella carta alguna; porque si, conforme ha dado con nosotros, cae en poder de algún agente de la autoridad, ya comprenderá lo qué podía sucederle.

—¡No lo quiero pensar!

—Y esa pedrería,—dijo Emilio,—¿es realmente tan buena como V. supone?

—Debe serlo,—añadió Flores,—si por dos brillantes, que yo supongo no serán de los mejores, han dado los plateros catorce mil reales.

—Como que en vista de lo que han hecho Vdes. conmigo, yo no debo tener secreto alguno, voy á enseñarles el tesoro que he traido conmigo.

—No, no,—dijo Emilio;—como nosotros no lo hemos de comprar, es inútil que lo enseñe.

—Déjelo, amigo, déjelo,—repuso Flores,—con eso recrearemos la vista.

—Como V. quiera. Por mi parte no tengo empeño alguno.

Marcelino se levantó de su asiento, cogió el gabán que estaba colgado en la percha, buscó entre el forro y estrajo una cajita de hierro que mostró á los dos amigos, diciendo:

—Esto es una cosa que deslumbra.

Aquella caja era la misma que Matasanz había mostrado á Marcelino en su casa.

Apretó éste el muelle y efectivamente, los torrentes de luz que brotaron de las piedras obligaron á Domingo, en el primer momento, á cerrar los ojos.

—¡Hermosos brillantes!—dijo Emilio.—¡Mire V. Flores, mire V. qué luces, qué pureza!

—¿Pues y estas esmeraldas?

—Preciosas, amigo, preciosas. Ya tiene V. razón al decir que se trata de un tesoro.

—Si se lo pagasen en su verdadero valor...

—Esa es la cuestión. Que tengo que darle por lo que quieran. Después de todo, si he de hablarles con franqueza, tengo miedo de ir con esto por el mundo. Ya sé yo que en Francia ó en Inglaterra podría haber hecho mejor negocio, pero ¿y si me dan un mal golpe y lo pierdo todo?

—Tiene V. razón.

—He ahí una riqueza peligrosa,—repuso Flores.

—Y tan peligrosa.

Emilio volvió á mirar las piedras y dijo:

—Vaya, vaya, guárdelas V. porque no es conveniente que nadie sepa...

—Por esa razón tengo que llevarlas siempre conmigo, como Vdes. ven.

—Que ya es otra pejiguera.

—Soy esclavo de este mismo tesoro.

*
* *

Cuando Emilio y el americano salieron de la fonda, después de haber prometido el primero que vería si alguno de sus amigos se quedaba con un juego de brillantes, y que ya le avisaría, uno y otro iban un tanto preocupados por la riqueza que á su vista se había ofrecido.

—¿Qué le ha parecido á V. eso?—dijo Matasanz á su compañero.

—Que por nada del mundo quisiera tener en mi poder esa caja.

—¿También le tiene miedo?

—Amigo, es muy comprometido. La menor sospecha basta para que le den á uno una puñalada y le roben y... Nada, que no lo quisiera.

—Pues crea V. que se podría hacer un gran negocio, con esa pedrería.

—¿Un negocio dice V.?

—¡Ya lo creo! A ese hombre lo que le conviene es deshacerse cuanto antes de ese fardo tan pesado y tan peligroso, y si hubiera quien se lo comprara en conjunto, sería fácil que lo vendiera.

—Ya, pero querrá mucho dinero.

—¡Quién sabe!

—En la proporción de que por dos piedras solas le han dado setecientos duros...

—Lo que ha de decir V. es que nosotros no somos nego-

ciantes ni mucho menos; pero de otro modo, ya creo que le sacaríamos esa caja por muy poco.

—Creo que se hace ilusiones y que ese hombre no venderá tan barato como cree.

—En fin, como no lo hemos de hacer, dejémoslo estar. Yo veré entre mis amigos si puedo colocarle algunos brillantes y sabremos qué precio les pone.





CAPÍTULO XXXVI

Tres días después

Emilio estaba obrando con una habilidad extraordinaria, haciendo entrar en ganas al americano, sin que jamás éste pudiera decirle que él le aconsejara nada.

Afectando indiferencia unas veces, interés otras, y desconfianza en muchas, consiguió que Domingo Flores dijese á los dos días:

—¿Y qué? ¿Ha conseguido V. colocar entre sus amigos alguna pedrería?

—Hombre, sí. Precisamente hoy he de ir á Gracia, á ver á don Ruperto.

—Iremos juntos ¿eh?

—Si V. quiere acompañarme...

—Eso no se dice. Ya sabe que voy con mucho gusto donde quiera que V. vaya.

—Mil gracias.

—Además, me interesa ese hombre.

—Y á mí también. Sentiría que le sucediese algo desagradable.

—Que le sucederá indudablemente, porque me parece que el tal Ruperto, no tiene todo lo de Salomón.

—Es una verdad. Veremos cuánto quiere por esos brillantes, y si es conveniencia...

—¡Oh! conveniencia será siempre. Digo, tomando por base lo que nos dijo, que le dieron por los otros.

—Desde luego. Ya ve V., estos que llevo yo en la camisa, que no son ni con mucho lo que aquellos, me cuestan cinco mil pesetas.

—Es que esos son muy hermosos y después las monturas...

—De todas maneras...

—Ya se sabe que los plateros ponen unos precios fabulosos. Esta sortija ¿cuánto diría V. que me costó en Nueva-York?

—Lo menos le costó quinientos duros.

—Seiscientos, amigo, seiscientos. Por eso juzgo que el valor de las piedras que tiene ese hombre, ha de ser muy grande.

—Sí; unos cincuenta mil pesos. Eso creo yo.

—Pues si las puede realizar...

—¡Cá! Imposible. En las condiciones en que tiene que vender, acuérdese V. de lo que le digo, ni veinte mil duros saca.

—No diga eso, amigo; sería tirarlos á la calle.

—Usted lo verá, repito.

Hablando así, Emilio y el americano se dirigieron hacia Gracia.

*
* *

Marcelino habia recibido oportuno aviso de Emilio, por medio de Pepe, respecto á la hora en que iría.

Así fué que estaba esperándole.

—¡Tanto bueno por aquí!—dijo al ver á los dos amigos.—No sé cómo podré corresponder al afecto que me demuestran.

—Vamos, vamos á tratar de nuestro asunto, que es lo que importa,—dijo Emilio.

—Pero amigo,—añadió Flores dirigiéndose á su compañero,—no vaya tan deprisa, que no nos corre nadie. Primero que nos diga don Ruperto si ha hecho alguna cosa.

—Mucho me alegraré; pero como yo soy muy franco, lo único que me interesa es lo que verdaderamente me ha traído aquí.

—Conque diga, diga, ¿se ha hecho algún negocio?

—¡Cá!, no señor. ¿Cuánto dirán Vdes. que han tenido valor de ofrecerme por seis brillantes?

—Vaya V. á saber.

—No parece sino que uno los ha robado. Han tenido cara para decirme que me los pagarian á dos mil quinientos reales cada uno.

—Pero amigo,—exclamó Domingo escandalizado de lo que oia,—¡si eso parece increible! Ya ve V., el de mi sortija, que no tiene tanto peso, ya me cuesta mucho, pero mucho más, que lo ofrecido por cada uno de los suyos.

—¿Y qué le voy á hacer?

—Eso mismo se lo estaba diciendo á don Domingo. No sacará V. ni la tercera parte de lo que vale toda esa pedrería.

—¡Qué he de sacar! Hoy he pensado si podría colocar toda la caja, en dos ó tres personas. Tengo en ella ciento veinticinco brillantes, cincuenta esmeraldas, cuarenta y cinco amatistas, veinte rubíes y treinta brillantes rosas; pero, según lo que ya he visto, van á ofrecerme una bicoca, y ¿cómo le digo yo á mi hermano y cómo le hago creer, que no me han dado sino dieciséis ó diecisiete mil duros?

—Ya se ve que nadie lo creería.

—Pues ya lo ven Vdes.

—Dígame V., Ruperto, —dijo Emilio interrumpiendo al vendedor;—¿cuánto me llevará V. por un juego de pechera, botón de cuello y gemelos? Le advierto que se trata de un amigo mío, á quien he hablado de ello.

—Pues mire V. Póngale V. mismo el precio.

—¡Quiere V. callar!

—Me parece que no he dicho ningún disparate.

—No señor, pero eso no lo hará nunca mi compañero ni yo. Usted sabe el valor que tiene su mercancía y...

—Ya, ni le sé siquiera.

—De todos modos, es cuestión puramente de V. Diga lo que quiera, que así se lo diré á mi amigo.

—Como no ha visto las piedras...

—Ya lé he dicho que son unos brillantes por el mismo estilo que estos, que llevo yo en la pechera.

—Sí, así serán;—dijo Ruperto mirándolos.

—Pues nada; dígame el precio.

Ruperto estuvo vacilando durante algunos segundos. Después dijo:

—Hagamos otra cosa.

—¿Qué?

—Para que no sea, ni la de V. ni la mía.

—Explíquese.

—Yo le daré á V. los seis brillantes. Se va con ellos á la joyería y le dirán lo que por ellos se puede dar.

—Eso ya me parece mejor; pero siempre y cuando V. nos acompañe.

—¿Para qué?

—¡Hombre! Es lo natural.

—¿Acaso no tengo en Vdes. toda la confianza que se merecen?

—No importa. Nosotros agradecemos toda esa confianza que nos demuestra, pero no podemos aceptarla, en este caso al menos. ¿Digo bien, Domingo?

—Sí señor.

—No me hagan Vdes. ir de nuevo á ver á los plateros. Precisamente hoy no me encuentro muy bien y ya he venido á casa con el propósito de no salir de ella.

—Pues amigo mío,—repuso Emilio,— nosotros no queremos cargar con la responsabilidad de llevar encima unos valores que no son nuestros. Conque así...

—Vaya, vaya, elija V. las piedras que quiera, y no hablemos más del asunto.

Al decir esto, Marcelino sacó la cajita, la abrió, y se la mostró á Emilio y al americano.

—¡Son hermosos!—dijo éste.

—¡Es que no sabe uno cuál elegir! ¡Mire V., Flores, mire usted qué luces, qué nitidez! ¡Es una colección preciosa!

—Verdaderamente deslumbradora.

—Ruperto, V. mismo elíjame los tres para la pechera, que sean iguales, el del cuello que ha de ser un poco mayor y los de los puños.

—Mejor lo hará V. mismo.

—Le digo que no sé cuáles escoger; V. que los tiene más conocidos, lo hará sin dificultad alguna.

—Como quiera.

Poco después Ruperto mostraba á Emilio tres brillantes de una forma semejante y otros tres un poco más grandes.

—Aquí tiene V. lo que desea,—dijo.

—Perfectamente, — repuso Emilio; — ahora dígame su precio.

—Ya le he dicho, que para Vdes. no lo he de poner. Que el diamantista lo haga.

—Pero ¡hombre, por Dios! que no quiero...

—Será inútil cuanto diga.

Al ver la decisión de Ruperto, dijo el americano:

—¡Vaya! pues no habrá más remedio que acceder á su deseo.

—Pero dejando á Ruperto,—dijo Emilio,—una cantidad, si no equivalente al valor de estas piedras, por lo menos, que signifique la formalidad con que yo acostumbro á tratar asuntos de esta importancia.

—¿Qué quiere V. decir?—exclamó Ruperto al ver que Emilio echaba mano á la cartera que llevaba en el bolsillo.

—Ahora lo verá V.

—¿Pero es que va V. á darme alguna cosa?

—Sí, señor.

Y sacó varios billetes de Banco, diciendo: Aquí tiene usted dos mil pesetas, que ya sé no es ni mucho menos, lo que valen estos brillantes, pero así yo me voy muy tranquilo.

—Permítame V., caballero. No puedo ni debo aceptar ese dinero. ¡No faltaba más!

—Mi amigo ha hecho perfectamente, y si es necesario, yo añadiré también...

—¡Señores, por Dios! Así me van Vdes. á obligar á que les acompañe, porque es bochornoso para mí semejante depósito de metálico.

Por fin, después de mucho insistir los unos y de negarse el otro, Emilio y Flores salieron de la fonda, dejando allí las dos mil pesetas del primero.

Una vez en la calle, dijo Matasanz:

—Ya lo ha visto V. Ese hombre tiene una fortuna que la va á dar por nada.

—Y de la que se aprovecharán miserablemente los plateros á quienes venda la pedrería.

—Ahora veremos lo que realmente valen estos brillantes.

—Desde luego. Pero si le preguntamos al joyero, cuánto daría por comprarlos, de fijo que no nos ofrece ni la mitad de su valor.

—Seguramente.

Cuando llegaron á Barcelona, se dirigieron á la calle de Fernando.

* * *

Entraron en una de las principales joyerías, y Matasanz le mostró las joyas.

El platero no pudo menos de decir:

—¡Preciosos brillantes!

—¿Verdad que lo son?—dijo Flores.—Hay en ellos una limpieza, unas luces que maravilla.

—¡Buenos, muy buenos! Y lo que más me asombra,—prosiguió el joyero,—es la igualdad con que están tallados.

—Vamos á ver,—dijo Emilio,—¿qué valor cree V. que pueden tener?

—Ahora la pedrería ha bajado bastante, pero de todos modos, según lo que creo deben pesar, no se puede dar cada uno de estos pequeños, por menos de mil quinientas pesetas.

—¿Y estos más gruesos?

—Lo menos dos mil quinientas. Ahora lo precisaremos mejor.

El joyero hizo sus pruebas, pesó las piedras, y dijo después:

—No he marrado mucho. Cada uno de estos valen mil quinientas sesenta y dos pesetas, y estos otros tres más gruesos, dos mil nuevecientas sesenta y tres uno de ellos; vamos, para que sea cuenta redonda, siete mil es lo que pueden ustedes dar y todavía saldrán gananciosos.

—¿Y si V. los hubiera de comprar?

—¡Oh! si se tratara de mí, ya sería distinto, porque comprenderán Vdes. que debo buscar la ganancia, el tiempo que habría de tener el género sin darle salida, en fin, una porción de contingencias que el buen comerciante debe tener muy presentes.

—Pero bien, V. ¿qué daría por estas piedras?

—Algunas diez mil pesetas. Pero esto no quiere decir que me convengan por ahora.

—No, no, ni nosotros tratamos tampoco de vendérselas, —repuso Flores.

Cuando salieron de la joyería, dijo Emilio á su compañero:

—¿Eh? ¿Qué le había yo dicho?

—Vamos, amigo, si no lo hubiera visto no lo hubiera creído jamás. Es atroz y ese pobre hombre va á ser víctima de esta gente.

—Desde luego. Y vea que se trata de un género que no tiene merma.

—¿Que va V. á decirle á ese amigo?...

—La verdad. Lo que el joyero me ha dicho que realmente vale.

—Pero ¿lo pagará?

—Sí señor. Mi amigo hará que su joyero las tase, y como los precios serán los mismos, entregará su dinero perfectamente.

—¿Y si no quisiera entregarlo?

—En ese caso, le devolvería las piedras. Por supuesto, que si yo tuviera aquí fondos suficientes, ya sé lo qué haría.

—¿Qué haría V.?

—Comprar á Ruperto toda la pedrería. Estoy seguro que con veinticinco mil duros que se le diesen, la daría. ¡Menudo negocio que se podría hacer en París y en Londres!

—¿Cree V. que se despacharía?

—Desde luego. Brillantes y rubíes como los que hay en aquella cajita, no los había visto hasta ahora.

Flores se llevó la mano á la frente, y permaneció silencioso durante un breve espacio.

Después dijo á su amigo:

—Yo no entiendo gran cosa de estos asuntos, pero si usted cree que se podría realizar una buena utilidad...

—¡Y tanto!

—¿Por qué no le dice V. algo á Ruperto?

—¿Qué he de decirle? Ya lo he pensado; pero yo no tengo aquí sino unos cinco mil duros, próximamente.

—Pero los tengo yo.

—¡Usted!

—Sí; aquí puedo disponer de veinte mil pesos.

—No sé si habría suficiente.

—Ha dicho V. que por veinticinco mil duros creía que podría alcanzarse de él...

—Sí señor. Estoy casi seguro.

—Entonces, no se apure V. Entre lo que yo tengo aquí y lo que V. puede disponer, se reune esa cantidad y se le dá.



CAPITULO XXXVII

La realización del timo

Emilio había ido tratando aquella cuestión de un modo que revelaba su profundo conocimiento de la persona á quien pretendía estafar.

Los hechos que venimos relatando, son esencialmente verídicos.

Lo único que en ellos existe de nuestra propia inventiva, son los accesorios, es decir, la forma en que están relatados.

Por razones fáciles de comprender, no hemos hecho si no alterar los nombres verdaderos, y los detalles, respecto á la marcha de los mismos acontecimientos.

En cuanto á lo demás, es de una veracidad completa.

Hemos tenido, por razón de nuestro cargo, que intervenir en algunos timos de esta especie, y podemos garantizarlo.

Emilio Matasanz, personaje esencialmente histórico, estaba dotado de una astucia y de una habilidad portentosa.

Diestramente fué preparándolo todo, y tan bien supo tender la red, que el americano, á pesar de toda su desconfianza y de sus prevenciones, cayó en ella por completo.

Emilio no dejó ver en su rostro la satisfacción que experimentaba.

Habría sido venderse, y conocía muy bien el terreno que pisaba.

—Vamos, vamos,—dijo,—reflexiónelo V. bien, don Domingo, que estas cosas se deben pensar un poco.

—¿Que se han de pensar? ¿Vale ó no, esa pedrería, lo que usted ha dicho, y nos ha asegurado el diamantista con quien acabamos de hablar?

—Desde luego.

—Entonces, no exponemos nuestro dinero. Lo único que hacemos es cambiarlo.

—De todas maneras, no teniendo V. aquí más capital que el que me ha indicado...

—Puedo realizarlo, aun cuando fuera vendiendo con pérdida esa pedrería.

—Es decir, que V...

—Estoy dispuesto á jugar mi capital en ese albur, que me parece debe salir bien.

—Yo tal creo.

—¿Entonces?...

—Es que yo tendría siempre sobre mí, que á V. le sucediera cualquier percance.

—No sé por qué. Ó las piedras son buenas, ó no lo son.

—Ya lo ha visto V.

—Por lo mismo; para que otros se lleven esa ganga, vale mucho más que nos la comamos nosotros.

—En eso ya tiene V. razón. Pero el caso es, como le he dicho, que yo no tengo aquí más que unos cinco mil duros.

—Es suficiente, pudiendo yo disponer de veinte mil.

—En ese caso, lo que V. quiera.

—Pero le parece á V. buen negocio. ¿Si ó no?

—¡Quién lo duda!

—Pues vamos á hacerle, á la par que á ese pobre hombre le haremos también un favor.

* * *

Emilio tenía que hacer esfuerzos violentos para dominar la emoción que experimentaba, viendo el resultado feliz de todos sus cálculos.

Habia momentos en que contemplaba á Domingo, con ese orgullo con que generalmente se contempla aquello que nos es inferior, bien sea en el orden moral, bien en el material; desprecio vituperable siempre, pero al cual no sabe sobreponerse la flaca humanidad.

Todos los trabajos de Matasanz estaban demostrando, de un modo elocuente, lo que ya hemos repetido varias veces.

El conocimiento tan profundo adquirido respecto á la humanidad, y por ende, de cuantos defectos, pasiones, deformidades, vicios y bastardas aspiraciones la dominan.

—Denme Vdes.,—había dicho muchas veces,—un hombre sin ambición, y yo me convertiré en el sér más honrado de la tierra.

Y en apoyo de la tesis que sostenía, de que el hombre siempre tiene su lado vulnerable, que es el que se debe buscar para explotarle, decía:

—Aun aquél que crean Vdes. más honrado, el que toda su vida no ofrezca si no buenas acciones, vayan Vdes. y díganle que sus actos no inspiran admiración ni respeto, que se le juzga en la sociedad como un tonto y que se burlan de

él, y aquel hombre se sentirá mortificado inmediatamente fingirá despreciar la opinión pública, pretenderá reirse de ella, pero ya lleva clavado en el corazón el dardo de la ira por verse tan mal juzgado; y por demostrar á la sociedad que le llama tonto, que no lo es, se lanzará por el camino que uno quiera lanzarle. ¡Cuántos hemos visto,—proseguia,—que habiendo empezado su carrera por el mundo como bienhechores de la humanidad, han concluído, pretendiendo ser sus más crueles azotes!

Emilio había hecho grandes estudios referentes al corazón humano.

Para él la virtud, la honradez, la dignidad, el decoro, no eran en el hombre si no diversas capas que los años iban extendiendo sobre su corazón, lo mismo que con el transcurso de los siglos han ido formándose las diversas capas terrestres, siendo necesario oradar toda aquella masa para llegar á un verdadero conocimiento del corazón, de idéntica manera que debe oradarse el suelo para traspasar los terrenos cuaternario, terciario, etc., hasta llegar al primitivo.

Conocido el corazón, ya estaba seguro de encontrarle el lado vulnerable.

Matasanz opinaba que el corazón humano no era otra cosa que un piano cuyas notas daban sonidos distintos, según la situación en que estaban colocadas en el teclado, ó según la mano que las pulsaba; piano que tenía siempre una cuerda rota, que era la que se debía buscar.

Esta cuerda era precisamente el objeto de sus observaciones.

Unas veces esta cuerda era la vanidad, otras la envidia, la codicia, el amor, el placer, la ambición, el orgullo, la adulación, el egoísmo, y excitando cualquiera de estas pasiones

enía cuanto pudiera apetecer de la persona sujeta á tales
ilidades.

Fácil es de comprender que, pensando así, dotado de una
ravillosa fuerza de voluntad y de una cabeza inalterable,
ilio habría llegado á ser lo que era en realidad: un me-
ico terrible, que considerando á sus semejantes como ver-
leros autómatas, les hacía marchar por donde su ingenio
iera preconcebido.

Tal sucedió con el americano.

Le habia estudiado bien y vió que ni el amor, ni el juego,
a embriaguez, ni la ambición de honores, podían fasci-
le, y fué poco á poco y sin que él mismo pudiera darse
nta de ello, despertando su codicia.

Una vez en semejante terreno, ya era suyo.

* * *

El día siguiente amaneció para Emilio con más brillantez
color, que los anteriores.

Salió de su casa, bajo pretexto de ver á unos amigos suyos
si conseguía hacerles tomar algunas piedras, y se dirigió
busca de Pepe.

Éste habíase reconciliado ya con Luisa, y la joven prome-
á su amante no volverse á oponer á nada de lo que él de-
ra, ni á censurar la conducta de Matasanz.

En el momento en que llegó Emilio, Luisa estaba sola,
esto que Pepe hacía poco que había salido.

Matasanz mostrábase como disgustado, en términos que
isa hubo de decirle:

—¿Qué tiene V., don Emilio? ¿Van mal los negocios?

—No, mujer; los negocios van perfectamente, pero cuan-

do menos lo esperaba se nos viene encima una contraried
que no sé, francamente, como resolverla.

Para que una persona como Emilio, dijese estas palabr
realmente debia tener importancia el asunto; así fué que L
sa no pudo menos de inmutarse preguntando:

—¿Acaso han descubierto?...

—No, por ahora; pero pueden descubrirlo de un mome
to á otro.

—¿Se refiere V. á lo que hizo Pepe con aquel banquero?

—Ni por pienso. Ya supo obrar de modo que nada p
diera sucederle. Por Pepe se nos viene la casa encima, co
se dice vulgarmente, pero no se trata de eso.

—¡Cómo! ¿Que Pepe tiene la culpa de esa situación q
dice V.? ¡Ay! por Dios, don Emilio, dígame V. qué ocurre.

—No quisiera decírtelo, porque para tí ha de ser un gr
disgusto; pero hija, si no tengo otro remedio. Si entre tod
no salvamos este conflicto, ya podemos liar el petate y ver
podemos escapar.

—¡Válgame Dios!, don Emilio; hable V., hable V.

—Pepe no sabe nada hasta ahora, pero en cuanto lo se
estoy seguro que se pondrá hecho una furia. Y, sin embarg
él tiene la culpa, aun cuando inconscientemente.

Con todo esto, Emilio procuraba excitar la curiosidad d
Luisa, preparándola al mismo tiempo para que no la impre
sionase tanto la noticia que iba á recibir.

—¿Y también Pepe está amenazado?—dijo la joven.

—Como lo estamos todos.

—Pero ¿por qué?

—Hija mía, por una imprudencia nada más, pero impru
dencia que hoy se vuelve en contra suya y nuestra. A él pu
de costarle tal vez muy poco; á tí algo más, y á mi, no s
no puedo adivinar lo que me podrá suceder.

—De modo, que en ese caso ¿cree V. que quién saldrá
jor librado será él?

—Según y cómo. Vamos, como que tienes que saberlo tar-
ó temprano, vale más que estés preparada ya. Pepe, como
ne tan buena figura y es agradable y se hace simpático
a todo el mundo, antes de conocerte, frecuentaba algunas
niones, y en una de ellas conoció á una joven de muy bue-
familia y muy linda por cierto.

—¡Ah! vamos, ya comprendo; se trata de alguna con
en se enredó, y...

—Poco á poco, que el enredo fué más grave que todo eso.
e avanzó más de lo que debía, la joven se llegó á enamo-
de veras, él la hizo algunas confidencias, que no debió
erlas por ningún estilo, y, finalmente, cometió la impru-
cia de firmar un documento por el cual se comprometía
isarse con aquella joven.

—¡Ah, tunante!

—Él creyó salir del paso de aquel modo, y en realidad por
nomento, lo consiguió, porque el padre de la joven estaba
América y no había que temer su ingerencia.

—¿Y qué más? Acabe V., don Emilio, — exclamó Luisa
ndo que se había detenido su interlocutor.

—Ya verás. El padre se presentó en su casa cuando me-
se le podía esperar y se enteró del estado de su hija, de
cuanto había pasado, de las confidencias que Pepe, en
nentos de debilidad, había hecho á su amada, y hoy se
senta amenazador y exigente, diciendo, que si Pepe no se
a, va á dar parte, descubrirá la verdadera existencia del
uctor de su hija, y ya tú ves si el compromiso es gordo
a todos.

—Pero es que Pepe no se casará.

—Entonces irá á presidio.

—¡Dios mio!

—Y tú también, hija mia, tú también.

—¡Yo! ¿Por qué?

—En el mismo caso me encuentro.

—¡Usted!

—Todos, hija, todos. El tal señor se ha propuesto salv la honra de su hija ó castigar á su seductor, y ha empeza á hacer averiguaciones, y de ellas resulta que todos estam comprometidos como Pepe.

—Pues lo que yo le digo á V., es que no se casa.

—Calma, Luisa, calma, y no nos amontonemos. Aquí, y que no está Pepe y que podemos hablar con calma, habl mos y veamos de conciliarlo todo del mejor medio posibl

Buen espacio se llevaron hablando Emilio y Luisa.

Cuando terminó su entrevista, la joven estaba convencid

Matasanz poseía el dón de la persuasión, como ya hem dicho, y las razones que dió á la joven, la seguridad de q el amor de Pepe no le faltaría, y, sobre todo, la inminenc del peligro que en otro caso correría, la hicieron ceder.

***

Pepe llegó pocos momentos después de haber alcanza semejante resultado.

Al verle Emilio, le dijo:

—Has llegado á tiempo, porque tenemos que despach juntos una diligencia. Ya me iba á marchar, y hubiera se tido tener que volver para verte. Vente conmigo.

Una vez en la calle, le dijo cuanto habia pasado c Luisa, á fin de que estuvieran conformes.

—Pero ¿es decir,—exclamó Pepe,—que V. se ha propues casarme con esa joven?

—Ya te di mis razones; y sobre todo, me parece que el rtido no puede ser más ventajoso.

—No se lo niego. Carmen es muy guapa, y realmente no e puedo quejar de la acogida que me ha hecho.

—Pues adelante, y ahora ya tienes el camino expedito specto á Luisa.

—Mientras después no nos encontremos con que el padre Carmen se opone...

—No tengas cuidado. Cuando te he dicho que te lances, porque estaba seguro del éxito.

—Nada, nada, veo que se ha propuesto V. que yo cargue n la cruz del matrimonio.

—Ya tienes un Cirineo que te ayude á soportarla, Luisa; e parece que no ha de abandonarte, y, sobre todo, de tí pende saber sobrellevar bien la situación.

—Haré cuanto pueda, puesto que tiene V. tanto interés ello.

—El interés, querido Pepe, es recíproco. Quizás para tí a más beneficioso que para mí, este casamiento. De él sultará, más temprano ó más tarde, una víctima, que será mujer; pero, ¿qué importa? En la lucha por la vida, lo gico es que unos sucumban para que otros subsistan, y ue lloren unos para que otros gocen. En fin, eso ya está reglado. Ahora hablemos de mí.

—¿De V.?

—Sí, hombre; el americano suelta ya la mosca y es enester prevenirnos. Mañana ó pasado dará el dinero. Al a siguiente te presentas en casa, en ocasión que yo no esré, porque serán las doce cuando debes ir, y te muestras uy contrariado por no encontrarme. Flores te preguntará, tú le dices que temes que en mi casa de Valladolid haya ucedido alguna desgracia.

—Ya; prepararle á V. la salida de Barcelona para cuando se descubra el *timo.* ¿No es esto?

—Justamente. Escucha todo lo que debes hacer.

Y los dos amigos se llevaron un buen rato concertando la manera de despistar por completo, al desdichado don Domingo.





CAPITULO XXXVIII

Consummatum est

FÁCILMENTE se comprende que Marcelino se prestaría sin grandes dificultades á la venta de la pedrería.

Emilio, fingiendo no entrar á gusto en el negocio, hacía que el americano tuviera más deseos.

Afectando á cada momento desconfianzas nuevas, llevó á dos ó tres joyeros diferentes, piedras que siempre eran las mismas, pero que Marcelino las escamoteaba con una limpieza extraordinaria al entregarlas, dando para su examen las buenas que, como es consiguiente, no ofrecían dificultad alguna para su apreciación.

Domingo se mostraba complacido de la realización del negocio.

—He aquí,—decía,—por donde va á resultarme de un viaje de recreo, un viaje de utilidad. Porque es indudable, estas

piedras, vendidas en Paris y en Londres, resultarán doble que expendidas aquí. ¿No le parece, amigo?

—Sí, por cierto.

—Y V. no se mostraba dispuesto á hacer el negocio.

—No señor, lo confieso. En primer lugar, porque nunca me ha tentado la codicia, y en segundo, porque negocios que no entiendo, no me han gustado nunca. Sacándome de las lanas de mis ovejas ó de los trigos de mis haciendas de tierra de Campos, soy un zote en todo lo demás.

—También me sucede lo propio; pero aquí se trata de una cosa tan clara, que más no puede ser. Tan moneda es el dinero que le hemos dado á ese pobre diablo, como la pedrería que él nos ha entregado. Aquí no hay pérdida de ningún género.

—Todo lo que V. quiera. Pero yo, aun teniendo aquí fondos suficientes, no le habría realizado.

—Ahora lo que hemos de hacer, es preparar nuestro viaje á Paris y á Londres.

—Cuando V. quiera.

—Aquí debe quedarnos poco que ver.

—Todavia tendremos para emplear unos ocho ó diez dias. Hemos de ir á Monserrat.

—Pues vayamos pronto.

—El jueves, á fin de pasar allí hasta el domingo.

—Como V. guste. Ya sabe que siempre le he dejado la dirección en los viajes.

—Y que no le ha ido á V. mal.

—Por el contrario, muy bien. Por eso confío en que ahora también se ha de acertar así en el itinerario, como en los resultados.

—¡Dios lo quiera!

—¡Cáspita! Y qué desconfiado es V., amigo.

—No es que sea desconfiado, sino que en los negocios, sta que estén ultimados, no puede ni debe pronunciarse la ima palabra.

*
* *

Pepe, siguiendo las instrucciones de Matasanz, fué á ver u amigo en ocasión que, según éste le dijera, no se encon- ria en su casa.

Domingo le recibió.

—Dispénseme, amigo,—le dijo el americano después que bieron cruzado las frases preliminares de esa visita,—dis- ıseme, repito, si no he pasado por su casa á saludar á uste- y ponerme á los pies de la señora, pero este Florentino lleva de acá para allá, sin dejarme tiempo para nada.

—Ya lo comprendo. Cuando se viene á visitar una pobla- n como Barcelona, donde hay tanto que ver, y el tiempo imitado, no es posible perderlo haciendo visitas de cum- lo. Con nosotros está dispensado.

—No tal; yo sé muy bien lo que me toca hacer y pasaré á á Vdes.

—Cuando quiera; pero sin mortificación alguna. A cual- er hora y cualquier dia que V. vaya á tomar posesión de casa, nos honrará mucho.

—El honrado siempre seré yo.

—¿Conque Florentino ha salido?

Recordarán nuestros lectores que Florentino Gomarra, era ıombre bajo el cual Emilio se dió á conocer en Cádiz, al ericano.

—Sí, señor; y según me dijo, no volverá hasta la hora de ıorzar, porque tenia bastante que hacer.

—Lo siento.

—Tenía V. precisión de verle, ¿eh?

—Sí, señor; y para darle una mala noticia por cierto.

—¡Una mala noticia!

—Figúrese V. que su esposa está enferma de tal graveda que los médicos han ordenado que se la administren los úl mos sacramentos.

—¡Jesús!

—He recibido hoy un telegrama de su administrador Valladolid, encargándome que le prepare para la fatal notici

—¡Pero si hace pocos días me dijo que había recibi carta de su casa, y que todos estaban sin novedad!

—También me lo indicó, pero como por desgracia la s lud no la tenemos comprada...

—Cierto. ¡Qué disgusto va á tener el pobre don Florentin Él que estaba tan tranquilo y...

—Como que supongo que tendrá que marcharse inmedi tamente.

—Es lo natural. Vamos, en peores circunstancias no p día haber ocurrido esto.

—Excusado creo decir á V. que si Florentino se march me tiene á su disposición para todo cuanto se le pue ocurrir.

—Mil gracias. Pero como nuestro objeto era marchar París, tal vez á principios de la próxima semana...

—¡A París!

—¿Pues no sabe V. lo que hemos hecho?

—¿Sobre qué?

—Hemos emprendido un negocio, mejor dicho, yo le obligado á que lo hagamos, porque él no se mostraba m dispuesto.

—Y es extraño. Porque Florentino tiene buen ojo para negocios y es activo como él solo. Me habló, el día en que

ó unos brillantes, de alguna cosa; pero después cambia-
s de conversación y...

—Pues justamente de esa pedrería se trata.

—¿Y qué?

—Que la hemos comprado.

—Me dijo que había cosas muy buenas.

—Y tanto. Calcule V. que pasan de ciento los brillantes
forman la colección.

—Si son como los míos...

—Sí, señor.

—Pues eso ya constituye una fortuna.

—Y tanto. Hemos dado por todo, veinticuatro mil duros.

—¡Buena cantidad!

—Pues no es sino una mitad del valor intrínseco que tiene
ıercancía.

—Diga V. entonces que ha hecho un negocio...

—¡Magnífico! Pero como habíamos acordado con Floren-
, para que realmente la operación diera el resultado, era
ester que vendiésemos la pedrería en Francia ó en In-
erra.

—Desde luego. ¡Caramba! Sí que es una desgracia grande,
esta noticia venga á destruir un plan tan bien meditado.

—Lo peor, es el disgusto que él va á tener.

—Y muy grande; porque yo sé lo que quería á su esposa
mprendo el efecto que ha de producirle saber cómo se
entra.

—Sin embargo, á veces también se exageran las cosas y...

—El telegrama del administrador es, en realidad, muy
nante.

—¡Qué ajeno estará él de que va á recibir semejante
ia!

—Lo que siento es ser yo quien se la dé.

—Lo comprendo. Por supuesto que en esas cosas, desde el momento en que se empieza á hablar, por más que uno quiera dorarlo, si el que le escucha tiene experiencia, ya comprende de lo que se trata.

—Y Florentino que en todo lo que á su casa se refiere, siempre parece que piensa lo peor.

* * *

Así hablando, entretuvieron Pepe y Domingo el tiempo que pasó hasta la llegada de Emilio.

Éste fingió sorprenderse al ver á su amigo, y le dijo:

—No esperaba, por cierto, encontrarte aquí. Precisamente estuve pensando en ir á tu casa, y habría ido, á no encontrarme con un amigo que me ha tenido entretenido hasta ahora.

—Pues apenas hace tiempo que está aquí este caballero, —dijo Domingo.

—Como que no quería marcharme sin verte.

—Muchas gracias. ¿Y tu mujer?

—Bien, gracias. No me agradezcas mucho la visita, porque lo que es hoy, francamente, tiene muy poco de agradable.

—¿Qué quieres decir, chico?—preguntó Emilio sorprendido.

—¿Has tenido carta de tu casa?

—No. Pero ¿por qué me haces esa pregunta?

—¿No te ha escrito Peláez?

—Habla,—exclamó Emilio dirigiéndose á Pepe.—¿A qué vienen esas preguntas? ¿Acaso has tenido carta? Responde.

—Chico, chico, no te pongas así,—dijo Pepe.

—Eso no es contestarme; preguntarme si yo he tenido no

ias de mi casa y extrañarte de que Peláez no me haya es-
to, algo significa.

—Hombre, no,—repuso el americano,—aquí no hay si no
leseo de...

—Pero señores, ¡por Dios! ¿me hacen Vdes. tan tonto, que
e de comprender que aquí existe algo, que Vdes. no me
eren decir? Habla, habla,—prosiguió dirigiéndose á Pepe,
ú sabes más y yo necesito conocer eso que sabes. ¿Tiene
o mi mujer? ¿les ha pasado alguna desgracia á mis hijos?
mos, señores, no se miren Vdes. tanto, y contesten.

—Lo que es mientras estés de esa manera,—dijo Pepe,—
obligarás á que calle, aun cuando algo sepa.

—¿Conque es verdad? ¿conque hay novedad en mi familia?

—Bien, hombre; pero esa novedad,—dijo Flores,—no en-
ña una gravedad tan grande para que se ponga V. de ese
do.

—Dispense V., Flores; dispense V. si le digo que no creo
sus palabras. Tengo sobrado conocimiento del mundo para
ar de comprender, que cuando para dar cierta clase de
icias se recurre á personas extrañas á la familia, es por-
e esas noticias revisten una gravedad extraordinaria.

—Pues bien,—dijo Pepe,—la verdad es que yo he tenido
ta de Peláez, en que me dice que tu mujer ha tenido que
ardar cama.

—¿Y te escribe para que me lo digas, y no se atreve á
irmelo á mí? ¡Ay, pobre esposa mía! ¡Qué mala debes
ar!

Y aquel cómico tan hábil, retratando en su semblante el
s profundo dolor, dejóse caer sobre una silla, golpeándose
rente con las manos.

—Vamos, vamos,—dijo Domingo, aproximándose á él.—
nigo mío, no hay para tanto!

—¡Oh! sí; á ser Pepe más franco, ya sabríamos la verda Por supuesto que, por desgracia, la veo bien clara. Vamo habla, y dime lo que ocurre.

—Lo que ocurre es lo que te acabo de decir. Que Matil está mala, y que Peláez, cumpliendo como debe, se h apresurado á decírmelo, para que te avise, en la duda de estarías ó no en Barcelona.

—Voy á poner un telegrama al momento,—dijo Emili levantándose de la silla.

—Ya está hecho eso,—se apresuró á decir Pepe,—y es pero la contestación dentro de algunas horas.

—De todos modos, yo voy á telegrafiar también, anu ciando mi salida.

—Pero si hubiese mejoría...—dijo Flores.

—Aun cuando la haya; V. comprenderá, amigo mío, qu no puedo permanecer aquí, sabiendo que mi esposa es enferma.

—Por mi parte,—dijo Pepe,—no me atrevo á aconseja nada. Es un asunto muy delicado, y al pensar si yo m encontrara en un caso semejante...

—¡Y tan lejos como estoy de mi casa!

—¡Quién sabe lo que contestarán al telegrama!

—Malo ha de ser; esté V. seguro.

—¿Por qué?

—Vuelvo á lo mismo de antes. Cuando, para dar es noticias, se valen de otras personas, es porque la situació se ve muy difícil, y...

—Si nos empeñamos en considerarlo de ese modo...

—Pues ¿de qué otro he de verlo?

* * *

omingo Flores no podia disimular su disgusto.
quel incidente iba á privarle de la compañía de Emilio,
tan necesaria le era, con doble motivo llevando entre
os un negocio de aquella consideración.
ero nada podia decir, porque no se le obscurecía que
tural era que su amigo marchara al momento á reunirse
su esposa, si es que vivía.
l pretexto buscado por Emilio para justificar su separa-
de la infeliz víctima de sus malas artes, no podía ser ni
plausible, ni de más pronta ejecución.
lores procuraba infundir alguna esperanza á su amigo,
cuando las últimas noticias que llevó Pepe fuesen pesi-
as, según le dijo.
l telegrama que habia recibido de Peláez acusaba un
ento de gravedad, diciendo que se pusiera en camino su
, si quería ver viva á su esposa.
fectivamente; aquella misma tarde en el tren de Ma-
salió Emilio de Barcelona, habiendo ido á despedirle
estación Flores y Pepe.
l americano, á pesar de que el compañero de Emilio le
ió que le acompañaría y desempeñaría cerca de él la
on de su amigo, no quiso aceptarlo, y dos dias después
para Paris, donde recibió el gran desengaño al tratar
nder las piedras preciosas.
escubierta la falsedad, se apresuró á regresar á Barce-
buscando á Pepe y dando parte á la autoridad.
ero ya se comprenderá perfectamente que ni se encon-
éste, ni los telegramas y exhortos de las autoridades

dirigidos á Valladolid, encontraron al rico propietario d
Florentino Gomarra.

Entonces hubo de convencerse Flores de que había s
víctima de hábiles timadores, y hubo de regresar á Amér
renegando de su viaje á España.





CAPITULO XXXIX

Aventuras nuevas

Emilio había desaparecido de Barcelona, y en cuanto á Pepe y Luisa, excusado es decir que nadie los encontró en la casa donde dijeron que vivían.

Porque efectivamente, tomaron una nueva casa en Barcena, amueblándola en armonía con la posición que represenban, para en el caso de que hubiese ido á ella el amerino.

Pero como esto no sucedió, en el momento mismo en que nilio dió el aviso á sus amigos, el mobiliario, que era alilado, volvió al almacén de donde saliera; se despidió á s criados bajo pretexto de que se iban los señores fuera rque no les probaba Barcelona, y la mujer de Marcelino, e en aquella farsa había representado el papel de ama de bierno, lo mismo que Luisa y Pepe, abandonaron la casa,

se fueron á la estación del ferrocarril de Francia, llegaron hasta Mataró y regresaron por la noche para dirigirse cada uno á su respectivo domicilio.

Los veinte mil duros del pobre don Domingo, fueron á parar á la caja general; Marcelino recibió la sexta parte, según se le había prometido, envió Emilio otra cantidad al que desde la Habana le había proporcionado el negocio y dieron comienzo los preparativos para la nueva empresa que proyectaban.

Más de una vez encontraron en la calle, lo mismo Emilio que Pepe, al pobre don Domingo que, desde su regreso de París, excitaba incesantemente el celo de las autoridades para descubrir á los autores de la estafa de que había sido víctima.

Pero tan perfectamente disfrazados estaban, que era imposible reconocerles.

Cuando por fin el pobre americano, cansado de sus inútiles gestiones, se embarcó nuevamente para América, entonces fué cuando volvieron á reanudar su existencia anterior.

Luisa ostentó nuevas joyas y riquísimos trajes, porque á su amante no le dolía el dinero que con ella gastaba, ni Emilio tampoco le ponía cortapisa alguna, y con la seguridad que Pepe la diera de que, aun cuando estuviese casado no la dejaría, fué poco á poco acostumbrándose á la idea de ver que su amante iba á ser de otra.

*
* *

Un día Emilio se fué á casa de Marcelino.

Llevaba un rollo de papeles en la mano.

Marcelino también se había transformado, si así nos po-

emos expresar, después de la aventura de los brillantes.
Su casa respiraba elegancia y buen gusto, su familia es-
ba perfectamente vestida y él mismo guardaba armonía
ompleta en su exterior, con la apariencia de su casa.
Emilio entró en el despacho de Marcelino, diciéndole al
erle:
—¡Bravo, Marcelino! Veo que ha hecho V. lo que le dije
me alegro infinito. En profesiones como la nuestra, las
pariencias entran por mucho para la realización de deter-
inados planes.
—Si yo no debia haberme separado nunca de V.; pero
mo todos los hombres tenemos una hora tonta, yo la tuve
mbién y esa fué mi perdición.
—Ya sabe que se lo dije bien claro; no dirá que le oculté
da.
—No señor, no; si toda la culpa estuvo de mi parte, ya
sé.
—Pues con tal que el propósito de la enmienda se cumpla
ntualmente, todo se puede remediar todavía.
—Ya se ha remediado, porque, francamente, mi situación
tenia mucho de agradable.
—Asi lo juzgué y por eso me acordé de V. para aquel
unto.
—Que se lo agradezco mucho.
—No debe agradecérmelo, porque como sabía lo que va-
V., la situación en que se encontraba, lo que me podía
vir, no sólo en lo que entonces meditaba, sino en lo que
ra después tenía pensado, depuse rencores, que por otra
rte, entre nosotros no pueden existir, y me fui en su busca.
modo que la conveniencia mútua nos ha vuelto á unir.
—Y lo que es por mi parte,—dijo Marcelino,—yo le pro-
to que no nos separaremos más.

—Eso es lo conveniente, lo mismo para unos que par otros. Pero como no he venido aqui para que hablemos d esto, es necesario que tratemos de algo que se relaciona co el viaje que hice á Madrid estos dias, mientras el *primo* es caía de su burro, y se marchaba de Barcelona.

—¿Es decir que V. no ha desperdiciado el viaje?

—No; este plan lo tenía ya pensado hace tiempo; per ahora, ya que estaba en Madrid, le dí la última mano.

—¿Y puedo yo servirle en él?

—Sí, por cierto; cuando aquí vengo...

—Pues nada, dígame de lo que se trata.

—Mire V. estas minutas que traigo aquí.

Y al decir estas palabras, Emilio entregó á su interlocu tor los papeles que llevaba en la mano.

Marcelino los estuvo examinando y al cabo de un mo mento, dijo:

—Estas son escrituras de fincas.

—Justo. Son las que deben falsificarse y esta es la letr aproximadamente, en que están todos los originales. Aq tiene V. los sellos, las legalizaciones, en fin, todo lo nece sario para que eso resulte completamente legal. ¿Se com promete V. á hacerlo?

—Sí, señor. ¿Pero esto corre mucha prisa?

—No. Hágalo V. despacio, pero que salga bien hecho.

—Observo una cosa,—repuso Marcelino mirando los pa peles.

—¿Qué?

—Que todas estas escrituras corresponden á fincas d Madrid.

—Justamente.

—¿Y no están gravadas estas fincas?

—No, señor. Las escrituras están completamente limpia

—Perfectamente.

—De manera que no tenemos ya nada más que hablar.

—Por el momento, no señor.

—Excuso decirle que esto debe ignorarlo hasta su misma mujer.

—Ella, desde luego que es incapaz de hacernos traición; pero, á pesar de eso, jamás la he dado participación de lo que hacía.

—Esa es la manera de no exponerse. Ahora bien, amigo Marcelino, puesto que estamos entendidos en esto, hablemos de otra cosa.

—Usted dirá.

—Para un plan que yo tengo aquí, en el majín, me harían falta algunas personas más.

—¡Malo!

—¿Por qué?

—Por la misma razón que muchas veces me ha dicho V. Porque secreto entre muchos, deja de ser tal secreto.

—Es verdad. Pero para lo que yo he pensado, no tenemos otro remedio sino valernos de nuevos auxiliares que completen nuestro propósito.

—¿Qué clase de gente necesita V.?

—Un notario. Es decir, uno que sepa hacer su papel, porque ha de extender una escritura.

—En cuanto á eso, lo tenemos. Precisamente, estando yo en la cárcel, fué compañero mío de habitación un oficial de una escribanía, preso por haber tomado una cantidad para dejar libre á una persona que estaba detenida.

—¡Ah! sí; ya sé quien es. Uno á quien marcaron los billetes de Banco que iba á recibir en pago de...

—El mismo. Pues á ese, por influencias de la familia, le pusieron en libertad, se le echó tierra al negocio y se le des-

terró. Pero á mí me dijo que si algún día sabía de algu
cosa buena, que le avisara que vendría al momento.

—¿Es de fiar?

—Me parece que sí. Y sobre todo, nosotros no nos lanz remos mucho, respecto á él. Se le dice lo más indispensab que nos sirva y después veremos.

—Está bien. Avísele V. Además de ese hombre, neces dos ó tres para que sirvan como dependientes en el despac de ese notario improvisado. ¿Comprende V.?

—Sí, señor; supongo que esos dependientes deben s también seres inconscientes, á quienes se les pague y pun concluído.

—Precisamente, pero como llegarían á traslucir algo y n es conveniente dejar tras de nosotros nada que nos pued perjudicar, procure V. que sea gente de confianza.

—Tiene V. razón.

—Todo eso debe V. tenerlo preparado con tiempo, pa el momento en que se determine.

—¡Oh! lo que es en cuanto á esto,—dijo Marcelino,—est rá mucho más pronto que lo otro.

—También necesito que busque V. una casa; no hay nec sidad que sea en un sitio céntrico; que mande V. hacer un plancha con el nombre de Francisco Canals, notario, mar cando las horas de despacho.

—Vamos, ya me parece que empiezo á comprender timo.

—Pues si lo adivina V., que lo veo un poco difícil, cré me, Marcelino, cállese y no me lo diga, porque ya cono V. mi carácter y sabe que no me gusta se me adivinen l pensamientos.

—Está bien,—contestó sonriéndose Marcelino.—Haré tod lo que V. me diga.

—Corriente; lo que importa es que no descuide esas escrituras.

—No las dejaré de la mano.

Emilio abandonó la casa de Marcelino, murmurando:

—Perfectamente, éste lo preparará todo y si la suerte me ayuda, vamos á hacer otro negocio, mejor todavía que el de las piedras.

*
* *

Así transcurrieron algunos días.

La casa de la calle de Casanova se había liquidado con pérdida para los que habían enviado géneros á ella; pero de tal manera supieron Pepe y Emilio manejar aquel asunto, que no hubo necesidad de ir á los tribunales.

Como muchas de las casas eran extranjeras, no tenían representación en Barcelona y temieron los gastos que se habían de seguir de llevar el asunto á los tribunales; aceptaron las proposiciones que les hicieron J. Tormos y C.ª, proposiciones que no se realizaron, como puede comprenderse muy bien, quedándose los estafadores con veinticinco ó treinta mil duros que pertenecían á otras tantas casas que les habían honrado con su confianza.

Pepe hacía ya tiempo que se había presentado en la Bolsa y si bien no llevó á ella un carácter determinado, supo darse á conocer por algunas felices operaciones, y como se decía que era rico, inspiró alguna confianza.

Esto, conocido por el médico, padre de Carmen, á quien el joven, por indicación de su maestro, estaba haciendo el amor, influyó para que no se mostrase severo con aquellos amores.

Por otra parte, Emilio solía concurrir á las reuniones del médico, había deslizado algunas palabras diestramente que

fueron recogidas y comentadas por algunos otros de los con
tertulios, resultando de esto, que cuando llegó el momen
en que Miramar pidió la mano de la joven, no hubo grand
dificultades para concedérsela.

Carmen había llegado á enamorarse de Pepe.

Ya hemos dicho que éste poseía las dotes necesarias par
agradar á una mujer tanto en figura como en buen trato.

Creíasele trabajador, activo, y el médico no vió nada d
desventajoso en aquel matrimonio.

Luisa era la única que cada vez que de esto se hablab
sufría, pero lo mismo Emilio que Pepe trataban de hacerl
comprender la razón, que ella no había de perder nada po
aquel cambio, y que por lo tanto no debía por ningún estil
ni provocar escándalo, ni oponerse á aquel matrimonio.

Así fueron pasándose los días, habiendo quedado fijad
la boda de Pepe para el día de la Virgen del Carmen, que er
el santo de su futura.

***

Marcelino terminó su obra, y una noche se presentó en l
casa de Matasanz, diciéndole:

—Todo lo tenemos ya preparado. Vea V. si es esto lo qu
quería.

Y sacó del interior de su traje gran número de docu
mentos.

Emilio no pudo menos de lanzar una exclamación d
asombro, al verlos.

—¡Caramba!—dijo,—parecen hechos por la misma man
que los originales.

Y se puso á leerlos detenidamente.

Nada faltaba en ellos.

Legalizaciones, sellos, la inscripción en el registro de la propiedad, puesto que las escrituras eran de fincas, nada se había omitido.

Comprobó las firmas que había en las escrituras con los originales que él le había dado, y resultaron de tal manera iguales, que dijo Emilio:

—Trabajo les mandaría á todos estos notarios para que reconociesen la falsedad de sus firmas y de sus signos.

—Usted me había dicho que necesitaba un trabajo bien hecho y, por lo tanto, ha sido necesario cuidarle bastante.

—¡Ya lo creo que tiene necesidad de estar bien hecho! Está muy bien, ahora veamos todo lo demás que le encargué.

—Todo ello está listo también.

—¿Es decir, que el notario?...

—Cuando V. disponga, vendrá á tomar posesión de la casa.

—¿La ha visto V. ya?

—Sí señor, y está tomada con el nombre que V. me dijo, y la plancha hecha, y para que nada falte, me fuí uno de estos días á los Encantes y he comprado una estantería que he supuesto debería V. necesitar también. Ahora la están pintando.

—¡Bravo! amigo Marcelino, así es como me gustan las cosas; ha adivinado V. mis propósitos y me ha evitado que ahora tuviera que darle nuevas instrucciones. Lo único que nos hará falta, es mobiliario.

—Ya estuve también en casa de un almacenista de muebles, el cual nos alquilará lo necesario, porque yo supongo que se trata de amueblar una casa transitoriamente ¿no es esto?

—Puede que sí.

—Pues en el momento que V. disponga, quedará en veinticuatro horas lista la casa.

—Harán falta algunas mámparas, los aparatos de gas y algunos pequeños accesorios.

—De los aparatos no me ocupé, pero de las mámparas, sí señor.

—Entonces, desde mañana que se presente ya nuestro D. Feliciano Canals y sus dependientes, para preparar la instalación del despacho.

—También he preparado grandes legajos de papeles, encerrados en sus correspondientes carpetas, porque naturalmente, un notario sin protocolos daría una triste idea de sí. De igual manera también he pedido una librería y he comprado los libros que debe haber en ella.

—Supongo que de todo esto llevará V. cuenta, que se la abonaré antes de dar principio al negocio.

—Sí, señor; tengo todos los recibos.

—Pues, nada, lo que he dicho á V. Pasado mañana debe quedar todo listo.





CAPITULO XL

El prestamista

Don Melitón Foix tenía fama en Barcelona de ser un hombre de mucho dinero, á pesar de su apariencia miserable y de su vida más miserable todavía.

Había empezado muchos años antes, comprando papel y trapos viejos.

Mas tarde puso una Casa de Préstamos, y poco escrupuloso para la admisión de objetos que le iban á empeñar, más de una una vez hubo de encontrar la autoridad en su casa objetos robados, por los cuales había dado cantidades ínfimas.

Aleccionado por estos percances, el bueno de don Melitón se dedicó entonces, no á empeñar los efectos robados, sino á comprarlos, y de tal manera los hacía desaparecer, que ya no volvió la autoridad á encontrar en su casa un solo objeto de dudosa procedencia.

Excusado es decir, que semejante industria le dejó eno mes ganancias.

Su mujer y su hija le secundaban maravillosament pues mientras ellas estaban al frente de la Casa de Préstamo él se ocupaba en los otros negocios de compra; descomp nía las alhajas inmediatamente, fundía el oro y la plata, cuando tenía una buena cantidad de relojes, alfileres, bot nes, etc., se marchaba á Madrid, á la Coruña ó á Santande llegaba hasta Lisboa ó hasta París, si la cosa tenía impo tancia para ello, vendía cuanto llevaba y regresaba á su cas donde guardaba cuidadosamente el dinero que tenía, has que lo llevaba al Banco.

Fumaba, cuando algún amigo le daba un cigarro; tomal café, cuando otro lo pagaba; no se permitía el lujo de ir teatro, y sólo tomaba el sol en los días que hacía buen porque lo obtenía gratis.

En su Casa de Préstamos, las subastas se hacían apen había transcurrido el plazo marcado para los empeños; no esperaba á nadie, y ni súplicas, ni ruegos, ni lágrimas, desesperación, eran suficientes á conmover á aquel homb que decía que la compasión era un sentimiento supérflu perjudicial, puesto que no producía interés ni dejaba gana cia alguna.

De este modo, llegó don Melitón á reunir un capital fab loso.

Traspasó la Casa de Prestamos, hizo un balance que só él conocía, y se encontró con que al cabo de veinte añ de aquella existencia consagrada única y exclusivamente hacer dinero, se encontraba dueño de un capital de cien cincuenta mil duros.

No varió por esto su existencia.

Lo único que cambió fué la especulación.

Nadie sabía, ni su misma familia, el dinero que tenía; pero empezó á dar cantidades sobre fincas, en condiciones tales, que al cabo de diez años se había hecho dueño de varios inmuebles, que representaban triple ó cuádruple del dinero que por ellos había dado.

Ostensiblemente seguía siendo el mismo individuo que el antiguo dueño de la Casa de Préstamos, con el mismo traje anticuado y raído, con la barba sucia y revuelta, y las uñas ribeteadas; pero en el Registro de la Propiedad figuraba como dueño de seis ó siete fincas, en el Ensanche, en su mayoría, y en el Banco tenía en cuenta corriente una gruesa cantidad.

En su despacho, falto de luz y de ventilación, se hallaba una mañana revisando varios papeles, cuando una muchachuela, despeinada y mal vestida, que ejercía en casa de don Melitón las funciones de criada, apareció en la puerta de la estancia, diciendo:

—Aquí hay un señor que le quiere ver.

—¿Quién es?

—Dice que V. no le conoce. Parece castellano.

—¡Malo! ¡malo!—gruñó don Melitón.—Todos estos castellanos siempre vienen con el propósito de estafar. ¿Por qué no le has dicho que no estaba?

—Como V. no me dijo...

—Está bien. ¡Eres un animal! Que entre ese señor.

Y don Melitón guardó los papeles que estaba mirando, se aseguró que tenía al alcance de su mano un rewólver, que había en otro cajón de la mesa, y fijó sus miradas en la puerta del aposento por donde debía entrar el castellano, que se le había anunciado.

Momentos después, un caballero anciano, de buen aspecto, con anteojos ahumados y apoyándose en un bastón para disimular un poco su cojera, entraba en el despacho.

—¿Es al Sr. D. Melitón Foix á quien tengo el gusto hablar?—preguntó.

—Servidor de V.,—repuso de mal talante el prestamis —¿Qué se le ofrece?

—Permítame que me siente, porque esta maldita pi na me mortifica mucho, y con mayor motivo, después algunas horas de tren.

—¿Viene V. de fuera?

—Sí, señor; de Madrid, llegué anoche.

—¡De Madrid!

—Y le traigo una visita de su agente en aquella pla D. Francisco del Pozo.

—Valiera más que Pozo me enviase algo, si lo ha cob do ya, de los herederos del brigadier Gonzaga.

—Precisamente, me ha encargado que le diga, que tie ya muy adelantado ese asunto, y que antes de fin de n espera poderle enviar alguna cosa.

—Hace seis meses que me dice lo mismo. La culpa la tu yo de fiarme de lo que Pozo me decía. No volveré á cree en mi vida.

—Mal negocio entonces para mí, que traigo de él una comendación para V.

—¡Una recomendación! ¿Acaso no sabe Pozo que yo puedo hacer nada por nadie? No más me falta eso, q Pozo en vez de enviarme dinero, me envíe recomend ciones.

—En lo que á mí se refiera,—repuso el madrileño,— parece que no ha de disgustarle esa recomendación.

Y al decir estas palabras, el desconocido sacó una ca que entregó á don Melitón.

Éste se puso los anteojos, sacó la caja del rapé, tomó soberbio polvo y leyó la carta.

Cuando la hubo concluído, la dobló y mirando á su interlocutor le dijo:

—Pues V. dirá, Sr. D. Antonio Ortega, puesto que, según aquí dice Pozo, esta es su gracia de V.

—Para servirle,—replicó Ortega.— Yo soy agente de negocios en Madrid, y se me presentó uno, hace algunos días, que por su índole especial, me obligó á dirigirme á varios amigos preguntándoles quién podría hacerlo.

—¿Y el negocio era?...

—Se trata del marqués de la Pinada, un joven muy rico, pero muy calavera. Es uno de los primeros propietarios de Madrid.

—Si es calavera, ¡buenas estarán ya las fincas!

—No lo crea V. Ha vendido dos ó tres, pero hoy necesita una cantidad y como la menor de las fincas que le quedan, supera en valor á lo que necesita, no quiere proceder á su venta, sino tomar en primera hipoteca, treinta mil duros.

—¡Bonita suma para el que la tenga!

—Como que esto generalmente redunda en descrédito del que toma, y por más sigilo que se trate de guardar, siempre trasciende, me dijeron que buscara esa cantidad fuera de Madrid, sin reparar en el rédito que me llevaran.

—Ya, ya. La operación, si V. la puede realizar, ha de ser un poco costosa.

—Lo sé. Por eso vengo autorizado para ver las condiciones con que se ha de hacer el préstamo y...

—Yo por mí, desde luego le aseguro que no puedo entrar en tratos de ninguna especie; en primer lugar, porque no tengo dinero, y en segundo...

—No debe V. continuar más,—repuso Ortega,—pues con la primera razón basta. Sin embargo, una persona como us-

ted no debe decir eso, porque según el amigo Pozo, siem dispone V. de algo más que esa suma.

—Le digo á V. que la plaza está muy mal. Yo tengo to mi dinero empleado, y no he de ir á buscar esa cantidad, la cual siempre habría de pagar un interés crecido.

—Cierto. No es cosa de que V. se sacrifique. Lo sien porque bastaba lo que Pozo me había dicho, toda vez que estaba autorizado para contratar, y aunque fuera crecido rédito, hubiese querido que V. se ganara eso.

—No sé por qué este Pozo, me ha de poner en semejan compromisos. Si le tengo dicho que no quiero negocios fu de Barcelona.

—Es verdad; ya me lo dijo. Pero como que aquí se tr de fincas completamente libres, como que es un negocio aquellos que no tienen hueso, como vulgarmente se dice, creyó que no tendría V. dificultad. Yo me he traído las esc turas y un certificado del Registro de la Propiedad en el c consta que no están gravadas.

—Ya encontrará V. otros que entren en el negocio y no cómo no lo ha arreglado en el mismo Madrid.

—Ya se lo he dicho,—repuso Ortega,—y el mismo Pc fué de mi opinión, que en Madrid estas cosas se saben en guida. De aquí el objeto de mi viaje. Vamos, vamos, señ don Melitón, mire V. que se trata de una hipoteca tan segu como lucrativa, y ya que he tenido el gusto de conocerle..

—Gracias, gracias,—murmuró el prestamista.

***

Foix, ya hemos dicho que era sumamente interesado, desde luego le agradó el negocio.

Tenía en Madrid un agente que pasaba por muy diestr en el cual había depositado su confianza.

Cuando éste le escribía recomendándole el negocio, indudablemente, bueno debía ser; pero si le hacía tantos ascos, como vulgarmente se dice, era sólo por sistema.

El prestamista no aceptaba jamás un negocio de primera intención.

Aun cuando en realidad fuese bueno y le ofreciesen toda clase de ventajas, nunca accedía.

Y no era porque quisiera meditarlo ni reflexionar sobre él, nada de eso.

En su larga práctica, había adquirido un golpe de vista tan seguro, que comprendía inmediatamente si era bueno ó malo el asunto de que le hablaban.

Fingía repugnancia, por el placer de mortificar al solicitante, porque Foix no tenía sentimiento, y se recreaba con la ansiedad, con la zozobra, con la impaciencia de aquel que duda si conseguirá lo que desea.

Frío, egoista, avaro, cruel é implacable, la piedad, la consideración le eran completamente desconocidas.

Del mismo modo que el gato, una vez que tiene el ratón entre sus uñas, se recrea con él y juega y se entretiene prolongando el suplicio de su víctima, del mismo modo el prestamista hacía ir y volver y entretenía la impaciencia ó la necesidad de su cliente.

Y como tenía la seguridad de que muy pocos de los que se dedicaban á su mismo negocio, podían disponer de los fondos que él, y por lo tanto no temía perder al parroquiano, con mayor motivo le hacía desesperar.

Esto también tenía su parte de estudio.

Cuanto más le hacían esperar, mayores proporciones iba tomando la necesidad, y cuanto más grandes parecían éstas, mayor el interés que podría sacar.

Este era el caballo de batalla de aquel hombre.

Sacar el interés más crecido posible, con la mejor garantía para el capital.

*
* *

Ortega, viendo que se había quedado silencioso, volvió á decirle:

—Conque, señor don Melitón, vamos á ver si nos entendemos. Aquí tiene las escrituras de las fincas que se han de hipotecar, y...

—¡Hombre! si ya le he dicho que no tengo dinero ahora...

—Pero, por Dios, una persona como V. no puede decir en serio, semejante cosa.

—¿Por qué no?—preguntó Melitón, mirando á través de sus anteojos, á Ortega.

—Porque fácilmente encontrará quien le dé los fondos que necesite, en caso que de momento no los tuviese usted en caja.

—Pero señor, no sé qué idea han formado Vdes. de mi. Ustedes se creen que mi firma tiene algún valor en la plaza y es menester que se lo quiten de la cabeza. Cuando yo no tengo, nadie me da nada, y lo que es en estos momentos, crea V., que no se me ocurre el modo de servirle.

—¡Un negocio tan bonito!...

—Todo lo que V. quiera; pero si no tengo dinero, es inútil que me lo elogie.

—¿Conque, es decir, que me quita V. toda esperanza?

—Hombre, tanto como eso, no; pero no puedo decirle cuándo ni cómo. Tengo ahí algunos vencimientos, y si pudiera conseguir que me adelantasen el pago, tal vez lo arreglaríamos, si la cosa lo merece.

—En ese caso creo que nos pondremos de acuerdo.

—No, no confíe V. mucho, porque todo depende, como le he dicho, de que algunos de esos debitorios que vencen dentro de dos ó tres meses, pueda conseguir que me los paguen.

—De modo que entonces quiere V. que le deje las escrituras.

—No hay necesidad. Si acaso tomaré una nota de las fincas; pero ya digo, sin que esto signifique compromiso de ningún género.

—Pues bien, haremos otra cosa; como que en el caso de realizarse la operación tiene que venir el mismo interesado y éste tiene aquí un representante que es quien le cobra varios censos, á éste le dejaré las escrituras y puede V. enviar allí una carta ó una simple tarjeta; ya sea él, ya sea yo, vendremos en seguida.

—¡Ah! ¿Conque ese señor tiene aquí apoderado?

—Sí, pero es, como le he dicho, un notario encargado del cobro de los censos. No son gran cosa, pero como era ya notario de su padre, no ha querido retirarle los poderes.

—¿Y quién es ese notario?

—Aquí creo que llevo su tarjeta.

Y Ortega sacó del bolsillo la cartera, de la que estrajo una tarjeta, que mostró á don Melitón.

—Sí, ya conozco este apellido,—dijo el prestamista.

—Lo único que le encargo á V. es el mayor sigilo, porque como comprenderá, estas cosas son muy delicadas y á estos señores no les gusta nunca que se sepan las necesidades de que adolecen.

—¡Ya, ya! Gastan sin tiento y después se encuentran en esos apuros. Por supuesto que la culpa la tenemos nosotros que nos prestamos á sacarles de sus compromisos. ¡Maldito si se acuerdan después, del favor que han recibido, y toda-

vía nos murmuran, nos censuran y van quitándonos el pellejo!

Ortega no pudo menos de sonreirse al escuchar las lamentaciones del prestamista, diciéndole después:

—Lo que es con el señor marqués, no ha de tener V. motivos de queja de ningún género. En primer lugar, que como ya le he dicho, es la primera vez que tiene que recurrir á semejantes medios y, por lo tanto, su patrimonio se encuentra completamente saneado.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo durará eso?

—¡Hombre! si á V. la hipoteca le conviene, como no lo dudo, debe importarle muy poco todo lo demás.

—En fin, bueno; deje V. ahí esa nota, y como ya le he dicho, veremos si es posible hacer algo.

—Sí, don Melitón, sí; crea V. que es un negocio que le conviene.

—Les convendrá á Vdes.

—Y á V. En primer lugar, que el marqués de la Pinada, según le indiqué, no entiende nada en estos asuntos y maldito lo que le importa que el interés sea más ó menos crecido. Para él la cuestión está en salir del paso; y en segundo, que á V. también le conviene que no haya mucho regateo.

—Todo eso sería lo de menos, si como le he de dicho, me encontrara con fondos. El grave inconveniente estriba en eso.

—Siendo como V. dice, ese el único inconveniente, tengo la seguridad de que ha de arreglarse.



CAPITULO XLI

Un curial aprovechado

El curial de que Marcelino habia hablado á Emilio, era realmente un buen pájaro de cuenta.

Hijo de una buena familia, residente en una población inmediata á Barcelona, vino á esta ciudad á estudiar, y le pasó lo que á otros muchos que suelen venir con el mismo objeto, que se quedan con el próposito no más.

Agradábale más el juego que el estudio del derecho y concluyó, después de haber perdido tres ó cuatro años y de haber gastado á su pobre madre una porción de dinero, por verse obligado á buscar un destino á fin de atender á sus necesidades.

Precisamente, en la escribanía de uno de los Juzgados habia un paisano suyo y por su mediación entró en ella.

De huésped estaba en la misma casa de la calle de Xuclá, donde estuvo Pepe.

Ramón, que así se llamaba el curial, mostró desde los primeros momentos que entró en la escribanía, una disposición y una actividad extraordinaria, que le granjearon el afecto de sus principales y le hicieron ascender rápidamente.

Pero todo su sueldo y las propinas que recogía, que eran numerosas, porque como hemos dicho, era lo que en la tecnología de nuestro tiempo, se dice un mozo listo, no bastaban para atender á los dispendios que él mismo se había creado.

Frecuentaba mucho la cárcel por efecto del destino que desempeñaba, y tuvo ocasión de aprender muchas bribonadas y de favorecer á algunos presos, y, finalmente, como herencia de uno de ellos que falleció en la cárcel, quedóse con la querida de éste, hermosa andaluza de veinticuatro años, *mechera* de las más famosas que había en Barcelona y la cual más de una vez, por efecto de sus fechorías, había sido detenida.

Pero la Rosalía, que así la llamaban sus conocidos, tenía tal maña, que siempre salía bien de cuantas causas la formaban, porque como ella decía, sabía cogerse á buenas aldabas y tenía unos ojos á cuya mirada no había juez ni escribano que se resistiera.

Ramón, en manos de Rosalía, completó su educación.

***

Un día se le presentó un negocio, que él mismo se lo arregló á su gusto y que, desgraciadamente, le salió mal.

Ofreció á un individuo sacarle de la cárcel si le daba dos mil pesetas; aceptó aquél, pero dió aviso á las autoridades de la proposición que se le había hecho; dijéronle éstas que se

ñalase los billetes en que había de hacer el pago, y en el momento en que se iba á realizar el contrato y en que ya tenía Ramón en su poder los billetes, echáronsele encima los agentes de policía, no pudo justificar la posesión de aquel dinero que, por otra parte, marcado como estaba, no dejaba lugar á dudas, y el curial fué llevado á la cárcel.

Allí hubo que ver todo lo que Rosalía hizo para sacarle de ella.

Porque la andaluza habíase prendado locamente del curial y estaba resuelta, como decía, á dar la *sangresita é sus venas*, para salvar á su Ramón.

Pero el hecho era de tal naturaleza y tan delicado el destino que desempeñaba, que la justicia no se mostraba muy dispuesta á ser indulgente.

Entonces tuvieron que entrar en juego las influencias. La madre de Ramón vino á Barcelona, todos sus parientes acudieron también en su auxilio, y, á fuerza de súplicas, consiguieron que se le dejara libre, pero desterrándole de Barcelona é inhabilitándole para desempeñar ningún cargo público.

Rosalía le dijo tan luego estuvo en libertad:

—Mira, no tienes tú que afligirte por *naita* de este mundo. Vámonos de aquí que en cualquier parte donde vayamos, estas manitas servirán *pá* ganarte á tí cuanto necesites. ¿Lo sabes tú? Porque yo te quiero más que á las niñas de mis ojos, y con tal de que tú me quieras, son para mí manojitos de rosas y *craberes, toiticos* los pesares de este mundo tan *arrastrao*.

Ramón dejábase querer por aquella mujer que tanto le amaba, y salió de Barcelona con ella y fueron á establecerse en Marsella.

Allí pretendió ganarse la vida con la menor cantidad po-

sible de trabajo, obteniendo la mayor cantidad posible, también, de beneficio.

Pretendió poner en práctica todo lo que había aprendido en Barcelona, pero se encontró con que los timadores marselleses le daban tres y raya, y antes que verse, ó descubierto ó hecho objeto de burla de sus compañeros de profesión, recogió velas prudentemente, mucho más, cuando Rosalía le dijo:

—Pero ven aquí, Ramonsito, ¿pues *pa* que te sirvo yo en *er* mundo? Si los angelitos *der sielo* han puesto aquí en mi garganta *toitos* los *jipios* con que ellos cantan la gloria del Padre Eterno, para volver locos á estos franchutes que se pirran por el *cante jondo;* si yo tengo dos manitas que son dos copitos de algodón que se deslizan sin ruido alguno por entre las piezas de seda ó las alhajas de una platería... Tú déjame y no te pases *penitas*, que viéndote triste me parece á mí que ya no hay sol en *er* mundo. ¿Lo sabes tú, *resalaísimo*

—Calla, mujer, calla, que me avergüenza seas tú la que tengas que ganar para los dos.

—Y, dime ¿quién lo ganaba antes para mí? ¡Ay! qué *grasioso* niño. Vaya, vaya, á *cayar* y déjame hacer.

Y, efectivamente, Rosalía comenzó á cantar en uno de los cafés de Marsella con un éxito extraordinario, en términos que de otro café la ofrecieron doble sueldo, y en breve espacio con lo que sacaba de sus cantos y lo que *afanaba* en las tiendas donde iba, pudieron pasarlo perfectamente.

Entretanto Ramón no se estaba ocioso.

Hizo relaciones con algunos otros españoles, entre ellos con unos falsificadores de billetes de Banco franceses.



Un día, paseándose por el puerto, se le ocurrió una idea

Aquella noche, al reunirse con sus compañeros en el café donde cantaba Rosalía, dijo á uno de ellos:

—Vamos á ver, don Roque, ¿usted que entiende de esas cosas, sería V. capaz de proporcionarme treinta y cinco mil duros en billetes falsos, todos ellos de una misma cantidad?

Don Roque era uno de los bribones más ladinos que existian en el mundo.

Sus truhanerías estaban reducidas á la falsificación, pero era en ella tan diestro, que cuando se trataba de un documento público, de algunos billetes de Banco de cualquier nación ó de cualquier otra clase de papel de gran importancia, reconocíase en seguida la misma mano, pero que nadie podía saber á quien pertenecía.

Porque aquel individuo tenía un nombre y una personalidad distinta, según el país en que se hallaba, y como sus dedos poseían un dón tan especial, cuantos documentos necesitaba estaban en regla, todos eran buenos y á nadie se le ocurría sospechar que aquel caballero, de aspecto tan bondadoso y de posición social tan respetable, fuera el autor de falsificaciones tan asombrosas.

Conocía á los bribones de todos los países, porque con todos había tenido trato; pero era tal su astucia, que aun cuando á ellos los cogieran y algo de él se pudiera sospechar, sabía probar de tal manera las coartadas, que no había medio de creer en su culpabilidad.

Don Roque había hecho de Marsella su cuartel general.

Poseía dos ó tres casas y, como es consiguiente, tenía también otras tantas personalidades.

Había adquirido una pequeña fábrica de jabones á corta distancia de la ciudad, y junto á la fábrica tenía una casita que él destinaba para su habitación, cuando se le antojaba visitar la fábrica.

Entre él, su mujer y sus dos hijos, habian abierto en
piso bajo, una especie de sótano, donde tenía todo un tal
de prensas litográficas, piedras, planchas, líquidos y tin
de varias clases, armarios con documentos y cuanto pudie
necesitar para los trabajos á que se dedicaba.

De tal manera estaba aquel subterráneo y tan espesa e
la capa que había en el subsuelo del piso bajo, que aun cua
do se golpease en el pavimento, era totalmente imposil
descubrirlo.

La bajada estaba oculta con un mueble, que parecia es
empotrado en la pared, lo cual contribuía perfectament
alejar toda sospecha.

Y, sin embargo, por efecto de un ingenioso mecanismo,
separaba el mueble y quedaba franca la abertura de com
nicación.

Un juego de timbres eléctricos avisaba la presencia en
casa de personas extrañas, y entonces, los que estaban t
bajando en el sótano, ya sabían que no habían de subir mi
tras no oyeran otra clase de timbre, cuyo secreto solamen
ellos conocian.

El rumor que producía la fábrica inmediata, ahogaba
que hacian las prensas del subterráneo, y de este modo p
dían estar á cubierto de cualquier sospecha.

Todas las precauciones estaban admirablemente tom
das, y nada se había omitido para disfrutar de una segu
dad completa.

De aquel subterráneo habían salido billetes de Banco fr
ceses, de diversas emisiones; billetes italianos, ingleses, e
pañoles, de todos los paises en fin, siendo cogidos varios
pendedores, pero sin poderse descubrir jamás ni quién
había hecho, ni dónde se estamparon.

***

Al escuchar la proposición de Ramón, don Roque se le quedó mirando un breve espacio de tiempo, diciéndole después:

—¡Qué cosas tiene V.!

—¡Hombre!—repuso Ramón, comprendiendo que había cometido un disparate.—Como he oido decir á varios de nuestros compatriotas que V. tenía relaciones con personas que se dedican á esa clase de trabajos...

—Y de ello ha deducido V. que yo podía darle lo que pide; ¿no es verdad?

—Creia...

—Pues amigo, yo no hago nada de eso. Ni conozco á quien se ocupa en esa clase de trabajos, ni me agrada mezclarme en semejantes asuntos. Por supuesto, que comprendo muy bien que al decir V. esas palabras, no ha pretendido sino darme una broma, porque esas cosas no se dicen jamás en serio.

Y don Roque, al pronunciar estas palabras, hizo una seña casi imperceptible á Ramón, el cual le comprendió y se apresuró á aprovecharse de aquella coyuntura que le ofrecía el anciano.

—¿Pero acaso V. lo había tomado así?—le dijo.

—Usted ha sido quien bien en serio lo ha dicho. ¿No es cierto, señores?—prosiguió, dirigiéndose á las demás personas que había en la mesa.

—Así lo ha parecido,—dijeron algunos.

—Naturalmente; si lo hubiera dicho en tono de broma, no tiene gracia.

Desde este momento siguió la conversación bajo aquel

pie, hasta que, finalmente, don Roque se levantó para sal del café.

Poco después lo hizo también Ramón.

Pero apenas había andado unos trescientos pasos, sint una voz muy conocida, que le decía:

—Amigo mío, ha cometido V. una gran pifia, y no deb mirarle á la cara siquiera. Pero como yo no guardo renc á nadie, le he estado esperando para pedirle alguna explic ción.





CAPITULO XLII

Los billetes falsos

Ramón que habia experimentado gran contrariedad al escuchar á don Roque en la mesa del café, ya varió de aspecto al oir sus últimas palabras.

—Ya comprendo,—le dijo,—que hice mal.

—Y tan mal. Como que no sé todavía cómo he podido contenerme al ver el disparate cometido. Se conoce que tiene usted muy poca práctica, y ese es un mal, amigo. Hay cosas que no deben decirse jamás delante de nadie.

—Qué quiere V., yo creí que las personas allí reunidas...

—Esas confianzas no se tienen nunca. Vamos á ver, ¿para qué necesita V. esa cantidad?

—¡Toma! Si se lo digo á V. maldita la gracia que tendrá entonces.

—Joven, V. no tiene experiencia, vuelvo á repetirle, y en

los negocios, no basta solamente buena voluntad, sino práctica.

—Lo que yo no quiero es que la idea que á mi se me ha ocurrido, buena ó mala, la utilice otro. ¿Comprende V., don Roque? Si puede hacer lo que yo le he pedido, digame bajo qué forma lo podemos arreglar y no se meta en más.

El taimado viejo miró fijamente al joven y algo debió descubrir en él, para que le inspirase confianza, puesto que le dijo después de algunos momentos:

—Vamos á ver si nos entendemos; V. quiere realizar un timo de gran consideración por lo visto, cuando tal es la cantidad de billetes que pide.

—¿Pero V. me los puede proporcionar?

—Hombre, según y cómo.

—Usted me dice lo que le he de dar por ellos y santas pascuas.

—Pero si V. no tiene dinero para pagármelos al contado, si debo esperar á que el negocio se realice para cobrar, me parece que por donde debemos empezar es porque me diga usted lo que trata de hacer, y yo le manifestaré mi opinión con entera franqueza, y no digo yo esa cantidad, doble le daré si juzgo que el asunto lo merece. Pero ¿cómo quiere V. que me aventure, si no tengo probabilidad alguna de reintegro?

Estas razones debieron ser de gran peso para Ramón, puesto que se quedó pensativo un breve espacio.

Después dijo:

—Pues mire V., don Roque, si V. se quiere fiar de mi me dá ese papel, y si no, ya lo buscaré yo por otra parte. Es un negocio que quiero realizarlo por mí solo. Yo he tenido esa inspiración y la realizaré más tarde ó más temprano, con papel de V. ó de otro, pero el caso es que la llevaré á cabo sin ayuda de nadie.

Tocóle esta vez á don Roque quedarse pensativo. Conocía demasiado á los hombres para dejar de comprender que la resolución tomada por Ramón era irrevocable; que no conseguiría saber nada de él, y que quizás se exponía, si no se daba á partido, perder aquella ocasión que se le presentaba, de colocar una buena partida de billetes.

Precisamente había hecho algún tiempo antes una falsificación de los de á quinientas pesetas, que no había puesto en circulación, porque el Banco de España, puesto sobre aviso por otra que tuvo lugar poco antes, en billetes de á cien pesetas, no omitía precaución ninguna para velar por sus intereses.

Como se comprenderá, le convenía dar salida al papel, con mayor motivo tratándose de una suma tan crecida y para una sola mano.

—Mucha seguridad,—dijo al cabo de algunos momentos, —ha de tener V. en el negocio, para hablar así.

—Ya se ve que la tengo.

—Sin embargo, en los negocios no se puede jamás asegurar nada.

—Las probabilidades están en favor mío, y V. comprenderá que si no estuviese muy seguro, no haría nada.

—Pues hijo, tal vez me decidiera por darle lo que quiere, mejor dicho, proporcionárselo, porque yo no soy, como debe V. comprender, ni quien los hace, ni quien recibe la utilidad directa.

—Vamos, don Roque, no diga eso, porque todos sabemos...

—Ustedes saben lo que los demás dicen, pero, á ver si hay alguien que se atreva á acusarme.

—En fin, esto no hace el caso ahora,—repuso Ramón, á quien por ningún estilo le convenía malquistarse con el viejo.—¿Usted puede facilitarme lo que le he pedido?

—Lo veré, no puedo asegurarle nada. Pero, vamos á ver, ¿qué garantía es la que V. ofrece? porque ya comprenderá, que así sin más ni más, nadie se quiere comprometer.

—Pero hombre, ¿qué garantía mejor puede tener, el que facilite esos billetes, que denunciarme si no llegara á cumplir?

—¡Bastante sacaría con denunciarle, si se había V. comido su importe!

—Pues entonces, don Roque, no sé qué decirle; dejémoslo correr, que buscaré por otro lado.

Y Ramón hizo un movimiento como si pretendiera alejarse de su interlocutor.

Pero á éste no le convenía tampoco dejar escapar una ocasión como la que se le presentaba, para desprenderse de tan buena parte de mercancía.

Y al verle tan resuelto, le dijo:

—Pero, vamos á ver, Ramón; ¿no tiene V. algún dinero que dar á cuenta de eso? Según he oído decir á los compañeros, no le va á V. tan mal en Marsella, habiendo conseguido en poco tiempo, lo que á otros les suele costar algunos años.

—¿Y aunque yo pudiera darle á V. ..?

—No, á mi no me tiene que dar nada,—se apresuró á decir don Roque.

—Está bien; al que sea. Aunque yo pueda darle doscientos ó trescientos duros, ¿qué es eso, con relación á tanta cantidad?

—Algo es algo. ¿Usted qué quiere dar por todo?

—No he de ser yo quien deba decir eso,— repuso Ramón. —El que vende es el que pide.

—Pues bien; en ese caso, la mitad del importe del negocio.

—¿La mitad?— exclamó Ramón sorprendido. —¿Es decir,

que de los treinta y cinco mil duros que le he pedido, he de dar diecisiete mil quinientos?

—Justamente.

—Vaya, don Roque, lo que es de ese modo no haremos negocio.

—Porque V. no querrá.

—No, porque V. no se pone en condiciones.

—¡Dale bola! Si no soy yo...

—Pues el que sea. ¿En qué cabeza cabe que yo, que soy el que corro el riesgo principal, yo, el que ha concebido el negocio y quien lo ejecuta exponiéndome á que me cojan, vaya á darles á Vdes. la mitad de lo que me produzca el riesgo que he corrido? No señor, ni por pienso.

—Hombre, me parece que riesgo también ha corrido el que ha hecho los billetes, que le representan un gasto de consideración, como á V. no se le debe obscurecer, y que tan gran favor le hará, puesto que sin eso nada podría realizar.

—Por esa misma razón, yo estoy dispuesto á dar la tercera parte; pero que no se me pida nada más, porque no doy ni un céntimo.

—Hombre, ¿y no habrá ninguna comisión para mí?—dijo don Roque, tratando de sacar el último partido.

—Si el otro se la quiere dar, que se la dé; yo, por mi parte, no puedo hacer nada más.

—Pero hombre, si la comisión...

—No es nada, ya lo sé, pero ¿qué quiere V. que le diga? no doy nada más.

Ramón se expresaba de tal modo, que don Roque temió que se le volviera á escapar.

—Vaya, que si no fuera porque, como ya le he dicho, me inspira V. confianza y simpatía, no daba paso alguno para ese asunto.

—¿Es decir que me va V. á ayudar?

—Haré lo posible al menos.

—Y yo le doy un millón de gracias.

—¿Y para cuándo necesita V. ese dinero?

—Para el sábado.

—¡Demonio! ¡Si que va V. deprisa!

—Pues no puedo prescindir de tenerlo para esa fecha, porque sino, tal vez tuviera que esperar algún tiempo para que se presentase otra ocasión propicia.

—En fin; yo hablaré, y mañana véngase V. por la fábrica

—¿A qué hora?

—Por la tarde. Estaremos los dos solos y podremos hablar mejor.

* * *

Cuando Ramón se separó de don Roque, murmuró:

—Ya sabia yo que este hombre concluiría por ceder. Un poco duro ha estado, pero ¡qué demonio! yo en este asunto no voy á arriesgar otra cosa que el pellejo, y justo es, por lo tanto, que quien me facilita los elementos, recoja algo de fruto.

Aquel dia estuvo más cariñoso con Rosalía.

—Pero *chiquiyo*,—le decía ésta sorprendida por el cambio que advertia en él,—¿qué demonio tienes? ¡Gracias á Dios que has dejado aquella cara de justo juez, que tantas *faitigas* me daba!

—Es porque me parece que me voy á armar, Rosalía.

—¿Cómo?

—Ya era tiempo de que yo hiciese algo y que no estuviera viviendo á costa tuya.

—Pero *¡chavó!* que malos *mengües* me lleven si se me h

ocurrido nunca pensar *naita* de lo que á tí te se ocurre. Ten cuidado no vayas á hacer alguna.

—No sé por qué, pero me parece que el plan es muy seguro.

—Muy seguro creias el de Barcelona, y mira tú cómo te la dió aquel grandísimo *arrastrao*. Vamos á ver, *chiquiyo*, cuentámelo *toito* que yo te diré si estas *acertao* ó no.

—No hubiera querido decir nada hasta que estuviera hecho, pero como tú tienes que ayudarme también...

—¿Quién, yo? ¿Que yo te he de ayudar? ¡Bendita sea María Santísima! ¡Y cómo le voy á pedir que me ayude para hacer todo lo que tú quieras! Anda, hijo, menea la *muy* (la lengua) y sepa yo en que te *pueo* servir.

Ramón entonces dijo á su querida el plan que concibiera y los medios con que contaba para realizarlo.

Con profunda atención estuvo escuchándolo Rosalía.

Sus hermosos ojos negros expresaban el asombro que le causaba el relato de su amante.

Y cuando hubo concluído, le dijo tocándole con la mano la frente:

—Pero oye, niño, ¿sabes tú que tienes mucho *pesquí*? Si eso no se le ocurre sino á un *timaor* muy ducho y muy *esperimentao*. Por supuesto, que la cosa tiene muchos *pelendenques*, ¿estás tú? En fin, cuenta con que yo estaré á tu *vera* y lo que tú no consigas de una manera, veremos si lo consiguen estos ojitos.

De sobra conocía Ramón el poder que tenían los ojos de su amada.

* * *

El día siguiente, estuvo, como había quedado con don Roque, en su casa.

El viejo le dijo inmediatamente:

—¡Vaya, paisano, que ha tenido V. suerte!

—Pues me alegro, porque eso quiere decir,—contestó R
món,—que podré contar con ese papel.

—Trabajillos ha costado el decidirles, pero yo he respo
dido por V., y... vamos, que está hecho.

—Pues tantas gracias, don Roque.

—Eso no las merece. Lo que yo quiero es que salga u
ted adelante, porque de esa manera todos podrán vivir.

—¿Y V. no?

—Yo con lo que tengo estoy contento. Esa fábrica
jabón me dá lo suficiente para atender á mis gastos y v
mos andando.

—¡Ya! Buen pez está V., don Roque.

—Todos me dicen lo mismo y no sé por qué.

—¡Vaya, vaya! ¿Conque me da V. ese papel?

—¡Yo! Pero si no lo tengo, si no soy yo, vuelvo á repet
quien se ocupa en esas cosas. El papel lo recibirá V. en
casa.

—¿Cuándo?

—Tal vez hoy, y si no, mañana.

—¿Quién lo ha de llevar?

—Tanto como eso, no sé yo. A mí me han dicho que se
enviarían á V.

Efectivamente, al anochecer de aquel día, Ramón recib
de manos de su mandadero, un paquete perfectamente lacr
do, dentro del cual iban los treinta y cinco mil duros en b
lletes de quinientas pesetas.



CAPITULO XLIII

Cargamento á la orden

Hacía bastantes dias que la *cantaora* observaba que su amante leía con extraordinario afán los periódicos de Marsella.

También observó que Ramón preguntaba á los que frecuentaban el café donde ella lucía sus habilidades, varias cosas referentes á asuntos comerciales, que la hicieron decir algunas veces:

—Pero oye, tú, ¿vas á dedicarte ahora al comercio?

Ramón se sonreía y no la contestaba.

Sin embargo, seguía preguntando y estudiando lo que le decían respecto á las preguntas que dirigía.

Rosalía concluyó, finalmente, por no hacerle caso, y no se volvió á acordar de aquel incidente hasta el momento en que su amante la habló del modo que hemos visto en el capítulo anterior.

—Conque, vamos á ver,—dijo la joven después que se hubo enterado del proyecto de su amante.—¿Cuándo vamos á empezar á trabajar, niño?

—Pues en seguida, porque el barco, según lo que dicen los periódicos de hoy, llegó ayer.

—¿Y he de ir yo contigo?

—No, déjame primero que prepare el terreno.

Ramón había meditado perfectamente su plan.

Nada había echado en olvido en él, y en su consecuencia se dirigió al muelle y preguntó á uno de los marineros:

—¿Dónde está *La Bella Hortensia*?

—¿Es una goleta que ha llegado de Jamáica ayer tarde?

—Sí señor, la misma.

—Pues mire V., por allá abajo debió atracar, siga adelante y pregunte que ya le darán razón.

Ramón siguió en la dirección indicada por el marinero, y próximamente por el sitio que le indicara, sin necesidad de hacer nuevas preguntas, leyó en la popa, el nombre que buscaba.

La Bella Hortensia era una hermosa goleta matriculada en Hamburgo, que habia llegado á Marsella, procedente de América, en cuyos puertos habia tomado carga para Europa y en Jamáica la completó con espíritus.

Las mercancías venían consignadas á diferentes casas marsellesas, pero los espíritus venían á la orden.

Ramón llegó al barco y preguntó por el capitán.

* * *

Éste se hallaba á bordo y acudió inmediatamente á ver qué quería la persona que por él habia preguntado.

Ramón fijó una mirada escrutadora en el semblante de

Cornelio Holler, que así se llamaba el marino, y comprendió desde luego que tenía de habérselas con un viejo lobo de mar, astuto y taimado, pero codicioso como el primero.

—Según he visto,—le dijo,—trae V. á bordo una buena partida de espíritus.

—Sí, señor; me hacía falta para completar la carga un pico, y en Jamáica tomé ron, alcoholes y algunas drogas.

—Mal hizo V., sobre todo teniendo que venir á Marsella, donde en estos momentos hay ocho ó diez buques que han traído lo mismo. El mercado está lleno y, por lo tanto, los precios han bajado en gran manera.

—Que le hemos de hacer,—contestó el capitán,—si aquí no los despacho bien, me iré á otra parte.

—Yo soy representante de dos ó tres casas de Valencia y de Barcelona y tengo encargo de comprar por valor de veinte ó veinticinco mil duros. Veremos los grados que tienen los alcoholes que trae, y si nos convenimos en el precio, tal vez pueda evitarle que visite otro puerto.

—Me alegraría. Lo que sí le puedo asegurar es que mi mercancía es toda de primera.

—Ya verá V., eso dicen todos y después nos encontramos como sucede ahora, con los espíritus que hay en la plaza, que los han preparado ya, y los unos han perdido grados y los otros han aumentado, en fuerzas de las mezclas que les han hecho. Así es que hasta que no los probemos, V. ha de permitirme que ponga en cuarentena los elogios de su mercancía.

—Haga V. lo que quiera, pero no tardará en convencerse de que Cornelio Holler no engaña á nadie.

Bajaron á la bodega, hiciéronse las pruebas convenientes; Ramón, merced á los estudios que había hecho en los

dias anteriores, pudo echárselas de inteligente, y dijo cuando estuvieron en la cámara del capitán:

—Me parece que si V. se pone en razón, haremos negocio.

—Crea V. que yo no deseo otra cosa.

—Lo mismo me sucede á mí, porque ya tengo deseos de regresar á mi país, aligerado del peso y de los cuidados que me ocasiona el dinero que llevo encima. Se empeñaron mis principales en darme papel español, y amigo esto me ha ocasionado muchos quebraderos de cabeza.

—Mal hecho; porque una vez aquí ha podido V. cambiarlos por moneda francesa.

—No; prefiero hacer el descuento del cambio al realizar la compra, porque supongo que lo mismo que á V. ó á cualquier otro vendedor, igual ha de darles que sea el dinero de España que de Alemania, siempre y cuando que se bonifique el cambio.

—Lo que es á mí, me tiene sin cuidado. El dinero siempre es dinero.

—Conque, vamos á ver si nos entendemos.

—Si conmigo se entiende todo el mundo.

Entonces dió comienzo una verdadera lucha de sutilezas, de astucias, aprovechando cada uno la más ligera contradicción del otro, regateando hasta un céntimo y demostrando Ramón que conocía el negocio y la persona con quien trataba, y el capitán, que era un pez muy largo, desconfiado como él solo, y á quien no era fácil que se pudiera coger en un renuncio.

Por fin, después de hablar mucho, de fingir Ramón que ya no le agradaba el negocio, y el capitán que tampoco le convenía, llegaron á una avenencia, que era lo que realmente deseaban los dos, quedando concertada la venta en veinticuatro mil duros.

—Vamos, que va V. á llevarse una partida,—decía Holler,—que aun pagados los portes á las dos plazas á quienes usted representa, ha de dejar un doble ó un triple, de su valor.

—¡No tanto, hombre, no tanto!

—Sin duda que no sabré yo la diferencia que hay entre los espíritus que yo traigo y los que hay aquí...

—¿Quiere V. alguna cantidad á cuenta?—dijo Ramón, echando mano á la cartera, que mostró atestada de billetes.

—No hay necesidad, porque me parece no ha de engañarme V.

—Si quiere, le pago ahora mismo el importe de la venta.

—No, señor; el capitán Holler no hace eso jamás. Cuando empiece V. á descargar, entonces, es diferente.

—Es que yo voy á empezar esta misma tarde, si puede ser. Hace ya dos ó tres días que tengo apalabrados los wagones para Barcelona. En cuanto á los de Valencia, va á salir mañana el vapor *Tajo*, y á ese trasbordaremos lo que deba ir allá.

—Como V. quiera.

—Por eso le he dicho que si quería algo á cuenta.

—Si V. se empeña... el dinero nunca viene mal.

—Vaya, tome V. mil seiscientas pesetas, y esta tarde le daré el resto.



Cornelio no podía menos de mostrarse satisfecho del buen resultado de su operación.

Sus pardos ojillos brillaban de codicia, al fijarse en aquella cartera tan repleta de papel.

Ramón estrajo de uno de los paquetes cuatro billetes, q
entregó al marino, diciéndole:

—Ahi tiene V. mil seiscientas pesetas. Todo el resto
dinero lo tengo en billetes de á quinientas; así es que no p
do darle ninguno más pequeño, porque esos los tenia pa
mi gasto particular.

—Lo mismo da.

—Infórmese V. cómo está el cambio, que yo también ha
lo mismo, y con eso, á la tarde, podremos ponernos
acuerdo los dos.

—¿Por qué no hace V. una cosa?

—¿Qué?

—Véngase V. á comer conmigo á bordo. Tengo un ma
nero que guisa admirablemente.

—Lo que debe V. tener son unos vinos...

—Buenos son; tengo un Madera y un Rhin, de diez año
En fin, ya los probará V. después. Ahora voy á firmarle
recibo.

—El recibo ¿de qué?

—¡Hombre! de esas mil seiscientas pesetas que me
dado.

—¿Quiere V. callar? Ya las incluiremos después en el
cibo general.

—Como V. quiera. Yo lo decía por la formalidad.

—Como que V. no me las ha de negar...

—Eso sí que no; aunque me hubiera V. dado veinte r
esté seguro que se las reconocería siempre.

—Conque, ¿estamos entendidos?

—Sí, señor; puede V. empezar cuando guste á desemb
car las pipas. Que le espero á V. á comer.

—No sé si podrá ser.

—¿Por qué?

—Diré á V. He traído á mi señora á que viera Marsella, y no es cosa de dejarla sola en la fonda.

—Pues hombre, tráigala V. también. ¿Se ha embarcado alguna vez?

—No por cierto.

—Pues que venga; con eso sabrá lo que es una comida de marinos.

—Muchas veces me había dicho que tenía ganas de comer á bordo, cuando yo le elogiaba lo perfectamente que se tratan Vdes.

—Pues vea V. por dónde puede satisfacer su deseo.

—Nada, que acepto la oferta, y hasta después. Con eso, de sobremesa me firmará V. el recibo, le entregaré el dinero, y listos.

—Como V. guste.

—Entretanto, á la una, enviaré los mozos y los carros.

—Y yo voy á dar las órdenes para que vayan subiendo las pipas.

Poco después se separaban Ramón y el capitán, completamente satisfechos uno de otro.

Holler, para saber de una manera positiva á cómo estaba el cambio, desembarcó y se dirigió á la casa de un cambista, donde dió uno de los billetes.

Éste le hizo el descuento correspondiente, y el marino pudo ya formar juicio respecto á la operación que debía verificar más tarde.

Ramón, entretanto, con las muestras que había sacado de *La Bella Hortensia*, se dirigió á varios almacenistas y dejó ya colocadas algunas partidas que debía entregar por la tarde.

—Es necesario,—decía,—resarcirme del dinero que le he dado á ese hombre y tener para todos los demás gastos.



CAPÍTULO XLIV

El timo

RAMÓN se mostró infatigable durante todo aquel d
Después que hubo preparado todo lo conveni
te, así para la colocación de una parte del
nero, en Marsella, como para el transporte del resto, en
forma que indicó á Holler, se fué á ver á don Roque, á qu
dijo:

—Amigo mio, doy á V. gracias por su confianza, y
mismo tiempo vengo á devolverle el papel sobrante que t
go y que, como no he de utilizar, me apresuro á poner á
disposición.

—Pero, ¡válgame Dios! paisano. ¿Cómo le diré yo á V.
no soy ni tengo nada que ver con el dichoso asunto de los
lletes?

—Pero vamos, hombre, que V. está en relaciones muy
timas con los dueños de todo ese papel.

—Tanto como íntimas, no señor, pero sí que los conozco. ¿Cómo recibió V. esos billetes? Porque según la persona que se los haya llevado, con ella directamente se puede entender.

—Pues, no señor; no puedo entenderme.

—¿Por qué?

—Porque no sé quién es. Me los llevó á casa un mandadero, que se marchó antes de que pudiéramos decirle nada.

—Esa gente es muy previsora, paisano; aprenda V. de ellos.

—Lo que yo quiero ahora, es desprenderme de esa cantidad que para nada me sirve, y por la cual, tenía que pagar en virtud de ese contrato, una tercera parte también.

—Naturalmente. Y vamos, ¿planteó V. ya su negocio?

—Sí, señor.

—¿No puede saberse todavía en qué consiste?

—No señor. Cuando V. lo sepa, será cuando ya esté realizado y traiga la cantidad consabida. ¡Quién sabe si esto sucederá dentro de un par de días!

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

—Pues ¡ya lo creo! Yo comprendo que en los negocios se deben emplear meses en pensarlos; pero si es posible, horas únicamente para su realización.

Don Roque miró atentamente al mozo, reflejándose en su rostro la satisfacción que le causaba oirle expresarse de aquel modo.

—Vaya, paisano,—dijo después,—me parece que va V. á ir muy lejos si camina de ese modo.

—No sé lo que sucederá ni hasta dónde llegaré, pero le aseguro que procuraré ser algo más cauto que la primera vez que quise hacer un negocio.

—¿Le salió á V. mal?

—Y tanto.

—Eso suele suceder á muchos. Y siempre es bueno, porque de los escarmentados, dice el refrán que salen los avisados.

—Lo que le digo es, que si este me sale bien, ya puede compensar con creces el mal éxito del primero.

—De manera que aquí me entrega V....—dijo don Roque, mirando el paquete que Ramón le había dado poco antes.

—Cinco mil duros, que no me hacen falta.

—De modo que se queda V. treinta mil.

—De los cuales, en virtud de nuestro contrato, he de entregar á V. diez mil.

—Lo que no comprendo es, como ya que se ha comprometido colocar treinta mil, no distribuye también estos.

—Porque no quiero comprometerme, y si yo empezara á distribuir ese papel, podría ocurrirme algún percance y no quiero que tal suceda.

—Esa es otra cosa que no comprendo. Pues si distribuye usted lo más, ¿por qué no ha de hacerlo de lo menos?

—Cuando V. se entere de la operación, comprenderá la razón que tengo para obrar así.

* * *

Mientras Ramón se ocupaba de todo esto, habíanse presentado en el muelle los carros enviados, para recoger el género de *La Bella Hortensia*.

El capitán Holler no tuvo reparo alguno en dejar que se lo llevaran, porque no podía ni debía mostrarse exigente ni desconfiado, con quien se le había presentado desde el primer momento tan franco y tan complaciente.

Por otra parte, Ramón le había dicho que iría después para ultimar el contrato, y no era cosa de descontentar á un comprador de tan altos vuelos.

Porque, en realidad, el negocio no podía ser mejor para el capitán.

Llegar el día anterior, y á las veinticuatro horas tener vendida la mayoría de los artículos que llevaba á la orden, era un hecho que argüía una suerte extraordinaria.

A la hora convenida, Rosalía y Ramón llegaron á bordo.

La andaluza había desplegado todos los recursos de la coquetería para realzar sus encantos.

El buen alemán quedóse deslumbrado, si así nos podemos expresar, ante aquel meteoro de belleza y de seducción.

—Vamos, señor Holler,—le dijo Ramón presentándole á Rosalía.—Ya ve V. que hemos aceptado su oferta y aquí tiene V. á mi esposa.

—Me agrada mucho conocerla,—repuso con alguna torpeza el capitán,—y lo único que siento es lo indigno del lugar en que voy á recibirla.

Como la conversación sostenida entre Ramón y el capitán era en francés y Rosalía no podía alternar con ellos, volvióse hacia Ramón y le dijo:

—Pero, oye tú, ¿vais á estar hablando así hasta el día del juicio? Porque mira, niño, que no me hace *naita* de gracia estar aquí hecha un pasmarote, mientras vosotros estáis hablando en *gringo*.

—¿Qué dice la señora?—preguntó el alemán, devorando con la mirada el rostro encantador de Rosalía.

—Qué ha de decir,—repuso Ramón,—que como ella no comprende el francés, se aburre de ver que no puede alternar en nuestra conversación.

—Pues vamos á comer,—repuso alegremente Holler.—Ese es un lenguaje que todo el mundo lo comprende.

—Desde luego.

—Dígale V. á la señora que aquí no espere una comida

como ella se merece y como yo desearía que la tuviese. Aq se come como comemos los marinos.

—Pues si precisamente eso era lo que ella quería.

—Pues nada, nada, vamos á comer.

Ramón transmitió lo que el capitán había dicho, á Ros lía, la cual le hizo un gesto graciosísimo que hizo enrojece se el mofletudo rostro del viejo marino.

Poco después, estaban sentados en la cámara del capitá éste, Rosalía y Ramón.

* * *

A pesar de lo que había dicho Holler, el cocinero de á bo do se había excedido, y todos los platos resultaban excelente

Los vinos también, como habia dicho el marino, eran d primera, y las repetidas libaciones, á la par que encendían l mejillas de los tres, llevaban á los ojos una vivacidad y un alegría extraordinaria.

Rosalía, insiguiendo el plan formado por Ramón, estab mareando, si así nos podemos expresar, al flemático mar no, que miraba de una manera ansiosa á la esposa de s comprador.

Ramón fingía estar más alegre de lo que estaba en real dad, diciendo más de una vez:

—¡Pero vaya, señor Holler, que este Madera no tiene pr cio! Pues ¿y este Burdeos? Vaya, que ya me resignaba estar á bordo seis meses seguidos, si me aseguraban usted una comida como esta. ¡Otra copita, señor Holler!

Éste, entre las miradas incendiarias de Rosalía, algú roce de pies que hubo, por debajo de la mesa, y el no quer desairar á Ramón cuando le invitaba á beber, concluyó p encontrarse mareado en realidad.



¿Tan pronto quieren Vdes dejarme?

Los dicharachos, las carcajadas, las alusiones más ó menos picantes cruzadas entre los dos hombres, habían llegado á su grado máximum.

Este fué el momento elegido por Ramón para ultimar el contrato.

—Vaya, capitán, — dijo mientras servían el café, — muy bien se está á bordo, pero después de una comida semejante, lo que necesita uno es descansar.

—Pues descanse V.,—dijo Holler, dirigiendo una picaresca mirada á Rosalía, que no pareció disgustarse por su significación.—Ahí tiene mi litera.

—Muchas gracias, pero á mí me gusta dormir en mi cama. ¡Demonio! que vinillo tiene V. aquí y cómo se sube el pícaro á la cabeza. Vamos, vamos, que voy á darle á V. los veintitres mil setecientos sesenta duros que le faltan; me firmará usted el recibo correspondiente y nos iremos al hotel. ¿No te parece, Rosalía?

La joven contestó afirmativamente.

—Pero si no hay prisa. ¿Tan pronto quieren Vdes. dejarme?

—Lo que es yo, sí; se lo confieso ingénuamente. Ya tengo ganas de verme, descansando en mi cama. Conque pida usted papel y pluma, y vamos á contar.

Holler no tuvo más remedio que acceder á lo que quería Ramón.

Este sacó varios paquetes de billetes de Banco y empezó á contarlos, poniéndolos en montones de mil duros.

Holler seguía con los ojos la cuenta de Ramón.

Parecióle que había contado más de lo que en realidad tenía que darle, y no quiso hacerle advertencia alguna, pensando muy juiciosamente, que él no debía ser responsable de lo que hiciera aquel hombre que estaba medio bebido.

Efectivamente, Ramón había contado quince billetes m
de lo estipulado, diciendo al presentárselos al alemán:

—Ahí tiene el resto de la cuenta, mire si está bien.

—¿Pues no la ha contado V. ya?

—No importa, no importa; las cuentas claras hacen
buenos amigos. Voy á extender el recibo.

Cornelio Holler repasó á la ligera los montones de bille
y advirtió que había mil quinientos duros más de la cantid
estipulada.

Pero se guardó muy bien de hacer advertencia algu
«Al fin y al cabo está medio borracho» pensó.

Entretanto, Ramón había hecho el recibo, determinar
en él la clase de billetes en que había hecho el pago, y
equivocación sin duda, según creyó el marino, fijaba
eran de cuatrocientas pesetas.

Acordaron el cambió, aumentó entonces la cantidad R
món, haciéndolo constar así en el recibo y se lo present
capitán para que se lo firmara.

Éste vió la cantidad y aun cuando reparó en lo que de
de los billetes, no le dió importancia alguna, juzgándo
como ya hemos dicho, equivocación propia del estado
que se hallaba el joven.

Éste recogió el recibo firmado, se lo guardó y dijo:

—Vaya, ahora á descansar unos y otros, que yo al men
tengo mucha necesidad de ello. Mañana, en una hora,
parece que podrá quedar desembarcado todo lo que fa
porque esta tarde se ha trabajado bien.

—Si no en una hora,—repuso el capitán,—en tres ó cua
quedará todo listo.

—Es que el *Tajo*, creo que zarpa para Valencia á las d
de la mañana.

—Pues, que sean esas las primeras pipas que se lleven

—Asi lo haremos.

—Por supuesto, que ya estaré yo aquí bien temprano.

El bueno de Cornelio hubiera deseado que permaneciese allí por más tiempo Ramón, no tanto por él cuanto por Rosalia, que si no sabía hablar en francés, en cambio sabía mirar y sonreir de un modo comprensible para toda clase de nacionalidades.

Pero Ramón que había realizado su negocio, estaba deseando salir de allí.





CAPITULO XLV

Después del timo

El día inmediato amaneció lleno de alegría y de felicidad, lo mismo para Ramón y Rosalía, que para el capitán de *La Bella Hortensia.*

Todos creían haber hecho un gran negocio.

El hamburgués, porque había despachado en una sola mano todo el género, ó la mayor parte, que traía, á la orden.

Ramón, porque en una sola jugada había ganado lo bastante para no tener que pasar apuros en algún tiempo.

Y de tal modo tomó sus medidas y tan perfectamente lo calculó, que cuando el alemán pudiera darse cuenta de la falsedad del papel que se le diera, ya la mercancía sabe Dios dónde habría ido á parar.

Rosalía no cabía en sí de contenta.

Su amante se había crecido ante su vista, en un momento, de una manera fabulosa.

Con ese apasionamiento que suelen tener las mujeres de su clase, habíase llegado á enamorar de Ramón, en términos que para ella, no había como él, otro hombre en el mundo.

Y trabajaba para él y no se la ocurría pensar en los defectos que tenía el joven, ni en que él era quien debía ganar para mantenerla y atender á sus obligaciones.

Que él estuviera contento, era su único deseo, su verdadera alegría.

Tal vez, sin que ella misma se pudiera dar cuenta de ello, en el fondo de su pensamiento existiría el deseo de verle tomar la iniciativa para algo, que emplease su actividad en alguna empresa arriesgada, aun cuando por realizarla corriera el peligro de ir á la cárcel.

Ella le sacaría de allí. Toda clase de sacrificios estaba dispuesta á hacer por él, y Rosalía tenía una gran seguridad de conseguir lo que una vez se propusiera.

* * *

Pensando así, fácilmente se puede comprender cuál no había de ser su alegría, viendo de qué modo Ramón había demostrado su existencia en el mundo del crimen.

Aquel *timo* era de primer orden.

Rosalía estaba orgullosa de su amante.

Con otra educación, subsistiendo en otros medios, la andaluza habría sido un modelo de abnegación y de cariño, embelleciendo la existencia del hombre amado.

Ella le habría inspirado las más grandes ideas é impulsado á los hechos más heroicos.

En el medio ambiente que viviera, aspirando solamente

los hálitos del vicio, habíase viciado también, y todo cuan
á crimen se refiriera, era lo que la halagaba.

La acción de Ramón, esencialmente criminal, la ent
siasmaba, porque le demostraba en su amante, una intel
gencia superior y una sangre fría á toda prueba.

El crimen vulgar, la puñalada, el *atraco*, el robo en cu
drilla ó la ligereza de manos para *tomar* un reloj ó un alfile
no la seducía.

La sangre la horrorizaba.

Pero el *timo* á la alta escuela, como el realizado con H
ller, la tenía encantada.

—¿Dónde vas?—preguntó á Ramón al verle que se disp
nía á salir de su casa.

—Al puerto. Es preciso que active el desembarque de
que falta,—repuso el joven.

—Si yo creí que nos íbamos á marchar de Marsella.

—Por ningún estilo. Aquí permaneceremos todavía alg
tiempo.

Rosalía le miró asombrada.

—¿Lo has pensado bien?—le dijo al cabo de algunos m
mentos.

—¡Ya lo creo! No hago más ni menos que seguir el pl
que me había trazado.

—¿Pero y si ese hombre descubre lo de los billetes?

—Ya he contado con ello,—repuso tranquilamente R
món.

—Y te cogerán.

—Lo sé. Eso al menos es lo lógico.

—Pero *chiquiyo* ¿estás en tí? Tú quieres que me ahogu
las *penitas* al verte en la cárcel, y...

—Saldré pronto.

—¡Ay, *chavosito* de mi *arma!* En la cárcel se sabe cua

do se entra, pero nunca cuando se sale, y en esta tierra donde *toito er* mundo *ice* que se hila más delgado que en la nuestra...

—Pues así y todo, no tendrán más remedio que echarme á la calle; cuando yo te lo digo...

—Dios y la *maresita é* las Angustias te oiga. Pero ya me has dicho lo bastante para que no me llegue la camisa al cuerpo. ¡*Várgame* María Santísima! ¡Y qué ratos voy á pasar!

* * *

Ramón, como había dicho, se marchó al puerto.

Con el pretexto del embarque de las pipas que debían ir á Valencia, había empezado desde muy temprano las operaciones para la extracción de lo que faltaba.

Cornelio Holler se levantó más tarde que de ordinario.

La satisfacción de haber hecho un buen negocio y la suculenta comida de la tarde anterior, hicieron que el alemán no se apresurara á dejar su camarote, tan temprano como de ordinario.

Cuando apareció sobre cubierta, allí vió á Ramón dando sus últimas disposiciones.

—Poco hemos madrugado, capitán,—dijo éste;—se conoce que no tiene mucho que hacer.

—Algo hay de eso,—repuso Holler.—En cambio veo á usted, como si le urgiera tanto sacar el género.

—Ya sabe la razón. *El Tajo* va á zarpar muy pronto y sólo por un favor especial me admitirá ya la carga.

—¿Y la señora?

—Perfectamente, y deseando que otra vez la invite V. á comer,—repuso Ramón sonriéndose.

—Cuando quiera. Mientras yo esté en el puerto, ya lo saben ustedes.

—Mil gracias; pero yo también marcharé, tal vez mañana, á Barcelona y Valencia, y como comprenderá no me la he de dejar aquí.

—No se marche tan pronto y con eso podremos tener otro dia tan agradable como el de ayer.

—Ya veremos. Pero ¿qué es eso? ¿Va V. á salir?

—Sí, señor. Pero volveré muy pronto. No voy más que á hacer un pago y en seguida me tendrá aquí, digo, si es que todavía le encuentro.

—¡Vaya, como que no me moveré hasta que no me lo deje todo arreglado!

—Ya veo que es V. un hombre muy activo.

—No hay más remedio.

—Pues hasta luego.

—Vaya V. con Dios.

Y Ramón, tan luego se hubo alejado Holler en dirección al interior de la ciudad, se quedó murmurando:

—Ahora se va á descubrir la cosa. Éste va á pagar con los billetes que le dí y si tropieza, como tropezará, con quien los conozca, ya estamos en el fregado.

* * *

Efectivamente, las suposiciones de Ramón eran fundadas.

El capitán de *La Bella Hortensia* habia cogido un paquete de billetes, con el propósito de cambiarlos por papel francés.

También tenía que hacer algún pago, pero el principal objeto fué el del cambio.

Tan luego entró en casa del cambista le dijo:

—¿Podría V. cambiarme veinticinco mil duros de papel español, en billetes franceses?

—¡Mucho dinero es!—repuso el cambista.

—¿Qué cantidad podría V. cambiar entonces?

—La mitad. ¿Pero de dónde ha sacado V. tanto papel español?

—Una venta que hice anteayer, y acepté para el pago billetes españoles.

—¿Le abonaron á V. el cambio?

—Desde luego.

—Entonces no ha perdido V. nada. ¿Cuándo traerá los billetes?

—Ahora tengo aquí cinco mil duros, conque si quiere...

—Voy á ver, como estoy de papel.

—Si no tiene bastante, también tomaré plata.

El cambista se dirigió hacia el interior de la tienda y poco después volvió diciendo:

—Venga, venga ese papel.

Cornelio sacó los billetes y se los entregó á su interlocutor.

—¡Vaya una cosa rara!—dijo éste,—todos son de quinientas pesetas.

—Sí, señor. El pago total me lo hicieron así.

—Precisamente creo que debo tener dos ó tres billetes de la misma cantidad.

Y abrió el cambista la caja y sacó dos billetes.

—Pues no tengo más que dos,—dijo.

Y se puso á compararlos con los que Cornelio le habia entregado.

—¡Otra rareza! — dijo al cabo de un momento. — Unos y otros son de la misma emisión y observo unas diferencias muy notables.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó el capitán sorpr
dido.

—Nada, nada.

Y el cambista cogió uno de los billetes que el alemán
había dado, y dijo á uno de sus dependientes que lo llev
á otra casa de cambio.

La respuesta que trajo, fué terrible.

El billete era falso.

—Ya me lo había parecido,—dijo el cambista.—Todos
tos billetes están en el mismo caso.

—¡Pero si esto no puede ser!—exclamó Cornelio con
temblorosa por la emoción.—Si éstos fueran falsos, lo ser
igualmente todos los que tengo en el barco.

—Pues lo serán igualmente. Es muy extraño que to
sean de la misma serie y de una cantidad idéntica, tratán
se de una suma como la que me ha dicho.

—Sí señor, veinticinco mil duros. Me los ha dado un ag
te español, ayer tarde, y no puedo creer que me haya en
ñado así.

—Dueño es V. de ir á otra parte y hacerlos mirar
quien quiera. Cerca de aquí está el consulado español y
le dirán...

* * *

Cornelio no tuvo más remedio que recoger nuevame
sus billetes y lleno de angustia se dirigió á otras casas,
quiriendo por fin la convicción de que era falso todo el pa
que llevaba encima.

Ante una iniquidad semejante, quedó aturdido durante
buen espacio.

¿Qué hacer en la situación en que se hallaba? A

hombre ya debia haber sacado la mayoria de lo que quedaba, ó tal vez todo, ¡y sabe Dios dónde estaria ya!

Entonces se explicaba el chasqueado capitán aquella actividad, por la cual le felicitara pocas horas antes.

Era preciso sacar el género antes de que se pudiera descubrir lo que habia.

¿A quién recurrir entonces? ¿De quién valerse? ¿Qué sacaria ya con cogerle, si el género habia desaparecido?

El capitán sabia perfectamente lo que en semejantes casos sucede, que las autoridades, podrán tal vez coger á los criminales y castigarles, pero los particulares, con muy raras excepciones, recobran lo que les quitaran.

Lo que más desesperaba á Cornelio, era el haberse dejado engañar.

Cuando delante de él se habia hablado de las estafas de que habian sido víctimas otros compañeros suyos, se habia reido, diciendo que con él no sucederia lo mismo.

Y, sin embargo, habia caido de la manera más torpe que puede darse, y por una cantidad que realmente constituia una fortuna.

La idea de la burla que habian de hacerle, le devolvió toda su energia.

Se dirigió á la Prefectura y dió cuenta de lo que habia sucedido.

El Prefecto puso á disposición del capitán un comisario de policia y dió aviso de lo que pasaba al cónsul de España.

Holler se dirigió al muelle, dudando que ya estuviera en él Ramón.

—Sí, señor, ya sabe que se lo dije; y una vez que tengo y el género casi todo colocado, continuar aquí por más tiemp sería perder el dinero.

—¡Ya, ya! Bien aprovechado es V., amigo. ¿Diga V.? ¿Recuerda bien el pago que me hizo ayer?

—¿Por qué me hace V. esa pregunta?

—Demasiado sabe V. por qué.

—¡Yo! Pues si lo supiera no le hubiese dicho nada. ¡A de Dios que me gusta mucho decir palabras inútiles!

Entretanto el comisario estaba estudiando con profund atención al español, revelando la expresión de su semblant el efecto que le producía la impasibilidad con que afrontab la presencia de su víctima.

Holler, prosiguió:

—¿Conque no quiere V. decirme la cantidad que me d ayer?

—Pero hombre, si lo sabe V. tan bien como yo, ¿á qu viene ahora esa sandez?.

—Es porque quiero que lo oiga este caballero.

—¿Este caballero? No tengo el gusto de conocerle,—di Ramón volviéndose hacia el comisario.

—Y creo,—repuso éste,—que no le ha de causar mucl placer el hacer conocimiento conmigo. Soy comisario policía y deseo que conteste V. á lo que he de preguntarl

—No comprendo que tenga que ver conmigo el comisar de policía. Pero, en fin, pregunte V. lo que guste.

—El capitán dice, que ayer le hizo V. un pago...

—Sí, señor, veinticuatro mil duros por unos espiritu que el señor había conducido en su barco.

—¿Y recuerda V. en qué forma le hizo ese pago?

—¡Ya lo creo! No he de recordarlo, como que no traía m que papel español.

—¿Billetes de quinientas pesetas, eh?

—¡De quinientas! no, no señor; no sé si tendría alguno de quinientas, pero la mayoría, mejor dicho, el total del pago que le hice al señor, fué en billetes de cuatrocientas. Si él mismo debe recordarlo.

* * *

Esta contestación fué dada con una naturalidad tal, que el mismo comisario no pudo menos de quedarse un tanto desconcertado.

—Pero ¡qué está diciendo este ladrón descarado!—exclamó furioso el capitán.

—¡Eh! cuidado, mi amigo,—dijo Ramón, aproximándose en actitud un tanto agresiva al alemán;—cuidadito con lo que habla, si no quiere que le haga tragarse todas esas palabras.

—¡Lo veremos, so tunante!

Y Holler alzó el brazo amenazando á Ramón.

Pero éste, antes que el comisario pudiera impedirlo, dió un bofetón al capitán, produciéndose, como es consiguiente, gran alboroto entre toda la tripulación de *La Bella Hortensia* y demás marineros y cargadores que había por el muelle.

Ramón quiso repetir, y á duras penas pudieron los agentes de la autoridad evitar la colisión.

Poco después, estaban en la Prefectura, Ramón y el capitán.

También se encontraban allí los cónsules de Alemania y de España.

Ramón se quejó del atropello de que había sido víctima.

—Pero vamos á ver,—le dijo el cónsul,—¿de qué atrope-

llo quiere V. hablar, cuando precisamente es V. el culpable

—¿De qué?—preguntó Ramón.—¿Qué crimen es el mío, qué falta es la que he cometido?

—El capitán de *La Bella Hortensia*, dice que V. le ha pagado las mercancías que le tomó, en billetes de quinientas pesetas y que todos ellos han resultado falsos.

—¡Yo! ¿Que yo le he pagado en billetes de quinientas pesetas? Vamos, señor cónsul, á Dios gracias tengo una prueb para demostrar la falsedad de semejante imputación. Vea usted en qué forma le hice el pago á ese caballero.

Y al decir estas palabras, Ramón sacó la cartera, dejand ver en ella varios billetes de Banco, y mostrando al cónsul recibo que la noche antes le había firmado Cornelio Holle

—Aquí dice billetes de cuatrocientas pesetas,—exclam el cónsul después de haberlo leído.

Y volviéndose hacia el cónsul de Alemania, después mostrarle el recibo:

—Ya ve V., aquí bien claro lo dice. Y el recibo está toda regla.

*
* *

El cónsul de Alemania se enteró del recibo y pidió q entrase el capitán.

Una vez allí, le dijo el cónsul:

—Esta firma que hay aquí ¿es de V.?

—Sí, señor,—contestó Holler.

—Entonces ¿cómo dice V. que le han pagado en billetes quinientas pesetas, si reconoce aquí que el pago se le hi en billetes de cuatrocientas?

—¡Mentira, señor, mentira! Ya advertí que estaba pues de ese modo.

—¿Y por qué lo firmó V. entonces?

—Yo lo juro, por mi fe de hombre honrado, porque todo el mundo sabe que el capitán Cornelio Holler es un hombre honrado y que jamás ha faltado á su palabra.

—Pues lo que es ahora, bien está V. faltando á la verdad, — le dijo Ramón secamente.

—Señor cónsul, ó que se marche ese hombre, ó que se calle, porque no voy á ser dueño de contenerme y...

—¿Cómo habría yo pagado,—prosiguió Ramón,—en billetes de esa clase, cuando precisamente entre todos los que tengo, me parece que no hay ninguno así?

—Que le registren, señor cónsul, que le registren,—gritó desesperado el capitán.

—Pues que me registren en buen hora,—contestó Ramón.

El Prefecto dió orden para ello y, efectivamente, examinado cuanto llevaba Ramón en los bolsillos, se le encontraron dos billetes de cuatrocientas pesetas, algún otro francés, varios billetes españoles de cantidades más pequeñas y diversas monedas de plata y cobre.

—Vamos á ver, ¿dónde están los billetes que este señor le ha dado á V., capitán?—exclamó el Prefecto dirigiéndose á Holler.

—Algunos tengo aquí, pero el resto lo guardo á bordo.

Y el alemán sacó un fajo de billetes de quinientas pesetas.

—¿Dice V. que tiene á bordo el resto?

—Sí, señor.

—Que le acompañe á V. el comisario, y tráigase toda la cantidad recibida.

Hízose así, y mientras tanto quedó Ramón detenido en la Prefectura.

Ni un momento se desmintió la serenidad de que esta
haciendo alarde.

Quejándose de la vileza cometida por el alemán y ha
ciendo resaltar lo consignado en el recibo, tuvo muy bue
cuidado también de no decir entonces, como le habia dicl
al capitán, que representaba diversas casas de Valencia
Barcelona; sino que la compra la había hecho por su cuent

Cuando llegó el capitán, el Prefecto se hizo cargo en pr
sencia de los cónsules, de los billetes de que era portador.

—Todos son iguales,—dijo,—y todos son de quinient
pesetas. Vamos á contarlos. ¿Qué cantidad dice el recibo?

Miraron la cantidad, contaron los billetes, rectificaron
cuenta, diciendo el Prefecto:

—¡Si aquí resulta más dinero del que dice ese recil
¿Qué quiere decir esto?

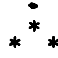
Y miró severamente al capitán, que no pudo menos
turbarse, empezando á comprender el lazo en que había caid

—Vea V., señor cónsul,—dijo al de Alemania, mostrá
dole los billetes.—Aquí hay mil y pico de duros más, y pr
cisamente son de la misma clase de papel.

—¿Usted qué dinero dice que entregó?—preguntó el cón
sul de España á Ramón.

—Veinticuatro mil duros.

—Y aquí resultan veinticinco mil ciento ochenta.



Nuestros lectores recordarán que Ramón habia entreg
do el día antes por la mañana, al capitán, mil seiscientas p
setas que le descontó, al darle por la tarde el resto.

—¿De dónde resulta este dinero que sobra?—preguntó
cónsul alemán á Holler.—Responda V.

—Todo me lo dió ese hombre,—repuso el capitán no atreviéndose á confesar que quiso aprovecharse del estado de embriaguez en que se hallaba Ramón, cuando observó que le daba más dinero del que debía.

—Ya comprenderá el señor Prefecto y lo mismo los señores cónsules,—dijo Ramón sonriéndose,—que no sería yo tan tonto que fuese á dar al capitán mil y pico de duros más. Me parece que su buen criterio ha de comprender que aquí no se ha tratado sino de justificar conmigo, otro hecho, que á los tribunales toca esclarecer. Aquí existe una falsificación, según Vdes. dicen, y ya han visto las contradicciones manifiestas en que el capitán Holler ha incurrido.

El alemán miró lleno de ira á Ramón y tal vez se hubiera lanzado sobre él, empeorando de este modo su causa, á no impedírselo los agentes de la autoridad.

El Prefecto, en cumplimiento de su deber, dió parte al juez de instrucción, se instruyó el proceso, el capitán y Ramón quedaron detenidos, pero finalmente y mediando también la influencia de Rosalía, Ramón fué absuelto y condenado el pobre capitán.

La coartada estuvo tan bien probada, que aun cuando en la mente de cuantos conocían á Holler, estaba que era inocente, le costó mucho el poder salir á la calle y abandonar el puerto de Marsella.

Cuando esto sucedió ya estaba Ramón en España y había vendido los espíritus y estaba divirtiéndose en grande, en compañía de su querida.

———— ————



CAPITULO XLVII

Ramón y Matasanz

Ya saben nuestros lectores quién era la persona de
nada á hacer el papel de notario, en la nueva fa
ideada por Emilio Matasanz.

Ramón había salido perfectamente de su causa de M
sella, y se dió la gran vida durante algún tiempo.

Después, provisto de documentos falsos y bien disfraza
estuvo en Barcelona y vió un día á Marcelino, con quien,
gún éste dijo á Emilio, había estado en la cárcel.

Uno y otro celebraron el encuentro, y, como es co
guiente, se habló de negocios.

—¿Lleva V. algo entre manos, ahora?—dijo Ramón.

—Yo siempre estoy pensando,—repuso Marcelino s
riéndose.—Los que no tenemos rentas, es preciso que
espabilemos para adquirirlas.

—Por medio de los demás. ¿No es esto?

—Es lógico. En el mundo no hay más que dos clases. Los explotadores y los explotados. Para no ser de los segundos, necesariamente hay que pertenecer á los primeros.

—Esa es la mía también. Si sabe alguna cosa, cuente conmigo. La sociedad me ha tratado mal la primera vez que quise trabajar para mí, y es natural que yo desee vengarme de la sociedad.

—Desde luego.

—Conozco muy poco ese mundo especial en que ustedes viven, y, por otra parte, hay también cierta clase de hechos que no se avienen con mi manera de ser. ¿Comprende usted?

—Lo mismo me sucede,—repuso Marcelino.—Tengo tanto corazón como el que más; pero eso de tener que usar el puñal ó la faca para ganar algo, no me agrada.

—Pues á su disposición me tiene, cuando sepa alguna cosa en que poder obtener lucro suficiente para los dos.

De aquí que Marcelino se acordara de Ramón, cuando Emilio le pidió uno, que supiera hacer el papel de notario.

Ramón reunía las mejores condiciones.

Era elegante, joven, sabía presentarse, hablaba dos ó tres idiomas, y tenía un aplomo y una serenidad á toda prueba, según hemos podido juzgar por su hazaña de Marsella.

El joven vivía bastante retirado, después que se estableció en Barcelona.

Había comprado una linda casita en San Gervasio, y en ella pasaba la mayor parte del tiempo.

Rosalía le amaba cada vez más.

Ella hubiera deseado la vida activa del peligro, el azar de la lucha; pero Ramón la decía siempre que no quería exponerla, ni exponerse, y que no daría un golpe, sin contar con la seguridad del triunfo.

* * *

Un día, Marcelino fué á verle á su casa de San Gerva
Después de los saludos consiguientes, le dijo:

—Vaya, puesto que V. me dijo que cuando algo supi
que contase con V., hoy que se presenta un buen nego
aquí me tiene.

—Perfectamente. Usted me dirá lo que es y si yo lo ju
aceptable, mantengo mi palabra de ayudarle.

—Diré á V., yo no llevo la dirección del asunto. Es o
que sin disputa alguna, es lo que más vale en el oficio.

—¡Hola!

—Sí, señor. Cuanto yo pueda decirle es poco en com
ración con la realidad. Sangre fría, rapidez y claridad en
compresión, y seguridad en los medios, para conseguir el
todo lo reune Emilio Matasanz.

—No me es desconocido ese nombre.

—¡Qué ha de serle, si su fama es general! Como le
dicho, dudo que haya otro que reuna sus condiciones.

—Y ¿qué negocio es ese? Vamos á ver.

—Yo no le conozco en detalle, pero algo he podido a
vinar.

Entonces Marcelino se puso á referir á Ramón, lo que
se figuraba respecto al plan de Emilio.

Aun cuando éste nada, como sabemos, dijo en concret
Marcelino, como que había falsificado firmas y docume
tos, según las minutas que se le dieron, hemos de confes
que se relacionaba mucho lo que él pensaba con el prop
sito de Matasanz.

Ramón le estuvo escuchando atentamente.

Y cuando hubo concluído, le dijo:

—Pero vamos á ver: ese notario, ¿para qué sirve? ¿Qué ha de hacer?

—Indudablemente ha de servir para redactar algún documento. Usted debe recordar muy bien todas las fórmulas usadas en su escribanía.

—Sí, señor. Ya las recuerdo.

—¿Y está V. conforme en aceptar?

—Lo primero de todo es que yo me ponga al habla con ese caballero, y sepamos bajo qué condiciones voy á trabajar. Usted no puede decírmelas, según manifiesta, y, por lo tanto, estoy verdaderamente á obscuras.

—Tiene V. razón. En fin, yo hablaré con Emilio y veremos lo que dice. De modo, que en principio, V. no rechaza el propósito.

—No, señor.

—Entonces, me parece que todo se arreglará. En cuanto el proyecto esté en vías de realización, vendré á buscarle.



En virtud de esto, Marcelino dijo á Emilio que podía contar con el notario, y el día en que Matasanz le dijo que ya podía instalarse el notario en la casa buscada al efecto, Marcelino le indicó lo que Ramón le había dicho.

—Que venga con V.,—repuso Emilio.—Al mismo tiempo les diré á uno y otro, la participación que llevan en este asunto.

Efectivamente, Ramón se presentó en casa de Emilio.

Éste fijó su penetrante mirada en Ramón, é indudablemente le dejó satisfecho aquella impresión, porque le tendió la mano, diciendo:

—Sea V. bien venido á formar parte de nuestra Sociedad.

—Mil gracias,—contestó el joven,—pero como la franq
za y la lealtad me parece que son muy necesarias, tanto p
que yo acepte como para que V. sepa hasta donde llegan
aptitudes, creo que antes de todo deberemos empezar
estos extremos

—Tiene V. razón, y así es como me gusta que se pon
los que vienen á trabajar conmigo. En primer lugar, d
decirle, aun cuando quizás le parezca algo inmodesta mi p
sunción, que hasta ahora cuantos negocios he emprendi
me han salido bien, porque, al concebirlos, he tenido
cuenta siempre todas las probabilidades que había en con
para prevenirlas. Al mismo tiempo he procurado, que
auxiliares hayan sido pocos y buenos.

—En lo cual ha obrado V. cuerdamente. Yo, á mi vez,
de decirle que hasta ahora lo poco que hice, lo realicé
mí solo. Ya ve V. si estoy conforme con la apreciación
usted.

—¿Y podría indicarme algo de lo que ha hecho?

—Si ha leído los periódicos, quizás haya visto el timo
la prensa dió en llamar *El Timo de Marsella.*

—Sí, por cierto. Lo recuerdo, y me llamó mucho la at
ción, porque comprendí desde luego que el comprador
aquellos caldos había sido el timador. Estuvo muy bien p
sado y mejor ejecutado todavía. Dígame V., ¿cómo lo h
para que no se le pudiera hacer cargo alguno?

Ramón refirió con todos sus detalles lo que ya cono
nuestros lectores, admirándose Emilio de las extraordinar
aptitudes que tenía aquel joven para la clase de industri
que se dedicaban.

—Pues señor,—dijo después,—con Pepe, Marcelino y
ted, podemos llevar á cabo cosas maravillosas. Porque Pe
Miramar, á quien le presentaré hoy mismo, no le cede

sangre fría, y bastará que le diga lo que hizo no hace mucho, en ocasión que estaba yo fuera, realizando otro golpe de veinte mil duros.

Matasanz, á su vez, refirió á Ramón lo que Pepe había hecho con el desdichado banquero á quien arruinó.

—¡Magnífico!—exclamó el amante de Rosalía.—Eso se llama saber burlar á esa sociedad que pretende imponérsenos porque cree tener la fuerza.

—Marcelino,—prosiguió Emilio, enumerando las condiciones de las personas á quien utilizaba,—es un modelo de habilidad y de paciencia. Tiene buenas formas, cuando conviene, y si, socialmente hablando, no es de esas personas que pueden brillar por su instrucción en elevados salones, tiene unas manos de oro para hacer cuanto se quiera, un golpe de vista seguro y una adhesión sin límites.

—Pues reunidos los cuatro, podemos hacernos de oro.

—¡Ya verá V., amigo Ramón! Usted dijo antes que le gustaba la franqueza, y yo debo decirle que me gusta más que á V. todavía. Dicho esto, voy á exponerle mis teorías respecto á nuestra situación. En toda agrupación es preciso que haya uno que piense, que cree y que dirija. Los demás han de ser los peones del tablero, que se mueven según el impulso que reciben.

—Estoy de acuerdo con V.; pero es cuando los peones no sirven sino para ser peones. Mas, cuando se convierten en piezas inteligentes...

—Han de abdicar de esa especie de aspiración á que usted se refiere, para dedicar aquella misma inteligencia al papel que les asigna el que ha concebido el plan.

—De modo, que V. pretende tener autómatas por compañeros.

—No, por cierto; pero quiero asegurar por completo el re-

sultado de mis propósitos. Si yo les diera voz y voto, com vulgarmente se dice, si mañana salía mal el plan, forzosa mente tendría que darles la culpa. Para evitar eso, obro sól por mí, y si se echa á perder, sólo á mí debo achacarla.

—Pero todos pierden en ese caso.

—Está V. en un error. Si se pierde por mí, yo le abono cada uno la parte prometida, que no es justo se perjudiqu nadie por causa mía.

—De ese modo, ya es distinto.

—De igual manera, si se pierde por falta de los otros, obl gados quedan á indemnizarme.

—Eso es muy justo.

—Así, que yo me reservo por completo la clave de mi negocios, y con semejante procedimiento siempre me h ido bien.

*
* *

Las últimas palabras de Emilio llevaron en pos de sí al gunos momentos de silencio, pues Ramón estaba reflexio nando lo que más cuenta le tendría.

Si hacía el negocio por sí, tal vez alcanzaría mayor utili dad; pero ¿y si en vez de esto se encontraba más enredado

Emilio le contemplaba á hurtadillas.

Parecía leer lo que pasaba en su pensamiento, puesto qu de cuando en cuando sonreía.

Por fin, Ramón alzó la cabeza y dijo:

—¿Es de importancia el negocio para el cual me ha lla mado Marcelino?

—Se trata de treinta mil duros.

—¡Bonita suma! Y de ella, ¿qué parte nos asigna V.?

—Usted llevará la sexta.

—Y, por lo visto, soy el que voy á afrontar mayor responsabilidad.

—No, señor. El que afronta la primera es Pepe.

—¿Y usted?

—Yo tengo suficiente con llevar el negocio á puerto seguro, y, sin embargo, soy el que llevo la peor parte. En resumen, Ramón, bajo las condiciones que acabo de indicarle ¿quiere V. trabajar con nosotros? Advierto á V. que no gusto de preguntas ni de ingerencias en los negocios que concibo.

—Cuando se tiene iniciativa propia, duele haberse de sujetar á la ajena.

—Lo comprendo. En ese caso, imagínese V. que no hemos hablado nada. Siga V. obrando por sí, y si para algo necesita de mi ayuda puede contar con ella.

Ramón no pudo menos de morderse los labios.

Emilio era impenetrable.

—Pero, vamos á ver,—dijo,—¿qué debo yo hacer? Usted comprenderá que eso de comprometerme á ciegas...

—Es la mejor manera de ganar. Usted no ha de hacer sino lo que yo le diga.

—Hasta ahora, no me ha dicho V. nada; de modo que yo ignoro...

—Y seguirá V. ignorando. Que no soy yo de los que hablan sin estar seguro de quién me escucha.

Otra vez volvió á reflexionar Ramón.

Después, dijo resueltamente:

—Soy de V. en cuerpo y alma. Dígame lo que quiere que haga.



CAPITULO XLVIII

Don Melitón pica el anzuelo

El prestamista, como ya recordaremos, se habia qu dado con nota de las escrituras que Ortega le hal llevado para el negocio del préstamo del marqués la Pinada.

Una vez que el agente de negocios hubo salido de la ca de don Melitón, éste murmuró:

—¡Valiente comisión se estará comiendo este tunante! P supuesto, que bien empleado se les está á esos caballerit que gastan, sin tiento alguno, y después tienen que busc quien les preste dinero para pagar sus locuras. Ya se ve; ese modo se arruinan en cuatro días, porque gentes sin co ciencia se aprovechan de la ocasión y les clava el dien que es un contento.

Y el excelente don Melitón, al par que decia esto, esta

hojeando algunos papeles que sacó del cajón de la mesa, añadiendo poco después:

—Si las fincas son buenas, y deben serlo, porque los puntos en que radican son los mejores de la provincia, ya se puede dar lo que piden. Ese individuo, que por las trazas es un pillo redomado, dice que no se fijará en el interés. Podría ponerle un tres por ciento mensual, ¡ya lo creo!; otros le llevarían, lo menos, un cuatro, ó quizás un cinco... Suerte suya, si realizo el negocio, que soy hombre de mucha conciencia, por más que digan lo que quieran mis enemigos... En fin, ya veremos esto. Ahora, ocupémonos de otros asuntos.

Y aquel hombre de tanta conciencia, se puso á redactar una nota para su procurador, á fin de que procediese contra un desdichado á quien le habia dado un año antes dos mil duros sobre una finca que valia diez mil; la escritura estaba hecha á retroventa; no habia podido pagar el deudor, y don Melitón se iba á apoderar de la finca.

Cuando llegó el dia siguiente y después que se hubo puesto ya de acuerdo con su procurador para el asunto de que debemos hecho mérito, volvió á repasar las notas que le dejara Ortega, y dijo:

—Voy á escribir á Pozo, aun cuando no sea más que por curiosidad, y que me diga, con toda reserva, cómo están esas fincas. Esta gente suele ocultar con frecuencia la verdad, y si uno no es precavido, puede tener después un grave disgusto. Por supuesto, que yo no me embarco en esto. Es un negocio que, aun cuando me dieran esas posesiones regaladas, no las tomaria.

Pero el bueno de don Melitón escribió, como habia pensado, aquel mismo dia á Madrid.

Y encargaba á su agente que, á vuelta de correo, viera si podia contestarle á la pregunta que le hacia.

Pozo cumplió la orden que se le daba; se fué al Registro de la Propiedad, se enteró de las fincas y contestó á don Melitón diciéndole que estaban completamente libres, y cuál era su valor.

Cuando don Melitón recibió la carta, restregóse las manos lleno de satisfacción, diciendo:

—Veremos si podemos realizar este negocio. Por ahora daré esa cantidad; más tarde, podré añadir otro poco, y como al vencimiento no me pagarán, me quedaré con las fincas, que no faltará quien me las compre.

Pero un pensamiento que se le ocurrió, le hizo fruncir el entrecejo y murmurar con acento de disgusto:

—¡Bueno fuera que, después de haber dado yo estos pasos y de haber hecho el gasto del correo, ese señor Ortega hubiera hecho el negocio en otra parte! Ya me extraña que no haya vuelto por aquí.

Felizmente, como á quien le convenía el asunto realmente era á los que iba á reportar la verdadera utilidad, dos días después, Ortega se presentaba en casa del prestamista.

* * *

Ya deben haber comprendido nuestros lectores, que Ortega no era otro que Emilio, metamorfoseado de una manera admirable.

No era posible reconocer en él al rico propietario castellano que había estafado tan soberanamente á Domingo Flores, ni al gerente de la razón social Tormos y C.ª

Nada más bondadoso y más honrado que el aspecto de aquel agente de negocios, que no había vacilado en hacer el viaje á Barcelona para servir al señor marqués de la Pinada.

Al verle don Melitón, entrar en su despacho, le dijo:

—Vamos, ¿ha encontrado V. ya quien le dé el dinero que necesitaba? ¿Bajo qué condiciones lo ha hecho? Digo, si es que puede saberse.

—¡Ya lo creo que se puede saber!—repuso Emilio;—¡como que no he dado paso alguno! Le dije que esperaría, porque confiaba en que V. lo había de hacer, y...

—Mala, muy mala confianza. Ya le expuse que no tenía dinero.

—Sí, señor; pero me añadió que vería si podía cobrar unos debitorios, y que entonces...

—Es cierto; pero como no los he cobrado...

—Es decir, que debo perder la esperanza. ¿No es así?

—Por mi parte...

—Pues crea V. que lo siento. Después de lo que Pozo me dijo y, francamente, porque había simpatizado con V., siento infinito tener que irme á buscar por otro lado.

—Yo también lo siento; pero cuando las cosas son imposibles...

—Sí, ya lo veo; no hay más remedio que dejarlas.

—Ya encontrará V. otro que lo haga.

—Me lo figuro. Precisamente en el café, hablando con unos señores á quienes he conocido allí, y explicándoles el objeto que aquí me trajera, uno de ellos me dijo que él sabía quién lo haría en seguida, si las fincas estaban libres.

—¡Oh! No lo crea V. Hay en el día poco dinero para operaciones de ese género y de cantidad tan crecida.

—Pues bien llenos están los periódicos de anuncios sobre ese particular. Dinero sobre fincas, siempre se encuentra.

—Sí, señor; cuando las fincas radican en la localidad. Pero cuando se trata de inmuebles que están tan lejos... En fin, pruébelo V. y se convencerá de que tengo razón.

—No se lo negaré, porque no conozco esta plaza.

—Yo, si, y por esa razón se lo digo.

—En fin, señor don Melitón, siento que no podamos ha cer nada por ahora. Dispense V. que le haya molestado y co su permiso me retiraré para dar algún paso en otra part

* * *

Emilio conocia perfectamente la persona con quien tra taba.

Si hubiera insistido para que lo hiciera, quizás no lo ha bria conseguido, pues ya hemos dicho cuál era el caráct de aquel hombre.

Pero desde el momento en que fingia aceptar la situació y que iba á romper toda clase de negociaciones con él, teni la seguridad de que no le dejaría salir de allí.

Y así sucedió.

Levantóse Emilio de su asiento para marcharse y don M litón, rascándose la cabeza, dijo:

—¡Qué demonio! Si hubiera algún medio... Porque y también, basta que haya V. venido recomendado de Poz siento que se marche á otro lado.

—Pues de V. depende que no lo haga.

—¡De mí! ¡de mí!... Vamos á ver, ¿á qué estoy, sino á ve de sacar á mi dinero el mayor interés posible?

—Y como aqui podía sacarlo muy saneado y muy se guro...

—La cuestión es tener ó no tener.

—Sin embargo, V. no se encuentra en el caso de no tene como dice.

—Cada uno sabe como le va en su casa.

—Eso es verdad; pero no me puede V. hacer creer qu no encontraría en Barcelona quien le dejase una cantidad.

—Barcelona está muy mal ahora. Créalo V. La cuestión obrera por una parte, por otra el mal estado del comercio; algunas quiebras de consideración; los timos de que han sido víctimas algunas casas muy respetables, todo contribuye á este malestar general y á la desconfianza que reina en todos los negocios.

Emilio no pudo menos de sonreirse.

—No se ría V., señor de Ortega,—le dijo don Melitón.—Ustedes, los que están en Madrid, se creen que aquí nadamos en la abundancia, y distamos mucho, pero mucho, de estar medianamente.

—En resumen, señor don Melitón; yo ahora, como ha de suponer, no me encuentro en el caso de pasar tiempo, ya que he perdido estos ocho días. ¿Puede V. hacer, si ó no, este negocio?

—¡Hombre! ¡hombre! Esto no es puñalada de pícaro. No puedo decirle á V. nada ahora. Mañana, tal vez. Yo veré á algún amigo y si pagándole un interés muy crecido, porque en la plaza no se encuentra un duro, por un ojo de la cara, puedo conseguir que me den lo que falta, y V. se conforma con las condiciones...

—Pero, señor don Melitón, ¡todavía hemos de esperar á mañana!...

—Si encuentra V. quien lo haga antes...

—No es eso, hombre, no es eso. Hace ocho días era el mismo negocio que hoy. ¿Por qué no lo hizo entonces, y á estas horas ya estaríamos listos?

—Amigo Ortega, los negocios hay que dormirlos. No puede uno ir con esa precipitación que V. indica, y me extraña mucho que un hombre de mundo como V., diga eso.

—Pero si aquí no puede haber engaño. ¿Existen las fincas? ¿Tienen algún gravamen? ¿Sirven para responder á la canti-

dad pedida? Pues si estos extremos se contestan satisfactoriamente, el negocio es bueno y puede realizarse.

Don Melitón sacó la caja del rapé, tomó un polvo, se limpió los anteojos; todo ello estudiado para poder pensar mejor lo que había de decir, y después contestó:

—Debe V. comprender que yo soy una persona diferente á las demás. Cuando yo doy una palabra es una verdadera escritura y para no faltar á ella, necesito pensarla antes de darla.

—¿Pero, la da V. ahora?

—Hombre, estoy en camino de ello. Mañana se lo diré.

—Es que el tiempo apremia. Hoy mismo he recibido carta del señor marqués, que la llevo aquí por cierto, y vea usted lo que me dice:

Emilio sacó del bolsillo una carta, y llamó la atención del prestamista, sobre un párrafo que decía:

«Reitero á V. mi encargo. Es preciso que dentro de diez días tenga esa cantidad, porque si no, correría un ridículo tremendo que no quisiera sufrir.

»Tome V. esa cantidad con el interés que quieran, y telegrafíeme para que vaya á firmar la escritura y recoger el dinero.

»Si no encuentra probabilidad, déjelo y véngase, que sea como quiera aquí lo buscaremos.»

—Ya ve V.,—prosiguió Emilio, después que hubo leído estos párrafos,—si es posible que yo espere más.

—Nada, nada,—repuso don Melitón,—véngase mañana y lo arreglaremos.



CAPITULO XLIX

Los escribientes del notario

Marcelino había buscado un personal á propósito para la operación que habia de practicar.

Después de la escena que hemos presenciado en el capitulo anterior, donde ya don Melitón dijo que al dia siguiente arreglaria el negocio, Emilio pasó por casa de Marcelino y le dijo:

—Ha llegado el momento de obrar, Marcelino; es preciso que toda la dependencia de Ramón, esté en su lugar.

—¿Es decir que tiene V. seguridad en el asunto?

—Pues si no la tuviera, ¿cree V. que lo hubiese emprendido? No me conoce si supone que yo proceda sin tener, cuando menos, de las cien probabilidades, noventa en mi favor.

—Es que á veces por más probabilidades que se tengan, un acontecimiento inesperado basta para destruirlo todo.

—Por eso cuento yo también siempre con lo imprevisto.

—Más vale así.

—La documentación hecha por V., tiene que entrar ahora en juego.

—Yo procuré hacerlo del mejor modo posible.

—Ya lo sé, y también la recompensa ha de estar en relación con el servicio. Ya sabe V. lo que le tengo dicho, soy de los que pagan bien á sus compañeros.

—Pero si yo no le digo á V. nada respecto á ese particular. Lo que V. me dé, aquello me satisface.

—Usted lleva la sexta parte en el negocio, otra sexta lleva Ramón y los escribientes mil duros cada uno. Del resto se han de pagar todos los gastos, las gratificaciones para obtener noticias y dejar la parte que le corresponde á Pepe, que va á jugar un papel importantísimo en la farsa.

—Pero ¿qué necesidad tiene V. de darme todas esas explicaciones, que no necesito?

—Le digo á V. esto, para que pueda á su vez, manifestarlo á cualquiera de los que murmuren.

—¡Por Dios! quién puede murmurar sabiendo á lo que asciende la cantidad de que aquí se trata.

—Pues, esté V. seguro que no faltará quién hable. ¿Esos escribientes son todos ellos de confianza?

—Elegidos por mí. Por otra parte, como que ya calculo que la notaría desaparecerá en el momento mismo que se hayan cogido los cuartos, no hemos de temer mucho las contingencias que pudieran resultar de su contacto con otros dependientes como ellos.

—Luego, efectivamente, conocen practicamente el asunto.

—Casi casi. Lo que es el que ha de hacer de oficial mayor, ya le aseguro yo á V. que ha salido de oro. Ya ve V. si Ramón es avisado; pues bien, este mozo le da tres y raya á

Ramón, como descaro, como cinismo y como sangre fría.

—Hombre, bueno es saberlo.

—Sin embargo, no es Ricardito de los hombres que á usted le convienen.

—Entonces ¿por qué le ha traído V.?

—Porque en este asunto no tiene que figurar para nada, sino para hacer una especie de fantoche; se le da una cantidad, ha de hacer una escritura, que á él no le consta si las fincas hipotecadas, lo son legal ó ilegalmente, se le paga, y después, si te he visto no me acuerdo.

—¿Y por qué es ese hombre incompatible con nosotros, cuando dice V. que es tan listo?

—Lo repito. Es incompatible porque es sanguinario, porque mientras V. se dedica al trabajo fino, al *timo* de la alta escuela, utilizando el ingenio y la habilidad, él no vacilará en ensangrentar su triunfo, si por medio de la sangre puede conseguirlo.

—¡Oh! No soy partidario de semejante sistema.

—Por eso he dicho á V. que no convenía dejarle unido á nosotros.

—Tan contrario soy á ese sistema, que si en las operaciones que tengo proyectadas hubiera de entrar como factor, no ya seguro, sino probable, el de la lucha á mano armada y la probabilidad de la muerte, renunciaría á ello.

—El tal Ricardito concluirá mal; se lo he dicho algunas veces, pero no quiere hacer caso.

—¿Y tiene ingenio?

—Sí, señor; pero la cabeza un poco ligera y las manos más todavía que la cabeza. ¿No recuerda V. hace tres ó cuatro años, un atraco que le dieron al cajero de casa de Gironella?

—Sí, señor, y dijeron si una de las criadas estaba ó no comprometida.

—Justo; la querida de éste, que la pegó más tarde un puntapié y creo que murió el año pasado en el hospital. También murió el cajero.

—¿Y quién le mató?

—¡Toma! si lo dejó medio estrangulado el tal Ricardito, y tenga V. presente que si él entró en aquel escritorio, fué precisamente por el cajero, que había conocido á su familia.

—¡Buen agradecimiento!

—Por eso le digo á V. que es un tipo repugnante.

—Pues siento que me lo haya V. hecho conocer.

—No tenía otro de quien valerme. Ricardo, después de la fechoría de casa del banquero, fué absuelto y entró en una escribanía, donde ha permanecido haciendo chanchullos, hasta que, finalmente, se le descubrió uno, y su principal le echó á la calle; y tenga V. presente que había aprendido de tal manera, que llevaba los trabajos al pelo. Aquí tiene V. el por qué he querido que venga. La escritura se hará en toda regla, y él sabe muy bien la manera de redactarla.

—Pues, nada, nada; ya que está hecho, sigamos adelante. En lo sucesivo evitaremos darle nada más. ¿Usted, qué le ha dicho sobre este particular?

—¡Oh! nada más, sino que le necesitaba para ocupar durante algunos días la plaza de oficial primero de una notaría que se iba á establecer, que se trataba de un servicio especial, en el cual no corría ningún riesgo, y que percibiría por su trabajo mil duros.

—¿Y él no preguntó?...

—Qué le importaba. Me pidió veinticinco duros á cuenta, se los dí y así quedó cerrado el trato.

*
* *

Emilio frunció el entrecejo, demostrando en su semblante, que no le agradaba lo que Marcelino le había dicho respecto á aquel hombre.

Este lo comprendió así y le dijo:

—No pase V. recelo alguno, porque ni él me ha preguntado qué personas intervenían en el asunto, ni yo tampoco se lo hubiese dicho. Cree que es cosa mía exclusivamente.

—No es que yo tema respecto á mí,—dijo Emilio,—ni respecto á Pepe, porque lo mismo el uno que el otro ya nos las compondremos de manera que no nos conozca; por quien lo siento es por Ramón, con el cual ha de estar más en contacto.

—¡Oh! Pero Ramón ya está curado de espantos, como vulgarmente se dice,—repuso Marcelino.

—De todos modos es preciso prevenirle, para que ni la menor palabra se le escape. Es preciso que se desfigure perfectamente, porque si no todo podría mañana volverse en contra nuestra.

—¡Demonio!

—Sí, Marcelino, es preciso ir con mucha cautela respecto á las personas que utilizamos. Por eso he querido hablar con usted respecto á los dependientes.

—Confieso á V. que no se me había ocurrido...

—Pues, querido amigo, es menester que no descuidemos nunca lo que parece más insignificante. Si desde el principio me hubiese V. dicho los hombres que iba á emplear y las condiciones de cada uno, lo que es ese Ricardo, esté usted seguro que no le hubiera aceptado.

—Ya verá V., buscaremos otro.

—No; ahora ya es tarde, y no tenemos otro remedio sino utilizarle. Por supuesto, adoptando toda clase de precauciones.

—Eso desde luego.

—Pero evitar que él conozca nada. En tipos de ese género, lo peor es que adviertan que de ellos se desconfía.

—Es verdad, Emilio, es verdad. Yo estaba aquí devanándome los sesos para buscar una solución al conflicto, y, francamente, nada se me ocurría.

—Pues ya sabe V. lo que debe decirle á Ramón. Que procure por todos los medios imaginables, que nadie, pero absolutamente nadie le pueda conocer, después que se haya realizado el negocio.

—Ya se lo diré.

—Ha de hacer V. más. No debe por ningún estilo perder de vista á ese tal Ricardo, y si algo sabe, por medio de lo cual pudiéramos tenerle en nuestro poder, mucho mejor.

—Eso creo que no ha de sernos difícil.

—Pues á verlo. No es cosa de que lo dejemos para mañana, pudiendo hacerlo hoy. Este es mi parecer.

—Y el mío. Aprecio en lo que valen todas sus razones, y tenga la seguridad de que procuraré que no nos burle ese mozo.

—Pues á su cargo queda. Según V. mismo me ha dicho, es temible; por lo mismo es preciso ver si le podemos cortar las uñas.

* * *

Tras estas palabras, Emilio abandonó la casa de Marcelino, dirigiéndose en busca de Pepe.

Éste se hallaba en la Bolsa, y le recibió Luisa.

La joven estaba más pálida que de costumbre, y su rostro expresaba de un modo gráfico, que se encontraba bajo la presión de un grave disgusto.

Como Emilio estaba en las interioridades, digámoslo así, de aquella familia, no le fué difícil comprenderlo.

—¿Qué es eso, Luisa, qué es eso?—la dijo.—¿Habéis tenido alguna cuestión Pepe y tú?

—Sí, señor. Desde que anda por medio ese dichoso matrimonio, no tenemos una hora de paz.

—¿Pero mujer, no te he dicho que no debes preocuparte por ello?

—Eso es muy bueno para que lo diga V., pero yo no puedo considerarlo del mismo modo. El caso es, que yo, por Pepe lo he sacrificado todo. ¿Qué va á ser de mí si él me deja, como me dejará, no le quepa á V. duda?

—Si te se ha metido eso en la cabeza... Yo lo único que puedo asegurarte es que ni él piensa en ello, ni yo tampoco le permitiría que lo hiciera.

—Deséngañese V., que cuando pase algún tiempo al lado de su mujer, y si llega á tener hijos, no podrá estar para mí.

—Tú siempre tendrás un lugar entre nosotros, que nadie te lo quitará. Hoy, por el bien de todos, para asegurar la posición de Pepe y aun la misma nuestra, conviene que se case. Ya sabes lo opuesto que él mismo estaba á este casamiento.

—Pero lo va á realizar.

—Porque es preciso. Lo que debes hacer es no exasperarle. Mira que obrando así, te expones á perderlo todo. Yo tengo más experiencia que tú y sé lo que Pepe piensa y lo que es capaz de hacer.

—Sí, lo que hace. ¡Ha variado tanto, que más no puede ser!

—Como que cada día tenéis una incomodidad.

—Si no puedo, por más esfuerzos que hago, contenerme, cuando sé que va á ver á la otra, y á decirle ternezas, y... Vamos esto no es para mi.

Emilio contempló profundamente á Luisa, y después frunció el entrecejo diciendo:

—Pues mira, hija, tu verás lo que haces, porque si cometes alguna imprudencia, el primero que pagará las consecuencias de ella, será Pepe.

—¿Qué quiere V. decir?

—Ya estás avisada. Por mi parte no volveré á decirte nada. Obra á tu gusto, que así harás.





CAPITULO L

El papel que debía representar Pepe

El acento con que Matasanz pronunció las últimas palabras, no dejó de impresionar á Luisa.

Quedóse mirando á su interlocutor, y al cabo de un momento le dijo:

—Crea V., Emilio, que esta boda, me matará, sí señor, me matará.

—Que no seas tonta, te he dicho,—repuso Matasanz.—A Pepe y á todos nos conviene mucho que ese matrimonio se lleve á efecto. Es cuestión de conveniencia general; por lo tanto, como que para nada se interesa el corazón, tú y sólo tú seguirás reinando en él.

—Conozco más á Pepe que se conoce él mismo, y tengo la seguridad de que en cuanto se vea en una posición y con una mujer que es guapa, se olvidará de mí, y yo habré per-

Por el contrario, el joven la aborrecería con mayor violencia, viéndose perdido por ella, y su situación sería mucho más desdichada, pues ni aun podía contar con su apoyo, puesto que ella misma le había privado de la manera de dárselo.

No podía, por lo tanto, recurrir á este medio.

Y como por otros, tampoco podía hacer nada, se veía obligada á resignarse por la fuerza, como hemos dicho.

* * *

Emilio, entretanto, le decía á Pepe:

—Es menester que no des á comprender á Luisa que tu corazón siente hoy por ella menos cariño que antes. Mira que una mujer despechada es un enemigo terrible.

—¡Pero si yo no sé por qué es así! Si yo la quiero. Si el afecto que profeso á Carmen, no destruye por ningún estilo el que le tengo á ella.

—¿Pero tú quieres algo á Carmen?—preguntóle sonriendo Emilio.

—Sí; es guapa, elegante, instruída, y desde luego ha de inspirarme afecto. Pero la sensación que yo experimento al lado de Luisa es tan distinta, que puedo muy bien tener las dos, sin que la una perjudique á la otra.

—¡Alza, niño! Pues apenas si tienes tú grande el corazón.

—Me parece que ya ha podido V. juzgarlo en algunas ocasiones.

—Sí, por cierto. Y á propósito: ahora te se presenta nueva ocasión en que hacer alarde de ese corazón.

—¿Qué hay que hacer? ¿Nos hemos de batir con alguien?

—No, por cierto.

—Pues todo lo demás es *pecata minuta.*

—Por de pronto, dentro de dos días te marcharás á Tarrasa, á fin de entrar en Barcelona en el exprés de Madrid. Irás á parar á la fonda de Las Cuatro Naciones y darás tu nombre, según los documentos en toda regla, que llevarás contigo.

—¡Hola! ¿Ya tenemos otra nueva metamórfosis?

—Sí; es preciso que ya mañana en Bolsa, te despidas para París; lo mismo has de decirle á Carmen.

—¡Demonio! Pues sí que se va á poner contenta. ¿Y cuánto tiempo ha de durar mi ausencia?

—Seis ú ocho días.

—Pero ¿cómo nos lo vamos á componer? Porque lo lógico será que quiera que yo la escriba, que la ponga un telegrama de mi llegada, en fin, todas esas cosas que deben hacerse, dadas las condiciones en que nos hallamos.

—Pues todas se harán.

—¿Y cómo he de estar yo en Tarrasa, en Barcelona y en París, al mismo tiempo?

—¡Ya lo creo! Para Carmen y todos tus amigos, estarás en París; para nosotros solos en Barcelona.

—No lo entiendo.

—Marcelino marchará á París y él pondrá desde allí, el telegrama que has de dirigir lo mismo á Carmen que á alguno de tus comitentes de la Bolsa.

—Pero si quieren escribirme...

—Les dices que no, pretextando los pocos días que has de estar allí, ó tal vez, que tuvieras que salir para dirigirte á otra población. Marcelino se llevará también una carta tuya para Carmen, que la puede echar al correo en París. Es preciso dejar cubierta la retirada por cualquier cosa que pudie-

ra suceder; así es que Marcelino dará tu nombre, é irá á París con todos tus documentos y hasta visitirá á determinado banquero, con el pretexto de hacer efectiva alguna letra, para cuyo efecto pondrás fondos antes, en cualquier casa de París.

—No está mal pensado.

—De esta manera queda justificada tu presencia allí. Ahora hablemos de lo que debes hacer en Barcelona.

—Muy importante será el papel que aquí me tiene usted reservado.

—Sí que lo es.

—¡Gracias á Dios que por fin voy á saber la verdad! Crea usted que tenía deseos de que llegase este momento, porque parece que conmigo se ha estrellado V. para guardar el secreto.

—Te diré; en este asunto creo que nadie sabe, si no el papel que debe representar. Tú eres el único que vas á saberlo todo, porque eres la persona sin la cual, nada se podría llevar á cabo.

—Pero bien; ¿quién voy á ser yo ahora?

—El marqués de la Pinada, joven muy calavera y muy rico que viene á Barcelona, á tomar de un *judío*, de aquí, treinta mil duros sobre unas fincas.

—¡Demonio! ¡Demonio! ¿Sabe V. que la cosa es un poco arriesgada?

—No lo creas; en el momento que hayas de presentarte estará todo preparado, de modo que á las tres horas de haber tomado tú el dinero, habrá desaparecido el teatro y los actores de la farsa.

—De manera que el marqués de la Pinada no viene á Barcelona sino á firmar la escritura de préstamo.

—Eso es. Yo te pondré al corriente de todas las fincas que



Esta firma es la que debe falsificarse.

tiene ese señor y de su existencia, para que puedas hablar con verdadero conocimiento de causa.

—¿Qué tipo es el del marqués? Porque supongo que usted sabrá quién es y cómo acostumbra á vestir.

—Tengo una fotografía, y con arreglo á ella te presentarás. Próximamente tiene tu estatura y tus carnes. Cuando formé este plan ya lo tuve eso en cuenta. Mira,—prosiguió Emilio sacando del bolsillo de su batín un papel,—esta es la firma que debes imitar. Estudiala bien, porque así es como tendrás que firmar la escritura.

—No me parece muy difícil,—contestó Pepe mirando con detención el papel.—He de ejercitarla, á fin de no andar vacilando en el momento de hacerla.

—Por eso tienes cuatro ó cinco días para estudiarla.

—De modo que me avisará V. oportunamente el momento de la salida para Tarrasa.

—Sí, pero despídete de Carmen y de todos tus conocimientos de la Bolsa, mañana mismo, para marchar pasado.

—¿Pero he de salir, efectivamente?

—Sí, hasta Mataró. Desde allí seguirá Marcelino solo, y tú regresas por la noche.

—¿Y ya he de permanecer oculto hasta que me diga usted que debo ir á Tarrasa? Pero ahora que pienso, el equipaje vendrá facturado desde Tarrasa solamente.

—Eso fuera bueno que trajeras equipaje. Pero quien viene como tú desde Madrid, para estar aquí algunas horas, puede traer una maleta de mano y un saco de noche, que viene en el mismo vagón contigo, y de ese modo no hay necesidad de nada.

—Veo que todo lo tiene V. bien pensado.

—Aquí lo que se debe buscar es no dejar suelto ningún cabo por donde pudieran cogernos.

—Vaya, vaya, vengan todas las demás instrucciones á fin de que yo me vaya haciendo cargo perfectamente del papel que voy á representar.

Emilio lo hizo así, y durante un buen espacio sólo se estuvieron ocupando de aquel asunto.





CAPÍTULO LI

Don Melitón hace una visita al notario

No faltó Emilio al dia siguiente en ir á ver al prestamista, puesto que éste le dijo que pasara, á ver lo que resolvía.

Don Melitón aparentaba estar de muy mal humor.

Cuando vió á Emilio, pareció que aquél tomaba mayores proporciones.

—¡Caramba!—le dijo.—Usted parece que se propone llevar á la práctica aquel adagio de: «pobre porfiado...»

—Justo; «saca mendrugo», sí señor,—repuso Emilio;—con la diferencia, que aquí yo podré llevarme el mendrugo, pero usted se queda con el pedazo más grande.

—Pues mire V., no lo quiero. Ya se lo dije desde el primer día. No ha sido este negocio de los que me han gustado.

—Vaya, vaya, don Melitón; también me voy yo cargando

de tanto desprecio. ¿Ha tenido V. en su vida muchos negocios como este? ¡Que más hubiera V. querido que todos cuantos ha hecho, fuesen así!

—Si me han ido bien ó mal, no es cuenta de V.

—Lo es, desde el momento en que viene V. haciendo ascos á un asunto que todo es miga.

—Pues por eso le digo que se la coma.

—No señor, que se la comerá otro. Al fin y al cabo ha conseguido V. cargarme, de manera que me voy ahora mismo donde están esperándome y donde no quise cerrar trato, porque, bastaba que Pozo me recomendase á V. para que yo no hiciese nada con los demás. Ahora, en vista de su desprecio, en vista de su ofensiva actitud, ya es diferente. ¡No parece sino que va V. á hacernos un favor tan grande! ¡Dar diez para quedarse con ciento! Vamos, hombre, que esto ya es demasiado.

—Déjelo V., entonces, —repuso secamente el prestamista.

—Eso es lo que voy á hacer.

Y Emilio se levantó, añadiendo:

—Dispense V. si le he molestado estos dias; pero habia creido que esas genialidades de que me hablara Pozo, se calmarían, y podríamos entendernos; mas como comprendo que eso constituye su manera de ser de V. y yo no tengo porque aguantárselo, quédese con Dios que yo me voy á otra parte.

Y efectivamente, Emilio salió de la estancia.

Pero como tampoco le convenía á don Melitón perder aquel negocio, sino que procuraba desesperar á Ortega, como él decia á Emilio, para sacar mejor partido, desde el momento en que vió que se le escapaba de las manos, procuró detenerle.

* * *

Abandonó precipitadamente su asiento y salió á la habitación inmediata, á tiempo que Emilio iba á ganar la escalera.

—¡Señor de Ortega! ¡Señor de Ortega!—gritaba.—Venga usted aquí.

Emilio ya contaba conque así sucedería.

Conforme hemos dicho, éste conocía demasiado á las personas, para dudar del resultado de su empresa.

Cuanto estaba haciendo Foix, no era más que demostrar lo mucho que le interesaba el negocio.

—¿Qué quiere V.?—preguntó Emilio desde la puerta.

—Entre V., hombre, entre V. ¡No es poco vivo de genio!

—¡Que soy vivo de genio y he estado aguantando todas las genialidades de V.! Vamos, hombre, solamente V. dirá eso.

—Entre V., siéntese, y hablemos.

—No, señor. No quiero hablar nada más sobre ese particular. Se ha charlado ya muchísimo.

—En todo negocio, bien me parece que se habla.

—Pero si éste es diferente de los demás. Aquí no existen nebulosidades, no hay lugar á dudas. El marqués de la Pinada, hasta ahora, no tiene hipotecada ninguna de sus fincas. Ya le dije que antes que hipotecar, prefería vender.

—De todas maneras, no así como así, se dan treinta mil duros.

—Cuando se tiene garantía de cien mil, no creo que la operación ofrezca grandes dificultades.

—Pues, si señor, las ofrece por la razón que ya le tengo indicada. Escasea el metálico y el que lo tiene, se lo hace pa-

gar muy caro. Ahora mismo, si yo tuviera el dinero, ¡ya lo creo que habríamos hecho el negocio! Pero tener que ir á buscarlo á dos ó tres manos, porque no crea V., que así como así, puede desprenderse hoy nadie de diez ó doce mil duros. A mí me hacían falta quince mil para realizar la operación de V.; pues éstos he tenido que buscarlos en dos personas, la una por siete mil y la otra por ocho. ¿Y sabe V. á cómo me llevan por ese dinero?

—Se comprende que tratarán de aprovecharse de la ocasión.

—¡Que si se aprovechan! No lo sabe V. bien. Así me dicen á mí que soy un tonto porque no sé sacar partido de nada.

—Conque tonto ¡eh!—dijo irónicamente Emilio,—que vayan á meterle á V. el dedo en la boca.

—Pues vamos á ver: entonces, si yo le pusiera á V. el mismo interés que me llevan á mí por esos quince mil duros, no se haría el negocio, porque ¿dónde iba V. á pagar un cuatro por ciento mensual?

—¡Jesús! ¡qué disparate!

—Pues ya ve V., como no tiene uno más remedio que sacrificar el bolsillo, y si en una operación podía ganarse veinte, tener que contentarse con cinco.

—Lo que es aquí, no ha de quedar V. descontento. ¿Qué es lo que va V. á fijar como tipo definitivo?

—Pues pondremos el tres por ciento.

—¿Está V. en su juicio, don Melitón? ¡Sobre fincas, el tres por ciento mensual! No, no; lo que es de esa manera no hacemos el negocio. ¿No comprende V. que eso es peor todavía que salir en medio del camino...? Bueno y santo que se sacrifique el marqués puesto que lo necesita, pero dejarse saquear de ese modo, por ningún estilo. ¿Y era para eso

para lo que V. me llamaba?... Pues podía habérselo evitado. Tengo ya quién me da el dinero al veinte, y no lo he querido aceptar, conque ya ve V. si aceptaría lo que me acaba de proponer.

* * *

Emilio, al decir esto, volvió á emprender el camino de la puerta.

—Pero hombre, venga V. acá,—dijo don Melitón.—¿No comprende V. que yo tengo que pagar un interés muy crecido, por esa cantidad que no tengo?

—Pero eso no es una razón.

—¡Vaya si lo es!

—Usted todo lo más que pagará por ese dinero será un seis ó un ocho.

—¡Pobre seis! Sí, sí; lo que pago es, como le he dicho, el cuatro por ciento mensual.

—Pues mire V., don Melitón; vale más que lo dejemos porque yo no quiero que V. se perjudique ni perjudicarnos nosotros tampoco. En su consecuencia, que se guarden esos señores su dinero, que yo lo encontraré, sin duda alguna, en otra parte.

El prestamista hizo un gesto significando la contrariedad que experimentaba.

—Conque don Melitón, V. dispense. Tal vez en otra circunstancia podremos entendernos, que lo que es ahora no hay medio.

—Pero, vamos á ver,—dijo el prestamista,—usted ¿hasta cuánto podría llegar?

—Tratándose de una escritura y sobre una cosa tan segura, puede V. creer, y eso por referirse á V., que llegaría

hasta ese mismo veinte de que hablábamos antes; pero ni un solo céntimo más.

—¡Hombre! lleguemos al veinticuatro.

—Imposible; he dicho que el veinte.

—Pero ¿y la comisión de V.?

—Yo no cobro comisión cuando se trata de servir á una persona que, por circunstancias especiales, se encuentra en un apuro como ese.

—¡Buen tonto está V.!—dijo Melitón, encogiéndose de hombros.

—Mejor; cada uno ve las cosas á su manera; harto mal me sabe que el señor marqués no pueda recibir su dinero, pagando por él únicamente el interés legal. ¡Ea! Aquí estoy ya perdiendo el tiempo, y es preciso que lo aproveche en otra parte. Tendré el gusto de venir á ver á V. antes de marcharme.

—¡No, hombre; si no quiero que se marche V.!—dijo finalmente Melitón, cogiendo á Emilio por un brazo.—Vamos, señor Ortega; entre V. al despacho, que al fin conseguirá usted hacer de mí lo que le dé la gana.

—No quiero yo semejante cosa. Con mayor motivo, cuando tengo medio de realizarlo en condiciones muy ventajosas.

—¡Quite V. de ahí, hombre! Entre, como le digo, y ponga lo que le dé la gana. Vamos, ¿lo quiere V. más claro? Sé que esta operación va á resultarme ruinosa, pero algo se ha de hacer por los amigos.

Emilio se vió obligado á hacer un esfuerzo para evitar que advirtiera su interlocutor la alegría que experimentaba.

Entró nuevamente en el despacho, y quedaron conformes ya, en la forma que había de hacerse la escritura y la duración de ella.

—Mañana véngase V. y nos iremos á casa del notario, donde dice que están las escrituras.

—Sí, allí las dejé; porque ¿para qué tenía que ir yo cargado con todos esos papeles?

—Ahora faltará otra cosa.

—¿Qué?

—¡Hombre! Me parece que también ha de venir el marqués para firmar la escritura, á no ser que autorice á V...

—No, por cierto; vendrá el señor marqués, aun cuando no sea más que por veinticuatro horas.

—Mejor que mejor.

—¿De modo, que puedo escribirle ya, ó telegrafiarle?

—Sí, desde luego, puede V. hacerlo; porque estando las escrituras aquí y todo dispuesto...

—Es verdad.

—Diga V., señor Ortega, ¿dónde me dijo que vivía el notario don Francisco Canals?

—Me parece que le di la tarjeta. Como se ha mudado hace poco, no recuerdo bien...

—Es verdad. Me entregó V. la tarjeta y... como tengo tantos papelotes... Aquí está.

Y efectivamente, el prestamista sacó la tarjeta que Emilio le había entregado días antes.

—¿De modo, que ya no tendremos nuevos entorpecimientos?—dijo éste, después de algunos momentos.

—No, hombre, no. Mañana podremos ir á casa del notario.

Emilio abandonó la casa del prestamista, murmurando:

—¡Ya sabía yo que este hombre mordería, por fin, el anzuelo! Ahora es preciso que todo lo tengamos bien preparado, para que no pueda quedar rastro alguno.

En cuanto á Melitón, también dijo cuando se quedó solo:

—Esta tarde veré yo al notario, por si acaso, y me enteraré bien de las escrituras, y hasta le indicaré alguna cláusula que debe poner en la que hagamos; cláusula que no advertirá ni el marqués ni su agente, y que precisamente es la que más me conviene. El notario no podrá ser insensible al poder de un billete de quinientas pesetas... y á mí me puede reportar mucho más.





CAPITULO LII

Prestamista y notario

Necesario era reconocer en la tranformación de Ramón, la mano tan hábil de Matasanz.

Imposible descubrir en aquel caballero moreno, representando unos cuarenta años, algo jorobado, y padeciendo horriblemente de unos flemones, que le obligaban á llevar un pañuelo de seda que le tapaba gran parte del rostro, al antiguo curial, tan esbelto y tan galante, ó al representante de las casas de Barcelona y Valencia, que había tratado con el hamburgués Holler.

El cambio era tan completo, que el mismo Marcelino, que en la notaría representaba el hombre de confianza del notario, apenas si le conoció el primer día que así le vió aparecer.

Los dos escribientes que había en el despacho, ni se conocían entre sí, ni conocían tampoco á Ramón.

Marcelino les había buscado, procurando excitar entre ellos la desconfianza, para evitar que pudieran unirse y comunicarse sus impresiones, y cada uno en su mesa se ocupaban en copiar algunos documentos, que Marcelino y Ramón idearon para darles que hacer, de acuerdo con Emilio.

Tanto éste, como Pepe, Rosalía, Luisa y la mujer de Marcelino, formaban lo que podríamos llamar la comparsería de aquella farsa, entrando y saliendo, cual si tuvieran algunos negocios que desempeñar allí.

Hemos dicho que don Melitón resolvió ir á ver al notario, tanto para asegurarse de si las escrituras estaban allí, cuanto para indicarle lo que había pensado referente á como había de hacerse el documento de préstamo.

Precisamente, Emilio, cuando salió de casa del prestamista, se fué á ver á Ramón y le dijo:

—Juzgo que ya está hecho el negocio, y no tendrá nada de particular que, aun cuando con el prestamista hayamos quedado en que vendrá conmigo mañana, hoy se presentase aquí.

—¡Hoy! ¿Para qué?—exclamó Ramón.

—Vaya V. á saber todas las marrullerías que tiene ese hombre. Desde luego, que si él hace el negocio, es con el firmísimo propósito de quedarse con esas fincas en un plazo más ó menos largo, y, para esto, no tendría nada de particular, que pretendiera se pusiese en la escritura algo que facilitase esa solución.

—Comprendo. Y si con esa pretensión viniera, ¿qué cree usted que debemos hacer?

—¿Quiere V. que le sea franco?

—¡Ya lo creo! Como que si entre nosotros no reina franqueza, no sé entre quién tendrá que reinar.

—Pues yo de V., trataria de sacarle otro pellizco.

—¿Pero tiene V. la seguridad de que ese hombre va á venir?

—Hombre, tanto como seguridad, no; pero desde luego sospecho que algo debe intentar, porque si mañana ha de venir conmigo, ¿á qué preguntarme las señas de su casa de usted?

—Es verdad.

—Por eso digo que creo que algo debe proyectar.

—Es posible. Si viene, ya procuraremos sacar el mejor partido.

—Es una sanguijuela á quien por mucha sangre que se le exprima, siempre le quedará alguna.

—Lástima que no podamos extraérsela toda,—repuso Ramón sonriéndose.

—No tenga V. cuidado, que tiempo habrá. Realicemos este negocio, que para lo sucesivo ya pensaremos otro.

Como habia supuesto muy bien Emilio, don Melitón se presentó en la casa del notario.

—Señor de Canals,—le dijo al entrar en el despacho;—sin duda le sorprenderá á V. mi visita.

—En una casa como esta,—repuso Ramón—no puede sorprender visita alguna, puesto que está franca la puerta para todo el mundo.

—Es que mi visita se relaciona con un objeto, del cual tiene V. ya noticia sin duda.

—Antes de todo, desearía saber con quién tengo el gusto de hablar.

—Melitón Foix, servidor de V. Un nombre muy humilde, que quizás desconozca por completo.

—No, señor; digo, si es V. la persona que me figuro. He visto su nombre figurar mucho en diversos préstamos sobre fincas, y he oido hablar bastante de su fortuna.

—¡Fortuna! ¡Fortuna! Eso dicen muchos. Si yo tuviera esa fortuna que me achacan, ¿cree V. que me ocuparía en esta clase de negocios?

—De todos modos, sus préstamos son de gran importancia, y eso no se puede hacer sin dinero, como V. comprenderá.

—Tengo el encargo de varias personas para colocar cantidades más ó menos crecidas, y ya se cree la generalidad, que son mías.

—En fin, como yo no tengo nada que ver con eso...

—Precisamente porque tiene V. que ver, es por lo que he venido á verle, amigo mío. Yo soy poco aficionado á hacer visitas, y únicamente hago aquellas que, por uno ú otro estilo, me pueden servir.

—¡Ya! De modo que ésta es interesada también.

—Sí, señor. ¿Por qué negarlo? Ya ve V. que soy bien franco.

—Así me agrada. La persona que habla con franqueza tiene ya ganado mucho, pero muchísimo, en mi concepto.

—¿Puede escucharnos alguien?—preguntó Melitón mirando de reojo á las puertas que había en la estancia.

—No señor. Solamente ahí fuera están los escribientes.

—Esos no podrán oirnos.

—Tal me creo. Pero si V. quiere, podemos pasar á mis habitaciones particulares y...

—No, no hay necesidad de que se moleste. Dé V. orden de que nadie nos interrumpa y...

—Voy á complacerle.

Y Ramón llamó á Marcelino, indicándole que si alguien deseaba verle, que tuviera la bondad de esperar.

Una vez solos, dijo don Melitón:

—Creo que V. es apoderado ó representante en Barcelona del marqués de la Pinada. ¿No es así?

—Sí, señor. Y por cierto... ¡Ah! Vamos, ya caigo en el objeto de su visita. El señor de Ortega me indicó que andaba en tratos con una persona, de esta, para un negocio de préstamo, y... usted será sin duda...

—Sí, señor. Me habló de V., me dijo que aquí estaban las escrituras.

—Me las dejó Ortega, para si llegaba á efectuarse el negocio.

—Pues yo quisiera que V. me hablase con franqueza. ¿Qué le parece la operación?

—Desde luego he de decirle que muy buena. Las fincas valen mucho, muchísimo, y no habría yo creído jamás, que el señor marqués estuviera en semejante situación.

—Ya se ve; la vida de la Corte es tan cara...

—De todas maneras hay mucho dinero en aquella casa, y sobre todo, fué lo que le dije á Ortega, que no comprendía cómo no había encontrado el dinero en Madrid.

—¡En Madrid no hay dinero para esas cosas!

—Ya lo creo que lo hay; lo que tiene es, como me dijo Ortega, que ha querido evitar que circulara esa noticia por Madrid, y siendo así, ya tiene su explicación. Vamos y me alegro que sea V. la persona que haya de facilitar ese dinero, basta siquiera las noticias que de V. tenía

—Y vamos que también para V. ha de producirle buen resultado, porque una escritura así y alguna propinita que caerá también...

—Lo que es de mi principal, no espero nada. No tiene nada de espléndido por cierto.

—Pues si él no lo hace, ya sé yo muy bien lo que me toca hacer. Conque vamos, vamos, déjeme V. que vea las escrituras, á fin de hacerme cargo mejor de la cuantía del negocio.

—Fincas por valor de cien mil duros, en hipoteca de treinta mil; ya ve V. que no puede ser más bonito.

—Ya, ya; en los negocios no se puede decir nada hasta que estén ultimados. ¿Comprende V., señor de Canals? Salen á veces cosas inesperadas, reclamaciones ó derechos con que uno no había pensado y ¡adios! Lo que todos creíamos inmejorable, resulta después lo peor.

—Sí, ya suele suceder lo que dice; pero en este caso creo que varía esa regla casi general.

Ramón abrió uno de los cajones y extrajo un paquete de papeles, que entregó á don Melitón.

Éste se puso á examinar las escrituras.

El falso notario estaba observándole y, á pesar del profundo disimulo de que el prestamista estaba haciendo alarde, no dejó de comprender el buen efecto que aquel examen le producia.

—Vamos, don Melitón,—dijo por fin.—¿Qué tal le parece á usted eso?

—No está mal. Asi es como yo tengo siempre casi todas las mias. Yo no doy dinero, jamás, si no sé como le doy.

—Pues me parece que aquí...

—Sí señor, están en regla. Ahora vamos á hablar los dos.

Y el prestamista entregó á Ramón las escrituras.

—Diga V., señor don Melitón; á su disposición me tiene para todo.

—Mil gracias. Yo he traído aquí una minuta para hacer la escritura; á ver que le parece á V.

—Generalmente no necesito para escrituras de esta especie sino los datos indispensables, lo demás ya me lo arreglo yo en virtud del formulario que...

—Sí, hombre, si; ya comprendo que sabrá V. perfectamente como se hacen toda esa clase de documentos; pero yo

tengo cierta plantilla que me sirve admirablemente. ¿Comprende V.?

—No mucho.

—Como en la mayoría de estos casos, suelen presentarse más tarde, complicaciones, y una frase se interpreta de varios sentidos, á mí me gusta poner las cosas muy claras, de aquí que use esta fórmula.

—Veamos, veamos, y si puedo adoptarla...

—Otros lo han hecho, conque ya ve V....

Y don Melitón entregó á Ramón la minuta que llevaba dispuesta.

Estuvo repasándola el joven y después se la devolvió al prestamista diciendo:

—Dispénseme V. que le diga, que esto se presta para una ilegalidad, que podría redundar más tarde en perjuicio de mi cliente.

—Déjese V. de eso ahora. La cuestión es que V. y yo nos entendamos. Muchos negocios por este estilo podré proporcionarle.

—Pero don Melitón, lo que V. exije de mí, no puedo hacerlo.

—Todo, amigo mio, todo en este mundo puede hacerse cuando uno quiere. Conque quedamos en que esta minuta servirá para la escritura en cuestión.

Y el prestamista puso el papel sobre la mesa, habiendo puesto entre él, un billete de mil pesetas.



CAPITULO LIII

Cómo puede evaporarse una notaría

Emilio fué puntual el día siguiente.

Llegó á casa de don Melitón sin demostrar en lo más mínimo que conocía la escena que había mediado entre el prestamista y Ramón.

—¿Ha telegrafiado V. al señor marqués? — le preguntó el prestamista.

—Sí, señor. Estará aquí pasado mañana en el exprés, y si todo lo tiene V. dispuesto, marchará por la tarde á las cuatro, y yo con él.

—¡Caramba! Eso sí que es ir de prisa. Sin descansar siquiera.

—No tenga V. cuidado, que el señor marqués ya sabe viajar. Toma un departamento en el *Sliping*, y duerme perfectamente.

—Amigo, ¡dichosos los que pueden usar esas comodidades!

—Como si V. no pudiera.

—Si me hubiera dado esa vida, no tendria los cuatro cuartos de que hoy dispongo.

—En eso, ya tiene V. razón. Viviendo como el marqués, se goza, se disfruta al menos.

—Y también se tiene que ir á pedir dinero prestado al vecino.

—Con lo cual engordan Vdes., amigo don Melitón; porque si no hubiera personas como el marqués, esté V. seguro que no medrarían más de cuatro.

—No se lo niego.

—Por lo tanto, no es justo zaherir á los mismos que nos dan de comer.

—Si yo no les zahiero; por el contrario, quisiera que todavía gastasen más.

Conforme hablaban, se arregló don Melitón, y poco después salían á la calle, dirigiéndose hacia la casa del notario.

Aquella misma mañana, en el tren de Francia, habían marchado Marcelino y Pepe.

Algunos amigos de éste fueron á despedirle á la estación.

Según habían convenido, al llegar á Mataró, Marcelino siguió el viaje hasta París, donde, en virtud de las instrucciones recibidas, debia poner el telegrama para Carmen y algún otro para compañeros suyos de la Bolsa, y echar en el correo la carta para su amada.

Pepe regresó desde Mataró, tomó un coche en la estación, que le condujo á su casa, donde estuvo ocupándose en hacer la transformación consiguiente, para representar lo mejor posible al marqués de la Pinada, y á la siguiente mañana se di-

rigió á Tarrasa para poder tomar asiento en el exprés, que debía llegar á Barcelona, algunas horas después.

*
* *

Entretanto habíase extendido ya escritura de préstamo y estaban preparados los oficios para el Registro de la Propiedad, que determinaban la hipoteca que pesaba sobre las fincas que se detallaban.

La cláusula que don Melitón había indicado á Ramón, que debía ponerse en la escritura, al ser leída por Emilio, le hizo exclamar:

—¿Qué es esto, señor Canals? ¿Usted sabe lo que ha puesto aquí?

—Si señor, — contestó el falso notario. — Esto es por fórmula únicamente, que ya sabemos que ni el señor marqués dará lugar á lo que aquí parece prejuzgarse, ni tampoco don Melitón se aprovecharía de las ventajas que por dicha cláusula tendría.

—¡Quiere V. callar!—se apresuró á decir el prestamista.

—Vamos, vamos, señores,—replicó Emilio,—yo no puedo pasar por esto.

—Pero hombre, no ha oído V. que eso no es más que una fórmula.

—Será toda la fórmula que Vdes. quieran, pero si el señor marqués quiere dejarlo pasar, que lo deje; yo, por mí, vuelvo á repetir, que no la acepto.

—Eso Vdes. verán lo que hacen,—repuso el notario;—me lavo las manos en este asunto.

—¡Pero hombre! ¿Cómo es que en Madrid no se ponen estas cláusulas sino en casos muy extremos?

—En Madrid podrán hacer lo que quieran; aquí tenemos ya esta costumbre.

—Pues me parece que se quedarán Vdes. con ella; porque el señor marqués, si se ha de guiar por mis consejos, no caerá en ese lazo.

—¡Cuidado con las palabras, amigo mío!—dijo el notario,—que aquí no hemos tratado de tenderle lazo alguno al señor marqués.

—Yo de mí, puedo decir, que llevo hechas gran número de escrituras de este género, y todas ellas tienen consignado eso mismo.

—Justo; y por efecto de eso ha podido V. quedarse, sin duda, con un gran número de fincas.

—Pues bien, señor,—dijo el notario;—puesto que mañana ha de llegar el señor marqués, ¿á qué hemos de estar ahora devanándonos los sesos ni discutiendo sobre esto? Cuando él venga, si le acomoda lo deja, y si no se quita.

—Si á mí me conviene,—dijo don Melitón.

—En fin, nada, no hablemos más del particular; ya falta poco, y no quiero que se diga que por mí se ha perdido el negocio.

A la mañana siguiente, á la hora de la llegada del exprés, Emilio estaba en la estación.

Un carruaje tenía prevenido ya, y en él fueron á la fonda de las Cuatro Naciones, en cuyo punto se anunció como el marqués de la Pinada.

Cuando estuvieron solos, mientras Pepe se arreglaba para salir á la calle, le dijo Emilio:

—¿Supongo que te acordarás bien de la firma?

—¡Hombre! me parece que sí. He procurado hacerla todo lo mejor posible, y no estoy descontento. Usted mismo podrá juzgar.

atención respecto á esa cláusula que, á mi juicio, es un poco arriesgada.

—Ya le contesté yo al señor,—dijo Ramón,—que estas son las fórmulas que usamos por aquí.

—Bien, bien; como que este dinero se devolverá antes de su vencimiento, me tiene sin cuidado dicha cláusula. Siga usted leyendo.

Ramón prosiguió la lectura, y una vez terminada, dijo Pepe:

—Está bien. ¿Dónde debo firmar?

—Espere V. un momento,—repuso Ramón, que se ha de verificar la entrega del dinero en presencia mia y de los testigos que para este efecto se han hecho venir, y....

—Ortega,—prosiguió Pepe, dirigiéndose á Emilio,—hágase V. cargo de ese dinero, y despachemos pronto este asunto.

Y sacando la petaca, ofreció magníficos cigarros habanos á todos los circunstantes.

Un momento después, dos vecinos con establecimiento abierto, que habitaban en la misma calle, sirvieron de testigos para la entrega del dinero, y no tardó mucho Ortega, ó sea Emilio, en guardar los billetes y los talones, diciendo el marqués:

—Ahora, señores, si quieren Vdes. honrarme viniendo á almorzar conmigo á la fonda, allí les aguardo.

—Mil gracias,—repuso don Melitón.—Yo no acostumbro á salir nunca de mi regla.

—Pero hombre, un dia, es un dia nada más,—dijo Ramón.—Nada, nada; ya que el señor marqués nos hace esa distinción, debemos aceptar.

El prestamista se resistió cuanto pudo, pero como que la idea de los otros era la de tenerle consigo el más tiempo po-

-ible para evitar que la casualidad hiciera que hablase con alguien y se descubriese el enredo, insistieron hasta que consiguieron lo que se proponían.

Sin embargo, don Melitón se llevó la escritura á su casa, la guardó cuidadosamente y después fué á buscar al notario para irse juntos á la fonda.

*
* *

Excusado es decir que el almuerzo fué de primera. ¡Cómo que á pesar de figurar como anfitrión el marqués, era don Melitón quien lo pagaba!

El prestamista bebió sin tino y comió mejor, pasando en la fonda, al lado del marqués y de Ortega, hasta el momento en que éstos debían marchar á la estación para salir en el exprés.

Pepe pidió la cuenta y gratificó con largueza á los camareros, lo cual hizo exclamar á don Melitón:

—Pues si en todas partes hace lo mismo este señor, no me sorprenderá que de aquí á dos meses vuelva á pedir otros treinta mil duros sobre otras fincas.

—¡Qué mal le vendría á V.! ¿No es verdad?—le contestó Ramón.

—Tampoco presumo que á V. le disgustaría.

. . . .

Pocas horas después, se dirigían hacia la estación, Ramón, Emilio y Pepe, mientras que don Melitón se hacía conducir en un coche á su casa, porque estaba bastante mareado.

Una vez en la estación, despidieron el carruaje que les había conducido y tomaron otro que desde allí les condujo á la casa de la calle de Casanovas.

Aquella noche, los dos escribientes recibieron sus mi duros cada uno, y al amanecer del siguiente dia, una conductora de muebles se llevaba los que habia en la notaría, al almacén donde los alquilara Marcelino, pocos dias antes.

A las diez de la mañana, la notaria de D. Francisco Canals se habia desvanecido como el humo.





CAPITULO LIV

Dar golpes en el vacío

LA repartición del dinero se hizo del modo convenido. Emilio, con la escrupularidad que usaba siempre en sus negocios, entregó á Ramón y á Marcelino lo ordado con ellos; los escribientes también recibieron su rte sin que pudieran decir nada de lo que había pasado, esto que, en realidad, de nada estaban enterados.

Además, aun cuando hubiesen querido denunciar lo co que sabían, no hubiera servido más que para emorar su situación, para cogerles como cómplices y perder que habían ganado.

De modo que por interés propio, se veían obligados á llar.

Marcelino regresó de París, cobró su dinero y tornó á esentarse en público, de la misma manera que Emilio, pa-

sando varias veces tanto por el lado de don Melitón ó de los escribientes de la notaría, sin ser reconocidos por ninguno.

En cuanto á Ramón, en su casa de San Gervasio estaba, y apenas si bajaba por Barcelona; mas aun cuando lo hubiese hecho nada le habría pasado tampoco, puesto que se encontraba en el mismo caso que sus compañeros, respecto á la transformación sufrida.

Pepe fué el único que se vió obligado á permanecer en reclusión, para dar apariencias de realidad á su viaje á París, en lo cual no dejó de ganar Luisa, puesto que, como ella decía, aquellos días le perteneció por completo.

*
* *

Emilio, con aquella habilidad y tacto que no abandonaba un momento, á fin de estar prevenido para lo que algún día pudiera suceder, una vez que se hubo terminado aquel asunto, reunió á los dos jóvenes y les dijo:

—He pensado una cosa que estoy seguro que tanto uno como otro aceptaréis, porque en realidad, es de interés para los dos.

—Por mi parte, sabe V.—dijo Pepe—que cuanto haga, lo doy siempre por bien hecho.

—Y yo á mi vez,—añadió Luisa,—ya sabe V. que jamás me he opuesto á nada. Aun en este asunto del casamiento que tanto daño me ha producido y me ha de producir, no he querido que por mí se diga que se deshace.

—En lo cual obraste con cordura, toda vez que, al fin y al cabo, con ello no habrías de mejorar tu situación, y en cambio podrías perjudicar la de todos. Pues bien; yo, queriendo corresponder á la manera tan digna que has tenido

de portarte, y considerando al mismo tiempo como uno de los individuos más útiles y más inteligentes de nuestra asociación, y al cual debemos el buen éxito de nuestras primeras operaciones, no he querido ni quiero que permanezcas así, como viviendo á nuestras expensas. Quiero que tengas tu capital propio, que no dependas de nadie, y que en aquella empresa que no te agrade no tomes parte, haciéndolo, sin embargo, en la que á ti te convenga.

Luisa no pudo menos de mirar llena de sorpresa á su interlocutor.

Después, su mirada se fijó en Pepe, el cual también participaba de la sorpresa de Luisa, puesto que Matasanz nada le había dicho previamente.

Luisa presumió, por lo que escuchaba, algo que desde luego la hirió un poco.

Hasta entonces había creido que el dinero que Pepe ganaba, la pertenecía también, puesto que él se lo habia dicho una porción de veces.

No se le había ocurrido á Emilio hacer aquel deslinde de fortunas, y en verdad que semejante salida tenía que llamar de un modo poderoso su atención.

*
* *

Hubo un momento en que trató de sublevarse contra tal propósito, y hasta su semblante lo expresó de un modo tan gráfico, que Emilio, mirándola atentamente cual si tratara de leer en su pensamiento, se apresuró á decir:

—Te advierto que esto no significa ni mucho menos que pensemos prescindir de tí. Pepe, que está aquí presente, podrá decirte lo que siempre hemos hablado respecto á tí; y esta idea que yo emito ahora es exclusivamente mía, que

Pepe nada sabe porque nada le había yo dicho. Por lo tanto no lo tomes en sentido desfavorable para ti, sino que, por el contrario, es para beneficiarte por lo que lo hago. Si reflexionas un poco en lo expuesta que es nuestra situación, te convencerás de la ventaja que para ti encierra tener un capital propio disponible siempre, el cual te pueda servir hasta para aliviarnos á nosotros, si la desgracia hiciera que algún día fuésemos sorprendidos y conducidos á la cárcel, ó condenados á presidio.

—¡Calle V., por Dios!—exclamó vivamente Luisa.—Si tal caso sucediera, yo misma me declararía culpable para participar de su misma suerte.

—En lo cual harías muy mal, porque lógico es que quede alguien libre para ocuparse de nosotros. Teniendo esto en cuenta, pensando al mismo tiempo, que dentro de poco se casará éste y que tendrá que llevar á su matrimonio parte de capital, he querido poner á cubierto tu fortuna, y aqui tienes para que firmes, los documentos necesarios, por medio de los cuales tienes en el Banco de España, en cuenta corriente á tu nombre y de tu exclusiva propiedad, diez mil duros.

—Pero si yo no quiero ese dinero; si yo no necesito ni he necesitado nunca, más que el cariño de Pepe.

—No importa,—contestó éste;—te he dicho que mi cariño lo poseerás siempre. Ahora que comprendo la idea de Emilio, la apruebo con toda mi alma y te ruego que la aceptes.

En vano fué que Luisa se opusiera.

Las reflexiones que le hizo Emilio y los ruegos de Pepe al mismo tiempo, obligáronla á ceder, firmando los documentos necesarios y practicando las diligencias convenientes para poder retirar todo, ó parte de aquel dinero, según la conviniera.

*
* *

Al día siguiente, tuvieron otra entrevista Pepe y Emilio, y dijo éste á su compañero:

—Mira, hasta ahora no habíamos pasado balance y creo muy conveniente que establezcamos ya los términos precisos de nuestra sociedad. Desde que trabajamos juntos, los diversos negocios que hemos realizado, nos han producido la enorme cantidad de ochenta mil duros. Deduciendo de esto, los gastos que hemos tenido, participaciones que hemos dado, viajes, documentos, gratificaciones, etc., y la parte que hemos dado á Luisa, nos quedan líquidos unos cuarenta mil.

—Y con todo eso, ¿qué me quiere V. decir?

—Que de esos cuarenta mil, queda hecho un depósito de diez mil en el Banco de España, en la sucursal de Valencia, á nombre de los dos, para que pueda responder á cualquier cosa que nos sucediera, y de los treinta mil restantes, quince mil son tuyos y quince mil me reservo yo.

—Y con ese dinero, ¿qué quiere V. que yo haga?

—¡Hombre! es natural que al casarte, entres en tu nuevo estado con el capital que te corresponde. Te creen rico y es menester que lo justifiques.

—Pero yo tengo capital empleado en la Bolsa y además sigo la pista á un negocio, que ya verá V. si es importante.

—Cuidado, que ahora sería muy conveniente que dejáremos pasar algun tiempo sin hacer nada. Este negocio va á meter mucho ruido; se va á poner la policía en movimiento, y como ya llueve sobre mojado...

—Pienso que ese sea el regalo de boda, que le haga á mi futura.

—En fin, haz lo que quieras. Te prevengo y nada más.

—Quiero correr yo solo el albur.

—No, eso no. Si caes caeremos los dos. Yo no abandono á mis amigos en la adversidad. Dime lo que piensas hacer, y yo te daré mi parecer.

—Estoy seguro que sería contrario, y por esa razón me lo callo. Ya lo sabrá V. cuando esté hecho.

—Como tu quieras. Pasado mañana, debes figurar tu llegada de París, y para esto has de dirigirte á Perpiñán, donde recogerás todos los objetos que dejó Marcelino, y que constituyen los regalos para tu novia, para su padre y para algunos de tus amigos, así como también ropa para ti.

—En todo está V.

—Ya ves si procuro que estés á cubierto de toda suposición.

—Desde luego.

Pepe marchó á Perpiñán, regresó en el exprés de París, envió los regalos á su amada, y á nadie se le ocurrió ni un sólo instante, que él hubiese sido el falso marqués de la Pinada, de cuyo suceso se comenzaba ya á hablar.

Y se descubrió porque debía descubrirse.

*
* *

Don Melitón tuvo, á los pocos días de haber ultimado el negocio del marqués, que arreglar otra escritura y se dirigió á ver á Canals, pensando:

—Éste, agradecido á lo pasado, me tendrá alguna consideración en los gastos. Los demás, como han dado en decir que tengo dinero, aprietan la mano que es un contento.

Y, efectivamente, el bueno de don Melitón se dirigió á la escribanía de Canals.

Pero su sorpresa no conoció límites, al saber que se había mudado de allí, sin que nadie supiera dónde trasladó su despacho.

La hora en que se verificó la mudanza, llamó su atención, y como precisamente era la hora en que los individuos del cuerpo municipal no entran todavía de servicio, no pudo comprobar por este medio dónde se había mudado.

Entonces se marchó á ver á otros escribanos, y pronto adquirió el convencimiento de que no existía ninguno ni de aquel nombre, y apellido, ni que viviese en la calle que decía.

Telegrafió inmediatamente á su agente de Madrid, para que viera al marqués de la Pinada, y la contestación fué terrible.

El marqués no se había movido de Madrid, ni estaba en situación de necesitar préstamo alguno.

Don Melitón estuvo á punto de volverse loco.

Se dió parte á la autoridad, la prensa puso el grito en el cielo, censurando duramente á la policía, que no sabía descubrir á los autores de las diversas estafas verificadas de poco tiempo antes en Barcelona, y en su consecuencia se dieron las órdenes más terminantes para descubrir á los autores de aquellos hechos tan punibles.



CAPÍTULO LV

El cartero

Los cargos que se hicieron por la prensa á las autoridades, fueron realmente terribles.

En un breve espacio habían tenido lugar timos, estafas y atentados de gran importancia, sin que sus autores hubiesen sido habidos.

¿Qué significaba esto? ¿Qué era lo que queria decir?

Ó que las autoridades no excitaban el celo de sus subordinados, ó que éstos no tenían las aptitudes necesarias para el cargo que desempeñaban, y á lo que de ellos tenia derecho de exigir el país.

Efectivamente, lo segundo estaba más razonado que lo primero, y corroboraba lo que ya en otro lugar manifestamos respecto al cuerpo de policia.

El favor de un ministro, la protección de una entidad determinada en una comarca, bastan para determinar el nom-

bramiento de un jefe de policía. El mismo gobernador, á veces, se ve obligado á admitir como jefe de policía, al recomendado por esta ó la otra personalidad, á la cual no puede desairar.

¿Qué sucede de aquí? Que este funcionario llega á la provincia que se le destina, desconociendo, no sólo la criminalidad que en ella se oculta, sino hasta las costumbres locales, hasta el modo de ser de aquella sociedad, de cuya tranquilidad y de cuyo reposo, debe ser celoso guardián.

Tiene que servirse de los informes de los inspectores y de las confidencias, no siempre seguras; encuéntrase con un cuerpo de vigilancia que le es totalmente desconocido; como que tiene la conciencia de que ha sido impuesto por la fuerza, todo son dudas y recelos respecto al jefe anterior, á quien ha substituído, así como igualmente respecto á los individuos del cuerpo, considerados como hechuras suyas, y entre dudas, desconfianzas, recelos y adulaciones, generalmente suele optar por lo peor que debiera hacer.

Por separar del cuerpo á los individuos tildados como de ser partidarios del jefe anterior, sin tener en cuenta que aquellos hombres serían tal vez los más útiles, los que mejor le podrían servir en la difícil tarea que estaba llamado á cumplir.

Porque ya es cosa ingénita en nuestro país, que los empleados de menos importancia, son siempre los que saben más en todos los ramos de nuestra administración.

Para conocer el estado de un expediente, más que dirigirse al jefe, que cobra más sueldo, hay que preguntar al escribiente que disfruta de una gratificación mezquina, y que lleva, sin embargo, el peso del negociado.

Lo mismo sucede en el ramo de policía. Los individuos del cuerpo cuyo haber es exíguo, conocen mejor á los bribo-

nes que los mismos inspectores, puesto que éstos, ya porque procedan de otras provincias, ya también porque hayan entrado en el cuerpo de policía por la puerta del favor y no por la del verdadero merecimiento, no se encuentran en condiciones de conocerlos.

En su consecuencia, si el jefe de una provincia empieza, por antagoismos y personalidades, á desprenderse de los que mejor pudieran servirle, ¿cómo es posible que puedan prestarse servicios, en la proporción que los males requieren?

La falta de un verdadero cuerpo de policía en España, se deja sentir cada día con mayor violencia.

Oimos elogiar los cuerpos de policía extranjeros, cuyos individuos prestan servicios de verdadera consideración y dan muestras de una actividad, de una astucia, de una habilidad que verdaderamente llama la atención.

¡Y puede creerse que en España dejen de existir individuos tan instruídos, tan astutos, tan habilidosos y tan activos como los ingleses ó los franceses!

Por ningún estilo. Lo que tiene es que en el extranjero se les atiende, se les halaga, se les adelanta dentro del mismo cuerpo, sin que estén sujetos al capricho de un jefe ó á la influencia de un cacique.

¿Cómo se quiere que en nuestro país exista un verdadero cuerpo de policía, cuando al más insignificante cambio de gobierno y no sólo el de gobierno, sino el de un gobernador, implica ya un cambio radical en el cuerpo de policía de la provincia?

Cambíanse inspectores, déjanse cesantes á individuos del cuerpo, substitúyense con personalidades que, quizás entran por primera vez en aquellos destinos, y de esta manera la criminalidad prospera y las quejas respecto á la insuficiencia del cuerpo aumentan cada momento.

*
* *

El clamoreo de la prensa, como hemos dicho, á consecuencia del escandaloso robo de don Melitón, fué extraordinario, y se hizo preciso dar órdenes severas, que no obtuvieron otro resultado que la detención de cuatro timadores vulgares, que no pudieron dar luz alguna referente al crimen que se perseguía.

De tal manera habían sabido borrar las huellas, Emilio y sus compañeros, que no había medio de descubrir nada por el momento.

Lo mismo Matasanz que Marcelino, Pepe y Ramón, en sus círculos respectivos, eran los primeros en anatematizar aquellos hechos, censurando duramente á las autoridades, que no sabían descubrir á los culpables.

Emilio había hecho, como indicamos en el capítulo anterior, la partición del capital que tenían, á fin de que Pepe pudiera ya de un modo definitivo, determinar con lo que contaba al padre de su futura.

Luisa acabó por convencerse de que la solución dada por Emilio en lo que á ella se refería, era la más acertada y la mejor, toda vez que se encontraba dueña de un capital con el cual jamás hubiera soñado, capital que lo tenía al alcance de su mano cuando mejor le conviniera.

Pepe, á su vez, comprendiendo que Emilio había tenido razón y que no era conveniente, por entonces al menos, inventar un nuevo negocio, desistió en un todo del que tenía en planta.

Sin embargo, no le olvidaba, mejor dicho, le seguía utilizando, aún cuando en pequeña escala.

Este negocio se lo descubrió un día, la casualidad.

En una de las casas que tenía alquiladas en Barcelona, con el propósito único de que le sirviera de momentáneo refugio, según vinieran las circunstancias, casa que hasta el mismo Emilio desconocía, en ocasión que un día se hallaba en ella mirando por una de las ventanas que daban al patio, vió, por la de enfrente, que un individuo tenía varias cartas extendidas sobre una mesa.

Como él tenía cortinillas en los cristales de su ventana y en la de enfrente también las había, no le era posible distinguir con claridad, y solamente por el pequeño espacio que quedaba entre la cortinilla y el cristal, fué cómo alcanzó ver lo de las cartas.

—¿Quién será ese hombre?—dijo.—Y ¿qué será lo que está haciendo con esas cartas?

Y como Pepe había aprendido de su maestro á no considerar nada insignificante, sino por el contrario á darle á todo una importancia relativa, creyó que era prudente saber quién vivía allí y de lo qué se ocupaba.

Y de sus informes resultó que allí vivía un cartero que era valenciano, que se llamaba Luis Castells, y que tenía mujer y dos hijos.

Con estos datos tuvo suficiente Pepe.

—Ya sé entonces,—se dijo dándose una palmada en la frente,—lo que ése estaba haciendo con las cartas. ¡Qué tonto! Hacerlo de modo que lo vean los vecinos! Si no hubiera sido yo... En fin, nos aseguraremos algo más, antes de dar paso alguno.

Y, efectivamente, aquella noche fué á la casa, entró en ella haciendo el menor ruido posible, y sin encender luz para no llamar la atención, entró en el cuarto que daba al patio y se puso á mirar á la casa de enfrente.

El cartero, con la seguridad de que nadie le pudiera ver, ocupábase en aquellos momentos en abrir algunas cartas.

—Perfectamente,—murmuró Pepe separándose de su observatorio,—ya sé cuanto quería. Vean Vdes. por dónde este hombre me ha sugerido una gran idea. Veremos cómo la realizo. Lo primero que necesito averiguar, es qué distrito sirve este hombre, porque según el que sea, tiene más ó menos importancia la cosa.

Y, efectivamente, lo averiguó.

El distrito que aquel cartero tenía, comprendía una porción de casas de comercio muy respetables y dos ó tres banqueros.

—Muy bien,—dijo,—parece que la casualidad me quiere proteger y yo sería un ingrato si no supiera aprovecharme de esos favores.

*
* *

Al día siguiente, esperó al cartero al salir de su casa y le dijo:

—Amigo, es menester que sea algo más precavido, porque la industria á que se dedica, necesita cuidados que V. no guarda.

El cartero se inmutó.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó.

—Vamos, paisano,—prosiguió Pepe hablándole en valenciano,—que á no ser yo tan amante de los míos, y sobre todo, á no querer hacer daño á nadie, podía V. haber tenido un disgusto muy grave.

—¿Pero por qué?

—Cuando trate V. de abrir las cartas para ver lo que va en ellas,—dijo Pepe bajando la voz,—tenga cuidado de cerrar bien las ventanas.

—¡Dios mío!—exclamó el cartero asustado.

—No se alarme ni llame V. la atención porque, como le he dicho, basta que sea paisano mío para que no le quiera hacer ningún daño. Pero ahora sí, para beneficio de los dos, es menester que nos entendamos.

—¿Que nos entendamos?—dijo Castells mirando sorprendido á su interlocutor.

—Sí, señor; el negocio que V. está haciendo puede ser mucho más importante todavía; V. se circunscribe á los sellos ó á las libranzas de correos, que después endosa á cualquiera de esos que las toman mediante un descuento, lo cual es expuesto siempre, y á los billetes que puedan venir en algunas de esas cartas, total que por coger veinticinco ó treinta duros al mes, cuando más, se expone V. á ir á presidio. Yo, utilizando esos mismos recursos, puedo darle miles de duros, y en ese caso aunque le prendan, crea V. que la llave de oro abre la puerta de todos los procesos. Conque ahora va V. á repartir ¿eh?

—Sí, señor,—contestó el cartero que apenas si podía volver de su asombro.

—Entonces, á la noche vendrá V. á mi habitación y allí podremos hablar con más libertad que en su casa.

Castells lo prometió así, y, efectivamente, tales debieron ser las razones que Pepe dió al cartero, que éste no tuvo inconveniente alguno en asociarse y hacer el negocio á medias.



CAPITULO LVI

El casamiento de Pepe y el negocio de los cheques

Desde aquel día las operaciones de abrir las cartas, se verificaba en casa de Pepe.

Había convencido á Castells de que para el caso de alguna sospecha respecto á él, que pudiera llevar como es consiguiente, un registro en su casa, era mucho mejor que tuvieran todo lo necesario para las operaciones que practicaban, en la suya, donde se quedarían las cartas que fuera conveniente inutilizar.

Pepe lo que buscaba era alguna letra de importancia sobre alguna de las casas bancarias, á fin de ver si podía hacer un negocio redondo, como él decía.

Ya se le presentó alguna, pero precisamente era en los momentos en que los ánimos estaban más sobrexcitados, y Matasanz le había encargado mucha prudencia.

Así era que no se atrevía, contentándose únicamente en hacer el negocio en pequeño, que debiéndolo compartir con el cartero, resultaba insignificante.

Sin embargo, valía mucho más no comprometerse ni perder aquel filón, del cual Pepe se proponía sacar, andando el tiempo, mucho partido.

Llegó entretanto la época fijada para su matrimonio, y la boda se verificó entre el profundo dolor de Luisa y la alegría de la joven desposada, que se creía efectivamente haber hecho un gran casamiento.

***

Por más esfuerzos que Luisa había hecho, por más que, como ya hemos dicho, comprendía que en virtud de la partición hecha por Matasanz, sería imposible que se viera reducida á la miseria, la verdad era que la herida que en su corazón había causado aquel casamiento, estaba destilando sangre y no era fácil que se cicatrizara tan pronto.

Matasanz, que la observaba constantemente, llegó á temer que la tristeza que dominaba á la joven pudiera perjudicarla y un día le dijo:

—¿Por qué no haces una cosa, Luisa?

—¿Qué quiere V. que haga?

—Mujer, estoy viendo que las felices disposiciones que mostrabas para la carrera, las vas perdiendo, y si la desgracia te obligara algún día á volver á seguir aquel camino, estarías torpe y sería muy fácil que te sorprendieran.

—¿Y qué quiere V. que haga? ¿Qué aspiraciones puedo tener, si ya de nada he de servir á Pepe?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Demasiado se está viendo.

—No seas tonta; te he dicho una porción de veces, y él mismo te lo ha repetido, que ni te ha olvidado ni te olvidará jamás.

—Eso se dice pero no se cumple.

—Pepe no es de los que hablan en balde; motivos tienes para saberlo. ¿Acaso porque no ha venido estos dias dudas ya de él? Haces muy mal. Créeme, Luisa; vuelve á tu antigua vida, ejercita en algo tu actividad, que buenas joyerias hay en Barcelona y bien surtidos comercios, donde personas de tu habilidad pueden sacar excelente partido.

—Pero ¿dónde voy yo sola?

—¿Y quién te ha dicho que yo te haga semejante proposición? ¿No tienes ahi á la Rosalia que está deseando tener una que le haga de *tapia* para empezar á trabajar?

—Es que yo sé trabajar también,—dijo la joven un tanto ofendida porque se la destinara á hacer el papel de *tapia.*

—Bien, mujer, ya lo sabemos; pero os ayudaréis recíprocamente. La cuestión es que no quiero verte así, que ya que merced á las lecciones de Pepe habia adquirido aquella agilidad y aquella destreza, merced á las cuales tan buenas cosas realizaste, no es justo que lo pierdas todo con tu apatía y tu ensimismamiento.

Luisa se dejó convencer, porque efectivamente vió en ello un medio de distracción.



A su vez Rosalía, que también como decia, se iba á enmohecer permaneciendo en su casa de San Gervasio, acogió la proposición con alegría.

Ya dijimos en otro lugar que Rosalía era una *mechera* de primer orden.

Precisamente hacía algún tiempo que en Barcelona no se habían registrado robos por aquel sistema.

Los agentes de la autoridad habían cogido á varias *mecheras*, pero de las dedicadas á objetos de poca importancia, y con esto, comercios y platerías respiraban con algún mayor desahogo y tenían mayor confianza.

Un día, descendieron de un carruaje en la calle de Fernando dos mujeres elegantísimas, jóvenes y hermosas las dos.

Anduvieron algunos pasos llamando la atención, así por su elegancia como por su belleza, y poco después se detuvieron ante el escaparate de una de las mejores platerías.

Casi al mismo tiempo que ellas entraban en el establecimiento, una mendiga adelantaba trabajosamente por la acera, en la misma dirección que llevaban las dos damas.

La entrada de éstas en la tienda, llevó consigo movimiento general, así en los dueños como en los dependientes, que se apresuraron á ofrecerles sillas, preguntándoles en qué podían servirles.

—Quisiéramos ver,—dijo Rosalía,—ese medio aderezo que tienen Vdes. en el escaparate. Uno que hay de brillantes y perlas.

—Si no tiene V. capricho determinado por él,—dijo el dueño,—puedo ofrecerles otros dos ó tres parecidos, de variados dibujos.

—Sáquelos V. y veremos,—dijo Luisa.

Pusieron los dependientes sobre el mostrador los estuches, y Rosalía cogió uno de ellos, estuvo examinándole, y después lo volvió á dejar, diciendo:

—¡Oh! No son tan buenos esos brillantes como este que llevo en la pulsera.

Y al decir esto, mostró una riquísima joya que llevaba en

la muñeca, joya que no le costó otro trabajo en Marsella que el de cogerla de la platería donde se la mostraron.

—Ya he visto cuando han entrado Vdes., las piedras que llevan en los pendientes, y si desde el primer momento me hubiese dicho que los quería de ese tamaño y de esa clase de trabajo, se los habríamos mostrado.

—¿Pero tienen Vdes. medios aderezos de esta clase?

—No, señora; tenemos pendientes, alfileres, pulseras, que no forman juego, pero que se pueden arreglar.

—Nada se pierde con verlo. Si á Vdes. no les molesta...

—¡Por Dios, señora, que nos ha de molestar!—repuso el dueño, galantemente.—Para vender, lógico es que se procure complacer al comprador.

* * *

En este momento entró Matasanz en la joyería.

Al ver á las dos señoras, lanzó una exclamación de sorpresa.

Aproximóse á Rosalía y exclamó:

—¡Caramba! marquesa, ¡qué sorpresa más agradable! No podía imaginarme que estuviesen Vdes. en Barcelona.

—Ni nosotras tampoco presumíamos encontrarle aquí. Nos despedimos en Valencia, diciéndonos que iba V. á París.

—Donde estuve ocho días, y hace unos otros ocho que estoy en Barcelona. ¿Cómo han dejado Vdes. Valencia? Supongo que habrá quedado muy triste, faltando Vdes. de allí.

—Vamos, Ramírez, V. siempre tan galante,—dijo Luisa sonriendo.

—No digo más que la verdad. ¿Y el marqués?

—Hace poco se separó de nosotras.

—¿De modo que también está aquí?

—Sí, señor; teníamos que comprar alguna friolera para Amparito, que se casa dentro de un mes, y estuvimos vacilando entre ir á Madrid ó venir aquí, y como Carolina no había venido á Barcelona, optamos por lo segundo. Ya tiene usted explicado el por qué, de nuestro viaje.

—¿Es decir que estamos de compras?

—Sí, señor. Y por cierto que V., que es persona de gusto, espero que nos dé su parecer.

—Desde luego. No precisamente por ese elogio, sino por tener el gusto de estar algunos momentos al lado de V.

—Mil gracias.

—Yo soy quien debe darlas, marquesa.

—Pero el caso es que estos señores,—dijo Luisa,— están molestos por nosotras.

—No tal, señora,—se apresuró á decir el joyero, que lo mismo que sus dependientes al escuchar el título de la dama se hallaban dispuestos á ser todo lo finos y complacientes posible.—Lo único que yo sentiré, que no sean de su agrado las joyas de esta su casa.

—¿Qué le parecen á V. estos pendientes, Ramírez?— dijo Rosalía mostrando á Matasanz uno de los muchos estuches que habían ido colocando sobre el mostrador, los dependientes de la joyería.

—¡Admirables, marquesa! Esa combinación de ópalos, brillantes y perlas, es de mucho gusto.

—Más artísticos me parecen estos,—dijo Luisa mostrando otra caja.

—Efectivamente. ¿Pues y estas amatistas en medio del círculo de brillantes?...

—¡Bonitos son! Si no se sabe qué elegir. Veamos las pulseras.



—Hazla correr.

Los dependientes retiraron á un lado los estuches de pendientes y empezaron á sacar pulseras.

Después de haber examinado algunas de ellas, hablaron de precios.

Por fin, después de mucho discutir, quedaron en que enviarían á la fonda de las Cuatro Naciones, á la señora marquesa de Silla, una pulsera, un alfiler y un par de pendientes, cuyo precio total era de catorce mil quinientas pesetas.

Excusado es decir que lo mismo el joyero que sus dependientes, se deshicieron en cumplimientos, acompañando á las dos damas hasta la puerta.

Ramírez se quedó en la tienda, motivando como pretexto, la compra de unos botones de camisa, que le costaron setenta y una pesetas.

El verdadero objeto fué el de distraer la atención del joyero.

Rosalía y Luisa, apenas salieron de la tienda, tropezaron con la mendiga de quien hablamos en otro lugar, y que tendiendo su mano hacia las dos jóvenes pidiendo una limosna, ponía la otra de manera que pudiera recibir cualquier objeto que la entregara Luisa, que era á cuyo lado estaba.

Ésta dejó caer en manos de la mendiga un estuche, diciéndola rápidamente y en voz baja:

—Hazla correr.

A corta distancia de la mendiga habia un albañil, que se alejó precipitadamente, mientras que las dos jóvenes subian al carruaje dando orden al cochero para que las condujese á casa de una de las más ilustres damas de la nobleza catalana.

Pero sin duda cuando llegaron á la Rambla cambiaron de idea, porque hicieron parar el carruaje, se apearon de él,

dijeron que las esperase á la entrada de la calle de la Boquería, y en vano estuvo esperando su regreso.

Las dos jóvenes salieron por la Boquería á la calle del Pino, entraron en el tranvía de la plaza de Santa Ana, descendieron en la calle de Aragón, llegaron á la parada de carruajes más próxima, tomaron uno y se hicieron conducir á la casa de la calle de Casanovas.

Poco después, llegaba allí Matasanz, y no había transcurrido media hora cuando el albañil, que no era otro que Marcelino, llegaba también á la casa, siendo portador del estuche que Luisa entregó á la mendiga.

Este contenía uno de los tres medios aderezos que había mostrado primeramente el joyero y que estaban tasados en tres mil duros.

No había transcurrido media hora de la salida de las señoras y de Matasanz, cuando el joyero empezó á echar de menos aquel estuche. En los primeros momentos creyeron si se habría caído detrás del mostrador; lo registraron todo, pero desgraciadamente se hubieron de convencer de que no estaba en la tienda.

Todavía no se atrevieron á convencerse de que aquellas dos señoras tan elegantes, pudieran ser las autoras de semejante substracción; mas no tardaron en salir de su error, al presentarse en la fonda de las Cuatro Naciones el mismo joyero, y ver que allí no existía ni había existido la señora marquesa de Silla.

Inmediatamente acudió el diamantista á la autoridad, se puso en movimiento la policía, pero todo resultó completamente inútil.

Mientras estaban practicando pesquisas en sitios que ni remotamente tenían que ver con el punto donde estaba situado el cuartel general de nuestros bribones, éstos habían

desmontado ya la pedrería, habían fundido el oro, se habían distribuído entre todos las piedras, y cuando á las diez de la noche, Ramón y Rosalía marchaban á San Gervasio, vistiendo la andaluza un traje que ordinariamente usaba, nadie hubiera podido sospechar que era la elegante dama que por la mañana había estado en la joyería de la calle de Fernando y que llevaba en un pequeño bulto oculto en el seno, las piedras que le habían tocado, como parte del botín recogido.





CAPITULO LVII

La última etapa

Aun cuando Pepe Miramar no habia tenido parte en aquel robo, Matasanz se la reservó diciendo á sus compañeros:

—De la misma manera, lo que él haga por sí solo, también será repartible entre todos.

Inútil es que digamos el efecto que produjo la noticia del robo, llevado á cabo por las dos *mecheras*.

La noticia circuló con rapidez.

Y sucedió lo que sucede generalmente en sucesos de esta especie.

Que la policia no cogió á los ladrones en grande, pero en cambio, pudo apoderarse de dos ó tres *tomadores* de relojes, y éstos pagaron por los otros.

Pasaron algunos días, la opinión se fué calmando, cuan-

do de pronto comenzó á circular una nueva noticia, de otro robo más audaz, y entonces de tal modo llegó á ponerse la opinión, y tan graves cargos dirigía la prensa á las autoridades, que éstas hubieron de dictar disposiciones y procedimientos, á fin de evitar en lo sucesivo, la repetición de aquellos hechos tan punibles.

*
* *

Pepe había hablado á Matasanz, como ya tuvimos ocasión de ver, que quería hacer un regalo á su mujer, regalo que hubo de ser aplazado por las razones que Matasanz le dió entonces.

Pero llegó un día en que, entre las cartas que el cartero Castells le entregó, había una de Londres, con un cheque de treinta mil pesetas, contra una de las casas más importantes de Barcelona.

—Perfectamente,—exclamó Miramar al ver aquella carta,—esta es la nuestra.

Y sin decir nada á Matasanz, cogió el documento, raspó admirablemente el nombre de la persona que debía cobrar, puso el suyo, y con la mayor sangre fría, provisto de la documentación necesaria para justificar la personalidad que se había dado, se presentó á cobrar el cheque.

No hubo dificultad alguna para hacerle el pago, y el joven dió dos mil duros al cartero, entregó otros dos mil á Matasanz, mil á Luisa, y con los mil restantes compró un aderezo á su mujer, en una joyería donde precisamente, en el momento de verificar la compra, se hallaba presente el cajero de la casa donde el día anterior había cobrado el cheque.

El cajero, sorprendido por el sonido de su voz, y por el

precio de la alhaja, que acababa de comprar, no pudo menos de decir cuando salió de la tienda:

—Si no fuera porque este joven es rubio, y habla catalán, y lleva bigote, juraría que era el mismo á quien ayer le pagué seis mil duros. Pero, no, aquel era moreno, llevaba toda la barba, hablaba castellano, como persona nacida en aquellas provincias, y... Por supuesto, que ya sabemos no es esto una razón de gran peso para asegurar ciertas cosas.

—La verdad es,—dijo el platero,—que se ha llevado una joya de las que no se venden todos los días.

—¿Usted conoce á ese joven?—preguntó el cajero.

—De vista. Creo que es bolsista.

—¡Ah! Entonces no es el que yo digo.

* * *

Pepe había reanudado, mejor dicho, continuaba, aun cuando casado, sus amores con Luisa.

Su mujer se sorprendía de la agitada existencia que llevaba su marido, del poco tiempo que pasaba en su casa, y hasta de ciertas distracciones, muy notables, que advertía en él.

Los primeros días había callado, pero cuando vió que aquello proseguía, que á lo mejor iban á su casa ciertos misteriosos avisos, que ella no podía comprender, empezó á sospechar, á las sospechas siguieron las lágrimas, y á las lágrimas algunos reproches que hizo á Pepe, y cuya justicia éste no pudo menos de reconocer.

Entonces se propuso ser más cauto.

Juró y perjuró á su mujer, que la amaba á ella sola, y que en lo sucesivo no tendría motivo alguno de disgusto.

Entonces fué cuando le compró el aderezo en cuestión, mostrándose con ella sumamente cariñoso, y Carmen, que estaba realmente enamorada de su marido, recobró algún tanto la tranquilidad.

Matasanz dijo á Pepe el día en que le refirió lo del cheque:

—Has hecho muy mal, y milagro será que este golpe tuyo no nos ponga en un grave compromiso.

—No sé por qué.

—Estás viendo que yo no he dispuesto nada, y, sin embargo, tengo dos ó tres proyectos de excelente resultado. Pues cuando no los he llevado á la práctica, tú, que debes conocer muy bien mi prudencia, es porque en realidad la situación está muy tirante.

—Pero vamos á ver, ¿á mí quién me puede reconocer? Iba muy bien disfrazado.

—Sí, pero hay una cosa, Pepe, que tú no sabes disfrazar todavía, te lo he dicho varias veces.

—¿Qué, la voz quiere V. decir? Pues apenas hay voces que se parezcan.

—De todos modos, vuelvo á repetirte que te has puesto y nos has puesto en una situación algo crítica. En términos, que voy á tenerlo preparado todo, por si tenemos necesidad de escapar.

—Pero ¿por qué hemos de escapar?

—Porque conviene quitar nuestras personalidades de por aquí durante algún tiempo. Créeme. Por lo que pueda suceder, ten anunciada la proximidad de un viaje que debes hacer á Madrid.

Pepe no pudo menos de impresionarse algún tanto al escuchar las indicaciones de Matasanz, cuya experiencia tanto conocía.

*
* *

No transcurrieron muchos días sin que las presunciones de Matasanz se realizaran.

Descubrióse la estafa del cheque, la prensa denunció el hecho, y Matasanz se apresuró á enviar un recado á Pepe para que fuese á verle inmediatamente.

—¿Tú lo ves?—le dijo.—Es preciso salir de Barcelona á la mayor brevedad.

—¿Pero V. cree que corramos peligro?

—Yo, no; pero tú, sí; y como no quiero que te suceda ningún percance, yo mismo voy á seguirte en el destierro que tú mismo te has buscado.

—¿Pero es de veras eso que dice V.?

—Y tan de veras, que ya tengo aquí los documentos preparados para justificar nuestras respectivas personalidades. Tú vas á salir con dirección á Madrid, y vas allí efectivamente, escribes á tu mujer, y luego te vienes á Valencia donde yo te esperaré.

—Pero...

—Puedes llevarte á Luisa, porque nuestra estancia en Valencia, quizás se prolongue algo más de lo que tú crees.

—Luego, entonces se trata...

—Sí, de cambiar el teatro de nuestras hazañas; aquí nos conocen ya demasiado, y la menor imprudencia podría tener consecuencias fatales.

—Pero es que mi mujer querrá venir á Valencia.

—Precisamente el estado en que se encuentra, es el mejor para que no venga.

—Sí, pero quién la detiene.

—Tú mismo, entreteniéndola con que vas á venir, y

obrando del modo que obra siempre el que tiene destreza bastante para sostener una situación verdaderamente tan peligrosa.

Pepe comprendió perfectamente que á Matasanz no le faltaba razón en lo que decía.

Así fué que se marchó á su casa un tanto preocupado y dispuesto á realizar lo que su amigo le había dicho.

Al día siguiente, Matasanz se despedía de Ramón y de Marcelino, y salió con dirección á Valencia.

Al mismo tiempo Pepe salía en el tren de Madrid, deteniéndose en Sabadell, donde Luisa se reunió con él, y juntos prosiguieron el viaje á Madrid.

Pocos días después, estaban reunidos en Valencia con Emilio Matasanz.

Entretanto, en Barcelona se buscaba con verdadero afán á los autores de aquellas escandalosas estafas.

Hacíanse toda clase de conjeturas, se ofrecía recompensar á quienes les descubrieran, pero nada se podía conseguir.

El proceso incoado por la queja del banquero que había sido estafado con el cheque, iba á sufrir la misma suerte que los formados á consecuencia de los demás hechos, que en corto espacio se habían verificado.

Carmen, á pesar de su estado, pues se hallaba ya muy adelantado su embarazo, quería irse á Valencia, sorprendiéndola que su marido que se encontraba tan perfectamente relacionado en Barcelona, donde tan buenos negocios hacía, prefiriese ir á trabajar á la plaza de Valencia, que no tenía por ningún estilo la importancia de aquélla.

Pepe la dijo finalmente que la prohibía que diese paso alguno en aquel sentido, puesto que él iría á verla oportunamente.

Matasanz había encontrado en Valencia lo que él se figuró y por cuya razón eligió esta ciudad por campo de sus operaciones.

Una buena fe, grande, y una excesiva confianza en los que se presentaron desde los primeros momentos, llamando la atención por su lujo y su manera de tratar á cuantos les rodeaban.

La vida que llevaban no podía ser más fastuosa.

Luisa estaba loca de alegría.

Lujosos trenes, teatros, cuanto puede demostrar ó satisfacer la alegría, de todo disfrutaban.

A nadie se le ocurrió sospechar de aquellos ricos forasteros, cuyo dinero circulaba con profusión.

Y, sin embargo, timos audaces, estafas de todo género, estaban repitiéndose desde hacía poco tiempo.

Los periódicos empezaban á llamar la atención de las autoridades; hablábase de sustracciones de documentos, que indudablemente se habían hecho con anuencia de algún cartero; se presentaron al cobro letras que aparecían con endosos, que después resultaban falsos, y, en resumen, la situación iba haciéndose bastante penosa.

En cambio, en Barcelona no se había vuelto á realizar otro acto escandaloso como los anteriores, y esta coincidencia de que en Valencia sucediese lo que antes allí, no dejó de llamar la atención de algún jefe de policía.

Habló con el jefe de la casa que fué víctima de la estafa de treinta mil pesetas, de que ya dejamos hecho mérito, y entonces el cajero hizo alguna indicación referente á la casualidad de que al día siguiente de haberse hecho aquel pago, le pareció ver en la joyería, comprando alhajas por valor de cinco mil pesetas, á un caballero cuyo metal de voz, aun cuando su aspecto exterior era distinto, se avenía en

gran manera con el del tenedor del cheque, cobrado veinticuatro horas antes.

El jefe de policía en cuestión, aparentó no hacer caso de aquel incidente, pero desde aquel momento empezó á hacer averiguaciones, y guiado más bien por su buen instinto que por la débil luz que le prestaban las noticias adquiridas, llegó á encontrar ciertas analogías entre los hechos ocurridos en Barcelona y los de Valencia.

Supo cuando se verificó la marcha de Pepe Miramar, á Madrid, según le dijeron; fué poco á poco descubriendo que tenia una querida en Barcelona, desde antes de casarse, y que ésta también salió de su casa pretextando un viaje á Manresa, al dia inmediato á la salida de Pepe.

De igual modo también, si no la verdadera personalidad de Matasanz, descubrió las relaciones que mediaban entre Pepe y aquel otro caballero que también se marchó de Barcelona, al descubrirse lo del cobro de la letra.

Practicó varios registros, que le permitieron adquirir la evidencia de que algunas de las casas registradas, no eran más que lugares de tránsito para verificar transformaciones, puesto que allí encontró trajes, pelucas, barbas y demás objetos propios para disfrazarse.

En una de estas visitas, fué á parar al piso que Pepe había tenido en la casa del cartero.

En el cajón de una mesa que allí encontró, hallóse con varias cartas que llevaban valores, las cuales no llegaron á su destino, como fácilmente puede comprenderse.

También tropezó con raspadores, tintas y otros objetos á propósito para falsificaciones.

Todos estos eran datos importantes, y por ellos se llegó á dar con el cartero, cómplice de Pepe.

Una vez este cabo en poder de la autoridad, el jefe de po-

licía le obligó á que hablase, y aun cuando Pepe no se de; ver á Castells tal como era en sí, cuando el jefe de policía l mostró un retrato de Miramar, que él había adquirido, n pudo menos de confesar que se le parecía mucho, cuand menos.

De la noche á la mañana, el citado funcionario desapareció de Barcelona y se presentó en Valencia.

A los tres días, y en ocasión que se hallaban en el Teatr Principal, Pepe y Emilio acompañados de Luisa, el jefe de policía penetró en el palco en que estaban y les redujo á prisión.

Conducidos á Barcelona, ya fué más fácil ir descubriendo algo más respecto á la misteriosa existencia de aquellos personajes.

No nos detendremos á describir todas las peripecias de aquel proceso, en el cual á cada instante surgían nuevos incidentes; ni hablaremos de las lágrimas y desesperación de la infeliz esposa de Miramar, al comprender que se había unido para siempre con un criminal.

Luisa salió á la calle poco tiempo después, pero Pepe fué á parar al penal de Valencia y Matasanz al de Cartagena, donde murió poco después.

En cuanto á Pepe, pretendió escaparse, y en su fuga cometió algún otro hecho punible, y cogido de nuevo, volvió á sufrir con mayor dureza las consecuencias de sus mismos hechos.



CAPITULO LVIII

Procedimientos de estafa.—Los entierros

Como que nuestro propósito en esta obra, no es otro que el de abrir los ojos á la multitud, ajena por completo á las bribonadas puestas en juego por los riminales más peligrosos, por lo mismo que los que se deican á cierta clase de hechos punibles, son personas de insucción é ingenio, natural creemos dar algún detalle resecto á uno de los procedimientos usados por ellos que, aun ıando algo antiguo, todavia le ponen en práctica, y algunas eces, con feliz resultado.

Este procedimiento es el conocido vulgarmente con el ombre de *entierro*.

Se le llama asi, por basarse el cuento, en la supuesta existncia de un tesoro escondido, y su origen data de la consucción de los canales de Isabel II y de Urgel.

Durante la construcción del primero, fué inventado y puesto en práctica el *entierro*, según se nos asegura, por u.. célebre militar, muy conocido en la provincia de Tarragona muerto en un pueblo de ella, á manos de los carlistas en la última guerra civil.

Refiérese de dicho sujeto, que cuando inventó el procedimiento de la estafa *entierro*, se hallaba sufriendo conden. por otro distinto delito, y destinado á los trabajos del cana de Isabel II primeramente y del de Urgel después. A consecuencia de descubrírsele haber llevado á cabo diferentes *entierros*, secundado por varios presidiarios compañeros suyos, se llegó á aumentar la penalidad con la friolera de dos ó trescientos años.

Esta penalidad quedó en su mayor parte aminorada, al sancionarse la reforma del Código penal, que favorecía su estado, logrando una inesperada libertad, después de pasados algunos años.

Desde aquella fecha, fué modificándose el *cuento* y perfeccionado su uso de tal suerte, que su estudio supone la intervención de inteligencias nada comunes.

Los múltiples *cuentos* (como llaman los *enterradores* que nos ha sido dable reunir, á fuer de constantes investigaciones, son en número tal, que podriamos con ellos llenar u voluminoso libro; mas como sólo nos proponemos tratar de la forma que se emplea para llevar á cabo toda clase de de.. tos, á fin de que el público no se deje sorprender y viva prevenido contra ellos, nos limitaremos en este que nos ocupa como en los demás anteriores, y los que siguen, á dar cuenta de lo más conveniente y preciso en el asunto.



En el famoso *Saladero*, antigua cárcel de Madrid, y en

todos los demás penales de España, sin excepción, se avivó de tal modo la afición al *entierro*, cuando la última guerra civil, que de aquellos establecimientos salieron millares de cartas, primero dirigidas á muchos pueblos de la nación y luego á Francia, Portugal é Italia.

El resultado fué tan satisfactorio y lisonjero, que creció fabulosamente el número de *enterradores*, al extremo de que le bastaba al presidiario saber algo de escribir para tomar el oficio, ya que los maestros tenían gusto en instruirles y facilitarles los borradores y documentos falsificados para conseguir el *negocio*, á condición de percibir una parte del producto que éste les produjera.

Parece imposible que en un principio y con los burdos medios que se empleaban, hubiera quien se dejase engañar.

Esto nos prueba que la codicia, el afán de enriquecerse ofusca las inteligencias.

Resultaron víctimas del *entierro* gran número de párrocos y alcaldes, de quienes los *enterradores* echaron mano, al principio, hasta haber conseguido tener en su poder anuarios que les facilitasen nombres extranjeros á quien dirigirse.

El *cuento* que prevaleció en sus primeros tiempos, era igual al que emplearon después los *enterradores* durante la guerra civil última y siguieron practicando, hasta que la sublevación de 5 de Agosto de 1883, en Badajoz, dió origen á que un ingenioso *enterrador* inventara un *cuento* nuevo.

Sin embargo, para que se tenga conocimiento exacto de todos los procedimientos habidos, con referencia á los *entierros* que más juego han dado y de los cuales se han obtenido mejores resultados, empezaremos por describir á grandes rasgos el puesto en uso durante la guerra civil última y del que fueron víctimas, como hemos dicho ya, los curas y alcaldes de los pueblos rurales.

***

Empezaban por dirigir una carta manifestando que en las cercanías del pueblo A, el día... del mes de... del año 18... tuvo lugar una acción de guerra, en la cual fueron derrotados los carlistas. Que siendo portador, el que escribía, de una respetable cantidad en oro, producto de contribuciones cobradas por él como recaudador de la división B, nombrado por el general C, temiendo ser sorprendido por los liberales, anduvo disperso é internóse en el monte más inmediato, yendo á parar á las cercanías del pueblo D (que es precisamente donde reside el cura ó alcalde á quien se escribe); que llegado allí, fatigado y rendido, temiendo caer prisionero, y meditando acerca el porvenir que le esperaba, lo propio que á su familia, con auxilio de un cuchillo de monte que llevaba encima, abrió un hoyo en la tierra y en él *enterró* el dinero que tenía. Que una vez hecha la operación, levantó un croquis completo y bien detallado del terreno, al objeto de que cualquier persona pudiera encontrar el sitio en que había escondido el oro. La noche de aquel mismo día descansó en el pueblo ***, en cuyo punto escribió una carta á su esposa incluyéndole el croquis y advirtiéndola guardara aquel documento en parte segura, sin mostrarlo á persona alguna, por cuanto él contenía las señas de una cantidad respetable, añadiendo que no le contestara hasta tanto que volviese á recibir carta suya.

Al día siguiente, salió del pueblo referido para dirigirse á ***, siendo sorprendido en el camino por una columna del ejército liberal que recorría el país, la cual le condujo á la capital donde fué juzgado y sentenciado, trasladándole al penal desde donde escribe.

Añade, también, que no tiene más familia que su esposa y una hija de trece años, sin otro apoyo ni protección que la suya, habiendo recibido de ellas noticias tan desconsoladoras acerca de su estado, que no ha vacilado en dirigirse á una persona de su condición y carácter, plenamente convencido de que su honradez y discreción son una garantía para quien, como él, no puede confiar su secreto á otro, sin arriesgarse á ser víctima de un conflicto mayor.

En su consecuencia, le suplica tome á su cargo la acción directa de recoger el dinero escondido, á fin de atender con él á las necesidades que le apremian, y procurar asimismo la libertad.

Sigue después la carta significando que si por las razones indicadas y atendiendo al triste estado de sus infortunadas esposa é hija, su corazón le mueve, como espera, á favorecer su plan, no tiene inconveniente en cederle la tercera parte del oro escondido, pues aun así, no le queda duda de que podrá lograr su libertad, quedándole, además, lo sobrado para vivir holgadamente él y su familia; que en dicho caso espera le mande una cantidad, que le fija, con la que podrán su esposa é hija emprender el viaje hacia dicho punto (donde reside el cura ó alcalde), á fin de que ellas mismas le entreguen el croquis y estén presentes cuando se extraiga el dinero *enterrado*.

* * *

Si el cura ó alcalde contestan dudando, el *enterrador* procura convencerle dirigiendo nueva carta, á la cual acompaña una certificación falsificada, con el membrete del penal donde reside, y sello y firma del director del mismo, haciendo constar la existencia del supuesto recaudador carlista

en dicho establecimiento, con más una carta de su esposa, fechada en el lejano punto que inventó, en la cual se lee el estado lastimoso en que se encuentran madre é hija.

Si el cura, alcalde ó *primo*, como ellos llaman, manda el dinero pedido, calculado el tiempo que puede estar la carta desde el penal al pueblo donde residen las inventadas esposa é hija, aguardan hasta el día de la fecha que puede resultar, y vuelven á escribir al *primo* manifestando que su esposa se ha puesto enferma y que por dicho motivo no pueden emprender el viaje.

Más tarde y pasado el tiempo oportuno, escribe otra vez diciendo que su esposa se encuentra mejor y casi restablecida, pero que como en la enfermedad ha gastado parte del dinero recibido y por efecto de la mala situación anterior tenía ya algunas deudas contraídas, tuvieron que empeñar sus ropas por una suma que también cita, razón por la cual no se pueden poner en marcha si no se les envía otra nueva cantidad.

Si el *enterrador* es ingenioso, inventa cada correo su *cuento*, registrándose casos, en que de un solo *primo* ha sacado tres ó cuatro cantidades distintas. De este modo sigue inventando y escribiendo, hasta tanto que aquél renuncia á contestar, convencido de que se le engaña. Pero con frecuencia sucede, y aquí está lo peor del caso, que ni el cura, ni el alcalde, ni el comerciante, daban conocimiento de la estafa á persona alguna, ni menos á las autoridades, por no manifestar su culpabilidad y su torpeza en el asunto, y de aquí que no se pudieran cortar estos abusos en su principio.



CAPITULO LIX

El entierro de Ramón

RAMÓN y Marcelino solían verse algunas veces después de la desaparición de Pepe y Emilio que, como dijimos, se habían marchado á Valencia.

Como es consiguiente, uno y otro ocupábanse en hablar de negocios, pensando cuáles podrían ser más lucrativos y menos expuestos.

Porque uno y otro habían recogido buenas cantidades, especialmente el primero, y como decía Rosalía con su gracia puramente andaluza:

—Lástima sería que estos cuartitos ganados con tantas *faitigas*, los fuésemos á perder todos, por darle gusto al demonio.

Marcelino, aun cuando en menor escala que Ramón, no se encontraba mal arreglado; consiguió que le dieran un

estanco, puso al frente á su mujer, y él, entretanto, como decía, iba á ver si podía añadir un pedazo, al pan que ya tenía.

La marcha de Miramar y de Matasanz, los cuales nada les habían dicho respecto á los verdaderos motivos de su ausencia, les tenían profundamente resentidos y muy preocupados.

—Yo comprendo, — decía Marcelino, — que muy dueños eran Pepe y Emilio de hacer de su capa un sayo, como vulgarmente se dice, máxime cuando con nosotros no tenían ningún compromiso.

—De todas maneras,—contestaba Ramón,—valía la pena de habernos dicho siquiera, por qué se marchaban.

—Bueno, eso es ya cuestión de carácter. Yo conozco mucho á Emilio y nunca le ha gustado manifestar á nadie su pensamiento. Es un carácter especial, que hay que tomar tal como es. Quizás, el día menos pensado, le veamos aparecer para proponernos algún negocio de importancia. Yo de quien me quejo es de Pepe.

—Sí, por cierto, que no comprendo para qué se casó si había de hacer eso.

—Si lo del casamiento está comprendido, porque él lo que buscaba era darse cierta representación en la sociedad y sobre todo porque ella también es muy rica.

—Pero el caso es, que nosotros no podemos permanecer con los brazos cruzados. ¿No le parece á V., Ramón?

—Desde luego. ¿Pero qué negocio vamos á emprender, cuando ahora va la policía como alma que lleva el demonio, persiguiendo á los autores de ese timo llevado á cabo por Pepe?

—Por esa razón hemos de buscar procedimientos nuevos á fin de que nadie se fije en nosotros.

—¿Y qué procedimientos son más convenientes?—preguntó Ramón.

—Yo he pensado utilizar el *entierro*.



Al escuchar estas palabras, el amante de Rosalía no pudo menos de mirar á su interlocutor, asombrado al principio y con fingida admiración después.

—¡Demonio!—exclamó irónicamente.—Pues sí que es nuevo el procedimiento. Desde que yo era chiquillo estoy oyendo hablar de los *entierros*, y no le digo á V. nada mientras estaba en la curia. Vamos, Marcelino, creí que habia usted pensado algo más.

Marcelino dejó hablar á su interlocutor, á quien dijo poco después:

—¿Ha concluído V. ya?

—Hombre, francamente, para ese viaje no necesitábamos alforjas.

—Pues vea V. lo que son las cosas, yo opino de un modo totalmente distinto. El procedimiento, tal y como yo creo que debe emplearse, es de una gran novedad.

—¡Pero, por Dios, si eso es más antiguo que el andar á pie!

—Que me dirá V. á mí, que era mozo, cuando en Madrid comenzaron los *enterradores*, en el *Saladero*, á dar importancia al sistema. El origen habia partido de un penado que estaba trabajando en el canal de Isabel II; pero en el *Saladero* estaba entonces el marquesito de la Rosa, que era un mozo que *se perdía de vista*, y el griego Spandoni, conocido con el apodo de *Futraque*, que uno y otro eran dos *barbianes* de *buten*. Esos fueron los que dejaron bien puesto el pabellón de los *enterradores*.

—¿Y qué quiere V. hacer más de lo que ellos hicieron? En primer lugar, que como dice V. muy bien, perfeccionaron la cosa de tal manera, que no es posible superarles. Después, tanto se ha hablado sobre eso, que ya no hay perro ni gato que no sepa cómo se hacen, y por lo tanto, es muy difícil encontrar *primos* que caigan en el garlito. Un alcalde de un pueblo, un cura, un usurero, han sido generalmente las víctimas, y lo que es hoy, sí, sí, váyales V. á cualquiera de ellos ha hablarles de tesoros escondidos, que lo menos que hacen es no contestarle. Eso si no entregan inmediatamente su carta á la autoridad, en cuyo caso excuso decirle á V. el *jollín* que se arma.

—Todo eso que V. dice, está muy bien, si señor, pero le digo y le repito, que ese es el procedimiento que hemos de emplear.

—Vaya, Marcelino, quítese V. eso de la cabeza.

—Pero si es que V. no sabe lo que yo pienso hacer, y como que no lo sabe, lo censura, lo encuentra mal hecho y por lo mismo duda del resultado.

—¿Y V. no duda?

—No señor.

—En fin, V. sabrá las razones que tenga para ello.

—En primer lugar, que aquí el *entierro* no va á ser de dinero.

Esta vez, el efecto que produjeron á Ramón las palabras de su amigo, apenas si se hizo esperar.

Una franca carcajada fué la contestación de Ramón, que dijo después:

—¡Válgame Dios, hombre, y qué cosas tan peregrinas dice usted! Pues si ya con dinero no hay quien crea en los entierros, ¿cómo han de creer en lo que no tiene valor alguno?

—Pues mire V. lo que son las cosas, precisamente en eso estriba la seguridad del negocio.

—Sí, sí, buena seguridad le dé Dios.

—¿Y sabe V. quién es la persona á quien pienso dirigirme?

—¡Toma! A algún banquero francés ó inglés, sin duda.

—Pues está V. en un error. Vamos á dirigirnos á un príncipe alemán.

—Mal negocio, amigo Marcelino; créame V., cuanto más explicaciones me va dando, menos me convence.

—Al contrario, cuantas más explicaciones le dé, estoy seguro que me ha de comprender mejor.

—Tal vez.

—Figúrese V., que el príncipe de quien se trata, ha entrado en posesión de su principado por efecto de la muerte de su hermano y á despecho de un partido numeroso, opuesto siempre á su candidatura.

—¿Pero está ya en el poder?

—Sí, señor; mas sosteniendo una lucha encarnizada con las fracciones avanzadas, que le disputan el poder.

—¿Y de qué manera va V. á entenderse con esa gente?

—El hermano del príncipe, era muy aficionado á divertirse; estuvo aquí en España hace seis años y conoció á una bailarina sevillana, de quien se prendó, y á la cual se llevó á sus Estados, cuando tuvo que regresar á ellos.

—¡Ah! vamos, ya comprendo; V. quiere sin duda utilizar esas noticias.

—No, señor; quiero utilizar algo más.

Ramón volvió á mirar á su interlocutor con fijeza, diciendo después:

—De todas maneras, créame V., Marcelino, eso es un tiempo perdido.

—Vamos á ver. Figúrese V., por un momento, que esa sevillana fué arrojada de la corte del príncipe por altas conveniencias sociales.

—Sí, ya lo comprendo; esas cortes alemanas son tan pulcras y tanto se preocupan de las apariencias...

—Por más que estén tan corrompidas como las nuestras... En fin, como que esto no hace al caso, yo voy al efecto general y nada más. Como iba diciendo, esa bailarina se vino á España, embarazada ya, y asegurándole el príncipe que vendría á verla tan luego como pudiera.

—¿Pero eso es verdad?

—Y si no lo es, nosotros la haremos pasar por tal.

—En fin, no quiero contradecirle.

—Es que V. no conoce el proyecto.

—Pues está bien claro: tratar de sacarle al hermano algunos cuartos por callar el secreto del otro.

—¡Oh, amigo mío, adelanta V. mucho los juicios! No le diré que algo relacionado con lo que acaba de decir, se ha de ejecutar; pero la base del negocio no es esa, ni puede serlo tampoco.

—Acabe V. de explicarse, porque sino será difícil que le comprenda.

—Si no me deja V. con sus interrupciones.

—Pues hable V.

—En primer lugar, que por una casualidad tengo en mi poder un facsímile de la firma del príncipe difunto, cuya letra he estudiado hasta que he conseguido sacarla perfectamente.

—¡Hola! Eso ya va siendo algo mejor.

—Si le he dicho ya á V. que aquí hay ya todo un proyecto.

—Pues veámoslo.

—Supongamos una carta del príncipe á la bailarina, en que la diga que el estado de los asuntos de su Principado le impiden por el momento venir á verla y á conocer á su hijo, pero que vendrá porque es su objeto llevarse la criatura á Alemania, donde se ha de educar cual corresponde á su rango. Esta carta ya implica una especie de reconocimiento, pudiéndose añadir dos ó tres en el mismo sentido, las cuales excuso decir á V. el efecto que podrían producir en aquella corte, máxime el estado en que los ánimos se encuentran. ¿Qué le parece á V.?

—Que he modificado mi opinión, y que, efectivamente, hay un filón que se puede utilízar muy bien,—repuso Ramón después de haber reflexionado.

—Por supuesto, que esto se puede modificar, mejorar en gran manera.

—Merece estudiarse, amigo Marcelino. Por supuesto, que tendrá V. sellos y todo lo necesario para poder dar verdadero carácter á lo que piensa hacer.

—¡Pues ya lo creo! No ve V. que ese proyecto vengo acariciándole hace ya tiempo. En el último viaje que hice á París, á pesar del poco tiempo que estuve allí, conseguí adquirir documentos de todas esas cortes alemanas, que me han servido para completar mi colección; de manera que puede usted estar seguro que el príncipe actual no ha de desconocer para nada las cartas de su hermano. Por supuesto, que le advierto una cosa también: que la historia, en medio de todo, tiene su fondo de verdad, y esto lo conocen precisamente en los Estados del príncipe.

—Pues nada, nada; estudiaremos el asunto, ya que hay medios de realizarlo.

—Aquí la cuestión está,—dijo Marcelino,—en hacer creer al príncipe actual, que todos estos documentos los posee el

—Vea V. otra cosa que yo no haria.

—¿Por qué?

—¡Hombre! Porque no conociendo V. el alemán, ¿quién le asegura que ese individuo de quien habla, escriba realmente lo que á nosotros nos conviene?

—Todo, como le he dicho, está previsto. Yo, aun cuando poco, conozco el alemán, no para escribirlo ni para traducirlo, pero lo suficiente para saber si lo que va en la carta es lo que yo deseo. Por otra parte, ese alemán no tiene interés alguno en engañarme; al contrario, sirviéndome bien, puede alcanzar una buena utilidad.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un anarquista furibundo. Está preso á consecuencia de aquellos petardos...

—¡Ah, si! Creo que le sorprendieron en su casa en ocasión que se ocupaba en preparar algunos proyectiles de esos tan horribles...

—Sí, amigo mío. Su pobre mujer y su hija han sido las víctimas. Las infelices andan poco menos que pidiendo limosna. Cuando el inspector de policía se presentó en su casa, por más que él trató de negar el hecho, poniéndose delante de la mesa en que trabajaba y tratando de hacer desaparecer el proyectil que estaba cargando, no lo pudo conseguir. Su misma mujer, que es una bellísima joven por cierto, y muy instruída, me ha dicho que siempre le estaba reprendiendo por lo que hacía y le rogaba, que si no por ella, por su hija al menos, renunciara á sus criminales propósitos.

—Y nada conseguiría.

—¡Qué había de conseguir! Cada dia estaba más ciego y cada día trataba de inventar nuevos procedimientos de destrucción.

—Eso es lo que hacen todos esos hombres. Destruir, pero



¡Piedad, señor Inspector!

destruir en países que no son el suyo. Aquí han venido de todas partes, franceses, italianos, alemanes, á preconizar sus sistemas y á causar desgracias nada más. ¿Por qué no se queda en su país?

—¡Hombre! Porque los persiguen y les obligan á marchar de allí.

—Justo; y por eso vienen aquí á sembrar la perturbación entre nosotros.

—Hoy debemos felicitarnos, precisamente por lo que á éste se refiere, puesto que nos saca de un gravísimo compromiso.

—¿Y cómo le ha conocido V.?

—Vivía en la misma casa que nosotros, en Gracia. El día en que le prendieron, yo me imaginé algo, cuando ví entrar al inspector, y subí tras él. No se me ha olvidado todavía el triste cuadro de desolación que presencié, al mirar desde la puerta.

—¡Ya lo creo!

—La pobre mujer estaba arrodillada ante el representante de la autoridad y con voz balbuciente exclamaba: «¡Piedad, señor inspector, piedad para mi marido! ¡La necesidad le ha obligado!»

—Mentira,— exclamó Ramón con violencia.— La necesidad obliga á robar, pero no á asesinar á inocentes, como sucede con esas malditas explosiones.

—Yo, se lo confieso francamente, aquella pobre mujer y aquella niña me inspiraron compasión, y cuando el inspector salió de la casa, llevándose al alemán, entré en la habitación y las consolé como pude, y he seguido haciendo por la madre y por la hija, cuanto he podido. De aquí mis relaciones con ese hombre y el estar dispuesto hoy á hacer lo que se le ordene.

*
* *

Ramón se quedó pensativo algunos momentos.

Desde luego que encontrado el alemán y con la circunstancia de estar en la cárcel, se daba mucha mayor verosimilitud al asunto, y las probabilidades de éxito aumentaban.

Pero esto llevaba consigo un nuevo gasto.

Era preciso pagar bien á aquel hombre, que en realidad iba á ser el que pusiera la nota más verosímil al negocio.

—Y vamos á ver, Marcelino,—dijo después que hubo reflexionado.—Supongo que V. habrá pensado ya en la manera de comunicarse con él para que escriba y...

—He empezado por ponerle en un cuarto de paga, de modo que podamos hablar siempre que nos convenga.

—Perfectamente. ¿Y qué parte le ha asignado V. en los beneficios?—preguntó Ramón después de un momento.

—Una sexta parte, pues le he dicho que somos seis los partícipes.

—Está bien. ¿Dónde han de ir las cartas? Porque supongo que ya comprenderá que no deben por ningún estilo ir á la cárcel.

—Ni por pienso.

—Bueno sería que allí fuesen; pero tratándose de una persona así, sería muy comprometido. Podrían coger alguna y entonces todo se lo llevaría la trampa.

—De aquí el que he pensado que las dirijan á su mujer, y como á ésta la tenemos en casa, las cartas las recibiré yo.

—Muy bien pensado, amigo mío, muy bien pensado. ¿Y qué va V. á exigir por esos documentos?

—¿Qué le parece á V. que pidamos? No puede ser poco, toda vez que es muy grande la importancia de esos papeles.

—Sí, señor. Por lo mismo hemos de estar exigentes. Hay que pedir doscientos mil francos.

—¡Demonio! Mucho dinero es,—dijo Marcelino.

—Ya verá, ó los papeles valen ó no valen. En este último caso, es preciso pedir en la proporción de su valor, cuando menos.

—Tiene V. razón. Y bajo el punto de vista que ha de considerarlo el príncipe, no ha de regatear algunos miles de francos.

Como Marcelino había dicho muy bien, el proyecto parecía de un éxito seguro y demostraba que, en globo, supo apreciar verdaderamente la situación en que se encontraba el príncipe de S...

Cuando tropezó con Matasanz, en la cárcel, ya llevaba el propósito de realizar, por el procedimiento del *entierro,* un timo de consideración.

Pero como dijo á Ramón, era preciso que se separase de lo vulgar, de lo conocido, de lo realizado bajo la forma que dejamos expuesta en otro lugar.

Al darle Matasanz parte en todos sus negocios, dejó á un lado sus planes y se dedicó con gran interés á secundar los de su amigo.

Pero desde el momento en que éste rompió con la sociedad, volvió sobre sus primitivos proyectos, y ya hemos visto cómo y de qué manera los iba á realizar.

***

El príncipe de S... había sucedido á su hermano, muer-

to pocos años antes, y respecto á cuya muerte habían corrido voces que producían en la opinión algo, que le era contrario.

El fallecimiento del príncipe había sobrevenido con caracteres tan misteriosos, fué tan inesperada y tan inexplicable, que desde luego se prestaba á toda clase de suposiciones.

Los partidarios del muerto, por razones fáciles de comprender, habíanse convertido en enemigos del vivo, máxime cuando éste se había rodeado de hechuras suyas, separando de su lado á los que fueron amigos de su hermano.

El muerto había sido alegre, complaciente, sencillo, apasionado y consecuente amigo.

El vivo era el reverso de la medalla. Serio, grave, poco expansivo, rígido observador de la etiqueta; á sus gestiones se debió que los consejeros de su hermano le obligasen á enviar fuera de sus Estados á la bailarina andaluza que se había llevado consigo, al regresar de sus viajes por Europa.

La bailarina se había consolado fácilmente de aquel destierro, merced á lo que ya sacó al príncipe, y vivía tranquilamente en Sevilla.

Marcelino estaba sumamente enterado de esta historia, porque precisamente su mujer era prima de aquella bailarina.

En Sevilla estaba cuando la joven regresó, y por ella supo una porción de detalles, de los cuales tomó nota, así como de algunas cartas que la individua no tuvo reparo en enseñarle.

Ya se ocupaba nuestro hombre en negocios poco limpios, y tal vez desde entonces surgió en su mente el propósito de explotar el capricho de aquel alemán, porque estudió la letra, copió membretes y poco á poco fué aumentando su colección.

La bailarina no pudo sospechar nada, y en Sevilla volvió á ser la heroina de más de una aventura galante.

Pero Marcelino no tuvo reparo alguno en darla por muerta, y preparó documentos y cuantas pruebas juzgó necesarias, para llevar la convicción al ánimo del sucesor del amante de la joven.

Hartas preocupaciones tenia éste con la situación en que veia sus Estados, para que no dejara de mortificarle de un modo poderoso, la noticia que pensaban darle Marcelino y Ramón.

Uno y otro estuvieron combinando el plan, y algunos dias más tarde, en ocasión que el principe estaba haciéndose cargo de la correspondencia, su secretario privado llamó su atención respecto á una carta que llevaba el timbre de España.

—Señor,—le dijo,—aquí hay una carta que viene de España, y está dirigida á V. A. En el sobre, está escrita la palabra «Urgente».

—No sé quién pueda escribirme. En España no he tenido otras relaciones que las diplomáticas y éstas por medio del Embajador de Alemania.

—¿Quiere leerla V. A.?

—Sí; dejémosla á un lado, que después la leeré. Veamos estas otras.

Y el principe y el secretario, siguieron examinando la correspondencia.

Una vez concluída, dijo el príncipe:

—¿Qué piensan mis enemigos? ¿Qué nueva campaña es la que proyectan ahora? Fracasadas sus tentativas respecto al Emperador, lógico es que traten de buscar otro nuevo conflicto.

—Ya sabe V. A. que será inútil todo cuanto piensen y

cuanto hagan. La opinión está muy dividida y hoy, más bien es favorable á V. A. que adversa. El pueblo se va convenciendo de las injusticias cometidas y empieza á desengañarse.

—Todavía, todavia nos falta mucho para llegar á la situación que yo deseo, que es la de tranquilidad y paz completa.

—Pero V. A. no podrá menos de reconocer que mucho hemos adelantado.

—De todas maneras, no deben omitirse precauciones y estar siempre á la mira de lo que puedan intentar los enemigos del orden.

Cuando el príncipe se quedó solo en sus habitaciones, cogió la carta de España y rompiendo el sobre, se puso á leerla.





CAPITULO LXI

El timo del príncipe

Desde los primeros momentos, el semblante del príncipe expresó la sorpresa.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Señor:

»Desde la cárcel de Barcelona me tomo la libertad de dirigirme á V. A. para exponerle, así lo deplorable de la situación en que me encuentro, cuanto los medios que podría emplear para salir de ella, á no imperar en mi ánimo y en mi corazón el profundo respeto que profeso á V. A. y el amor que tengo al país en que he nacido.

»No dudo que V. A. debe recordar que su malogrado hermano el príncipe Guillermo, en su viaje por Europa hace algunos años, hubo de encontrar una mujer, de la cual se prendó hasta el extremo de llevarla consigo y establecerla en la

corte de sus Estados, en la quinta que V. A. debe recordar. toda vez que á las gestiones de V. A. y á las de muchos de sus parciales, se debió el que mi señor enviase su amada á España, donde yo vine acompañando.

»Hasta aquí, supongo señor que V. A. conoce como yo, la historia de aquellos amores, que tanto escándalo produjeron en la corte y tantos disgustos ocasionaron á mi señor y á la desgraciada española que tanto le amaba.

»La existencia á que esta señora se había consagrado, no podía ser más triste, esperando incesantemente que el príncipe, mi señor, la llamase á su lado, según le prometia en todas sus cartas, que conservo en mi poder.»

—¡Qué quiere decir esto!—exclamó el príncipe interrumpiendo la lectura de la carta.—¡Será posible que el malhadado negocio de aquella mujer, tenga todavía que proporcionarme nuevos disgustos! Veamos, veamos donde va á parar este hombre, que por lo visto, se encuentra más enterado que yo mismo de ciertos detalles.

Y se puso á leer la carta, que continuaba así:

«La amada de mi señor, doña Teresita, como asi se llamaba, según V. A. recordará, estaba en cinta cuando vino á España, y el hermano de V. A., príncipe reinante á la sazón, prometió repetidas veces en sus cartas que vendría á España para el acto del alumbramiento, porque queria reconocer como hijo natural al ser que viniera al mundo. Doña Teresita esperaba con impaciencia el día en que esto sucediese, pero ese día llegó, y el príncipe no pudo venir, porque las graves atenciones del Estado y la situación general de Alemania, en aquellos momentos, lo impidieron.

»Mas si él no pudo llegar, llegó en cambio una carta suya. en la cual, exponiendo las razones por las cuales no podia venir, añadía, que mantenía todas y cada una de las prome-

sas que había hecho, y que desde luego podía bautizarse el niño, fruto de su amor, como su hijo natural. Acto que se verificó en la parroquial iglesia de Fuencarral, pueblecito inmediato á Madrid, donde residia mi señora.

»La fe de bautismo, en la cual consta lo expuesto, también obra en mi poder.»

Esta vez la impresión del príncipe fué tan violenta, que estrujó la carta entre sus manos, exclamando:

—¡Oh! ¡Qué imprudente fué mi hermano! Si esos documentos llegan á caer en poder de mis enemigos... ¿Qué dirá el Emperador? ¡Otro escándalo más en Alemania y otro escándalo dado en nuestra casa!

Y el príncipe se levantó de su asiento, sin abandonar la carta estrujada que tenía en su mano, y comenzó á pasearse por la estancia.

De repente, se detuvo.

—¿Y si todo esto,—dijo,—no fuese más que una farsa, algún ardid de mis enemigos, para ver si caigo en él? Pero, no, no, no puede ser esto; de esta gente ninguno puede conocer ciertos detalles de que aqui se habla. A ver que se propone este hombre, al hacerme semejante revelación.

Y desarrugó el papel, y siguió leyendo:

«Algunos meses después, y cuando mi señora esperaba con más afán cartas de su amante, la única noticia que se recibió fué la de su grave estado, en carta sumamente lacónica, ratificándose, sin embargo, en todo cuanto había escrito en las anteriores, y muy especialmente en lo que se refería á su hijo.

»Después de esto, ya no hubo otra carta, no más que la noticia oficial de la muerte de mi querido señor.

»Imposible me sería describir á V. A. el sufrimiento extraordinario de doña Teresita, al saber la funesta nueva.

»En vano mi mujer, Catalina Muller, puesta, como yo, á servicio de la amada de mi señor, tratamos de calmar su amarga pena y su desesperación. Como V. A. sabe perfectamente, el príncipe no podía disponer de grandes cantidades, porque sus rentas eran escasas y por lo tanto, la situación de mi señora distaba mucho de ser satisfactoria.

»Esto, unido al cariño tan grande que profesó al príncipe Guillermo, comenzó á alterar su salud de tal modo, que hace cinco meses sucumbió, dejando en su testamento, cuya copia también poseo, y de la cual me atrevo á enviar á vuestra alteza una transcripción, expuesta de una manera clara y precisa, de su voluntad de que su hijo haga valer sus derechos el día de mañana, cuando sea hombre, á tenor de lo que decían las cartas del príncipe, su padre.

»La enfermedad y la muerte de mi señora, agotaron todos los recursos, ya muy escasos, por las razones antes dichas; de modo, que para atender del mejor modo posible al cuidado del hijo de mi señor, no tuve otro remedio sino ir buscando algunas colocaciones.

»¡Pero en qué mal hora lo hice!

»Llevóme la desgracia á tropezar con algunos alemanes refugiados aquí, y como yo siempre he poseído bastantes conocimientos de química, recibí el encargo de preparar algunos petardos, á fin de favorecer ciertas intentonas anarquistas que se proyectaban.

»Felizmente, al comprender que lo que estaba haciendo podía envolver algún peligro para mí, tuve la buena ocurrencia de encerrar todas las cartas del príncipe, mi señor, la fe de bautismo, el testamento, del cual como he dicho saqué dos copias, una que conservo y otra que remito á V. A., en un tubo de hoja de lata herméticamente cerrado, el cual enterré en el jardín de la casa que ocupábamos.

»¡Cuán pronto hube de tener que felicitarme por mi buen acuerdo!

»Descubiertos los anarquistas para quienes trabajaba, vino la autoridad á la casa donde tenia establecido mi taller, cogiéronme *infraganti* y hace cuatro meses que me encuentro en esta cárcel de Barcelona.

»Inútil es que pretenda demostrar á V. A. todo lo que tiene de aflictiva mi situación. Privado de ganarme la subsistencia y de atender á los gastos que consigo lleva el sostenimiento del hijo de mi señor, mi familia está viviendo de la caridad de algunos amigos y ya no sé qué debo hacer.

»La tentación es fuerte, señor, y dando vueltas en mi pensamiento á proyectos á cual más insensatos, he recordado los papeles que poseo, cuya importancia V. A. no puede desconocer.

»Conozco muy bien el estado en que se encuentra ese país, y estos documentos, lanzados de repente á la publicidad, nadie mejor que V. A. puede adivinar el efecto que producirian.

»Tengo el ineludible deber de velar por el hijo de mi señor; mas como carezco de medios para ello, natural es que pretenda sacarlos de lo mismo de que nace la fuerza de ese deber á que aludo.

»Los documentos á que me refiero, están en lugar seguro. Tal vez á no encontrarme preso, hubiese realizado el viaje para habérselos mostrado á V. A., pero desgraciadamente esto es imposible, por ahora al menos.

»Yo necesito dinero, señor; mi situación no puede prolongarse, ni puedo tampoco dejar que carezca, hasta de lo más indispensable, el hijo de mi señor.

»Pero como al mismo tiempo tampoco se me obscurece todo lo grave del compromiso que podría ser para vues-

tra alteza, y el gran partido que podrian sacar sus enemigos, de todos los documentos que yo poseo, propongo á V. A. un medio de transacción, único, en mi concepto, que puede salvar mi situación por una parte y el riesgo de V. A. por otra.

»Hasta el mismo Emperador se veria obligado á jugar en este asunto, si á él me dirigiera por medio del Embajador, exponiéndole todos los hechos que he tenido la honra de escribir á V. A. en esta larga carta; por lo mismo presumo que llegaremos á entendernos, por más que en posiciones tan distintas estamos ambos.

»Si V. A. quiere recobrar esos papeles, yo no tengo inconveniente, en bien siempre de mi país, de facilitar los medios para desenterrar el tubo donde están guardados, mediante la entrega previa de doscientos mil francos ó sean cuarenta mil duros en la moneda española.

»La contestación puede dirigirla á Catalina Muller, mi esposa.

»Ruego á V. A. no demore la contestación, por ser tan precaria la situación de su atento s. s.,

»FRANTZ MULLER.»





CAPÍTULO LXII

Resultado de una buena idea

PUEDE comprenderse perfectamente todo el efecto que tenía que producir en el príncipe la carta que acababa de leer.

Aquel Frantz Muller, que como llovido del cielo se presentaba en semejantes circunstancias, acababa de coronar la situación.

Si las fracciones en que se hallaba dividido el pequeño Estado, hacían presa de las noticias de Frantz, estallaba la escisión y se promovían desórdenes; el Emperador, que sólo esperaba una oportunidad para, bajo pretexto de orden público, anexionarse varios de aquellos Estados, iba á encontrar ocasión propicia para ello.

Realmente era esta una complicación cuyas consecuencias eran muy difíciles de prever.

—¡Falta de franqueza!

—Justo. Porque lo que llamó la atención aquí, fué que l se hiciera operación ruidosa en Barcelona, y que fuese e Valencia, donde se registrasen los timos y las estafas que an- tes tenían lugar en esta. ¿A quién no se le ocurre dejarno aquí instrucciones para hacer algo y llamar la atención?

—En fin, el mal ya está hecho, y tengo la seguridad d que lo han de pasar mal.

—No sea V. así. La mujer de Pepe, ya pondrá en jue sus influencias, y ni él ni Emilio son tontos. Sobre todo aq estamos nosotros para manejar el asunto.

—Ese jefe de policía, ese, ese es el malo. Se ha propuest perderles y lo ha conseguido. Ha descubierto las casas don- de Pepe se disfrazaba, y juzgue V. si le reconocerán cuand le obliguen á ponerse cualquiera de aquellos trajes, y le pr senten en las casas donde verificó los timos. Si le digo á us- ted que hay para volverse loca.

—Vaya, amiga mía, no se ponga así,—dijo la mujer d Marcelino, tratando de consolar á Luisa;—todo se arreglar

*
* *

Cuando aquella tarde Ramón y Marcelino se reunieron después de haber estado hablando respecto á la visita que segundo había tenido, dijo Ramón:

—Vamos á ver, Marcelino, ¿qué opina V.? ¿Debemos da participación en el *entierro* proyectado á Pepe y á Emilio ó no?

—En mi concepto, desde el momento en que se march- ron á Valencia y allí obraron por su cuenta, sin decirno nada y sin darnos participación de los resultados, no esta- mos obligados á seguir nuestro pacto. Ellos le han roto, lu- go no tienen motivo para quejarse.

—Así también lo creía yo, pero he deseado escuchar su opinión.

—Sin embargo, si necesitan nuestra ayuda...

—Eso desde luego. En todo y para todo se la debemos prestar. Hoy mismo veré al escribano, y... ¡quién sabe si podremos hacer alguna cosa por ellos!

—Según he visto en los periódicos, me temo mucho que cuanto nosotros podamos intentar no obtenga el mejor resultado. La opinión se encuentra muy excitada.

—De todas maneras, nuestro deber de compañerismo nos obliga. Si hubiera algún *escalo* preparado en la cárcel, ya estábamos al cabo de la calle.

—Eso sería lo mejor.

—Mas ahora, parece que han renunciado los presos á ese sistema de evasión.

—Como que tiene muchos inconvenientes.

—En seguida que pongan en comunicación á nuestros amigos, es cosa de ir á verles.

—Sí; pero adoptando muchas precauciones. ¡Maldita la gracia que me haría que me cogieran y me encerrasen allí!

—Por ahora estamos libres de ese peligro. No sé mañana lo que podrá suceder.

—Y por cierto, que ya debíamos tener carta de Alemania.

—Es verdad. Lo que me temo es, que nos envíen aquí alguna persona que se entienda con nosotros.

—O con las autoridades.

—Por eso debemos estar muy alerta no nos sorprendan.

—Bien aleccionada está Catalina, y como si viene alguien ha de ser á esta casa ó á la cárcel, ya veremos de que no se nos escape el pájaro.

—Los papeles están en su sitio, ¿no es así?

—Todo está dispuesto, y el *entierro* que nosotros vamos

á hacer, será, acuérdese bien de lo que le digo, el más original de cuantos se llevaron á cabo hasta ahora.

—También la cantidad es mayor que en otros.

—Y el peligro mayor también, si se descubriese la falsedad.

—Es verdad.

Dos dias después, Pepe y Miramar eran puestos en comunicación y nuestros dos individuos fueron á verles.

Miramar estaba más decaído que de ordinario.

Al ver á sus antiguos compañeros, no pudo menos di decirles:

—Ya ven Vdes. como hemos caido; y en tonto, que es lo que más me duele.

—Usted niegue todo, que yo he hablado ya con el escribano que tiene la causa.

—Desengáñese V., Marcelino, cuando en estas cosas se da un mal paso, difícilmente se puede arreglar. Sucede con esto como con las medias. Si se hace un punto, por él se deshace toda.

—No sé por qué se marcharon de aquí,—añadió Ramón.

—Porque temía que Pepe se desbaratase, y para atenuar algo las consecuencias, elegí más campo. Pepe queria trabajar á todo trance y esto nos ha perdido.



CAPITULO LXIII

El enviado del príncipe de S...

A pesar de que en la página 146, como recordarán nuestros lectores, anticipándonos á los sucesos, dijimos que Pepe Miramar fué más tarde condenado, lo mismo que Matasanz, cumpliendo éste su condena en el penal de Cartagena hasta su muerte y en el de Valencia el otro, como que el *entierro* ideado por Marcelino, se verificó mientras aquéllos estaban en la cárcel de Barcelona, necesariamente debieron visitarles, como ya hemos dicho.

Marcelino y Ramón fueron á verles, y el primero les dijo:

—He cometido una imprudencia, tal vez la primera de mi vida, y tengo que pagarla muy cara.

—No lo crea V.,—repuso Marcelino,—cuando se tiene su sangre fría y su experiencia, es difícil que puedan probar nada. Y aun cuando prueben, ya sabe V. que siempre hay bulas para difuntos.

—Pues con todas esas bulas, como V. dice, nos condenarán; no le quepa duda, Marcelino.

—Como yo le pueda servir...

—Servir, puede V. muy bien; pero en este caso, es totalmente inútil. No hay más remedio que dejar correr los acontecimientos.

—Sin embargo, yo he hablado, y...

—Y me sacarán todo el dinero que tengo, y después que esté bien exprimido, me condenarán, ó quizás me dejen libre; pero, ¿de qué modo quedaré? Desengáñese V., amigo Marcelino, el querer evitar que Pepe nos comprometiese aquí, me ha hecho caer en la ratonera, y sin conseguir salvarle, nos hemos perdido los dos. Conozco el mundo y los negocios lo suficiente para no tener esperanza alguna. Una carrera como la nuestra requiere mucho tino y sobre todo ir uno solo siempre. Mientras trabajé así, marché bien. El dia en que á la suerte de otros ligué la mía, ya lo ve V. No quise casarme por no tener ni aun la sociedad con mi mujer y, á pesar de eso, he venido á ser víctima de esa misma sociedad.

—Permíteme V. que le diga, que eso es llevar las cosas a un pesimismo exagerado. Yo creo que la situación dista mucho de ser tan mala como V. supone.

—Ya lo verá.

Marcelino, que conocía mucho á Matasanz, no pudo menos de salir dolorosamente impresionado de aquella entrevista.

En cambio, Pepe se las prometía muy felices.

—Todo es cuestión,—decía á Ramón,—de tirar dos ó tres mil duros. Yo los tiraré y más, si es necesario, y saldré á la calle.

Pero estas esperanzas habían de quedar defraudadas.

Entre el optimismo de Miramar y el pesimismo de Mata-

sanz, Marcelino hubo de inclinarse al cabo de muy pocos días, por dar crédito al segundo.

La situación se fué ennegreciendo.

El jefe de policía que había hecho la captura, estaba resuelto á que no se le escapara su presa, y fué siguiendo de tal modo la pista, que comenzaron á dar luz para el proceso, los hechos ocurridos anteriormente.

En vano se pusieron en juego influencias, recomendaciones, cuantos recursos suelen ser eficaces en tantas y tantas otras cosas; los cargos iban acumulándose con una fuerza abrumadora y el desenlace ya se podía prever.



Entretanto la fecha en que se debía tener noticias del príncipe de S... había llegado.

Los dos cómplices hablaban más de una vez de aquel asunto, diciendo Marcelino:

—Mucho me extraña que no haya contestado el príncipe, porque la verdad, la carta no podía ser más apremiante.

—Mientras no se le antoje dar parte á la autoridad...

—¿Y por qué? Aun cuando así fuera, Muller, que sabe muy bien donde le aprieta el zapato, que ha visto claro el negocio y que comprende que puede sacar un buen picotazo, aun cuando pretendieran preguntarle, sabría contestar.

—Sí, pero tales podrían ser las preguntas...—dijo Ramón. —Por ejemplo, que le preguntaran dónde estaba la criatura, ¿qué había de contestar?

—Le digo á V. que todo está previsto. Criatura tenemos también, que está criándose en San Andrés: la de un cuñado mío, que también tendrá una participación si conviene. Pero esto es tontería pensarlo, porque, desengáñese V., al princi-

pe reinante, lo que le conviene más que todo, es recoger esos papeles. ¿Para qué le sirve la criatura? Para crearle un conflicto y nada más.

—Eso es verdad.

—Lo más probable es, que si no escribe por no querer comprometerse, envíe, ó quizás venga él mismo.

—No lo creo.

—En fin, si dentro de ocho días no tenemos noticia alguna, ya veremos lo que se debe hacer.

La suposición de Marcelino, resultó completamente acertada.

Precisamente el príncipe había juzgado muy grave aquel asunto, y de acuerdo con su secretario particular, escribió una carta á Muller, carta que á la mano había de llevar aquél.

Tres días después de la conversación que habían tenido los dos amigos, presentóse en casa de Marcelino, un caballero extranjero, que preguntó por Catalina.

Esta era la mujer de Muller, y excusado es decir, que estando como estaba sobre aviso el amigo de Ramón, no les perdió de vista mientras duró su conversación.

Ésta la sostuvieron en alemán, del cual, como hemos dicho, conocía algo Marcelino.

—¿Es V. la esposa de Frantz Muller?—preguntó á Catalina, el secretario del príncipe.

—Servidora de V.

—¿Según creo, V. y su marido estuvieron al servicio de una española?

—¡Oh! sí, señor; la amada de nuestro muy querido príncipe Guillermo. ¡Pobre doña Teresita! ¡Y cuánto sufrió!

—¿Tiene V. conocimiento de una carta que ha escrito su marido?

—¿Al hermano de nuestro malogrado señor? ¿Es eso lo que V. me pregunta?

—Sí, señora.

—Tengo noticias de ella, porque entre mi esposo y yo no existen secretos.

—¿Su marido de V. continúa en la cárcel?—preguntó de nuevo el alemán.

—No me hable de eso, señor;—contestó Catalina llevándose la punta del delantal á los ojos, cual si pretendiera enjugarse una lágrima. Estábamos desesperados, señor; no teníamos medios, no sólo para atender á esa pobre criatura, sino ni aun para nosotros. Y ya se ve, ¿qué hacer? Muller estaba desesperado y entró en esa maldita conspiración y le cogieron. ¡Válgame Dios, cuánto he sufrido! Si no hubiera sido por esa pobre familia, que condolida de nuestra situación, nos recogió en su casa, habríamos tenido que ir á algún asilo de mendicidad. ¡Y eso teniendo en nuestro poder documentos, de los cuales podíamos hacer dinero siempre que quisiéramos!

—Bueno, bueno, ya llegaremos á eso. ¿Tiene alguien noticias de lo que su marido de V. ha escrito al señor príncipe de S...?

—Sí, señor.

—¿Quién?—preguntó vivamente el alemán fijando una mirada inquieta en su interlocutora.

—Los dueños de esta casa. Han hecho tanto por nosotros, les somos deudores, tanto mi marido como yo y mi pobre hija, de tantos favores, que hubiera sido un crimen por nuestra parte, haberles ocultado, precisamente la única esperanza con que contábamos para pagarles parte de lo que habían hecho.

El alemán respiró libremente.

—¿A nadie más han hablado Vdes. de este asunto?—volvió á preguntar.

—No, señor.

Siguiéronse algunos momentos de silencio.

Realmente ya era un compromiso el que hubiera personas que conociesen la verdad, siquiera éstas fuesen españolas y gente artesana, por lo que pudo colegir del aspecto de la casa.

—Parece,—dijo al cabo de algunos minutos,—que su marido de V. posee ciertos papeles, de los cuales no tendría inconveniente en deshacerse. ¿Está V. enterada de esto también?

—Sí, señor. Ya le he dicho que mi marido no ha tenido jamás secreto alguno para mí.

—¿Sabe V. qué cantidad pide por esos papeles?

—Doscientos mil francos, señor, y V. comprenderá muy bien que esa cantidad no es nada, en comparación del daño que podían hacer esos papeles.

El alemán frunció el entrecejo.

Tenía que habérselas con gente que sabía muy bien el verdadero valor que tenía lo que poseían y el compromiso en que podían poner al príncipe reinante.

Hasta entonces, todo lo que iba conociendo respecto al negocio, estaba plenamente en relación con la carta.

—Esos papeles creo que están guardados...

—En sitio que yo conozco muy bien. Sí, señor.

—¿Y podría V. mostrármelos? Porque para poder apreciar la verdadera importancia de un documento, lo primero de todo es poderle ver. Yo hasta ahora he de creer á ustedes por lo que dicen.

—Es mucha verdad. Pero también V. debe comprender que yo ignoro con quién estoy hablando. He dicho á V. todo,

lo mismo que lo diria á cualquier autoridad que me preguntase; pero en lo sucesivo, no extrañe V. que no conteste á otras indicaciones, sin orden precisa de mi marido.

El alemán no pudo menos de morderse los labios.

Aquella mujer sabía más de lo que á él le hubiera convenido y, por su parte, había descubierto demasiado el juego, y Catalina no hablaría ya nada más.

Era menester arrojar la máscara y jugar á cartas vistas, ó renunciar al fin que se había propuesto.

Sin embargo, todavía quiso intentar algo.

—De modo,—dijo,—que Vdes. pretenden que el príncipe reinante, les dé esa cantidad, por unos papeles, que después de todo, al príncipe le importa muy poco poseer.

—Su Alteza podrá obrar como mejor le agrade,—repuso Catalina;—pero entonces nos dirigiremos al señor Embajador de Alemania, por medio del cónsul que hay en Barcelona, y le pondremos de manifiesto esos documentos. Usted comprenderá, señor, que ni nos hemos de morir de hambre, condenando también á que sufra la misma suerte esa inocente criatura hija de nuestro señor, ni toda la vida hemos de estar comiendo el pan de la caridad.

—¿Y si las autoridades les obligan á Vdes. á entregar esos documentos?

—Nadie puede obligarnos. Por otra parte, nadie sabe dónde están, y como nuestra suerte nunca podría ser peor de lo que es, aun cuando me pusieran presa, callaría lo mismo que mi marido. Ahora, señor, si no tiene más que mandarme, con su permiso, es hora de llevar á mi marido la comida, y...

—¿Es decir, que ahora va V. á la cárcel?

—Sí, señor.

—Está muy bien. En ese caso, yo también la acompañaré.

—Voy siempre con el dueño de esta casa,—repuso Catalina,—de modo, que si V. no tiene inconveniente...

—¿Entiende ese hombre nuestro idioma?

—Un poco, sí, señor.

El alemán hizo un gesto de contrariedad.

Después dijo:

—Puesto que no hay más remedio, iremos juntos.





CAPITULO LXIV

El entierro afortunado

MARCELINO había estado escuchando la conversación de Catalina con el alemán.

Comprendiendo algo aquel idioma, había admirado la destreza con que la esposa de Muller sostuvo aquel diálogo, murmurando más de una vez:

—He aquí una mujer que tiene grandes disposiciones para sostener un papel por difícil que sea. No lo habría hecho mejor la mía, y eso que es del *oficio*.

Cuando Catalina se reunió con él y le dijo la pretensión del alemán, le contestó:

—Ahora ya está hecho el negocio. Y V. se ha portado admirablemente. Estuve escuchando por si advertía algo, acudir en su ayuda, y me ha dejado V. completamente satisfecho. Si sigue V. por ese camino, yo la aseguro desde ahora, que tendrá suerte.

—No, señor, no seguiré,—repuso Catalina.—Sé perfectamente lo que me ha costado poder resignarme á sostener ese papel, y únicamente por el cariño que tengo á mi hija y por ver si puedo sacar á su padre del compromiso en que está, lo he aceptado. Pero yo, señor Marcelino, lo confieso, no he nacido para esa clase de asuntos.

—Pues desengáñese V., Catalina, esto vale más que la dinamita, para herir á esos pícaros burgueses, y es más positivo para nosotros, los desheredados.

—¿Y quién dice á V. que yo apruebe lo de la dinamita? Si precisamente es lo que siempre le estaba diciendo á mi marido. Esos procedimientos hieren generalmente á los inocentes; causan víctimas que excitan la cólera y el rencor de todas las clases contra los que así obran, y, finalmente, los que más se exponen, como á Frantz le ha pasado, son los que hacen el caldo gordo á los otros que se están detrás de la cortina, y que si llegara un día de triunfo, serían los que sacarían la mejor tajada.

—Ya tiene V. razón en eso. De ahí mi procedimiento. ¿Qué es lo que más le duele al rico? El dinero. Pues á sacárselo de la manera menos expuesta.

Catalina hizo un gesto sobradamente significativo, cuya verdadera expresión comprendió Marcelino, porque la contestó:

—Vamos, que muy bien les cuadra á Vdes. coger esos miles de francos que les corresponden en este negocio.

—Ya le he dicho la razón que tenemos para ello.

Dispuestos para ir á la cárcel, Marcelino se reunió con el alemán, el cual le dijo algunas frases que aquél comprendió; pero que no pudiendo sostener la conversación en dicho idioma, le preguntó si conocía el francés.

La respuesta fué afirmativa, y entonces le dijo Marcelino:

—Esta pobre familia nos causó lástima, y mucho más al ver que tenía medios de mejorar su situación. Yo mismo fuí quien les aconsejé que escribieran al príncipe de S... contándole su desgracia y pidiéndole una cantidad que supuse, desde luego, que el príncipe no se la negaría, sabiendo lo que esta gente podría hacer, en el caso de querer obrar mal.

—Desde luego. Ahora cuando yo hable con Muller, veremos de arreglarlo todo.

Y el alemán, que cada vez estaba más contrariado viendo que personas extrañas conocían todos aquellos hechos, nada dijo hasta llegar á la cárcel.

***

Frantz Muller era hombre de gran inteligencia, pero extraviado por ciertas doctrinas.

La situación en que llegó á encontrarse, le obligó á aceptar la proposición de Marcelino, pues á su buen criterio no se le obscureció el partido que podía sacarse de la situación que tan hábilmente estudió su protector.

En otras circunstancias habría rechazado lleno de indignación la proposición de Marcelino.

Porque aquel hombre, capaz de producir la muerte de gran número de inocentes por medio de la explosión de uno de los proyectiles que fabricaba, era incapaz de estafar una peseta.

Le causaban horror los ladrones.

Habia aceptado, porque en realidad no había comprendido todo lo grande de su desgracia, hasta el momento en que se encontró en la cárcel.

Entonces fué cuando únicamente pensó en la suerte de su mujer y de su hija; entonces cuando vió que aquellos que

más protección y más amparo le prometieran, fueron los que se alejaron más deprisa, por temor de que les pudieran tomar como cómplices.

El desamparo, la miseria que se le ofrecía á su mujer y á su hija, la distancia á que se encontraba de su país, todo contribuyó á que fuese materia bien predispuesta ya, para el momento en que se le presentó Marcelino.

Al exponerle éste su plan, estuvo á punto de rechazar la superchería que se le proponía; pero ante la imperiosa ley de la necesidad, cedió, y su concurso no pudo ser ni más eficaz, ni mejor para Marcelino y Ramón.

Frantz era incapaz de hacer traición, una vez dada su palabra, y así como nadie pudo sacarle una sola frase referente á la asociación de que formaba parte, tampoco nadie habría podido conseguir que faltara á la verdad en el asunto del príncipe de S...

*
* *

Una imperceptible seña le hizo Marcelino, por la cual comprendió que aquel desconocido era portador de alguna misión.

Catalina le dijo:

—Este caballero se ha presentado en casa y deseaba verte. Como íbamos á venir, nos ha acompañado.

Frantz saludó al recién llegado, á quien dijo:

—Ya ve V., caballero, la situación en que me hallo, situación á la que me ha traído lo aflictivo de mi estado.

—Soy portador de una carta, que V. esperaría sin duda, y tal vez, si por efecto de ella conseguimos entendernos, podría cambiar su situación.

—Efectivamente que esperaba una carta,—repuso Muller,

—y si es V. el encargado de arreglar el asunto á que supongo debe referirse, me alegro mucho más, porque verbalmente pueden mejor tratarse cuestiones de esa naturaleza, que no por medio de cartas.

—De ahí la razón que ha tenido el príncipe de S... para enviarme, dada la imposibilidad en que V. se encontraba para ir allá.

El alemán sacó del bolsillo la carta de que era portador, y cuyo contenido era el siguiente:

«Señor Frantz Muller:

»El dador de esta, caballero Otto Freyswiller, lleva el encargo de averiguar la certeza de cuanto me decía V. en la suya, y él tratará con V. lo que crea más conveniente.

»El príncipe de S...»

—Puede V. preguntar lo que quiera,—dijo Frantz, después de haber leído la carta.

—Algo me ha indicado ya su esposa de V., con quien estuve hablando un buen rato, pero no pudimos llegar á entendernos en absoluto. ¿Dónde está ese niño de que habla en su carta?

—En San Andrés, un pueblo cercano á esta ciudad. El día en que V. quiera, puede ir á verle.

—¿Y sería posible que esa criatura pudiera soportar las fatigas de un viaje algo largo?

—¡Un viaje!—exclamaron Catalina y su marido.

—Sí; un viaje. En fin, ya volveré yo en otra ocasión y podremos hablar con más desahogo.

Y el alemán indicó que la presencia de Marcelino le molestaba.

Este lo comprendió, y se apresuró á decir en francés:

—Si Vdes. quieren hablar algo que yo no deba oir, pueden decirlo con franqueza, por más que del asunto de que se trata, estoy tan enterado como Vdes. mismos.

—Naturalmente,—repuso Frantz,—¿como habíamos de tener secretos para quien nos ha atendido con todo cariño y á quienes somos deudores de tantos favores? Si V. quiere, puede hablar delante de este caballero, toda vez que él debe percibir, si es que el príncipe pretende acceder á mi deseo todos los adelantos que nos ha hecho para mi manutención y la de mi mujer y mi hija.

—Y si el príncipe,—dijo el alemán,—no creyera conveniente acceder á lo que V. pedía ¿cómo había de cobrarse este caballero?

—En ese caso,—se apresuró á contestar Marcelino,—no habría otro remedio sino recurrir al Embajador, para que éste á su vez, lo hiciera á su Gobierno, y ver de qué modo podía atenderse á la asistencia de ese niño. De todos modos, usted debe comprender que esa criatura es hijo de un hermano del príncipe reinante, y siquiera por el propio decoro, por el buen nombre de la familia, no se la puede dejar en ese abandono.

—Pero bien, señores,—dijo el enviado,—aquí es necesario que hablemos con toda claridad; ese niño, Vdes. deben comprender que podría traer una grave perturbación en los Estados del príncipe, mi señor.

—Pues precisamente,—repuso Marcelino,—es lo que nosotros hemos tratado de evitar. La existencia de ese niño, en bien suyo y en el de su país, conviene que permanezca ignorada. Si los esposos Muller le adoptan y entregan á V. todos los documentos que pudieran justificar su origen, ¿qué más garantía pueden Vdes. exigir? Con esa misma cantidad que se ha pedido al príncipe de S... se le asegura un patri-

nonio para darle una carrera, y más feliz quizás pueda ser e ese modo, que no disfrutando de otra posición.

*
* *

El alemán se volvió hacia Muller y le dijo:

—¿Es esa la mente de V.? ¿Serían Vdes. capaces de hacer que este caballero ha dicho?

—Es que yo le advierto á V. una cosa,—se apresuró á ecir Marcelino,—que si lo que yo estoy diciendo no lo huiese hablado antes con Muller y no hubiésemos estado de ompleto acuerdo, no me habría mezclado para nada en sunto de tal naturaleza.

—Es verdad,—repuso Frantz.—De todo eso hemos habla-, porque necesariamente debiéndole tanto como debemos este señor, hemos debido ocuparnos con insistencia de do lo referente á ese asunto, único en que yo tenía alguna speranza.

—¿De modo que V. se quedaría con ese niño?

—¡Oh! Sí, señor,—se apresuró á decir la esposa de Muller.

—Y me entregarían Vdes. esas cartas del príncipe difun- y todos los demás documentos que pudieran justificar su igen.

—No crea V., caballero,—dijo Muller, que obedeciendo una indicación que le había hecho Marcelino, comprendió ue debía decir alguna cosa,—no crea V., que si no fuera por precaria situación en que nos encontramos, no haría nada eso. Era hijo de mi señor, de aquel príncipe Guillermo, tan grata memoria para nosotros...

—¿Y qué hubiera V. hecho, no obrando así? ¡Le habría usd educado imbuyéndole ideas de dominio, aspiraciones de nbición, para que al dia de mañana se pusiera al frente de

alguna de esas parcialidades que tanto suelen perjudicar á las naciones! Más feliz será, como le he dicho, ignorando su origen, que conociéndolo.

—Yo también estoy en lo mismo,—añadió Marcelino,—y si tenemos en cuenta como andan en el día las testas coronadas, con mayor motivo.

—¿Y esos papeles,—dijo el enviado,—cuándo podrían ustedes tenerlos?

—Cuando V. quiera,—dijo Muller.—Yo los traje de Madrid cuando nos trasladamos aquí, y al ver que poco á poco iba comprometiéndome en esta malhadada conspiración, los enterré en lugar á propósito, á fin de evitar que si hacían algún registro en mi casa, los encontraran en ella. A pesar de mi falta de recursos, á pesar de esa humilde escasez en que estaba sumido siempre, procuré dejar á cubierto el nombre del príncipe.

—En lo cual ha cumplido V. con su deber. ¿Está V. seguro de que esa documentación puede venir á mi poder mañana mismo?

—¡Ya lo creo! Lo mismo mi mujer que este caballero, saben dónde está.

—En ese caso, cuando V. guste puede traer esos documentos, y yo le entregaré, no la cantidad que V. pedía, que es exorbitante...

—Dispense V.,—interrumpió Muller siguiendo otra nueva indicación hecha por Marcelino,—pero no hablemos más del particular sino viene toda la cantidad que he dicho. Ya comprenderá V. muy bien, que tratándose de un asunto de esta especie, no es ninguna exageración.

—Sin embargo...

—Opino del mismo modo que el señor Muller,—dijo Marcelino.—Y yo encontrándome en su caso, no cedería.

—No; si ya he dicho que menos de esa cantidad no entrego nada.

El alemán no tuvo más remedio que transigir.

* * *

Al dia siguiente, Catalina le dijo que iba á buscar los papeles, y, efectivamente, Marcelino, se los fué enseñando uno por uno, diciéndole:

—Usted debia conocer la letra del príncipe difunto.

—¡Ya lo creo!

—Pues ya ve V. si esas cartas...

El alemán cayó por completo en el lazo, porque las falsificaciones estaban hechas de mano maestra, entregó el dinero y regresó á su país satisfecho por haber asegurado, como creía, la paz y la tranquilidad de su señor.

Inútil es decir que la partición se hizo equitativamente, que Muller cobró la parte que le correspondía y que distribuyendo oportunamente algunos centenares de duros, pudo conseguir pocos meses después salir en libertad.





CAPITULO LXV

Cómo se complican los negocios

Lo mismo Marcelino que Ramón, una vez que hubieron recogido el dinero del alemán, se fueron á ver á Matazans, pues como ya hemos indicado, todo esto ocurría en el espacio que los dos héroes de los episodios anteriores estaban en la cárcel de Barcelona.

—Amigo mío,—le dijo Marcelino,—hemos hecho una operación entre Ramón y yo, y aun cuando Vdes., de todos los negocios que en Valencia hicieron, no se acordaron para nada de nosotros, hemos creído prudente proceder de otro modo. La parte que les corresponde está á su disposición.

Matasanz comprendió todo el reproche encerrado en aquellas palabras de su compañero.

Y como era orgulloso, repuso inmediatamente:

—Doy á Vdes. gracias por esa oferta, que desde luego me hace apreciarles doblemente. Mas por desgracia, todavía me queda algún dinero, y digo desgracia, porque mientras hay

personas que sepan que lo tengo, no cesarán las ofertas, las socaliñas, hasta que por fin me lo hayan consumido todo.

—Pues cuando ese todo haya desaparecido,—dijo Ramón,—encontrará V. siempre á su disposición esa cantidad que le ofrecemos.

—Y que yo no admitiré, porque no la he ganado, ni tampoco he contribuído para ello.

En vano fué que trataran, lo mismo Ramón que Marcelino, de hacerle que aceptase aquella suma.

Negóse en redondo y no tuvieron otro remedio que desistir.

El proceso seguía adelante y comenzaban á acumularse cargos sobre cargos, contra Pepe especialmente.

Habíanse recordado las diversas estafas ocurridas anteriormente, y como el jefe de policía se había propuesto esclarecer cuanto con aquellos hombres se relacionara, tomando datos de unos y de otros, indicó al Juzgado la conveniencia de provocar reconocimientos en rueda de presos, por parte de los estafados, haciendo que Pepe vistiera trajes y se desfigurase el rostro, según las indicaciones hechas por aquéllos.

El resultado correspondió á las esperanzas concebidas. Hubo quien le conoció, se abrieron nuevos procesos que habían tenido que sobreseerse anteriormente, y la situación se fué ennegreciendo cada vez más.



Unicamente un hecho quedó sin poderse comprobar.

El que se refería á la estafa hecha al prestamista don Melitón.

Y cuidado que éste había dado pasos para descubrir á los autores del *timo* de que fué víctima.

Un día, iba el prestamista á cruzar el Llano de la Boquería, cuando de pronto armóse un gran tumulto en la esquina de la calle del Hospital, corrió la gente, acudieron los agentes de Orden público, y el prestamista supo que se trataba de un ratero á quien habian cogido en el acto de *tomar* un reloj, á un caballero.

La curiosidad llevó á don Melitón hacia el sitio de la ocurrencia, y al fijarse en el ladrón, no pudo menos de exclamar:

—¡Demonio! ¡Yo he visto á ese hombre en alguna otra parte!

Y comenzó á pensar dónde le habia visto, aun cuando sin poder caer en ello.

—No, pues lo que es yo, he de saber quién es.

Y con aquella terquedad que le distinguia, siguió detrás de los guardias, llegó al Juzgado, y durante todo aquel día estuvo interrogando su memoria por ver si daba con la solución apetecida.

Por fin, después de muchas horas de estar sujetando su pensamiento á una labor incesante, se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Ya sé quién es! Uno de aquellos bribones escribientes que habia en la casa del falso notario.

Y se lanzó á la calle, dirigiéndose en busca del jefe de policía, á quien refirió lo que había pasado y el descubrimiento que había hecho.

Buen acicate tuvo aquel funcionario.

Púsose en movimiento, á su vez; indicó al juez lo que el prestamista le dijera, interrogóse detenidamente al preso, hasta que por fin confesó de plano.

El *tomador* de relojes en cuestión, no es otro que aquel Ricardo, de quien Marcelino habló en sentido tan desfavora-

ble á Matasanz, cuando le propuso para escribiente de la falsa notaría.

Ricardo confesó lo que sabía. Es decir, el *timo* que se había verificado en la casa donde él estaba y el número de personas que estaban complicadas en el asunto.

Entonces, y según las indicaciones de uno y de otro, ó sea, de don Melitón y de Ricardo, se hizo vestir á Pepe con un traje parecido al que llevaba el falso marqués, se le puso en rueda de presos y Ricardo le reconoció.

Del mismo modo también le reconoció don Melitón, y el uno y el otro, insiguiendo el sistema que tan buenos resultados diera hasta entonces, también reconocieron á Ortega, el falso agente de negocios que había venido de Madrid, en Emilio Matasanz.

Excusado es decir con que rapidez se iría haciendo la luz en aquel asunto.

Si Pepe hubiera podido coger, como decía, á Ricardo, caro habría pagado éste su reconocimiento.

Por supuesto que éste tenía, como vulgarmente se dice, muy mala entraña, y aquello mismo lo estaba demostrando.

Otros varios presos había también en la cárcel, que habían conocido á Matasanz y, sin embargo, ninguno lo declaró.

Pero Ricardo era perverso, y al tener noticia de la importancia del *timo* hecho al prestamista, irritóse contra sus cómplices, por la pequeña parte que le habían dado.

Si tenemos en cuenta lo que Marcelino indicó á Matasanz, según recordaremos, al hablarle de la dependencia que iba á tener Ramón, se comprenderá muy bien su delación.

*
* *

Ricardo Villalobos, era hijo de una honradisima familia que hacia algunos años se había establecido en Barcelona, con el propósito de dar una carrera á su hijo.

Pero, por desgracia, éste pensó en proporcionarse otra muy distinta de la que sus padres habian pensado para él.

En vez de ir á la Universidad, marchábase á los billares que por desgracia suelen establecerse cerca de esos centros de instrucción, á los cuales acuden los estudiantes, por distracción al principio, por vicio luego y, finalmente, por no saber en qué pasar el tiempo.

Allí fué donde comenzó á acudir Ricardo, donde se aficionó al juego, perdiendo en cambio la afición al estudio; desde aquellos billares, comenzó á acudir á otros sitios peores, hasta que, finalmente, comenzó por poner el pie en el primer escalón del crimen, para seguir ya descendiendo todos los demás de aquella malhadada escalera.

Todavia sus padres pretendieron salvarle.

Lleváronle á una escribanía, allí entró como escribiente, y se acabó de perder.

Tuvo contacto con más de un criminal, y aprendió con más rapidez los procedimientos de éstos, que habría aprendido las asignaturas que debia cursar en la Universidad.

Algo de incorrecto debió observar el escribano en su amanuense, puesto que un dia le despidió, sin darle explicación alguna.

El proceder del escribano, llenó de cólera á Ricardo.

Precisamente aquél tenia un sobrino, que muchas veces se lo habia puesto como modelo de laboriosidad y de honradez á Ricardo.

Este era aquel Antonio Moreno, antiguo amante de Luisa, la querida de Miramar, al cual nuestros lectores conocieron en la casa de huéspedes de la calle de Xuclá.

* * *

Sabemos que Antonio no tenía más recursos que su trabajo, para concluir su carrera.

Su tío, el escribano, le había proporcionado entrar en casa del rico banquero D. Romualdo Galán, el cual le profesaba verdadero cariño.

Los elogios que siempre había hecho el escribano de su sobrino, al hablar á Ricardo, llenaban á éste de cólera, y en vez de despertar en su pecho noble emulación, hicieron germinar en él odio y envidia.

El día en que salió de casa del escribano, concibió una gran idea que le hizo sonreir con expresión de innoble gozo.

—Si yo pudiera entrar en el escritorio de ese banquero,—dijo, — yo le aseguro á ese mozo que se había de acordar de mí. Alguna vez se ha atrevidoá reprenderme y hasta creo muy posible que haya hablado mal de mí á su tío. ¡Valiente hipócrita está el niño! Ahora parece que le hace el amor á la hija del banquero. ¡Oh! Y su tío dice que se casará con ella. Eso será si yo quiero. Pues ¡ya lo creo! Pueda yo entrar en la casa, y ya veremos si consigue su objeto. ¡Demonio, y qué inmensa alegría tendría yo si mi principal viese á su sobrino víctima de una acusación como la que yo podría hacer recaer sobre él!

Y aquel miserable, por el sólo placer de hacer daño, procuró por todos cuantos medios estuvieron á su alcance, ver si podía entrar en casa del banquero Galán.

Varias veces habló con Antonio respecto á este particular.

—Pero hombre,—le decía Antonio,—si á tí te gusta muy poco trabajar, y allí no podemos estarnos parados un momento. Especialmente los últimos de mes, son atroces.

—¿Y qué te crees tú que si yo quiero, no daré cumplimiento como el primero?

—Ya sé que lo puedes hacer muy bien; lo que falta es que quieras.

—Y lo querré, tú lo veras. La necesidad carece de ley y yo no tengo más remedio que trabajar para comer. Mi padre no quiere saber nada de mí desde que he salido de la escribanía, y es preciso que yo vea de rehabilitarme á sus ojos. Conque, vamos, hombre, habla á don Romualdo, y como te quiere tanto y...

—Temo que vas á dejarme mal.

—No, hombre, no; yo te juro que has de quedar satisfecho de mí.

—Unicamente por tu pobre padre, que me dá mucha lástima, porque es una bellísima persona, veré si puedo hacer algo.

—Ya lo creo que puedes. La cuestión es que lo quieras hacer.

—No tanto, hombre, no tanto. Don Romualdo, es verdad que me distingue con su afecto...

—¡Digo, y te vas á casar con su hija!

—¡Yo! — exclamó Antonio con el rostro encendido de rubor. ¿Quién ha dicho semejante cosa?

—¡Toma! Todos los que te conocen; tu mismo tío, sin ir más lejos.

—Carmencita es un tesoro muy rico para un infeliz como yo soy.

—Vamos, que si tú la pones por mediadora para que yo entre en casa de su padre, estoy seguro de conseguirlo.

—No, á quien yo hablaré será al cajero y si él se interesa en tu favor, en ese caso será negocio hecho. ¡Pero por Dios, Ricardo, que no vayas á dejarme mal!

—¿Quieres callar? Yo te juro que trabajaré como un negro.





CAPÍTULO LXVI

No lleves á tu amigo donde bien quieras

Antonio comenzó á hacer al cajero algunas indicaciones respecto á Ricardo.

Trató de presentársele como un verdadero amigo un poco extraviado, por efecto de las malas compañías, pero inteligente y dispuesto á perseverar en la enmienda, puesto que no tenía otro remedio que hacerlo así para ganar alguna cosa.

El cajero quería muchísimo á Antonio, y le dijo:

—Ya verá V., Antoñito, es muy delicado el que tomemos en el escritorio á otra persona, y mucho más con esos antecedentes que V. me indica.

—He creído de mi deber no ocultarle á V. nada. Yo tengo la seguridad de que ese joven cumplirá lo que ha ofrecido. No le falta ni inteligencia ni actividad.

—Eso ya es bueno.

—Si quiere V., después, cuando vaya al café se lo presentaré.

—Si no hay necesidad. Usted sabe que no nos hace gran falta en el escritorio.

—Sin embargo, V. necesita un ayudante. El trabajo de caja es muy pesado, y don Romualdo, que lo conoce, así lo ha dicho varias veces.

—Pero tengo miedo de poner á nadie allí, en la caja, conmigo.

—De todos modos V. lo necesita. Cada día van siendo mayores las operaciones de la Casa.

—Es verdad.

—Nada, nada, yo me intereso por ese pobre Ricardo, y si no por él, por mí, es preciso que lo haga V.

El cajero, como hemos dicho, quería mucho á Antonio, y como por otra parte veía también el afecto con que le distinguía el banquero, cuando aquel día Antonio presentó en el café á Ricardo, dijo á éste:

—Le advierto á V. que en la Casa hay mucho trabajo; que á don Romualdo le gusta una puntualidad extraordinaria; que son muy delicados todos los asuntos de que allí se trata, y que el sueldo no puede ser mucho ahora, al principio.

—Todo eso me significa poco,—repuso Ricardo.— Deseo, como creo que Antonio le habrá dicho, rehabilitarme para con mi padre y estoy dispuesto para llegar á ese caso, á hacer todos los sacrificios posibles.

—Ya verá V., tanto como sacrificio no creo que deba ser el trabajar. Esa misión tenemos los que no hemos nacido ricos.

—Si estoy conforme con V. Yo soy el primero en deplorar la funesta senda que he seguido y todas esas calaveradas

más propias de una criatura que no de una persona que tenga verdadero conocimiento. Si yo pudiera borrar de la breve historia de mi vida, las páginas correspondientes á esos días, no habría sacrificio de ningún género que no estuviese dispuesto á hacer.

El cajero se preciaba de conocer un poco á las personas, y en el acento con que Ricardo le estaba hablando, creyó ver la sinceridad.

—Yo procuraré hacer lo que pueda,—le dijo.

—Y la verdad es,—añadió Antonio,—que puede hacer mucho. Por esa razón he querido interesarle en tu favor.

—Me parece,—dijo el cajero.—que don Romualdo no ha de dejarme mal si ve que muestro algún empeño; pero eso sí, debo advertir á V. una cosa.

—Usted dirá.

—Que en el momento en que yo advierta la más mínima falta, como sé que don Romualdo también la advertiría en seguida y no me agrada sufrir cargos ni reprensiones, á las cuales no estoy acostumbrado, me vería obligado á despedirle.

—¿Quiere V. callar? Le prometo que no tendrá V. por qué quejarse, ni de Antonio que me ha recomendado á V., ni de mi comportamiento, que procuraré sea lo más correcto posible. Lo único que le ruego, porque francamente, estoy viviendo muy mal, es que lo active cuanto sea posible.

—De eso ya me encargo,—dijo Antonio.— Yo se lo recordaré.

—No será necesario,—repuso el cajero bondadosamente, —porque jamás me ha gustado hacerme sordo á la voz del que, arrepentido, muestra deseos de perseverar en la buena senda. A los jóvenes extraviados no deben cerrárseles las puertas de la enmienda, si no que por el contrario, se les

ͅben facilitar todos los caminos para que lleguen á puerto
ͅ salvación.

*
* *

De otra manera hubieran pensado, lo mismo el cajero que
ntonio, si en vez de marcharse al escritorio á cumplir con
ı deber y á trabajar, hubieran seguido á Ricardo cuando se
ͅpararon de él.

Por sus delgados labios vagó una sonrisa indefinible, á la
ar que murmuraba, fijando en ellos una mirada burlona:

—¡Qué tontos son, que bien han mordido el anzuelo! ¡Tra-
ajar! sí, sí, que trabajen ellos, que yo no he nacido para
urro de carga. Vosotros abridme las puertas de la casa, que
a después procuraré yo abrir las de la caja.

Y siguió adelante su camino, hasta llegar á un cafetín de
ͅs de última clase, situado en los barrios extremos de la
iudad.

Penetró en él, y ante una mesa rodeada por cuatro indi-
iduos, en quienes un jefe de policía, experto, habría recono-
do indudablemente personas más á propósito para perma-
ecer en una cárcel, que no para estar disfrutando las deli-
ias de la libertad, fué á detenerse.

—¡Hola! Ricardito,—le dijo uno de ellos, á la par que co-
ͅcaba la última ficha en el juego de dominó, á que los cuatro
staban entregados.—Tarde has venido hoy.

—Como que he estado preparando un *atraco*.

—¿Para cuándo?—preguntaron los cuatro dejando el juego
mirando al recién llegado.

—Para cuando sea, que Zamora no se ganó en una hora,
las cosas es preciso llevarlas como se debe.

—Pero ¿no te sientas?

—¡Ya lo creo! Como aquí tenemos que hablar, á fin de que estemos conformes cuando llegue el caso.

—¿De modo, que es de veras eso que has dicho?

—Y tan de veras. ¿Creéis vosotros que yo hablo por hablar?

—Hombre, á veces cuando uno cree más seguras las cosas...

—Hasta ahora ya habéis visto que desde que empecé la carrera, no he tenido ningún tropiezo.

—Sí; pero lo que no sucede en un año, como dijo el otro, sucede en una hora, en un minuto.

—Vaya, vaya, dejarle á éste que se explique.

—Sí, que tengo que marcharme, porque esta tarde hay novena en Belén, habrá mucha gente y será preciso *tomar* algo, porque yo estoy sin *parné*.

—Pues lo que es por aquí, tampoco pasa un alma. Ahora acaba de darme *el Grabat*, una *pela*, porque no tenía ni tabaco siquiera.

—Si no se sabe que hacer. Parece que todos van con cien ojos, y ni sirve que uno tenga lista la mano, ni que el *tapo* cumpla con su deber, ni... Nada, hombre, nada, que no se puede vivir.

—Por eso es menester dar un *atraco* que valga.

—¿Para dónde ha de ser?

—Para aquí dentro.

—¡Malo!

—¿Por qué?

—Porque aquí es muy difícil todo. Ni bastan *avisadores*, ni bastan puños. Apenas te descuidas, ¡zás! los del Orden, ó los otros. En fin, aquí el oficio está perdido.

—Pues yo te aseguro que aquí no vas á perder nada.

—Como que no lo tengo...

—Tienes la libertad. ¿Te parece poco?

—Según y cómo. A veces el estar libre tiene sus inconve-ientes. Pongo por caso, ahora mismo; si yo estuviera á la *mbra*, pues me darían de comer.

—¡Buena comida! El rancho de la cárcel.

—En la cantina, siempre tiene uno crédito.

—Pues mira, tú, *Aragonés*, yo prefiero no comer pero tar suelto, á comer muy bien estando atado.

—Lo mismo digo.

—Conque, yo me marcho á Belén.

—Y yo al Llano de la Boquería. En cuanto pueda *guipar* buen reloj ó una leontina que merezca la pena, yo y este sabemos lo que hemos de hacer. ¿Y tú, Ricardito, no te vas á ninguno?

—No. Yo solo me basto. Ya lo sabéis. Entretanto, aquí dos los días, que yo á esta hora, poco más ó menos, ven-é á deciros lo que hay.

—Pero no dijiste que estabas...

—Justo. Arreglando un *atraco*. Cuando ya lo tenga todo rriente, vengo, os doy las explicaciones necesarias, y al io.

—¿Hay *guita*?

—Y en gran cantidad. Ya procuraré yo que el día que lo gamos, esté bien repleta la caja.

—Eso, eso.

—¿Se trata de algún Banco? Mira que eso es muy ex-esto.

—Cuando yo os digo...

—En fin, tú te las compondrás como puedas.

—Eso. Yo lo arreglaré todo, y al venir á buscaros, será ya golpe seguro.

—Es lo mejor.

—Pero yo también llevaré tres partes y vosotros lo restante. Es el medio más equitativo. Me parece...

—Dime, Ricardo, ¿y qué vas á hacer tú?

—Poneros en la masa. ¿Os parece poco?

—Sí, pero ¿quién ha de hacer los panes?

—¡Toma! Entre todos.

—Pues no me parece bien que tú te lleves tres partes y nosotros una. Al fin y al cabo el trabajo será para nosotros —dijo *el Aragonés*.

—Pero ¿quién lo ha pensado? ¿Quién es el que va á prepararlo todo, para que vosotros, después con vuestras manos limpias, cojáis el fruto? Desengañarse que la cabeza siempre tiene que llevar mejor parte que los brazos.

—Todo eso no pasa de ser una apreciación tuya.

—No es eso; vamos á ver, en cualquier sociedad, en cualquier oficina, ¿quién tiene mayor sueldo? el simple escribiente, que hace lo que le dicen, ó el que les dirige, el jefe de negociado, que es el que piensa y el que ordena.

—Sí, pero eso pasa en las oficinas; aquí es completamente distinto. Tú habrás pensado perfectamente el plan que dices pero nosotros somos los que vamos á exponer el pellejo.

—Necios, ¿y acaso no voy á exponerlo yo también, como vosotros? ¿Creéis que os iría á dejar solos con la caja? Bien aviado quedaría yo entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Que os lo comeríais todo y no me dejaríais ni aun migajas. Nada, nada, yo lo he pensado y participaré al mismo tiempo, del peligro que haya; conque así, no hablemos más, y si queréis lo tomáis y si no dejarlo, que yo no quiero nada por fuerza.

Y Ricardo se dispuso para marcharse de la mesa.

—Pero hombre,—le dijo *el Grabat*,—no seas tan vivo.

genio, que aquí estamos hablando como hablan las personas.

—Sí, las personas sin sentido, como os sucede á vosotros.

—Las observaciones que te hemos hecho, creo que son muy naturales.

—Te lo parecerán á tí. En fin, vuelvo á repetiros lo que antes os dije, si no os acomoda, dejarlo; ya encontraré otros que lo hagan.

—No es eso; ya sabes que hemos corrido más de una, juntos, y no ha de decirse que ahora nos separamos por una cuestión como esta; tú lo tendrás en cuenta, y ya nos darás lo que creas conveniente.

—Conste que no doy más que lo prometido.

—Bien, hombre, bien. ¿Cuándo va á ser eso?

—Ya os he dicho que las cosas deben arreglarse; cuando yo os diga «ahora», es porque realmente ya no existe peligro de ningún género. Ya veis si pensando de esa manera y arreglándolo como os he dicho, iría á daros lo mismo que yo pretendo ganar.

—Mientras la cosa vaya del modo que dices...—dijo *el Grabat*.

—¡Otra que Dios!—añadió *el Aragonés*.—De un modo ú otro será menester entonces salir del paso; por lo tanto no se hable ya más del asunto.

* * *

Poco después, Ricardo abandonaba el cafetín, satisfecho por el buen resultado que había tenido su gestión de aquel día.

—Lo que sería muy bueno,—decía dirigiéndose hacia la



CAPITULO LXVII

La hija del banquero

Don Romualdo Galán tenía dos hijas, de las cuales Carmencita, que era la mayor, educada por una madre, modelo de buen sentido, reunía á la belleza de su rostro una educación esmerada y todo el tesoro de condiciones que hacen tan recomendable á la mujer en el interior del hogar doméstico.

Ni la riqueza que su padre poseía la enorgullecía, ni las lisonjas que la dirigían por doquiera la inspiraban vanidad de ningún género, ni los triunfos que alcanzaban otras mujeres más bellas ó más elegantes, la inspiraban envidia de ninguna clase.

Su madre la había educado con modestia, diciéndola más de una vez:

—Hija mía, cuando yo me casé con tu padre, no era más

que un triste tenedor de libros en una casa de comercio de Zaragoza. Tuvimos que pasar muchos apuros; después nos ha favorecido la fortuna; tu padre ha trabajado, y hoy, gracias á Dios, tenemos alguna cosita; pero esto podemos perderlo el día menos pensado, porque los negocios ya se sabe que unos salen bien y otros mal; por lo tanto acostúmbrate á todo y de esa manera, si algún día llega la mala, no te sorprenderá tanto.

Y Carmen comprendía que su madre tenía razón y vivía feliz en aquella situación, creada por la experiencia de quien la llevó en su seno.

El banquero estaba muy satisfecho por la educación que su hija había recibido, y no se le ocurrió, ni por un momento siquiera, introducir modificación ninguna en unos hábitos y en unas costumbres, cuya verdadera bondad era el primero en reconocer.

Algunas veces, hablábanle amigos suyos elogiando la belleza de su hija, y diciéndole:

—Vaya, vaya, Romualdo, que Carmencita ya está en edad de casarse y es preciso que la elijamos un buen marido. El otro día, el bolsista Bosch, me decía que le gustaba mucho. Y es un chico de un gran porvenir, su padre es riquísimo...

—Pues, nada, nada, á ver si arreglamos la boda,—añadía otro.

—No digo, que sí ni que no,—contestaba el banquero. —Me he propuesto no violentar para nada la voluntad de mi hija. Aquel á quien elija ella, rico ó pobre, con tal de que sea honrado y trabajador, será el preferido por mí.

—Pero, hombre, un padre debe siempre preferir á aquel que sea más rico; V. puede darle una buena dote, y natural es que el novio aporte una buena suma.

—No me seduce la cuestión del dinero, señores; la felici-

dad no se ha de buscar en la mayor ó menor riqueza que posea el hombre ó la mujer. Cuando mi hija piense en casarse y encuentre al hombre que le agrade, y ese hombre reuna las condiciones que antes indiqué, créanme Vdes. que no pensaré en nada más.

* * *

Antonio, como hemos dicho, era el niño mimado, como vulgarmente se dice, en casa del banquero.

Muy bien recomendado como estaba, trabajador, juicioso y aprovechando todos los momentos para los estudios de la medicina, el joven se había conquistado el aprecio, tanto de sus compañeros de escritorio, cuanto de la familia del banquero.

Esta le trataba como si fuera un individuo de ella.

Antonio era el que les proporcionaba localidades para diferentes teatros; Antonio se aproximaba á ellas en el Paseo de Gracia los días de fiesta, en invierno, y por las noches en verano, y como era elegante sin afectación, decididor y complaciente, no solamente las hijas del banquero, sino todas las amigas de éstas, no sabían más que elogiar al joven.

Cuando Antonio recibió el desengaño de Luisa, estuvo algo enfermo, en términos, que faltó al escritorio algunos días.

Don Romualdo sospechó la causa de su enfermedad, pero nada le dijo cuando fué á verle á la casa de huéspedes de la calle de Xuclá, limitándose á aconsejarle que procurara ponerse bueno pronto, porque ya estaban deseando verle en su casa.

Y así era en verdad.

Carmen había sido la que más instó á su padre para que

fuese á ver á Antonio, y la que más afligida se hallaba por su ausencia.

Triste se presentó el estudiante de medicina en casa de su principal, cuando salió á la calle, y aquella tristeza dió margen á una porción de burlas por parte de sus compañeros, y á algunas intencionadas indirectas por las hijas del banquero y sus amigas.

Poco á poco fué Antonio dominando y venciendo los efectos del choque que recibiera con la deslealtad de Luisa, y al entrar de nuevo en las condiciones de vida normal, no pudo menos de reparar que Carmen era muy bonita y que le distinguia con su aprecio y con su confianza.



Un día, cayó enferma Carmen.

Como Antonio reunia á su condición de dependiente y amigo de la casa, la de estar cursando el penúltimo año de medicina, y todos sus condiscípulos y profesores estaban convencidos que era una esperanza para la ciencia, la primera persona á quien se consultó, sobre lo que podía tener Carmen, fué á él.

El joven estuvo observándola atentamente y no pudo menos de estremecerse cuando después de un minucioso examen, hubo de convencerse de que la enfermedad de que se encontraba amenazada Carmen, era el tifus.

Lleno de terror se lo dijo al banquero, é inútil es pretender explicar la consternación que se esparció en aquella casa, al tener noticias del diagnóstico hecho por Antonio. Inmediatamente acudió el médico de la casa, que pasaba por ser una de las lumbreras de la ciencia, y al indicarle el banquero si la enfermedad de la que su hija estaba amenazada podría ser el tifus, se apresuró á decirle:

—No, señor; esto no es más ni menos que una gástrica, que dentro de tres ó cuatro días estará curada.

El banquero lo creyó, diciéndole á su esposa:

—Antonio ha exagerado el mal ó no le ha conocido, lo cual no tiene nada de particular, porque al fin y al cabo, carece de la práctica y de la experiencia necesaria en su carrera.

En cambio, el joven cuando le dijeron lo que había dicho el médico de la casa, insistió en su primitiva opinión, diciendo:

—Ese señor podrá haber dicho todo lo que quiera, y respeto muchísimo su opinión; pero francamente, estoy viendo que nos vamos á encontrar con algo que ha de sorprendernos, poniéndonos en un grave compromiso. Es decir, á mí no me sorprenderá, porque he visto la enfermedad desde el primer momento. Usted, señor don Romualdo, es muy dueño de obrar como le cuadre.

Y desde aquel momento el joven se puso á estudiar y buscar los medios de combatir la enfermedad, en el instante que se presentara de un modo completamente franco.

Sucedió precisamente lo que él había previsto.

Al tercer dia de estarla visitando el médico de cabecera, hubo de confesar al banquero, que lo que su hija tenia era tifus.

—¡Oh! Bien lo había adivinado Antonio,—exclamó la madre dirigiendo una mirada de reconvención á su marido.

*
* *

Cuando el médico se marchó, la esposa de don Romualdo se fué al escritorio, llamó á Antonio y le dijo:

—¡Antonio, por Dios! Lo que tiene Carmen es el tifus.

ahora acaba de decirlo el médico. ¡Ojalá le hubiésemos hecho caso á V. desde el primer día! Encárguese V. de ella.

—Señora, no tengo título todavía, pero haré cuanto sea posible.

Y él mismo, en casa de un farmacéutico, amigo suyo, arreglaba las medicinas; él las administraba, y observando constantemente á la enferma, sin querer tomar un momento de descanso, velándola de noche y estudiando de día, consiguió poder decir una mañana á los afligidos padres de la joven:

—Ahora está fuera de peligro.

Al día siguiente, el médico, ninguna de cuyas medicinas había tomado Carmen, decía con aire satisfecho á don Romualdo:

—Vamos, amigo mío, ahora ya puede V. decir que tiene hija.

Inútil es decir la gratitud de los padres de Carmen respecto á Antonio, y el lazo de simpatía y de cariño formado desde aquel momento entre los dos jóvenes.

Convaleciente se hallaba Carmen, cuando Antonio, por efecto de la agitación, de los temores y de las excesivas fatigas que le produjeron la enfermedad de la joven, cayó también con una tifóidea de las de peor especie.

Ya entonces Antonio no estaba en la misma casa de huéspedes donde le conocimos.

El banquero y su mujer, quisieron pagar al joven el tributo que le debían, por todo lo que había hecho con Carmen, y los cuidados y las atenciones que le prodigaron, llamaron la atención de cuantos le conocían.

La misma Carmen pudo todavía salir á la calle á tiempo, para poder consagrar algunas horas á pasarlas junto á la cabecera del enfermo.

francés. Ha sido algo calavera, pero, felizmente, lo ha reconocido á tiempo, y está resuelto á trabajar.

—Usted sabrá lo que hace, amigo mío.

—Yo, lo que V. disponga, don Romualdo.

—Bueno, bueno; ya me dirá V. alguna cosa en otra ocasión.

El cajero transmitió á Antonio lo que había dicho su principal, el joven volvió á insistir, y como Ricardo á su vez apretaba sin cesar al cajero, volvió éste á hablar á don Romualdo, hasta que por fin dijo el banquero:

—Nada, nada, puesto que V. lo desea, y que yo mismo comprendo que hace falta otro en el escritorio, cuando usted quiera, que se presente ese joven.

Aquella tarde, en el café, decía el cajero á Ricardo:

—Vamos, amigo mío, que bien he tenido que trabajar para conseguir que entre V. en el escritorio. Ya lo sabe Antonio.

—Yo se lo agradezco infinito.

—Mire V. que he tenido que vencer una influencia poderosa, porque don Romualdo tenía compromisos adquiridos ya, y compromisos muy respetables.

—Razón de más para agradecerle el favor. Dígame usted en que puedo yo servirle, y puede estar cierto, ciertísimo, que le complaceré en todo.

—En lo único que me puede V. complacer, es en hacerme que quede bien; por lo demás, conmigo no tiene V. compromiso de ningún género.

—Eso sí,—se apresuró á decir Antonio,—yo me he interesado por tí, á su vez también lo ha hecho el señor cajero, y no faltaba más si no que ahora nos encontrásemos...

—Con nada; yo les prometo á Vdes. cumplir como debo, como cumple una persona decente.

—Pues no hablemos nada más sobre el particular. ¿Cuándo quiere V. empezar á trabajar?

—¡Oh! Cuando V. quiera, eso sí que me tiene sin cuidado; si quieren Vdes. que empecemos desde mañana, desde mañana iré.

—Creo que será lo mejor.

* * *

Efectivamente, al inmediato día fué Ricardo al escritorio, lespués de haberle hecho Antonio una porción de observaciones, á fin de que cumpliera bien con su obligación.

Los primeros días, Ricardo no se ocupó más que de atenler á sus deberes, y como no carecía de instrucción, en reaidad, el cajero estaba satisfechísimo de su proceder.

—Vamos, ¿ve V. lo que yo le decía?—solía decir muchas eces Antonio al cajero.—Las lecciones recibidas han servido e mucho á Ricardo; está completamente transformado.

—Sí, es verdad, con tal de que eso dure.

—¡Pues no ha de durar! Ha visto ya las orejas al lobo y u familia estoy seguro que está llena de alegría.

Sin embargo, Ricardo no perdía el tiempo, y aun cuando umplía rigurosamente con su deber, era el primero en asisr al escritorio y el último en salir de él, no por esto dejaba e atender á lo que á él particularmente le convenía.

Enteróse de las personas que había en la casa, las cosmbres de cada una, y formó, como vulgarmente se dice, ı composición de lugar.

Un día, y precisamente en ocasión que él estaba hablan› con *el Grabat*, que, como recordaremos, era uno de sus ıtiguos amigos, acertó á pasar por su lado una de las crias que había en casa del banquero.

Ricardo, al ver que ella se hacía la desentendida, la dijo:

—¡Vaya V. con Dios, Manuela!

Viéndose así aludida la criada, apresuróse á decir:

—Buenas tardes, señorito; dispense V., pero no le había visto.

Y siguió su camino.

Cuando se hubo alejado un poco, dijo *el Grabat:*

—¡Pues qué! ¿Conoces tú á esa también?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y de qué?

—¿Tú la conoces?—preguntó entonces Ricardo.

—Me parece que algo más que tú. Esta era la querida del *Señorito,* ¿te acuerdas? Aquel á quien cogieron hace dos años por un robo que hizo en la Plaza de Palacio, donde ésta, estaba sirviendo.

—¡Ah! vamos. ¿De modo que es materia dispuesta ya?

—Y tanto. Pero es muy lagarta; hace las cosas de modo, que difícilmente se la puede coger. Ya ves tú, con todo y haberse verificado el robo en la casa que ella servía, el otro fué á la cárcel y ella se quedó libre.

—¿Pero sacó algo del robo?

—¡Ya lo creo! Pero es lo que te digo, todo es cuestión de saber hacer las cosas.

* * *

La noticia que *el Grabat* le había dado á Ricardo, le sirvió admirablemente.

Un mes más tarde, Manuela era la querida de Ricardo y éste contaba con ella para el fin que se proponía.

Merced á aquella confidente, es inútil decir que el joven se puso al corriente de todo cuanto pasaba en aquella casa.

Don Romualdo había reparado en la asiduidad y en la inteligencia que demostraba el recomendado por el cajero y empezó á cobrarle afecto.

Antonio cada día estaba más triste, observábasele un retraimiento extraordinario, y por más que don Romualdo, o mismo que su mujer, adivinaron, según vimos ya, lo que pasaba así en el corazón de su hija como en el de Antonio, no era cosa de que fuesen ellos mismos á decirle que amaba á su hija y que no se opondrían á su matrimonio.

Don Romualdo le preguntó al banquero, si el joven le habia dicho algo respecto á la tristeza de que estaba poseído.

Pero Antonio, reservado con todo el mundo, á nadie revelaba el estado de su corazón.

En este estado, el mismo cajero le dijo un día á su prinipal:

—Yo creo que aquí, el único á quien podíamos dar el enargo de que lo averiguase, es á Ricardo. Los jóvenes, entre llos tienen más confianza, son más expansivos y me parece que este camino es el que mejor se puede seguir.

—Pues nada, V. mismo dígaselo.

—Ya verá V., don Romualdo, ya comprenderá V. que tratándose de una cosa así, por Antonio, á quien quiero mucho por la casa donde realmente no he recibido sino muestras e afecto y de deferencia, lo haría; pero me parece que más aso le hará á V. que á mí. Podrá creerlo una oficiosidad mia y contestará ó no contestará.

—Nada, nada, yo se lo diré.

Y efectivamente, aquel mismo día, cuando Ricardo entró n el despacho del banquero para que firmase la correspondencia, le dijo:

—Diga V., Ricardo, V. que es tan amigo de Antonio, ¿no

ha observado lo triste y lo disgustado que parece que se encuentra hace algún tiempo?

Ricardo se sonrió, y el banquero, al observar su sonrisa, le dijo:

—¡Qué! ¿Sabe V. algo?

—Me lo figuro por lo menos.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Dispénseme V., don Romualdo, hay cosas que, francamente, yo menos que nadie soy el llamado á decirlas.

—¡Cómo! ¡Qué quiere V. significar con eso!

—Yo he entrado en esta casa por recomendaciones de Antonio, á él precisamente le debo el estarme ganando hoy el pan honradamente.

—Pero bien, todo eso que tiene que ver...

—Que no debo hablar, máxime cuando lo que tengo que decir no favorece mucho á mi amigo.

—Ricardo, cuidado con lo que dice V., porque Antonio es incapaz de lo que supone.

—¿Lo ve V.? No hice más que una ligera indicación y ya le ha ofendido lo que apenas si llegué á iniciar; por lo tanto, yo lo siento mucho, pero no me pregunte V. nada sobre el estado de Antonio. Es muy posible que ese estado lo produzca la misma conciencia, que algo ha de haber en él relacionado con esta casa, á la cual debe tantos favores.

*
* *

El banquero quedóse un tanto pensativo, y no se atrevió á seguir preguntando.

Era necesario recurrir á otros medios.

Las frases pronunciadas por Ricardo, eran sobradamente significativas.

Pero, ¿seria posible que Antonio faltara de la manera que había dicho y que suponía Ricardo?

Porque realmente, para que de tal modo hablara el joven, era menester que el proceder de su protegido fuese muy censurable.

Aquel mismo día, don Romualdo, hablando con el cajero, le decia:

—¡Hombre! Observe V. un poco á Antonio, porque, no sé qué diablos le sucede á ese chico.

—¿Por esa tristeza de que parece se halla poseido? Ya me parece, don Romualdo, que conocemos la causa. También Carmencita está triste ya...

—Para la tristeza de mi hija, he encontrado remedio. Mañana he dispuesto marchar á Granollers. Ya está el tiempo á propósito, y tres meses pasados allí, la curarán por completo.

—Me parece...

—¡Oh! Yo creo que sí. En fin, lo que me importa es, que observe V. á Antonio y vea con qué gente se reune y las casas que frecuenta.

—Lo haré, por más que estoy seguro que Antonio no se reune sino con jóvenes tan honrados como él.

—A veces, ya sabe V. que la honradez tambien se suele aparentar. No diré yo que Antonio frecuente malas compañías, pero...

—No, señor. Antonio lo que tiene es, que está enamorado, ya sabe V. de quién, porque de eso hemos hablado con frecuencia.

—Yo opino lo contrario.

—En fin, haré lo que V. me manda.

El cajero se separó disgustado de su principal.

Que pensara mal del joven, le mortificaba.

Al día siguiente, le preguntó á Ricardo:

—Oiga V., amigo mío; V. que va con Antonio al café, que habla con él con más intimidad que yo, ¿qué diablos tiene? Con esa cara tan triste, con esas distracciones incomprensibles en un muchacho que siempre ha sido un modelo de buen sentido y...

—No me diga V. más. También me ha hablado algo en el mismo sentido, don Romualdo, y me he excusado de contestarle.

—¿Por qué?

—Porque si hubiese hablado, es muy posible que todos hubieran dicho que lo hacía ó por envidia ó por cualquier otra mala pasión. Yo siempre tendré en contra mía, para cualquier cosa que diga, mi pasado.

—Pero bien, ¿por qué dice V. eso? ¿Hace Antonio algo que sea digno de vituperio?

—Ya verá V., á veces se dicen tonterías, que al circular de boca en boca, máxime si se hablan en la mesa de un café, toman proporciones que después producen en la persona que las dijo, la consiguiente confusión.

—Bien, Ricardo, pero ¿qué palabras son esas? ¿A quién se refieren? Hable V., hombre, hable V.

—Dispénseme, pero como todo ello ha llegado á mis oídos por otras personas, como no tengo una seguridad completa, no me gusta hacerme eco de lo que, tal vez resultar una calumnia.

—El caso es que este chico ha sufrido un cambio tal, desde que estuvo enfermo...

—Yo le he solido ver alguna vez con personas que no me gustan. Desgraciadamente, de mi vida pasada me ha quedado el conocer á cierta clase de gentes y... Vamos, que no me gustan esas compañías.

—¡Válgame Dios! ¡Y qué disgusto que nos va á dar ese muchacho!

—Grande le tengo yo también, porque quisiera verle dichoso, como tiene motivos para serlo.

—¡Ya lo creo!

—Observe V., hombre, obsérvele bien, y si es posible procuremos entre todos, llevarle al buen camino.

Ricardo, con sus medias palabras, sin que pudiera acusársele de haber hablado mal de él, iba, sin embargo, minándole el terreno según convenía á sus planes.





CAPITULO LXIX

La cizaña fructifica

Lo mismo don Romualdo que el cajero, pusiéronse un tanto en guardia respecto á Antonio, resultando de esto que la situación se iba haciendo cada vez más tirante.

El joven advirtió el cambio verificado en ellos, y á su vez sospechando que aquél obedecería quizás, al enojo con que veían su amor hacia Carmen, retraíase mucho más, y de este modo las distancias se aumentaban de una manera extraordinaria.

La orden del banquero para que su familia se trasladara á Granollers, cayó como una bomba sobre los dos amantes.

Y decimos sobre los dos amantes, en el sentido de que ambos se amaban, no porque entre ellos se hubiese pronunciado la palabra «amor».

Si para amar á Carmen, Antonio no había podido tener en cuenta la distancia que de ella le separaba, en cambio para revelarle sus sentimientos, lo tuvo muy presente.

Y de aquí su tristeza, de aquí su dolor, de aquí su retraimiento y, finalmente, aquel estado cuya interpretación, dada por Ricardo, del modo que hemos visto, tenía necesariamente que dar fatales resultados.

Carmen se arrojó llorando en los brazos de su madre, diciendo:

—¡Mamá, yo no quiero marcharme de Barcelona!

—¿Qué dices, hija mía?—exclamó doña Pilar. —Tu padre lo ha dispuesto así y debemos obedecerle.

—No sé por qué, no me gusta ir á Granollers este año. Tengo el presentimiento de que no me ha de ir bien allí.

—Pues ya sabes que dijo el médico que para completar tu restablecimiento, era preciso que pasaras una buena temporada en el campo.

—¿Qué sabe el médico?— repuso la joven con acento enojado.

—Siempre sabrá más que nosotras.

—Estás en un error. Yo lo que te digo, es que este viaje me contraría de un modo extraordinario.

—Pero vamos á ver, ¿por qué? ¿Acaso disfrutas aquí de las diversiones que tanto atractivo tienen para otras jóvenes de tu edad?

—Sin embargo, yo me encuentro muy bien.

—No, eso no lo digas tampoco, porque hace días, bastantes, que estás triste, nada te complace, apenas si quieres ir á paseo ni al teatro, y, en fin, que no comprendo lo que te sucede.

—Nada, mamá, nada, — repuso vivamente Carmen, encendido el rostro y algo alterado el acento. — Estoy como

siempre. Bien sabes que nunca he sido aficionada á cierta clase de diversiones.

—De sobra sé la diferencia que hay en tí. En resumen, hija mía, yo no puedo hacer nada para cambiar la resolución de tu padre. Si quieres, háblale tu misma, y si te pregunta las causas por qué no quieres ir á Granollers, tú verás lo que le contestas.

—Pero ¡Dios mío! Si yo misma no lo sé,— repuso Carmen con las lágrimas en los ojos.—Me parece que me va á suceder allí alguna desgracia.

—Vaya, vaya, hija, esas son tonterías, que no debieras pensarlas siquiera.

* * *

Antonio cuando lo supo, murmuró con acento en que se comprendía el dolor que le causaba aquella determinación:

—¡Es natural, quieren alejarla de mí! Si yo hubiera concluido ya la carrera...

Y lleno de ardor, se ponía á estudiar con mayor afán, y pasando las noches estudiando, queriendo examinarse de más asignaturas de las que correspondían al curso, hubiera querido que los dos años que le faltaban para terminar, pudieran resumirse en algunos meses.

De aquí nacía el mal estado de su salud; las noches de vela se advertían en su falta de actividad durante el día.

Llegaba muy tarde á la oficina, él que siempre había sido un modelo de puntualidad, y estaba como distraído y preocupado la mayor parte del tiempo.

De estas distracciones se resentía el trabajo; las equivocaciones en que incurría, provocaban algunas recriminaciones por parte de su jefe; estas censuras afligían doblemente al

oven porque no estaba acostumbrado á ellas, y, en resumen, el malestar aumentaba, á lo cual contribuía en gran manera Ricardo con sus medias palabras y sus frases intencionadas.

Doña Pilar habló con su marido respecto al disgusto de su hija, pero el banquero contestó:

—Ya sé que ha de causarle pesar el separarse de Barcelona, pero si eso es lo que yo quiero. Que se cure de ese maldito amor, al cual nosotros hemos contribuído también.

—¿Sabes algo de Antonio?

—Nada sé en concreto, pero no hay más que verle para comprender que ese chico se ha extraviado de mala manera. No sé qué compañías frecuenta ni dónde pasa las noches, pero el caso es que viene tarde al escritorio, que la correspondencia la lleva como Dios quiere, y en el libro de cuentas corrientes, ha cometido ya garrafales equivocaciones.

—¡Válgame Dios! ¡Y un chico que era tan bueno!

—Ahí verás tú. Se acompañan con ciertas gentes, toman poco á poco sus costumbres y su manera de ser, y al cabo de algún tiempo llegan á ser tan perdidos como sus compañeros.

—Por más que digas, yo no puedo creer en Antonio un cambio tan radical.

—Ninguno lo creíamos, esa es la verdad. Pero ante la evidencia no nos queda otro recurso que doblar la cabeza. Lo que es como continúe así, ten por muy cierto que el mes que viene lo despido.

—¡Romualdo, por Dios, no procedas tan de ligero! Tú no puedes olvidar que salvó á nuestra hija.

—Sí, para echarla á perder después, haciendo nacer en su corazón, un amor que no ha de darnos más que disgustos si no le ponemos correctivo á tiempo. Nada, nada, mañana á Granollers.

*
* *

El dia siguiente fué de dolor en casa de don Romualdo.

La familia de éste marchó á Granollers, y Antonio evitó encontrarse en la casa en aquel momento.

En cambio, Carmen le vió en la estación.

Aquel mismo dia, Ricardo sostuvo con la criada de don Romualdo, que se habia quedado en la casa, con otra mujer anciana ya, y un criado, el diálogo siguiente:

—Aqui tienes los moldes de las cerraduras, que corresponden á la puerta del escritorio que da al portal y el de la que pone en comunicación al escritorio con el piso principal,—decia Manuela.

—¡Buena muchacha, buena! —dijo Ricardo dando un abrazo á la criada, que no se hizo la melindrosa para recibirle.—Mañana estarán hechas las llaves.

—Por supuesto, que mi parte...

—Tu parte, corre de mi cuenta, Manuela. Si entre tú y yo no hay ya nada que hablar.

—¡Valiente picaro estás, Ricardo! Te advierto que á mi no me la das tú ¿lo entiendes? Ya estoy muy curada de espantos y lo mio, mio ha de ser.

—Pero si lo tuyo es mio, mujer, así como cuanto yo tengo es tuyo también... No sé para que has de venirte ahora con esas *flimas*. Si te digo que tu vas á ser la reina de... de las criadas de servir.

—Es que después de esto, no quiero ya servir. ¿Lo entiendes?

—¡Bueno, mujer, bueno! Me servirás á mi solamente.

—¡Tunantón!

—Conque dime, tu que conoces más que yo la costum-

bre de don Romualdo cuando está la familia en el campo, ¿qué día crees mejor para dar el golpe?

—El sábado. El amo se marcha en el último tren. Si es fin de mes, suele quedarse el cajero y el *gili* de Antonio, trabajando hasta muy tarde. Todos nos acostamos, y el cajero y Antonio se marchan por la puerta del portal.

—Perfectamente. Está entendido. El sábado próximo es penúltimo día de mes. Ya veremos como se arregla.

—Sobre todo mi parte.

—Lo tendrás todo.

—Pero procura que el golpe no fracase, porque entonces sería fatal para nosotros.

—No tengas cuidado. Si tú y yo podemos hacer muchas y muy buenas cosas. Ya lo verás.

—Sobre todo, que no se comprenda que hemos sido nosotros.

—¿Quieres callar? ¿Por quién me has tomado tú?

Un nuevo abrazo acabó de sellar el pacto de aquellos dos miserables.

Aquella noche, Ricardo, reunido con sus compañeros en el cafetín donde ya los vimos en otra ocasión, decía sacando los moldes de cera que Manuela le había entregado:

—Toma, *Grabat*, es menester que estas llaves estén hechas mañana, porque las he de probar. ¿Tienes confianza en el que las ha de hacer?

—¡Ya lo creo! No pases cuidado por eso. Todo está en pagarle bien. Es un cerrajero que si no es del oficio, poco le falta.

—De modo,—preguntó *el Aragonés*,—que la cosa va adelante.

—Y tan adelante, que el sábado, si no hay contraorden, vamos á dar el golpe.

—¿Estás bien seguro del éxito?—preguntó en voz baja el *Grabat*.

—¡Pues ya lo creo! Si no fuera así ¿suponéis que yo me comprometería? Os digo que va á ser un *atraco* de primera. Con eso aprenderán todos esos que se las echan de maestros, lo que valen los *novatos*.

—Eso, eso. Vamos á darles en la cabeza.

—Nos juzgan como *tomadores* solamente y hasta nos miran así, por encima del hombro; pero yo les aseguro que ya verán si valemos ó no.

—¿Hay mucha *guita*?

—Figuraros que se trata de fin de mes, y que en la caja deben haber, cuando menos, quince ó veinte mil duros para los pagos del mes. Eso sin contar los valores de otra clase, que esos tal vez los dejaremos allí, porque no debe uno comprometerse tontamente.

—¡Bravo, barbián! Ese será un golpe que sin duda te dará nombre.

—Así lo espero.

Y los cuatro bribones se pusieron á beber por el buen éxito de la empresa que trataban de realizar.



CAPITULO LXX

Antes del robo

Ricardo, que como hemos dicho, lo había previsto todo, desde que Antonio se mudó de casa, pretextando que él tenía también necesidad de vivir en Barcelona para asistir con más puntualidad al escritorio, se fué de huésped á su misma casa.

Una salita con dos alcobas tenían, y Ricardo hizo todo lo posible por intimar con su compañero.

Pero Antonio era poco comunicativo.

Preocupado, triste siempre, apenas si hablaba con su compañero, el cual, sin que él mismo pudiera explicarse la causa, no dejaba de inspirarle cierta repulsión extraordinaria.

—¿Qué demonios tienes, chico?—le decía Ricardo.—Todo el mundo se extraña de verte así.

—¿Por qué es una desgracia ser pobre?—preguntó al cabo de un instante.

Antonio no contestó.

Pálido el rostro, bajó la vista lleno de confusión.

—Vamos, contesta,—le dijo el banquero.—¿No era yo pobre también, cuando me casé? ¿No puedes tú aspirar á ser rico algún día, máxime cuando estás á punto de terminar una carrera que más que otras, puede proporcionarte los medios de conseguirlo?

—¡Cuánto tardará!—repuso el joven casi maquinalmente.

El banquero volvió á mirarle con atención, y después le dijo:

—Anda, Antonio, anda, que te desconozco.

—Y yo también,—repuso el joven á la par que salía del despacho.

Aquellas quejas que Antonio había exhalado, no pasaron desapercibidas para don Romualdo.

Más tarde, hablando con el cajero, le dijo:

—¿Sabe V. que me parece advertir cierta cosa extraña en Antonio?

—Tantas he observado ya,—repuso el cajero,—que no sé qué pensar siquiera.

—Ese chico no me dá buena espina. No puedo comprender ni quién le ha inspirado toda esa amargura con que hoy contempla la existencia, ni ese profundo abatimiento y esa sorda impaciencia que le consume, indudablemente.

—A mí también me preocupa mucho. Yo tengo ocasión de observarle más que V., y, francamente, no sé qué pensar.

—¿Qué dice, Ricardo?

—¡Oh! Ese no dice nada en concreto; pero sus reticencias y sus medias palabras, nada de bueno auguran, créalo V.

—Sí, sí, lo creo, por lo que á mí mismo me ha dicho.

Y entonces refirió al cajero, las quejas que el joven había exhalado, hasta en su misma presencia.

El cajero no pudo menos de decir:

—¡Mal síntoma! Cuando un joven empieza á encontrar desdichada su suerte y á lamentarse de su pobreza, mala señal, tan mala, que tratándose de cosas como esta, es preciso ir con pies de plomo.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que desde ahora me fiaré muy poco de él.

—¡Cómo! ¿Supone V. que debemos retirarle nuestra confianza?

—Por lo menos, yo, puedo asegurarle que viviré muy prevenido. Ahora comprendo algunas de las palabras que Ricardo dijo refiriéndose á él.

—Hay que fiar tan poco de Ricardo...

—Sin embargo, desde que está en el escritorio, nadie podría decir que había hecho nada malo.

—De todos modos...

—Yo creo que Antonio, sin que él mismo sea capaz de comprenderlo, está rodeado de unos malos compañeros.

—Pero hombre, él, tan morigerado, tan bueno, tan leal, iría de ese modo á rebajarse y envilecerse. No puede ser; digo á V. que no puede ser.

—Y, sin embargo, lo es. Ahora me explico que el otro día, al hacer un pago, de aquella letra de Londres, que creo si no me engaño, que era de diez mil duros, exclamó al ver la cantidad reunida: «¡Qué feliz sería yo con todo esto!»

—¡Demonio! Esas palabras parecen encerrar una advertencia contra nosotros,—exclamó con sobresalto don Romualdo.

—Desde aquel día, empecé á reservarme respecto á él y... Dios me perdone si he pecado mal, pero hasta he cambiado

los botones de la caja. Nadie sabe el mecanismo para abrirla sino yo.

—Ha obrado V. muy cuerdamente. Por más que no creo sea el mal tan grave como parece desprenderse de lo que dice.

—Bueno es que nos pongamos en guardia. Ricardo, por el contrario, desde que viene al escritorio, ha ganado un ciento por ciento.

—Parece muy despejado.

—Mucho, y trabajador. Es una buena adquisición la que hicimos.

—Nada, nada, obre V. en todo como su prudencia y su razón le dicten.

* * *

Ricardo, con sus trabajos de zapa, había conseguido el fin que se proponía, que no era otro, como recordaremos, sino poner en mal á Antonio con los jefes de la casa.

La desconfianza empezaba á germinar en ellos, y en el momento en que el joven lo advirtiese, dado su carácter, era muy posible que sobreviniera una explosión, que era lo que á él le convenía.

Poco á poco el mismo Ricardo la preparó.

Dos días faltaban para el sábado, último de mes, y por consiguiente para la fecha en que debía tener lugar el robo proyectado.

Antonio se retiró á su casa para estudiar, pues los exámenes estaban muy inmediatos.

Ricardo llegó algo más tarde, y al ver á su amigo le dijo:

—Mira, Antonio, deja por un momento los libros, que he de hablar contigo de un asunto muy serio.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Antonio mirando sorprendido á su interlocutor.

—Tú debes tener algún enemigo en casa de don Romualdo.

—¡Yo! Vamos, Ricardo, déjame en paz. ¿Qué enemigos puedo yo tener, cuando con nadie me he disgustado jamás?

—Pues, hijo, yo observo porque te aprecio, y hay alguna cosa que no la comprendo y que me disgusta. Por supuesto, que tú mismo, con esa seriedad y esa especie de ira, con que lo haces todo, también estás dando pie para lo que sucede.

—Pero vamos á ver, ¿qué sucede?

—¿De veras que no te has fijado?

—¿En qué? Acaba de explicarte de una vez, porque no sé que me hacen presumir tus palabras.

—En primer lugar, te han quitado las Cuentas Corrientes que estaban á tu cargo hace ya años.

—Sí, para encargarme de la correspondencia.

—No, por desconfianza, Antonio, por desconfianza.

—¡Ricardo!—exclamó Antonio pálido de vergüenza.—¿Qué desconfianza puede tener nadie de mí, cuando todos saben que soy incapaz de hacer nada que pudiera deshonrarme?

—Entonces, ¿por qué el cajero ha cambiado la cifra de la caja, que tú la conocías, como él, y por lo tanto podías hacer los pagos, aun estando él fuera del escritorio? ¿No has observado que hace días no te han dejado pagar nada?

El golpe fué terrible esta vez.

Antonio recordó entonces que su amigo tenia razón.

—Pero, ¡Dios mío!—exclamó.—¿Quién puede haber hablado mal de mí? ¿Qué hice yo para que así puedan proceder conmigo?

—Te digo todo esto, para que veas la manera de aclarar eso, porque yo lo he observado y me duele que así te juzguen.

—Lo comprendo, pero como yo no tengo más que una mano que escriba, es imposible que pueda dar abasto á todo. Por otra parte, señor don Blas, mi situación en esta casa, hoy ha variado mucho, y precisamente de ello venia á quejarme.

—No sé de qué se pueda V. quejar, cuando si alguno quejoso debía estar aquí, éramos nosotros, que sin comprender la razón estamos sufriendo su constante mala cara, sus distracciones y hasta su misma falta de asiduidad.

—En primer lugar, que saben Vdes. que no estoy todavía restablecido, y en segundo, que cada uno tiene sus motivos de disgusto. En cambio, mis resentimientos son un poco más graves y un poco más justificados, y como V. sabe que yo soy muy franco y no he de ocultar lo que siento, he observado cierta desconfianza, que ni puedo desconocer, ni puedo resignarme con ella.

—No comprendo lo que quiere V. decir, — repuso el cajero.

—Se me ha quitado, sin razón para ello, el negociado que por tantos años he venido desempeñando en esta casa, el de Cuentas Corrientes, que era uno de los de mayor confianza. Además, y como si eso no fuese suficiente todavia, se ha cambiado la cifra de la caja.

—Y eso que tiene de particular. ¿Acaso no soy yo dueño de cambiar esa cifra? ¿Es V. el responsable, ó soy yo?

—Casualidad que no se le ha ocurrido á V. hacer ese cambio hasta ahora, y mucho más sin advertírmelo. como antes lo hacía. Para obrar así, una de dos, ó en la caja ha advertido V. algún desfalco, ó he perdido la confianza por completo.

—¿Le he dicho yo á V. algo? Fuera bueno que esa queja partiera de alguna indicación hecha por mí. He obrado así porque lo he tenido por conveniente.

—Pues de la misma manera tengo derecho para quejarme.

—Está V. en un error; el dependiente nunca puede quejarse de lo que resuelvan sus principales.

—Cuando se hiere el amor propio, cuando se ofende la dignidad, es legítimo ese derecho.

—Vamos, vamos, Antonio; váyase V. á trabajar y no sea tan susceptible. Limítese V. á cumplir con su deber y nada más. No sabía yo que había hecho, sin duda, algún pacto con V. para darle cuenta de cuanto hacía y por qué lo hacía. Cuando obro así, será porque habré recibido órdenes para ello y me parece que no tendrá V. el atrevimiento de ir á preguntarle á don Romualdo, porque obra en su casa como le da la gana.

Antonio, como se comprenderá muy bien, salió del despacho del cajero profundamente disgustado.

Desde luego que adivinaba que alguna prevención había contra él.

¿Pero de qué nacía? ¿Quién había sido el autor de ella?

Contrariado y nervioso estuvo todo el día, y de su disgusto, tuvo necesariamente que resentirse el trabajo.

* * *

Don Romualdo supo por el cajero la conversación que había mediado con Antonio.

—Este chico se ha echado á perder, no tiene remedio,—dijo el banquero.—¡Quién lo había de decir! Tan bueno como era antes...

—Las malas compañías á veces, extravían á muchachos que no pensaban siquiera en hacer ciertas cosas.

—Sin embargo, mire V. á Ricardo, como á pesar de su conducta anterior, ha cambiado por completo.

Estuvo hasta las once, y cuando él se marchó, dijo Manuela al cajero:

—Don Blas, yo también me voy á acostar, cerraré la puerta de comunicación, y V. cuando se marche, llama á Juan para que cierre.

—Sí, sí, anda, que á mí no me hacéis falta ninguna. Echa la barra á la puerta que da el portal.

Ricardo y el cajero se quedaron solos.

A las doce, un ligero rumor llamó la atención de Ricardo, que dijo:

—¿A oído V., don Blas?

—¿Qué?—preguntó éste que estaba absorto en las sumas que estaba haciendo.

—Me había parecido oir un pequeño rumor.

—Será Juan que se habrá levantado para ver si nos vamos. Para rato lleva.

—Yo voy á ver...

—No sea V. niño, hombre; el vigilante debe estar cerca de la puerta, y después, tenemos echada la barra á la de aquí.

—De todos modos, veamos.

—Haga V. lo que quiera y déjeme, que esta maldita suma me tiene ya mareado.

Y el cajero volvió á engolfarse en la operación que practicaba.

Ricardo salió del despacho.

En el escritorio inmediato estaban ya esperando los tres cómplices del miserable.

Ricardo se puso otra americana, se cubrió el rostro con un pedazo de tul negro que le dió Manuela, y sacando un puñal avanzó, invitando á sus amigos que le siguieran.

Al rumor que produjo su entrada, alzó el banquero la cabeza.

Y al vèr aquellos hombres, trató de incorporarse diciendo:

—¡Qué es esto!

* * *

Pero no tuvo tiempo de añadir otra palabra.

Ricardo cayó sobre él, echándole mano al cuello y amenazándole con el puñal.

Don Blas pretendió resistirse y en un movimiento que hizo su mano, arrancó el tul que cubría el rostro de su dependiente.

—¡Ricardo!—exclamó con un acento indescribible.

—¡Maldición!—exclamó éste.—¡Estoy perdido!

—Mátale,—dijo *el Grabat.*

Manuela, que estaba en la puerta del despacho mirando hacia el exterior, repuso:

—¡No, no!

Pero su indicación llegó tarde.

Ricardo, viéndose comprometido, apretó con todas sus fuerzas el cuello del cajero.

La estrangulación fué completa.

—¿Qué has hecho?—exclamó Manuela, precipitándose sobre el cajero, al ver que su cabeza caía sobre el respaldo del sillón.

—Ahora hay que atar á los criados, — dijo Ricardo con voz sorda.

—Guía tú,—dijo *el Grabat* á Manuela.

—¡Qué desgracia!—exclamaba ésta.—¡Si yo lo hubiera sabido!

—Ahora ya no es cuestión de lamentaciones,—dijo *el Aragonés.*—Asegurémonos de los otros.

Manuela fué guiando á los ladrones.

Los otros dos criados, sorprendidos, en medio de su sueño, fueron agarrotados sin compasión alguna.

Hecho esto, volvieron todos al despacho.

La caja fué saqueada, hiciéronse allí mismo las particiones, y Ricardo, cogiendo lo que le tocaba, se dirigió al escritorio y en un sitio que él ya tenía preparado de antemano entre unos legajos de correspondencia de años anteriores, que sabía muy bien no se tocaban jamás, guardó los billetes que le habían correspondido, porque toda su parte se la reservó en papel.

Hecho esto, se reunió con sus compañeros, á quien les dijo:

—Ahora atadme á mi también y ponedme la mordaza.

—¡Ah, tuno! No quieres perder la ganga,—dijo *el Grabat*.

—Conmigo habéis de hacer lo mismo,— añadió Manuela.

El Grabat y sus compañeros hicieron lo que se les había dicho, y media hora después abandonaban el despacho, adoptando todas las precauciones consiguientes para evitar que les viera el vigilante.



CAPITULO LXXII

El inocente

Más de una hora habia pasado, cuando el vigilante, al empujar la puerta de la calle, observó que estaba entornada.

Entró en el portal, y vió también que la que comunicaba con la del despacho, estaba abierta.

Sorprendido por aquel suceso, llamó al cajero y no tuvo otra respuesta que una especie de gemido que le obligó á entrar precipitadamente en el despacho, tropezando con el cuerpo de Manuela.

Ante esto volvió á salir á la calle, pidió auxilio é inmediatamente acudieron los agentes de la autoridad, produciéndose, como es consiguiente, la mayor alarma entre el vecindario.

Manuela fingió estar desmayada, de un modo tan admirable, que engañó á todo el mundo.

Los demás criados, que habían sido sorprendidos en medio de su sueño, nada pudieron decir.

La importancia de las declaraciones, estaba en Ricardo.

Pero era tan lamentable su estado, parecía tan inminente una congestión, que los médicos á quienes se envió á llamar, dijeron que por el momento, al menos, no era prudente someterlo á un interrogatorio.

Manuela, cuando pudo hablar, manifestó que nada sabía, si no que había entrado en el despacho á decir al cajero, como de costumbre cuando éste se quedaba á trabajar, que iba á retirarse y que después saldría el criado para cerrar la puerta cuando él se marchara, cuando al llegar al sitio donde la encontraron, sintióse violentamente cogida por la espalda, á la par que una mano se apoyaba sobre su boca impidiéndola gritar; que la ataron fuertemente, le pusieron una mordaza y se desmayó de terror permaneciendo de aquel modo largo rato.

Cuando volvió en sí, nada oyó, ningún rumor llegó á sus oídos, hasta que por fin escuchó la voz del vigilante, haciendo esfuerzos desesperados para contestar á su llamamiento.

Excusado es decir, que el cadáver del pobre cajero fué conducido al depósito, que se avisó inmediatamente á don Romualdo y que el Juzgado procedió á la detención de todos los dependientes de la casa.

* * *

Antonio contestó al interrogatorio, diciendo la hora á que había salido del despacho, y las dos personas que en él habían quedado.

La declaración que se esperaba con impaciencia, porque realmente había de ser la importante, era la de Ricardo.

Esta declaración fué un modelo de maldad y de hipocresía.

Indicó que su compañero Antonio había estado trabajando hasta las once; que cuando se quedaron solos el cajero y él, estuvieron ocupándose de una pequeña disputa que habían tenido aquel día Antonio y el difunto, quejándose aquél por haber cambiado las cifras de la caja y alguna otra cuestión puramente de escritorio.

Que atareados en su trabajo, les pareció percibir ligero rumor en el escritorio, pero que no hicieron caso, creyendo que sería la criada que, poco antes había entrado á decir que se iba á acostar.

Que de pronto, se le echaron encima dos hombres, con los cuales empezó á forcejear, al mismo tiempo que otros dos, de los cuales, uno llevaba un paño negro en la cara para evitar sin duda que le conociesen, se arrojaron sobre el cajero. Éste también trató de defenderse, y en la lucha, ó se le cayó ó le arrancó el lienzo al enmascarado, lanzando el cajero una exclamación de asombro, al reconocerle sin duda.

Que oyó á uno de los ladrones que decia: «¡Mátale!» Y ya desde aquel momento no supo nada más, porque en su lucha con los que pretendían sujetarle, recibió un golpe en la cabeza que le hizo perder el sentido.

Y, efectivamente, mostraba en la cabeza una contusión, que él mismo se la había hecho.

Como se comprenderá muy bien, esta declaración era terrible, porque demostraba que, cuando menos, uno de los ladrones era conocido de la casa.



Al interrogar á don Romualdo respecto á si sospechaba de alguno de sus dependientes, la contestación fué nega-

tiva; pero, poco á poco, preguntándole el juez por aquel dependiente que, según revelación de Ricardo, estaba tan resentido con el cajero por lo que le había hecho, manifestó el cambio que había observado en su conducta desde hacía algún tiempo.

Todo esto eran presunciones terribles respecto á Antonio, cuya sorpresa y cuyo dolor no conocieron límites, al saber que su detención se convertía en prisión y que quedaba incomunicado.

—¡Dios mío!—exclamó el joven.—¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué se obra conmigo de este modo? ¿Qué motivo pude yo dar para esto?

Al tomarle declaración, el juez, con una habilidad extraordinaria, fué haciendo resaltar la conducta que venía observando desde algún tiempo antes, y aquella especie de capítulo de cargos que había hecho al cajero, por el cambio de cifra en la caja.

La confusión del joven fué extraordinaria, y tan perceptible su turbación, que dió por resultado, que la autoridad sospechara si él podría haber sido el autor del incalificable hecho.

Y esta sospecha fué adquiriendo fuerza en las declaraciones subsiguientes.

Porque todos sus amigos, sus compañeros de hospedaje, hasta su mismo tío, estuvieron conformes en que desde hacía algunos meses, Antonio parecía otro.

Siempre preocupado, siempre triste, revelando en sus frases amargura y dolor, y aun cuando todos le creían incapaz de realizar un crimen de aquella naturaleza, era la verdad que sus mismas frases le estaban perjudicando grandemente.

El mismo banquero llegó á dudar.

*
* *

En cambio, ni su mujer, ni su hija, dudaron un instante. Doña Pilar fué la primera en decir, apenas su marido se lo indicó:

—No, Antonio es incapaz de una cosa así.

—Dices bien, mamá,—añadió Carmen, llorando amargamente.—Parece imposible que papá haya consentido en que prevaleciera una sospecha de tal naturaleza.

—Pero ¿qué quieres que haga yo, hija mía, si Ricardo dice, que sin duda el pobre Blas hubo de reconocer en el ladrón que le tenía cogido, á una persona conocida?

—Ricardo miente,—repuso la joven con violencia.—No sé cómo os habéis podido fiar de él, sabiendo lo que ha sido.

—Vaya, vaya, Carmen, no digas semejante cosa; las simpatías que puedes tener por Antonio, no deben hacerte injusta hasta ese extremo. Yo no te diré que Antonio haya sido el autor de eso, pero tampoco puedo consentir que se dude de la bondad de Ricardo.

—Mira, Romualdo,—añadió doña Pilar,—es necesario, y en esto darás una prueba de que realmente quieres á Antonio, que procures reparar todas las sospechas de la autoridad, respecto á él. Pudiste recordar que á él debes la vida de tu hija.

—Si se tratara únicamente del robo de que he sido víctima, maldito si me acordaría ya de esa cantidad, por más que no es una friolera. Pero aquí hay más que eso. Hay la muerte del pobre Blas que está pidiendo venganza.

—¿Y acaso de ese crimen crees capaz á Antonio?

—¡Papá, mira que eso sería horrible!—dijo Carmen, sollozando amargamente.

—Nunca creí que pudieras obrar de ese modo.

—Pero, ¡queréis dejarme en paz, tú con tus lloriqueos y tu madre con sus censuras! ¿He dicho yo nada que le pueda perjudicar? ¿Le he acusado de algo? Si el juez encuentra motivos ó no los encuentra, ¿tengo yo la culpa? ¿A qué venís haciéndome cargos, cuando por tantos estilos soy el perjudicado?

—Yo no te digo que hagas nada en contra de Antonio. Pero el no hacer nada en favor suyo, es desde luego ir en su contra.

—Vaya, dejadme en paz.

—¿Sabes tú lo que haría en tu caso?—dijo Carmen.

—Vamos á ver, ¿qué?

—Despedir á Ricardo, mejor dicho, despedir á toda la dependencia.

—¿Y qué motivos me ha dado ninguno?

—Es verdad. A tí no te ha dado motivos nadie más que el pobre Antonio, que por poco pierde la vida, después de haber salvado la mía.

* * *

Don Romualdo no quiso escuchar más, y se separó de su mujer y de su hija.

Nada quiso hacer en favor de Antonio.

Limitábase á no acusar, pero tampoco intercedía en su favor.

Mas el tío del joven, que no podía consentir que su sobrino fuera víctima de tan injusta acusación, comenzó á moverse, demostró lo que hasta entonces no se le había ocurrido á su sobrino, que era probar que desde las once y cuarto que entró en su casa al salir del escritorio, había permanecido en ella, hasta que fueron á prenderle, y, por lo tanto, no podía ser él la persona á quien había reconocido el cajero

A pesar de esto, todavía costó algún trabajo obtener la excarcelación del joven.

La autoridad necesitaba una presa y, á falta de otra, no quería soltar la que tenía cogida.

De estos errores, de estas creencias, basadas á veces en coincidencias extrañas, ó en apariencias más ó menos casuales, registranse algunos casos en los anales jurídicos.

Concedíase ya, que Antonio no hubiese sido el autor material del hecho; pero, ¿por qué se había resentido entonces con el cajero, porque cambiara la cifra de la cerradura de la caja? ¿Qué interés tenía él en ello?

¿No podía ser aquella preocupación y aquel cambio tan radical en su existencia, hijo de la idea de realizar el robo?

El juez creía esto muy posible, y todos sus esfuerzos iban dirigidos, ó bien á que revelara quiénes eran sus cómplices, ó bien á ver si les podía coger.

Pero lo mismo *el Grabat* que sus compañeros, se habían marchado de Barcelona, y Ricardo y Manuela eran sobradamente astutos para dejar traslucir lo más mínimo.

De aquí, que del misterio en que se hallaba envuelto aquel suceso, la justicia, creyendo tener un cabo en la mano, se resistía tenazmente á desprenderse de él.

Y fué necesario toda la influencia del tío de Antonio, que el joven cayese gravemente enfermo, que se demostrase hasta la saciedad que no frecuentaba malas compañías, ni que se había observado desarreglo en sus costumbres, para que finalmente se le pusiera en libertad.



CAPITULO LXXIII

Triunfo del inocente

Antonio fué trasladado á su casa en un estado que inspiraba compasión.

Doña Pilar, rogó á su esposo que fuese á verle, pero éste se negó en absoluto.

Ricardo continuaba en su escritorio, del mismo modo que Manuela estaba á su servicio, y ni al uno ni á la otra, les convenía que el joven volviese á entrar en la casa.

No era tampoco que Antonio lo pretendiese.

La herida que había recibido ya, era de tal naturaleza, que difícilmente se le podia cicatrizar, con mayor motivo, viendo la apatía demostrada por su principal, hacia él.

Doña Pilar, lo mismo que su hija, estaban indignadas por el proceder de don Romualdo, y Carmen rogó á su madre que ya que el banquero no quería ir á verle, fuera ella.

Hízolo así la esposa de don Romualdo, y al verla el joven ›n su habitación, casi inconscientemente, cediendo tan sólo i la voz de su corazón, le preguntó:

—¿Y Carmen?

Pero después, avergonzado de haber cedido á aquel primer impulso, dijo:

—Dispénseme V., señora; no debía preguntar por Carnen desde el momento en que me han juzgado Vdes. indigno de seguir disfrutando de la consideración que me habian concedido.

—No diga V. eso, Antonio; lo mismo mi hija que yo no emos cesado un momento de profesarle la estimación á que e había V. hecho tan acreedor. Las circunstancias, mucho nás fuertes que nuestra voluntad, han creado una situación rriblemente violenta para todos, pero jamás, y cónstele á sted de una vez para siempre, que ni mi hija ni yo, hemos udado de V.

—¡Oh, gracias!—exclamó Antonio lleno de alegría.—No uede V. imaginarse, dado el estado en que yo me enuentro, todo el inmenso valor que tienen sus palabras. Muo se ha cebado en mí la desgracia, y no acierto á comender lo que yo hice, para que con tal rigor me castigue.

—No se preocupe V. por eso, Antonio, lo que importa es ıe se ponga V. bueno cuanto antes.

—¿Para qué, señora? ¿Qué puede importar á nadie mi lud, ni qué aspiración puedo tener, después de lo que ha ısado?

—¡Qué aspiración puede V. tener! Volver á ocupar su ıesto como antes.

—¡Imposible!—repuso el joven con voz resuelta.—Hay go poderosísimo, algo que no se puede compensar, que me ıpide y me impedirá siempre volver á considerar la casa

de V. como la habia considerado hasta ahora. Hay sobre mi una mancha que don Romualdo no me ha quitado, ni n. quitará, y en las condiciones en que yo me encuentro hoy, comprenda V. que ni su esposo de V. volvería á admitirm en su casa, ni yo tampoco lo intentaré.

La madre de Carmen comprendió la justicia encerrada en las palabras del joven, y no pudo menos de afligirse comprendiendo lo que iba á sufrir su hija, cuyo amor había comprendido y que ella misma habia alentado.

*
* *

Cuando llegó á su casa y tuvo ocasión de hablar con su marido, le dijo:

—¿Sabes dónde he estado hoy?

—¿Dónde?

—A ver á Antonio.

—Mal hecho,—contestó don Romualdo frunciendo el entrecejo,—debieras haberme consultado antes de tomar est resolución.

—¡Mal hecho!—contestó doña Pilar mirando fijamente á su marido.—¡Mal hecho que haya ido á ver á la persona que salvó á tu hija, y que está siendo víctima de una acusación injusta!

—¡Injusta, injusta!—murmuró el banquero.—Eso es que está por ver.

—Mira, Romualdo; me duele verte tan apasionado, t que siempre fuiste modelo de imparcialidad y de justicia. Antonio ha demostrado dónde estaba, precisamente en los momentos en que tenía lugar la catástrofe que tanto deploramos. Antonio tenía en su abono, además, una porción de años de irreprochable conducta en esta casa, quería es-

traordinariamente al pobre don Blas, conforme nos quería á todos, y es muy extraño, pero muchísimo, que nada de esto haya pesado en tu ánimo, para juzgarle del modo que lo has hecho.

—Si tú hubieses oído á Ricardo no hace mucho, y eso que siempre le ha defendido y le defiende...

—Mira, Romualdo, no me hables del tal Ricardo, porque si me hubieses creído, hace tiempo que estaría ya fuera de casa.

—Pero ¿por qué?

—No puedo explicártelo, pero ya sabes que no me ha gustado nunca, y mucho menos después de lo ocurrido.

—Ahí tienes lo injustas que sois las mujeres. En su vida me ha dicho Ricardo nada referente á Antonio, por el contrario, se ha lamentado de los malos amigos que tenía; hoy mismo me ha dicho que le había visto con uno, algunas veces antes de que sucediera eso, que él había oído decir que era un timador de profesión; ya tú ves que honra es esa, ni para él ni para nadie. ¡Quién te dice que ese ú otro, no tomó noticias de Antonio, de las costumbres de la casa, de las personas que aquí quedaban en esos días de trabajo extraordinario, y aquél, con arreglo á esos informes, formó el plan que en perjuicio de todos se realizó después! Desengáñate, que tanto se peca por ser un malvado como por cometer ligerezas de ese género.

Doña Pilar no creyó conveniente, por el momento al menos, seguir la opinión de su marido; pero lo mismo ella que su hija, y ésta especialmente, presintieron que el verdadero enemigo que Antonio tenía en aquella casa, era Ricardo.

Antonio recibió alguna otra visita de la esposa de su principal, y aun cuando lentamente, fué restableciéndose.

*
* *

Durante este período, el proceso, en averiguación de los autores del robo y asesinato cometido en casa del banquero, tuvo que sobreseerse, y cuando esto sucedió, Ricardo encontró ocasión para decir á Manuela:

—Ahora ya estamos salvados.

Orgulloso con el triunfo que había alcanzado, y con la predilección que don Romualdo le manifestaba, creyóse ya en camino para el verdadero logro de sus deseos.

Y creyendo que su principal no opondría obstáculos á sus aspiraciones, se atrevió á declarar su amor á Carmen.

El horror que la joven experimentó al escuchar las palabras de aquel hombre, fué extraordinario, y la mirada que le dirigió la mejor contestación que podía darle.

Nada más le dijo.

Ricardo devoró la afrenta y dijo cuando estuvo solo:

—Yo te aseguro que te has de acordar de esto que has hecho.

Pero precisamente quien debía acordarse era él.

Porque Carmen, indignada, reveló á su padre lo que había pasado, diciéndole al mismo tiempo:

—Papá, supongo que no consentirás que ese muchacho permanezca por más tiempo en casa. Nunca me había gustado, pero ahora, después de lo ocurrido, se ha hecho doblemente imposible su presencia.

A su vez, doña Pilar tomó también con empeño aquel asunto, y Ricardo, cuando menos lo podía esperar, se encontró despedido.

Y no fué esto lo peor, sino que á los muy pocos días Manuela, la cómplice con quien él contaba para los proyectos que había concebido, salió también de la casa.

Así se pasó algún tiempo. Ricardo se gastó alegremente el dinero que habia tomado, á costa de la vida del infeliz D. Blas.

Manuela permaneció algunos días sin buscar casa; depositó en la Caja de Ahorros el dinero que le había tocado también, y los dos miserables creíanse por completo á cubierto de toda responsabilidad.

Antonio, con la salud profundamente quebrantada y sin ánimo para presentarse á buscar colocación alguna, dedicábase con ardor extraordinario á la terminación de sus estudios, merced á los pequeños socorros que le daba su tío y á los más escasos que podía darle su familia.

Entre el pesar que experimentaba por la pérdida del amor de Carmen y el exceso de estudio, aumentaba su mismo mal, y precisamente por entonces fué cuando Ricardo, llamado por Marcelino, entró á formar parte del personal de aquella falsa notaría.

Reconocido por don Melitón, según hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, y conducido á la cárcel, ya manifestamos también, que él había contribuido en gran manera, para descubrir la estafa hecha al prestamista, con la firma falsificada del marqués de la Pinada.



Ricardo, complicado ya en esta causa, permanecía en la cárcel, cuando un día llevaron á ella á *el Grabat* y *el Aragonés*, cogidos en el acto de realizar un *timo*, á un pobre forastero.

Los dos individuos que ya sabían lo que era la cárcel, y que eran muy conocidos en ella, supieron que estaba allí Ricardo y á él se dirigieron pidiéndole socorro, ó cuando menos, que les pagase una habitación como la que él tenía.

Excusóse Ricardo, insistieron los otros, concluyó éste por

no contestarles, y lo que sucede entre gentes de esa ralea, resolvieron vengarse.

En su consecuencia, un dia, casualmente cuando concluía don Romualdo de tener una discusión con su mujer respecto á Antonio, defendiéndole ella y acusándole él, le llevaron una carta que acababa de recibirse por el correo interior.

Aquella carta era un anónimo, pero en él se le decía que el verdadero autor del robo verificado en su casa algunos meses antes, y por efecto del cual había sido estrangulado el cajero, era Ricardo, el cual, de común acuerdo con Manuela, había llamado á tres amigos suyos para realizar el hecho.

Le añadian, que á la sazón estaba en la cárcel por otro delito de estafa.

Pueden juzgar nuestros lectores, el efecto que la lectura de semejante anónimo, haría en el banquero y en su familia.

Inmediatamente fué aquella carta á poder del juez.

Se procedió á la busca y captura de Manuela, y tan acertadas fueron las diligencias que se practicaron, y con tanta actividad y tanto sigilo se realizó todo, que cuando Ricardo se encontró frente á frente con la criada, en el careo que oportunamente habia ordenado el juez, apenas si tuvo valor para rechazar las violentas acusaciones de que fué objeto.

El mismo juez, á quien había costado trabajo reconocer la inculpabilidad de Antonio, no tuvo otro remedio sino confesar su error.

En el mismo caso y con mayor motivo todavía, estaba don Romualdo.

Cuando su mujer le reprochó por la confianza que le había dispensado á Ricardo y lo injusto que estuvo con el pobre Antonio, no pudo menos de decir:

—Tienes razón, mujer, estuve obcecado de un modo que no me perdonaré jamás.

—¡Ay, papá!—le dijo Carmen.—¡Cuánto me has hecho sufrir! Nuestro corazón no nos engañó desde el primer momento. ¿Qué piensas hacer ahora con Antonio?

Y anhelante esperaba la joven la respuesta de su padre. Éste nada le dijo por el momento; pero dos dias después, él mismo fué á buscar á Antonio y le condujo á su casa.

. . . .

Algunos meses más tarde, y cuando el joven hubo terminado su carrera, le concedió la mano de su hija.





CAPITULO LXXIV

Preparativos de un timo

Vaya, vaya, Marcelino,—decia Ramón á su amigo, algún tiempo después de los sucesos anteriores,—es menester que hagamos algo.

—Ya se ve que sí,—añadia Rosalia.—«Molino parado, no hace faena», y para algo dió Dios el *pesqui* á las personas.

—¡Qué! ¿Estamos ya mal de fondos?

—No, señor. Ni por pienso. ¿Pues que se cree V. que aquí somos algunos gastadores sin substancia? Lo que yo le he dicho siempre á Ramón: el mejor amigo en este mundo, es un duro, y el día en que no lo tengas, todos te volverán la espalda. Por lo tanto, si tienes tres, gasta dos, pero guarda uno siempre, y gracias á Dios, nunca nos faltan un par de onzas en la cómoda, para atender á cualquier cosa.

—Muy bien hecho. Así hasta pueden emprenderse los negocios con mayor desahogo.

—Pues ya puede V. pensar uno.

—Sobre todo,—dijo Rosalía,—que no haya exposición ¿eh? porque sería muy triste que por ganar uno, fuéramos á exponernos á perder cuatro.

—¡Ya lo creo! Tampoco quiero yo exponerme á que me pongan á la *sombra*, cuando tanto me gusta disfrutar del sol.

—Por lo mismo,—dijo Ramón,—es preciso que discurramos alguna cosa de efecto, y si puede ser, para realizarla lejos de aquí.

—Justamente, eso es lo que yo he pensado también. En Barcelona, andan ya un poco escamados y es menester dejarles que recobren la confianza. Yo tengo pensado un *timo*, pero requiere mucha prudencia y algún conocimiento.

—Pues vaya V. diciendo.

—¿Conoce V. á alguien en Jerez?

—No, señor.

—Yo sí,—repuso Rosalía.—Conozco á un cosechero, muy rico, que se llama D. Cándido Plaza. Más veces le he visto en Sevilla cuando yo cantaba y... ¿Qué? ¿Se le ha de pedir algo?

—Puede que sí.

—Entonces...

—Pero lo que se le pida se le ha de pagar religiosamente. No es él quien ha de recibir el *timo*.

—Pues, ¿quién entonces?

—El Banco ó cualquier otra casa de banca.

—Malo, Marcelino, malo. ¡Buena gente está la del Banco!

—La mejor, cuando uno sabe manejarla. Lo mismo me dá que sea el Banco que una casa de cambio. La cuestión está en saber hacer las cosas.

—Pero, vamos á ver, hombre. ¿Qué es eso que V. ha pensado?

—Precisamente hacer una operación de quince á veinte mil pesetas.

—Mientras tenga probabilidades de buen resultado...

—Yo espero que sí. Es un asunto que lo he pensado un poco, y me parece que no es de difícil ejecución.

—Pues eche V. por esa boca,—dijo Rosalía,—que por nosotros no ha de quedar.

Largo tiempo llevóse Marcelino hablando con sus amigos y explicándoles lo que pretendía hacer.

Sin duda debió ser del agrado de sus oyentes, porque palmoteando Rosalía, decía poco después:

—Pero si eso es lo más fácil del mundo. Yo me creí otra cosa.

* * *

Al día siguiente, Marcelino marchaba á Jerez.

Aquel hombre tomaba las apariencias que mejor le convenían y poseía ese tecnicismo especial á propósito para cada una de las profesiones que quería representar.

Al cabo de ocho días estaba de regreso en Barcelona, diciéndole á Ramón:

—Ya tenemos hecho la mitad del negocio. Ahora sólo falta correr el vino, que podemos darlo á unos precios sumamente baratos, porque como he comprado al contado, he obtenido beneficio, y como ahora el mercado de vinos está bastante encalmado y se trataba de buenas partidas, he podido obtener ventaja. Lo que importa es la venta.

—No, lo que importa es que se quede todo en una mano, que de ese modo se nos facilitaría más el negocio.

—Pues, nada, nada, á correr.

—De manera,—dijo Rosalía,—que tampoco les sirvo á ustedes para nada en este asunto.

—Tampoco, hija, es cuestión exclusivamente nuestra.

Por espacio de tres ó cuatro días estuvieron Marcelino y Ramón corriendo los vinos.

Efectivamente, las proposiciones que hacían eran sumamente ventajosas.

Marcelino se había traído de Jerez cuatro ó cinco cajas, mientras llegaba el resto del gran pedido, y como las clases eran buenas y ventajosas las condiciones de venta, resultó que cuando llegó la remesa estaba vendida ya en una sola mano, precisamente como había querido el mismo Marcelino.

Un gran almacenista de vinos, compró toda la partida, cuyo importe ascendía á tres mil quinientos duros.

—¿Cuándo quiere V. el dinero?—preguntó el almacenista.

—Me convendría más que todo, papel sobre Cádiz.

—Lo mismo me dá.

—En ese caso, deme V. una ó dos letras.

Efectivamente, Marcelino, al nombre que había dado, que era el de Manuel García, recibió una letra para una gran casa de banca de Cádiz.

La letra iba á quince días vista.

—¡Ea!—dijo Marcelino á Ramón cuando tuvo ya la letra en su poder. Ha llegando el momento de obrar.

—¿Cuándo marchamos?

—En seguida.

—¡Válgame María Santísima!—exclamó Rosalía.—Y que ganitas tengo ya de verme en la *tierresita de María Santísima*. ¡Jesús! y cuando yo me vea en Triana, porque yo supongo, niño,—proseguía dirigiéndose á Ramón,—que me dejarás

estar aunque no sea más que un par de dias en Sevilla, ¿no es verdad?

—Sí, mujer, todos los que quieras.

—Que Dios te bendiga por lo bueno que eres, *resalaisimo*. Y á V. también le doy las gracias, don Marcelino. Si tenia yo unas ganas de ir á mi tierra...

—Pues mañana nos iremos.

*
* *

Cuatro días después de esto, Marcelino, Rosalía y Ramón llegaban á Sevilla.

—Mira, Rosalía, tú te vas á quedar aquí unos cuantos días puesto que tienes familia; pero mucho cuidado con la lengua, porque la menor palabra nos podría comprometer.

—¡Pero quieres callarte! No tengas cuidado, que mis labios son un *candao* del cual sólo tú tienes la llave. Puedes irte tranquilo, que tu *chachi* no ha de hacerte traición.

—Pues en eso confío.

—Mejor dicho,—añadió Marcelino,—en eso confiamos.

Rosalía se dirigió al barrio de Triana, donde había nacido y donde tenía algunos parientes, y los dos hombres marcharon á Cádiz á hacer efectiva la letra que les dieron en Barcelona.

Perfectamente disfrazados, lo mismo Marcelino que Ramón, provistos cada uno de los documentos que necesitaban para acreditar su personalidad, fueron á parar á una de las fondas de Cádiz.

*
* *

Al día siguiente, Marcelino se presentó en la casa del banquero á cargo de quien estaba la letra.

No hubo inconveniente alguno en poner la aceptación para su vencimiento.

—Dígame V.,—preguntó al cajero,—si yo tuviera necesidad de fondos antes del vencimiento, porque quizás me convenga para mis negocios, marchar á Sevilla ó á Málaga, ¿querrían Vdes. descontarme la letra? Pagando, por supuesto, el descuento que se acordara.

—Ya verá V., la casa no hace operaciones de ese género, pero en fin, yo se lo preguntaré al principal, y lo que él me diga, eso haré.

—Hombre, es que yo quisiera contar con esa seguridad.

—Ya he dicho á V. que no acostumbramos á hacerlo, pero en fin, si tanto le urge, casas hay en Cádiz donde podrá verificar esa operación, máxime estando ya la letra aceptada.

—En fin, veremos.

—De todas maneras, pásese V. por aquí, mañana, y podré decirle lo que me haya contestado mi principal.

—Perfectamente.

Volvió Marcelino y le dijo el cajero:

—Hablé con el principal y me contestó lo que ya le había dicho á V., que hasta su vencimiento no tiene obligación alguna.

—No, si ya lo sé, que como obligación no es; aquí se trata de un favor.

—Lo siente mucho, y yo también, pero no es posible.

—Usted dispense.

—Es una operación que con facilidad podrá V. realizarla en cualquier casa de cambio, en el mismo Banco...

—No tendré otro remedio.

—De todas maneras y para que vea V. si quiero complacerle, volveré á insistir.

—Hombre, si como que yo supongo, el descuento no ha de ser crecido, me alegraría poderlo arreglar aqui, mejor que en ninguna otra parte.

—Hoy, cuando he hablado con mi principal, estaba muy preocupado con unas subastas y no era el momento más á propósito para tratar de esto, pero veré de aprovechar una ocasión. Tenga V. la bondad de venir mañana.

Cuando Marcelino abandonó la casa del banquero, dijo á Ramón que estaba esperándole á corta distancia:

—Me parece que ya tenemos hecho el negocio.

—¡Hombre, muy felices se las promete V.! Yo, sin embargo, lo veo algo turbio.

—El banquero aceptará.

—¿Pero y después?

—Después ya veremos,—contestó sonriéndose Marcelino.

*
* *

A las primeras horas de la mañana del siguiente día, Marcelino dijo á su compañero:

—Ahora vamos á dar el paso complementario; si sale bien, como espero, hemos hecho la nuestra.

Y se dirigió resueltamente á una casa de cambio, donde expuso su propósito.

—Si la letra está aceptada y es una buena firma, no ofrece dificultad alguna la operación.

—Vea V. la letra.

Y mostró la que dos días antes había firmado el banquero, á cuya orden estaba el documento.

—¡Oh! Desde luego que con esta firma puede V. contar con el dinero cuando le haga falta. Pero lo que me extraña es que en la misma casa no se la hayan descontado á V.

—Ya lo hubieran hecho, pero la cuestión está que á mi no me conviene el descuento.

—Eso es otra cosa. No crea V. que aqui será mucho menos, que en la casa de este señor.

—Que quiere V. que le diga; preferiría pagarlo aquí ó en otro sitio y no pagárselo á él, porque vamos, por unos cuantos dias que tenga que perder, lo que él me exige...

—Sí, señor, es violento, yo lo comprendo; pero á veces cuando uno necesita el dinero...

—No se puede reparar en el precio, es verdad. ¿Cuánto me llevarían Vdes.?

El cambista le indicó el descuento á que haria la operación, contestándole Marcelino:

—Ya verá V., en el caso de que me convenga realizar antes de esa fecha, cuente V. que vendré aquí. No sé, si realmente para mis asuntos, me hará falta la cantidad en cuestión.

—Pues cuando V. guste, ya sabe dónde tiene su casa y las condiciones. Yo supongo que traerá su cédula de vecindad.

—¡Ya lo creo! Mire V.

Y Marcelino se apresuró á sacar de la cartera el documento indicado.

—No hay necesidad,—dijo el cambista á la par que repasaba la cédula, devolviéndosela después á su dueño.

Éste salió de la casa de cambio, diciendo:

—Ahora ya está hecho.

Y se fué á casa del banquero á quien la letra iba dirigida.

Al verle el cajero, le dijo:

—Vamos, no dirá V. que no hice todo cuanto pude.

—¿Con resultado?

—Sí, señor. Si le hace á V. falta dinero antes del vencimiento, traiga la letra y la descontaremos.

—¿A qué tipo?

Se lo dijo el cajero, y Marcelino exclamó:

—¡Pero, hombre, por Dios, eso es muy crecido, y siendo en su misma casa de V.!

—Qué quiere V., no podemos hacerlo de otro modo.

—Pues me parece que lo encontraré más barato.

—Dueño es V. de verlo. Lo que es aquí, cuando V. quiera podemos realizar la operación, pero siempre ha de ser, bajo la base indicada. Supongo que traerá V. su cédula de vecindad.

—Sí, señor, nunca voy sin ella.

Y lo mismo que había hecho con el cambista, exhibió al cajero la cédula de vecindad.

Aquella tarde, paseándose con Ramón, le dijo:

—Pasado mañana sale para Gibraltar el vapor «Endimión», puede V. ir y tomar pasaje para los dos, pero con los nombres que tenemos acordados.

—¿Tanta seguridad tiene V.?

—El vapor sale á la una, y á las once habremos cobrado las dos letras.

Ramón contempló asombrado á su compañero, diciéndole después:

—¡Cuidado, Marcelino!

—¿Usted ha conocido cuál de las dos letras es la buena y la falsa?

—No, señor,—contestó ingénuamente Ramón.

—Pues lo mismo les sucederá á los demás.

—De todas maneras, me parece que eso es caminar muy deprisa, amigo mío.

—No lo crea V.

—Pero hombre, aun cuando cobre, ¿por qué esa precipiación.?

—En los negocios es necesario no descuidar nada.

—¿Pero qué descuido puede haber?

—Lo imprevisto; lo que uno jamás se imagina y que generalmente es lo que descompone los negocios mejor pensalos. Nada, nada, lo que le he dicho; recogido el dinero, a bordo.





CAPITULO LXXV

Todos los pícaros tienen suerte

Con toda intención Marcelino dejó pasar el siguiente día, sin presentarse ni en casa del banquero ni en la del cambista.

Dejóse ver en el muelle, como si tratara de hacer alguna compra, y al inmediato día se dirigió á casa del banquero, diciendo al cajero:

—Vaya, vaya, no tengo más remedio si no hacer dinero. He comprado algunos géneros y he de pagar, porque no me gusta dejar nada pendiente tras de mí.

—Hace V. bien. ¿Ha visto V. en alguna otra casa si le hacían menos descuento?

—Sí, señor; estuve en una, pero ¡qué demonio! prefiero que se lo lleven Vds.

—Aquí vinieron á preguntar si teníamos aviso de una letra de Barcelona.

—Si, sí, no le digo á V. que di algún paso en ese sentido.

—Yo me creí, francamente, que ya había V. realizado la operación.

—No, si no lo hubiese hecho tampoco, á no ocurrir lo que le he dicho. Tengo que hacer algún pago, no me desagrada el negocio que se me ha presentado, y de aquí la necesidad del momento.

—Pues, nada, nada, cuando V. quiera ponga el recibí.

Cogió Marcelino la pluma, puso el recibí, firmó, y poco después abandonó la casa del banquero, llevando en el bolsillo el importe de la letra.

—El primer paso ha salido bien,—dijo—veamos el otro.

—¿Ha cobrado V.?—le preguntó Ramón, que había estado esperándole á corta distancia de la casa del banquero.

—Pues, ya lo creo.

—¿Qué letra le ha dado?

—La buena, comprenda V. que era la que debía darle. El otro no llevará la letra al cobro hasta el día del vencimiento y nos da tiempo para salir de aquí, y cuando lo adviertan, ya pueden echarnos un galgo.

—De modo que ahora va V...

—A realizar la segunda parte de nuestro negocio.

—La más difícil.

—Según y cómo. Lo que ha de hacer V. es marcharse á bordo, porque yo estaré allí en seguida.

—Lleno de impaciencia voy á estar hasta que llegue, y, por lo tanto, creo el camino más derecho esperarle, y juntos marcharnos al vapor.

—Lo que V. quiera.

*
* *

El cambista, al ver entrar poco después á Marcelino en el despacho, le dijo:

—¡Hola! V. por aquí. ¿Ha descontado V. la letra?

—No, señor, no he visto á nadie, y como no quiero pasar la plaza de primo, con el banquero, si está V. en lo mismo que me dijo, realizaremos la operación, y la utilidad que él pretendía llevarse, llévesela V.

—¿Ya sabe el cambio que le propuse?

—Un poquito alto me parece.

—De todas maneras, creo que se habrá V. convencido que no se encuentra con tanta facilidad quién dé una cantidad semejante.

—Le repito que no he dado paso alguno para ello; pero vamos, no quiero, como le he indicado, que se ría ese señor de mí.

—Comprenda V. que él también ha de hacer algún negocio.

—Pero, hombre, por tan pocos días...

—Los banqueros, lo mismo que todos, en la cuestión de intereses, no se casan con nadie.

—Si le parece á V. ultimaremos este asunto, porque debo hacer hoy un pago, y...

—Cuando V. quiera puede poner el endoso.

—¿A nombre de quién?

—Rodrigo Garcerán, servidor de V.

—Muy señor mío.

—Pase V.

Marcelino pasó al escritorio, y con mano completamente segura, hizo el endoso con el nombre que se le acababa de

indicar, puso la firma de Manuel García y presentó la letra al cambista.

Cogióla éste, y sin fijarse apenas en la letra, puesto que ya la conocía, la puso á un lado y entregó á Marcelino la cantidad importe de ella, en billetes de Banco.

Al recibir el dinero, si el cambista hubiese podido tener la menor sospecha, habría encontrado motivo suficiente para aumentarla, viendo el semblante de su interlocutor.

A pesar de su dominio, no pudo prescindir de reflejar en el rostro la inquietud de su pecho.

Pero aquello fué cosa de un instante; se rehizo en seguida y poco después se despedía del cambista.

En el sitio que habían quedado, se reunió con Ramón, á quien entregó el dinero que acababa de recibir en la casa de cambio, diciéndole:

—Ahí tiene V. su parte, á bordo inmediatamente, que yo tengo necesidad de verificar una pequeña transformación.

Y así diciendo, entró en un portal, subió hasta la mitad de la escalera, y seguro de que nadie podía verle, volvió el hongo que llevaba, del revés, que tenía un color diferente, se puso una barba gris, sacó de uno de los bolsillos una pequeña almohadilla de goma que llenó de aire y se la puso en la espalda debajo del chaleco, é inmediatamente salió á la calle cojeando y presentando una figura completamente distinta de la que poco antes entrara en el portal.



Hecho esto, se dirigió al muelle, tomó un bote y se hizo conducir á bordo del vapor inglés que salía para Gibraltar.

Mostró su pasaje, y no había transcurrido media hora, cuando el vapor levaba anclas, haciendo rumbo para la famosa población inglesa.

Mientras duró la travesía, apenas cruzó palabra alguna con Ramón.

Pero una vez en Gibraltar ya fué distinto.

Arreglaron sus cuentas en el hotel, diciendo Ramón:

—Amigo mío, ha dado V. un *timo* de primer orden; no se me había ocurrido hacer una cosa así. ¿Y ahora qué vamos á hacer?

—Ver que buque sale para Málaga.

—Pero es que yo tengo que ir á Sevilla.

—¿Y quién le dice á V. que no? Desde Málaga V. se va á Sevilla, recoge á Rosalía y vayan Vdes. donde quieran, que yo de Málaga me iré á Alicante, de Alicante marcharé á Almería, de Almería á Cartagena, después á Madrid y de Madrid marcharé á Barcelona, y el que quiera que vaya siguiéndome los pasos, que ya le aseguro que tiene mucho que correr si quiere cogerme.

Como había supuesto muy bien Marcelino, hasta el vencimiento no se descubrió el *timo*.

El cambista endosó la letra á otro banquero, éste á su vez hizo la remisión á otra casa, y, en resumen, cuando la letra fué á parar al banquero, había pasado por tres ó cuatro manos diferentes.

Como se comprende muy bien, el banquero comprendió, al ver la otra letra, que se trataba de una estafa; se negó á pagarla dando al mismo tiempo parte del hecho á la autoridad, dió las señas del supuesto Manuel García que había cobrado la letra en su casa, expidiéronse las órdenes convenientes para la busca y captura del audaz timador, pero inútilmente.

Marcelino había sabido eludir todo peligro, así con aquella serie de viajes, como con los cambios de figura, y no fué posible dar con él.

En cuanto á Ramón, no corría peligro alguno.

Es verdad que le habían visto con Marcelino, pero nadie se había fijado en él, ni á nadie se le pudo ocurrir que tuviera parte en aquel negocio.

El cajero manifestó que la primera vez que estuvo, iba acompañado de otro caballero cuyas señas dió, pero como que también Ramón llevaba barba, que arrojó tan luego salió de Cádiz, no había posibilidad de dar con él.

* * *

Dos meses después de verificado aquel *timo*, Ramón volvió á su casa de San Gervasio, acompañado de Rosalía.

Marcelino había ido á vivir á Sans desde que ocurrió la prisión de Matasanz y de Pepe, y de esta manera podían verse los dos amigos sin tener que entrar para nada en la ciudad.

Rosalía había dicho muchas veces á Ramón:

—Vaya, desengáñate, que yo estoy deseando hacer algo, para que tú veas que yo también sirvo para el caso.

—Y yo no quiero,—respondía el joven.—Ya hiciste, cuando era necesario. Ahora no tenemos necesidad alguna. Felizmente nos han salido bien los negocios que emprendimos y podemos pasar. Las mujeres únicamente deben ocuparse de arreglar las cosas de la casa y ya tienen bastante.

—Pero si sirven para otra cosa...

—Cuando la necesidad lo exija...

—Mira. Ramón, hay en mi tierra un refrán que dice: «que es bueno un pan con un pedazo». ¿Comprendes tú? Pues bien, ese pedazo es el que yo quiero traer.

—¿Y si por buscar ese pedazo, perdemos el pan entero? ¿No sería peor?

—Ya me parece que tengo al hombre.

Y resueltamente se dirigió á la calle de San Pablo.

En fuerza de preguntar, casa por casa, dió por fin con la en que vivía el tal don Jaime.

Subió la escalera, llegó al piso, vió la placa á la puerta y entró resuelta en el despacho.

—¿En qué puedo servirla, señora?—la preguntó don Jaime, mostrándose cortés y amable con una dama tan elegante y tan hermosa.

—Desearía hacerle una pregunta,—contestó Rosalía.

—Diga V.

—Según noticias, parece que V. se dedica á hacer algunos préstamos sobre papel, y...

—¡Oh! Le advierto que ahora está eso muy malo. Ha habido muchas quiebras, hay diversas sociedades en liquidación y... vamos, no se puede hacer nada.

—No se trata de ofrecerle negocio alguno de préstamo, es otra cosa. ¿Tiene V. en su poder, tres mil acciones del «Banco de Salvación», propiedad de la señora viuda de Carvajal?

—Ciertamente. Y por cierto que si encontrara quien me las comprase...

—¿A cómo las vendería V.?

—A ocho pesetas cada una. Di por ellas cinco, y me parece que la viuda de Carvajal se dará por muy satisfecha si se las pagaba á ese precio.

—Ya veremos.

—¿Es V. amiga de la señora viuda de Carvajal?—preguntó el prestamista.

—Tanto como amiga, no señor. La conozco algo. He sabido que tenía aquí papel de esa especie y como yo también tengo bastantes acciones...

—Pues si V. quiere, á ese mismo tipo se las tomaré.

—Porque juzga que subirán ¿eh?

—O tal vez bajen. El día en que dejen de pagar el diez por ciento ofrecido, verá V. lo que sucede.

—Pero eso no será.

—Ya se han visto muchos casos semejantes.

—Aquí no están en igualdad de circuntancias. Hay personas de arraigo y después...

—¡Oh! Ríase V. de todo eso.

—En fin, ya veremos si me decido por hacer algo.





CAPITULO LXXVI

El timo de Rosalía

UNA vez la andaluza salió de la casa de D. Jaime U-ralt, murmuró:

—Está bien. Ahora ya veremos si la viuda de Carvajal paga los platos rotos.

La andaluza no dijo una palabra á Ramón de lo que había hecho, ni del proyecto que tenía.

Quería darle la sorpresa de lo inesperado.

La levadura criminal que se habia desarrollado en su sangre, la impulsaba hacia adelante, y eran inútiles las exhortaciones de Ramón, que muchas veces le ponía como ejemplo á la mujer de Marcelino, que vivía ajena por completo á los negocios de su marido.

Es verdad que había sido *mechera* muy diestra; pero la verdad era también que desde el momento en que no tuvo

como ella decia, necesidad de ejercer el oficio, se dedicaba única y exclusivamente á cuidar de su casa.

Todo era inútil. Rosalía sentia una comezón extraordinaria para hacer alguna que fuese sonada, como ella decia, y era preciso que lo realizara.

Durante dos ó tres dias estuvo formando su plan, y al cabo de ellos, una mañana, se tiñó perfectamente el cabello, se pintó el rostro dándole un tinte bastante obscuro, debilitó la luz de sus ojos por medio de unos anteojos verdes, y encorvando su talle, poniéndose un manto, cuyo velo llevaba caido sobre la cara, salió de San Gervasio y marchó á Sarriá.

Llamó á la casa de un sacerdote que vivia en dicho pueblo, y solicitó hablar con él.

*
* *

Una vez en su presencia, le dijo:

—Señor cura, una amiga mia, á quien V. no conoce, sin duda, pero que lo es de D.ª María Argelet, me ha indicado que viniese á verle.

Hay que advertir que Rosalía, procuraba ocultar su acento andaluz, y necesario es convenir que lo conseguía admirablemente.

—Sí, conozco bastante á doña Mariquita,—respondió el sacerdote,—pero no comprendo en que pueda complacerla.

—Según mi amiga, parece que V. habia manifestado hace algún tiempo á doña María, que deseaba colocar los pocos ahorros que habia hecho, sobre alguna finca, ó en cualquier otro objeto que le ofreciera garantia suficiente.

—Sí, señora; es verdad. Por supuesto que ese dinero,—repuso el sacerdote,—no es mio; en eso se equivocó doña Ma-

riquita. Es un encargo, que me habia hecho una señora amiga, á quien deseaba servir.

—Lo mismo da para el caso, si es que todavía está V. en lo mismo.

—Diré á V., según y cómo sea, porque yo no puedo hacer negocios como los hacen otros. Ni mi carácter, ni mis ideas me lo permiten.

—Precisamente por eso, señor cura, es por lo que he venido á verle, porque yo tampoco podría tratar con uno de tantos usureros que hay en Barcelona.

—Veamos, veamos lo que viene V. á proponerme.

—Ya verá V., señor, yo soy una pobre viuda que á fuerza de economías he podido ir viviendo con el producto de una casa que me dejó mi difunto esposo, porque el metálico que dejó á su fallecimiento, lo empleé, por desgracia mía, en la compra de unas acciones del «Banco de Salvación», del cual me hablaron en los términos más ventajosos.

—Y ese Banco, sin duda, seguiría la suerte de tantos otros. ¿No es así?

—¡Ay! Sí, señor; quebró, ofreciendo pagar á los accionistas el cincuenta por ciento en diez años.

—¡Válgame Dios!

—Ya se ha cobrado el veinte, y las acciones, aun cuando no mucho, tienen algún valor. El año pasado, tuve necesidad, para hacer una recomposición en la casa, de buscar fondos y empeñé aquellas acciones en número de tres mil, cobrando por ellas á razón de cinco pesetas. Hoy están á diez pesetas. El tenedor de las acciones, á cada momento me está apremiando para el pago de intereses, amenazándome con que si no le pago, me las va á vender.

—Muy mal hecho, si le ha pagado V. algo de lo vencido.

—Ahí está el caso; que la obra que hice en la casa me su-

bió más del presupuesto que habia hecho, y he tenido que atender á los pagos. De aquí, que he tenido forzosamente que desatender al prestamista, y como el contrato era que si no le pagaba en el término de un año, quedaba dueño de las acciones...

—Ahora comprendo.

—Ya ve V., señor, si es triste esto, que de una mano á otra pierda tres mil duros, porque como puede enterarse, el precio hoy, es el que le he dicho.

—Y, vamos á ver. ¿Qué es lo que V. quiere?

—Yo desearía que V. me las comprara á siete pesetas y media. Con eso podria yo pagarle los intereses vencidos, rescatar las acciones y quedarme algo todavía, y V. vendiéndolas, como podria hacerlo en seguida, obtendría igualmente una buena ganancia.

***

El sacerdote reflexionó algunos momentos.

Después dijo:

—Ya verá V., señora. El dinero de que yo dispongo, como antes la dije, no es mio, si no de una señora que me ha encargado se lo administre y le coloque en alguna buena hipoteca.

—Pero si este es un negocio tan seguro...

—Lo comprendo y por eso iba á decirle que hablaré á un amigo que hace operaciones así, y puede que lo podamos arreglar. No le empeño mi palabra, pero creo que saldrá V. de su apuro.

—Por Dios, señor cura, yo le ruego que haga todo cuanto le sea posible. Ya se hará V. cargo de mi situación.

—Desde luego. ¿Cómo se llama el prestamista que tiene esas acciones?

—D. Jaime Giralt. Aquí tiene V. las señas de su casa.

Y Rosalía sacó un papel del tarjetero, que entregó al sacerdote.

—¿Y V. es...?

—Josefa Romero, viuda de Carvajal. Aquí lo verá en la tarjeta.

—No sé, no sé,—volvió á decir el sacerdote,—si podré arreglar alguna cosa, porque el asunto varía. Haré cuanto pueda.

—Se lo ruego encarecidamente porque si no, entre esa gente me voy á quedar sin nada.

—Ya lo veo, ya lo veo. Es una gran desgracia.

—No lo sabe V. bien.

—Me lo figuro, señora. Vaya V. descansada que ya procuraremos hacer cuanto se pueda.

—¿Cuándo quiera V. que vuelva?

—La semana que viene. Con eso tendré tiempo de buscar...

—Es el caso que dentro de pocos días vence el plazo y...

—Vamos, entonces, vuelva V... pasado mañana.

—Si Dios quisiera que V. lo arreglara todo...

—Haré lo que pueda.

*
* *

Rosalía abandonó la casa del sacerdote, é inmediatamente tomó el tren y marchó á Barcelona.

Llegó á la casa de D. Jaime Giralt, á quien le dijo:

—¿Ha venido la señora viuda de Carvajal por aquí?

—No señora,—contestó el prestamista.

—En ese caso, daré á V. el recado que me dió, por si ella no podía venir.

—¿Que recado es ese?

—Que regularmente vendrá un caballero á preguntar por las consabidas acciones del «Banco de Salvación».

—No entiendo...

—Es muy sencillo. La señora viuda de Carvajal ha encontrado, ó cuando menos, busca comprador para las acciones.

—A mí, en pagarme lo que me debe, ya puede hacer de ellas lo que mejor le convenga.

—Por esa razón, si viene alguien á preguntar por el estado en que se halla ese papel, excuso decir á V. que en su propio interés está el decir la verdad.

—Estamos entendidos. En cuanto me paguen lo que yo dí por esas acciones, con más los intereses devengados hasta el día, devolveré el papel y allá se las componga esa señora como quiera.

—La pobre ya sabe V. que lo necesita.

—Sí, es verdad.

—Conque, quedamos en que V. hará cuanto esté de su parte para que el negocio marche bien. ¿No es esto?

—Sí, señora.

Rosalía había calculado perfectamente.

El sacerdote, por efecto de su carácter, no podía obrar con la libertad que un seglar.

El buen señor, tenía algunos ahorros que iba colocando conforme podía, á fin de crearse una pequeña renta que, unida á los emolumentos que le reportaba su adscripción á una parroquia determinada, le permitiera vivir con alguna holgura.

La andaluza había oído hablar de aquel padre cura que había hecho diferentes préstamos de pequeñas cantidades y que deseaba colocar alguna más crecida.

Desde que supo esto, pensó en la manera de darle un *timo*, cuando la casualidad de oir en el tranvía á las dos señoras, le sugirió la idea que ya hemos visto como la ponía en práctica.

Don Jaime Giralt esperaba la visita anunciada por Rosalía, cuando vió entrar en su despacho al siguiente día del en que estuvo la andaluza, á un sacerdote.

—¿En qué puedo servir á V., padre?—le dijo.

—Hombre, quisiera hacerle una pregunta, si no le soy molesto.

—Por ningún estilo. Haga V. las que quiera.

—¿Usted conoce á una señora que se llama D.ª Josefa Romero?

—¡Josefa! ¡Josefa!...—contestó el prestamista como si tratara de recordar.—¿No es la viuda de Carvajal?

—Justamente; sí, señor.

—Vaya si la conozco. Y por cierto que es una bellísima persona. Muy honrada, muy complaciente; pero muy desgraciada también, la pobre.

—Creo que tiene aquí empeñadas, unas acciones del Banco... del «Banco de Salvación».

—Sí, señor; tres mil nada menos.

—Por las cuales le dió V...

—A razón de cinco pesetas por acción. Ya verá V., uno tiene que ganarse la vida y...

—Creo que esas acciones se pagan hoy á...

—A diez ó doce pesetas. Yo la dije el otro dia, por qué no trataba de venderlas. Soy á V. franco; esa pobre señora está algo atrasada en el pago de réditos, y como que uno tiene necesidad de su dinero para hacer otras operaciones...

—Sí, sí, ya lo comprendo.

—Por eso la aconsejé que las vendiera. A mí, en darme lo mio, ya estoy fuera del paso y la persona que las compre, si quiere hacer negocio, puede hacerlo al dia siguiente vendiéndolas según á cómo están en la plaza; si no, y quiere guardárselas, dentro de dos años puede duplicar el capital.

—De modo, que para V. es un negocio corriente.

—Y de ganancia; sí, señor. ¿Le ha propuesto á V. esa ıora la compra de las acciones?

—Sí, pero no para mí, no vaya V. á creer... Yo no soy no mandatario de una señora amiga mía, que quisiera em-ar un pico que tiene, en algo que fuese seguro.

—Pues nada mejor que esto, sí, señor.

—De modo, que á V. con darle...

—Los tres mil duros que yo dí, con más los intereses ven-os, entrego el papel, devuelvo el recibo, me entrega doña efa el resguardo, y santas pascuas.

—Muy bien; doy á V. gracias por sus noticias.

—No las merece. He hablado con el corazón, como acos-nbro á hablar á las personas como V.

El sacerdote se despidió del prestamista y salió de su sa.

Algunos otros informes tomó sobre el papel de aquella ciedad, informes que corroboraron lo que ya le habían di-) Rosalía y Giralt.

*
* *

El día en que quedaron, la amada de Ramón volvió á la rada del sacerdote.

Dispénseme V., señor cura,—le dijo Rosalía,—si así le lesto; pero la necesidad carece de ley.

—Lo sé, hija mía, lo sé,—repuso el sacerdote,—y crea ed que no la he olvidado.

—¡Oh! mil gracias, señor. ¿Ha podido V. hacer alguna sa?

—Un poquito. Algo hemos adelantado, por más que los npos están malos, y como se han visto tantas estafas...

—¡A quién se lo dice V.! Si precisamente, desde que murió mi esposo, he tenido que sufrir de tal manera, que puedo asegurarle que ya no sabe una de quien fiarse.

—Hay que ir con mucho cuidado, esta es la verdad.

—Pero vamos, ¿podré decirle al tal don Jaime, con la seguridad de poder cumplir, que se le dará su dinero y...?

—¡Es tan crecida la suma!...

—Pero también es completamente seguro el negocio, como usted habrá podido ver, si se ha enterado.

—Sí, algo me han dicho; yo no, porque como V. comprenderá, mi ministerio me prohibe dar ciertos pasos.

—Pues entonces, si V. mismo ve la seguridad en el negocio... Yo le ruego que haga cuanto sea posible para realizarlo. Mire V., padre, veinte misas he ofrecido á San José, que es el santo de mi devoción, si conseguia salir del poder de ese hombre, y V. será el encargado de decirlas.

—Bien, hija mia, bien, todo se arreglará.

—Sí, pero ¿cuándo?

—No se impaciente. ¿Quiere venirse mañana, por la mañana, y nos iremos á recoger las acciones?

—¡Ay! ¡Dios mío! ¿Pero es de veras, padre?—exclamó Rosalía, alentando apenas.

—Sí, señora. Ya ve V. como yo he procurado servirla.

—¡Ay! Mi santo bendito, indudablemente le ha tocado á V. en el corazón, para que me haga un bien tan grande.

—Bueno es que tenga V. devoción, porque realmente Dios nunca abandona á los que en él creen y viven en su santo temor.

—Puedo asegurar á V., padre, que en mi vida he dejado de cumplir con ninguno de los preceptos de nuestra santa madre la Iglesia.

—Desgraciadamente, en estos tiempos de irreligión, á qu-

:mos llegado, son tan pocas las personas que hablan como ted, que se deleita el ánimo cuando tropieza con una de as. Me parece, que dijimos que V. me cedería las acciones razón de siete pesetas y media.

—Sí, señor, y aquí mismo tengo el documento extendido toda regla por un escribano amigo de mi difunto, al cual le hace falta otra cosa que mi firma y el nombre de V.

—También tenía yo aquí otro, prevenido ya. Podemos ver ál de los dos está mejor.

—El de V., indudablemente, el de V.,—se apresuró á :ir Rosalía, que ya había sacado el que llevaba á preven- n.

—A ver, á ver,—dijo el sacerdote, poniéndose los ante- s y leyendo el documento de Rosalía.



Como que maldito lo que le importaba dar toda clase de ;uridades, el documento que había hecho, calcado sobre unos que había visto en poder de Ramón, estaba bastan- ien, y satisfizo por completo á la víctima de la astucia y la maldad de aquella mujer.

—Nada, nada,—dijo el sacerdote,—por mi parte no tengo nveniente en aceptarlo, y puede V. desde luego traerlo ñana con los timbres correspondientes, y nos iremos á á ese señor. Es decir, subirá V., y yo la esperaré cerca a casa para recoger esos documentos. Porque ya com- nderá que yo no he de subir.

—Como V. quiera; yo hubiese deseado que se hiciera V. go allí mismo de las acciones.

—Imposible, no está bien que yo... Además, me inspira ed sobrada confianza.

—Eso sí, aunque me esté mal decirlo, soy incapaz de co-meter una mala acción, al menos á sabiendas.

Rosalía abandonó la casa del cura, disimulando apenas su alegría.

Inútil es decir que el siguiente día fué para ella de ansie-dad y de inquietud.

Se enteró de la clase de sellos que se necesitaban para la cantidad de que se trataba, puso el nombre del cura en el documento extendido ya, y no quiso firmarle hasta ha-cerlo en su presencia, al objeto de inspirarle mayor con-fianza.

A la hora convenida, Ramón precisamente estaba en su casa y no pudo menos de sorprenderse viendo la metamor-fosis verificada en Rosalía.

—¿Pero chica, dónde vas así?—le preguntó.

—Es un secreto, niño,—contestó con gachonería la anda-luza.—Ya lo sabrás cuando sea necesario.

—Pero escucha, escucha, necesario es siempre, que sepa yo lo que tú haces.

—Ya sabes que no ha de ser *naita* malo para ti... Con que ya ves. Te quiero y te *retequiero* como á las niñas de mis ojos, conque no me digas nada más.

—Es que...

—Nada. Hasta después.

Y se marchó, y Ramón quedó un tanto preocupado res-pecto á lo que llevaría entre manos aquella mujer.



Rosalía, se dirigió á casa del cura.

Este ya la estaba esperando, y una vez en su presencia la dijo:

—¿Trae V. ya ese documento?

—Sí, señor. Aquí le tiene V. con todos sus requisitos.

Y le presentó el papel.

—Pero esto no está firmado,—dijo.

—He querido firmarlo aquí, para que se convenciese V. de que no he tratado de...

—¡Calle, hija, calle! ¿Quién puede dudar de V...? Ahora que ya está corriente,—prosiguió el sacerdote, tan luego hubo firmado el papel,—vea V. si está todo el dinero.

Y sacó un puñado de billetes de Banco, que empezó á contar.

Al mismo tiempo Rosalía, sacó del bolsillo diez duros, que puso sobre la mesa, diciendo:

—Aquí tiene, padre, para las veinte misas que ha de decirle á mi señor San José.

—Está bién, hija mía, está muy bien. Ahora hágase V. cargo de este dinero. Yo la esperaré en la Rambla. En aquella tienda que hay junto á la calle de San Pablo. Son los dueños amigos míos, y podré esperarla tranquilamente.

—Como V. quiera. Yo querría mejor que me acompañase hasta la misma casa de D. Jaime Giralt, y de ese modo, V. se llevaría desde allí el papel.

—No, ya le dije que no me agradaba que me vieran en una casa de préstamos, y... En fin, ya sabe lo que hemos de hacer.

Rosalía, con temblorosa mano, cogió los billetes, guardó el sacerdote el documento que ella acababa de firmar y los diez duros que le entregara para las misas, y poco después salieron ambos á la calle.



CAPITULO LXXVII

Dar quejas al aire

El buen sacerdote se creía haber hecho un gran negocio para tener asegurado el capital que á fuerza de tiempo pudo reunir.

Rosalía apretaba con mano convulsiva los billetes, deseando cuanto antes llegar á Barcelona, para dar esquinazo, como vulgarmente se dice, al padre cura.

Sin embargo, á pesar de su agitación, á pesar del estado en que se encontraba, procuró no dar á entender nada al buen sacerdote, que por otra parte no habria comprendido tampoco, porque lo que menos podia sospechar era el indigno lazo en que había caido.

Una vez en Barcelona, llegaron hasta el llano de la Boquería, y dijo el sacerdote:

—¿Ve V.? en aquella tienda la estaré esperando.

—Pero ¿por qué no viene?—insistió Rosalia con la se-

guridad de que el sacerdote no aceptaría ya.—Al menos véngase V. hasta la puerta. Yo bajaré al momento y...

—No, no; soy muy conocido y si alguien me viera estar esperando á la puerta de una casa... La esperaré donde he dicho.

—Como V. guste.

—Procure despachar prontito, porque se aproxima la hora de comer y soy muy metódico en todas mis cosas.

Rosalía entró en la calle de San Pablo, mientras el sacerdote se dirigía hacia la tienda por él indicada.

Excusado es decir, que la querida de Ramón no pareció ni por la tienda ni por la casa del prestamista.

El *timo* estaba ya dado, y no era cuestión de que se malograse.

Siguió la calle de San Pablo adelante, entró por una de las bocas calles que daban á la del Hospital, y cruzando otras varias, fué á salir á la Plaza de Cataluña, donde tomó un carruaje que la llevó hasta Gracia.

Mientras iba en el coche, cuyos cristales había subido, con el pañuelo de la mano y un botecito de colcream, que llevaba en el bolsillo, se limpió por completo el rostro, apareciendo tal como era.

Merced á un espejito, que también llevaba consigo, se aseguró de que no habia quedado huella alguna de las anteriores pinturas, volvió á echarse el velo del manto sobre la cara, y una vez en la calle Mayor de Gracia, descendió del carruaje, pagó al cochero y entró en algunas tiendas que conocía, donde realizó varias compras.



Cuando llegó á su casa, Ramón estaba esperándola con impaciencia.

—¿Pero dónde demonios has estado?—la dijo de mal talante.

—¡Jesús! niño mío, no pongas esa cara de justo juez que tanto daño me está haciendo.

—¡Cómo si nó tuviera motivos para ello! ¿Querrás explicarme qué quiere decir todo esto? Esas transformaciones, esas salidas misteriosas, ni me gustan, ni estoy dispuesto á tolerarlas.

—¡Jesús! y qué furioso que está el señor,—exclamó Rosalía rodeando con sus brazos el cuello de su amante.—Vaya, ahora vas á saberlo *toito* porque tu *chachi* no puede tener secretos para tí, y si los ha tenido hasta ahora, ha sido porque sabía que tú no querías que hiciera lo que ha hecho.

—Cuando tú sabías que había de mostrarme poco dispuesto á aprobar lo que intentabas, es porque ya sabías que era malo.

—¡Qué había de ser malo, tonto! Dime tú si es malo esto.

Y al decir estas palabras, Rosalía mostró á Ramón el fajo de billetes de Banco que le había entregado el sacerdote aquella misma mañana.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó Ramón.

—Pues ya lo ves; lo que ha hecho esta boquita que sólo tiene para tí rositas y claveles, y ese *pesqui* que sólo por ti ha *estao* trabajando muchos días.

—Vaya, Rosalía, ¿á qué has hecho alguna que nos puede costar muy cara?

—¡Quiá! hombre, me crees á mí tan lila que vaya á dejarme coger sin más ni más. Vamos, ¿podría conocer alguien con esta cojera y esta voz, y la cara que me pinté, á este cuerpo sandunguero, con estos andares y estos ojos?

Y al decir todo esto Rosalía, tomó el aspecto bajo el cual

se habia presentado al sacerdote, irguiéndose después de repente y mostrando la gracia de su mirada y el voluptuoso balanceo de su cuerpo.

Ramón no pudo menos de sonreirse, diciendo después:

—Pero ven aquí, chiquilla, ¿qué diablura es la que tú has hecho?

—Una diablura que nos ha traído á casa tres mil *chulés*, con los cuales considera tú todo lo que podemos hacer.

—¡Tres mil duros, dices!

—Y creo que si me propongo traerme mil quinientos más, lo consigo también.

Rosalía refirió entonces á Ramón, cómo habia concebido aquel *timo* y cómo lo habia realizado sin ayuda de nadie.

—¡Vaya una cara que pondrá el padre cura, cuando vea que pasan las horas y que tú no pareces por allí.

—¡Oh! De fijo que en estos momentos ha dado parte ya, y anda sobre mis huellas toda la policía de Barcelona. Pero mira, ya tienen para rato si me han de encontrar.

—Ya me parece que es un poco difícil. Digo, si lo has hecho todo conforme lo dices.

—Ni más, ni menos. Tantas señoras van vestidas de negro como yo iba, que aun cuando el cochero dijera algo, mira tú si me encontrarían. La policía se creerá que estaba esperándome alguien para coger el mogollón de billetes. Buscarán cómplices, que no encontrarán, y por seguir una huella falsa, no pases pena, que no darán con la verdadera. Pero mira, chico, que podemos hacer cosas con ese dinero. Por de pronto, compraremos esa casita de aquí al lado...

—¡Cá! No haré yo semejante cosa,— se apresuró á decir Ramón.—Aquí es menester obrar con mucha cautela. Durante, no digo yo uno, sino muchos meses, hemos de continuar lo mismo que hasta ahora. Es preciso que no se advier-

ta el más ligero cambio en nuestra existencia. La cosa más insignificante, la palabra más sencilla dicha por cualquiera que nos conozca, si llegara á oidos de la policía, ya teníamos bastante. Más adelante ya veremos lo que se hace.

Rosalía hizo un gesto de disgusto, pero comprendió que en medio de todo no le faltaba razón á Ramón.

—Di ahora que las mujeres no servimos sino para estarnos quietecitas en casa y atender á las faenas de ella.

—Si ya sé yo todo lo que tú vales, pero es que no quiero que te comprometas.

—Ahí está la gracia, en hacer las cosas sin comprometerse uno. Vamos á ver, ¿si el padre cura me ve ahora, crees tú que me podrá conocer? Como que estoy tentada de ir un día á confesarme con él.

—Pero no le dirás la partida que le jugaste,—dijo Ramón sonriéndose.

Los dos amantes estuvieron largo rato chanceándose á costa del infeliz sacerdote, á quien habían hecho víctima de su infamia.

* * *

Éste, entretanto, sorprendido al ver la tardanza de Rosalía, salió varias veces á la puerta de la tienda por si la veía pasar, no fuera que hubiese equivocado el sitio que le dijera.

Y cuando vió que pasaba el tiempo, que no parecía la persona á quien esperaba, la angustia y la incertidumbre se retrataron de tal modo en su rostro, que el dueño de la tienda empezó á preguntarle qué tenía, hasta que por fin se lo confesó.

—¡Válgame Dios! y qué cosa ha hecho V.,—le dijo el comerciante.

—Como que aquella señora me había firmado el documento de cesión y yo me había quedado con él, ¡cómo era posible que me creyera en semejante cosa!

—¿Pero está V. bien seguro de que aquella señora que trató con V. y á la que ha entregado hoy ese dinero, sea la verdadera dueña de esas acciones?

—¡Hombre, por Dios, no diga V. eso! ¡Cómo no habría de serlo!

—Muy sencillamente: no siéndolo. Apenas si se han dado *imos* por ese mismo estilo. Desengáñese V., que cuando no ha venido ya, es porque ha levantado el vuelo tan alto que, como la policía no llegue á cortárselo, difícilmente me parece que logrará V. nada.

—Pero señor, ¡será posible que yo haya perdido el dinero, que no era mío, se lo aseguro á V.!

—Siento tener que decirle esto, pero para mí, es indudable que le han hecho á V. una jugada como las que acostumbra esa gente. En fin, para que se convenza V., vamos á llegarnos á casa de ese prestamista.

El sacerdote y el comerciante fueron, efectivamente, á la casa de D. Jaime Giralt, donde les dijeron que no se había presentado nadie á recoger aquellas acciones.

La desesperación del sacerdote fué extraordinaria.

Refirió entonces lo que había pasado, y el prestamista recordó que había estado una señora días antes á hablarle de aquel asunto.

Los tres se dirigieron entonces al Gobierno civil, donde refirieron lo ocurrido.

Inmediatamente se dieron las órdenes oportunas, púsose en movimiento la policía, las autoridades hicieron cuanto de su parte estuvo para descubrir á la audaz autora de aquella estafa, pero inútilmente.

Fueron detenidas algunas *mecheras* y *timadoras*, conocidas ya por los agentes de policía; pero, como se comprenderá muy bien, nada pudo probárseles, y, por lo tanto, recobraron bien pronto la libertad.

Al hacerse público el hecho, el escándalo fué mayúsculo.

Dióse la culpa de todo á la policía, como si ésta pudiera impedir la perpetración de ciertos hechos, ejecutados con la habilidad que el que acabamos de citar, sin complicidad alguna, y realizado en una persona, que por su mismo carácter, no se atrevía ostensiblemente á dar ciertos pasos preliminares, que tal vez un seglar hubiera dado.

No negaremos que en el cuerpo de policía existen muchos y graves defectos, de los cuales hemos indicado algunos y más adelante también indicaremos otros, pero parece que en nuestro modo de ser, está el echar la culpa de cuanto malo sucede, á la policía, como si ésta pudiera adivinar, impedir y castigar las faltas, los delitos y los crímenes que tanto empeño tienen en ocultar los que los cometen.

Desde luego que su misión es la de velar para evitarlos, y ya que esto no pudo ser, coger á los que los ejecutaron; pero cuando no dejan tras de sí otra huella que la ruína del *timado*, cuando éste mismo, inconscientemente desde luego, les ha prestado su ayuda, por inocencia ó por conveniencia propia, ¿qué puede hacer la policía? Desplegar actividad, moverse en todas direcciones, buscar indicios hasta que, finalmente, se ve obligada á abandonar las falsas pistas seguidas y dejar á la casualidad que descubra lo que tan cuidadosamente se trató de ocultar.



CAPITULO LXXVIII

Algunas consideraciones respecto á la policía en España

No hemos de entrometernos en los procedimientos, que á veces, dan por resultado que un delincuente, cogido hoy por la policía, mañana ó pasado vuelve á estar en la calle, porque precisamente este es uno de los inveterados males que existen en nuestro país, mal que permite que aquellos mismos delincuentes se burlen del cuerpo encargado de perseguirles, y que lleva al ánimo de éste, el disgusto, la negligencia y hasta el temor de la suerte que individualmente pueda alcanzarle.

Nuestro objeto, en el presente capítulo, es otro muy distinto.

Es devolver al cuerpo á que hemos tenido la honra de pertenecer, parte de lo que por muchos se le pretende quitar, diciendo que no sirve para nada, sin que por esto de-

jemos de comprender que tiene defectos también, que le perjudican en gran manera.

Es achaque en nuestra nación, criticar todo lo que á ella se refiere, ensalzando á la vez cuanto concierne á países extranjeros: esa crítica, hecha casi siempre más que por conocimiento de causa, para seguir la moda y darse cierto aire de ilustración, no sólo alcanza á la policía, sino que la hace una de sus principales víctimas; y forzoso es decirlo, sus detractores no tienen razón, y al atacarla olvidan ó desconocen el organismo que en Londres, Francia, Alemania y Estados Unidos tiene aquel instituto.

En España, donde se improvisan inspectores que no saben leer ni escribir, donde se tienen jefes que desconocen el ramo, agentes sin recompensa alguna por sus servicios, pendientes siempre de las genialidades de un gobernador irascible ó algún soberbio cacique, y, por último, sin fondos para material y gastos de vigilancia; en España, repetimos, con tanto vicio original de organización, se han prestado y se prestan servicios tan importantes como pueda prestar la mejor policía del mundo, lo cual prueba que la policía española es en cuanto á su personal, siquiera tan buena como otra cualquiera; sus defectos residen única y exclusivamente en su organización, respecto á la que nos permitiremos algunas consideraciones.

* * *

Después de una serie de reales órdenes deficientes todas, y de una infinidad de reglamentos dictados por los gobernadores, que no han vivido más días que los que duró su mando, se creó una Dirección general de Seguridad, y se trató de organizar un cuerpo de policía bajo el sistema mixto, cívico-militar.

En principio, estamos conforme con la reforma, y tanto lo estamos, que creemos firmemente que la nueva organización no tendría vida ni daría resultado si no llegaba á ser exclusivamente militar, sujeta á las ordenanzas generales del ejército y con un reglamento especial para el instituto, como sucede con el benemérito cuerpo de la Guardia civil; esto por lo que atañe á la policía de seguridad, propiamente dicha.

La destinada á vigilancia, no puede ni debe sujetarse á las reglas fijas é invariables de la ordenanza; sus individuos no pueden ser soldados, ni llevar uniforme, han de ser conocedores de los criminales, de sus procedimientos, de sus guaridas, de sus amistades, en una palabra, de su vida al detalle y en todas sus manifestaciones.

Para cumplir tan difícil misión, necesítanse circunstancias especiales que no reunen los que sólo pueden ostentar una licencia absoluta, y esos son los que han de tenerse primeramente en cuenta, para formar la policía de vigilancia, sin olvidar que, además de la persecución y descubrimiento de criminales (conocidos vulgarmente así), tiene ese cuerpo la misión de velar por el público sosiego, siguiendo la pista y estando al tanto de las maquinaciones que puedan urdir los mal contentos con todo orden de cosas establecido, y que atentos sólo á su medro personal, sin reparar en medios, sacrifican á sus mezquinos intereses los generales de una nación.

Obtenida la verdadera policía bajo las bases que dejamos expuestas, preciso es dar á sus individuos garantías que tiendan al desarrollo de su amor al servicio y les asegure un porvenir: nada de improvisaciones en los nombramientos de ingreso, concediéndose sólo al que justifique tener aptitud para ello; suprímanse los ascensos de favor, dándose sólo al mérito y antigüedad; desaparezcan las cesantías porque sí,

y cuando ocurran, sea en virtud de expediente en el que, ó bien en méritos de preceptos reglamentarios ó del Código penal, se imponga al cesante la pena correspondiente, y, por último, establézcanse la jubilación y pensiones por servicios meritorios y para los que se inutilicen en el cumplimiento de su deber, bien que lleguen á imposibilidad por vejez ó bien por heridas recibidas en actos de servicio.

*
* *

Hablamos de recompensas y nos referimos sólo al cuerpo de vigilancia, más no se deduzca de ello que preferimos al de seguridad; iguales derechos queremos para uno que para otro, pero como partimos del supuesto de que el de seguridad sea militar, en su organización lleva las reglas de ascensos y premios.

Después de las ligeras indicaciones que sobre el personal llevamos hechas, réstanos ocuparnos de las oficinas y gastos de vigilancia.

En España no existen verdaderas oficinas de policía; hay en el gobierno de Madrid una sección de vigilancia que deja tanto que desear como las delegaciones de los distritos; en las demás provincias hay también una llamada sección, á cargo, casi siempre, de alguno que desconoce su importancia, ó de algún favorito que jamás, ni por casualidad, siquiera, ha abierto un libro de derecho civil ó administrativo, ni sabe más que en su acepción vulgar lo que quiere decir criminalidad.

Para que la policía responda al fin de su institución, es preciso que tenga un punto fijo de partida, que á su complicado mecanismo le imprima movimiento regular un centro: este centro, el alma del organismo, es la oficina.

En ella han de custodiarse los historiales de todos los criminales conocidos, sus retratos, registros de establecimientos, de reclamados, de hechos cometidos, en fin, libros completos de personas, acontecimientos y cosas que sean la guía segura de los agentes que han de hacer investigaciones en la calle.

Los congresos penitenciarios de Roma y Stokolmo se han ocupado de la conveniencia de retratar los criminales para descubrirlos, á pesar de transcurrir tiempo, cambiar de nombre y de fisonomía; este sistema adoptado en Francia, debería generalizarse y hacer que se sujetase á él todo individuo que ingrese en la cárcel.

El primer Director de Seguridad, general Dabán, estableció, con buen acierto, varios registros, que fueron buen principio de importantes trabajos, pero no lo suficientes para constituir un sistema completo.

En resumen, para que la policía llene su cometido, es, en nuestro concepto, preciso que además de un personal organizado según se indica, tenga la Dirección general, oficinas en provincias, que al frente de ellas haya funcionarios idóneos que cuiden de formar verdaderas estadísticas, y archivos que sean otras tantas ruedas complementarias del Centro principal, llegando por tal medio á que el jefe superior desde su despacho conozca cuanto en España ocurre, pueda imprimir un movimiento uniforme á los servicios, y como el jugador de ajedrez, mueva en el tablero los peones, según á sus propósitos convenga, y, por último, que para la práctica de ciertas diligencias pueda disponerse de los fondos necesarios, á fin de conseguir el descubrimiento de hechos que hoy por hoy quedan impunes por falta de medios materiales para seguir las investigaciones.

*
* *

Para poder apreciar mejor lo que decimos, véase cómo está organizada la policía en Nueva York, y compárese con la nuestra.

Tiene fama esta policía de ser la mejor organizada del mundo, y no porque sea muy numerosa, pues no excede de unos 3.000 números, sino porque los individuos que la constituyen son escogidos cuidadosamente, y bien pagados y admirablemente instruídos, están á las órdenes de jefes experimentados. Así llega la policía en Nueva York á una altura extraordinaria en el cumplimiento de su deber.

La alta dirección de la policía de Nueva York corresponde á un *board*, comité especial compuesto de cuatro miembros y un secretario: cada uno de estos miembros cobra 5.000 dollars.

Vienen luego los superintendentes, inspectores, capitanes, sargentos y simples guardias. El mínimum de sueldo de éstos es de 5.000 francos y desde el segundo año cobran 6.000. Un sargento cobra 9.000; 13.750 un capitán; 17.500 un inspector; 20.000 un superintendente. Todos los funcionarios de policía tienen derecho, al cabo de veinte años, á derechos pasivos cuyo mínimum es de 3.000 francos.

Ventajas son estas que pocas carreras ofrecen, y así la elección es rigurosísima.

Todo candidato al bastón—única arma que llevan los polizontes—debe gozar de una salud perfecta, un vigor muscular excepcional, una talla de cinco pies y siete pulgadas. Ha de tener buena presencia y costumbres, inteligencia, y ser laborioso, puntual y valiente. En lo que se refiere á instrucción debe estar en condiciones de escribir correctamente un oficio.

Entre los cinco ó seis mil candidatos que anualmente solicitan las plazas vacantes, se escogen cuidadosamente los más abonados, y entran en seguida en una escuela en que adquieren su instrucción profesional.

Allí se le inicia en las delicadas obligaciones de su cargo, se le hacen conocer los deberes y derechos del ciudadano, los delitos y las penas, se le enseña á no usar de la fuerza, sino en caso extremo, y á ser dulce con los débiles, cortés con las mujeres y los viejos, sobrio de palabras, reservado é incorruptible.

Sabe que su vida será toda para el Estado, y que le espera una no interrumpida sucesión de peligros y fatigas, pero que en cambio será tratado con la mayor consideración por sus jefes, y encontrará por parte de la población el respeto á que le hacen acreedor sus servicios.

Una vez en ejercicio, se distribuye á los agentes entre los diversos servicios especiales, según sus aptitudes.

El servicio de las investigaciones judiciales recibe el nombre de *Detective Bureau*, y se compone de 40 sargentos bajo la dirección de un inspector. Cada uno de los sargentos está dedicado á la especialidad á que sus aptitudes le llaman, y así es raro que un solo criminal eluda la acción de justicia, aun tratándose de un simple robo.

Uno de los servicios más originales es la prevención para enfermedades epidémicas. Treinta agentes especiales, á las órdenes del Consejo de Higiene, inspeccionan las casas sospechosas y obran en consecuencia de lo que en ellas se advierta.

La policía de Nueva York cuesta anualmente 18 millones de francos.

* * *

Ahora bien; después de lo que antecede, ¿qué más puede

exigirse á la policía española de lo que hace, dado el organismo defectuoso que tiene?

¿Qué estímulo, qué esperanza, qué porvenir encuentra lo mismo el simple individuo del cuerpo, que el inspector y hasta el mismo jefe de una provincia?

Con la policía, lo mismo que con los demás organismos del Estado, se ha querido hacer cuerpos políticos, amovibles á cada cambio de situación, y las influencias, los padrinazgos, las simpatías son suficientes para que el gobernador A se lleve consigo al jefe de policía B, que ó bien no conoce la localidad donde va á ejercer, ó bien, y esto sucede muchas veces, ni aun de policía entiende una palabra.

Convertido en jefe de un ramo tan importante, por el capricho, por el favor, ó por la adulación, tiene que valerse de las noticias que otros le dan, de las confidencias que se le hagan, y así andan por ende, estos servicios.

Si al menos estos jefes improvisados tuvieran criterio para saber elegir las personas de quien se valen, todavía podrían conseguir algo, pero desgraciadamente ese criterio no suele existir, porque si existiera, hubieran principiado los que en tal caso se encuentran, por no aceptar aquellos cargos.

A nuestro juicio, y mientras el cuerpo de policía no sea un elemento especial, sin carácter político alguno, con una escala de ascensos, donde para nada entre el favor, sino el verdadero mérito adquirido por servicios prestados, cuerpo del cual no se expulse á un individuo, sino por una causa plenamente justificada, con registros escrupulosamente llevados en las oficinas de cada provincia, no podrá ser lo que debe y lo que tiene derecho la nación á esperar de él.



CAPÍTULO LXXIX

El cuento de la emperatriz

Reunidos un día, poco después de los sucesos anteriores, Ramón y Marcelino, dijo el primero:

—El caso es que en España falta todavía mucho por hacer, en nuestra profesión, y es lástima, porque aquí se han hecho ya cosas muy buenas.

—Usted que tiene más experiencia que yo, puede indicarme algo y lo estudiaremos á ver si podemos realizarlo.

—El mismo precedimiento del *entierro*, es susceptible de muchas modificaciones.

—Ya lo creo. Yo también he pensadó en ello algunas veces. Desde que realizamos el del príncipe de S... se me ha ocurrido el *entierro*, pero sin las adherencias de la cárcel y todo lo demás que parece constituir la forma que le dieron sus fundadores.

—Ahí vamos á parar. Sin embargo, crea V. que aquellos descubrieron una mina. Y mire V. que la urdimbre no podía ser más grosera.

—Lo cual prueba que la codicia, el apasionamiento, la credulidad, son elementos dispuestos siempre para dejarse explotar y, por lo tanto, deben obligar al hombre pensador á perfeccionar, digámoslo así, esos mecanismos que pueden producir tan buenos resultados.

Efectivamente, como decía Marcelino, los primitivos fundadores del *entierro*, ó sea la estafa con esta denominación conocida, consiguieron un resultado admirable en su época primitiva, y variando la fórmula, aun cuando siempre con el mismo pie forzado, por decirlo así, se extendió por cárceles y presidios, consiguiendo *cazar* á gran número de incautos.

Una misma historia, servía en muchas ocasiones para explotar á personas diferentes, y entre aquellas, las que mayores beneficios dieron á los criminales, fueron las llamadas *El cuento de la emperatriz Eugenia*, y las realizadas por efecto de la sublevación de Badajoz en 1883.

Estas han sido, digámoslo así, las matrices, los patrones de otras muchas, por cuya razón nos creemos en el caso de indicarlas, para que puedan servir de enseñanza á las personas que todavía suelen prestar crédito á las supuestas ocultaciones de tesoros escondidos en tal ó cual parte, por efecto de esta ó de la otra causa.

*
* *

Supónese que *El cuento de la emperatriz*, fué inventado por un tal Spandoni, de nacionalidad griega, profesor de idiomas, habilísimo en toda clase de falsificaciones y persona de gran talento.

La denominación que se dió á esta estafa, provenía de que la persona que firmaba las cartas, se decía secretario particular de aquella ilustre dama que fué emperatriz de los franceses, llegando á un extremo tal, las que se realizaron por semejante procedimiento, en Francia, que el presidente de aquella República ordenó que en todas las Administraciones de Correos se fijasen unos carteles, exponiendo en ellos el procedimiento del *entierro*, para que su contenido llegara á conocimiento de aquellos vecinos de Francia, que fueran á certificar cartas, remitiendo cantidades á los *enterradores* españoles.

Estos, tomaban notas de vários importantes personajes franceses, comerciantes, fabricantes, propietarios rurales, etc., dejando un blanco á continuación de los nombres, para expresar las fechas de remisión, contestaciones, cantidades pedidas, etc., lo cual formaba para ellos el *registro* de los *negocios* pendientes.

En la primera carta, ó sea principio del *cuento*, manifestaba el firmante de la misma, haber servido en el ejército español, y que por efecto de un acontecimiento político, hubo de traspasar la frontera, refugiándose en Francia, donde se vió favorecido y distinguido por su ilustre compatriota la emperatriz de los franceses, quien le honró con su confianza dándole el cargo de secretario privado.

Cuando la lucha de Francia con Alemania, lucha en la cual el emperador Napoleón III se hallaba al frente del ejército, al recibirse la noticia de la derrota de Sedán, le llamó la emperatriz y le hizo entrega de una maleta que contenía todas sus joyas, y cuanto en oro y pedrería obraba en su poder, mandándole que partiera inmediatamente para España, é hiciera entrega de ella á la noble dama á quien iba dirigida, con una carta que también le entregó.

Cumpliendo los deseos de la emperatriz, emprendió el viaje después de arreglados sus asuntos, habiéndole sorprendido en el camino el movimiento revolucionario que tuvo efecto, proclamándose la República, en cuanto se supo la derrota de Napoleón, lo cual le hizo suspender el viaje, á fin de no perder el tesoro que se le había confiado.

Aprovechando entonces la excitación popular de aquella noche, en que las masas populares de la población *** (la misma en que residían las personas á quienes pensaba estafar), que se dirigían cantando la «Marsellesa» á la Prefectura, salió él cuidadosamente con la maleta, y desviándose del camino, á fin de no ser sorprendido por persona alguna, en medio de unas malezas cercanas á la población citada, y después de tomadas todas las precauciones debidas para no ser observado, practicó una excavación bastante profunda para contener la maleta, que sepultó allí, al objeto de proseguir su viaje á España y volver por ella cuando la paz hubiese normalizado los negocios públicos de Francia.

El día siguiente, salió como de paseo hacia el punto donde había depositado la maleta, provisto de papel y lápiz, y como quien toma vistas de la población, levantó un bien detallado croquis-plano del sitio y distancias de la maleza al camino, y demás pormenores de señalamiento, comprensibles para cualquier persona, que no hubiese visitado nunca aquellos lugares. Una vez levantado el plano, volvió á la población para arreglar su equipaje y dirigirse á España, deseoso de participar á la noble dama á quien debía entregar la maleta, cuanto había ocurrido sobre el particular, y al día siguiente emprendió su marcha en tren directo á Madrid, hospedándose en una de sus fondas, sin haber sufrido interrupción ni percance alguno durante el camino.

Su sorpresa no conoció límites, cuando á la siguiente ma-

ñana vió que se presentaba la policía en la fonda con auto de prisión contra él. Una vez en la cárcel, supo que motivaba su detención, el mismo asunto que le hizo emigrar á Francia, acusándosele de haber robado las joyas que le fueron confiadas por la emperatriz.

Indignado por el infame acto de que era víctima, después del sacrificio hecho por la salvación de las joyas, y el buen deseo con que obraba al presentarse en Madrid, para dar cuenta de lo sucedido á la elevada dama á quien debía entregarlas, decididamente había resuelto corresponder á la villana acción de quien le acusara de ladrón, negando el hecho, del cual no existían pruebas, y quedarse para sí con las joyas que había escondido en las inmediaciones de ***. Añadía después en la carta, que no le mortificaba tanto la suerte que corriera por las acusaciones que se le hacían, como la situación de una hermosa hija de trece años, sin otro amparo que el suyo, y cuyo porvenir aumentaba su pena, hasta haber conseguido realizar el plan que tenía trazado para la obtención del firme bienestar de aquélla. Para esto necesitaba el concurso de persona digna y discreta, como lo era aquella á quien se dirigía, y de la cual había oído hablar con gran elogio por su probidad y honradez, razón por la cual la escogiera, resuelto á suplicarle su protección en el asunto que le informa, cediéndole en cambio una parte del tesoro escondido. Le ruega que acepte, y en este caso, y al objeto de que se persuada de la veracidad de cuanto deja dicho, le remitirá la carta que la emperatriz le confió cuando la entrega de las joyas, dirigida á una elevada dama de la Corte, y además por conducto de su hija recibirá otra maleta que contiene su equipaje, que había quedado en la fonda, en la cual hay una cabidad secreta que contiene el plano que levantó, é instrucciones acerca del punto que determina el escondrijo de las joyas.

*
* *

Esta era la esencia de la primera carta que se escribía, la cual dejaba adivinar sin esfuerzo, al que la recibía, que el tal secretario privado de la emperatriz de los franceses, deslumbrado por el oro y pedrería, ocultó las joyas en terreno francés para apropiarse aquellos valores, si hubiese tenido la buena suerte de reunirse con su hija y regresar con ella á Francia, antes de que la policía diera con él.

Si la codicia del que leía la carta, *rompía el saco...* de su conciencia, contestando que aceptaba la proposición, haciendo, no obstante, observaciones que daban lugar á ciertas dudas, entonces el *enterrador* le contestaba ampliando detalles y afirmándole tener pruebas que justificaran su aserto, las cuales podía mostrar tan pronto tuviese medios para ello, puesto que en la maleta que había dejado olvidada en la fonda, expresamente, para que la policía no diera con el doble fondo secreto de la misma, tenía además del plano é instrucciones referidas para hallar las joyas, documentos que acreditaban su calidad de secretario particular de S. M. I. Eugenia, con otros que obtuvo durante su estancia en el palacio de las Tullerías, así como también el que daba fe de su empleo en el ejército español; pero, que para dar curso al testimonio de todo lo dicho, necesitaba fondos para mandar á buscar á su hija y una anciana, á cuyo cargo estaba, las cuales se hallaban en el pueblo ***, recoger luego la maleta de la fonda, pagando antes un *pico* que debía en la misma, y después tomar los billetes del ferrocarril para dirigirse ambas á reunirse con él.

*
* *

Si impulsado por el sentimiento de proteger á su hija, por la cual estaba dispuesto á sacrificarlo todo, acordaba man-

larle la cantidad conveniente para llevar á cabo todo cuanto lejaba expuesto, seguidamente practicaría las diligencias oportunas á fin de que aquélla pudiera marchar al momento acompañada de la anciana y de la citada maleta, que encerraba los documentos, plano é instrucciones necesarias para realizar el acto apetecido. No le invitaba, añadía en la carta, á tomarse la molestia de emprender un viaje al objeto le conferenciar con él en la cárcel acerca el asunto, por el temor de echar por tierra sus planes, dado el proceder de la usticia española, capaz de prender por sospecha de complicidad á cualquiera que fuese á verle, máxime siendo francés, en cuyo país se suponía haber tenido efecto el robo de las alhajas.

A pesar de esta amenaza, no faltó quien quisiera *ver* mejor que *creer*, y tomando el tren, presentáronse en la cárcel preguntando por el preso; más los *enterradores* que todo lo tienen previsto, para en caso de que tal suceda, cuentan ya con la ayuda de... (forzoso es decirlo) empleados de la misma cárcel que aceptan la complicidad en el *negocio*, y de otros particulares que aquellos mismos facilitan, para que representen los papeles que convengan para el mejor éxito de la empresa.

***

Otros *primos* se limitaban á contestar ofreciendo su dinero á cambio de las pruebas relacionadas, y los hubo que in necesidad de ellas, pidieron se les advirtiera la forma de remitir el dinero y cantidad que necesitaba, para mandarlo n seguida.

Las pruebas que el *enterrador* incluye en su tercera carta, son la fingida, ó que parece escrita por la emperatriz

Eugenia, sobre papel blasonado con el timbre imperial, en la cual se ve perfectamente imitada la letra de aquella señora (1), que con breves y sentidas frases manifiesta á su madre la desgracia experimentada, y le da relación de todas las joyas reunidas que le envía para que las guarde, por conducto de su secretario particular D. N. N.

La larga lista ó relación de las alhajas, era capaz de deslumbrar al más miope y de abrir el apetito de la codicia al menos egoísta; incluyendo con ella asimismo una certificación muy bien falsificada, provista con el membrete de la Alcaidía de la cárcel, en la cual se hace constar que el preso se hallaba procesado por el robo de las alhajas de la emperatriz, que había sido secretario particular de ésta y que sirvió en el ejército español.

Recibido el dinero, los *enterradores* escribían nuevamente acusando recibo de la cantidad llegada á sus manos, manifestando á la vez, que el Tribunal se había incautado de la maleta que contenía su equipaje y, por consiguiente, su hija no podía verificar el viaje hasta tanto que le fuera devuelta la maleta, que por otra parte no creía que se tardara mucho, ni menos que sorprendieran el resorte secreto que encerraba el plano y demás documentos que dan cuenta del escondido tesoro.

Pasados unos días, dirigían los *enterradores* otra carta, exponiendo en ella la necesidad de entenderse con el actuario de la causa para lograr la maleta, é incluye una notificación (falsa) del Juzgado, en la que constaba el embargo de

---

(1) Es de advertir que los *enterradores* al inventar el *cuento*, no descuidan procurarse los sellos, blasones, escudos, membretes, ó lo que sea de la persona ó personas que aparecen en su historia, como tampoco la verdadera letra y firmas de aquéllas, á fin de que el engaño no ofrezca dudas.

equipaje; además, una supuesta carta de su hija, que manifestaba deseos de conocer al protector de su papá, con el retrato de la misma, comprado en una quincallería cualquiera y escogido de fisonomía inocente y bellísima figura.

Si esta vez el estafado se dejaba llevar del egoísmo ó de la *simpatía* experimentada ante la presencia del retrato, y remitía nuevamente otra cantidad, seguía el *enterrador* inventando contrariedades, hasta que por último *mataba* la correspondencia con la noticia de que el preso se había fugado de la cárcel, noticia que se dirigía al pobre pagano, como cortada de un periódico, y que hacía su efecto.

Después de esto, el *enterrador* escribía la última carta, que remitía á algún amigo de punto lejano, para que desde allí la echase al correo con las señas del *primo*, á quien le explicaba del modo que tuvo efecto la fuga y que procuraría por todos los medios posibles burlar la vigilancia de las autoridades para ir á reunirse con él.

El *primo* quedaba aguardando á que fuera el preso, la niña y el plano, sin que desde entonces volviera á saber nada de ellos.

Su desesperación no reconocía límites.

Habíase forjado toda clase de ilusiones, ya con la posesión de aquella parte de tesoro, que para él no tuvo otro trabajo que el de adelantar algunas cantidades, ya seducido por el retrato de la joven, para quien él tenía el carácter de protector, todas estas ilusiones iban por tierra, comprendiendo que no había sido sino el juguete de algún miserable estafador.

Entonces recordaba lo que sobre este particular había leído en algunas ocasiones, lo que había oído referir quizás, á sus amigos, y se avergonzaba de haberse dejado coger en tan grosero lazo.

Y de aquí se seguía como lógica consecuencia, que callara lo ocurrido y que ni diese parte á la autoridad, ni lo refiriese á sus amigos, para no exponerse á la chacota y al escarnio de ellos.

Precisamente con esto, era con lo que contaban ya los *enterradores*, pues de las personas estafadas de este modo escasamente un veinticinco por ciento, daban parte á la autoridad, de lo que les sucediera.





CAPITULO LXXX

Otra estafa ingeniosa

DESPUÉS de la sublevación de Badajoz, que tuvo efecto en Agosto de 1883, á propósito de aquel hecho, se inventó y propagó entre los *enterradores* otro *cuento*, que se supone debió causar muchas víctimas y utilizarse por mucho tiempo, según se desprende de noticias que hemos adquirido por parte de personas que recibieron documentos de aquella índole, sin admitir el engaño.

Como en las cartas que dirigían los *enterradores* por el asunto de Badajoz, se suponían ellos actores en aquella sublevación, y que estaban sufriendo condena por tal motivo, de los periódicos, fueron tomando nombres de individuos que componían los comités zorrillistas de España y á ellos remitieron cartas, como la que insertamos á continuación, haciendo á muchos víctimas del *cuento* inventado.

Véase el contenido de la carta, tal cual fué escrita por algún *enterrador*, y llegó á nuestras manos:

«Señor Don***

»Muy señor mío y correligionario: Me encuentro preso por un hecho político y en una situación por demás excepcional, pues tengo una hija de catorce años de edad, sin más apoyo que el mío en el mundo, próxima á ser expulsada del colegio donde se halla, por no poder pagar la pensión asignada. Este estado, que me desespera, unido al colmo del inícuo trato de que soy víctima en este castillo, más ahora si cabe, que nos gobierna un partido que se llama liberal, son las circunstancias que me impulsan á dirigirme á V., con cuya honradez cuento, para confiarle un secreto de sumo interés, esperando de su caballerosidad que á nadie lo revelará, tanto si acepta como no, mi proposición, que voy á formular con toda la brevedad que me sea posible.

»Siendo capitán habilitado de las clases pasivas de Badajoz, é impulsado por mis ideas republicanas, tomé parte en el pronunciamiento que tuvo lugar el 5 de Agosto de 1883, en la plaza citada. El no responder las demás poblaciones comprometidas á tan glorioso acto, y visto nuestro aislamiento, nos obligó á internarnos en Portugal. Al penetrar en él, se nos notificó que no se nos daría hospitalidad si antes no hacíamos entrega de los fondos que llevábamos, y como sea que obraban en mi poder sesenta mil duros en oro y billetes de Banco, la medida despótica del Gobierno portugués me irritó de tal suerte, que desde luego resolví jugar el todo por el todo, á fin de retener conmigo la respetable cantidad que llevaba encima. Para lograrlo, me interné de nuevo en España, siendo víctima de una persecución tan incesante, que me vi obligado á practicar mil rodeos y contramarchas para

evadir un encuentro con mis perseguidores, hasta que extenuado de cansancio y de fatiga, hallándome una noche en las inmediaciones de esa población (la en que vive la persona á quien se trata de estafar) y á prevención de lo que ocurrir pudiera, en el sitio que me pareció más á propósito, ayudado de un puñal, hice una excavación como de medio metro de profundidad, y después de colocar la suma dicha dentro de mi cartera de viaje, al objeto de resguardar los billetes de la humedad, la sepulté dentro del hoyo practicado, volviendo á dejar el terreno sin señal alguna visible de mi excavación.

»Aguardé que fuese de día, y después de formar un plano detallado del terreno, con las medidas y señales exactas del sitio, para que siempre con facilidad pudiera ser hallado el escondrijo, continué mi marcha, siguiendo sin novedad hasta dos días después, que fuí hecho prisionero, y luego de conducido á Madrid se me sentenció en consejo de guerra á diez años de prisión; condena que me hallo extinguiendo en este castillo, donde por virtud y gracia del Gobierno que nos rige, sigo vejado y sufriendo toda clase de tormentos, desde la incomunicación al hambre, sin duda con el propósito de hacerme declarar donde dejé el dinero.

»Este es mi triste estado. A V. me confío y á su discreción y bondad queda el porvenir de mi querida hija, que es mi vida.

»Comprendiendo que por ahora no me será fácil obtener el indulto, suplico á V. se digne contestarme manifestando si acepta con agrado proteger la intención de mis planes, recogiendo la cantidad de referencia, que, como llevo dicho, quedó sepultada en las cercanías de ese pueblo; para lo cual, comprometiéndose V. á obedecer mis instrucciones, hallará fácilmente y sin trabajo, el sitio y punto exacto en donde

está la cantidad escondida, á cuyo efecto mandaria mi hija á esa, con el plano y demás detalles necesarios.

»Si acepta gustoso mi proposición, cederé á su favor una tercera parte de la cantidad mentada, resultando á su favor la percepción de veinte mil duros libres de todo gasto, sujetándose empero á las condiciones que formulo de la manera siguiente:

»1.ª Reserva absoluta de este asunto, aun con las personas de su más íntima confianza y familia.

»2.ª Anticiparme el dinero que necesite para el viaje á esa, de mi hija y el de una señora que le acompañará, remitiéndolo en la forma que luego expresaré.

»3.ª La extracción ó descubrimiento del dinero deberá V. hacerla en presencia de mi hija, pero no en la de la aludida señora que ha de acompañarla, que ha de ignorar completamente el secreto.

»Luego desearia que mi hija quedara en casa de V., regresando la acompañante tan pronto se haya V. incautado del caudal consabido, al objeto de por su conducto mandarme algún dinero con que atender á mis más perentorias necesidades, interin acordamos ambos lo más conveniente con respecto á lo demás.

»Comprendiendo ha de parecerle inverosimil mi relato, estoy dispuesto á facilitarle cuantos datos sean necesarios identificar mi persona, para que no quede duda acerca la veracidad de este asunto y sean garantia de la, relativamente pequeña, cantidad que deberá prestarme para el viaje de mi hija, que, como dejo dicho, será la portadora del plano y demás datos.

»Al contestarme, ruégole ponga su carta bajo doble sobre, escribiendo mi nombre en el del interior, bien cerrado, y en el del exterior ó de circulación, las señas siguientes:

»Sra. D.ª N. N.

»Calle..... núm.....

»(Lavandera)

»Barcelona.

»Esta señora, que por su cargo tiene entrada al castillo y uede entregarme su carta, es de toda confianza y me serviá para las demás que envíe, creyendo son de mi hija.

»Queda de V. afectísimo amigo y correligionario

q. b. s. m.

N. N.»

* * *

Si en la contestación del *primo* se nota un buen deseo á vor de lo propuesto por el *enterrador*, aun cuando haya alınas observaciones que dejen entrever la duda, entonces *es ın comido*, como vulgarmente se dice, pues hacen desapacer toda clase de sospecha, acompañando á la segunda carque le dirigen, documentos que debe estimar por auténtis quien los recibe, á menos que conozca de cerca la histoı de los *cuentos* ó *entierros*.

En el que nos ocupa y en el mismo caso descrito, los *terradores* remitían al *primo* los documentos que transıbimos á continuación, perfectamente falsificados:

«Registrada núm. 22, folio 19.

»GOBIERNO MILITAR
DEL
Castillo de Atarazanas
BARCELONA

»4|18 Septiembre.

»Pase esta instancia remitida por conducto de ordenanza al primer Ayudante de esta fortaleza, y con vista de los antecedentes del ex Capitán que la promueve, certifíquese á continuación en la forma que se solicita.

»El Coronel Gobernador,

»N. N.

»Ilustre Señor:

»El abajo firmado, preso en este Cast[illo] de su digno mando, con la sumisión y re[s]peto debido á V. S. en la mejor forma

»Suplica se digne disponer por quien c[o]rresponda se le extienda á continuación u[na] certificación de existencia con arreglo [á] la R. O. de 20 de Agosto de 1846, á fin d[e] poder acreditar su personalidad en asunto[s] de familia de su exclusiva incumbencia.

»Gracia que espera merecer de V. S. cuy[a] vida guarde Dios muchos años.

»Barcelona... Septiembre de 18...

»FULANO DE TAL.

»Ilustre Señor Gobernador del Castillo de Atarazanas.

»Don Francisco Gutiérrez Fernández, Comandante graduado Capitán del cuerpo de Estado Mayor de Plazas, y en la actualidad primer Ayudante del Castillo de Atarazanas de esta Plaza del que es Gobernador el Coronel de Infantería D. Enrique de la Peña y Bustamante

»Certifico: que Don *Fulano de Tal*, h[ijo] de Don Joaquín y de Doña Rosa, natur[al] de Zaragoza, viudo, y de cincuenta y d[os] años de edad, se encuentra actualmente en esta fortaleza, extinguiendo la cond[ena]

de diez años de prisión y privación de empleo de Capitán de Infantería, que le fué impuesta en consejo de guerra extraordinario, celebrado en Madrid el cuatro de Diciembre de mil ochocientos ochenta y cuatro, y aprobada por S. A. el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en acordada de dieciséis de Mayo del año siguiente ochenta y cinco, por los delitos de rebelión y sedición contra el Gobierno de S. M. el Rey Don Alfonso XII (q. D. g.) perpetrados en la plaza de Badajoz, el día cinco de Agosto de mil ochocientos ochenta y tres, y ocultación maliciosa y fraudulenta de la cantidad de trescientas mil quinientas doce pesetas cincuenta céntimos, de que se hallaba hecho cargo en concepto de habilitado, en la fecha de referencia, que tomó parte en la sublevación mencionada, y de cuya suma se negó á declarar su ulterior paradero.

»Consta también en la sentencia del ex Capitán *Fulano de Tal*, la prohibición de que su familia pueda residir dentro del término jurisdiccional en que se halle enclavado el destino que el Gobierno de Su Majestad le tiene señalado para la extinción de su pena. Así consta de los antecedentes testimoniales del citado ex oficial, que radican en esta oficina de mi cargo.

»Y á petición del interesado y cumpliendo el superior decreto que antecede, del señor Coronel Gobernador de este Castillo, expido el presente certificado con el V.° B.° de Su

Señoría en la fortaleza de Atarazanas de esta plaza á... Septiembre de 18...—FRANCISCO GUTIÉRREZ.—Hay un sello que dice: *Prisiones de las Atarazanas.—Barcelona.*—Visto Bueno.—El Coronel Gobernador, E. DE PEÑA.—Hay un sello que dice: *Gobierno Militar del Castillo de Atarazanas.—Barcelona.*»

* * *

En la carta en que se acompaña este documento, se pide al *primo* la cantidad que se necesita para el viaje de la niña y señora que ha de ir en su compañía, ofreciendo el *enterrador* un pagaré en garantía del préstamo que suplica.

Algunas veces, para mejor convencerle, incluyen en la misma carta otra de la niña con membrete del colegio (falsificado), en la cual aquélla participa á su padre las privaciones que experimenta desde hace algunos meses, á consecuencia de no satisfacer la pensión estipulada, y añade le conteste con la dirección que le fija (inventada por el *enterrador*), á fin de que las cartas no sean sorprendidas por la Directora.

Esta nueva dirección, que el *enterrador* inventa al objeto de estar prevenido contra el *primo*, si á éste se le antoja escribir á la niña, sirve para que en tal caso vayan á parar á sus manos las cartas que aquél la dirija ó pretenda dirigirla, para así poder el *enterrador* contestar con la misma letra que se escribió la procedente del colegio, firmada por la supuesta hija.

No puede negarse por ningún estilo, la sagacidad y la astucia de que dan clara muestra todos los documentos que anteceden y la manera de llevar el asunto que tienen los criminales que á ellos se dedican.

Las fórmulas de redacción, las tramitaciones naturales

|ue deben llevar esas solicitudes, todo está estudiado y realizado de tal modo, que no hay nada más fácil que caer en ına tentación tan hábilmente presentada.

Un detalle llama la atención en esta clase de estafas.

Siempre los supuestos presos tienen una hija huérfana e madre y que por lo tanto no tiene otro amparo que el de u padre, procurando con esto excitar los generosos sentimientos de aquel á quien pretenden estafar.





CAPITULO LXXXI

Cómo termina la estafa de Badajoz

Si el *primo* remite la cantidad pedida, pasados unos días se le escribe por tercera vez, manifestando el supuesto procesado, que envió la señora de confianza, al colegio, á fin de llevarse consigo á la niña y equipaje, verificando luego el viaje consabido, pero que la Directora se opuso á dejarla salir hasta tanto que se le satisficieran las quince mensualidades que se le adeudaban de pensiones atrasadas; motivo por el cual y en virtud de que dentro de la maleta en que la niña tiene colocada su ropa, existe el secreto que encierra el croquis del lugar donde está la cantidad escondida ó *enterrada*, no sabe qué hacerse, pues si con el dinero recibido satisface las pensiones, luego queda con el inconveniente de la niña á quien habrá de colocar en otro colegio cualquiera, sin los recursos necesarios

para mantenerla, quedando además, sin efecto el viaje que tanto interesa á todos.

En este caso, el estafador, con distinta letra á las dos empleadas antes, una como suya, otra como de su hija, escribe con el mismo membrete del colegio y suscrita por la Directora, otra carta que parece contestación á la que debió escribir el padre reclamando á su hija, en la cual se citan las cantidades que la joven adeuda por su manutención y estancia en el colegio, y que su resolución de retenerla obedece á disposiciones reglamentarias, á las cuales no quiere faltar.

Ambas cartas se dirigen al que se quiere hacer víctima, suplicándole remita la cantidad estipulada en la carta de la Directora, ya que con esto se logra inmediatamente hacer todo lo que importa á favor del asunto concebido.

Añade, además, que según noticias que ha podido adquirir, la resolución de la Directora es más bien obra de cierto cura, que frecuenta muy á menudo el colegio, y tiene conocimiento del sumario que se le siguió, y que tal vez á esto obedezca la retención del equipaje más que á otra cosa, fundando la sospecha de que la intención del cura puede dirigirse al deseo ó curiosidad de registrar la maleta y demás equipaje de la niña, por si halla vestigio alguno referente á los fondos que se citan en el proceso.



Si movido por el interés de este nuevo *cuento*, el *primo* manda la cantidad fijada por la Directora, el *enterrador* sigue el curso de la estafa, inventando cada vez nuevos *cuentos* á fin de dar largas al asunto.

Al contestar que ha recibido la cantidad para satisfacer las cuentas del colegio, refiere que la niña ha caído enferma y que tan pronto se restablezca se pondrá en camino, acom-

pañada de la señora antes mencionada, dándole anticipadamente aviso de su salida.

Unos días después, escribe nuevamente el *enterrador* diciendo que la niña se ha puesto grave, que su desesperación por el estado de aquélla llega al colmo, é intenta jugar un albur, puesto que para nada le importa la vida y la fortuna si pierde á su hija. Que no fía al papel la resolución que tiene tomada, hasta conocer el éxito de la misma; le recomienda asimismo deje de escribirle y espere tranquilo los acontecimientos que surjan por consecuencia de su decidido empeño, en la seguridad de que, suceda lo que quiera, él cuidará, en un último y fatal resultado, que el dinero remitido le sea devuelto debidamente.

Más tarde, el *enterrador* escribe con lápiz otra carta muy lacónica, manifestando al *primo* que va á fugarse del castillo y que ha entregado su escrito á la lavandera para que ésta se lo remita. Que si pasados cuatro días no ha recibido carta suya, será señal de haber sucumbido en la fuga, que ha de valerle la libertad ó ha de costarle la vida; en este caso, le súplica ampare á su hija, yendo al colegio por ella; que recoja su equipaje y con auxilio de lo que *ya sabe*, reunido el capital, entregue mil duros á la lavandera que ha cooperado en su empresa, disponiendo de lo demás á su antojo, ya que á él confía el porvenir de su hija querida, por la cual va á arriesgar la vida en aquellos momentos.



Este papel ó carta que el *enterrador* estruja entre sus manos expresamente, metiéndolo dentro del sobre en el que constan las señas del *primo* trazadas en malísima letra, ofrece á los ojos de este último, la veracidad de la cosa y queda en suspenso esperando con ansia saber el resultado de la atrevida fuga.

Dos días después, recibe el *primo* una carta escrita con igual letra á la contenida en el sobre de la anterior, que figura ser de la lavandera.

En ella le da cuenta de la fuga del ex capitán sublevado en Badajoz, y de que no compareció éste al sitio por ambos convenido; motivo por el cual no teniendo noticia alguna de su actual paradero, suplica al *primo* la dispense el obsequio de decirla si él lo sabe, y en este caso, le manifieste en su nombre, no olvide los muchos y buenos servicios que le ha prestado.

Otra carta sigue á la anterior como escrita de la lavandera, en la cual le da cuenta ésta de hallarse presa á consecuencia de haber encontrado la autoridad militar indicios de que ella había protegido la fuga del ex capitán. Manifiesta sufrirá resignada su suerte sin comprometer á nadie, esperando que el fugado sabrá recompensar debidamente los servicios anteriores y la penalidad que por su causa experimenta. Finalmente, dice, ha sabido que la niña falleció en el colegio y le ruega lo participe al infortunado padre, si es que ha sabido ó sabe su paradero.

La última carta la escribe el *enterrador* con la misma mano que trazó la primera y con la firma del ex capitán. En ella cuenta al *primo* las peripecias de su fuga de la fortaleza de Atarazanas, y la desesperación que experimentó al tener noticia de la muerte de su hija, que le tuvo un buen número de días en un abatimiento inexplicable, motivo por el cual no le había escrito antes; que ahora lo verifica por reclamarlo así la violenta y comprometida situación en que se encuentra; que á dicho fin, le suplica no le desampare y haga el último sacrificio por salvarle, ofreciéndole en premio á sus virtudes y á la generosidad practicada en su favor, la mitad de los sesenta mil duros consabidos.

Cuenta que se halla en una fonda de la población desde la cual escribe, y sin recursos de ninguna especie, por haberlos agotado con los gastos de la enfermedad y entierro de su hija, pago de lo que debía en el colegio y demás que le ofreció la fuga y viajes practicados; que no le es posible continuar allí, sin exponerse á un contratiempo que daría por resultado la mayor de las desgracias y la pérdida de la maleta que lleva consigo. Que por consiguiente era preciso jugar el todo por el todo, ó mandándole á vuelta de correo, una cantidad bastante á sufragar los gastos de la fonda y de viaje para llegar al pueblo (el del *primo)*, con más una cédula para viajar más seguro, ó entregarse él á las autoridades, dando á éstas cuenta del punto donde tiene escondidos los sesenta mil duros. Que de poder realizarse lo primero, convenía que á vuelta de correo le mandase el dinero que necesitaba y la cédula, procurando hacerlo en billetes de Banco y sin certificar, bajo la dirección que le incluía. Concluye la carta mostrándose altamente satisfecho y agradecido por todo lo que había hecho en su favor, y que esperaba ansioso poder reunirse con él para compensarle, tal cual merecía su excesiva generosidad.

Esta es la última carta con que el *enterrador* termina el *cuento*, y si recibe, como sucede la mayor parte de las veces, el dinero y la cédula, ya no contesta haberlo recibido, dando por concluído su negocio.

El *primo* queda esperando en vano la llegada del fugado, y pasados muchos días, pensando en si éste ha caído enfermo ó le sucedió un nuevo percance, decide escribir á la lavandera, por si tiene noticias de su paradero. Tampoco de ésta recibe contestación, hasta que por fin comprende que ha sido víctima de una estafa.



CAPITULO LXXXII

Seguimos tratando del mismo asunto

ASOMBRA verdaderamente, la destreza de que daban gallarda muestra los que inventaron y practicaron las referidas estafas y otras muchas que fuera pro› enumerar, y más que todo la habilidad para ir buscando codicia, la ambición ó la credulidad, como factores que ayuden á realizar el negocio.

Si en las cárceles hubiera la debida vigilancia, si como ıchas veces hemos dicho, el personal del servicio interior, ese servicio que está casi en íntimo contacto con el preso, compusiera de individualidades á prueba de corrupción, ,e tuvieran en cuenta las comunicaciones del preso con el erior, muchas de estas estafas y de otras varias, se evitan.

Por supuesto, que también toda esa larga é interminable

serie de *primos*, cómplices inconscientes de los estafadores, han tenido gran culpa en la propagación de aquellas estafas.

Si desde los primeros momentos en que reciban cartas semejantes diesen parte á la autoridad, y de acuerdo con ésta y con el sigilo necesario, se siguiera la correspondencia, quizás se llegaría al descubrimiento del verdadero origen.

Mas en vez de esto, han creído los que tales misivas recibían, que era mucho mejor tratar de apoderarse de lo que se les ofrecía, y tras este cebo, fueron dando alas á los estafadores.

Castigados quedaban, desde luego, pero mayor castigo merecían todavía, puesto que al aceptar lo ofrecido, se hacían solidarios de un robo, porque el dinero ó las joyas prometidas no pertenecían al que las había ocultado, y al participar de ello, incurrían indudablemente en el castigo que las leyes determinan para los cómplices de un delito.

Comprendemos muy bien, que de buena fe no entraba ni entra nadie en asuntos de este género, y por lo mismo no basta con que la pena la lleve el *primo* en la cantidad que le estafan, sino que debe sufrir la que su misma culpa lleva aparejada.

Algunas de estas víctimas más reflexivas y de mejor criterio, teniendo en cuenta el ridículo por que pasarían al referir lo ocurrido, lo ocultaban, sirviéndoles lo pasado de experiencia para lo sucesivo; pero otras, menos afortunadas, por no saber consolarse, daban conocimiento del hecho á las autoridades, que no castigaban al que era cómplice en la estafa, y que raras veces daba con el criminal, encontrando á lo sumo á los auxiliares inconscientes del *enterrador*, personas infelices y de buena fe, que sin darse cuenta de ulteriores resultados, eran guardadores de cartas que ponían en man-

e persona que les parecía buena y honrada, la cual desapa- ecía como por encanto, tan luego se descubría el *negocio.*

* * *

Con lo que dejamos referido, nos parece bastante para ue el lector forme juicio de lo que es en sí el procedimiento el *entierro*, y que de su historia sabrán valerse los *incau-s*, así españoles como extranjeros, que tan fácilmente se ejan engañar; porque para nosotros el mayor número me- ecen más bien otro calificativo, ya que no es su generosi- ad y el buen deseo de prodigar el bien á un ser desgracia- o, sino su ambición, la codicia, ó cualquier otro móvil, como a hemos indicado, el que les mueve á proteger el crimen.

Es preciso convenir que en este caso la persona, víctima cogida del engaño, no es tal *primo*, sino el cómplice cons- ente del delito que se fragua, pero del que lleva la peor arte.

Si bien se considera, ni aun á aquellos que generosamen- ceden á las pretensiones del estafador, sin otra mira ni nbición que la de practicar un acto caritativo, debiera con- lerárseles víctimas, ni tener con ellos la menor benevolen- a, ya que el desprendimiento de que hacen alarde, podrían npleario mucho mejor protegiendo á desdichadas familias, quienes el infortunio tiene sumidas en la mayor miseria.

«Haz bien y no mires á quién», dice el proverbio. Estamos nformes; mas nunca debe tener aplicación éste, cuando la rsona que suplica nuestra protección ó amparo, en vez de citarnos al ejercicio de un acto de virtud, nos invita á ser s encubridores y copartícipes de un robo perpetrado y en- elto en la sombra del misterio.

*
* *

Lo mismo en los primeros años en que se inventó el *entierro* por presidiarios, como más tarde, y aun recientemente, en que han seguido y siguen explotándole los estafadores libres, — algunos, *caballeros de guante blanco,* — ha habid casos en que se ha descubierto á los criminales *enterradores* ya sea por la torpeza con que han llevado á cabo su plan, y por haber llamado la atención de los que velan por la seguridad pública, la continuidad de recibir cartas certificadas personas de humilde posición, las cuales aceptan por la complicidad de aquel acto, la dádiva del apuesto *caballero,* convencidas de que las cartas en cuestión, no encierran otro misterio que el de unas ilícitas relaciones amorosas.

Sin embargo, los funcionarios verdaderamente prácticos del ramo de policía, hicieron en varias ocasiones descubrimientos de este género, que llevaron consigo el castigo de sus autores.

El escarmiento que sufrieron algunos de éstos, introdujo la reforma ó variante de hacerse dirigir las cartas sin certificar, á dos puntos diversos, encargando muy encarecidamente á los que trataban de estafar, de Francia, Italia é Inglaterra, que al remitir las cantidades pedidas lo verificasen en billetes del Banco de Londres, cortados por la mitad, introduciendo cada una de estas mitades dentro de distinto sobre y con dos direcciones opuestas.

Con este procedimiento evitaban á la vez dos contratiempos: el de llamar la atención de la más perspicaz vigilancia y el de que ningún empleado de correos se enterase ni apropiara de los valores remitidos.

Como los billetes del Banco inglés son admitidos al cam-

bio, aun estando rotos, esta circunstancia ha venido favoreciendo la impunidad de los *entierros*, de tal suerte, que son muchos los estafadores que se han dedicado á ello.

*
* *

La ligera descripción de las estafas que acabamos de mencionar, y las consideraciones que nos han sugerido, nos han hecho suspender la conversación sostenida por Marcelino y Ramón, que precisamente se ocupaban del modo de cambiar el procedimiento del *entierro*, más en harmonía, digámoslo así, con los adelantos del dia.

Marcelino habia aprendido mucho en la escuela de Matasanz; Ramón llegó también á adquirir algunas nociones, y uno y otro soñaban con el robo á la alta escuela, el robo en grande escala, que al menos, como ellos decían, si llegaban á cogerles, les quedara ya un gran capital, del cual, desprendiendo algunas migajas, consiguieran con ellas tapar la boca de quienes les pudieran perjudicar.

Y como desgraciadamente hoy, no sólo en nuestra sociedad, sino en la de los demás países, que no hemos de dar el triste privilegio al nuestro, de que en él solamente es donde los bribones campean libremente, Ramón y Marcelino buscaban el medio de hacer lo mismo.

—No tiene V. más que ver,—decía el segundo,—ese rico banquero D. Tomás de la Cadena, ¿sabe V. cómo hizo su fortuna?

—Algo he oido sobre el particular.

—Pues tomando contratas de carreteras y trozos de vía, en los ferrocarriles. Las carreteras se llenaban de baches al poco tiempo de estar sufriendo el paso de carruajes, las alcantarillas se hundian, pero él se habia *compuesto* con el in-

geniero, éste las declaraba en buen estado, y adelante con los faroles. Después tomó la contrata de diversos trozos de vía férrea; los terraplenes estaban formados con haces de leña, sobre los que se echaba el material; los desmontes se hacían sabe Dios cómo; puesta en explotación la vía, hubo gran número de siniestros, pero ¿qué importaba? La cuestión fué que él hizo muchos miles de duros y después empezó á negociar con el gobierno, y véale V. hoy.

—¡Toma! ¡toma! ¿Pues y D. Cosme Calzadilla, con la moneda falsa? Cuatro ó cinco infelices están en presidio purgando lo que él gasta hoy. Desengáñese V., Marcelino, esas grandes fortunas no se han hecho ni pueden hacerse honradamente, como dicen los tontos, en el corto espacio de una treintena de años.

—Demasiado que lo sé. Aquí lo que debemos buscar es un medio para hacernos ricos en pocos años.

—El público, en general, no es más ni menos que el cuervo de la fábula,—repuso Ramón que tenía sus puntos de erudito.—Samaniego, dijo una gran cosa: Adular á la muchedumbre, fascinarla, y ella suelta el queso en seguida.

—Por supuesto, que ya está todo el mundo muy escamado.

—No lo crea V. Yo soy más joven que V., y como regla general, me atrevo á decirle que, por cada individuo que desconfíe y ya no sea posible arrancarle una peseta, vienen al mundo diariamente ciento, que se dejan engañar con facilidad.

—Sí, pero ¿cómo se les engaña?

—Ahí está el *quid*. Eso es lo que debemos buscar, la forma de dorar la píldora. Hace años, en Madrid, se presentó una señora que hizo un *timo* colosal. Hubo alguien que vió claro y se retrajo de llevar los fondos á su casa, pero la ma-

yoría se fueron tras de la fabulosa ganancia prometida, hasta que llegó el gran *puf*.

—Y mire V. que aquello podía cualquiera presumirlo.

—Es lo que le digo. La manera de presentarlo.

***

Nuestros dos hombres de *negocios*, no carecían de razón. Dadas las corrientes de nuestra sociedad, el verdadero bribón, es decir, el que sabe producirse con entera corrección, que sabe darse tono, aparentar mucho, hablar de grandes capitales y fascinar á los que le escuchan, consigue cuanto desea.

Es verdad que suele tropezar á lo mejor de su brillante carrera, y desde la carretela en que hacía pública ostentación de su riqueza va á parar al sombrío calabozo de una cárcel, pero ¿qué importa? De la cárcel se sale, como ellos dicen, si se entiende un poco la aguja de marear, y una vez libres, buscan otro teatro donde exhibir sus habilidades.

En cambio, el *tonto*, es decir, el hombre honrado, el leal, el modesto, el que no se atreve á dar un paso que pudiera perjudicarle, es desconocido, se le desdeña si pretende presentarse en cualquier parte, no consigue salir de su esfera, y á veces se ve envuelto en algún proceso, quizás por haber tratado de hacer un bien, y para ese desdichado hay cárcel para mucho tiempo si no llega á ser conducido á un presidio.

Lo bueno, lo digno, lo virtuoso, suele ser desconocido en nuestra sociedad, del mismo modo que en soberbio jardín es desconocida y desdeñada la humilde florecilla.

En cambio, la camelia, altiva, orgullosa, espléndida en color y en tersura, llama la atención y atrae las miradas,

aun cuando carece de olor. Lo mismo exactamente que en el vividor social, en el cual todo es apariencia, todo es cabeza y nada corazón.

Es muy triste tener que confesarlo; es una verdad muy amarga, pero una gran verdad, que en nuestra sociedad en el día sólo se rinde culto al que tiene dinero, sin entrometerse nadie en averiguar cómo y de qué manera le adquirió.

El que no le tiene, así sea el prototipo de la honradez y del pundonor, es totalmente desconocido y desdeñado.





CAPITULO LXXXIII

Dos hombres aprovechados

RAMÓN y su compañero, daban vueltas en su cabeza á varios proyectos, que iban desechándoles al poco tiempo de concebidos, porque no les aban el resultado apetecido.

—Si pudiéramos formar una buena Sociedad para hacer randes operaciones de banca, préstamos, compra y venta el papel del Estado, giros, etc., etc., me parece que habriaos puesto una pica en Flandes, como se suele decir.

—¡Ya lo creo! Pero eso necesita mucho dinero.

—No, el dinero lo han de poner los otros. ¿Comprende V.?

—¡Ah! si; los accionistas.

—Al principio, no señor. Han de poner el dinero los tons. Hemos de empezar por el Banco de préstamos y la Caja e capitales.

—No comprendo bien...

—Mire V. Hace años, en Madrid se establecieron un gran número de Sociedades, cuyos fundadores maldito si tenían una peseta. Eran espabilados, eso sí; anunciaban la Caja de Imposiciones y Descuentos con mucho bombo, manifestaban que en el Banco Español tenían hecho un depósito de uno ó dos millones para garantir las operaciones, y esos millones estaban representados por pagarés ó cosa por el estilo, de ellos mismos. Buscaban diez ó doce nombres de grandes personajes políticos, que á la sazón estaban muy tronados, les daban su sueldo correspondiente y formaban el Consejo de Vigilancia. Esto producía efecto. La gestión estaba asegurada con la inspección de aquellos señores y los incautos iban llevando allí sus capitales, sus economías, sus ahorros, el fruto de sus privaciones y de sus trabajos, hasta que el día menos pensado, todo se lo llevaba la trampa.

—También hoy hay algo de eso.

—Mucho, amigo Ramón, mucho. De aquí el que debamos pensar en ello.

—Por mi parte, si tiene V. algún proyecto de ese género, ya le estoy apoyando con todas mis fuerzas.

—Yo quisiera un proyecto mixto.

—¡Hombre! ¿Qué quiere decir eso? Explique V. ese proyecto.

—Formada la Sociedad, eso nos permitiría alternar con cierta clase de gente rica, frecuentar sus casas y enterarnos de la distribución de ellas, sitios donde guardan el dinero y...

—Ya; para que después otros de nuestros compañeros...

—Justo. No muchos. Con tener un *ingeniero*, tenemos ya lo bastante.

—¡Un ingeniero! ¿Y cree V. que un individuo de esos cuerpos, quisiera entrar en sociedad con nosotros?

—No, amigo Ramón; no es de esos ingenieros de los que o hablo; es de los ingenieros que tenemos en nuestra socie-ad especial, en nuestro mundo.

—Eso es otra cosa. Ahora voy comprendiendo.

—En ese mundo, al cual en realidad pertenecemos, puesto ue ya hemos dado más de una muestra, hay de todo cuanto odamos necesitar para llevar á cabo nuestros propósitos.)e todos esos auxiliares, podemos valernos, pero en el me-or número posible.

—Desde luego, porque mucha gente suele ser perjudicial.

—Mucha gente para la guerra. Para nuestro propósito, omo he dicho, un ingeniero bueno y tres peones. No es pre-iso mayor personal. Eso sí hemos de pagarles bien.



Como decía Marcelino, efectivamente, en el mundo de la riminalidad, existen aptitudes diversas que se utilizan en oda clase de servicios.

Inteligencias extraviadas que bien por las malas com-añías, bien por abandono de los padres, bien por instintos o corregidos á tiempo, han abandonado carreras, han me-ospreciado honrosas profesiones y han sentado plaza en el jército criminal, llevándole un contingente valiosísimo.

Abogados, escribanos, médicos, arquitectos, agentes de egocios, todas las profesiones, todas las carreras, hasta las nismas artes y las ciencias, han penetrado en ese horrible andemonium, para revestir el mal de formas distintas y acerle doblemente terrible.

Muchos de estos individuos han ingresado en la sociedad lel crimen, ya con las carreras hechas, con los estudios con-luidos, con las profesiones en ejercicio; pero otros lo han

golpes, señalando así el camino que han de seguir los minadores, á medida que van recorriendo la cloaca.

Con la cinta métrica miden el terreno andado, cruzando las vueltas señaladas en el croquis hasta llegar á la puerta del establecimiento, en donde el *ingeniero*, contemplando las joyas del mostrador, con el bastón repite los golpes para que se aperciban de ello sus subordinados *compinches*, que en el mismo sitio clavan un hierro de poco más de un palmo para que les sirva de guía, al cual atan fuertemente un bramante, que de trecho en trecho aseguran con clavos, hasta llegar al punto de partida, para después regresar á la puerta de la joyería, sin necesidad de hacer uso del croquis ni de que se les marque el camino, señalando al propio tiempo los trozos de cloaca demasiado estrechos, que hayan de ensancharse, á fin de dejar expedito el paso para ellos y las herramientas que les sean convenientes para el trabajo que han de emprender.

Nada importa á la consecución de sus fines, el pasar más ó menos días en la operación empezada, que llevan á cabo con todo el estudio y maestría que el caso requiere, dándose casos en que, por no encontrar la vía más corta expedita, se internan por otras calles en busca de cloacas de capacidad, que les conduzca al término de su viaje, sin tropezar en obstáculos de ninguna especie.



Llegados sin estorbo al pie de la puerta de la joyería, platería, relojería ó lo que sea, empiezan la mina que ha de introducirles al punto deseado, y van escarbando por lo alto hasta tanto oyen, aunque imperceptiblemente, las pisadas de los que están dentro del establecimiento. A veces, para

conocer que han perforado bien y tener completa seguridad del trabajo verificado, el *ingeniero* entra en la joyería con pretexto de comprar alguna alhaja, y como quien juega con el bastón, da golpes al suelo.

En cuanto esto sucede, comprendiendo ya la situación en que se encuentran, vuelven á la tienda que alquilaron esperando la hora oportuna en que ha de quedar sola la joyería, para entonces ir, romper el subsuelo, penetrar en ella y robar cuanto está al alcance de sus manos, sin descuidar de escoger lo que les parece de más valor.

Por el mismo sitio que penetraron, regresan á las cloacas y á la tienda alquilada, que abandonan, yéndose cada uno por su lado, después de haberse repartido los efectos robados.

En Madrid, hay conductos de comunicación con la red de alcantarillas que contiene, vigilada día y noche por una ronda especial que va perfectamente armada.

Los ladrones que se atrevan allí á ejecutar un robo de esta índole, precisa que vayan provistos de buenas armas con que defenderse.

Sin embargo, como los *espadistas* son poco amigos de resistir á la autoridad ni á nadie, apenas se verifica robo alguno de esta especie, á menos que sea, contando con la seguridad de que ha de salirles bien, ya porque pueden penetrar por parte segura en establecimiento que el dueño tiene abandonado, ya porque á veces algún infiel dependiente les ayuda en la empresa.

Por otra parte, como éste es bien conocido y desde luego queda en evidencia, es causa de que la historia registre pocos robos de esta clase.

Mas no por esto, ha dejado varias veces de intentarse.

Lo que sí debemos consignar, es que la llamada ronda de

alcantarillas, está muy prevenida siempre, y se ha dado más de un caso en que ha sostenido verdaderas batallas, en aquellas extensas galerías, con los ladrones.

En Barcelona se han verificado varios robos por el sistema que dejamos expuesto, siendo muy notables las minas abiertas con este objeto, y que demuestran desde luego la habilidad é inteligencia de aquellos *ingenieros* del crimen á quienes aludía Marcelino.

De aquí, que recomendamos la mayor vigilancia en establecimientos que encierran objetos de poco volumen y mucho valor, que son los que excitan la codicia de los amigos de lo ajeno.





CAPITULO LXXXIV

Cuatro pies para un banco

Pocos días después de la conversación y de las explicaciones anteriores, Ramón se encontró sorprendido una tarde con la visita de Marcelino, al cual acompañaban dos caballeros que le presentó, diciendo:

—Amigo mío, tengo la satisfacción de poderle presentar á mis antiguos amigos D. Joaquín Alcázar y D. Rufino Montero, que han llegado á Barcelona hace pocos días, con quienes he hablado de nuestro proyecto y que desearían asociarse á nosotros.

—Celebro muchísimo,—repuso Ramón,—conocer á estos señores, y basta que sean amigos de V. para que yo también les conceda mi amistad.

—Mil gracias, — contestaron los nuevamente presentados.

Nadie, al verlos, hubiera podido suponer que fueran de famosos criminales.

Rufino tenía unas manos de oro, según decían sus íntimos, para toda clase de falsificaciones.

Varias veces le habían cogido, pero tal era su habilidad, que generalmente salía bien ó, cuando menos, sirviéndole de pena el tiempo de la prisión sufrida.

Rufino había sido en sus primeros años, un calígrafo de primer orden, cuyos trabajos fueron muy elogiados y le proporcionaron algún dinero.

Mas por desgracia era jugador, y con poca fortuna, y lo que ganaba trabajando desaparecía en breve, sobre el tapete verde.

Camino es este que predispone para toda clase de faltas, faltas que á veces llegan á convertirse en crímenes, y Rufino empezó por poco para concluir por mucho.

Elogiábase, como hemos dicho, su habilidad con la pluma; y hubo algunos que le propusieron ligeras falsificaciones, que le abrieron los ojos, como vulgarmente se dice.

—¿Por qué no he de hacer yo para mí, lo que hasta ahora hice para los demás?

Y una vez que este pensamiento se le ocurrió, ya no trabajó para sus parroquianos.

Comenzó á estudiar procedimientos; tuvo la paciencia de ponerse á aprender la litografía para conocer las tintas litográficas, los papeles, las combinaciones, y cuando todo lo supo, cuanto á este conocimiento práctico pudo añadir lo que adquirió con el estudio de la química, dió sus primeros pasos con la falsificación de una letra que extrajo de una carta.

Él mismo tuvo el valor suficiente para presentarse con ella al cobro, se le pagó sin dificultad alguna, pues también

había falsificado la cédula personal con el nombre de la persona á quien iba dirigida la carta y la letra, y nadie pudo descubrir quién había sido el autor de la audaz falsificación.

*
* *

Semejante ensayo le alentó y comenzó á frecuentar el trato con ciertas gentes, y una falsificación de papel del Estado, fué la operación que siguió á la anterior.

También tuvo un gran éxito. Rufino cobró su parte y se apresuró á marchar al extranjero.

Allí perfeccionó sus conocimientos; pero al regresar á España, como que al fin y al cabo habían caído en poder de la autoridad alguno de los individuos que con él entraron en aquel negocio, le denunciaron, le cogieron y le llevaron á la cárcel.

Felizmente su precaución le salvó.

Los efectos que había adquirido en el extranjero, para muchas de las falsificaciones que tenía en proyecto, fueron consignados á nombre de una mujer que había sido su nodriza, que habitaba en Chamberí y que le profesaba un cariño extraordinario.

En su equipaje no llevaba nada que le pudiera comprometer.

En su defensa desplegó una habilidad extraordinaria, hasta que finalmente fué absuelto.

Este suceso le hizo ser más cauto.

Sin embargo, la fama de que disfrutaba como peritísimo falsificador, le acarreó nuevos compromisos, si bien le dieron también una gran fortuna.

En una de aquellas cogidas, hubo de conocer á Marcelino

en la cárcel de Madrid, donde también se encontraba és acusado de la falsificación de una letra.

Gran amistad se estableció entre ambos, y Marceli. tuvo ocasión de aprender bastante de su compañero.

Uno y otro salieron de la cárcel y, poco después, seguía rumbo diferente.

Rufino, desde el momento en que por ilícitos medios había conseguido reunir algún capital, empezó á ganar en el juego.

La suerte, que hasta entonces le había sido adversa, l fué favorable después, y como el dinero, sea la que quie su procedencia, es una especie de salvo conducto que en nuestra sociedad facilita el acceso á todas partes, Rufino alternaba con lo más selecto, y figuraba en los teatros, en los toros, en los casinos y en los paseos.

Regía perfectamente un caballo, sabía jugar la navaja, el sable y toda clase de armas, gustaba de juergas y francachelas y excusado es decir, si figuraría en un mundo donde esto ya da abolengo bastante para penetrar.

Marcelino se alejó de su amigo; poco después marchó Barcelona, y ya no volvió á verle hasta pasados algunos años.

Rufino llegó á Barcelona con el propósito de rehacer su fortuna, un tanto quebrantada, así por los gastos que habí hecho como por algunas prisiones que sufriera.

La casualidad le hizo tropezar con Marcelino, y entonces le presentó á su amigo Alcázar, que con él había llegado de Madrid.

* * *

Joaquinito Alcázar, como le llamaban sus amigos, tenía ya sus treinta y tantos años, y había empezado su carrera d

ingeniero de caminos, cuando el juego, las mujeres y los placeres hiciéronle perder los últimos años de la carrera, pusiéronle en mal con su familia y le arrojaron de lleno en la carrera donde dió los primeros pasos, en un café cercano á la escuela y donde concurrían algunos *puntos*, que iban á ver si podian pescar algo.

Joaquin era guapo, y tuvo por queridas á una porción de mujeres conocidas como *mecheras* y *tomadoras*, las cuales fueron poco á poco iniciándole en los misterios del *arte* que ellas practicaban.

Joaquin no habia nacido, como decía, para el robo en pequeño.

Necesitaba lo grande, lo estrepitoso, lo que diera resultado, y como que tenía conocimientos especiales, se hizo director de un pequeño grupo dedicado al robo por medio de las alcantarillas.

Dió algunos golpes buenos, pero también tuvo sus tropiezos, y preso en la cárcel, conoció á Rufino.

Precisamente poco antes de caer Joaquin en manos de la autoridad, iba un día por la calle de Alcalá, cuando una señora que iba á bajar de un carruaje, delante del palacio de la Presidencia, se enredó con el vestido y cayó al suelo.

Joaquin se apresuró á cogerla, diciéndola:

—¡Válgame María Santisima! Y cuanto siento no haber sido yo quien cayera al suelo, en vez de ese *cuerpesito* tan sandunguero. ¿Se ha hecho V. daño, *arma* mia?

La dama, que era guapa y parecía disfrutar de una posición brillante, no pudo menos de mirar al andaluz y sonreirse, diciéndole:

—No, señor; más ha sido el susto que otra cosa.

—¿Y le parece á V. poco lo del susto? ¡Jesús! Pues si tuve yo una tía allá en *Seviya* que de un susto qué sufrió la po-

dome la mano en el hombro, me dijo: «Escucha tú, bu- mozo, ¿quieres que yo te *iga* el por qué tienes esa cara d- viernes santo, en medio de este sábado de *groria?*»

—¿Y se lo dijo á V.?—preguntó Cristina, sonriendo sie- pre, al escuchar la graciosa charla del andaluz.

—¡Y vaya si me lo dijo! Yo la miré sin decirle si, ni n- pero ella tomó mi silencio por aquiescencia y continu- «Mira, *resalao*, por la salud de estos tres *churambeles* de n. *arma* que van *apegaítos* á mis sayas como las lapas á la p- dra, te *igo* que lo que tú tienes es que estás *enamorao* y - sabes de quién.—¿Y tú lo sabes? la dije yo.»

—¿Y lo sabía efectivamente?—preguntó Cristina.

—Pues ahora lo verá V., porque ahora viene lo más g- do del caso. La *mardita* jitana, mirándome fijamente, pr- guió: «Lo que yo te *pueo* decir, es que dentro de poco has d tropezar, y del tropezón que des, resultará la mujer que - quieres.

—¿Y ha tropezado V.?

—Yo no, pero V. fué la que tropezó conmigo.

—Distingo; no tropecé, me enredé los pies en el vesti- y caí.

—Para que yo la cogiera.

*
* *

Puesta la conversación en un terreno tan resbaladizo, fá- cil puede presumirse el diapasón á que se colocaría.

El andaluz era galanteador y atrevido.

La doña Cristina era mujer muy larga y de más larga h- toria todavía.

Las visitas se repitieron, y Joaquín gustó de doña Cris- y ésta se fué aficionando á él.

La dama en cuestión, era catalana.

Y según en Madrid se decia, tales influencias tenia, que no habia gracia ni favor que se propusiera conseguir, que no lo alcanzara.

Esto, como es consiguiente, la costaba algún sacrificio, pero el que había obtenido el favor, lo pagaba bastante caro, y merced á esto, Cristina vivia con lujo y era un gran elemento para obtener mercedes.

Fácilmente se comprende que la unión de estos dos seres no ofrecian grandes dificultades.

Presto no tuvieron secretos el uno por el otro, y Cristina supo lo que era Joaquín y de lo que vivía, y Joaquín conoció el origen de la posición que la otra disfrutaba.

Analizó la situación y le convino.

Una mujer semejante era una mina para él.

Cristina, á su vez, encontró que un hombre como Joaquín le convenía.

Era buen mozo, valiente, atrevido, y en caso necesario sabia hacerla respetar.

Por supuesto que ya sabía ella también hacerse respetar, porque contaba con el apoyo de grandes personajes.

Cuando, como ya dijimos en otro lugar, Joaquín, á consecuencia de cierto *atraco* dado á una joyería de la calle de Espoz y Mina, fué cogido y preso, excusado es decir que su querida se puso á dar los pasos necesarios para sacarle de la cárcel.

Y siendo la mediadora que era, Joaquín salió libre, sin que mucha gente se explicase la razón.

—Vale mucho tener una mujer á la *vera* de uno,—decía el andaluz,—que sepa dónde tiene su mano derecha.

Efectivamente, Cristina no solamente sabía donde tenía la mano derecha, sino también la izquierda.

—Mira, Joaquín,—le dijo un día,—por ahora no es conveniente que te dejes ver mucho por Madrid.

—¿Pues adonde hemos de ir á pasear con tu gracia, prenda?—la preguntó el andaluz.

—A Barcelona. Tú no conoces aquello y allí hay mucho que hacer.

—Me alegro. Rufino se marcha también á Barcelona, y con eso ya estamos tres, que te aseguro que somos tres pies para un banco.

—Sí, pero falta el cuarto, porque sino estaría cojo,—dijo Cristina.

—Es que tú, *nena* mía, sirves por dos.

—Conque está resuelto. A Barcelona nos vamos.

—Tú me servirás de guía.

—Con tal de que no tropieces...

—Si tú me sostienes bien, me parece que no he de tropezar.

—Allí valgo tanto como aquí, ó más. No tengas cuidado.

Así fué como Joaquín y Rufino fueron á Barcelona, y como Marcelino pudo encontrarles, y después de hablar con ellos, les llevó á la casa de Ramón, como vimos al empezar este capítulo.



CAPITULO LXXXV

Múltiples negocios

DURANTE un corto espacio, estuvieron hablando de generalidades, hasta que Marcelino dijo:

—Vaya, señores, me parece que hemos venido aquí para ocuparnos de otra cosa que de las bellezas que encierra Barcelona.

—Tiene V. razón, y si estos señores están enterados de lo que hemos pensado, podremos poner el proyecto á discusión.

—Algo nos ha indicado Marcelino,—dijo Rufino Montero,—pero me parece que el proyecto que Vdes. tenían, es susceptible de muchas variantes.

—Ya lo creo,—añadió Ramón,—como que son infinitas las operaciones que se pueden realizar.

—Puede establecerse la casa,—dijo Joaquín,—en grande escala; puede haber dos compañías, ¿comprenden Vdes.?,

como en la ópera. Dos cuartetos, uno de *primo cartello* y otro más inferior, pero quizás el más importante; es decir, uno para que dé la cara al público y el otro para que trabaje á sus espaldas.

—Que era precisamente,—dijo Marcelino,—lo que habíamos hablado V. y yo. Aquí, el Sr. D. Joaquín Alcázar,—prosiguió,—es un ingeniero de primera fuerza.

—Por todos estilos,—añadió Rufino sonriéndose,—porque tiene una hembra... ¡Vamos, que todavía le supera en lo que se refiere á maestría y á serenidad!

—¡Si aquí estos señores ya la deben conocer!—repuso Alcázar.—Porque en Barcelona, al hablar de ella, pues todo el mundo boca abajo. Ella se trata con capitanes generales, con gobernadores, con magistrados, con la flor y nata de la ciudad. ¡Vaya, que es una barbiana que da el opio al más *pintao*. Se llama Cristina García. Y después tiene una madre... ¡Caballeros, que es de oro!

—Ya sabemos quién es,—repuso Ramón sonriendo.—Precisamente cuando yo era curial, tuve ocasión de verla más de una vez.

—Pues entonces ya sabe V. los puntos que calza, compadre.

—Ya sé que tiene mucho valimiento en la Corte.

—Y por donde quiera que vaya, hombre. Si aquello no es una mujer, sino una bendición *der* cielo, que ha *tomao* cuerpo y forma para causar la perdición de los hombres.

—Pues, vamos, me parece,—dijo Marcelino sonriéndose,—que lo que es V. no debe haberse perdido, sino que por el contrario, debe estar muy bien ganado. Y esto es tanto más de extrañar, cuanto que Cristina no era mujer que se dejara así como así, dominar por las pasiones. Todo lo que hacía era con su cuenta y razón.

—Pues hijo, lo que es de éste, está completamente *balda*.

—Vamos, más vale así.

—Por eso he dicho que el contingente que con esa mujer nemos, es muy valioso.

—Desde luego, y vamos á tratar de la mejor forma que odemos dar á este asunto.

Los cuatro individuos aproximaron las mecedoras, á fin e que de su conversación no se enterase nadie.



Sin embargo, Rosalía, que era curiosa como ella sola, mucho más desde que había escuchado el acento de su país, n.laba rondando por las habitaciones inmediatas, á ver si odia pescar alguna cosa.

Cuando oyó hablar de aquella Cristina, no pudo menos e hacer un gesto, murmurando:

—¡Valiente *perdía!* Lo que es el hombre que la haya coido, buenas *tragaeras* ha de tener. Vaya, que lo que es mi aisano se honra mucho con ese cuerpo. No he de dejar yo ue Ramón se aficione demasiado, porque ella es una *lagarma*, que Dios nos libre.

Sin duda, Ramón debió sospechar que Rosalía anduviera scuchando, porque, buscando un pretexto, salió de la estana, y, efectivamente, vió á la andaluza, á quien le dijo:

—Mira, *nena*, ya sabes tú que no me gusta que te pongas escuchar lo que hablamos. Si al fin y al cabo sabes que yo lo digo todo...

—Sabes que te digo una cosa, Ramón.

—¿Qué?

—Que no me gusta á mí ni poco ni mucho, ese paisano io que te ha traído Marcelino.

—¿Por qué, mujer?

—Por lo de la doña Cristina dichosa, ¿comprendes?. Esa mujer quiere ser siempre la reina y señora allí donde ella está, y después... Vamos, que no me gusta que te trates mucho con ella.

—Que tonta eres.

—Lo que quieras, pero no quisiera verla mezclada en vuestros negocios. Tú sabes que has dicho muchas veces que yo tenía muy buen ojo, y cuando te digo una cosa...

Ramón volvió á encargar á su amada que se retirase, y entró de nuevo en la estancia donde estaban sus compañeros.

—Vamos, señores,—dijo,—me parece que podemos hablar de lo que á todos nos interesa.

—Ibamos diciendo,—repuso Rufino,—que aquí lo que nos hace falta, es establecer una buena asociación que, por una parte, nos permita *timar* en firme á los más gordos, y utilizar los conocimientos que con estos hagamos, para verificar otras operaciones, que no por ser más inferiores, pueden dejar de producirnos también sus ventajas.

—Como que muchas *gotiyas* de cera, forman un cirio, Pascual,—añadió el andaluz.

—¡Pues ya lo creo! Esa también ha sido nuestra mente —añadió Ramón,—y de ese principio partíamos mi compañero y yo, para establecer la Sociedad.

—Es que ahora contamos con otros elementos,—dijo Marcelino,—porque Montero es una especialidad para toda clase de falsificaciones, para la fabricación de moneda falsa...

—Nada, señores, ¡para *to* lo que priva en el dia! ¿No es la falsedad la que reina, de las cinco partes del mundo, y seis y media? Pues eso hace mi amigo Rufino, falsedad y

ıás falsedad. Así lo toman, y hay que dar por el gusto á las ·ntes.

—No me parece mal,—dijo Ramón después de reflexioır algunos momentos,—por más que yo soy el primero en ımprender que eso también tiene sus inconvenientes.

—Según y cómo.

—El día menos pensado se descubre algo, y nuestra casa ; la lleva el demonio.

—No lo crea V.; si las cosas se hacen como deben hacer-, cada uno podemos obrar aislados dentro de nuestros rculos respectivos, y aun cuando estemos unidos para el ·gocio principal, por lo demás seguiremos totalmente seırados.

—Aquí entonces se pueden entablar operaciones diversas. ıas veces facturas, otras cheques, hasta libertad de presos, lsificando las órdenes necesarias. Vaya, que puede hacerse ucho de todo.

—Ahora entro yo,—dijo Joaquín.

—No; el concurso de V. ya me figuro que es importante ır muchos estilos.

—No lo saben bien, porque no es solamente lo que yo ıedo hacer, sino lo que hace Cristina; porque ella para sar cruces, y saben Vdes. que hay en el mundo tanto *memo* ıe por llevar un cintajo da lo que se le pida... Ella tiene trada en todos los ministerios. Y quien dice eso, dice mbién, títulos de nobleza, indultos; vaya, todo lo que se ıiera.

—Ya lo sabemos; pero yo preferiría reservar á Cristina ıra otra cosa,—dijo Ramón después de haber reflexionado ı rato.

—¿Para qué?—preguntó Alcázar mirando á su interloıor.

—Para cuando tengamos algún tropiezo, que en una p·ción como la que vamos á ocupar, todo sería fácil.

—¡Ca! si somos diestros.

—Con toda nuestra destreza, pudiéramos, sin emba tropezar, que castillos más altos hemos visto ir por tie. De todos modos, como que dentro de nuestro negocio en también la obtención de todas esas cosas, aceptaremos cooperación de Cristina; pero los socios fundadores de la c seremos los cuatro, si á Vdes. les convienen las condicio bajo las cuales Marcelino y yo íbamos á realizar este n gocio.

—Me parece que deberíamos hacer otra cosa,—dijo M tero.

—Usted dirá.

—Ustedes formulen un proyecto y condiciones. Nosot formaremos otro y pondremos las condiciones también. D pués nos reuniremos, se leerán los dos, discutiremos respe to á uno y á otro, y veremos cuál es más aceptable, ó s los dos podemos hacer uno.

—No me parece mal,—repuso Marcelino.

—En ese caso, podemos reunirnos pasado mañana.

—Como Vdes. quieran.

*
* *

Efectivamente, el día indicado, los cuatro volvieron á unirse.

En el proyecto de Rufino y Joaquín, entraba como mando parte Cristina, porque en realidad era de importa su cooperación.

Pero Ramón, que no carecía de buen sentido, y que p conseguir que Marcelino estuviera conforme también, opuso diciendo:

—Señores, eso no puede ser. Si damos cabida en nuestra asociación á las mujeres, podemos decir que todo se lo lleva la trampa. Por el contrario, es menester que permanezcan todo lo más lejos posible de nosotros. Obrando ellas aisladas podrán constituir una especie de cuerpo de reserva, utilizable cuando llegue el momento oportuno.

—También yo lo creo asi, — añadió Marcelino. — Porque colocados en ese caso, mi mujer, que sabe mucho en el oficio, que ha dado repetidas muestras de su ligereza de manos, y la de Ramón que no es manca tampoco, querían entrar en parte, y esto seria el cuento de nunca acabar. Dejémoslas estar para cuando convenga utilizarlas, y entonces perfectamente, justo es que tengan su parte de beneficios.

—Nosotros lo decíamos porque nadie mejor que Cristina para...

—Su recomendación, amigo Joaquín, no nos serviría por el momento, si no para hacernos perder más que podríamos ganar.

—Oiga V., compadre,—dijo el andaluz un tanto ofendido por lo que acababa de decir Marcelino.—¿Qué ha querido decir con eso?

—Que en Barcelona es ya muy conocida Cristina, y su posición entre nosotros, podría inspirar cierta desconfianza entre la gente de quien lo esperamos todo. Ella puede ser nuestro agente para determinadas operaciones, agente inapreciable, desde luego, pero dentro siempre de ese terreno. No la saquemos de él. Por otra parte, para el plan que llevamos, no tenemos necesidad de que ostensiblemente figure a nuestro lado. Bastamos nosotros cuatro.

—Eso es verdad,—repuso Rufino.—Si nosotros, según el plan de Vdes., vamos á constituir un Banco donde afluyan las economías de todos, merced al cebo de la ganancia que se

les promete, ganancia que mensualmente perciben, es bi . sencilla la operación.

—Sí, pero después, *quea* la parte que no se ve, y Cristi. puede servirnos para hacer indicaciones, para darnos alg-nas señas que nos son indispensables, en una palabra, q puede sernos muy útil.

—Si yo no se lo niego; más todos esos servicios que ha- que sean con el carácter de retribución especial, como cua.-do haga cualquier cosa la mujer de este ó la mía.

—Está bien, señores, está bien; no discutamos más sob- este particular.

—Ahora, otra observación debo hacer á V., amigo Joa-quín,—prosiguió Ramón.—Sería muy conveniente para l- planes generales, que no se dejase V. ver mucho en públi con esa señora. Es preciso que no se cree atmósfera respe- á la intimidad de sus relaciones con ella.

—Eso ya se lo he dicho yo también,—repuso Rufino. — Y tengan Vdes. en cuenta que yo no conozco este país como pueden conocer los que hace años que están en él.

—Ha de comprender V. que vamos á empezar un negoci en serio, y lo primero que necesitamos es inspirar confianz.

—Estamos entendidos. No insistiré más.

—Ahora,— dijo Rufino Montero,— vamos á ver cómo s- han de emplear los capitales que vayan entrando en la Caja. por concepto de imposiciones voluntarias. Si hemos de dar ese interés crecido que Vdes. dicen, en unos cuantos meses se nos habría ido el capital al demonio.

—Para eso está V.

—¡Yo!

—Sí, señor. Ahí vienen los falsificadores de letras, de fac-turas, hasta de papel del Estado, siempre que la cosa esté he-cha de manera que no tengamos alguna encerrona.

—Mientras que contemos con auxiliares que lo sepan expender...

—Y sobre todo que no sepan de donde procede.

—Eso desde luego. Yo he pensado ya en ello,—dijo Marcelino.—Es preciso que tengamos en Barcelona cuatro casas diferentes, y sobre todo, que no tengan portería.

—Se comprende.

—Si pudiéramos comprar dos casas que dieran á calles diferentes, pero que se pudiesen comunicar por el interior...

—Entonces entraría yo para establecer esa comunicación, —dijo Joaquín.

—Teniendo un par de casas de esta clase, en barrios un poco populacheros, ya se podia hacer alguna cosa. Allí se podría poner una litografía, una herrería, y abriendo comunicaciones desde unos pisos á otros, podrían ser ustedes los dueños de estos establecimientos, y tener cuantos útiles creyésemos necesarios para las diversas operaciones que proyectamos.

—¡Hombre, hombre! Eso sí que es una buena idea y ya veo todo el partido que de ello podríamos sacar.

—No lo sabe V. bien.

—Sí lo veo, ¿no se lo digo? Nada, vamos á ver si podemos conseguir lo que se desea.

—Una vez que tengamos esto, ya podemos establecer la casa bajo la razón social de «Compañía de Crédito Universal». Es un buen título me parece.

—¿Qué capital social hemos de poner?

—Unos cinco mil duros cada uno. Con cien mil pesetas podemos hacer frente á todo.

—Pero esas cien mil pesetas...

—Pueden ser en papel del Estado depositadas en el Banco de España.

—Falsificados por supuesto.

—¿Tiene V. algún trabajo hecho en este sentido?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de papel?

—Acciones de ferrocarriles y títulos del tres por ciento.

—¿Por qué cantidad?

—Por cien mil duros.

—Entonces estamos fuera del paso.

—Por supuesto que tengo yo unos procedimientos para sacar firmas, sellos, membretes, etc., que resultan con una perfección extraordinaria.

—Ya los conozco,—repuso Marcelino.—Es una cosa admirable.

—Vea V. si conoce de estos dos sellos, cuál es el legítimo y cuál el falso.

Y Rufino sacó de su cartera unos papeles que mostró á sus compañeros.





CAPITULO LXXXVI

Los falsificadores

CON profunda atención estuvieron cotejándolos, asi Marcelino como Ramón, concluyendo por decir el primero:

—Pues señor, creo ser perito en la materia, pero francamente no acierto á conocer nada. Especialmente estos sellos en seco, me sorprenden.

—¿Pues y estos de lacre?—dijo Ramón.—Me parece que esto ha de ser para abrir cartas ¿eh?

—Si, estós los hice para unos certificados que traian dos mil quinientas pesetas. Una bicoca, pero en fin, algo es algo.

—Ya lo creo. ¿También tenian Vdes. empleados de correos en el negocio?

—Nosotros tenemos de todo. Mejor dicho, teniamos, porque ahora ya no tenemos nada. Un maldito, por ambición ó

por envidia, ó sea por lo que quiera, se metió por medio y todo lo echó á perder.

—Esas cosas es preciso que las hagan pocos, y si pued ser, uno mismo y nada más.

—Eso fué lo que yo me dije. El buey suelto bien se lam Dos pueden hacer algo, tres ó cuatro bien unidos pueden h cer mucho; mas, ya no hacen nada.

—Pero oye, Rufino,—dijo Marcelino que habia estad examinando el timbre en seco,—¿quieres decirme como es hecho esto?

—A ti si, te lo diré, porque sé que eres mi amigo. A otr me lo callaría.

—Yo conozco el papel *polígrafo* y el de *calcar*, para l firmas y demás membretes, pero esto no puedo imaginar como está hecho.

—¡Cá! Eso de los papeles es ya muy viejo.

—Mira, como que yo no soy joven...

—Se necesita un poco de paciencia y nada más.

—Ya sabes que yo la tengo.

—Por de pronto me parece que se necesita otra cosa ta bién y esa creo que es la principal,—dijo Ramón.

—¿Cuál?

—Inteligencia. Yo, por mi parte, jamás serviria para e clase de trabajos.

—¿No habia V. de servir?

—No, señor. En nuestra profesión lo primero que deben hacer es comprender nuestras aptitudes. No le quepa dud

—Conque, explícame como haces eso.



Ramón sacó cigarros, los cuatro compañeros empezar á fumar, y Rufino explicó á su amigo lo siguiente:

—Ya verás; cuando se quiere sacar un sello en seco, omo tú sabes, éstos forman relieve en la parte superior, nientras que en la inferior queda un hueco, y de aquí que la resión resulte destacada en el papel.

—Yo no trato ahora del timbre propiamente dicho.

—Ya lo sé, hombre. Ahora llegamos á lo esencial. Se coge l papel timbrado y se pone sobre un cristal perfectamente lano, de manera que el papel quede muy tirante y firme. Techo esto, se coge barro del que usan los escultores y se va odeando con mucho cuidado todo el relieve.

—¡Demonio! Sí que es una operación entretenida.

—No lo sabe V. bien.

—Pues ahora empieza,—dijo Joaquín.

—¡Cómo! ¿También V. lo sabe?

—Sí, señor; pero yo no lo practico porque no tengo paiencia.

—Continúa, chico, continúa,—dijo Marcelino.

—El barro,—prosiguió Montero,—se extiende á distancia e un centímetro, poco más ó menos de sus límites, y de un spesor y altura iguales á la misma medida, y se le deja secar. Una vez fuerte el barro, pónese al fuego una pequeña cerola, cuchara de hierro ó de hoja de lata, con azufre en ima, y cuando éste está líquido, sin dejarle hervir, se echa n el hueco que deja el barro, cuidando antes de humedecer relieve del papel con aceite, por medio de un pincel muy no. Verificada esta operación y enfriado el azufre, queda npresa en él la huella del relieve.

—Pues, señor, no hubiera creído nunca que así se pueera hacer eso.

—Es que todavía falta bastante. Una vez terminada esta peración, se ablanda un poco el barro escultóreo, lo sufiente para formar la matriz del relieve, que se obtiene im-

primiendo en él la conseguida por medio del azufre. Seco y
convenientemente, se funde una composición de estaño y
zinc, que ofrece nueva matriz más fuerte que las anteriores y
del mismo grabado que la primera ó sea la de azufre. Fún-
dese luego otra composición más dura, por ejemplo, de es-
taño y cobre; rodéanse sus límites del mismo barro menci-
nado, y se echa encima de la matriz hueca de zinc y estañ
otra más fuerte composición líquida de estaño y cobre q
recibe el relieve por la huella de la primera fundición me-
lica, y así quedan elaborados convenientemente los d
moldes ó matrices que se necesitan para la presión d
timbre.

—Nada, chico, me reconozco un pipiolo al lado tuyo. J-
más se me hubiera ocurrido una cosa semejante.

—Por supuesto que si no hay mucho cuidado, gran pu-
y afición para hacer, es imposible.

—Sobre todo, lo que más se necesitan son ciertos con
mientos, porque si ha de ir uno preguntando aquí y allá, h
ciendo observaciones y sacando consecuencias, no le dig
usted si hay para perder la paciencia.

—Eso es verdad.

—Por lo mismo es preciso estudiar un poco, á fin de b-
carse uno por sí mismo los medios de practicar cierta c-
de operaciones.



Rufino se extendió en algunas consideraciones, satis-
ciendo las preguntas que le dirigían respecto á la manera
falsificar documentos, haciendo uso del papel polígrafo y d
de calcar, extendiendo después con tinta de China la hu
que había dejado el documento, ó la firma que se prete
suplantar.

—Y dime, también quiero saber,—volvió á decir Marcelino,—cómo has podido sacar estos sellos de lacre, tan perfectamente imitados.

—Pues hombre, muy sencillo, con el *caoutchouc* que usan los dentistas. Al calentarlo, queda blando, se aplica entonces sobre el sello de lacre, y queda en él perfectamente grabado. Una vez frío, adquiere la resistencia suficiente para volver á imprimir sobre el lacre, que se extiende de nuevo sobre las cartas certificadas, etc., etc.

—¡Magnífico, chico, magnífico! ¡Pues si aquí se puede hacer un magnífico negocio con eso! Nada, nada, vamos á establecer la «Compañía de Crédito Universal» y nos llevamos hasta la última peseta de todos esos *primos* que van siempre tras el cebo de lo desconocido.

—Yo creo,—dijo Ramón,—que si estableciéramos entre los múltiples negocios que puede abrazar una compañía semejante, algo así como adquisición de títulos de empréstitos, de obligaciones de vías férreas, estableciendo premios por medio de sorteos, esto siempre llamaría la atención, é indudablemente había de atraernos muchos incautos.

—Hombre, á propósito,—dijo Marcelino,—ya que hablamos de eso, precisamente allí, al lado de mi casa, ha venido á vivir hace un mes escaso, un francés que, ó mucho me engaño, ó es un pez tan largo que se pierde de vista. Siempre está hablando de Sociedades, y según parece, debió ser algo en una que hubo en Marsella, la cual quebró, según los informes que yo he podido tomar.

—¡Bueno, y ahora á que viene eso!—dijo Rufino mirando á su compañero.

—Pues viene, á que estudiemos si sería conveniente que llamáramos á ese francés á nuestro lado, á ver lo que le podíamos sacar, de lo que sabe sobre el particular. A mi juicio,

me parece que ese hombre vino huyendo de su país y hasta debe tener nombre supuesto. Como uno ya es viejo y ha visto tanto, todas las observaciones que yo he hecho respecto á mi vecino, me parece que lo corroboran.

—¿Y qué nos podrá enseñar ese hombre, aun cuando fuera lo que te imaginas?—dijo Rufino.—La cuestión está en que nosotros sepamos poner bien el gancho, que todo se andará después. La idea del Banco de Ahorros, para hacer fondos, no me parece mal. Después se hará la evolución que juzguemos oportuna, y como que habremos adquirido crédito, relaciones comerciales y todo lo que necesitamos para tender el vuelo, estoy seguro que tendremos cuanto dinero queramos. Respecto á las condiciones de unión, creo que no hay necesidad de discutirlas, los cuatro podemos ser jefes de una sección, cobrar lo mismo, sin que en asuntos de verdadera importancia para la Sociedad, podamos resolver nada sin el acuerdo, por lo menos, de tres.

—¿Y los trabajos especiales?—dijo Joaquín.—Porque, vamos á ver, todo eso es muy bueno para los que están *encimita* de la tierra, pero yo que tengo que ir á buscármelas por debajo, ¿quieren Vdes. decirme si no estaré en condiciones diferentes que los demás?

—Me parece,—repuso Ramón,—que cuando se trate de algún servicio especial prestado en favor de la Sociedad por cualquiera de nosotros, debe de tener también su retribución particular. Ahora, lo que hemos de combinar es, cuál debe ser ésta.

* * *

Los demás compañeros manifestaron su aquiescencia con un ligero movimiento de cabeza, y desde aquel momento empezaron á ocuparse respecto á la retribución de que disfrutarían en el caso de aquel servicio.

Por fin llegaron á un acuerdo.

—Ya es achaque,—dijo Ramón,—de muchas Sociedades de esas que estamos hartos de ver por ahí, fundarlas con un capital ficticio, y escrituras conozco yo, en que se han vendido ó traspasado ó cedido, derechos de fundadores hasta por cien pesetas, lo cual prueba el ningún capital con que empezaron á trabajar.

—Ahí está la gracia,—repuso Joaquín,—con nada, hacer algo. Esos sí que podían decir aquello de «desnudo salí del seno de mi madre, conque si hoy me encuentro vestido, todo eso he ganado».

—Esa es la máxima de muchos.

—Y yo no quiero que tal puedan decir de nosotros también. Por esa razón, manifesté desde el principio que era menester poner capital.

—Y yo contesté que tenía papel disponible para ello.

—Sin embargo, pensándolo mejor, desde que tal dijimos, me parece que debemos poner dinero, esa es la mejor garantía.

—Para el que lo tenga,—repuso el andaluz.—Pero vamos á ver *cabayeros*, yo que hace ya tiempo andaría pegando *bofetaas* al aire, si no hubiera sido por esa *hijita* de mi *arma* que se cuida de que siempre lleve un duro en el bolsillo, por lo que pudiera ocurrir, ¿de dónde voy á sacar los *parnés* para ese depósito?

—Todo se puede arreglar,—repuso Marcelino.

—Ya se ve, como que se arregló también lo de capa rota, y *cuidaito* que aquello debería ser muy grave, *cabayeros*.

—Pero ¿qué fué eso de capa rota?—preguntó Marcelino, sonriéndose.

—¡Ah! ¿Conque no lo saben Vds.? Pues ni yo tampoco.

*
* *

Riéronse los tres de la ocurrencia de Alcázar, y después dijo Marcelino:

—Quedamos en que pondremos metálico nosotros tres. ¿No es esto?

—Ya verás, es que yo no puedo poner cinco mil duros, como se dijo antes.

—Y yo ni cinco mil céntimos. Pues si no fuera por mi Cristinita de mi corazón, hubiera creído hace mucho tiempo que ya no había por *er* mundo, ni una sola peseta...

—¿Qué dinero puede V. poner?—preguntó Ramón, dirigiéndose á Rufino Montero.

—Pondré dos mil duros. Pero eso sí, es menester que los retiremos en seguida, substituyendo el dinero con algunos pagarés ó cualquier otra clase de documentos, equivalentes á aquella cantidad.

—Estamos conformes. Tampoco quería yo que el dinero se quedase en el Banco de España. Bueno y santo, que para dar el primer paso hagamos un esfuerzo, pero después...

—Después, haremos lo que han hecho otros.

—No,—repuso el andaluz,—nosotros debemos hacer más porque ya somos viejos en el oficio.

—De manera que las mujeres, quedan en absoluto excluídas de nuestra Sociedad.

—Desde luego. Si ya la tienen ellas formada con nosotros particularmente, ¿á qué mezclarlas en la colectividad? ¡No quería V. que tuviéramos mal quebradero de cabeza! ¡Como se conoce que es V. joven todavía, amigo Joaquín. Si tuviera mis años, ya comprendería que la mujer es muy buena si se la sabe mantener siempre á cierta distancia, pero muy mala

uando se la deja aproximar demasiado. ¿Comprende V. lo ue quiero decir?

—Pues no se hable más.

—Una cosa tendremos que hacer, lo primero de todo.

—¿Qué?—preguntó Montero.

—La escritura social. ¿Pueden darse los verdaderos nomres de Vds.?

—No,—respondió Joaquín.—Ya venimos provistos de tos los documentos necesarios.

—Perfectamente.

—Entonces desde mañana á buscar casa, y á montar las licinas.

—Estamos entendidos en todo y por todo.

Redactaron las bases de la escritura social, hicieron la istribución de cargos, y cuando aquella tarde se separaron, a estaban conformes en cuanto habian de hacer desde el guiente dia.





CAPITULO LXXXVII

El Crédito Universal

La Sociedad de que vamos á ocuparnos, puede comprenderse perfectamente que no es más ni menos que una Sociedad de creación nuestra, pero cuya manera de funcionar y cuyos resultados, guardan mucha analogia con algunas otras Sociedades, de las cuales tenemos la seguridad de que gran número de nuestros lectores, han de guardar desagradable memoria.

No vaya á creerse, por lo que aquí manifestamos, que el modelo que presentamos, pretendemos hacer un patrón, por el cual estén cortadas la mayoría de las que hoy están funcionando.

Nada de eso; somos los primeros en reconocer que los hay formadas por personas dignísimas, Sociedades que cumplen admirablemente el fin que se han propuesto, y para l...

ıales no podemos tener ni tendremos nunca, sino elogios y spěto.

Pero no se nos podrá negar, y á nosotros menos, que á ıdie, pues, por razón del cargo que hemos desempeñado, ımos tenido que intervenir en las operaciones de muchas ellas, que se han formado ya con el decidido propósito de ¿er incautos, no pudiéndonos explicar muchas veces, cómo ıdo tan burda la trama, han dejado de verla los que en as han ido á entregar el fruto de muchos años de privaınes y de economías.

De sobra comprendemos que la clase de gente que á estas eraciones se dedica, posee al dedillo la tecnología, la miel e se necesita para seducir á los ambiciosos, á los interesas, á los que por cualquiera razón que sea, les agrada reaır en el menos tiempo posible, una fortuna, con la que en ponerse á cubierto de la miseria, para su vejez.

Con esto precisamente cuentan todos esos vividores de leı, bandidos, á veces más perjudiciales que los mismos que ı un *atraco*, puñal en mano, á las altas horas de la noche las calles solitarias de una ciudad ó en medio del aislanto de los campos.

¡Cuántas lágrimas y cuánta desolación hemos tenido ocaı de presenciar por efecto de los *craks* de determinadas iedades!

¿Pueden apreciarse las consecuencias que para muchas ilias pueden tener esas estafas, encubiertas bajo una formás ó menos legal?

La pobre familia que ha estado ahorrando toda su vida, ı que al morir le quede á su hija una buena dote, y que a noche á la mañana lo ve perdido todo, ¿qué esperanza e ya de restaurar su fortuna, para dejar siquiera un pe- de pan á la que diera el ser?

Ninguna. ¿Y qué resulta de esto?

Que la pobre muchacha tiene que buscar en el trabaj manual, no sólo el pan para ella, sino para sus padres, y sabido es lo que hoy reporta el trabajo de la mujer.

Un día, el desfallecimiento se apodera de ella, y uno esos piratas de guante blanco, la seduce, la ofrece una existencia dichosa, el lujo, los placeres, la abundancia, y cede infeliz, y aquella pobre familia que antes había tenido q llorar la pérdida de su fortuna, entonces tiene también q llorar la pérdida de su honor.

* * *

Repetimos que hemos tenido necesidad de presen muchos cuadros de este mismo género, cuyo origen le mos encontrado en la estafa, en la maldad de muchas esas Sociedades creadas, según dicen, para guardar y be ficiar el ahorro del pobre, y sólo sirvieron para lucrarse ello, los fundadores.

Tal vez al dar los patrones de esta clase de Socieda así como al describir minuciosamente la forma de dar t de hacer *entierros* ó de dar un *atraco*, se nos diga que fa tamos, que propagamos esos conocimientos, y que nue libro es una especie de cartilla de procedimientos altam criminales.

Los que tal digan, no comprenderán sin duda, que el dico para proceder á la curación de una úlcera gangren lo primero que tiene que hacer, es descubrir esa úlcera y las proporciones que ha tomado, los tejidos que interes gravedad que reviste; pues no siendo así, difícilmente dría aplicar la medicación necesaria.

Lo mismo nos sucede.

No pretendemos, ni mucho menos, echárnoslas de médicos, para extirpar el terrible cáncer social que corroe nuestra sociedad; pero meros narradores y algo observadores, siquiera por lo mucho que hemos visto, para que se pongan en guardia nuestros lectores, tenemos necesidad de descubrirles cómo se forma esa úlcera, cómo se propaga el mal y qué medios son los que se podrían emplear para combatirle.

Quizás nuestras explicaciones con respecto á la falsificación de documentos y construcción de moldes explicados, sean objeto de censura por parte de algunos preocupados, perturbado su criterio con la idea de que ellas instruyan á los criminales.

Pero no tendrán en cuenta que ni nuestro ánimo ha sido éste, ni mucho menos nuestra opinión la suya; pues si bien es verdad que los malos pueden aprender algo que favorezca sus criminales instintos, que por otra parte no lo necesitan, atendido á que cuentan con excelentes cátedras para ello, dentro de los establecimientos penales, también es cierto que detiene en mucho su acción, el pensar que los más tienen conocimiento de las tramas y engaños de que se valen para esquilmar al prójimo, resultando, á la vez, que para los buenos deja de ser un misterio cuanto ellos fraguan en la sombra.

Teniendo muy presente el adagio de «hombre prevenido vale por dos», nos daremos por muy satisfechos si conseguimos que las personas honradas acepten con agrado este libro, no por lo que vale, sino para que le utilicen y les sirva de escudo contra toda asechanza criminal, ya que tan listos y tan fecundos en recursos muéstranse siempre los que á estas infames industrias se dedican y que abundan en nuestro pais.

*
* *

La experiencia nos ha enseñado, que por desgracia, pa
el crimen, siempre se encuentran favorecedores.

Por triste que sea decirlo, por doloroso que nos parez
á nosotros mismos, hemos de confesar, que para la prá-
tica del bien, hemos visto muy pocos que ayuden, y si l
hacen, es poniendo tanta clase de trabas que hasta evita
que muchos persistan en la senda que emprendieron.

En cambio, para el vicio, llano se encuentra generalmen
el camino.

La sociedad se muestra muy indulgente con ciertas faltas;
el criminal encuentra por doquiera favorecedores, encubr-
dores, cómplices, que como todos lucran alguna cosa, n
tienen escrúpulos para ayudar, para facilitar medios y par
excusar á los que les gratifican más ó menos, según la im-
portancia de lo que hacen.

De aquí, que las criadas de servir, los carteros, los em-
pleados en las oficinas del Estado, los dependientes de co-
mercio, los mozos de estaciones de ferrocarriles, los escr-
bientes de juzgados, si no son también los escribanos, l
abogados, los médicos, todas las profesiones, todas las c-
rreras, todos los oficios aportan su contingente á la crimin-
lidad, que no se muestra avara con ellos y que les da much
dinero á ganar.

La casa de préstamos, que se muestra inexorable con
infeliz que ha llevado un bulto de ropa á empeñar para co-
mer, y que se lo vende sin piedad apenas expirado el pla
del empeño, no vacila en adquirir la alhaja que le lleva
ladrón, la oculta, dificulta á veces la acción de la justicia, y
simpatiza más con el vicio que con la virtud.

Más fácilmente adquiere el criminal documentos que acrediten la personalidad que le conviene, que el hombre honrado puede adquirir esa cédula personal, cuando por un accidente cualquiera la pierde ó la destruye.

Un desgraciado se presenta á pedir un destino, ofreciendo como única garantía para su desempeño, la honradez de toda su vida, una conducta intachable y un afán de trabajo extraordinario, y apenas si consigue ser atendido.

En cambio, el libertino, el vicioso, el que sólo apetece el sueldo para *juergas* y diversiones, encuentra recomendaciones, se presenta con desparpajo y altivez, y es atendido.

Un infeliz roba un pan para satisfacer el hambre que le acosa, ó dar un pedazo á sus hijos, y es conducido á la cárcel, confundido con la chusma, y allí se eterniza meses y años, si á mano viene, por una causa tan insignificante.

En cambio, el estafador en grande, el que ha causado la ruina de cien familias, si llega á ir á la cárcel, va á parar á una habitación de preferencia. Como tiene dinero para tirar, de nada carece, los carceleros le sirven satisfechos, y sale al poco tiempo de la prisión, porque la causa se ha tramitado con sorprendente rapidez.

En resumen, la sociedad en general, es el cómplice principal que tiene el vicio, que tiene el crimen, y, sin embargo, esa misma sociedad se lamenta y se queja, y acusa, cuando sobreviene un acontecimiento que la hiere, sin tener en consideración que ella ha sido, está siendo y será, desgraciadamente, la primera culpable.

Para cortar de raiz la criminalidad, es preciso el concurso de todos; si éste falta, difícil es que pueda evitarse.

Por eso en nuestro libro pretendemos presentar esa llaga al desnudo, ofrecer á nuestros lectores la vera efigie de los verdaderos criminales y de sus favorecedores, encubridores

y cómplices, ya sean conscientes, ya inconscientes, y si alguno al leernos, dice: «es verdad», quedamos satisfechos.

En nuestros días abunda más que el criminal vulgar, el que podríamos llamar de alta escuela, es decir, el que sabe alternar en sociedad, que viste con elegancia, que frecuenta círculos distinguidos y que fácilmente se confunde entre la multitud que le rodea.

Cuantas precauciones se tomen respecto á éstos, todas son pocas; por lo tanto, al retratarlos en nuestro libro, de cuerpo entero, creemos facilitar un medio para reconocerles y resguardarse de sus ataques.





CAPITULO LXXXVIII

El ahorro del pobre

MÁS de un mes transcurrió, hasta que todo dispuesto, se anunció pomposamente la «Gran Compañía de Crédito Universal», de la cual formaba parte la Caja de Economías», donde podían ir depositando sus ahorros los imponentes, que en el mero hecho de serlo, recibían nas láminas de inscripción que les daban derecho á percibir cada seis meses el beneficio que correspondía al valor de ı lámina citada. Al mismo tiempo, mensualmente se les bonaban los intereses del capital entregado, intereses soradamente subidos, para excitar la codicia del público.

Las operaciones á que se entregaba la Compañía, eran ın variadas como importantes.

La compra y venta de terrenos, la gestión de toda clase de suntos y pretensiones, el descuento de letras, las comisiones

de todo género, los seguros, las ventas á plazos de toda cla- de valores; en resumen, cuantas ventajas pudieran darse pa deslumbrar al público, todas estaban consignadas en l prospectos de aquella Compañía.

Habían buscado agentes diestros que recorrieran las p blaciones rurales, y desde los primeros momentos empeza á afluir pequeños capitales á la «Caja de Economías».

El personal que había en las oficinas, es decir, el person que no tenía intervención en el manejo interior, por decirl así, era entendido, diestro y reputado por haber servido e otras casas.

El aspecto exterior de las oficinas que nos ocupan. n podía ser más severo ni más en harmonía con el objeto q sus fundadores se propusieran.

Allí no había nada de lujo, todo era elegante, pero mod to; los jefes de sección y los Directores eran los primeros presentarse en las oficinas y los últimos en salir de ellas.

Hay que advertir que lo mismo Mariano y Ramón, q Rufino y Joaquín, se habían hecho presentar previamente e los círculos mercantiles más importantes, dándose aires d hombres de negocios, hablando de las cuentas corrientes q tenían en diversos Bancos y de algunas felices operacio que habían verificado.

Y como que al pretender justificar la exactitud de esta n ticia, resultaba cierta, como que efectivamente Ramón y Ma celino especialmente, tenían cantidades depositadas en Banco de España y en el Crédito Lyonés, y Rufino tambi por medio de una transferencia resultaba con capital en mismo Banco, tuvieron ya suficiente para que nadie se oc para en averiguar su origen, considerándoseles desde lu como personas dignas de alternar, con lo que podrían llamar el comercio de buena fe.

Hemos dicho que la «Caja de Economías» fué la primera que respondió á la previsión de los fundadores.

El interés que abonaban era crecidísimo, y empezando por los pueblos rurales y concluyendo por el pequeño comercio de la capital, en los dos ó tres primeros meses, hubo un gran número de imponentes.

* * *

Un día, presentóse en las oficinas un joven, solicitando hablar con el Director.

Marcelino, que era el que estaba de turno á la sazón, apresuróse á recibirle, creyendo que se trataba de algún asunto importante, y al ver el aspecto humilde de la persona que entraba en el despacho, no pudo menos de hacer un movimiento de contrariedad.

—¿Qué se le ofrecía á V.?—preguntó secamente al recién llegado.

—Dispénseme V. si vengo á molestarle,—contestó éste,—pero se trata para mí de un asunto de vida ó muerte.

—¿Y qué tengo yo que ver?...

—Si V. me permite que le dé alguna explicación, lo comprenderá muy bien.

—Advierto á V. que no estoy para perder el tiempo; son muchas las ocupaciones que tengo, graves las atenciones que me rodean, y con mucho sentimiento mío...

—Sí, señor, lo comprendo muy bien; pero de esta entrevista, quizás dependa el que ingresen en la «Caja de Economías» algunos millares de pesetas.

Al escuchar estas palabras, varió algún tanto de aspecto el Director de turno.

Sin embargo, no quiso, como vulgarmente se dice, dar su brazo á torcer tan pronto y repuso:

—Pues tratándose de una imposición, no hay necesida de que me hable V. Puede entenderse con los dependientes encargados de ese negociado.

—Dispénse V., pero se trata, como le he dicho, de u asunto de vida ó muerte para mí, y antes de hacer esas imposiciones es necesario que hable con el Director. De es conversación dependerá que se verifique el negocio que le indicado.

—En ese caso, puesto que tanta importancia da V. á es entrevista previa, puede hablar lo que quiera.

—En primer lugar, debo hacer mi presentación, ya q no he tenido quién la haga. Seré muy breve,—prosiguió el joven, viendo el gesto de impaciencia hecho por Marcelin —Me llamo Rosendo Fernández, soy huérfano y habito e Sarriá, en una pequeña casa, que es lo único que me qued de la herencia que me dejaron mis padres. Hace dos años se fundó una Sociedad en Barcelona ofreciendo el oro y el mor como se dice vulgarmente, y yo fui de los incautos que real cé los bienes que tenía, empleándolos en papel de aquel Sociedad.

—¡Ah! Vamos, ya comprendo, fué V. una victima de ella.

—Si hubiera sido yo solo, no habria tenido que echar nadie la culpa de lo que me habia sucedido; pero desgraciadamente, seducido por las ofertas de aquella Sociedad, arrastr conmigo á la madre de la que ya debia ser mi esposa, y l hice que impusiera dos mil duros en la misma Sociedad. H de advertir á V. que yo no he conocido otro amor que el d Mercedes, ni para mí hay existencia posible, teniendo qu renunciar á ella.

—Suplico á V.,—dijo Marcelino,—que abrevie, porque si duda probablemente habrá otras personas esperando, y...

—Sí, señor, voy á concluir en seguida. La madre de Mercedes es excesivamente interesada. Desperté su codicia con las pingües ganancias que allí podría obtener, y excuso decirle que se perdieron sus dos mil duros, lo mismo que yo perdí todo lo que constituía mi modesta fortuna.

—Ya, y su futura suegra de V., pondría el grito en el cielo, y hasta si á mano viene, obligaría á su hija á romper sus relaciones con V.

—Sí, señor, precisamente sucedió eso, anunciándome que, mientras no viera la manera de devolverle aquella cantidad, que por mi culpa había perdido, no pensara en el amor de su hija.

—Pues hombre, buena ocasión se le presenta ahora para satisfacer su deseo. Que traiga el dinero que tenga, aquí donde puede considerárselo tan seguro como si lo tuviera en su poder, y yo le prometo que en breve tiempo resarcirá esa pérdida.

—No sólo podré traer el dinero de esa señora, sino el de algunos otros buenos amigos que todavía me quedan, tanto en Sarriá como en Sans; pero aquí está la dificultad mayor, y es lo que ha constituído el objeto de mi visita.

—Pues hable V., hombre, hable V.

—Para poderles inspirar confianza á unos y á otros, yo desearía estar colocado en la casa. No necesito un gran sueldo, puesto que para subvenir á mis necesidades tengo con lo poco que me queda. De este modo todos tendrían más confianza, y yo podría hablarles también, con mayor interés.

—El caso es que todas las plazas están ocupadas, y nuestros dependientes necesitan conocimientos especiales.

—Yo conozco el cálculo mercantil, poseo la partida doble, según dicen, bastante bien; sé el francés, el inglés y el ale-

mán, y ya he desempeñado algún destino en casas de comercio que podrían informarles á Vdes. si lo estiman necesario.

—Buenas condiciones son. ¿Y es muy rica la madre de su novia?

—Bastante, sí, señor.

—¡Qué demonio! Son tantas las combinaciones que tenemos aquí en la casa, que si esa señora quisiera interesar en algunas de ellas, como la de los sorteos, que teniendo por base la Lotería Nacional, celebraremos cada semestre, podría no sólo recuperar lo perdido, sino todavía aumentar su capital. De la misma manera, si quiere V. trabajar á todos esos amigos que tiene, puede desde luego asegurarles, que en esta Compañía pueden hacer una fortuna.

—Mucho, como le he dicho, creo puedo hacer, pero también le he indicado la fórmula que juzgo más conveniente para que nos dé el resultado apetecido.

—Respecto á este particular,—dijo Marcelino al cabo de un momento, —no puedo contestarle hoy, porque lo he de consultar con mis compañeros. Es tal el orden que tenemos establecido en la casa, que no podemos resolver ninguno de nosotros, sin estar todos de acuerdo. Así se ha hecho la admisión de empleados; aquí no ha servido de nada la recomendación ni el favor, hemos buscado lo mejor, y en nuestras juntas particulares se han acordado y se han firmado los nombramientos. De todos modos, haré presente á mis compañeros su proposición y veremos lo que determinan.

—En ese caso, ¿cuándo le parece á V. que podré volver para la contestación?

—Pasado mañana.

—Suplico á V. que se interese con sus amigos.

—Veremos, veremos.

*
* *

Rosendo Fernández, era un joven muy instruído, leal, honrado á carta cabal, pero sumamente crédulo.

Realmente había heredado una buena fortuna de su padre, merced á la cual no tenía necesidad alguna de utilizar los conocimientos que había adquirido, para atender á su subsistencia.

Uno de sus amigos era agente de la Sociedad de que había hablado á Marcelino.

Como que á aquél le convenía ganar la prima que la Sociedad abonaba, según el número de acciones que se tomaban de ella, instó á su amigo enumerándole las grandes ventajas que aquello ofrecía, hasta que por fin le hizo caer.

A aquella Sociedad llevó todo su capital.

La madre de Mercedes era, como el joven dijo muy bien, más que codiciosa, avara.

Prestaba dinero en pequeñas cantidades, con réditos muy subidos, y si había accedido á las relaciones de su hija con Rosendo, fué porque este matrimonio había sido pactado ya entre el padre del joven y su marido.

Rosendo habló á su futura suegra del negocio que se podría hacer en aquella Sociedad, la dijo que él era imponente con todo su capital, y, finalmente, cegada por la avaricia, hizo también la imposición que Rosendo había indicado.

*
* *

Cuando llegó la catástrofe, el disgusto que tuvo aquella señora, fué extraordinario.

Sin tener en cuenta que Rosendo había quedado todavía

más castigado que ella, irritóse contra él, y aprovechó aquella ocasión para romper el compromiso contraído, haciéndole responsable de la pérdida experimentada, y por lo tanto que hasta que viera la manera de reintegrarle aquella cantidad, no pensara en su hija.

En vano fué, que amigos de una y otra parte trataran de mediar en el asunto, haciendo presente á doña Maria, que asi se llamaba, la injusticia que cometia con quien también había experimentado una pérdida de mayor consideración todavia que la suya.

No quiso dar oidos á razones. Ó Rosendo le proporcionaba la manera de reembolsarse, ó no debia contar con la mano de su hija.

Ésta amaba al joven, y como fácilmente puede comprenderse, resistió con tenacidad la resolución de su madre.

En este estado se hallan las cosas, cuando establecieron Ramón y sus compañeros la «Compañia de Crédito Universal»

Rosendo se enteró perfectamente de las condiciones de los prospectos, averiguó quiénes eran los que estaban al frente, las noticias le fueron favorables, y como hay personas que en el mundo parecen predestinadas á ser victimas constantemente de los bribones, Rosendo se hizo apóstol de aquella Compañía, creando atmósfera á favor de ella entre sus amigos, y hasta á su futura suegra la pintó las excelencias de los negocios que alli se podrian practicar.

Y tanto habló, y tanto también Mercedes instó, que por fin dijo doña María:

—Si Rosendo estuviera empleado en esa casa, como que en medio de todo, sé que es un chico muy honrado, quizás no tuviera inconveniente en llevar allí algunos fondos.



CAPITULO LXXXIX

Una idea de Joaquín

Marcelino no pudo menos de contemplar á Rosendo cuando salía de su despacho, murmurando así que cerró la mampara:

—Después dicen que no hay personas predestinadas en este mundo. Ese pobre *lila*, me parece que se va á divertir.

Cuando aquella noche, como de costumbre, se reunieron los cuatro amigos, dijo Marcelino:

—¿Saben Vdes. que tengo que decirles una proposición muy notable que se me ha hecho hoy?

—Y vaya de proposiciones,—repuso el andaluz,—porque yo también tengo otra.

—¿Importante?—preguntó Ramón.

—Puede serlo, según los elementos de que podamos disponer. Por supuesto, caballeros, que sin que sea por alabar-

me, ha sido este un negocio en el que he tenido que desplegar más diplomacia que el mismísimo Bismark.

—Vamos, chico, — dijo Rufino, — ya empezamos con tus exageraciones andaluzas.

—Lo que están Vdes. oyendo. Conseguí burlar la vigilancia de un muchacho espabilado como él solo, desconfiad hasta la pared de enfrente, con más corazón que el Cid, c la responsabilidad de tener á los dueños en París y estar s él en la casa, y haber en ella pues... la friolera de noventa cien mil duros en alhajas, en pedrería y en metal fundido.

—¡Demonio, demonio!—exclamó Marcelino.

—¿No hay aumento alguno, Joaquín? — preguntó Rufi sonriéndose.

—Todavía me quedo corto. Vaya, que si quieren ustedes verlo, hagan lo que yo. Tengo el plano de la casa, por d se ha de hacer la mina para llegar hasta la misma tiend Vamos, y tengo hasta la cifra de la caja... Digan ustedes hay otro que pueda hacer más.

—¡Bueno, hombre, bueno! No hay necesidad de que pongas así.

—Si todos parece que están Vdes en contra mía.

—¡Hombre, no es eso! Pero si tú no estás más que para Cristina.

—Como que es la reinita de las mujeres. ¿Queréis decirme si otra que no hubiese sido ella, en un solo mes que ha estado en Madrid, hubiera sacado dos grandes cruces, una canongía y seis credenciales para Ultramar? Vamos á ver. Merced á ella, han entrado en la Caja sobre seis mil duros.

—De los cuales á ella le han tocado mil quinientos.

—Pero de todos modos, creo que hay motivo para que hombre esté *chalaito* por una hembra semejante.

—Sí, hombre, si no te lo niego,—repuso Rufino.

—Pero, señores,—dijo Marcelino con alguna impacien-:ia.—¿Es para esto para lo que nos hemos reunido? ¿No te-iemos otros asuntos de que tratar, sino de los amores de 'oaquín con esa señora?

—¡Pero hombre de Dios! Si eso lo ha traído consigo la onversación.

—Pues, bueno, pongamos ahi un punto final, y pasemos tratar de otra cosa.

—Es que falta por resolver lo mío.

—Ya lo estudiaremos, que no me parece que se vaya á erder todo, por dos ó tres días.

—Es que los dueños de esa casa no se han de estar toda ı vida en París, máxime cuando más que todo, han ido á lquirir algún género que les hacía falta.

—En la reunión de mañana trataremos de ello,—contestó amón.—Ahora escuchemos la proposición que, según dice arcelino, le ha sido hecha hoy mismo.

*
* *

Marcelino consultó algunas notas que había tomado, y o después:

—Antes de todo debo decirles que á mi juicio, la propo-ión es muy aceptable; yo por mí, desde luego que lo biese resuelto, pero observador fiel del régimen interior e hemos establecido, no he querido hacer nada sin el be-plácito de todos.

—Si era para bien de la Sociedad...

—Ustedes mismos podrán juzgarlo.

Y se puso á referir la visita que había recibido de Rosen- y las proposiciones que éste le había hecho.

Cuando hubo concluído, exclamó Rufino:

—¡Hombre! Eso se acepta siempre; creo que debe impor-tarnos muy poco dar un sueldo á una persona, máxime sien-do sueldo de poca importancia, si por eso se nos vienen á la mano unos cuantos miles de duros.

—Y más teniendo la facultad,—añadió Ramón,—de pod despedir á ese mozo cuando nos convenga, porque supon que no habrá fijado plazo para que dure esa colocación.

—Nada de eso ha dicho.

—De manera,—dijo Joaquín, — que ese caballero por solo hecho de estar aquí en las oficinas, va á traernos aq la felicidad.

—Hombre, si no la felicidad, cuando menos unas cuanta piedras para el edificio que estamos levantando.

—¿Saben Vdes. lo que estaba pensando?

—¿Qué?

—Que ese mozo es un *primavera* de primera fuerza. ¡ buenas manos se ha puesto el hombre!

—¡Ojalá que tuviéramos muchos primos como él! —d Rufino.

—Pues de esos aparecen diez cada día.

—Con uno que pudiéramos coger, teníamos bastante.

—Con que quedamos en que puede aceptarse la propo-ción de ese individuo.

—¡Pues ya lo creo! Como que en ella hay un beneficio -guro.

—Y hasta se le podía beneficiar la novia también; di si la chica es guapa,—añadió Joaquín.

—Vamos, hombre, vamos, — dijo sonriéndose Ramón. - que V. quiere sacar partido de todo.

—Una proporción que le conviene á Rufino, — prosig el andaluz.

—¿A mí?

—¡Pues ya lo creo, hombre! Eres el único que está aquí en estado de merecer. ¿Dice Marcelino que la muchacha es rica y la madre interesada?...

—No crea V. que me parece tan descabellada la idea de Joaquín,—dijo Ramón.—En situaciones como la nuestra, es preciso aprovecharlo todo.

—Sin embargo, no me parece prudente disgustar á ese muchacho, que al fin y al cabo viene á traernos una parte de fortuna.

—Nadie dice tampoco que lo haga V. desde luego.

—En fin, señores, no hablemos más de ese particular y ocupémonos sólo de lo que nos interesa.

—Como que no quita lo uno para lo otro.

—Por mi parte, siempre le diré lo mismo. Aquí vamos buscando *parné,* pues donde lo encontremos es el mejor sitio.

*
* *

Los cuatro socios entraron después en discusión respecto á una operación que les había encargado un banquero, sobre una negociación de títulos extranjeros, operación de gran importancia, y de la cual podían obtener una buena utilidad.

—¡Magnífico!—exclamó Rufino.—Veo que la confianza va cada vez en aumento.

—Y es natural, hombre, es natural; lo que les dije á ustedes desde un principio,—repuso Marcelino.—La cuestión está en sabernos mantener durante unos cuantos meses de un modo correcto, sin ostentación, pero sin hacer ningún papel ridículo. Prueba de lo que hemos adelantado, nos la está ofreciendo muy clara el aumento que han tenido las imposiciones en este mes.

—¿A cuánto ascienden?

—Estamos á veinte,—repuso Marcelino, consultando sus notas,—y han entrado ciento treinta imponentes nuevos. con un capital de cuarenta mil pesetas.

—Va bien.

—Ahora tratemos de firmas,—dijo Ramón.—¿Tiene usted algún trabajo hecho, Rufino?

—Sí, señor. Aquí tengo una transferencia del Banco de España, de Madrid, para la sucursal de Barcelona, de cinco mil duros. El cuenta correntista á quien se refiere, tiene sesenta mil en el Banco de Madrid.

—Entonces no habrá dificultad.

—Como que la carta de aviso saldrá de Madrid pasado mañana, y nosotros debemos presentarnos al cobro el mismo día.

—¿Quién va á ir á cobrar?—dijo Marcelino.

—Yo,—contestó Ramón.—Esas cosas no se pueden confiar á todos. Por supuesto que sería muy conveniente que ustedes, disfrazados también, y con el pretexto de ir á cambiar algunos billetes, estuvieran por allí.

—¿Con qué objeto?—preguntó el andaluz.

—Hombre, muy sencillo. Porque, si por una de esas casualidades imposibles de prever, hubiera sospechas ó se intentara detenerme, facilitarme la huída promoviendo un altercado, ó utilizando cualquier otro recurso.

—Ya veo que está V. en todo,—dijo Rufino sonriéndose —Por supuesto que no lo espero, porque los documentos están hechos á conciencia.

—De todos modos, justo es que vayamos prevenidos siempre. ¿Y lo del Crédito, cómo está?

—También en disposición de dar el *timo*. Para ello no hay más que enviar á nuestro agente de París las instruc-

ciones, y esos treinta y cinco mil francos vendrán también á nuestro poder.

—Veamos, veamos como están hechos esos documentos.

—Aquí los tengo, y Vdes. mismos pueden juzgar. Estas son,—prosiguió Rufino, sacando de una carpeta varios papeles,—las firmas, los sellos y la letra de los individuos encargados de estos negociados. Estas otras, son las falsificaciones hechas por mí.

—Pues señor,—dijeron todos, después de haber hecho los cotejos necesarios,—esto es admirable.

—Que vengan á echarnos un galgo, después que se hayan verificado los cobros.

—Vamos, digo á V. que le envidio esas manos.

—Se hace lo que se puede. Aquí también tenemos otras firmas de dos casas de Londres, para dos banqueros de esta, cuya operación puede dar unas treinta mil pesetas de beneficio. No hay más sino extraer las letras que periódicamente suelen venir de allí y cambiarlas por las que yo tengo extendidas.

—¿Tiene V. ya medio de hacer eso?

—Sí, señor, hay aquí cierto empleado, á quien me recomendó otro amigo de Madrid, con quien estoy en contacto, y éste, mediante una participación regular, nos servirá admirablemente. Prefiero este sistema al de los carteros.

—Tampoco es malo.

—Sí, pero es más seguro éste. Desengáñense Vdes. que á veces una copa de vino ó una baladronada imprudente, producen males de consideración, mientras que un empleado que tiene corto sueldo, como sucede con la mayoría de los que hay en España, que tienen familia á quien mantener, procuran disimular perfectamente las fuentes de donde procede el suplemento de sueldo que se proporcionan. ¿Compren-

den Vdes. ahora porque prefiero cierta clase de empleados á los carteros?

—Sí, señor, y está muy bien justificado.

—De modo que tenemos en perspectiva...

—Varias cantidades importantes para cobrar, las imposiciones nuevas, y...

—Y el negocio de mi platero, de que antes hablé,—añadió Joaquín.

—Vamos á ver. Explíquese V. bien, á ver si podemos entendernos,—dijo Marcelino.

—Me parece que todavía debemos ocuparnos de algo relacionado con el asunto de esas firmas, que indudablemente ha de meter mucho ruido, el día en que sea conocido. Lo primero de todo, en los negocios,—dijo Ramón,—es no involucrarlos. Dejemos corrientes los de un grupo, y después trataremos de otros.

—Me parece que estábamos ya conformes.

—Sí, pero es preciso no dejar nada por hacer.

—A ver, ¿qué es eso que V. cree que no se ha hecho?

—Separar toda clase de sospechas de nosotros.

—¿Y quién podría sospechar?

—No digo yo que sospechen, pero, por lo mismo, si nos presentamos también como víctimas, habremos ganado un ciento por ciento.

—Explique V. su plan.

—Muy sencillo. Cualquiera de nosotros, disfrazado, por supuesto, viene á nuestra casa á cobrar una letra de catorce mil pesetas, librada por la casa Duvercy, de Marsella, con la cual tenemos relaciones, y esa letra resulta falsa como las otras. ¿Quién podría sospechar jamás, aun cuando alguno lo dijera, que de nosotros habían salido esas falsificaciones?

—No está mal pensado,—repuso Marcelino, después de flexionar algunos momentos.

—Pero eso puede traer un inconveniente,—dijo Joaquín.

—¿Cual?

—Que los imponentes, asustados, al esparcirse la noticia, el timo de que hemos sido victimas, se nos vengan de pronto retirar sus capitales por el temor de que corran peligro.

—Ya he contado con ello. Y se les pueden devolver, con seguridad de que al mes siguiente todos vienen de nuevo ayendo mayor capital, y nuestro crédito adquiere fabulos proporciones. Una casa que devuelve en el acto sus deósitos, después de haber sufrido una estafa de catorce mil uncos, es una casa sólida y que cuenta con fondos para sponder á todas sus obligaciones.

—Está bien,—dijo Rufino,—me gusta el proyecto y voy á ner manos á la obra en seguida.

—Como que todos los documentos falsos se han de poner circulación en un mismo día.





CAPITULO LXXXX

El protegido del diamantista

TERRIBLE era el proyecto concebido por Joaquin. Como había dicho perfectamente, tuvo que hacer prodigios de astucia y de habilidad para conseguir ganarse la amistad y la confianza de aquel dependiente de la platería, de que habló, platería importantísima de Barcelona, cuyo dueño pasaba por ser inmensamente rico.

Plácido, que así se llamaba el joven en cuestión, llevaba escrito en el rostro lo que pasaba en su corazón.

Nada más simpático que aquel semblante donde la honradez, la lealtad, la bondad y la energía, se retrataban con gráficos caracteres.

Y para hacerle más simpático todavía, templaba las enérgicas líneas de aquel semblante, una tinta de tristeza extraordinaria, algo de indefinible melancolía, que demostr

existencia de un dolor constante, que no bastaba á disipar el cariño que le profesaban los dueños del establecimiento que estaba, ni lo desahogado de su posición.

Porque Plácido, no era un dependiente como la generaad.

Su principal había querido que él tuviera capital propio, lespués de bastante enseñado, hasta el extremo de que pa- ɔa, y con justicia, por una notabilidad en el arte, le hizo var una parte de utilidad en el establecimiento.

Plácido había estado en París y en Londres, en casa de más afamados diamantistas; conocía el dibujo perfecta- nte, y las combinaciones que formaba, el buen gusto que sidía para todas sus composiciones, de tal manera llama- ı la atención, que la platería de su principal era la más portante, y no había boda ni regalo que se proyectara, as joyas no le fueran encargadas.

Sus combinaciones de metales preciosos con la pedrería, n un secreto que poseía el joven, y era de buen tono decir señoras, que las alhajas que ostentaban, habían salido los talleres de Tomás Torrens, que así se llamaba el pla-).

Cinco o seis medallas obtenidas en diversas Exposiciones, ificaban lo notable de sus trabajos.

Inútil es decir, que las proposiciones más seductoras, se ian hecho á Plácido por los dueños de otras platerías a que se fuera á sus casas, proposiciones que el joven ha- rechazado siempre, diciendo:

—Es inútil, señores; yo agradezco infinito todas esas prue- de confianza que me otorgan, pero debo mucho al señor rens, mucho más de lo que Vdes. se puedan figurar, y sangre que le fuera necesaria, se la daría sin vacilar.

Plácido había ido á Madrid varias veces á llevar algunos

encargos de su principal, y en estos viajes habia adquir... algunas relaciones.

Entre éstas, hizo la del secretario de uno de los más al... mados títulos de Castilla, al cual habia llevado en div... ocasiones varias alhajas.

Joaquín era paisano de Fuentes, que así se llamaba el se... cretario, el cual al pedirle su paisano una recomenda... para alguien de Barcelona, no tuvo reparo en dársela p... Plácido.

Fuentes era un joven honrado, incapaz de cometer u... mala acción con nadie, y que no había podido sospech... jamás lo que era Joaquín.

Habia ido con él á la escuela, en Sevilla; después le e... contró en Madrid, más tarde supo que estaba en la es... de ingenieros de caminos, pero ignoraba el resto, que c... se comprende muy bien, Joaquín no dejaba que le con... nadie.

La recomendación de Fuentes era muy expresiva.

Plácido, concedió su amistad á Joaquín.

Éste procuró ganarse su confianza, tratando de llevar... algunas diversiones y de sacarle la causa de su const... tristeza.

Pero su empeño fué inútil.

El diamantista permanecia callado, cuando sobre ... particular se hablaba.

Sin embargo, como que necesitamos conocer la caus... aquella tristeza, porque precisamente, fué el arma de que tarde se sirvió Joaquín, vamos á penetrar en el secreto ... vida, sorprendiendo una especie de Diario, guardado cui... samente por el joven, y donde había consignado y consi... ba, cuanto le acontecía.

Este Diario empezaba así:

*
* *

MIS PRIMEROS AÑOS

Por el año 1869, había en lo más fragoso de los montes Toledo, bien escondida entre los breñales, la entrada de ı cueva que más bien remedaba la estancia de una fiera, la residencia de una persona.

Pero si se separaban las zarzas que cubrían la entrada e penetraba en el interior, comprendíase al momento que nano del hombre había modificado algo, la obra de la na- ıleza.

Se daban algunos pasos por el interior, hasta que la nta se detenía ante una enorme roca, que obstruía casi completo el fondo.

No obstante, apretando un resorte perfectamente disimu-), giraba aquella mole de granito, y un extenso salón abo- ado, se presentaba á la asombrada vista.

En una de aquellas divisiones, que formaba una especie ıabitación modestamente amueblada, una mujer, acostada ın pobre lecho, exhalaba débiles gemidos de dolor.

Aquella infeliz estaba á punto de ser madre.

A su lado había una vieja asquerosa y repugnante.

—Vamos, ánimo, señora,—la decía,—un esfuerzo más, y ıos salido del paso. Ya no tardará el capitán, y justo es le presentemos un robusto muchacho.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—murmuraba la pobre mujer. ened compasión de mí!...

—¡Bah!... ¡Llamar á Dios en una cueva de ladrones!...

Un momento después, la esposa del capitán, pues era ella

la mujer que padecía, dió un grito más fuerte que los a-
riores, y yo hice mi aparición en el mundo.

Mi madre, me ha contado después los sufrimiento
las amarguras de que fué víctima en aquellos nueve me

Pero todo lo padecía con gusto.

Desde el momento en que tuvo la certeza de que lle
en su seno un ser inocente, no tuvo más que un deseo:

El de vivir para aquel hijo, fruto de un crimen.

¡Oh! ¡Era una mujer santa y buena, mi pobre madre!

Cuando volvió mi padre de su expedición, algunas v
me dijo mi madre, que exclamó al saber que tenía un h

—¡Valiente mozo!... Haremos de él un buen ladrón, p
que haga todo el daño posible á sus semejantes.

Mi madre me estrechó contra su seno, y una lág
cayó sobre mi rostro, como si hubiese querido bautiz
con el llanto de su desgracia y de su bondad.

Así pasaron algunos años.

¡Qué infancia, Dios mio! ¡Qué infancia!

Constantemente no oía más que blasfemias, se me r
ban asesinatos, y se me hacia ir á las posadas á obs
qué camino tomaban los viajeros, para dar aviso á la
drilla que capitaneaba mi padre.

—Sufría los golpes de los bandidos. Y el hambre, el
la miseria me rodeaban, porque mi padre decía que era n
sario que me fuera acostumbrando á todo.

Mi madre sufría mucho.

La pobre intercedía por mi algunas veces, pero
más que conseguía, era que mi padre la golpease b
mente.

¡Oh! La pegaba de una manera cruel.

Mi tío, un hermano de mi padre, solía interceder alg
veces por mí.

Pero esto acrecía más su furor.

Y me castigaba más cruelmente.

Lloroso y afligido iba á refugiarme junto á mi madre, y s de un golpe recibió por querer protegerme.

Jamás exhaló aquella infeliz una queja.

Cuando fuí más crecido, no podía menos de incomodar- de la injusticia de semejante proceder.

Pero mi santa madre me exhortaba á resignarme con el o que me daba el autor de mis días.

Me decía que le obedeciese, y que yo no tenía derecho al- io para juzgar sus acciones.

¡Oh! A ella, y sólo á ella, le debo lo que soy. Mi madre me eñó á leer y escribir; las primeras nociones religiosas, de las recibí; y su instrucción, que era muy vasta, fué poco oco trasladándomela.

* * *

Mi padre cada día estaba peor.

El crimen parecía haberle embrutecido, y nada revelaba l, que en otro tiempo hubiera pertenecido á una honrada ilia.

Los bandidos y mi mismo tío, murmuraban de su genio y uejaban de su tratamiento.

Y si esto les pasaba á ellos, ¡qué sería á nosotros!

Yo había cumplido ya nueve años.

Excusado es decir que comprendía doble de lo que á mi l comprenden los demás niños.

Apenas tuve uso de razón comencé á sufrir, y el sufri- nto ensancha, por decirlo así, la inteligencia.

Entre todos los seres bajos é innobles que me rodeaban, eía más que una figura grande y hermosa.

La de mi madre.

Creo que el cariño que la profesaba, se parecía much
que ella me había dicho que debía profesar á Dios.

¿Y cómo no adorarla?

¡Felices los que tienen una madre como yo!...

Si no hubiese sido por ella, tal vez su hijo hubiera c
cluído en un patíbulo.

Pero sembró en mi corazón los gérmenes del bien, y
pués, bajo su aliento mágico, fecundizaron de una man
prodigiosa.

Y sin embargo, una parte del aborrecimiento y de
golpes que mi padre me pegaba, reconocía por causa,
yo no era tan malo como él deseaba, porque no veía e
el aprendiz de ladrón y asesino que él se había imagina

Hoy me felicito de aquellos golpes.

Pero entonces había algunos momentos en que vacil

Por un lado, se me presentaba la senda del crimen, y
ella mil placeres de que estaba privado.

Por otro, el camino de la virtud, lleno de amarguras y
sinsabores.

Y yo, pobre niño, me encontraba fluctuando como
acero entre dos imanes.

Pero mi madre estaba junto á mí.

Adivinaba mis luchas, y me prestaba fuerzas nue
cuando preveía que ya estaba cansado.

Esto irritaba á mi padre.

Y su cólera nos hacía sufrir más cada día.

Nos golpeaba sin piedad, y nosotros no oponíamos a
golpes más que nuestras lágrimas y nuestra resignación.

Semejante estado no podía prolongarse mucho.

Sus compañeros estaban disgustados, y nosotros pad
mos horriblemente.

Una noche, sobre todo, su cólera era violenta.

Hacia tres dias que ningún viajero se había puesto al alcance de sus garras; y yo, que era el espía de ellos, trataba, siempre que podía, de darles las señas falsas.

Algún tiempo hacía también, que la salud de mi madre comenzaba á inspirarme serios temores.

Aquella naturaleza que tan terribles golpes había sufrido, comenzaba á flaquear, y puede decirse que únicamente su espíritu la sostenía.

Yo estaba junto á su lecho, escuchando sus palabras con religiosa atención.

Mi madre me explicaba algunas de sus bellas máximas, y se esforzaba en gravarlas en mi corazón con caracteres indestructibles.

De pronto se abrió con estrépito la puerta de la cueva.

Mi padre apareció en el interior.

Sus ojos parecían saltársele de las órbitas, sus mejillas estaban excesivamente encarnadas, y sus piernas vacilaban en sostenerle.

Estaba borracho, y su embriaguez hacía más temible su cólera.

Por un movimiento irresistible me abracé á mi querida madre.

Mi padre arrojó un formidable juramento, y llegándose á mí me cogió brutalmente por una oreja, diciendo:

—¡Ven aquí, tunante!... ¡Mal rayo me parta si no voy á abrirte en canal esta noche!...

—Juan, ¡por Dios!—gritó mi madre asustada.—¡Mira que es tu hijo!

—¡Voto á!... ¿Quieres callar, mujer?... Este chico es hijo tuyo también, y tonto como tú.

—¿Pero qué ha hecho el pobre?

—Espantarnos la caza hoy, y juro por Satanás que no ha de volverlo á hacer.

Y diciendo esto, me pegó un puntapié tan fuerte, que fuí á caer á algunos pasos de distancia.

—¡Hijo mío!...—gritó mi madre.

Y se arrojó de la cama, cogiéndome en sus brazos.

—Ya te he dicho que te calles; mira que si no...

Y amenazó á mi madre con el puñal que llevaba en el cinto.

—Mátame,—dijo la pobre,—mátame de una vez, pero no me hagas sufrir tanto.

—Antes he de matar á ese muchacho, que para nada sirve.

Y quiso cogerme nuevamente; pero mi madre me estrechó contra su seno.

—¡Hola!... ¡Voto á!... La leona parece que defiende á su cachorro... pero yo soy un cazador muy listo.

—Apártate, Juan, deja á Plácido; mañana le podrás castigar.

—No quiero; ha de ser esta noche.

—Pues yo le defenderé.

—¡Mira que te va á costar caro!—gritó mi padre con una voz que causaba espanto.

Yo veía la tempestad rugiendo sobre la cabeza de mi madre, y quise apartarla, exclamando:

—¡Madre, deje V. que me pegue á mí; yo soy fuerte, y puedo resistir los golpes!

—¿Sí?... Pues toma.

Y mi padre fué á darme una puñada en la cabeza.

Pero mi madre quiso servirme de escudo, y recibió el golpe en medio del pecho.

No exhaló ni un grito.

Vaciló un momento, y después cayó al suelo, arrojando á torrentes sangre por la boca.

Al caer chocó su cabeza contra una de las piedras salientes de la cueva, y la sangre brotó también de la herida.

—¡Madre mía!...—grité yo, precipitándome sobre ella.

Pero mi pobre madre no me oía.

Estaba desmayada.

En cuanto á mi padre, se había quedado inmóvil.

Estaba aterrado.

Yo me volví furioso contra él, diciéndole:

—Usted ha asesinado á mi madre: máteme V. á mí también.

No me contestó una palabra.

Volvió la espalda, y salió de la habitación.

Un instante después entró mi tío.

Arrojó una mirada sobre la infeliz, y exclamó:

—¡Pobre mujer!... ¡Ese hombre es una fiera!...

Y en seguida entre él y yo tratamos de restañar la sangre que manaba de la herida de la cabeza, prodigándola todos los socorros posibles.

Cuando abrió los ojos, estaba moribunda.

Sin embargo, fijó su mirada en mí, y una expresión de alegría brilló en ella.

Sus labios se entreabieron, y murmuró:

—¡Gracias, Dios mío!... Mi hijo no ha muerto.

Al día siguiente las puertas del cielo se abrían para una mártir.

Mi madre murió, y sus últimas palabras fueron consejos para mi porvenir, y exhortaciones para que jamás acusase á mi padre de su muerte.

Aquel mismo día, la justicia, á quien sin duda habían dado parte del sitio donde se ocultaban los bandidos, se

echó de improviso sobre la cueva, y casi todos fueron cogidos, incluso su jefe.

Yo era un pobre niño, y no hicieron caso de mí.

Pero ¿qué iba á hacer, solo en aquel sitio?

Seguí á mi padre hasta Toledo, y cuando entró en la cárcel, yo me quedé á la puerta sin saber qué hacer, ni á quién dirigirme.

Aquella noche dormí sobre el frio pavimento de una de las calles de la ciudad.





CAPITULO XCI

Continúa la historia de Plácido

A partir del acontecimiento consignado por Plácido, en el Diario que venimos transcribiendo, un cambio notable se verificó en su suerte.

Había conseguido romper las cadenas que le tenían sujeo, pero ¿le sería ventajoso semejante cambio?

Él mismo nos lo explica en sus Memorias, que continuaan así:

. . . .

«¡Cuánto he sufrido, Dios mío!

¿Por qué ha de haber personas que desde que nacen se ncuentran rodeadas de todas las comodidades, y que viven iempre en medio de una atmósfera de felicidad, mientras ue otras son tan desgraciadas?

Y, sin embargo, yo tuve la felicidad de tener una madre anta y buena.

Si no hubiese sido por ella, ¿qué porvenir me estaba reservado?

Al día siguiente de haber llegado á Toledo, me recogió la autoridad y me llevó al hospicio.

Después de haber comido en mi infancia el pan del crimen, fuí á comer el pan que la caridad del Gobierno concede al indigente.

Pero yo no era hijo de una familia necesitada.

Yo no era acreedor á las consideraciones que se tenían con otros niños, cuyo único defecto era ser pobres.

Yo era hijo de un asesino, y por lo tanto, de tal padre tal hijo.

Yo no era acreedor más que al desprecio de cuantos me rodeaban.

Era un enfermo atacado de un mal contagioso, y que por lo mismo era preciso huir de mí, temiendo no infectase á los demás.

Llevaba en mí el virus del crimen, y mi aliento era mortal.

Desprecio y castigos por parte de los empleados de la casa, y desprecio é insultos por parte de los demás huéspedes, era lo único que recibía.

¡Cuántas lágrimas regaban el pan que la caridad me concedía!...

Sin embargo, en la soledad de la noche, en medio de aquellas horas de insomnio que yo tenía, me parecía ver á mi madre, que desde el cielo me decía:

—¡Hijo mío, valor!...

Y yo lo tenía: al día siguiente sufría nuevos desdenes, que se embotaban en mi rostro, sin que la menor sombra de cólera apareciese en él.

Así transcurrieron dos años.

*
* *

Un día, un encuadernador se presentó en la casa á sacar algunos muchachos para enseñarles su oficio.

¡Con qué impaciencia esperaba yo que aquel hombre eligiese!

Ya habian llegado antes algunos otros artesanos á sacar chicos para aprendices, y aunque á varios les habia gustado mi letra y mi disposición, en cuanto habian sabido que mi padre era un asesino, que había adquirido una celebridad tan funesta, se habian apartado de mí, horrorizados.

Yo temía que el encuadernador hiciese lo mismo que los demás.

Sobre el rostro de aquel hombre se veía impresa tanta bondad, se reflejaban en él tan bellos sentimientos, que me animé á decirle:

—¡Por Dios, caballero, enséñeme V. su oficio!

—¿Te gusta, hijo mio?—me preguntó.

Aquella palabra «hijo mío», hizo palpitar mi corazón.

Hacia tanto tiempo que no la escuchaba, que las lágrimas asomaron á mis ojos.

El buen hombre tomó informes de mi, y le dijeron:

—No se lleve V. á ese chico; es hijo del famoso asesino Valdes.

El encuadernador, fijó nuevamente sus ojos en mi.

—¡Oh! señor,—le dije yo,—juro á V. que soy bueno; yo no tengo la culpa de que mi padre sea así.

—Tienes razón, pobre niño, tienes razón. ¿Para qué hacer responsables á los hijos de las faltas de los padres?... No tengas pena, hijo mío; te vendrás á mi casa.

Yo no sé lo que sentí entonces.

Me pareció que el corazón se me quería salir del pecho.

Alcé mis ojos al cielo, y con una voz sofocada por los sollozos, caí de rodillas murmurando:

—¡Oh... madre mía... madre mía... gracias, porque te acuerdas de tu hijo!

El buen hombre me contemplaba enternecido, y una lágrima se desprendió de sus ojos.

Un año estuve en casa del encuadernador.

Jamás padre más solícito se ha dedicado á cuidar y á enseñar á su hijo, como el anciano hacía conmigo.

Cada día estaba más contento, y cada dia le respetaba yo y le quería más.

En su casa aprendí el oficio.

Allí aumenté mis conocimientos también.

Leía cuantos libros llevaban á encuadernar, y además mi maestro tenía una pequeña pero escogida biblioteca, que yo leí cien veces.

Por entonces supe también, que mi padre y mi tío se habían escapado de la cárcel, sin que la justicia pudiera apoderarse de ellos, á pesar de cuantas diligencias había hecho.

No sé por qué, me puse á temblar en cuanto lo supe.

Me parecía que de un momento á otro los iba á ver aparecer delante de mí.

Sin embargo, transcurrió el tiempo, y nada de esto sucedió.

Mi maestro era solterón.

No tenía en su casa más que una vieja ama de gobierno, tan buena como él, y que me quería con un cariño puramente maternal.

Allí no escuché más que palabras de consuelo, y no recibí más que consejos santos y buenos.

Allí mi inteligencia se enriqueció, y allí, en fin, pasé al-

gún tiempo, si no dichoso del todo, al menos más tranquilo.

Pero el destino es implacable cuando trata de perseguir á una persona.

***

Una mañana, amaneció el buen encuadernador muy malo.

Entré yo en su habitación, y me dijo:

—Plácido, hijo mío, voy á morirme.

—¿Quiere V. callar?...—le dije.

—No; demasiado conozco mi mal, y de un momento á tro concluiré de existir.

Efectivamente, el buen hombre padecía de una afección l corazón, y comprendía que no tenía remedio.

Yo no pude contestarle, porque el exceso de dolor trabaa mi lengua.

—Mira, Plácido; tú ya conoces á mis sobrinos. En seguida ue yo cierre el ojo, vendrán y se apoderarán de todo, y á tí, obre hijo mío, te llenarán de insultos y te harán sufrir.

—¡Oh!...

—Nada... no te aflijas. Tú lo que debes hacer es lo que yo voy á indicar.

El pobre anciano llamó á su ama, y la mandó que sacara un armario cuatro onzas.

Las tomó con sus temblorosas manos, y me dijo:

—Toma, hijo; con esto tienes para irte á Madrid. Allí, con ta tarjeta mía y esta carta, preséntate donde dicen las ses. No te vuelvas más al hospicio: allí tal vez el desprecio de compañeros despertaría tus malos instintos, y eso es lo e debemos evitar. Yo conozco tu carácter, he estudiado tu razón, y sé lo que vales. Puedes ser muy bueno; pero tú, bre hijo de la desgracia, tienes que sufrir mucho: ten renación y valor, y vencerás.

Y el encuadernador, ocupándose sin duda de mi fortuna, hacía algún tiempo había escrito una carta para uno de los mejores encuadernadores de Madrid, recomendándome á él.

Yo sentía que las lágrimas corrían por mis mejillas, y la emoción que experimentaba, no me dejaba hablar.

* * *

El buen hombre quiso que me marchase inmediatamente, pero yo me resistí á abandonarle.

Y aquello me perdió.

Pero no me pesa, porque comprendo que obré bien al separarme del anciano.

Era ya lo único que yo podía hacer por él.

Dos dias después, mi maestro había dejado de existir.

Inmediatamente, se presentaron los sobrinos en la casa mortuoria.

Como había previsto el difunto, comenzaron en seguida los desprecios para mí.

Yo no quise abandonar la población sin haber acompañado á mi bienhechor hasta la última morada.

Cuando cumplí este deber, hice un lio con mis escasos efectos, y me dispuse á marchar.

Pero uno de los herederos, el que más se ensañaba contra mí, me cogió de un brazo y me dijo:

—Oye, pillastre, no te marchas sin que te registremos.

Yo sentí que el fuego de la indignación cubría mis mejillas, pero me contuve, y contesté:

—Nada absolutamente me llevo que no sea mío.

—¡Hum! No hay que fiarse mucho, porque el hijo de ladrón lleva mucho adelantado para serlo también.

Yo estaba temblando.

Me registraron, y envueltas cuidadosamente en un trapo, encontraron las cuatro onzas que mi maestro me había dado el día antes de morir.

—¿No lo decía yo?...—exclamó aquel hombre con aire de triunfo.—Aquí está lo que este pillo se llevaba.

En vano fué que el ama de gobierno y yo dijésemos lo que había pasado.

No se nos creyó, y después de haberme llenado de insultos y de quitarme el dinero, me pusieron en la calle, diciéndome que diera gracias á Dios porque no me llevaban á la cárcel.

Sin embargo, fueron tan *generosos*, que me dieron un duro.

*
* *

Salí de Toledo con el corazón desgarrado.

Entonces comencé á pensar en mi porvenir.

Comprendía que la criminalidad de mi padre iba siempre á reflejarse en mí.

Todo el mundo iba á creerse con derecho para despreciarme, y la sociedad entera me rechazaría constantemente de su seno.

Y yo era bueno.

Comprendia que los hombres eran injustos al juzgarme de la manera que lo hacian.

Pero yo no podia mostrar á cada uno de ellos mi corazón.

No tenia más remedio que conformarme.

Pero ¡Dios mío! vivir de semejante manera era una cosa horrible.

Estar constantemente alejado de la sociedad, como si fuera un apestado, repugnaba á mi corazón.

Yo tenía mucha, muchísima resignación; pero no me encontraba con fuerzas suficientes para sostener una lucha tan prolongada.

Temía que llegase un momento en que me faltase la energía y cometiera entonces un exceso que se castigaría doblemente en mí, por los antecedentes que había.

Especialmente aquel último golpe que había recibido de los sobrinos de mi maestro, me hirió profundamente.

Creí que un año de buena conducta y de aplicación podía haberme rehabilitado á los ojos del círculo en que vivía; pero nada de esto había sucedido.

Lo mismo desconfiaban de mí, que antes.

Y mi orgullo y mis sentimientos se sublevaban contra un proceder tan injusto.

Todo aquel día estuve andando.

Llegué por la noche á una posada, donde entré para descansar.

Había una porción de arrieros de Toledo y de otras poblaciones.

Entre ellos, encontré uno que había visto varias veces en casa de mi maestro.

Él también me reconoció, é indudablemente hubo de decir algo á sus compañeros y á la posadera, porque se tomaron algunas precauciones y nadie quitó los ojos de mí en toda la noche.

Parecía que tenían á menos el hablar conmigo, y desconfiaban de mi actitud humilde y tranquila.

¡Qué noche más triste pasé!

¡Qué dolorosas las reflexiones que hubo de hacer mi pobre cabeza de catorce años!

Era imposible continuar viviendo en medio de una sociedad que siempre me consideraría como herido de u

enfermedad contagiosa y de cuyo trato debía huirse constantemente.

Estaba deseando que amaneciese para alejarme de aquella posada.

Y no solamente de ella, sino que hasta pretendía huir del contacto con los hombres.

Tan luego amaneció, pagué mi escaso gasto y volví á emprender mi camino hacia la Corte.





CAPITULO XCII

Queda determinada la suerte de Plácido

Las Memorias de aquel desventurado joven, al llegar á esta parte de lo consignado en ellas, ocupaban dos ó tres páginas con las amargas reflexiones que podían ocurrirse á aquella infantil imaginación al ver la inmensa soledad que le rodeaba.

La injusticia social de que tantas veces nos hemos quejado en el decurso de esta obra, comenzaba á producir su efecto en Plácido.

Llevar hasta los hijos el anatema lanzado contra los padres, por efecto de los crímenes cometidos, es el mayor de los absurdos y quizás una de las razones para el aumento de la criminalidad.

¿Tiene acaso la culpa el hijo de haber sido engendrado por un padre criminal?

¿Hemos de creer que, en el mero hecho de deber el ser á personas de esta especie, implique que las ramas de aquel tronco nazcan ya viciadas también?

Lo más loable, lo más digno, lo verdaderamente humano fuera tender una mano bienhechora á esas criaturas, arrancarlas del medio ambiente en que han pasado los primeros años, hacerles comprender por medio del trabajo y de la persuasión las ventajas que pueden reportar, é inspirarles horror al crimen por medio de la práctica de la virtud.

Pero por desgracia sucede lo contrario.

La sociedad huye del contacto con el hijo del criminal, temerosa de que le manche, y precisamente obrando así, lo que hace es irritar á aquellas criaturas, despertar sus malos instintos, y desde el momento que les arroja de su seno y en que les considera como el dañino vástago de un árbol corrompido, crearse enemigos para mañana.

El mayor contingente que tiene la criminalidad, es el de los hijos de los mismos criminales, á los cuales se unen otras muchas criaturas vagamundas, abandonadas por sus padres ó que carecen de éstos, y á las cuales les da el Estado, cuando más, un hospicio, sino les conduce á la cárcel por delitos insignificantes, donde en la escuela del vicio reciben los rudimentos de la educación que más tarde perfeccionan.

Todas estas deducciones podrían sacarse de las reflexiones hechas por Plácido, en vista de la acogida de la posada y de la desconfianza que parecía reinar en ella, desde el momento en que el arriero hubo dado algunas noticias sobre su origen.

En el primer momento tuvo una acogida afectuosa.

Después, cuando el arriero dió la voz de alarma, por decirlo así, trocóse todo en desconfianza, se le miraba con prevención y hasta ¡quién sabe! si pensarían, dado su origen, que

habia ido alli con el propósito de observar, de acuerdo quizás, con alguna otra partida de bandoleros.

He aquí como seguia expresándose Plácido en este Diario que hemos querido dar integro, porque en él se retrata de cuerpo entero el personaje de quien nos ocupamos.

* * *

«Una estrella fatal alumbraba mi existencia, y por donde quiera que fuese, me habia de perseguir.

Toda mi vida tenía que ser un martirio prolongado, y me aterraba la idea de lo que aun me habia de pasar.

Entré en cuentas conmigo mismo.

Sondeé mi porvenir, y me estremecí al verlo tan obscuro y tan terrible como se me presentaba.

Lo mismo que me habia pasado en Toledo y en la posada, debia esperar que me sucediese en la Corte.

Y no contaba con fuerzas bastantes para soportar semejante golpe.

Por lo tanto, era necesario buscar un medio para impedir que llegase un caso asi.

Y no tenia otro más que la vagancia, huir del trato de los hombres, y arrastrar una vida miserable y solitaria.

Pero esto no era para mí.

Entonces pensé en el suicidio.

¡Insensato!... Por evitar un crimen, iba á cometer otro.

Pero yo entonces no podia pensar.

No veia á mi lado más que sufrimientos, y había sufrido tanto ya, que me era imposible subsistir más de aquella manera.

Y una vez presentada á mi imaginación la idea de la muerte, me recreé con ella.

¿Acaso no era el descanso eterno?

Todo el día estuve andando, y á la caida de la tarde, ha-bía formado mi resolución irrevocable de morir.

Sabía que mi madre me esperaba en el cielo, y quería reunirme con ella.

¡Pobre niño!... En mi ignorancia creía que Dios podía ad-mitir junto á sí, lo mismo al mártir que sufre con resigna-ción, que al cobarde suicida que se arrebata la vida por emor á los padecimientos.

Cuando aquella tarde distinguí las torres de la capital, n sentimiento de indefinible tristeza se apoderó de mí. Me etuve indeciso, y resolví no entrar en Madrid.

No iba más que á padecer, y estaba ya harto.

Por lo tanto, quería quitarme la vida.

Todo favorecía mi proyecto.

El camino estaba solitario.

Algunos árboles carcomidos y secos, extendían sus viejas ımas á entrambos lados de la carretera.

Busqué algún tiempo el género de muerte que me daría, á falta de otro mejor, opté por la estrangulación.

Saqué varios pañuelos de los que llevaba en mi hatillo, y s fuí anudando con suma paciencia.

Con ellos hice una especie de cuerda, que tendría unas es varas de larga.

Después elegí un árbol, á cuyo pie había un montón de edras, destinadas, sin duda, para componer el camino.

Até mis pañuelos á una rama, que era lo suficiente para stener el peso de mi cuerpo, y después de practicadas to-ıs estas operaciones, me arrodillé y me puse á recitar va-ıs oraciones que mi madre me había enseñado.

Cuando concluí, empezaba á obscurecer.

Me subí al montón de piedras, y ya mis manos iban á

apretar á mi garganta el lazo que me había de estrangular cuando me pareció oir á lo lejos una voz.

Me detuve y me puse á escuchar.

Entonces oí más distintamente una voz afligida que pedía socorro.

* * *

Me bajé apresuradamente, y sólo en aquel momento comprendí la enormidad del crimen que iba á cometer.

Volví á caer de rodillas, murmurando:

—¡Dios mio, perdóname!... Me olvidaba de que mi vida puede aún, ser útil á alguien.

Cogí apresuradamente mi ropa, y eché á correr en la dirección donde sonaba la voz, cada vez más angustiada.

A bastante distancia del sitio donde yo estaba, encontré una niña, que con acento desconsolador, me dijo en cuanto me vió:

—¡Señor... venga V., por Dios!...

—¿Qué sucede, señorita?—la pregunté.

—¡Oh! ¡Mi padre... mi pobre padre!...

—¿Qué le ha pasado?

—Hemos salido á pasear á caballo, como todas las tardes, y sin duda se ha espantado el que montaba mi padre, porque ha dado dos botes terribles y le ha tirado al suelo.

—Vamos, vamos allá.

—Yo he dado muchos gritos; pero nadie me escuchaba, y mi padre está sin sentido.

—Pero, ¿dónde está?

—Aquí... si no que yo me he separado algunos pasos de él, á fin de que mis voces se oyeran á más distancia.

Efectivamente, á la izquierda del camino, había un hombre tendido sin movimiento alguno.

Era el padre de aquella niña.

Pocos pasos más allá, se veía un caballo y una jaquita, londe montaba su hija.

Yo me precipité en seguida hacia aquel hombre, y estuve egistrándole á ver si tenía alguna herida.

Pero felizmente sólo había recibido varias contusiones.

Se lo dije así á su hija, y una expresión de alegría indesriptible brilló en su rostro infantil.

Entonces comencé á buscar por aquellos alrededores un oco de agua para rociarle la cara.

Por fin, á una larga distancia pude encontrar una charca iyas aguas eran sucias y cenagosas.

Saqué los mismos pañuelos con que antes me iba á suiciar, y los empapé en aquella agua.

Volví donde estaba el caballero, y la impresión que le iusó la frialdad de los pañuelos sobre el rostro, le hizo volr en sí.

—¡Oh, padre mío!—exclamó la niña.—Sin el auxilio de te joven, ¿qué habría sido de nosotros?

*
* *

El caballero fijó sus ojos en mí, y después de haber besa- á su hija, me tendió la mano.

Yo me ruboricé.

Era la primera vez que un hombre trataba de unir su ino con la mía, y sentía una conmoción tal, que no supe é hacer.

—Vamos, joven,—dijo aquel caballero,—estreche V. esa ino.

Pero yo permanecí silencioso é inmóvil.

Entonces él, achacando mi inmovilidad á otra cosa, me-

tió la mano en el bolsillo de su chaleco, y sacó algunas mo-
nedas.

—Vamos, ahí tiene V. para refrescar.

Si vergüenza me causó el primer movimiento de aque
hombre, el segundo hizo asomar las lágrimas á mis ojos.

Hice un esfuerzo, y le dije:

—Yo no necesito dinero, señor; nada he hecho para que
usted me pague.

El caballero me miró con más atención y murmuró:

—Me había equivocado.

Y volvió á guardarse las monedas.

—Ea, hijos míos,—nos dijo después,—ayudadme á levan-
tar, porque parece que tengo rotos todos los huesos de mi
cuerpo.

Su hija y yo unimos nuestros esfuerzos, y el anciano pudo
ponerse de pie.

Entonces se apoyó en mi brazo, y dijo:

—Vamos á dar algunos paseos por aquí; no me siento
aún en disposición de volver á montar á caballo.

—Apóyate en nosotros, papá,—dijo la niña.

Era ya la segunda vez que tanto el padre como la hija me
habían asociado á ellos, al hablar de su situación.

¡Y aquellas palabras resonaban tan dulcemente en mi
corazón que no estaba acostumbrado á escucharlas!...

El anciano separó á su hija con dulzura, y la dijo:

—Descansa tú un momento, hija mía; que yo voy á hablar
con este joven.

Y se separó algunos pasos, apoyado en mí.

—¡Ea, hijo mío!—me dijo.—¿Qué hacías tú por estos ca-
minos?

A esta pregunta toda la sangre de mi cuerpo afluyó á mi
corazón.

Empecé á temblar como un delincuente, y mis labios no acertaron á pronunciar una palabra.

—Háblame con franqueza, niño. ¿Quién eres? ¿qué haces? ¿dónde vas?

Había tanta bondad en el acento de aquel hombre, que no tuve valor para mentirle.

* * *

Empecé á hablar, y en pocas palabras le conté toda mi historia.

Nada le oculté.

Yo esperaba que al concluir me rechazaría con desprecio de su lado.

Estaba tan acostumbrado, que un desdén más, me habría importado bien poco.

Pero sucedió todo lo contrario.

Aquel caballero me contempló algunos momentos con una expresión de bondadosa tristeza, y abrazándome cariñosamente, me dijo:

—¡Pobre niño! ¡Cuánto debes haber sufrido!

Aquellas palabras resonaron tan dulcemente en mi alma, que las lágrimas se agolparon á mis ojos.

Y lloré mucho; era niño todavía, y tenía aún lágrimas.

—Llora,—me decía el anciano,—llora por la última vez; desde ahora me encargo de tu porvenir.

Yo tenía también mi parte de orgullo.

Las últimas palabras del caballero me hirieron un poco, porque creía que trataba con aquello de pagarme lo que había hecho.

Por lo tanto, alcé mi cabeza y le dije:

—Yo sé un oficio, y puedo ganarme mi vida.

—Bien, más vale así... Trabaja, hijo mio, trabaja, y yo velaré por tí.

Entonces le conté la esperanza única que tenía para vivir en la Corte.

—Pues mañana,—me dijo,—yo iré contigo á casa del encuadernador, y esta noche dormirás en mi casa.

—¡Oh! no, señor,—le contesté.—No quiero acostumbrarme á malos vicios. Dormiré en cualquier posada. ¡Quién sabe dónde tendré que dormir todavía?

—Como tú quieras; pero como no conoces Madrid, vendrás con nosotros hasta nuestra casa, y mi criado te acompañará hasta la posada.

No me atreví á rehusar.

Un instante después, el anciano, ayudado por su hija y por mí, subió á su caballo.

La niña hizo lo mismo, y yo caminaba á su lado.

Durante todo el camino no se desplegaron mis labios.

Es verdad que estaba muy preocupada mi cabeza de tan pocos años.

Y lo que me había sucedido era para estarlo.

Había encontrado un protector cuando yo menos lo podía esperar.

Comprendia, aunque muy niño, que existía una Providencia.

Iba á cometer un crimen, y sin saber cómo ni cuándo, me encontré con que yo, débil y miserable criatura, podía ser útil á otra persona.

Habia hecho un bien y el cielo me lo recompensaba.

Huérfano y solo en el mundo, me econtraba con una familia.

¡Una familia!... Mi corazón palpitaba de alegría á semejante pensamiento.

¡Estaba privado de ella hacía tantos meses!...

Pensaba en el cambio que se había efectuado en mi posición, y yo trataba de aprovecharme de él para ser todo un hombre de bien.

Quería demostrar á mi protector, que no tendría motivo alguno de arrepentirse de lo que hacía.

Yo formé en aquella noche mi resolución irrevocable para lo porvenir.

*
* *

Puedo decir que aquella noche fué la que decidió mi vida.

Entramos en Madrid cerca de las nueve.

Fuí acompañando á mi protector hasta la calle Ancha de San Bernardo, y algunos momentos después, uno de sus criados, me acompañaba hasta una de las posadas de la Cavabaja.

Excusado es decir que no dormí en toda la noche.

Tan preocupado me hallaba con lo que me había sucedido.

Di gracias á la Providencia por el auxilio que me había prestado, y á mi buena madre, que se conoce estaba velando por su hijo.

Al día siguiente, vino un criado de mi protector á buscarme de su parte.

Me vestí cuanto antes y me dirigí hacia su casa.

Con la misma benevolencia con que me había hablado la noche anterior, me habló entonces.

Su hija también entró á verme, y con tierno acento me dió las gracias nuevamente por el auxilio que la había prestado.

Largo rato me llevé hablando con mi protector, el cual me dijo si me agradaría marchar á Barcelona, donde tenía

un hermano que era uno de los diamantistas más afamados, que él me recomendaría eficazmente y á su lado podría aprender un arte y hacer mi fortuna, porque D. Tomás Torrens, que así se llamaba el hermano de mi protector, no esperaba más que casar á su hija, para retirarse á descansar.

Excusado es decir si aceptaría con reconocimiento aquella oferta.

Pocos días después, confiado á una familia que iba á Barcelona, salí de Madrid.

Mi protector, que era un rico propietario, había escrito primeramente á su hermano; así fué que la acogida que obtuve por parte de éste, no pudo ser más favorable.

Su hija Sofía, tenía algunos años más que la hija de mi protector, y era tan buena como ella.

No tengo más que motivos de agradecimiento para don Tomás.

Ha sido para mí un padre cariñoso, un amigo leal y un protector á quien no podré pagar, ni aun haciéndole el sacrificio de mi vida, todo el bien que me ha hecho.

Costeado por él, he estado en los mejores establecimientos de Londres y de París, he aprendido el dibujo, y á él le debo todo cuanto soy y todo cuanto valgo.



CAPITULO XCIII

Los proyectos de Joaquín

Mucho más se extendía el Diario de Plácido, pero como quiera que á nuestro propósito cumple sólo dejar expuesto el origen del joven, por lo que po-á relacionarse con los sucesos que han de seguirse, dire-os que el hermano de don Tomás había fallecido dos años tes, que su hija se había casado, y que Plácido, con la pri-era noticia tuvo un dolor profundo, y con la segunda una an alegría, porque había llegado á profesar á aquella niña, yo mágico acento le había impedido cometer el crimen e proyectaba, el afecto fraternal que no pudo otorgar á ngún hermano.

No había vuelto á saber nada Plácido ni de su padre ni su tío, suponiendo que quizás habían muerto como muere neralmente esa gente, ó bien de una puñalada entre sus

mismos compañeros, en un hospital quizás, ó á manos d
verdugo.

Esta última versión no la creía, porque lo hubiese vis
en los periódicos.

Plácido había llegado al colmo de sus deseos: era ins-
truído, como hemos dicho, disfrutaba de la confianza abs-
luta de su principal, que pasaba largas temporadas con s
hija ora en Francia, en Inglaterra ó en Alemania, esta
muy bien considerado y el porvenir se le mostraba lleno p
completo de encantos.

Desgraciadamente para él, en estos momentos se le ocu-
rrió á Joaquín venir á Barcelona, pedirle á su paisano u
recomendación, recordar éste que allí estaba el platero qu
varias veces había estado en Madrid y que tan simpático er
y dársela para Plácido, en ocasión en que su principal esta
en París.

* * *

Joaquín, desde el primer día que entró en la platería, co
hombre inteligente, pudo apreciar todo lo que allí había.

Sin embargo, guardóse muy bien de significar su adn
ración por todo lo que veía.

—Amigo mío,—le dijo,—aquí debe V. estar hecho u
rey.

—Sí, pero un rey que trabaja,—contestó sonriéndose af
blemente Plácido.

—Ya lo veo; pero tiene V. la suerte de que no le mand
nadie, que hace V. lo que le acomoda, que no tiene V. qu
dar cuentas á ninguno.

—¡Oh! Está V. en un error; ya lo creo que tengo que d
cuentas. Vea V., precisamente, si las doy.

Y como esta escena pasaba en el escritorio que habia en misma tienda donde estaba la caja, abrió Plácido la puer-cilla, previa la combinación de las letras, y sacó un estado cuentas que mostró á Joaquín, diciéndole:

—Esta es una cuenta semanal que envío á mi principal, y i sabe perfectamente el movimiento de la casa, aun es-ndo fuera de ella.

—¡Oh! Pero eso es muy poco trabajo.

—No tan poco, porque cuente V. que ahí van todos los nales entregados, las pastas que se han sacado del alma-n, los trabajos que se han hecho, las ventas que se han rificado; en fin, un verdadero estado de la casa.

—Si, sí, ya veo.

—Por eso le digo á V. que soy un rey que tiene que tra-jar.

—Pero vaya un trabajo; se lo envidio.

—Ahora cuente V. que he de hacer los dibujos para los erezos, para las diversas joyas que se hacen, en fin, he de tar en todo.

Joaquín no hacía más que mirar, aunque un poco disi-ılado, cuanto le rodeaba.

Desde la primera vez que entró en aquella casa, se le ha-ı ocurrido la idea de darle un *atraco*, y cuantas veces iba, era más que para estudiar perfectamente cuál sería la ınera más á propósito para hacerlo.

—¡Caramba! ¡Sabe V.,—decía en el momento que vamos blando,—que hay un dineral en esta casa!

—¡Ya lo creo! Como que es el primer establecimiento en género, en Barcelona, y aun no sé si habrá en Madrid mu-os que le aventajen.

—¿Cuánto cree V. que podrán tener aquí?

—No bajará de setenta á ochenta mil duros.

Algo asi como un deslumbramiento pasó por la mira·
de Joaquín.

Después, dijo:

—Vamos, V. tiene ganas de chancearse, sin duda.

—Lo que le digo.

—¡Hombre! ¿No tiene V. miedo de dormir solo, aquí?

—No, señor; en primer lugar, que lo tengo todo ordena·
de manera que, desprevenido, no me han de coger nunca.

—De todos modos, siendo V. solo.

—Siendo yo solo basto y sobro para muchos de esos ba·
didos, que en el mero hecho de serlo, se creen que ya no ha·
nadie que les iguale.

—De todas maneras, es muy comprometido el cargo q·
usted desempeña.

—No crea V., que ya se lo he dicho muchas veces á·
principal.

—Pero hombre, ¿por qué no se queda aquí más gente c·
usted?

—Porque estoy mucho mejor solo que no acompañado·
personas á quienes no conozco lo bastante para poderlas f·
mi sueño. Así sé que no tengo que temer más que los de fu·
ra, pero si tuviera alguien dentro, siempre estaría re·
loso y temiéndome no me sucediese algo.

De este modo Joaquín iba procurando sonsacar todo
que necesitaba.

Un día, hablaba de la existencia que había en la ca·
otros se ocupaba de las condiciones de ésta, obligando al·
ven de un modo indirecto, á que le enseñara la casa, cu·
distribución interior desconocía.

De aquí el proponer á sus compañeros de Sociedad aq·
atraco, que, según él, debía darles tan magníficos re·
tados.

Para esto, tuvo necesidad de buscar Joaquín gentes que le ayudaran.



El día en que sus consocios le dijeron que siguiera adelante sus propósitos, tomó, bajo una personalidad distinta, una habitación en una calle inmediata á la de Fernando, habitación en la cual estableció su cuartel general, por decirlo así.

Cristina había ido á Madrid á la sazón.

Era necesario buscar medios para que un asunto pendiente del fallo de la Audiencia, se viera inmediatamente, pues se estaban irrogando perjuicios de consideración al interesado.

A la par que éste, llevaba otros varios asuntos, puesto que ya sabemos que eran distintas las cuerdas que aquella señora tenía en el arco.

Joaquín estaba por lo tanto, completamente libre.

Para realizar el plan que se había propuesto, comenzó por alquilar una tienda cercana á la platería.

De este modo tenía mucho adelantado, según decía.

Y no le faltaba razón, porque para la clase de trabajos preliminares de los *ingenieros*, lo primero que se necesita es una tienda ó unos bajos, que estén inmediatos á la casa que se propongan asaltar.

Hecho esto, Joaquín se dedicó á buscar el personal que necesitaba.

Marcelino le sirvió para ello.

Le dió una recomendación para cierto tabernero de uno de los barrios más retirados, y éste le dijo:

—Ahora hay aquí cuatro ó cinco castellanos que han venido con esto de las fiestas, y me parece que le podrán servir.

—Pues hombre, á ver si me hace V. que les vea.

—¿Cuándo quiere V.?

—Si puede ser esta noche, mejor que mañana.

—¿Tanto urge?—dijo el tabernero sonriéndose.

—¡Ya lo creo! Las cosas para que salgan bien, es preciso prepararlas con tiempo.

—Ya tiene V. razón. Conque ¿cuándo quiere V. ver á esos hombres?

—Con uno solo me basta.

—¡Ah! Vamos, V. dice que la mucha gente es buena para la guerra, ¿no es eso?

—Lo que yo digo es que quiero ver, únicamente, al más caracterizado entre todos ellos.

—Entonces llamaré al Abuelo.

—¿Al Abuelo?

—Así le llaman.

—¿Será sin duda, algún viejo que no servirá ya para nada?

—¡Ca! Viejo es, pero tiene una fibra que ya le aseguro que á todos sus compañeros los tiene metidos en un puño. Y ¡pobre del que le chiste!

—Está bien. ¿Y cuándo estará ese hombre aquí?

—A la noche.

—Si viene antes, dígale que me espere.

—¿Pero no vendrá usted muy tarde?

—Sobre las nueve.

—Aquí estará. ¿Y qué tal el señor Marcelino, porque hace mucho tiempo que no le veo?

—Está bueno.

—¿Se encuentra en Barcelona ahora?

—No, suele venir alguna vez, pero casi siempre está de viaje.

—Por si acaso le ve V., dígale que se pase por aquí, que yo siempre me alegro de verle.

*
* *

Joaquín le prometió hacerlo así, y cuando aquella noche regresó, encontróse con el Abuelo, que realmente tenía todo el aspecto de un bandido consumado, completamente curtido en toda clase de bribonadas, con el alma atravesada, como vulgarmente se dice, y el más á propósito al fin, para secundar los planes que él tenía.

—Ya verá V.,—dijo el Abuelo,—yo he hecho de todo en esta vida, lo mismo he *atracado* en camino abierto, al frente de mi partida, cuando la tenía, se entiende, á los viajeros, ó he penetrado en las casas aisladas, que en la ciudad he quitado de enmedio al que estorbaba á las personas que me lo pagaban bien. Quiero decirle con esto, que yo sirvo para todo. Que una vez metido en harina, llego hasta donde puede llegar el primero, pero eso sí, que no se me falte á lo que se me promete, porque yo por un perro grande soy capaz de darme de *puñalás* con el lucero del alba. ¿V. lo entiende?

—Sí, señor. De lo que se coja, yo le aseguro desde ahora, que habrá dos mil duros para V.

—¿Y para eso se ha de hacer una mina, y ha de estar uno bajo tierra tanto tiempo? Vamos, hombre, si dos mil duros se los he dado yo para beber á mi gente, cuando dicen que valía un poco más que ahora.

—Por eso no hemos de reñir,—repuso Joaquín.—A mí no me gusta que á mi *vera* esté nadie descontento.

—Póngase V. en la razón y nos entenderemos. ¿No ve V. que yo ya soy perro viejo, y sé muy bien dónde me aprieta el zapato? Para dar el golpe como V. quiere, la cosa merece la pena, pues si nosotros somos los que vamos á hacer la mayor parte, si los del orden público nos echan mano, ¿quiere

usted decirme quién pagaría los platos rotos? Pues nosotros. ¿Y no merece eso, vamos á ver, que cuando menos se nos dé una parte del botín?

—Para eso fuera bueno que supiéramos á lo que el botín ascenderá. Por esa razón dije yo: pues, vamos á darles á éstos una cantidad fija, por aquello que «más vale pájaro en mano, que ciento volando». Al fin y al cabo, si después se aguara la cosa, V. no perdería nada.

—Eso quiere decir que vendrá antes la *guita*.

—Si hace falta algo al empezar el trabajo, se dará, y la noche que hayamos de dar el *atraco*, el resto. ¿Conviene así?

—Sí, señor; pero es menester subir la cantidad.

—¿A cuánto?

—A tres mil. Siendo así, hasta la pared de enfrente vamos yo y los míos.

—Le advierto á V. que no hace falta mucha gente para eso.

—Ya lo sabemos, hombre; uno para cavar, otro para recoger la tierra y los escombros, y otro para ir distribuyéndolos, de manera que no se llame la atención; si ya lo sé. Vengan esos tres mil *chulés*, y todo se arreglará. Supongo que tendrá V. el plano *levantao*.

—En cuanto llegue el caso, el plano no faltará; lo que importa es que estemos entendidos en lo demás. Que es lo que yo precisamente veo difícil, porque esos tres mil duros que usted pide... vamos, compañero, que es un poco caro.

—Pues mire V., nada se ha perdido por eso; si encuentra quien lo haga más barato, mejor que mejor.

Joaquín comprendió que aquel hombre no cedería en lo que había dicho y, finalmente, no tuvo más remedio que transigir.

El Abuelo sabía muy bien dónde le apretaba el zapato.

omo había dicho, y estaba convencido de que no tenía Joaquin otro remedio que transigir.

En su consecuencia, quedaron conformes en que tan luego como el andaluz lo creyera conveniente, empezarían los rabajos.

De este modo pudo Joaquín decir á sus compañeros que odo lo tenía dispuesto ya y bien estudiado, á fin de no tener que hacer si no ponerse á trabajar.





CAPITULO XCIV

Los amigos de Rosendo

En virtud del acuerdo que habían tomado los di- rectores del «Crédito Universal», Rosendo qu- admitido como dependiente en las oficinas; p- tuvieron el especial cuidado de no colocarle en la secci de Caja.

Y, sin embargo, éste era el sitio donde queria esta joven.

Porque Rosendo, á pesar de cuanto habia dicho á Marc- lino, y de su apariencia inocente, ya empezaba á desconfi de todo.

Es verdad que la lectura de los prospectos de aquella So- ciedad y los informes que habia tomado, le inspiraron alg ánimo, y en este sentido habló con la madre de Mercede con algunos amigos.

Pero después que estuvo en las oficinas, que se enteró ealmente de los intereses crecidos que pagaban á los impo-ıentes, ya modificó algún tanto su opinión.

En su consecuencia, cuando vió que no se quedaba en la aja, sino que se le confiaba la correspondencia, dijo á su utura suegra, la víspera del día en que ésta pensaba ir á ha-er la imposición proyectada:

—Yo de V., haría una cosa.

—¿Qué? Vamos á ver, tú siempre estás variando de opi-iones. ¿Qué se te ocurre ahora?

—¿Cuánto ha dicho V. que quiere imponer en la Caja?

—Si lo sabes ¿á qué lo preguntas? Diez mil pesetas. Dan l diez por ciento mensual; luego tengo una renta de mil pe-etas mensuales. En un año he duplicado el capital y todavía ıe quedan dos mil pesetas, que las pondré á cuenta de lo ue me hiciste perder la otra vez.

—Pero señora, ¿acaso no perdí yo más que V.?

—¿Y yo que tengo que ver con lo que tú perdieras? ¿Acaso orque á tí te da la gana de tirarte por el balcón, he de ha-erlo yo también?

—Esas son exageraciones...

—Son verdades. Y basta. Ya sabes lo que te tengo dicho. lercedes no será tu mujer mientras que no haya recupera-o lo que perdí por tu culpa.

—Esa es una injusticia como otras muchas que se come-n en el mundo,—repuso Rosendo.—Usted no comprende ue obrando así, hace desgraciada á su hija.

—Mi hija no hará más ni menos que obedecer á su ma-e. Si así no te conviene, ya sabes lo que te he dicho mu-ıas veces: por la puerta se va á la calle. ¿Lo entiendes? En i casa no manda nadie más que yo. A fe que le faltarán ırtidos á mi hija y mejores que tú cien veces.

*
* *

Rosendo estaba á punto de estallar.

La injusticia y la dureza de doña María, que así llamaba la madre de su novia, le exasperaba, y era preci que quisiese mucho á la joven para que pudiera tolerar l groserías de la madre.

Mercedes, que tan luego supo que estaba allí Rose procuró salir á la sala, llegó oportunamente para templar l ira de su amante, y dijo:

—Pero, vamos á ver, mamá, ¿es posible que esto no acabe nunca?

—¿Cómo se ha de acabar, si éste no quiere comprender razón que me asiste?

—Señora, demasiado que la comprendo, y crea V. q siento en el alma que sufriese aquella pérdida. Pero tanto m ha hablado V. de ella, tanto me lo ha echado en cara, q francamente, ya no puedo oirla con calma, máxime cuan estoy haciendo lo posible por compensarla.

—Tiene razón, Rosendo,—repuso Mercedes.—El po hace cuanto puede.

—Y puede bien poco,—murmuró doña María.

—Me parece que ahora con esa Sociedad, pronto recob rá V. lo perdido.

—Sobre eso precisamente la venía á hablar.

—¡Qué! ¿Ocurre algo de nuevo? ¿Por qué no lo dijiste an

—Pero señora, si no me ha dejado V.

—¿Tú le oyes?

—Vamos, Rosendo, dí lo que quieras.

—Que yo en lugar de V., por el momento no llevaría m que mil duros. Dentro de dos meses pondría los otros mil.

—¡Qué! ¿Desconfías acaso?

—No es que desconfíe, pero quiero adquirir la seguridad le que las operaciones son realmente firmes, es decir, que el linero allí depositado, está suficientemente garantido.

—Me parece muy puesto en razón lo que dice Rosendo,— ıñadió Mercedes,—y su consejo creo que debes seguirlo.

—Eso es, y así me privaré, por espacio de dos meses, de acarle utilidad á esos otros mil duros.

—¿Y no sería peor que los perdiese todos?

—¿Qué dices, muchacho? Si tal supiera...

—No, señora; no digo que se pierdan.

—Sí, pero desconfías. Vamos á ver si tenemos otra como a pasada. Tú tendrás la culpa de mi desgracia.

—Vamos, señora; con V. no se puede hablar.

Y el joven salió de casa de su futura suegra lleno de ira.

* * *

En qué se vió Mercedes para poder calmar á su madre.

Comprendía que Rosendo tenía razón, y fué necesario ue interviniesen algunos amigos para que doña Francisca e convenciera de que el joven había hablado con justicia.

Rosendo hizo también las mismas observaciones á sus migos, y éstos, comprendiendo que tenía razón, fueron paros en sus depósitos.

Marcelino dijo á sus consocios:

—Vamos, veo que Rosendo ha cumplido sus compromios. Han venido por su mediación diez imponentes de Sarriá cinco de Sans.

—¿Cuánto dinero representan?—preguntó Rufino.

—Sobre doce mil pesetas.

—Poco es,—dijo Ramón.

—Pero el mes que viene, esas doce mil pesetas tengan ustedes la seguridad de que se convertirán en veinticinco ó treinta mil. En cuanto cobren los imponentes el primer mes de intereses, ya los tenemos aquí con todo cuanto tengan.

—¿Y que tal el muchacho?

—Es muy inteligente, pero mucho. Lleva la correspondencia como no se habia llevado hasta ahora.

—Si es inteligente, es peligroso,—dijo Joaquin.

—Por esa razón no debemos dejarle que vea muy claro.

—No, lo mejor me parece que será despedirle.

—Hoy sería imprudente. Además, tenemos también otros empleados que son tan linces como él.

—Por la misma razón,—repuso Ramón,—debemos ir limpiando la casa de todos esos ojos demasiado perspicaces. Nos convienen máquinas, no personas que vean y piensen.

—Ha sido menester poner toda esa gente al principio, para inspirar confianza. Si no todo se lo habría llevado la trampa.

—Pero así también estamos comprometidos.

—Ahora, con motivo de la estafa de que fingiremos haber sido víctimas, despediremos á algunos de los que más nos estorban.

—¿Pero no ha venido todavía la novia de Rosendo á imponer la cantidad que éste nos dijo?

—Esperándola estoy de un momento á otro.

—Vamos, parece que ya sientes deseos de conocerla,—dijo Joaquín á su amigo.

—Es verdad,—repuso Ramón,—que Rufino pretende ser candidato á su mano.

—Yo no; cuidado con eso. Fué Joaquin quien lo propuso.

—Y no te pareció desacertado.

—Vaya, señores; no amontonemos juicios, porque para una cosa así, se necesita tiempo y...

—No; se necesita solamente una madre codiciosa, como por lo visto lo es esa.

—Desde luego. Entre un novio que, según dicen, no tiene donde caerse muerto, y todo un Director de la Gran Sociedad «Crédito Universal», me parece que la elección no es dudosa.

—Pero si la chica es fea...

—¡Bah! ¿Eso que importa? Si tiene *parné*, con el de ésta se busca otra, y al avío. Nosotros no hemos de pararnos en esos dibujos.

—Desde luego.

—En fin, señores, no hablemos más sobre el particular.

* * *

Tres dias después de la conversación que Rosendo había tenido con doña María, ésta, acompañada de su hija, se presentó en las oficinas de la Sociedad.

Ramón y Rufino estaban á la sazón en la casa.

Ambos recibieron con gran cortesía á las dos señoras.

—Ustedes son las recomendadas por Rosendo, ¿no es así? —preguntó Ramón.

—Servidoras de V.,—contestó doña María. — Mi objeto es el de enterarme de las condiciones bajo las cuales admiten Vdes. imposiciones, porque tengo ahí un poco de dinero, que si me ofrece garantías bastantes esta Sociedad, no tendré inconveniente en depositar.

—Nosotros creíamos que Rosendo ya le había explicado el mecanismo de esta casa, y...

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¿Quién hace caso de Rosendo? Mire V., por haberle creido una vez, todavía llevo á las costillas sobre dos mil duros.

—Pero mamá,—dijo Mercedes,—ya sabes que él también fué engañado miserablemente, y el pobre perdió todo su capital.

—Porque fué tonto.

—La verdad es que se han formado muchas, pero muchas Sociedades, con el propósito deliberado de robar, porque esta es la palabra, de robar, repito, á los desdichados imponentes.

—Y yo fuí una de tantas, por culpa de ese muchacho.

—¡Mamá!

—Ya se comprende que esta señorita,—dijo Rufino,—se toma gran interés por Rosendo.

—¡Es muy tonta esta chica!—dijo doña Maria, observando que desde que había entrado en el despacho, aquel caballero tan fino y tan elegante no había dejado de mirar á la joven.

—¿Por qué, señora?—preguntó Ramón.

—Porque está ciega por ese chico, que al fin y al cabo es un pobre para ella. Calcule V., caballero, mi hija puede llevar en dote veinte mil duros.

—Mamá, yo creo que á estos señores no les importa nada de eso. Hemos venido aquí á otra cosa.

—Ya verá V., señorita,—dijo Ramón,—nosotros somos, para las personas que nos honran con su confianza, más que los Directores de la casa, los amigos verdaderos.

—Y asi debe ser.

—Mi compañero,—prosiguió Ramón señalando á Rufino. —Director también, como yo, con un capital de cuarenta mil duros, impuesto en la Sociedad, es precisamente el encarga-

lo de entenderse con los imponentes, y su gestión, hasta en asuntos ajenos á los intereses, ha sido beneficiosa para algunos.

—Y yo, desde luego, acepto esa ingerencia, á ver si entre todos conseguimos quitar á esta chica de la cabeza, esa tontería.

—Ya sabes, mamá, lo que te he dicho siempre.

—Sí, necedades que á nada conducen.

—Realmente,—dijo Rufino,—Rosendo es un buen muchacho, muy instruido, muy...

—No siga V. más; no tiene un cuarto.

—Eso también es verdad, y para el matrimonio es cosa que se debe pensar.

—Vamos, mamá, vamos,—dijo Mercedes con impaciencia,—ya nos hemos detenido bastante, y...

—Como que nadie nos corre...

—Pero estos señores tendrán que hacer, y...

—Estamos demasiado honrados con la visita de ustedes para que nos queramos privar de ella.

—Están esperando ahí fuera otras personas,—dijo la joven,—y sentiríamos que por causa nuestra...

—Déjenlas Vdes., que esperen.

—¿Tan mal está V. á nuestro lado?—dijo Rufino.

—¡Cá! Si esta hija mía, en hablando mal de Rosendo, ya se pone que no hay quien la resista. Si me creyera, otro gallo le cantara.

—Ya entrará en razón y comprenderá que cuanto V. la diga, ha de ser solamente por su bien.

—¿Tú lo ves? ¿Oyes lo que dicen esos señores? Ya ves si tu madre tiene razón en lo que te dice.

—Pero mamá...

—Vamos, señora, vamos,—dijo Ramón comprendiendo

que no debía estirar más la cuerda por aquel dia.—Esta se-rita está mortificada y no queremos abusar más de su bondad. Cuando V. quiera, podremos entrar en detalles y ultimar el negocio, si le parece.

—Mi hija no se parece en nada á su madre. ¡Ay! Si viviera su padre, de qué modo tan distinto habia de pensar.

—Deje V. al tiempo, señora, ese es el gran maestro.—dijo Rufino con aire sentencioso.

—Lo que yo quisiera seria que tuviese siempre á su lado personas como Vdes. que la hiciesen comprender la razón.

—Nosotros no podríamos hacer más que darle buenos consejos, basados en la experiencia que hemos adquirido en nuestra larga carrera por el mundo.

—Eso, eso es lo que le falta á mi hija, mundo. No lo conoce todavía.

—Qué quiere V., señora, si es una niña.

—¡Oh! Por la misma razón debía escuchar los consejos de las personas que le quieren bien. Pero no lo hace así.

—Hemos de convenir en que el amor no se puede vencer con la facilidad que pretenden los que ya han pasado de edad de las pasiones. Esta señorita no ha de ser una excepción de la regla general, y es menester que pase algún tiempo, antes de que se desengañe.

—¿Quién? ¿Ésta? ¡Calle V., hombre! Mi hija no se desengañará nunca. No la conoce V. Es de lo más terco que se conoce.

—Pero mamá, ¿te has propuesto dar á conocer á estos señores mis defectos, ó hemos venido aquí á hacer una imposición?

—Tú tienes la culpa. En hablando de tu locura pierdo la razón.

Y de nuevo volvió doña María á hablar de los amores di

u hija con Rosendo, dando campo á Rufino para que aven-urase algunas observaciones.

Pero Mercedes volvió á hacer otra indicación á su madre, Ramón y Rufino trataron de hacer el negocio, que era lo ue verdaderamente les interesaba.

Doña María dejó, no los mil duros que Rosendo la dijera, ino los dos mil, y prometió que llevaría más dentro de al-unos días.

Cuando salieron de la casa, Rufino y Ramón fueron invi-idos á ir cuando quisieran á Sarriá, para que admiraran la elleza de la casa que habitaban.





CAPITULO XCV

Trabajos de zapa.—La estafa

I

Mercedes salió profundamente disgustada de las oficinas de la Sociedad.

La madre no quiso que se avisara á Rosendo, como ella deseaba.

Tal vez, la presencia de éste, habría evitado la escena que presenciaron nuestros lectores.

—¿Tú ves, hija,—la decía doña María,—tú ves, qué amable y qué atento que ha estado ese caballero? Eso se llama ser verdaderamente una persona fina, y no Rosendo que siempre le trata á una como si fuera cualquier cosa. ¡Qué! ¿No me oyes?—prosiguió la madre, viendo que nada le decía su hija.

—Sí, ya te oigo, mamá; ya te oigo.

—Pero nada me contestas.

—¿Para qué? Te veo tan predispuesta en contra del pobre Rosendo, que para evitar que demos un espectáculo en medio de la calle, prefiero callar.

—¿Pero no es una verdad, que esos señores son muy amables?

—Todo lo que tu quieras será.

—Y te han aconsejado del mismo modo que yo lo hice muchas veces.

—Consejo oficioso que yo no les he pedido y que, por lo mismo, no tenían necesidad de haberme dado.

—Anda, hija, que eres más desagradecida que quieres.

Mercedes no contestó.

En la disposición de ánimo que se encontraba, como había dicho muy bien, era posible que contestase á su madre de un modo inconveniente.

* * *

Entretanto, los dos Directores se ocupaban también de entrambas mujeres.

—Conque, vamos á ver, amigo Rufino,—decía Ramón,—qué le ha parecido á V. la novia de Rosendo?

—Muy guapa, no se le puede negar.

—Y sobre todo vale veinte mil duros de dote.

—Y una suegra que no tiene precio, amigo Ramón.

—¡Bah! á las suegras se les dá carpetazo pronto.

—Menos á las que no, y ésta me parece que pertenece al número de las que se hacen eternas.

—¿Le asusta eso?

—¿Pero hombre, se han propuesto Vdes. que yo me case? También es manía.

—Ya comprenderá V. que se trata de su bien.

—Sí, señor, cuanto Vdes. quieran, pero hasta ahora no s me ha ocurrido semejante cosa.

—Pues amigo mío, ó mucho me engaño, ó tendría V. un aliada poderosísima en la madre de la muchacha.

—¡Que se vaya al demonio esa señora!

—Vamos, vamos, que la niña no es un grano de anís.

—Sí, es guapa, vuelvo á repetir, me gustaría poder tene relaciones con ella, pero nada más.

—Nada, nada, puesto que tiene V. autorización de la madre para visitarlas, aprovéchela V., amigo Rufino. Debe s una gran cosa entrar en el matrimonio con veinte mil dur que le abren á uno todas las puertas por doquiera que pa

—Está bien, está bien; pero hablemos de otra cosa. Hablemos de lo esencial, de lo importante, de lo que nos ata directamente. ¿Cuándo van á verificarse esos cobros?

—Mañana empiezo.

—¿Por dónde?

—¿Por el Banco.

—Entonces nosotros...

—Tienen Vdes. que venir á servirme de *tapias*, por acaso tuviera que salir escapado.

—No lo creo, porque todos los avisos están perfectame hechos, y... vamos, que no hay motivo alguno para dud

—Sin embargo, á veces vienen las cosas de un modo t inesperado...

—Y después, ¿qué piensa V. hacer?

—Después haremos la operación del banquero.

—¿Y finalmente la nuestra?

—Justo, todos hemos de llevar nuestro varapalo.

—Ya quisieran los demás, que fuera el suyo como nuestro.

—La verdad es, que estamos haciendo un negocio que

continúa asi por espacio de cinco ó seis meses, va á ser de primer orden.

—¿Y se tiene pensado ya cómo se va á dar el *crak*?—preguntó Rufino al cabo de algunos momentos.

—Esas cosas no se piensan á *priori;* se hacen cuando las circunstancias lo exigen ó la ocasión se presenta. Aquí somos cuatro, que hemos de buscar la manera de ir desapareciendo, sin excitar recelos ni despertar sospechas.

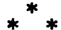
—Ya lo comprendo, y eso es algo difícil.

—De todas maneras, me parece que será muy conveniente que en una de nuestras próximas sesiones nos ocupemos de ello.

—Mientras no podamos llevarnos cada uno un par de millones, es prematuro cuanto hablemos.

—¿Ocho millones quiere V. que hagamos?

—Sí, hombre, sí; las cosas, ó hacerlas bien ó no hacerlas. Para levantarnos con medio millón de pesetas, vale más no hacer nada. ¿Qué quiere V., que seamos nosotros como las demás Sociedades, que en cuanto se han visto con cincuenta ó sesenta mil duros han creído ya que tenían una fortuna?... No, señor. Nosotros tardaremos un poco más, pero lo haremos bien.



Efectivamente, el próspero estado en que marchaba la Sociedad del «Crédito Universal», era sumamente á propósito para hacer concebir toda clase de esperanzas á sus fundadores.

Como hemos visto, ya eran en gran número los negocios que abrazaba la Sociedad.

El proyecto de Marcelino y de Rámón era vastísimo.

Habían creado sucursales en la mayoría de las capitales

de provincia, y agentes hábilmente buscados, tan diestros como inteligentes, estaban haciendo una propaganda extraordinaria.

Hubo necesidad, en poco tiempo, de aumentar la dependencia porque las remesas de dinero de provincias eran asombrosas.

El movimiento de fondos era extraordinario.

Pocos meses contaba de existencia la Sociedad y había adquirido un crédito envidiable.

La puntualidad en los pagos, el rigoroso orden que reinaba en aquellas oficinas, la cortesía de los empleados y algunas operaciones felices verificadas á corto plazo, hacía que el mundo financiero empezara á ocuparse algún tanto de aquella Sociedad.

En vista de esto, no debía considerarse descabellado el plan de Ramón, de retirarse cada uno de los cuatro socios con un par de millones.

Con una habilidad y una astucia superiores, aquellas cuatro voluntades, perfectamente de acuerdo, habíanse reservado el manejo secreto, digámoslo así, del asunto; de manera, que los empleados no sabían sino aquello que les convenía supiesen.

De aquí, que cada uno de los dependientes de la casa, era una verdadera trompeta de la fama, que preconizaba por doquiera el próspero estado y la fortuna con que aquélla contaba.



Sin embargo, un empleado hubo que no se engañó tanto como los demás.

Este fué Rosendo.

Ya hemos dicho que el joven tenía un buen talento, que

veia bastante claro, y que aleccionado como estaba por la experiencia y por lo mucho que habia visto, no se dejaba alucinar como tantos otros.

Antes de haber entrado en las oficinas de la Sociedad, realmente le sedujeron las combinaciones de que se hablaba en los prospectos, comprendiendo que, efectivamente, se podian realizar enormes ganancias.

En este sentido fué en el que habló á sus amigos, al preguntarle respecto á la nueva Sociedad.

—Si yo tuviera capital,—les dijo,—no tendria inconveniente alguno en depositarlo en esa casa.

Y como que para las personas con quienes hablaba Rosendo, era el joven una especie de oráculo, porque le reconocian una gran capacidad mercantil, resultó que la mayoria se propuso depositar sus ahorros en la «Caja de Economias».

Mas cuando Rosendo entró en las oficinas y desde su negociado comenzó á dirigir la mirada á todos los demás, y adelantando un poco sus observaciones y suponiendo por lo que veia, lo que se le ocultaba, empezó á presumir algo, ya no pensó del mismo modo.

Entonces fué cuando hizo las indicaciones á doña Maria y á varios de sus amigos, indicaciones que, como hemos visto, fueron desdeñadas por la primera y perfectamente seguidas por los demás.

Cuando Mercedes tuvo un momento oportuno, y le refirió lo que habia hecho su madre y las oficiosidades de Rufino, oficiosidades provocadas por las mismas imprudencias de doña Maria, no pudo menos de decir:

—Me parece que esos señores van buscando negocio de varios modos, y milagro será que tras de todo esto no haya algo oculto.

—Si te he de hablar con franqueza,—dijo Mercedes,—lo que es á mí, no me ha gustado ninguno de los dos con quienes hemos hablado.

—No, pues en eso no tienes razón, porque precisamente habéis estado hablando con los dos Directores más finos y más simpáticos. El sentido verdadero de mis palabras es otro, y tu madre ha hecho muy mal en depositar todo ese dinero, después de las indicaciones que la hice y que me parece debiera haber atendido por su propio bien.

—Pero si ya sabes quién es mamá, si basta que por su bien se la diga una cosa para que haga lo contrario. Pues no te creas, que trata de sacar otros dos mil duros del Banco y mil del Crédito Lyonés para llevarlos allí inmediatamente: así me lo ha dicho hoy.

—¡Por Dios, Mercedes, procura quitárselo de la cabeza ó por lo menos que lo dilate hasta dentro de dos ó tres meses!

—Pero ¿es que temes algo?

—No, no lo sé. Te aseguro que todavía no puedo formar juicio exacto de lo que es aquello, pero te aseguro que no me gusta.

Fácil es de comprender que, queriendo Mercedes extraordinariamente á Rosendo y teniendo una fe extraordinaria en todo lo que éste decía, aquellas palabras tenían que producirle efecto. Y habló á su madre en aquel sentido; pero doña María, atajándola de repente, la dijo:

—Vamos, ya me figuro que todo eso ha nacido de Rosendo. Tú le habrás dicho, sin duda, lo que aquel caballero te dijo, y hete aquí á mi hombre cambiado por completo. Por supuesto, que el mismo caso hago de lo que dice Rosendo, que de lo que me encontré esta mañana, que no fué nada.

Mercedes no insistió.

*
* *

Tres días después, presentóse Rufino en Sarriá á hacer la visita de etiqueta á doña María y á su hija.

Como era consiguiente, la conversación vino á recaer sobre los negocios tan pingües que estaba realizando la Sociedad.

—Pues mire V.,—dijo doña María,—todavía van diciendo por ahí que la Sociedad no se halla en buen estado y que se exponen los que le confían sus fondos.

—Señora, ¿quién se atreve á decir semejante cosa? ¿En qué se funda? ¿Qué motivos hay para ello?

—Pues ahí verá V. Hasta me han llegado á aconsejar que no saque el dinero del Banco para llevarlo á la «Caja de Economías».

—Buen consejo; no se lo niego.

—Pues eso no es nada; dicen mucho más todavía.

—Vamos, señora; V. podrá creer lo que quiera, pero quien así la aconseje me parece que no la tiene mucho afecto.

—No, si consejos no me ha dado nadie. Es que ha habido quien se ha dejado decir todo eso que acabo de indicarle y tal vez haya añadido algo más.

—Y ¿quién es el buen mozo que tanto bien quiere á nuestra Sociedad?

Iba quizás doña María á descubrirlo, cuando Mercedes, que más de una vez había mirado á su madre mientras hablaba, se interpuso, diciendo:

—¡Pero mamá, mira que hay cosas que no se deben decir! Con mayor motivo, cuando se trata de voces que circulan y que no se pueden determinar de un modo exacto de dónde parten.

—¿Pero V. participa acaso de esa opinión de que se hacia eco su mamá?—dijo Rufino, mirando fijamente á la bella joven.

—Yo no entiendo de esas cosas, caballero; hago esta observación porque la he creído pertinente. En cuanto á lo demás, mamá es dueña de hacer de su dinero lo que crea más oportuno.





CAPITULO XCVI

Tratamos del mismo asunto

Rufino no pudo menos de morderse los labios, porque Mercedes, con aquella contestación, parecía cerrarle la puerta para seguir hablando sobre aquel asunto.

—Sí, en eso ya tiene razón mi hija, — dijo doña María. -En el mundo hay personas dispuestas siempre á hablar mal de todo, haya ó no razón para ello. Por eso no debe hacérseles caso.

—Si tiene V. prevención alguna, respecto á nuestra Caja, -dijo Rufino,—desde ahora mismo, yo soy el primero en rogarla, no sólo que no lleve el dinero que tenía proyectado, sino que retire el depósito con que nos favoreció. Si quiere usted, mañana mismo daré orden.

—¡Pero, caballero, por Dios! ¿Quién ha dicho semejante cosa?—se apresuró á decir la madre de Mercedes. — ¿Acaso

me cree V. una criatura, para que sin más ni más, vay
dar crédito á las sospechas, á las dudas, ó á las habladurí
de cuatro tontos?

—Es que esos tontos suelen causar perjuicios de gra
consideración.

—No se lo niego; pero yo soy persona que no cambia
fácilmente de ideas.

—Ya sabemos que nuestra Caja tiene gran número de en-
migos, porque, naturalmente, el favor que el público nos dis-
pensa, redunda en perjuicio de otras casas, donde estab
depositadas las cantidades que hoy han venido á nuestro p-
der; por lo mismo, los que se pongan á nuestro lado, deb
estar ya prevenidos para todas esas suposiciones y para tod
esas dudas injuriosas, respecto á nuestra gestión, que tant
beneficios les arrebata.

—No lo he puesto yo jamás en duda. Esto ha sido indica-
le lo que por ahí se habla.

—Si lo sé, señora, si lo sé.

—En fin, no tratemos más de ese particular. Uno
estos días iré por allí á llevarles algún otro pico.

—Y nosotros nos complaceremos en patentizarle una v
más, la seguridad con que puede dejar su dinero.

—¡Pero hombre, lo que me sorprende es que puedan d
ustedes esos intereses tan crecidos! ¿En qué demonio em-
plean Vdes. el capital que poseen, que dé tan pingües ben-
ficios?

—Ese es nuestro secreto, — repuso sonriendo Rufino. —
porque ya debe comprender que no seremos tan simples q
vayamos á sacar del bolsillo, ó de la Caja, que es lo mism
los intereses que damos.

—¡Oh, las operaciones han de ser muy seguras!

—Y tanto.

* * *

Mercedes, que estaba un tanto preocupada, no pudo menos de levantar la cabeza y mirar fijamente á Rufino.

Las palabras pronunciadas por él, tuvieron una entonación tan especial, que llamó la atención de la joven.

Rufino se volvió hacia ella y cambiando de conversación, a dijo:

—Vamos, señorita, dígame V. ¿Me ha perdonado ya todas las palabras que la dije el otro día? Estoy seguro que más de una vez las habrá recordado.

—No, señor,—contestó vivamente la joven. — Las olvidé así al poco tiempo de haberlas oído.

—Eso prueba el poco valor que les dió V.,—repuso Rufino un tanto mortificado por la franca manifestación.

—No es eso. Yo tengo mis convicciones formadas ya, y uando adopto una resolución sé perfectamente á lo que me xpongo, y nada me obliga á modificar lo que había resuelto.

—¡Hermoso carácter! Así me gusta la mujer.

—¡Oh! Mi hija tiene mucho genio. ¡Ojalá lo empleara en guir lo que su madre le dice! De otro modo estaría en estos momentos si me hubiera creído.

—Pero vamos, doña María, convengamos en que si Merceditas tiene dada su palabra á Rosendo, y le quiera, como yo reo, no ha de ir, porque á V. se le antoje, á romper con el obre muchacho, sin tener un verdadero motivo.

—¿Qué mayor puede haber que el de haberse quedado obre? ¿Le parece á V. poco motivo ese?

—Ya sabes, mamá, que Rosendo sabe ganarse muy bien a vida.

—Justo, pero no quiere trabajar.

—Pues me parece que ahora no te podrás quejar.

—Por la fuerza lo hace.

—Nadie mejor que este caballero, podrá decirte si R-sendo es apto para el trabajo que desempeña.

—Eso es verdad,—dijo Rufino.—Como chico instruid-grandes conocimientos, lo es; en nuestra casa llegará á ga un buen sueldo.

—¡Qué ha de llegar!—refunfuñó doña María.

—¿Acaso querías que desde el primer momento fuera darle un gran sueldo? Todos los principios son malos.

—De todos modos,—dijo Rufino,—y quizás digan uste-que esto es meterme en lo que no me importa, la posic-de Rosendo no me parece, en el dia cuando menos, la m-á propósito para satisfacer cumplidamente las aspiracion-de una persona acostumbrada á ciertas comodidad-, cierta holgura y, en fin, no dispuesta á sufrir escaseces.

—¡Y vale Dios, que en una casa no hay gastos!

—¡Ya lo creo!

—Es lo que yo le estoy diciendo á ésta, siempre. Con R-sendo no hará ni más ni menos que ir pasando años y p-diendo el tiempo miserablemente, porque yo, puede u-tener la seguridad, de que no he de darles mi conse-miento.

—No lo decia yo precisamente por esta señorita, y ruego que me dispense si en algo le han podido mortifi mis palabras. Hablaba en términos generales, que ju-poco firme la posición de Rosendo. Mas adelante, no d-que no.

—Yo le diré á V.,—repuso Mercedes comprendiendo q-debia acudir en defensa de su amante.—Todo ello depe-de que se conforme la mujer, con la posición que tenga-marido.

—También es verdad.

—¡Ay! hija mía, tú no sabes lo que es desear una cosa y no poder obtenerla por falta de medios para ello. ¡Gracias á Dios, has vivido siempre con desahogo y no has conocido las privaciones!

—En eso tiene razón su mamá de V. Es muy distinto ver los toros desde la barrera.

—Pero señores, no sé por qué este afán de hablar de cosas que están muy lejanas, y sobre todo...

—Sí, que no nos importan, á mí cuando menos. ¿No es eso lo que iba V. á decir?—dijo sonriéndose Rufino.

—No, por cierto; pero no encuentro razón para que hablemos tanto de ese particular. Por supuesto, que mamá es quien tiene la culpa.

—Dispense V., señorita, si yo me he atrevido á tocar esta cuestión.

—No, señor,—repuso doña María.—Si no es precisamente con V. con quien mi hija toma esas manías, sino con todas las personas que vienen á casa, amigos antiguos de ella todos, que por ella se interesan y que comprenden la justicia con que me quejo.

—Hay algunas cosas,—dijo Rufino,—en las cuales, y permítame V., señora, que así hable, he de hacer á V. la contra, porque creo que Mercedes tiene razón; pero en otras, en cambio, no tengo más remedio sino defenderla.

—¡Oh! Crea V. que á estar en interioridades de lo que pasa en esta casa, no tendría V. más remedio que darme la razón en todo. Mi hija es incorregible. Todo el mundo se hace cargo de la razón, menos ella. Todo el mundo comprende que una madre no puede tener más interés que el bien de su hija, y que cuanto yo le aconseje, ha de ser siempre con este fin.

—Eso no puede dudarlo nadie.

—Pues ahí tiene V. Mi hija no lo cree así.

—Vaya, mamá; dejemos esa cuestión, que me parece u poco inconveniente para tocarla delante de una persona q viene á honrarnos con su visita por primera vez.



Rufino creyó prudente hacer un movimiento como p retirarse.

Había adelantado ya demasiado en aquella primera e trevista.

Habló lo suficiente para definir la situación en que se e contraba Rosendo, á fin de que después doña María hici lo demás.

El joven trabajó poco, pero bien.

Al ver que trataba de levantarse, doña María se apres á decirle:

—¿Qué es eso? ¿Tan pronto quiere V. dejarnos?

—Tal vez sea importuno, y con Vdes., menos que nadie, quisiera serlo.

—Vamos, comprendo; sin duda por lo que ha dicho niña, lo ha tomado V...

—¡Señora!

—Si le ha podido molestar lo que dije á mamá,—repu Mercedes,—le suplico me dispense. Mi ánimo sólo fué c testar á lo que ella decía.

Rufino fingió dejarse convencer, y todavía prolong visita un buen espacio.

Durante él, todavía dijo algunas frases que acabaron trastornar á doña María, la cual, así que se hubo marchad dijo á su hija:

—Ese, ese sí que es un partido que te convenía. Un chico an fino, tan atento, tan respetuoso, tan elegante y tan rico, obre todo. Con él sí que no me opondría.

—Pues mira, mamá,—repuso Mercedes alejándose de su nadre,—si tanto te agrada, cásate con él.

Doña María miró furiosa hacia la puerta por donde su ija acababa de desaparecer, y murmuró:

—No, pues lo que es tú no te has de casar con Rosendo, poco he de poder.

* * *

Entretanto, el día anterior, Ramón, como había quedado on sus amigos, se dispuso para ir á cobrar el cheque del anco de España, por efecto de la transferencia hecha por ladrid.

—Sobre todo, mucha serenidad,—le dijo Joaquín.

—No me falta. Después, está todo ello tan perfectamente echo, que no ha lugar á desconfianza alguna.

—Lo que estamos todos,—dijo Rufino,—es perfectamente isfrazados.

—Desafío á cualquiera de nuestros dependientes á que os conozca.

Esta escena tenía lugar en la casa que había comprado oaquín, donde estaba la cerrajería, casa que daba á dos caes y tenía comunicación interior que daba salida á las dos. Allí tenían, como ellos decían, la guardarropía.

Trajes de todas clases, pelucas, sombreros, barbas y biotes, prendas diversas, todo lo necesario para burlar la ista más ejercitada, todo estaba allí reunido.

Ramón estaba perfectamente transformado en un cabaero anciano, cuya vista, debilitada por los años, necesitaba evar unos anteojos obscuros que se la resguardasen.

La blanca barba le daba cierto aspecto venerable, y p[illegible] completar el aspecto de rico propietario, la sortija que lleva-ba en el dedo, representaba un gran valor.

En cuanto á sus compañeros, afectaban tipos divers[illegible] estaban igualmente muy bien caracterizados.

—Ahora, salir primero vosotros,—dijo Ramón dirigi[illegible]dose á Joaquin y á Marcelino.—Después saldré yo, y el úl[illegible]mo Rufino.

—¿Y quién ha de entrar primero en el Banco?

—Rufino, que debe ponerse á hablar con el jefe, resp[illegible] á un depósito de papel del Estado, y cuando más engolfad[illegible] estén en la conversación, será cuando yo llegaré. Rufi[illegible] aparentará impacientarse, para que el otro me despac[illegible] cuanto antes.

—Y nosotros,—dijo Joaquín,—¿qué papel vamos á t[illegible]car en ese asunto?

—Vosotros entráis cnando yo esté ya en la reja, vai[illegible] cambiar unos billetes y os hacéis un poco los remolo[illegible] hasta que yo llegue.

—¿Y después?

—Después, si no ocurre novedad, salís en cuanto v[illegible] que he salido yo.

—¿Y nos volvemos aquí?

—Sí. Yo habré ido en coche y en él me march[illegible] dando algunas vueltas por la calle de Escudillers, y desp[illegible] me dirigiré á la calle del Consejo de Ciento, donde me baja[illegible]

—¿Y vendrás á casa?—dijo Marcelino.

—Naturalmente, como que debemos cambiar de tr[illegible] para irnos á la Caja. Mejor dicho, el primero de Vdes. [illegible] llegue, debe al momento verificar ese cambio y marchars[illegible] para que no se note nuestra ausencia.

—Perfectamente; está entendido.

—El plan está muy bien combinado. Veremos si resulta del modo que esperamos.

—Así lo creo.

Efectivamente, todo se hizo conforme había dispuesto Ramón.

Con un aplomo, con una serenidad extraordinaria se presentó en el Banco, en ocasión que Rufino ya estaba hablando con el jefe.

No hubo dificultad alguna para el pago, y, por lo tanto, la operación resultó brillantísima, como ellos habían creído.

—Ahora, dentro de tres días, será cuando se armará la gorda. Cuando se aperciban del engaño...—dijo Rufino.

—Entonces, que nos busquen,—añadió Joaquín sonriendo.





CAPITULO XCVII

La segunda estafa.—El timo del «Crédito Universal»

VERIFICADA felizmente, según hemos visto, la operaci del Banco de España, el dia siguiente, en la reun que, como sabemos, tenian todas las noches los mantes Directores del «Crédito Universal», Rufino present sus compañeros dos cartas diciéndoles:

—Aqui tenemos las dos cartas de Londres que se recib todos los meses. La de aviso y la dirigida al interesado la letra.

—Perfectamente,—repuso Ramón.—Ya veo que las abierto V. y presumo que tendrá hechas las que deben sub-tituirlas.

—Todo está listo. Vean Vdes. si puede distinguirse algo esta letra y en las firmas.

Al decir esto, mostró las cartas y la nueva letra que de constituir la estafa.

La admiración fué la misma que cuando vieron los traba-
os hechos por la estafa del Banco.

—No se puede dudar,—dijo Marcelino que, como sabe-
nos, era entendido también en cuestión de falsificaciones.

—Yo mismo me encontraría perplejo para resolver cuál
s la verdadera y cuál la falsa.

—Aquí están los sellos, todo lo necesario, preparado ya
fin de que la carta pueda ser entregada mañana mismo.

—De modo que son seiscientas libras.

—Ó lo que es lo mismo, tres mil duros.

—¡Bonito golpe!

—Lo que es á la casa le sabrá á demonios.

—Pero á nosotros nos vendrán muy bien.

—Eso desde luego. Por supuesto, que dentro de tres días
ıldrán los periódicos que dará gusto leerlos.

—Y para apéndice, la estafa nuestra. Eso cerrará por aho-
ı la cuenta.

—Entonces entraré yo,—dijo Joaquín,—y veremos si hago
go que valga la pena.

—Una cosa no hemos hablado. ¿Qué dinero se le ha de
ır á ese empleado de correos?

—Una friolera, cincuenta duros, y ya quisiera que hubie-
: muchas cartas cada mes. Ahí sí que no existe compro-
iso alguno. Porque la carta llega á su destino, y vaya V. á
ıber si ha sido aquí ó en el camino, donde se ha verificado
substracción.

—Cuando se presente la verdadera letra, será ella.

—Entonces ya habremos nosotros cobrado la anterior.

*
* *

Como se ve, el negocio de aquellos miserables marchaba
:rfectamente.

Segun dijimos, tenían agentes diestros en provincias y muy bien pagados, y los encargos de todo género, las compras de papel, los depósitos, todo cuanto significaba crédito y efectivo, todo afluía en aquellas oficinas, de las cuales hablaban sin cesar los periódicos.

—Es necesario tener á la prensa contenta,—decía siempre Marcelino.

Y Ramón, que era el encargado de esto, se las arreglaba de modo que un día un periódico, otro día otro, publicaba sueltos encomiásticos respecto á la nueva Sociedad.

Un almuerzo, una cena, una comida de vez en cuando mantenían en perfecto acuerdo á los periódicos, que publicaban sendos anuncios, que se pagaban sin regatear, en la Caja del «Crédito Universal».

Imposible parece, y no se podría creer, si la experiencia no lo hubiese demostrado, el apoyo que el mismo público presta á las estafas de que, nadie sino él mismo, es víctima.

Hemos pensado muchas veces que el público en general, no es más ni menos que una criatura á quien se engaña con la mayor facilidad.

Las frases de relumbrón, las ofertas deslumbrantes, los mayores absurdos con tal de que estén expuestos con arte, le halagan y le seducen.

Parece como que está ávido de encontrar mentiras que le fascinen, y en cambio rechaza las verdades que podrían enseñarle.

Hace algunos años que se crearon multitud de Sociedades que, unas después de otras, fueron quebrando, dejando en la miseria gran número de familias.

Los tribunales tuvieron que intervenir, algunos directores fueron castigados, pero el dinero de los pobres imponentes, no se recobró.

Mas tarde, apareció en Madrid otra señora, que ofreciendo intereses fabulosos, reunió en breve espacio sumas colosales, y de la noche á la mañana, desapareció, dejando burlados á los ilusos que creyeron lo imposible.

A cada paso la prensa está denunciando hechos de este género y, sin embargo, apenas se presenta otra nueva ocasión, allí acude el ahorro en busca de un interés, ilusorio, siempre, por desgracia.

En cambio, si se habla á ese mismo público de obras de verdadero interés material, de los beneficios que podría reportar á la agricultura el que á ella se dedicaran aquellos ahorros de todos, de las grandes ventajas que podrían reportar al país, si aquella masa de intereses se reuniera en una Sociedad verdad, que no podría dar á sus asociados sino un rédito insignificante, pero seguro, nadie acudiría á llevar á ella su óbolo.

Esta es una verdad bastante amarga, ya lo comprendemos; pero los que nos lean, comprenderán que es una gran verdad.

De aquí, que los petardistas, los que conocen perfectamente la sociedad en que viven, la explotan á su placer.

Quéjanse después los explotados, y piden amparo y castigos á las autoridades, sin tener en cuenta que los primeros culpables han sido ellos mismos.

*
* *

Marcelino fué el encargado de presentar al cobro la letra de Inglaterra.

Conocía el inglés lo suficiente, para darse el aspecto de tal.

Habilitado perfectamente en la guardarropía de que deja-

mos hecho mérito, salió por la puerta que daba á la ca!. opuesta, y provisto de todos los documentos necesarios, dirigió á la casa de banca, donde venía consignada la let. que había falsificado Rufino.

Nadie al verle, habría dudado que era un inglés, porque para caracterizarse no había omitido nada.

Presentó la letra, y el cajero le dijo:

—¿Es V. Sir Guillermo Dudley?

—Servidor de V.,—contestó Marcelino, dando á su acento y á la manera de pronunciar las palabras, el carácter conveniente.

—Usted no extrañará que tratándose de una cantidad así, tomemos algunas precauciones.

—Yo no extrañar nada, caballero,—repuso Marcelino —Por el contrario; yo creer que V. cumple con su deber.

—Si tuviera V. alguna casa conocida que respondiera...

—Yo tener algo mejor que todo eso. Tener un documento del cónsul inglés, en esta plaza, que garantiza mi persona.

—¡Oh! En ese caso es suficiente. Vuelvo á suplicarle que no lo tome á mal, porque es lo que hacemos con todas aquellas personas á quienes vemos por primera vez. Se han visto tantos chascos...

—¡Oh! Sí, señor. Allá en Inglaterra, á pesar de todas las precauciones que se toman, los *pik-pockets* hacen de las suyas á cada momento.

—Y aquí, si no fuéramos tan sobre aviso siempre, no sé lo que nos sucedería.

—Ver V. este papel, y decir si estar conforme.

Y al decir estas palabras, sacó Marcelino la cartera, dentro de la cual pudo distinguir el cajero, varios billetes de Banco.

Era un volante del consulado inglés, con un sello y la firma del cónsul.

No era posible dudar.

El cajero se apresuró á devolvérselo á su dueño, después le haberlo leído, y dijo:

—¿Qué quiere V., plata ó billetes?

—Billetes. Eso hacer menos bulto y pesar menos.

El cajero contó la cantidad que representaba la letra y la ntregó á Marcelino, que la volvió á contar escrupulosamen-e, guardándola después en su bolsillo.

Saludó ceremoniosamente al cajero, y poco después aban-lonaba la casa.

Una vez en la calle, tomó el primer carruaje que encon-ró, y por si el caso lo exigía poder desorientar á quien le udiera seguir, dejó aquel coche en la plaza de Palacio, en-ró en un café, volvió á salir, tomó otro coche y se hizo con-lucir al mercado de San Antonio.

Entró por una puerta, salió por otra, y, finalmente, llegó la casa consabida, cambió de traje y fué á reunirse con sus ompañeros, que ya le esperaban impacientes.

*
* *

Seis días después, los periódicos se ocupaban de las dos udaces estafas realizadas en un breve espacio, de las cua-es habían sido víctimas el Banco de España y una de las rimeras casas de banca de Barcelona.

Como de costumbre, llamábase la atención de las autori-ades, se las acusaba por falta de vigilancia, diciendo que en a segunda capital de España, estaban haciendo su agosto amosos petardistas, á quienes la policía debería conocer a, y que esto hablaba muy poco en favor de un cuerpo que

tanto costaba á la nación, y que de un modo tan deficie
respondía á su objeto.

Diéronse las órdenes más eficaces, practicáronse t
clase de diligencias, pero sin resultado alguno.

Los periódicos oficiosos, por decir algo, manifestaron qu
la policía estaba siguiendo una pista, de la cual se espera
sacar gran partido.

Pero en aquellos mismos momentos otra noticia de sen-
sación, comenzó á circular.

El «Crédito Universal» había sido víctima también de
otra estafa de dieciocho mil pesetas.

Puede comprenderse el efecto que esto causaría en l
plaza.

Una Sociedad tan previsora, que tenía un rigorismo has-
ta exagerado en los pagos que hacía, también había sid
víctima de los estafadores.

La Dirección acudió á las autoridades, y éstas llegaron
encontrarse en un verdadero aprieto.

Se trataba ya de tres estafas, y de gran consideración. y
se levantó un clamoreo general.

Entretanto, Joaquín, que era quien, disfrazado conven-
temente, había cobrado la letra en el «Crédito», entregaba
dinero á sus compañeros, diciéndoles:

—Lo que es ahora, que vaya nadie á sospechar de nos-
otros.

—Ha llegado la ocasión,—dijo Ramón,—de despedir á
personas que nos estorban.

—En primer lugar, ha de saltar el cajero,—dijo Rufin.-
y el jefe de contabilidad.

—Son dos personas que no nos convienen,—añadió Ma
celino,—y yo opino que cambiemos nuestros destinos y q-
uno de nosotros vaya á la Caja.

—Sí; pero, ¿y la cuestión de contabilidad?

—Yo no sirvo para ello,—dijo Rufino.

—Ni yo,—añadió Joaquín.

—Es un cargo que debemos reponer, pero busquemos para ello una persona á propósito. ¿Comprenden Vdes. lo que quiero decir?

—Ya, que haga lo que nosotros queramos.

—Pues á buscarlo.

Conforme habían acordado, al día siguiente fueron despedidos varios empleados en la Caja, por efecto de la estafa sufrida.





CAPITULO XCVIII

La necesidad de un viaje

La solución dada por los tunantes que estaban al frente de la Sociedad que nuestros lectores tienen ya conocida, realmente para el público era como una especie de satisfacción, puesto que de haber cumplido aquellos empleados con su deber, y proceder con más cautela para el pago del documento que se les presentaba, no habría podido tener lugar la estafa.

No dejó de producir impresión en el público, la noticia de los tres escandalosos sucesos que habían tenido lugar en tan corto espacio, en tres establecimientos de crédito de aquella importancia.

Hubo algunos imponentes, tímidos ó recelosos, que se presentaron á retirar los fondos que tenían en el «Crédito Universal», fondos que les fueron entregados inmediatamente.

Según se ha dicho ya, esto estaba previsto por los Direc-

ɔres de la Sociedad, y no les produjo más efecto que el de-ir por la noche, cuando se reunieron:

—Parece que hoy se han retirado diecisiete mil tres-ientas pesetas.

—Sí,—contestó Ramón;—pero esa cantidad, de fijo que uelve á nuestra Caja el mes que viene.

—Veremos,—contestó Joaquín.

—Eso no ha sido más que efecto del pánico momentáneo, ausado por la noticia de los tres *timos* que se han dado úl-mamente.

—De todas maneras,—añadió Marcelino,—estaremos aho-a unos cuantos días sin recibir imposiciones nuevas. Tiene ue ser la consecuencia natural de la perturbación causada or esos siniestros.

—En fin, veremos lo que sucede. Pero por de pronto, quí nos encontramos ya con que tenemos sobre doce mil uros nuestros exclusivamente, y á cuyo reparto me parece ue debemos proceder.

—Efectivamente,—dijo Ramón.—Yo no había querido ecir nada hasta no tener reunida toda la cantidad, producto e las tres operaciones, y como estos tres ó cuatro dias los emos llevado tan atareados...

—No, si esto no ha sido un cargo ni mucho menos, amigo amón,—dijo Rufino,—sino recordarle que para evitar de-ıoras y dilaciones, lo mejor es...

—Eso, eso,—dijo el andaluz;—las cuentas claras dicen ı mi tierra que sostienen las buenas amistades.

—Ese refrán es de todas partes,—repuso Marcelino son-endo.

—Pues nada, nada; vamos á proceder al reparto, que eso stá hecho en cinco minutos.

—Justo, y después trataremos de lo mío,—dijo Joaquín.

*
* *

Procedióse á fijar la cifra exacta de las tres estafas anteriores, se dedujeron los gastos que representaban y la gratificación que se le había dado al empleado de correos, y del resto se hizo el reparto equitativo entre los cuatro asociados.

Una vez terminada esta operación, dijo Joaquín:

—Vamos á ver, señores: yo tengo la gente dispuesta y preparado todo para dar un *atraco* á la platería de Torres. ¿Se hace ó no se hace?

—No vaya de prisa, Joaquín,—repuso Ramón;—no por pretender abarcar mucho se puede apretar mejor.

—Es que hay que tener en cuenta que á veces la gente se cansa también, y nos exponemos, que por efecto de ese mismo cansancio nos abandonen, ó bien que se les presente otro negocio, y si les sale mal, vayan á parar á la cárcel, en cuyo caso no nos queda otro recurso que el de buscar personal nuevo, lo cual tiene también sus inconvenientes.

—Si que es verdad,—dijo Rufino.

—Será toda la verdad que Vdes. quieran,—contestó Ramón,—pero lo que es hoy, por hoy, no creo ni prudente, ni acertado, intentar nada.

—¿Por qué?

—Siempre á las grandes tempestades suceden días de calma:

—¡Ta! ¡ta! Eso será muy bueno para el mundo físico.

—Y en el nuestro debe suceder lo mismo. Al menos ese es mi opinión. La policía anda muy alerta por si puede descubrir á los autores de esas atrevidas operaciones; la co-

más insignificante, lo que para nosotros pasara tal vez desapercibido, sería muy fácil que ella lo advirtiera, y como que por el hilo se saca el ovillo, ¿quién nos dice que, si se ponían sobre la pista, no la fueran siguiendo, y todo se lo llevara la trampa?

—Mucha desgracia habíamos de tener.

—De eso se está viendo todos los días ejemplos.

—En fin, señores, veo que son Vdes. muy cobardes.

—Me parece que pruebas hemos dado de lo contrario,—repuso Ramón sonriéndose.

—Veo que mis servicios van á resultar completamente estériles.

—Pero ¿quién ha dicho semejante cosa, ni en qué cabeza cabe que podamos rechazar todo aquello que tienda á darnos dinero?

—Los veo á Vdes. tan rehacios en una cosa tan segura...

—No, lo que somos es previsores. Hoy me parece basante aventurado cualquier paso que demos en el sentido que V. se propone. Por otra parte, en nada con ello se perudica V. particularmente, toda vez que percibe su parte de beneficios como todos.

—Pero, sin embargo, podíamos aventurar...

—Nada, amigo Joaquín,—dijo Marcelino que hasta enonces permaneciera silencioso,—lo que dice Ramón me parece tan razonable, que nada encuentro que objetar. Hoy podíamos exponernos á un riesgo que en el interés de todos stá impedir.

—Pero vamos á ver,—dijo Rufino,—las operaciones que stamos practicando en la Caja, ¿dejan de ser aventuradas ambién? Pues si hubiera alguno á quien se le antojara levantar el velo, ¿no nos encontraríamos también en riesgo, y muy grave? Yo creo que los golpes deben darse simultáneos.

Aprovechar los momentos de pánico, es lo mejor. Si se deja que el adversario se rehaga, cobre fuerzas y se disponga nuevamente para la lucha, es un absurdo, y lo que es nosotros, individualmente, no lo haríamos. Tenemos sacados ya dos ó tres planos de diferentes casas donde pueden recogerse algunas buenas cantidades. Ahora precisamente es la estación en que empieza á marcharse la gente al campo, y en su consecuencia, las casas que tenemos apuntadas quedan á cargo únicamente de un par de criadas, ó cerradas. ¿Por qué no emprender, pues, esa campaña?

—¿Qué quieren Vdes. que les diga?—repuso Marcelino.—Es una clase de trabajo, ese, que no me ha gustado jamás.

—¡Ah! vamos; entonces ya está explicado el por qué de ir poniéndole tantas cortapisas á mi proyecto,—dijo Joaquín con acento en que se advertía el despecho que le causaba lo que acababa de decir Marcelino.

—No, señores,—dijo Ramón,—no es porque nosotros tengamos ó dejemos de tener más ó menos simpatías hacia unos ú otros sistemas, sino porque en realidad, se corre menos riesgo en los negocios que nosotros hacemos, que en esos que Vdes. intentan. Por otra parte, cuidado que nosotros no hemos dicho que nos desagradase el negocio ni mucho menos, pero lo juzgamos inconveniente en estos momentos.

Joaquín y Rufino no quisieron insistir.

Sin embargo, tanto y tanto trabajaron después en convencer á Ramón, que éste comenzó á inclinarse en favor de aquellos planes, y un dia le dijo éste á Marcelino:

—La verdad es, que si por ahora no podemos emprender ninguno de los negocios de falsificación, porque seria quizás un poco expuesto, no sé por qué encuentra V. dificultades en sus proyectos.

—Ya sabe V. cuál fué mi idea desde el principio. Sigo en 'so la escuela de mi difunto amigo Matasanz: no quiero en-rar en negocios de cierto género. Vamos, no sea V. tonto y)ermítame que así le hable. Si dejan utilidad, crea V. que son nuy buenos.

—Sí, no se lo niego; pero es que me disgusta mucho el :amino emprendido.

—Pues me parece que V. fué el primero en mostrarme á sos señores, y en simpatizar con sus ideas.

—¿Y eso qué obsta para que yo diga que no me agradan iertós procedimientos?

—Pues yo, que quiere V. que le diga, si contamos con lementos para poderlos realizar, no encuentro ningún mal n esos negocios.

—Pues empréndanlos Vdes., pero conste siempre que los ızgo bastante comprometidos.

* * *

Marcelino se encogió de hombros, pero cuando llegó á su ısa, le dijo á su mujer:

—Es preciso que prepares los bártulos, saques á los ıicos del colegio, porque estamos abocados á hacer un aje.

—¿Cómo? Vamos á dejar nuestra casa y nuestros intere-s... ¿Pues no dices que va tan bien eso de la Sociedad?

—Sí, pero que quieres que te diga, no me conviene conti-ıar en ella.

—Pero, Marcelino, ¿estás en ti? Después que ahí tienes tu pital.

—Calla, tonta, si la parte de capital que habíamos puesto la hemos retirado todos, con más algunas otras ganan-

cias. Por esa misma razón no quiero exponerme á perder lo que ya tengo seguro. Haz lo que te he dicho, porque yo tengo mi plan y... vamos, no me conviene seguir en la Sociedad.

Durante todo aquel dia Marcelino estuvo practicando algunas diligencias, y dos dias después, en la reunión diaria que como sabemos celebraban los cuatro socios, les dijo:

—Vamos á ver, señores, una proposición tengo que hacerles.

—¿De algún negocio nuevo?—preguntó Rufino.

—Para Vdes., tal vez lo sea. Tengo que marchar á América porque he recibido una carta de un pariente cuya existencia desconocía, nos llama á su lado porque carece de familia, y como que la cosa merece la pena, es menester decidirse pronto.

—¡Demonio! Pues la fortuna es para V.

—*Várgame* María Santísima,—añadió Joaquín,—y que nó tenga yo ni un *cachito* asi de tio en América.

É hizo un movimiento con la mano indicando la yema un dedo.

—¿De modo,—añadió Ramón,—que quiere V. dejarn

—Se trata del bien de mis hijos, y Vdes. comprenden que seria un loco si tirase por la ventana esa fortuna.

—Pues nada, amigo; muy buen viaje y que la goce usted para muchos años.

—Entonces,—dijo Ramón,—tendremos necesidad de reformar la escritura social, practicar una liquidación, y que recoja V. su parte de utilidad.

—Eso,—dijo Rufino,—será si es que V. quiere abandonar la Sociedad.

—¡Oh! desde luego. ¿Cómo habia de continuar en ella estando ausente?

—Pues nada, nada; mañana mismo se darán las órdenes necesarias para verificar todas esas operaciones.

Cuando se quedaron solos Ramón y Marcelino, le dijo aquél:

—Lo que es á mí no me la da V., compadre. Por lo visto, no le agrada lo que tratamos de hacer, y quiere tomar el *olivo* por si acaso.

—No, hombre, no es eso; es lo que he dicho.

—A otro perro con ese hueso, Marcelino, que ya nos conocemos mucho.

—Le digo á V. que es verdad; he recibido esta carta, y no tengo otro remedio que marchar.

Marcelino sacó una carta, que llevaba á prevención, y se la mostró á su compañero.

—Ya ve V.,—continuó,—si es verdad lo que le indico. No me agradan las operaciones que pretenden Vdes. emprender, pero de todas maneras, habría continuado á no dar esta coincidencia.

Ramón creyó ó no las palabras de su antiguo compañero, pero no tuvo más remedio que ceder á sus deseos.

Joaquín y Rufino se alegraron de verse libres de la presencia de Marcelino, que realmente era una rémora para todos sus planes.

Lo mismo el andaluz que el falsificador, están dispuestos á emprender toda clase de negocios, con tal de que éstos les produjan dinero.

Ramón se dejaba arrastrar un poco por el camino hacia el cual aquéllos pretendían marchar.

Pero Marcelino, educado en otra escuela, avalorando los negocios por la cantidad de inteligencia, de habilidad ó de astucia, que debían emplearse, no estaba conforme por ningún estilo, con hacer operaciones en las que pudiera entrar

como factor de mayor ó menor importancia el derramamiento de sangre.

Diez días después, Marcelino, que había arreglado sus negocios particulares con una prudencia y una discreción extraordinarias, salía de Barcelona acompañado de su familia en dirección al Havre, donde debía embarcarse para América.





CAPITULO XCIX

Conversaciones de bandidos

El nuevo jefe de contabilidad que entró en el «Crédito Universal», era precisamente amigo de Rosendo. Conocía las aptitudes de éste, y al saber que estaba lli organizando á su gusto los negociados, llevóse á la Caja Rosendo á la primera indicación que éste le hizo.

Aquel era el terreno donde el amante de Mercedes queia estudiar realmente la clase de gente entre la cual se enontraba.

Porque como ya hemos dicho, comenzaban á subsitárse- algunas dudas, y era preciso que las aclarase.

Una de las cosas que más le habían llamado la atención, ué la separación de Marcelino de sus compañeros.

No era razón suficiente el que se marchara á América ara retirar su parte, liquidar en absoluto, y modificar el rganismo interior de la Sociedad.

¿Qué confianza podían inspirarle sus compañeros, cuand no quería dejarles confiado, en ausencia suya, la gestión d sus negocios?

Otra cosa también le preocupó desde que tuvo noticia d ella: el que se hubiesen retirado sus fundadores.

Esto fué lo que realmente le escamó, obligándole á dar l voz de alerta, á algunos de los imponentes, sus amigos.

Los hubo de éstos que empezaron á disminuir el capita que tenían impuesto.

Pero en cambio, la madre de Mercedes, llevó todavía qu nientos duros más, precisamente el mismo día en que el jo ven le indicaba la conveniencia en que fuera disminuyend los fondos depositados.

—Tu madre,—dijo Rosendo á Mercedes,—quiere comprometerme y comprometerse.

—Sí, ya sabes que mamá tiene el don de equivocarse d un modo lamentable. Basta que tú le digas una cosa, par que la tome en el sentido contrario.

—¡Quiera Dios que no tenga que arrepentirse b pronto!

—Es que si sufriera un contratiempo á tí te echaría l culpa y á nadie más.

—Pues, ¿he podido hacer otra cosa que avisarle?...

—Todo lo que quieras, acuérdate bien de lo que te digo.

—Entonces nuestra unión...

—Se prolongará por un tiempo indefinido.

—Sin embargo, si tú quieres, semejante estado no se pue de prolongar. Yo no puedo soportar que don Rufino venga aquí y hable, y que tu madre crea cuanto dice, que te esté instigando para que le pongas buena cara, y después de todo esto, para que el otro le vaya sacando los cuartos, que es un primor.

—Te aseguro que ese caballero, me carga cada vez más.

—¡A quién se lo dices, Mercedes! Si yo continúo en el «Crédito» es solamente para velar por los intereses que por mi han afluído á la Caja. Pero sino ya te aseguro que estaría fuera de allí, y le habría dicho á ese señor cuántas son cinco.

—No tengas cuidado, que el dia en que me hable algo más claro que hasta ahora, va á quedar satisfecho de mi conversación.

—Por supuesto, que como yo los coja en algún chanchulo se van á divertir.

* * *

Bien ajenos se encontraban los tres Directores del espionaje de que estaban siendo objeto dentro de su casa.

Con la marcha de Marcelino, Joaquín, que en él había encontrado siempre un opositor resuelto á todos sus planes, cobró nuevos ánimos é insistió para que se le diese la autorización para ponerse á trabajar.

Es verdad que el *Abuelo*, no le dejaba á sol ni sombra.

El bandido no quería enmohecerse, según decía, en la inacción, pues aun cuando tenía para comer, era la verdad que quería algo más.

En el momento que le presentamos al lector, el *Abuelo* representaba tener unos sesenta años, pero se conservaba robusto y fuerte.

Su atezado rostro y sus manos curtidas y huesosas, demostraban que durante mucho tiempo se había dedicado á rudos trabajos, ó bien que había permanecido varios días sufriendo la intemperie.

En la mirada, que radiaban sus hundidos ojos, había

facción que aquel modo de saldar cuentas le causaba, pero no tuvo más remedio que conformarse.

Los dos bandidos emprendieron una larga caminata, dirigiéndose hasta el final de la calle de San Pablo, donde penetraron en cierto cafetín, cuyo dueño al ver al viejo, le dijo:

—Vamos, *Abuelo*, que hace ya rato le están esperando.

—Pues haberme enviado un propio, si tanta prisa corría.

—¿Dónde?

—Al infierno,—contestó secamente el bandido.—¿Dónde está el que me aguarda?—preguntó después.

—Allá, en aquella mesa del rincón.

—Ya le veo.

* * *

Efectivamente, Joaquín, tan perfectamente disfrazado que nadie hubiera reconocido en él, al flamante Director del «Crédito Universal», estaba sentado ante una mesa, bebiendo á pequeños sorbos una copa de coñac.

Al ver al *Abuelo* que se acercaba, acompañado del *Serito*, le dijo:

—Vamos, hombre; como se hace V. esperar.

—Pues en un tris ha estado que haya venido.

—No faltaba más.

—Cuando un hombre está sin un *calé*, ¿dónde ha de ...? Hoy he estado de malas y he perdido hasta el último pe... que llevaba en el bolsillo; conque si quiere V. que hablem... algo razonable, empiece por soltar aunque no sean más q... tres ó cuatro pedazos de papel de esos que tienen retrato. Y... he sido siempre muy aficionado á las pinturas, y esos pap... litos me han puesto generalmente de mal humor.

—Pues si no es más que eso, allá va compadre, que ...

quiero yo que á mi *vera* se encuentre *mal humorao* un *bari* de sus prendas.

Joaquín, conforme hablaba, sacó del bolsillo un par de billetes de á diez duros, que entregó al *Abuelo.*

—Esto se llama saberse entender las personas,—dijo el *Señorito.*

—Conque, vamos á ver,—dijo el *Abuelo* después que se hubo guardado los billetes,—¿es que vamos á pasar toda la vida sin hacer nada? Porque yo, francamente, comer sin trabajar no me acomoda.

—No se apure, que ya tendremos trabajo, y de sobra. No por mucho madrugar, amanece más temprano. ¿Comprende o que quiero decir, compadre?

—Pues mire V., que si así vamos á estar mucho tiempo, yo me conozco y sé que gasto mucho.

—Pues gaste, que así me gustan á mi las personas, que sepan gastar, porque de ese modo también sabrán ganarlo.

—Sí, ¿pero cuándo?

—Vamos, ¿cuándo quiere V. empezar á trabajar?

—Pues, en seguida.

—Mañana.

—¿De día?

—De día, hombre.

—Pues no lo entiendo.

—De día es cuando menos sospechas se pueden inspirar, on mayor motivo tratando de poner la anaquelería en la ienda que le he dicho.

—¿Pero, está V. en su juicio?—exclamó el *Abuelo* fijando una mirada escrutadora en el semblante de Joaquín.—¿Quiere V. que teniendo allí los carpinteros empecemos nosotros?... Vaya, que eso no puede ni debe ser. Por lo menos, l hijo de mi madre no se compromete á semejante cosa.

—Vaya, compadre, no se me compare de ese modo que no hay para tanto. ¿Quién le ha dicho nada de esos carpinteros de quienes habla? La anaquelería la he comprado en los Encantes, allí me la llevarán en un carro, y los carpinteros que me la hayan de colocar seremos nosotros. ¿Lo entiende ahora? ¿Me creía á mí tan *gili* que fuera á dar vela en nuestro entierro á gente de fuera? Vamos, que con los años, *Abuelo*, me parece que ha perdido el *pesqui*.

El bandido no pudo menos de morderse los labios, comprendiendo que era justa la observación de Joaquín.

—Ya verá V.,—dijo el *Señorito* acudiendo en auxilio del bandido.—Usted no ha dicho más sino que iban á poner la anaquelería, y que nosotros empezaríamos á trabajar entre tanto.

—En fin, no se hable más del asunto, y hasta mañana que á las nueve deben Vdes. estar en la tienda.

—Pues estaremos.

—Y prepárense, porque ya habrá trabajo de firme.

—Está bien, mientras la paga esté en relación del trabajo, todo irá bien.

Joaquín se separó de sus compañeros, y salió del café.

—Vaya, *Abuelo*,—dijo el *Señorito* al bandido,—ya es hora de que nos marchemos á descansar.

—Tienes razón, muchacho.

—¿Qué palacio es el que vamos á ocupar esta noche? preguntó el *Señorito* en tono de mofa.

—El de la calle de Tallers.

—Valiente zahurda.

—Que quieres, hijo, la suerte lo quiere así, y no hay remedio. No pases pena, que tal vez más pronto de lo que tu crees, podamos salir de aquí para marcharnos lejos, lejos.

—¿Qué dice V., *Abuelo*?

—Digo que se me ha puesto en el *pesqui* marchar á América, y cuando yo quiero una cosa, no hay remedio, aquello ha de ser.

—¿Usted, creo que ya ha estado en Francia?

—¡Ya lo creo! Buena tierra. Guardaré memoria del iempo que llevé puestos los brazaletes.

—¡Ah, sí! ¿Tuvo V. algún tropiezo?

—Y gordo, muchacho, como que si no ando listo, á estas oras todavía estoy en Brest barriendo las calles.

—¿No me ha contado V. nunca sus aventuras?

—Ya te las contaré algún día; pero te aseguro que si te s hubiera de contar todas, habría para llenar un tomo.

—¡Ea! Vámonos á dormir.

El *Abuelo* cambió uno de los billetes que poco antes le ›ra Joaquín, dió un par de duros al *Señorito*, pagó el gasto e habían hecho, y luego emprendieron el camino de la lle de Tallers.





CAPITULO C

Las casas de dormir

No es ficción, más ó menos acertada, la que vamos ofrecer á nuestros lectores al presentarles la cas de dormir, antro hediondo donde se esconde crimen, y en el cual multitud de seres como el *Abuelo* y *Señorito* se hacinan cada noche respirando una atmósf infecta y nauseabunda, formada por todas las suciedades amontonadas.

Lo mismo la escuela romántica que la realista, nos ha ofrecido cuadros diversos pintados hasta con sus menor detalles, en los cuales las deformidades sociales se presen de modo tal, que muchas veces el lector aparta de ellos l ojos con asco y repugnancia, atribuyendo á exageracion del autor, aquellos jirones palpitantes de los miembros p dridos de la humanidad.

Y, sin embargo, todavía aquello resulta pálido ante el es-
ɔectáculo que ofrece una de esas zahurdas, verdaderas senti-
ıas inmundas, cuya atmósfera ahoga, donde todas las asque-
osidades se reunen, donde los sexos se encuentran lastimosa-
nente confundidos, y donde el grito, la carcajada, la impre-
ación, la blasfemia, la palabra obscena y la maldición,
onstituyen el más horrible de los conciertos.

Nosotros hemos tenido necesidad, lo mismo en Madrid
ue en Barcelona, que en otras grandes capitales, de pene-
'ar en esos tristes dormitorios más de una vez, y hemos de
onfesarlo con ingenuidad, la repugnancia mezclada con el
entimiento, el asco con el dolor, la ira con la compasión,
os han producido un efecto tal, que no hemos podido olvi-
arlo.

* * *

Colmena inmensa de donde se escapa murmullo, como
emos dicho, formado por el ruego, por la risa, por el llan-
, por el golpe y por el juramento; si desconsolador es el
ecto que produce en medio de estos rumores, todavía cree-
os que es más desconsolador cuando reina el silencio en
uellas cuadras débilmente iluminadas por algunos faroli-
os ó candilejas puestas en la pared, cuya atmósfera, va-
ndonos de una frase vulgar, parece que puede cortarse.

Cuanto allí se encierra pertenece al barro más grosero
ie constituye la familia humana.

Lo negro, lo asqueroso, lo hediondo del arroyo es lo que
lí acude, formando amalgama monstruosa con la miseria
el abandono, para constituir el engendro del crimen.

Allí se ven criaturas en los primeros albores de la vida,
res purísimas todavía que no necesitaban más que un
edio ambiente sano, puro y honrado, para desplegar todos

sus tesoros, y que al revolcarse entre aquel cieno antes toda-vía de brotar del capullo, van perdiendo las hojas que le for-maban, quedando únicamente un raquítico esqueleto que n. inspira sino compasión y asco al mismo tiempo.

Nuestra obra al abrazar la criminalidad contemporánea no tiene más remedio que detenerse en estos cuadros p. repugnantes que parezcan, mejor dicho, que lo son en rea-lidad.

No basta presentar al criminal en los momentos de s. trabajo; la labor á que sujeta su pensamiento para que des-pués produzca el robo, la estafa ó el asesinato, no es sufi-ciente.

Hay necesidad de conocer el origen de la larva, ver cóm crece, cómo se desarrolla, qué elementos le prestan vida qué medios le sostienen, qué contemplaciones la alientan, qué imperdonables descuidos, qué vituperables abandon. son los que más tarde le ofrecen ancho campo donde despl-gar su actividad.

De aquí la razón porque hagamos detener al lector, an. estos cuadros sombríos.

*
* *

Hemos dicho, algunas veces, en el decurso de la obr. que mucha parte del aumento de criminalidad que se obse-va en nuestros días se debe en mucho al Estado, y en m.-cho más, á la sociedad en general.

Tal vez parezca sobrado atrevida esta frase; quizás se n. diga que la sociedad, por iniciativas particulares, leva.. asilos, crea establecimientos benéficos, y que, por lo tan.. no es acreedora á la censura que le dirigimos.

Hacer el bien *á priori* lo juzgamos mucho más práct..

iucho más beneficioso y de mayor transcendencia, que ha-
erlo *á posteriori.*

Se crean asilos para los ancianos, para los pobres, para
s huérfanos, para las mujeres de vida airada á quienes se
ata de atraer á buen camino, etc.

El Estado ó las corporaciones provinciales, sostienen tam-
én establecimientos benéficos, casas de caridad, asilos de
isericordia y hospitales.

Todo se encuentra atendido, ya por la iniciativa oficial, ya
or la particular. Esto es lo que se nos puede contestar.

Pues bien; con esto nos sucede lo mismo que con la polí-
a de aquellos gobiernos que dicen: «Dejad hacer, que
iando llegue el caso, ya sabremos castigar».

La ciencia política creemos que consiste en prevenir para
itar que se llegue al caso del castigo, y la ciencia social
l mismo modo debe evitar, corregir en el germen, para no
ner después que socorrer, amparar, ó cuidar de ser enfer-
o, viciado ó corrompido.

Tal vez nuestro modo de ver y de pensar, esté equivoca-
; pero como en el interior de la familia, en el reducido es-
cio del hogar doméstico hemos tenido ocasión de ver que
sde el principio el padre previsor y la buena madre, van
ulcando máximas, corrigiendo defectos, castigando in-
nveniencias, y amoldando, por decirlo así, el tierno ser á
ien dieron vida; de la misma manera también en la gran
nilia humana, lo mismo el Estado que los particulares, de-
ran preocuparse de esos centenares de criaturas que la
andad, el abandono ó la miseria, lanzan al arroyo, se
pican con todas las inmundicias del vicio, pierden la vir-
iidad del alma y del cuerpo, y gangrenados ya desde la
iez, no pueden dar de sí más que corrupción y perversi-
l, cuando llegan á la juventud.

¿De qué sirve que entonces el hospital reciba en su sen-
á los que por efecto de la gangrena del alma se encuentran
enfermos, inutilizados, ó que se abran las puertas de un asi-
para la mujer prostituída desde su niñez? ¿A qué encarcela
al hombre que desde niño no tuvo otra escuela que la de
vicio?

Este caso es el que se debe evitar, y no se nos objete que
esto es inevitable, que el vicio tiene que hacer su camino y
que cuantos proyectos se pusieran en práctica serían inútiles
para desarraigarlos.

* * *

Como hemos indicado, por efecto de los cargos que ejercimos, observamos muy de cerca todas estas miserias, hemos reflexionado sobre ellas y en nuestra conciencia creemos que muchos de los males que estamos lamentando pudieran curarse, sino en absoluto, cuando menos aminorarse mucho.

Sabemos muy bien que la sabia combinación de colores y los efectos de luz, son necesarios para que se destaquen unos más que otros, y que de igual manera en la sociedad son necesarios esos contrastes para que se destaquen cuadros dignos y levantados.

Esto es una verdad, pero no comprendemos que para elogiar y enaltecer á un hábil operador, se haga preciso dejar que adquiera grandes proporciones el mal, llevando al último extremo la podredumbre del miembro afectado.

Esta aplicación es la que, á nuestro juicio, merece el Estado y la sociedad.

Lo mismo el uno que la otra no previenen, sino que castigan; no evitan, sino que socorren; no tienden á extirpar mal, sino á suavizar las consecuencias de él.

Y téngase en cuenta que no queremos decir con esto, que neguemos los buenos deseos que han presidido á la creación de los establecimientos benéficos, á la instalación de sociedades humanitarias, á los auxilios dados por municipios, diputaciones y por el mismo Gobierno, á institutos altamente morales y humanitarios; pero, según nuestro humilde modo de ver, ó se ha meditado poco respecto á un mal que cada día va en aumento, ó no se ha tenido fe, abnegación, ó valor suficiente para emprender la obra de un modo resuelto y sin vacilaciones.

* * *

Estudiando la criminalidad desde el principio, en su origen, como nosotros hemos tenido necesidad de hacerlo por los deberes de nuestro cargo, es como únicamente se pueden comprender las deficiencias que advertimos, las faltas que lamentamos y las consecuencias en que hemos tenido que intervenir.

Desde las ruínas, los solares abandonados y las cuevas, en las poblaciones del interior, hasta las lanchas de los puertos, en las poblaciones del litoral, hemos visto que ese es el principio donde se encierra el germen de la criminalidad durante la noche.

Y decimos durante la noche, porque durante el día pululan á las puertas de los cuarteles, ó por las calles, dónde la tierna criatura molesta á los transeuntes y se aprovecha del menor descuido.

Esa es la criminalidad incipiente, esa es la bola de armiño arrojada al arroyo, que rueda entre el barro y la inmundicia, que de ese modo crece y de tal manera se inocula en su ser el fango con que va nutriéndose, que llega finalmente

el momento en que el armiño ha desaparecido en absoluto, quedando solo el barro grosero en que se ha fundido.

La policía da batidas, algunas veces, por todos esos lugares, recoge muchas de esas piltrafas que la humanidad abandona por doquiera, las conduce á los asilos, donde los hay, ó á las cárceles, y salen de los primeros á los pocos días, ó de las segundas algo más tarde, en las mejores condiciones para la carrera á que la fatalidad les ha impulsado.

De todos esos seres desdichados que se acurrucan durmiendo en el quicio de una puerta, entre un montón de tablones, ó en una pequeña cueva en un desmonte, sale el contingente que va á formar parte del personal de las casas de dormir.





CAPITULO CI

Continuación del mismo asunto

GENERALMENTE situadas en los barrios extremos encuéntranse esas casas de dormir, cuyas salas, bajas de techo, de paredes húmedas y descoloridas, escasas de luz y de ventilación, cual si se pretendiera con esto, evitar que salga la corrupción y el hedor de vicio que allí reina, tienen como distintivos para ser conocidas, mezquinos faroles que á veces ostentan la pomposa denominación de «posada».

Venciendo la repugnancia que han de experimentar nuestros lectores, cuando nosotros, á pesar de nuestra costumbre de presenciar determinados cuadros, la experimentamos también, penetremos en una de esas casas, la primera que encontremos y tendremos una idea de todas las demás, puesto que parecen cortadas todas por el mismo patrón, así

las de Barcelona como las de Madrid y las de otras grandes capitales.

Y es indudablemente que los antros donde se anida el vicio y la corrupción, donde la miseria y el crimen se confunden en amalgama monstruosa, tienen siempre un mismo carácter porque es idéntica la podredumbre que en ellas se alberga.

Nada hay exteriormente que revele lo que realmente allí se encierra.

Ya lo hemos dicho. Un farol, una muestra, un letrero de más ó menos abigarrados colores, indica que allí hay una fonda, una posada, ú otro albergue cualquiera, en el cual, por una módica retribución, pueden encontrar descanso y reposo cuantas personas, sea el sexo que quiera y la edad que tengan, carezcan de domicilio, ó por razones especiales no puedan acogerse en el propio.

Y, sin embargo, aquellos rótulos no son más que el velo que oculta la más desconsoladora y la más triste de las verdades.

Si allí se da de comer y se proporciona un reducido espacio para descansar, los alimentos son malos, miserables y sucio el lecho, quedando como verdad sola de todo ello, la propagación del vicio, la ocultación del crimen y la perversión del buen sentido moral.

*
* *

Tan perniciosas como las que constituyen el objeto de este capítulo, son las casas de lenocinio, que á ciencia y paciencia de las autoridades y á despecho de cuanto debiera tenerse más cuidado en ocultar, vemos anunciadas, ora con rótulos en los balcones, ora con otra clase de signos exteriores

res, que demuestran desde luego el tráfico inmoral que allí se ejerce.

Las unas, manifiestan de un modo claro y patente la preconización y la difusión del vicio; las otras, que también alimentan el mismo vicio, reunen el doble carácter de servir le estímulo al delito y de ocultar el crimen.

En las segundas, todavía se encubre algo la inmoralidad jue representan, con las habitaciones separadas.

En las primeras, la crápula más hedionda, lo más asque'oso, lo soez, lo grosero, se ofrecen en aquellos dormitorios comunes.

En las unas, corre peligro de perderse la virtud; mientras jue en las otras, no ès sólo la virtud del cuerpo la que se ierde, sino la honradez.

De las segundas, puede conservarse alguna esperanza de alvación, puede redimirse el culpable, y por medio de la uerta del arrepentimiento, puede entrar en el asilo de la reención.

En las otras, nada puede esperarse; *el lasciate ogni speanza* del famoso poeta, debiera ser el lema puesto á la puer- de esos tugurios, porque, efectivamente, desde el momen- que en ellos se penetra, debe perderse por completo la speranza de salvación.

Las mancebías no son realmente otra cosa que un peligro ara la moralidad; pero las casas de dormir constituyen un eligro para la sociedad, puesto que en ellas, como ha dicho uy bien un dignisimo magistrado, es donde se alistan los iemigos de la ley.

En aquellas cuadras infectas, obscuras, llenas de parásis, faltas de muebles y extendida por el suelo la paja que rve de lecho común á tanto miserable, el vicio, el delito, el imen, se ostentan en toda su horrible desnudez.

Todos los sentidos padecen al penetrar en un sitio semejante, y no se sabe qué impresión es la que domina á las demás, si la ira, la vergüenza, la compasión ó el despecho. al considerar que á dos pasos tal vez de aquel sitio, se alza el rico palacio donde de todas las comodidades se disfruta, donde el aire que se respira derrama la salud y el bienestar, donde de nada se carece, y donde se hace derroche de luz, de abundancia, de grandeza y de comodidad.

A dos pasos de allí también, quizás se encuentre el asilo donde la caridad oficial ó la beneficencia particular presta alivio al desvalido, al huérfano ó al enfermo, y tal vez también, á esa misma distancia, se encuentre el templo donde se rinde culto al Dios de bondad, todo misericordia, todo previsión, todo filantropía, que curaba al leproso, perdonaba á la Magdalena y entregaba su vida para redimir á la humanidad entera.

A dos pasos de todos estos lugares, en una cuadra miserable y mezquina, multitud de seres en promiscuidad vergonzosa, el mendigo, la meretriz de ínfima especie, el ratero, el criminal endurecido, todos reunidos allí, ofrecen el más desdichado espectáculo que puede contemplar el moralista y el filántropo.

La cuota de entrada, hállase en relación con las clases que en estas casas se albergan, y pueden comprenderse muy bien, todas las escenas á que da lugar aquel hacinamiento de seres groseros, faltos de educación, donde la *bestia humana*, en toda su asquerosa deformidad, es solamente la que predomina.



El frio hace que todos aquellos seres se aprieten, procurando prestarse mútuamente algún calor. En el estío, el mis-

no calor les ahoga y la desnudez del cuerpo se asocia para ıacer más repugnante el cuadro, á la desnudez del alma, y ›uede comprenderse, sin que nosotros tratemos de esforzar-ıos para ello, cuanto allí sucede y cuanto tiene que presen-iar el niño inocente que acude arrastrado por sus compañe-os, la niña vagamunda que sin casa ni hogar merodea por ıs plazuelas durante el día, mendiga á las primeras horas e la noche, y es arrastrada á aquellos sitios por el bribon-ıelo cínico y procaz ó por la que le ofrece á corto precio, tio donde descansar sus fatigados miembros.

Con pequeñas variantes, todas las casas de dormir ofre-›n el mismo aspecto.

Puede trocarse la paja del suelo por camastros formados ›r tablas; puede un mal jergón reemplazar á la dureza de madera; pero la sala siempre es la misma, la comunidad querosa y sucia siempre, los parásitos los mismos, iguales s telarañas, adornos de los ennegrecidos techos, parecida semioscuridad que sirve de manto á tanta escoria, y el ismo, el resultado, que no es otro que la corrupción, el de-o y el crimen.

Ahora bien, cuando la policía penetra en estos lugares, lo hace ni bajo el punto de vista higiénico ni bajo el ›ral.

Va á ellos, en cumplimiento de un deber ineludible, para pturar á un criminal, ó para ver si entre los huéspedes de uel receptáculo de inmundicias, encuentra huellas del cho que persigue.

Fuera de esto, no tiene otra misión.

* * *

Nosotros creemos que por inveterado que sea el mal, por ces que haya echado ese cáncer que de modo tan sensible

emponzoña nuestra sociedad, ni es irremediable el daño: tampoco es imposible encontrar medios para evitarlo.

La higiene debe tomar su parte en este asunto, la autoridad á su vez ordenar las visitas frecuentes á dichas casas y extraer de ellas esas desdichadas criaturas que no presencian sino malos ejemplos, que se ven compelidas á ejecutar aquellos mismos actos que presencian, criminales, por decirlo así, en germen, que fácilmente se podrían corregir.

Si la filantropía parece ser una nota dominante en nuestra sociedad, si se crean asilos bajo diferentes objetos, si la aristocrática dama patrocina y ayuda toda esa clase de establecimientos, si existen hasta Sociedades protectoras de los animales, ¡con cuánta más razón, con cuánta mayor justicia no debieran fundarse Sociedades, no para esperar á que el fruto esté completamente podrido, para pretender curarlo, sino para evitar precisamente, que llegue ese grado de corrupción!

El Estado y los particulares, la acción enérgica y firme del Poder unida á la iniciativa particular, podrían arrancar al vicio gran número de víctimas, obligando, en primer lugar, á los dueños de todos esos albergues nocturnos, á ponerlos en condiciones más higiénicas; y en segundo, á ordenar las visitas nocturnas en esa clase de establecimientos, recogiendo todos esos hijos abandonados por sus padres, huérfanos que carecen de todo recurso, seres caídos en medio del lodazal humano, que como no tienen nadie que les compadezca, nadie que les resguarde del pecaminoso contacto del mal, se dejan arrastrar por él y llegan á ser más tarde, pobladores de cárceles y presidios, y amenaza constante de la sociedad.

Establézcanse los asilos nocturnos, de verdadera y imprescindible necesidad en las grandes poblaciones, precisamente para que se albergue en ellos la criatura ab

donada, y apenas salga el sol se la deje en libertad para emprender la vida de la vagancia y del merodeo; sino para que de aquel albergue, puramente provisional, pueda dirigirse á otro asilo donde se le eduque, donde se le inculquen buenas máximas, donde pueda aprender un oficio y donde pueda un día ser útil á sus semejantes.

Es necesario ir á buscar el crimen donde nace, donde se forma, donde se nutre, y de este modo podrá evitarse su desarrollo.

Esta primera parte de este trabajo, que podríamos llamar le redención, son las autoridades quien deben hacerlo, porque es en quienes reside la fuerza, y precisamente para dar sos primeros pasos, se hace indispensable emplearla.

Después, ya sean los asilos creados por el Estado, ya por as mancomunidades particulares, han de completar la obra niciada por aquél.

Todo cuanto sea quitar contingente á la criminalidad, lebe merecer la atención de los gobiernos, y más todavía de a misma sociedad, que es la que en primer término se encuentra más amenazada.



CAPITULO CII

La epopeya del Abuelo

A una de las casas de dormir de que acabamos d ocuparnos, fueron á recogerse el *Abuelo* y el Señorito.

No era de las de ínfima clase, pero de todos modos no era ningún palacio ni mucho menos, y conforme se dirigían á ella, iba diciendo el *Abuelo:*

—Si no fuera porque me conviene que no se descubra sitio donde duermo, cualquier día venía yo á estas casas ¡Arrastrada suerte la mía que me ha condenado á esto!

—Deje V. que demos ese *atraco* y fuera de aquí otra vez Con lo que nos toque tendremos para pagar el pasaje hasta América, y con la experiencia que V. tiene...

—¡Buena está la experiencia! Con toda ella me han cogido tres ó cuatro veces, y yo sé muy bien lo que me ha costado romper el hierro en Brest.

Efectivamente, que la existencia del *Abuelo* era toda ur

epopeya en la que se destacaba de un modo poderoso aquella naturaleza formada del crimen y para el crimen, que jamás se habia doblegado, y cuya energía y vigor no habian sido suficientes á domar, ni los contratiempos sufridos, ni los años pasados.

Herencia fatal habian recibido Francisco y Tomás Vargas, que habitaban en un pequeño pueblo de la provincia de Toledo, en compañía de una tía, vieja, achacosa y mal humorada casi siempre.

El padre de los dos muchachos, había muerto ajusticiado en Valladolid á consecuencia de un robo en despoblado, con fractura y escalamiento, robo que llevó consigo el asesinato de los dueños de la casa asaltada.

La madre de los dos muchachos, falleció de resultas del disgusto que hubo de causarle la muerte de su marido.

Francisco y Tomás quedaron al cuidado de una hermana de su madre, y excusado es decir que en el pueblo casi todos los chicos esquivaban su compañía, su misma tía les maltrataba, y de este modo fueron formándose los dos hermanos en las peores condiciones para que de ellos pudiera sacarse buen partido.

Mozos ya, Francisco, que era apuesto y valiente, se enamoró de la hija de un honrado propietario de un pueblo inmediato.

Correspondióle la muchacha; el amor aumentó en vehemencia, y Francisco fué á pedir la mano de su amada.

La respuesta fué la que ya debiera esperar. Negóse el padre, la negativa avivó el deseo, irritando el ya irascible natural del joven; su amada permaneció fiel á su palabra dada, y una noche robó Francisco á la novia, fuése á un pueblo vecino donde los casaron, y después se dirigió á la casa de su tía.

El padre de la muchacha, lleno de enojo, se dirigió á la casa de su yerno, increpóle duramente. Francisco tenia el genio vivo; su suegro pretendió castigar á su hija, interpúsose el marido, el padre le dió un empujón, y ciego el agredido, sacó la navaja y de una puñalada dió muerte al padre de su mujer.

A los gritos de la tía y de la esposa, acudieron los vecinos, y Francisco lo hubiera pasado mal, á no acudir en su auxilio su hermano Tomás, que hizo frente á todos y facilitó la fuga de su hermano.

***

Por entonces habia en lo más áspero de los montes de Toledo, una partida de bandidos. A ellos se unió Francisco y presto fué su capitán; uniósele también su hermano, y á poco su mujer no tuvo más remedio que seguirle, pues la amenazó de muerte si no se iba á los montes con él.

En una de aquellas cuevas, fué donde la pobre mujer dió á luz á Plácido, según vimos en el «Diario» de éste, pues el padre del joven que estaba al frente de la gran plateria de Torrens, era el *Abuelo*.

Según en aquellos apuntes se dijo ya, Francisco fué cogido por fin, y gracias á esta circunstancia, pudo verificarse un cambio notable en la existencia de Plácido.

Francisco pudo escaparse de la cárcel en compañía de su hermano, y después de haber sido cogido nuevamente, haberse vuelto á evadir y otras muchas peripecias que fuera prolijo enumerar, consiguió pasar á Francia.

Su hermano había sido muerto en ocasión que la guardia civil les perseguía, y él, una vez en Francia, con tal habilidad supo obrar, que con el nombre supuesto que se dió á

isar el territorio francés, solicitó naturalizarse allí, y así asó dos años, ocupándose en misteriosos negocios que le roporcionaban lo suficiente para vivir.

Pero aquellos negocios no debían sin duda satisfacerle, or cuanto se lanzó á empresas más aventuradas, que si bien : facilitaron recursos con mayor rapidez, en cambio atraje-)n sobre él la atención de la policía.

Esto le obligó á cambiar con alguna frecuencia de teatro ara sus operaciones, mas no le valió esto, porque un día, espués de haber entrado á saco con dos compañeros más 1 una casa de campo inmediata á Nimes, cuyos dueños, por ecto de las heridas recibidas, fallecieron después, cayeron 1 poder de las autoridades y Francisco fué condenado á tra- ajos forzados.

* * *

En el tiempo que llevaba en Francia, había adquirido ran popularidad, así que primero en la cárcel y después en presidio, tenía numerosos amigos.

Una tentativa de evasión y algunas otras fechorías he- ıas durante el tiempo que duró su proceso, hicieron nece- ırio que se pensara en evitar para lo sucesivo hechos aná- gos, y en su consecuencia, se le destinó á cumplir su con- ena en el presidio de Brest.

—¡Qué necios!—dijo Francisco.—¿Creerán que por eso no e de escaparme? Yo les juro que no he de hacer mis huesos ıros en aquel presidio.

Y cuando algún compañero le decía que le compadecía)r la dureza de que iba á ser objeto, se sonreía contestán-)le:

—No tengas cuidado. Soy yo mucho pájaro para estar ıjaulado, aun cuando la jaula sea de piedra ó hierro.

Y se dispuso alegremente para llegar al lugar de su destino.

No comunicó á nadie sus proyectos de evasión.

En todos tiempos ha sucedido en los presidios, lo mismo en los de España que en el extranjero, una cosa extraña que vamos á demostrar á nuestros lectores, no obstante dándoles la explicación de ella.

Llega un convoy de condenados á Brest ó á Tolón, y antes de las formalidades del emparejamiento, antes de que el número que representa cada hombre haya sido inscrito en la matrícula, los dignos huéspedes de semejantes lugares, conocen los nombres de los recién venidos y están instruidos de los menores detalles, concernientes á los crímenes cometidos y á las consecuencias del crimen.

¿De dónde provienen informes tan rápidos y tan precisos que se esparcen entre los galeotes con la rapidez del rayo?

Las pesquisas hechas concienzudamente y en diferentes épocas por los directores de los presidios, nunca han dado resultado satisfactorio para aclarar y contestar á la pregunta que acabamos de hacer.

El presidio es un mundo excepcional y monstruoso, que felizmente no se parece á nada de lo que nos rodea.

En los círculos sociales en que vivimos, aun los que no practican con el corazón ninguna de las virtudes que la ley divina y humana imponen al hombre, á lo menos con los labios rinden vasallaje á estas mismas virtudes y colocan la máscara de la hipocresía sobre la perversidad de sus sentimientos.

En el presidio no sucede así.

Allí se arroja por completo la máscara, la hipocresía es inútil, pues no engañaría á nadie, en un sitio en donde hasta el arrepentimiento no halla más que incrédulos.

En el presidio, lo grande del crimen es lo que da impor-ncia al condenado; los mayores criminales, los monstruos ie parecen vomitados por el infierno, son los que han go-do siempre de una inmensa supremacia moral y de una fluencia sin limites, sobre el feroz rebaño que les rodea.

Los infames héroes de los tribunales, los únicos bandidos ie se burlan de la justicia y de la sentencia, son de hecho y derecho los principes de los presidios.

De aquí nace, que impulsados por un sentimiento de mi-rable orgullo, desarrollado de un modo extraordinario en uellas perversas naturalezas, para obtener mayor respeto consideraciones por parte de sus compañeros, se atribuyen menes que no han cometido, y recargan con las tintas is sombrías, las páginas de su historia.

*
* *

Francisco Vargas fué acogido en Brest con la mayor con-leración.

Toda aquella turba formada por la podredumbre social, podia menos de rendir tributo de admiración al *Español,* mo llamaban á Vargas, que había sabido burlar por es-cio de cuatro años las pesquisas de la autoridad, que bía cometido gran número de crímenes, y que, sin em-rgo, tuvo la rara habilidad de no confesar jamás, y de e no se le encontrase nada absolutamente del botín que ılizara en aquel tiempo.

Su tentativa de evasión constituía ya de por sí, una pági-muy importante.

Era un modelo de astucia, de paciencia y de valor, y hu-ra sido coronado por el mejor éxito, á no ser por la trai-n de uno de sus compañeros.

—Yo me vengaré de él,—había dicho Vargas cuand
descubierto.

* * *

Había también otra circunstancia muy notable, para
los presidiarios de Brest recibieran más afectuosamente
nuevo compañero.

El último robo, que había sido de gran consideración,
pudo ser descubierto por la autoridad.

Encontróse á Francisco una cantidad insignificante;
compañeros no pudieron decir nada porque nada sab
se obstinó en callar, y cuantas pésquisas se hicieron fue
inútiles, suponiendo todos que aquel dinero debía e
escondido en algún lugar seguro, y que, por lo tanto, Fra-
cisco podría hacer cualquier favor á un amigo, si llegaba
ocasión.





CAPITULO CIII

Los propósitos de Vargas

Yo me escaparé del presidio, había dicho el *Español* á sus compañeros de cárcel, y si bien algunos lo creyeron, la mayoría no pudo menos de sonreirse)n cierto aire de incredulidad.

Y efectivamente que había motivos para desesperar.

Francisco Vargas tenía antecedentes formidables.

Considerábasele como un ser peligrosísimo, y, por lo nto, debían usarse con él toda clase de precauciones.

Diósele como compañero de cadena á un anciano medio nto, ó que al menos lo aparentaba, condenado á cadena ɜrpetua, y que apenas si contestaba á ninguna de las pala-·as que su compañero le dirigía.

Vargas, entonces, trató de aislarse en medio de aquella ›igarrada sociedad.

Para un carácter como el suyo, los últimos golpes que sufriera, necesariamente habían de influir de un modo notab...

Sin embargo, no se abatió en lo más mínimo, estudi... perfectamente las obligaciones y el proceder que debía usar en el presidio, y adoptó una línea de conducta, de la cual n... pensaba separarse un solo momento.

Conocía las cárceles y presidios de España, y hubiera entrado en ellos como quien entra en su casa, digámoslo así.

Pero en Francia era ya distinto, y aun cuando la población criminal en todas partes se parece, sin embargo no era Francisco tan necio, que sin más ni más fuera á lanzarse si... conocer antes las gentes que le rodeaban.

Su última tentativa, frustrada tal vez por el exceso de l... misma confianza, le imponía la obligación de ser más caut...

En su consecuencia, se fijó un plan que no pensaba modificar, hasta el momento en que comprendiera que pod... hacerlo sin peligro.

* * *

No tenía otro objetivo que el de recobrar la libertad.

Evadirse de allí era su único deseo, y para conseguirl... no existía sacrificio alguno que no se encontrara dispuesto realizar.

Era necesario el disimulo y, sobre todo, hacer una abstracción completísima de todo cuanto al hombre suele hacer... le agradable la existencia, sea el que quiera el medio ambiente en que se agite, y él renunció á todo en absoluto.

Aceptó aquella existencia, de la que comprendía todo horror, y la aceptó con una paciencia y una resignación indecible. Aislóse cuanto le fué posible de sus compañeros, s... demostrarles, no obstante, la insuperable repugnancia q...

e inspiraban; en una palabra, se convirtió en *presidiario nodelo*, y los cabos y celadores, con inquietud y desconfian-:a, llamaron la atención sobre él á los inspectores y al direc-or del presidio.

¿Por qué esta inquietud y esta desconfianza?

Nada más sencillo ni más fácil de comprender y explicar.

Si hay en el mundo un lugar en que todo pueda y deba er materia de sospecha, el presidio es, seguramente, el nayor.

Las notas llegadas á Brest con el *Español*, le presentan omo un hombre sumamente peligroso, pues ocultaba una naldad inmensa, bajo las engañosas apariencias de una pro-unda honradez.

Tal era su perversidad (decían las notas), que hasta el úl-imo momento, y á pesar de las innumerables pruebas y de ı clara evidencia de su crimen, había sostenido que era ino-ente.

Sin duda, en el presidio pretendería aparecer como con-enado injustamente, y no teniendo nada que esperar, se rrojaría al partido de la rebelión y se esforzaría en tomar obre sus compañeros una influencia peligrosa.

Así se expresaban los documentos que enviaron de París, de los cuales en Brest nadie se hubiera permitido dudar.

Y, sin embargo, sucedía todo lo contrario de lo que ellos nunciaban.



Francisco no se hacía la víctima; se callaba sobre su ino-encia, no se quejaba de su suerte, estaba siempre dispues-), sin murmurar, á cualquier penoso trabajo; y lejos de tra-ır de conseguir influencia alguna sobre los demás galeotes, arecía huir y temer su contacto.

Esta manera de ser y de obrar, no debían parecer naturales, por poco que se reflexione, á los empleados ni al director del presidio.

Era preciso saber si esta resuelta calma, obediencia y resignación, ocultaban algo alarmante.

Se aumentó la vigilancia, y noche y día se estudió, sin que él lo notara, las maneras, la fisonomía, y hasta el sueño del presidiario español.

No se descubrió nada, absolutamente nada de sospechoso. Poco á poco esta vigilancia oculta, de que acabamos de hablar, se fué desterrando, y al mecánico le clasificaron decididamente entre los *buenos presidiarios*, entre aquellos cuya voluntad ya no existe, y cuyo pensamiento está amodorrado.

Pero los observadores se engañaban por completo.

Francisco caminaba sin vacilar hacia el objeto que se había propuesto conseguir, y ese objeto era conquistar su libertad por medio de una evasión.

Al día siguiente de su llegada al presidio, le habían leído el código del establecimiento.

Un vigilante, obedeciendo á una consigna rigurosa, le había iniciado en el conocimiento de la jurisprudencia administrativa.

Sabía, por consiguiente, que el presidiario que está *por años* y rompe su cadena, si le cogen antes de haber verificado su evasión, sufrirá una paliza.

Que si consigue escaparse y lo vuelven á traer, se le prolongará tres años de pena.

Y, en fin, que si reincide, se prolongará esa pena indefinidamente.

No ignoraba que si el presidiario está condenado *á cadena perpetua*, la tentativa de evasión le valdrá, como al pre-

sidiario por años, una paliza, y que tres años de *cadena doble* (¡espantoso suplicio!) castigan la evasión efectuada.

Le habían demostrado también, las dificultades casi insuperables para la evasión.

Le hicieron saber que en cuanto desaparecía un presidiario, suenan tres cañonazos, se coloca la bandera de alarma, se envían á la gendarmería marítima y á todas las brigadas de gendarmería provincial de las diez cabezas de partido más próximas, las señas del fugitivo, y que, por fin, su cuerpo está puesto á precio, como el de los animales feroces.

* * *

En efecto, en las puertas de la ciudad y en las partidas rurales, se coloca un anuncio en el que se dan hasta en los detalles más insignificantes las señas del evadido; incitan á los agentes de la fuerza pública y á los aldeanos, á darle caza mediante una prima de veinticinco francos si al condenado se le arresta en el puerto; de cincuenta, si le cogen en el interior de la ciudad, y de ciento, si le prenden cuerpo á cuerpo fuera de muros.

Por fin, el concienzudo vigilante le puso al corriente, larga y minuciosamente, de la terrible y extraña industria de los cazadores de presidiarios.

Francisco supo entonces, que fuera de las fortificaciones, en los huecos de las rocas que forman las costas de la Bretaña, viven una porción de individuos cubiertos de harapos que nunca se apartan del litoral.

Estos mendigos bretones, enemigos declarados de toda especie de trabajo, se alimentan, cuando les falta dinero, del pescado muerto que el mar arroja á la playa.

Viven cerca del presidio, como el chacal cerca de los osa-

rios ó de los campos de batalla, como la hiena junto á los cementerios de Oriente.

Para ellos el presidio es un abundante proveedor.

Él es quien paga las libaciones de aguardiente y licores fuertes, gracias á los cuales, todos ellos, hombres, mujeres y niños, se emborrachan hasta la locura, hasta el furor, hasta el delirio cuando hay fiesta, es decir, cuando hay botín.

De generación en generación, estas familias se entregan con todo el ardor de un instinto feroz á la caza del presidiario.

Tienen estudiado palmo á palmo el país, que no le guarda secreto alguno. Conocen las salidas que el hombre evadido escogerá después de haber escapado milagrosamente á las numerosas vivac del arsenal.

Saben los caminos ocultos, los valles desiertos en donde el presidiario jadeante irá á tomar aliento y descansar algunos segundos, después de una carrera desenfrenada.

Los buitres de Brest, están siempre esperando los cañonazos de alarma.

Apenas se ha perdido en el espacio el eco de la detonación, cuando ya están todos de pie y dispuestos á partir.

Armados de piedras, bastones, hoces, cuchillos y viejas tercerolas, se dividen y multiplican sobre todos los puntos estratégicos señalados por la experiencia.

Para cada hombre que huye, hay ciento que le buscan, y cuando tienen suerte y cogen la carne humana, la prima se la suelen repartir entre cinco ó seis tribus, que viven de la misma industria.



CAPITULO CIV

Esperanzas de salvación

A pesar de todos los peligros que llevaba consigo el pretender evadirse de aquel presidio, el padre de Plácido, estaba resuelto á escapar ó á perder la vida ı aquella tentativa.

—Lo que es yo, no me resigno á permanecer aquí,—se ıbía dicho.—No quise darles en mi tierra el gusto de que ıe tuvieran encerrado, con que menos se lo he de dar á ;tos franchutes.

Y para llegar al objeto que había forjado, se propuso un lan, del cual no se separó en lo más mínino, durante el ɜmpo que permaneció allí.

En este plan, entraba como factor principal, el inspirar ›nfianza suficiente á los jefes del presidio, ó hacerse acree- ›r, por medio de algún rasgo heroico, á su consideración,

al objeto de conseguir que le separasen de su compañero de cadena y que le proporcionaran al mismo tiempo los medios de ganarse algún dinero, á fin de contar con recursos propios para realizar la fuga.

Francisco Vargas habia aprendido en las cárceles de España á hacer petacas de paja, acericos, alfileteros y otra multitud de objetos, que parecen ser manufactura peculiar de los establecimientos penitenciarios.

A construir objetos de esta especie, dedicaba el pequeño espacio que le dejaba libre el trabajo, y respecto á la acción heroica, precisamente se le presentó ocasión para ello en la misma cantera donde trabajaba, impidiendo con sus hercúleas fuerzas el desprendimiento de una piedra, que hubiera causado indefectiblemente la muerte de dos celadores de presidio.

El agradecimiento de éstos y su conducta ejemplar, consiguieron al cabo de dos años lo que pretendía: que le dejaran á media cadena, ó sea, libre de aquel viejo compañero que le habían dado.

Esto era haber adelantado la mitad del camino.

Durante los dos años que acababan de transcurrir, para él con una lentitud desesperante, Vargas habia asistido á innumerables tentativas de evasión: las unas hábilmente combinadas, las otras torpes ó locas; pero todas audaces y demostrando en sus autores una dosis tal de energía, que mejor empleada y en un sitio diferente, hubiesen hecho de ellos gentes notables en vez de ser presidiarios.

Casi todas aquellas tentativas habían fracasado desde su principio.

La mayor parte de los fugitivos, antes de haber podido salir de la ciudad, eran cogidos y cargados de grilletes y cadenas.

Algunos, cuando ya se creían salvados, cayeron en poder de las ávidas manos de los cazadores de galeotes.

Otros, en fin, habían perecido miserablemente ahogados en el puerto, que habían tratado de pasar á nado, ó víctimas de ese movimiento de estrategia administrativa, que consiste en retirar las brigadas de condenados del lugar en que trabajaban, en el momento de la evasión.

Esto necesita una explicación, que vamos á dar en pocas palabras.

Sobre veinte presidiarios, que rompen sus cadenas, diecinueve buscan un refugio provisional en un escondite preparado de antemano, y que consiste generalmente en un cuarto subterráneo, cavado y tapiado luego por cómplices. Los mismos penados se encargan de llevar al fugitivo agua y alimentos hasta su fuga definitiva, y de quitar á su debido iempo los escombros colocados sobre el escondite.

Reemplazando las brigadas por otras que no conocen ni el plan de evasión, ni los lugares secretos escogidos por los otros condenados, y que, por consiguiente, no pueden socorrer al fugitivo, la administración condena á este último á pedir gracia ó á morir de una muerte horrible, si no está en u poder salir solo, de su escondite.

A veces, los marineros han oído exhalar del suelo, debajo de sus pies, los gemidos de un agonizante y han dado parte, para que se tratara de salvar á aquel desgraciado.

En suma; en el espacio de dos años, únicamente tres evadidos habían tenido la suerte excepcional y casi inverosímil de lograr embarcarse ó ganar tierra, no volviendo al preidio á sufrir una prolongación ó agravación de su pena, omo sucedía á la generalidad.

Como acabamos de darlo á entender más arriba, la consrucción de escondites para evasiones ha hecho crearse en

el presidio una extraña industria, contra la cual lucha en vano la administración.

Algunos condenados, poco deseosos de conquistar su libertad, ó con bastante lógica para calcular con sangre fría las innumerables probabilidades de que los vuelvan á coger, se contentan con proteger, mediante una prima bastante grande, á los que quieren correr la suerte de la fuga.

Cuando un recién llegado pasa por tener dinero, los constructores de escondites le envían un emisario, que le propone hacer para él un escondite imposible de hallar.

Si el negocio se hace, el que acepta la proposición del emisario paga al contado la suma estipulada.

Un camarada es testigo del pacto.

Acuerdan el día y la hora en que han de introducir al evadido en su peligroso refugio, luego se le desea buena suerte y se le abandona á su destino, sea el que quiera.

Debemos añadir, que no es raro que el vendedor haga de un solo golpe dos operaciones comerciales, y después de vender el escondite, vende á un vigilante el secreto del fugitivo.

* * *

Aunque Vargas evitase cuanto era posible el tener relaciones íntimas, ni aun familiares, con sus compañeros de cautividad, no ignoraba, sin embargo, ninguno de los detalles que acabamos de relatar.

A menudo, durante los primeros meses de su estancia en el presidio de Brest, varios industriales del género de los que acabamos de hablar, se le habían acercado misteriosamente para proponerle, en términos encubiertos, favorecer su evasión.

Siempre había aparentado que no los comprendía.

Pero desde que poseía el dinero necesario para pagar su

:omplicidad, le había sido fácil hallarlos entre la multitud le penados y tratar con ellos.

Pero le dominaba la más profunda desconfianza, y cre-rendo ver traidores en todas partes, quería obrar solo, sin 'eclamar la ayuda de nadie.

A medida que se acercaba la época fijada por él mismo, oara su evasión, se daba más cuenta de las inmensas difi-:ultades de la aventura que iba á emprender.

Un presidiario entregado á sus propios recursos se halla, :n efecto, en la imposibilidad material de prepararse un es-'ondite casi á la vista de los guardias, y á los cuales ningún 'ómplice trata de distraer.

Necesita recurrir á la evasión repentina; en pleno día, en nedio de la multitud indiferente, que se convierte en hostil, oorque tiene miedo, en cuanto suenan los cañonazos de ılarma.

En vano el presidiario logra cambiar su traje reglamen-ario con el de un paisano; todo le descubre y todo le hace raición.

Sus asustadas miradas, su involuntaria turbación y su nodo de andar demasiado rápido ó demasiado lento, todo le lesigna con tanta claridad como si llevara todavía su cadena ' su número.

A esos obstáculos, insuperables á primera vista, se unían oara nuestro héroe otros más graves.



Vargas no poseía ningún medio de librarse del anillo de ıierro, que le remacharon sobre el tobillo, el día que llegó al oresidio.

Sabía que algunos prisioneros, sacando partido de una onformación física excepcional, y en fuerza de repetidos

sufrimientos, llegaban á conseguir que pasara el pie por la argolla que llevaban en el tobillo.

Entregóse también á esta clase de ejercicios; pero después de inauditas tentativas, que le hacian sufrir horrorosamente, hubo de convencerse de que no era posible conseguir la libertad por aquel medio.

Entonces tuvo momentos horribles.

Aquel hombre, cuya energía y cuya perseverancia no habian disminuído un solo instante, comenzaba á desfallecer.

Ideas de suicidio por la primera vez le acometian, y tuvo momentos en que al mirar las aguas del mar, ó al verse en lo alto de las canteras, pensó buscar un refugio en las primeras ó despeñarse por las segundas.

Pero cuando más desesperado estaba, cuando ya creía que, á pesar de todos sus esfuerzos y de las esperanzas con que había entrado en el presidio, no conseguiría recobrar su libertad, ésta se le presentó bajo una forma totalmente inesperada.

* * *

Habíanle destinado con otros compañeros á practicar algunas obras en el puerto, y tal era el calor y tal el exceso de trabajo, que los celadores tuvieron que conceder media hora de descanso á los penados, que estaban rendidos de fatiga.

Gran número de bloques de granito había esparcidos por el muelle.

Vargas, tendido en el suelo, apoyaba la cabeza en uno de aquellos bloques.

Entre los presidiarios que dormitaban sobre el dur

uelo, únicamente un joven había permanecido de pie, y pareciendo tan insensible al cansancio como al calor, iba y venía con pasos contados y aire tan perfectamente indiferente, que sus maneras no excitaban la desconfianza de los capataces, gente que de todo sospecha por naturaleza y profesión.

Aquel penado, que parecía no mirar á nadie y no ir á ninguna parte, y que, sin embargo, no caminaba á la suerte, e iba acercando poco á poco al lugar en que estaba tendido Vargas.

En cuanto llegó junto al bloque de granito, contra el cual e apoyaba, se detuvo, extendió los brazos como hombre que empieza á sentir algún sueño, y, por fin, se sentó, ó mejor dicho, se dejó caer en el suelo, apoyando sus hombros n una de las faces del bloque, cuya otra faz sostenía la cabeza de Vargas.

Un intervalo de algunas pulgadas apenas, separaba la boca del recién llegado del oído del mecánico.

Antes de terminar este capítulo debemos decir á nuestros lectores que, aun cuando parezca inverosímil, por lo extraordinario, todo el relato que va á seguir, es completamente verídico.

La mayoría de sus detalles, así como el hecho capital son históricos.

Nosotros no hemos hecho sino cambiar los nombres, pero todo lo demás es verdadero.



CAPITULO CV

Proposiciones

VARGAS no se había fijado para nada en su compañero.

Estaba absorto por completo en sus reflexiones y no advirtió siquiera su presencia.

De repente llegó á su oído una voz débil como un sop. que decía:

—¡Compañero!

Volvió la cabeza un poco y vió entonces al recién llegado tendido cuan largo era, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y pareciendo dormir profundamente.

—Me he equivocado,—pensó el presidiario.

Pero los labios del penado se agitaron de nuevo, y misma voz prosiguió:

—¡Compañero! Escúchame si quieres.

—¿Es á mi á quién hablas?—preguntó Vargas.

—Sí; ó si lo prefieres, al número 280.

—¿Qué quieres?

—Tengo que hablarte de cosas extremadamente intere-antes, pero ante todo te ruego hables más bajo, y no hagas ingún movimiento; toma ejemplo de mí y finge que duer-nes como un lirón.

—¿Y por qué esta comedia?

—Porque el jefe de los guardias está fumando su pipa á einta pasos de nosotros, y no es conveniente que nos vea ablar.

—¿Qué tienes que decirme tan misterioso?

—Haz primero lo que te he rogado y luego sabrás de lo ie se trata.

Vargas, que sentía despertarse inconscientemente su cu-osidad, se conformó con los deseos expresados por el jo-en penado.

Su cabeza se apoyó de nuevo en el bloque de granito y erró los ojos.

—Compañero,—prosiguió su vecino,—hace muchos días ie te observo, sin que lo notaras, y como soy bastante buen onomista, he adquirido una seguridad.

—¿Cuál?

—Que *te pica el pie.*

—No sé lo que quieres decir...—replicó Vargas, que, en ecto, no comprendía.

—Sí, que *te pica el pie*. Es un modo de hablar que signi-a que enviarías de buena gana al diablo el presidio, y que nes deseos de escapar... ¡Oh! ¡No lo niegues!... Te lo re-to, estoy seguro de ello... Sólo que no sabes cómo arre-arte para hacer el saludo de despedida á vuestros argos, rque desde que estás aquí, vives como un mochuelo, sin

relaciones útiles, ni con las de dentro, ni con las de fuera
Pues bien; yo he comprendido tus apuros, me he conmovi
y he resuelto serte útil.

*
* *

Una amarga sonrisa apareció en los labios de Varga mientras el joven presidiario pronunciaba estas últimas pa-labras.

—Empiezo á comprender,—murmuró.—Vienes á ve-derme un escondite. ¿No es esto?

—No, por cierto. Los constructores de escondites está en Sociedad, y yo tengo el amor propio de trabajar solo.

—¿Qué me propones entonces?

—Muchas cosas pequeñas, que si te sabes servir de ella, harán de tí el hombre más libre del mundo.

—¿De veras?—replicó el presidiario con una ironia m. contenida.

—Como te lo digo.

—¿Y se puede saber cómo son esos maravillosos instru-mentos de libertad? ¿Puede uno saber en qué consisten?

—Seguramente. Primero hay una pequeña herramien muy ingeniosa, con ayuda de la cual, en menos de un m-nuto, te verás libre del *anillo* y de la cadena, que si yo me engaño, deben causarte alguna inquietud.

*
* *

Vargas se estremeció de nuevo.

El aro de hierro que enlazaba la cadena á su cuerp era, según sabemos, su constante preocupación.

Por separarse de aquel anillo maldito, hubiera dado c gusto diez años de su vida.

El joven penado continuó:

—No es eso todo. Puedo proporcionarte un traje nuevo y completo de marinero. Los sastres de la marina real no entregan nada mejor ni más acabado. Con ese traje puesto y una pipa en la boca, cualquiera puede presentarse en la inspección: no hay cuidado de que los argos sospechen nada. Sombrero de charol, peluca de rizos sobre las orejas, camisa azul bordada de blanco, pantalón rayado, chaqueta de ordenanza, y los zapatos, para que nada falte. Todo esto sin contar que también proporciono una cuerda de cuarenta pies, menos gruesa que mi dedo meñique, pero fuerte para sostenerse cuatro hombres.

—Vamos,—dijo Vargas,—no es poco todo eso.

—Hay más todavía; algo que reservo por lo útil: una navaja de dieciocho pulgadas, de fino acero, y de la que me darás noticias, si nos entendemos y tienes ocasión de servirte de ella. Ahora ya te he explicado la cosa. ¿Qué me contestas?

* * *

Vargas vaciló antes de responder.

Una desconfianza insuperable le dominaba: le parecía que aquellas proposiciones escondían un lazo.

—Lo que sucede,—pensaba,—no es natural. Este hombre, pretende adivinar mis pensamientos; este hombre, que previene mis deseos, me ha sido enviado por algún vigilante á quien mi profunda resignación y mi inalterable tranquilidad son sospechosos. Si no rechazo pronto las proposiciones que acaba de hacerme, me denuncia, y estoy perdido.

—Y bien, compañero; ¿qué es eso? ¿Te callas?—prosiguió

el joven presidiario.—¿Por qué? La respuesta es, sin embargo, bien fácil de dar. ¿Aceptas mis ofrecimientos ó los rechazas?

—Los rechazo...—murmuró Vargas.

—¡Qué tonto!

—¿Te sorprende?

—Mucho.

—Tengo, sin embargo, dos buenas razones para rehusar tus buenas proposiciones.

—Me agradaria conocerlas.

—La primera es que no pienso en evadirme.

—¿Y la segunda?...

—Que no poseo ni un solo céntimo para pagarte, si me arreglaba contigo.

—¿Y es eso todo?

—¿No es acaso bastante?

—No, porque las dos razones que has expuesto son falsas. porque tu idea fija, tu idea de todas las horas del día y de la noche, es la de huir de este infierno en que vivimos... En cuanto al dinero, sé positivamente que lo tienes... ¡Oh! ¡No muevas la cabeza, compañero!... Tienes mucho más del que yo te pediré... Queda, pues, tu tercera razón que expondré: la sola verdadera, la sola formal y la única que no has dicho.

—¿Mi tercera razón?—repitió Vargas.

—Seguramente; y hela aquí: Desconfías de mí... Crees que yo soy un espía que voy á denunciar tus proyectos de evasión, en cambio de una suma de dinero ó de una buena nota... Niega eso, si puedes, compañero.

—¿Y aun cuando asi fuera?...—repuso Vargas.

—La verdad es que yo no puedo reprocharte tu desconfianza, puesto que vivimos en un tiempo en que la probidad

no existe, ¡ni aun en el presidio!... Es muy triste, hay que confesarlo; pero felizmente, puedo probarte mi buena fe.

—¡Hola!...—dijo Vargas vivamente.—¿Puedes darme pruebas de eso?

—Sin duda; pero habla más bajo... no des voces, que son muy poco á propósito para el caso... Me parece que el capataz ha hecho un movimiento y ha mirado hacia aquí.

—Me callo y escucho.

—Debes temer que yo remueve en perjuicio tuyo la picardía de algunos de los nuestros, que después de haber vendido un escondite ó un disfraz, corren á denunciar la evasión... Nada de eso has de temer en mí, porque yo te mostraré la confianza que tú me niegas... Yo me fiaré completamente de tí y te diré el lugar en donde están escondidos el traje de marinero, la cuerda y la navaja. Podrás coger esos objetos cuando te convengan, sin que yo lo sepa... dentro de dos días ó dentro de dos meses; yo no te pediré ni un céntimo adelantado.

—¿Cuándo y de qué modo quieres que te pague?

—Te repito que me fio por completo de tí... Si nos ponemos de acuerdo, me bastará que me prometas poner, en el momento de tu evasión, doscientos francos, envueltos en un pedazo de tela ó de papel, en el mismo escondite en que hallarás el disfraz. Cuando te hayas marchado, lo sabré... como todo el mundo, y entonces iré á buscar la suma.

—Esta confianza me sorprende,—replicó Vargas,—y trato en vano de comprenderla... ¿Qué garantía te queda de que yo no me marcharé sin dejarte el dinero que hemos convenido?

—¿Qué garantía? La mejor de todas... tu propio interés. Todo evadido puede ser, tarde ó temprano, preso de nuevo; ya sabes, lo mismo que yo, que en presidio las venganzas

son terribles... Tendrás miedo engañándome de atraer sobre tu cabeza una de estas venganzas que no perdonan, y que por todos los medios llegan á su objeto, sin contar con que el favor que te había hecho sería bastante grande para merecer de tu parte algún agradecimiento. Supongo que convendrás en ello.

* * *

Era imposible el equivocarse; la sinceridad más completa brillaba en las palabras del penado y en el modo con que estas palabras eran pronunciadas.

No obstante, á Vargas le quedaba una duda.

Temía que el presidiario le hubiese prometido más de lo que podía cumplir y se hiciera ilusiones sobre la extensión de los recursos de que disponía.

Entonces prosiguió:

—Creo en absoluto en tu buena fe, y ya no sospecho que seas un espía á sueldo de los vigilantes.

—¡Me alegro!—murmuró el joven.—Nada te impide ya tratar... Es negocio concluído, ¿no es cierto?

—Seguramente: si puedes demostrarme que el negocio es una cosa formal.



CAPITULO CVI

Trato hecho

Todo lo que estaba oyendo Vargas, le sorprendia de un modo extraordinario.

Estaba acostumbrado á las prácticas de los preidios y cárceles de España, donde los *escalos* y las evasiones articipan de otro carácter, porque también son distintos los lugares donde se hallan establecidas las penitenciarias.

Sentía, como ya hemos dicho, vehementes deseos de sar de Brest, pero había analizado perfectamente los medios e escapar y todos estaban tan llenos de dificultades que él, ue de nada se asustaba, encontrábase profundamente con-ariado.

Su compañero le dijo al cabo de algunos momentos:

—Presta atención, porque esta prueba que me pides, pueo dártela ahora mismo.

—¡Ahora!—exclamó Vargas, lleno de asombro.—¿Y de qué modo?

—Incorpórate un poco. Restrégate los ojos y extiende los brazos como quien se despierta, y después te vuelves á tumbar teniendo cuidado de dejar tu mano al alcance de la mía. A ver si haces bien lo que te acabo de decir.

Vargas procuró seguir en todo, las instrucciones dadas por su compañero.

En seguida sintió que el joven le deslizaba dos objetos bastante pesados y de pequeñas dimensiones, en la mano que tenía extendida y que se apresuró á cerrar.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Ya lo sabrás; pero ten paciencia,—repuso el penado.—Voy á levantarme para interponerme entre el capataz y tú, á fin de que te sea posible mirar, porque una explicación sería demasiado larga.

* * *

Vargas, en cuanto su interlocutor estuvo de pie, no perdió un instante en examinar los dos objetos que acababa de serle entregados.

El primero, era un pedazo de cadena del grueso de la del aro ó anillo que llevaba en la pierna.

El segundo, una copia exacta de las planchas de hoja de lata, triangulares, que se colocan en el gorro de cada condenado y que llevan su número de matrícula.

En medio de esta plancha se veía el número 280, que es el de Vargas.

—Ahora que ya has visto,—prosiguió el joven,—en nuestro interés común, está el que obres con prudencia. Voy á alejarme y á pedir al capataz el que me den pase para

ıospital, bajo pretexto de una enfermedad imaginaria. Cuanlo me veas en conversación con ese *digno* vigilante, roza ıno de los bordes de la plancha, cualquiera de ellos, con el ›edazo de hierro y quedarás sorprendido.

Vargas esperó unos instantes y empezó el experimento.

Con gran sorpresa vió entonces que la pretendida placa le hoja de lata, de tan inofensiva apariencia, era, en realidad, na plancha de finísimo acero dentada.

Esta plancha mordió el hierro con una facilidad prodiiosa.

Al cabo de dos ó tres minutos, y sin producir el menor uido, la cadena, serrada por la mitad, se separó en dos pars iguales.

Era evidente que el aro del tobillo no resistiría más tiem), y que tres minutos bastarían para cortar un barrote de s más gruesos.

* * *

Mientras que Vargas hacía su experimento con éxito tan mpleto, una escena tempestuosa ocurría entre el joven nado y el capataz, á quien se había dirigido expresamente ra distraer su atención.

Este vigilante no parecía creer la pretendida indisposin del condenado.

Hablaba con vehemencia, acentuando cada frase con soros juramentos y haciendo voltear un grueso bastón de un ıdo completamente amenazador.

Sin consideración á estas demostraciones hostiles, el gate insistía en su petición, de tal modo, que el capataz, yendo que se burlaban de él, dejó caer su bastón dos ó s veces sobre los riñones del penado.

Éste arrojó una furtiva mirada hacia Vargas, y viendo que ya no tenía en las manos nada, giró sobre sus talones, sin añadir una palabra, sin proferir una queja, y se ale cojeando, lo que probaba hasta la evidencia, que los basto- nazos que acababa de recibir habían sido rudamente apli- cados.

El capataz miró su reloj.

El tiempo concedido para el descanso había terminad

Apoyó á sus labios un silbato de cobre, de que hizo br tar una agudísima modulación.

Los penados, acostados ó dormidos, se pusieron de pie como por encanto, y se dirigieron con la cabeza baja, hac el trabajo á que anteriormente se entregaban.

Mientras caminaba hacia el muelle, el joven presidiari aflojó el paso hasta que se dejó alcanzar por Vargas.

—Y bien,—preguntó en voz muy baja cuando estuvier en la misma linea,—¿estamos de acuerdo?

—Negocio hecho,—repuso el *Español* en el mismo tono.— Acepto las condiciones; aquí está la plancha; me la devolve- rás cuando me haga falta.

—No, no... consérvala tú. Puesto que es á ti á quien de servir, mejor está en tus manos que en las mías.

—Temo me registren al entrar en la cuadra.

—No dejes de tomar todas las precauciones posibles.

—¿Qué precauciones?

—Que te quites la plancha del gorro y en su lugar te p nes la que te he entregado, arrojando la primera al mar. H previsto el caso y por eso lleva vuestro número.

—Bueno, dentro de cinco minutos estará hecho. ¿Y toc te al disfraz?

—En el próximo cuarto de hora de descanso, te indic en donde está escondido.

*
* *

El trabajo empezó y duró hasta la noche, sin que el caataz juzgara conveniente conceder un nuevo descanso á las estias de carga, racionales, cuya labor estaba vigilando.

Volvieron á entrar en el presidio, sin que Vargas hubiese odido cruzar una palabra con el joven presidiario.

Durante toda la noche, nuestro héroe no pudo cerrar los jos.

La fiebre nerviosa que, según dicen, se apodera de los risioneros cuando se acerca el momento fijado para la tentiva de evasión, calcinaba sus venas.

Además, temía, que al día siguiente no enviasen su brigaa, como la víspera, á los trabajos del puerto, porque entons tardaría mucho en presentarse de nuevo la ocasión de lver á entenderse con su futuro salvador.

Pero no se realizó aquel temor, y al día siguiente, cuando nó el cañonazo de diana, los cabos dirigieron sus respectis brigadas á los mismos puntos que la víspera.

*
* *

A las doce se les concedió, como de costumbre, una hora descanso para la comida y la siesta.

El presidiario español, tomó su ración de rancho, conteda en la cazuela común, y después de comer se tendió en suelo en el mismo sitio que el día anterior, y fingió dorir, apoyando su cabeza en el bloque de granito que ya cocemos.

A poco de estar allí, su nuevo amigo se colocó en el miso sitio que la víspera.

—Hoy tenemos tiempo de sobra para hablar,—le dijo,—pero se trata de no dejarnos sorprender. Tengamos, pues, los ojos entreabiertos y el oido listo, tú por tu parte y yo por la mia.

—Nadie se ocupa de nosotros,—replicó Vargas.

—Eso es lo que necesitamos... Extiende la mano hacia mi; tengo que entregarte un objeto.

*
* *

Éste era un pequeñisimo frasco de cristal obscuro, semejante á los que contienen una dosis mínima de láudano.

—¿Qué hay aquí dentro?...—preguntó el presidiario.

—Tu libertad.

—No te comprendo si no te explicas mejor.

—Me explicaré; ten calma... Pero ante todo, guarda el frasco en el bolsillo. En caso de que te lo cojan no te comprometerá. Dices que lo has encontrado sobre el muelle, y desafío á todos los médicos y boticarios de la ciudad de Brest, á que adivinen para qué puede servir lo que contiene.

—¿Y qué es?

—Algunas gotas de un liquido casi inofensivo, y que si fuera preciso puedes tragártelo sin peligro de morir...

—¿Qué he de hacer con este liquido?

—Lo viertes en el hueco de la palma de la mano por noche, en cuanto los vigilantes vuelvan las espaldas.

—¿Y luego?

—Te frotas con él, una de tus rodillas, la derecha ó la izquierda, poco importa..

—¿Y qué sucederá?

—Sucederá, que al día siguiente, la rodilla friccionada la víspera, estará tan gorda como mi cabeza y de un color azulado muy comprometedor.

* * *

Vargas no pudo menos de estremecerse, contemplando on cierto temor aquel bote de cristal.

—¿Pero entonces me será imposible moverme?—preguntó.

—En apariencia, sí... pero en realidad, no sentirás ningún dolor y te encontrarás capaz de hacer diez leguas á pie in cansarte.

—¿Es posible?—murmuró Vargas.

—Es posible, y cierto. ¡Oh! Conozco el efecto de mis droas... Antes de llevar este traje, era yo ayudante preparador le un químico muy sabio. ¡Este es, sin contradicción, el meor de sus descubrimientos!... ¡Y cuándo pienso que aquel xcelente hombre lo creía inútil! ¡Cuánto se equivocaba! 'ero volvamos á nuestro asunto. Tendrás cuidado á la ora de diana de lanzar grandes gritos y representar la omedia de no poder andar sin sufrir horribles dolores. 'e dejas caer al suelo... ¡Oh! Puedes estar tranquilo sobre el articular, compañero, yo te afirmo que engañarás á todo l mundo.

—¿Qué harán de mí entonces?

—¿Qué diablos quieres que hagan de un cojo en tan triste stado? Te llevarán á la enfermería, vendrán los médicos, xaminarán la enfermedad, no comprenderán nada de ella, ero en cambio te darán una porción de nombres latinos y recetarán cataplasmas y otros ungüentos. Tú dejarás ue digan y que hagan. Sólo por la tarde, ó mejor dicho, por a noche, llegará el momento de obrar.

—¡El momento de obrar!

—Ya comprenderás que un hombre absolutamente incaaz de mover el pie ó la pierna, no puede ser objeto de una

vigilancia muy rigurosa... Esperas que dé la una de la madrugada, hora en que el sueño es más profundo y más tenaz. Entonces te levantas con mucho cuidado, después de haberte quitado el anillo y la cadena; amordazas al enfermero, teniendo cuidado de no hacerle daño, pero poniéndole en la imposibilidad completa de llamar en su auxilio, y luego le atarás sólidamente al pie de tu cama. ¿Vas comprendiendo?

—Sí, seguramente que lo comprendo,—repuso el español,—y nada de lo que me acabas de decir me parece incierto ni de difícil ejecución; pero una vez atado y amordazado, no por esto me veré yo más libre. Las puertas de la enfermería son sólidas, están muy bien cerradas y detrás de ellas hay centinelas.

—Es que no te escaparás por ahí.

—¿Por dónde entonces?

—Por la ventana. Serrar los barrotes con la plancha de tu gorro, será para tí un juego de niños.

—Ya lo creo, pero la enfermería está en el primer piso. ¿Cómo bajaré?

—Haces una cuerda con las sábanas de la cama... esto no hay que decirlo... y te dejarás deslizar hasta el patio estrecho y largo, cortado en dos por una gran pared, cuyo patio se halla entre el presidio y el cuartel de marina.

—Entonces no habré hecho más que cambiar de prisión, pues este patio está cerrado por verjas.

*
* *

El penado miró á Vargas lleno de asombro.

—Vaya, compañero, que para ser un condenado á cadena perpetua,—dijo,—eres de una inocencia increible. No te creía tan tonto y hasta me parece imposible. ¡Qué diablos

ne hablas de verjas! Las verjas se han hecho para ser escaadas. Nunca han tenido más utilidad que la de desarrollar os talentos gimnásticos de los que trabajan de noche.

—¿Y de los centinelas, no hablas?

—Como el presidio no tiene ninguna puerta por el lado de se patio, no hay centinela. Respecto á ese patio, estoy enteado, pues estuve seis semanas trabajando en él.

—¿Dónde he de encontrar el disfraz de que me hablaste?

—Voy á pasar á él. Presta atención á lo que voy á decirte graba en el fondo de tu memoria cada una de mis palaoras.

—¡Oh! Pierde cuidado, no olvidaré nada; me acordaré nuy bien de todas ellas.

—Cuando estés en ese patio, te pones de frente al cuartel e la marina. Entiende bien lo que te digo, de frente al uartel.

—Sí lo entiendo, hombre, sí lo entiendo. No te esfuerces anto.

—Una vez en semejante posición, tomas hacia la dereha hasta el ángulo del gran edificio. Al llegar allí, vuelves trás por el mismo camino y cuentas veinticinco pasos. Fíate bien, veinticinco pasos... ni uno más, ni uno menos; iárcalos con el paso ordinario, como cuando anda cualquiea sin apresurarse.

—Ya... ya... continúa, te lo suplico.

—A los veinticinco pasos, te detienes, y poniendo la iano en la pared á la altura de un hombre, buscas hasta ncontrar un anillo de hierro movible, encajado en una de is piedras de la pared.

—¿Y cómo está allí aquella argolla?—preguntó Vargas, orprendido.

—Ignoro su origen y su utilidad. No debe ser para tí más

que una señal. Encima de esa piedra que te indico, hallarás otra cuadrada, que tiene dos agujeros distantes una pulgada uno de otro. Introduces los dedos por los agujeros y tiras hacia tí. La piedra saltará en seguida, porque es delgada como un ladrillo, y dejará al descubierto un hueco de p... profundidad, que contiene el disfraz, la navaja y la cuerda. Coges estos objetos y pones en su lugar los doscientos francos. Vuelves á colocar la piedra como estaba, tapando escondite, y por poco que el diablo te proteja, lograrás llevar á cabo tu empresa empezada tan perfectamente. ¿Qué te parece de todo esto? ¿Crees que cuando cobre tu dinero, no habré ganado bien?

—¡Ah!—murmuró el presidiario con efusión.—¡Tú eres salvador!

—Ya lo sé,—repuso sencillamente el penado,—por m... que lo haga por mi propio interés.

—En este mundo, es lo natural.

*
* *

Fácilmente se comprende el efecto que debia producir Vargas, cuanto estaba pasándole, en los momentos precisos en que, por primera vez quizás, empezaba á desconfiar de su suerte.

Lo único que le sorprendía, era lo que había tardado su compañero en decidirse á hablarle.

Y hubo de manifestarle su sorpresa por esta causa.

El penado, sonriéndose, le dijo:

—Por las mismas razones que tuviste para callar y confiar á nadie tus proyectos de evasión, ó mejor dicho, ... deseos, por esas mismas callé y he estado observándote ... desconfiabas de todos nosotros, y yo desconfiaba de ti. C...

lo me decidí por hablarte, tenía la seguridad de que llegaríamos á entendernos.

—Ahora lo que importa, es que yo me haga cargo de la topografía del terreno que he de recorrer hasta llegar al campo.

—Pues aprovecha bien estos días, que ese conocimiento e es muy necesario.





CAPITULO CVII

Los últimos consejos

VARGAS no acertaba á volver de su asombro.

Como ya dejamos indicado, conocia muy bien todos los medios empleados en las cárceles y presidios españoles, pero aquel plan de evasión, tan sencillamente expuesto por su compañero, y en el cual no faltaba detalle alguno para mejor asegurar el éxito, superaba á cuanto hubiera podido imaginarse.

En más de una ocasión, á no haber sido por el temor, se habria dirigido resueltamente á su protector y le habría abrazado.

Pero esto hubiese sido echarlo todo á perder.

Vargas no podia menos de felicitarse en aquellos momentos de la buena idea que tuvo, poniéndose á trabajar particularmente, puesto que merced á ello, estaba en condiciones

le poder pagar á su protector el precio estipulado por el ser- 'icio que le prestaba.

De no haber sido asi, era fácil que no hubiera podido provechar aquella favorable circunstancia.

Pareciale mentira que pudiera abrigar esperanzas de vere fuera de allí, cuando ya estaba casi resuelto á quedarse en quel presidio, falto de protección, de ayuda y hasta de cir- unstancias favorables para escapar.

—Conque ya sabes,—le dijo su compañero,—todo cuanto ebes hacer.

—No olvidaré ninguna de tus instrucciones, por la misma uenta que me tiene.

—Una observación he de hacerte, por más que com- rendo que ya la tendrás presente.

—¿Qué es?

—La época del mes en que debes verificar tu partida.

—No te comprendo bien, y quisiera que te explicases con ıayor claridad.

—Hombre, parece mentira. No comprendo, al escucharte, ómo verificáis vuestras evasiones en tu país.

—Allí contamos con elementos que no existen aquí, para ıí al menos. Aquí no conozco á nadie, y por lo mismo no uedo tener comunicación con ninguno de fuera para que me roporcione medios.

—Eso no tiene gracia. Los medios que yo te propongo, tan ıciles y tan al alcance de tu mano, son los que realmente alen. Por supuesto, que es preciso que estés prevenido, orque no con tanta facilidad debes creer que vas á esca- arte, aun cuando yo haga lo que hago.

—Eso desde luego.

—Aun saliendo con bien de la enfermería, te queda mu- ho que andar.

—Conozco lo que son esos peligros. He tenido que arrostrarlos más de una vez.

—Es que aquí varían de un modo grande. Tal vez en tu país no lleven las cosas tan á punta de lanza como aquí.

—Explícame eso de la época del mes en que debo escapar.

* * *

El penado protector, no pudo menos de sonreirse mirando á Vargas.

Éste no pareció muy satisfecho de aquella sonrisa.

Ya sabemos que la paciencia no era su fuerte, según pudimos apreciar por el «Diario» de Plácido, donde estaban consignados los primeros pasos de su vida.

Así fué que, volviéndose hacia el joven, le dijo:

—Mira, *chivato*, no te me vengas con *soflamas*, que no aguanto mucho.

—Pues mira, viejo, lo que acabas de preguntar, no es para menos que para reir. Te lo digo como lo siento. Había creído que eras más listo.

—No te metas en apreciaciones, y dame la explicación que necesito.

—¿Crees que para escapar de un presidio como este, puede hacerse á la luz del día? Vamos, responde.

—En pleno día me escapé de la Torre de Serranos, en Valencia.

—Pero como aquí no estamos en ese sitio que dices, si pretendieras escaparte de día, no habrías salido del primer recinto, y ya estarías cogido.

—Por eso me escaparé de noche, según hemos convenido ya.

—Sí, más debes aguardar para ello una noche obscura.

—¡Hombre, eso se supone!

—Y como las noches obscuras, en este mes, no llegarán asta los últimos días, de aquí que te dijera que pensaras la poca en que habías de hacer tu evasión.

—Te agradezco el aviso, porque no se me había ocurrido acer tantas observaciones. Desde luego, que siempre haría tenido en cuenta para escapar, que fuese una noche bscura.

—Pero como que debe ser casi simultáneo, el que pases la enfermería, y que aquella noche, ó cuando más tarde á ı siguiente, te escapes, es menester que no hagas uso de la roga hasta el momento oportuno. ¿Vas comprendiendo ahoı la justicia con que te hablaba?

—Sí, hombre, sí; te agradezco mucho todo el interés que ; tomas.

—Te diré, defiendo mis propios intereses. El que tú salas bien de tu empresa, dará éxito á mis procedimientos, y ıañana vendrá otro que los empleará, dejándome con ello lguna ganancia.

—Lo que me sorprende es, que teniendo como tienes, ıedios para librar á los otros, no los emplees para tí.

—Cuando yo salga, quiero llevarme un pequeño capital. Comprendes, viejo?

—Ya veo que eres aprovechado.

—Me gusta poco el trabajar. Harto me obligan á hacerlo ›s celadores; por lo tanto, con cuatro evasiones que prepa- cada año, tengo ochocientos francos, que en diez años acen ocho mil, y unidos á otros dos mil que pueda alcanar, hacen diez mil, cantidad suficiente para que un hombre omo yo, pueda establecerse.

—¡Paciencia tienes!

—No, resolución y deseos de vengarme.

* * *

Al decir estas palabras, el semblante del penado to... una expresión tal de odio y ferocidad, que Vargas no pu... menos de mirarle asombrado.

El joven se pasó la mano por la frente, como si prete... diera desechar un pensamiento importuno.

—Conque quieres vengarte, ¿eh?—le dijo su compañe...

—Sí. Con esa esperanza vivo. A esa venganza he cons... grado mi vida.

—¿De modo que estás aquí por?...

—Por una mujer.

—Siempre han sido ellas la perdición de los hombre... También tuvo una, la culpa de los primeros pasos que di... este camino. Pero ya ha muerto, y yo vivo para vengar... de la sociedad á que ella pertenecía.

—La mujer á quien yo me refiero, me engañó crue... mente.

—Ya; mientras tú la amabas, ella te la estaría pega... con otro.

—Justamente. Yo estaba en casa de un químico muy sa... bio, donde quizás habría conseguido utilizar secretos que, ta... vez andando el tiempo, me hubieran proporcionado grand... utilidades. Se vino ella á navegar en mis aguas, la quise, m... resistió, y el día en que cayó en mis brazos, me creí el m... feliz de los hombres.

—El más desgraciado, dirías mejor. La mujer es como l... adelfa, *chivato*, que echa flores muy hermosas, pero q... amargan después.

—Y bien que me amargaron, por cierto. Si me buscó, fu... para que la proporcionase cierta bebida que podía produ...

una parálisis parcial, y si de ella se abusaba, hasta la misma muerte.

—Vamos, tendría algún pariente á quien heredar. El interés, lo de siempre.

—No, no era ella la que tenía el pariente: era su amante. Un bribón de levita, que le debía la posición que ocupaba á un tío suyo, y como éste tardaba mucho en morirse, los dos amantes concertaron el medio para deshacerse de él. Ella me conocía ya, sabía que la amaba, y para lograr su objeto, correspondió á mi amor.

—Vaya, comprendo lo demás. Se descubrió el hecho, y tú pagaste por todos.

—No, la droga que yo la dí no dejaba huella alguna. Los médicos juzgaron la cosa de apoplegía fulminante, y el bribón recogió la herencia. Entonces ella... ella me dejó. Había conseguido su objeto.

—Todas, todas lo mismo. Oye: ¿cómo te llamas?

—El número 306,—repuso el penado con un acento especial.—En otro tiempo me llamaba Manuel. Pero hace ya cinco años que sólo soy una cifra.

—¿De modo que te faltan otros cinco años para salir?

—Sí. Cinco años cuyo término me produce vértigos de locura. ¡Oh! El día en que yo salga, y con lo que he aprendido aquí...

Había una expresión tal de amenaza en la significación que dió Manuel á sus palabras, que Vargas no pudo menos de decirle:

—¡Bravo!, *chivato;* duro con ellos. Si me necesitas entonces, cuenta conmigo, digo, si no me han vuelto á *trincar* ó me han puesto á la *sombra.* Pero hasta ahora no me has dicho por qué te trajeron aquí.

—Porque di una puñalada al amante de Pamela. Una

noche entré en su casa, un lindo hotel que tenían en Saint Cloud. Caí sobre él ciego de ira, y tan ciego estaba, que no supe acertar donde tenía el corazón. Tres meses después estaba curado, y yo condenado, por tentativa de robo y asesinato, con la circunstancia de escalamiento y nocturnidad. á diez años de presidio.

—De manera que tu querida se quedó con su amante disfrutando el producto de tu crimen, mientras que tú...

—Yo me vengaré. No te apures, viejo; te aseguro que no he perdido mi tiempo en este sitio. Mi venganza será terrible.

—Eso, hijo; duro con ellos.

—No pensemos más en lo que yo solo, quiero y debo realizar. Hablemos de tí, y no olvides ninguna de mis instrucciones. Para cuando llegue el caso, debes hacer gran acopio de serenidad.

—No tengas pena, sé muy bien lo que son esas cosas.

—Las sabrás en tu país. Aquí es distinto. Recuerda que eres un marinero; así que si tropiezas con alguna patrulla no debes huir de ella. Por el contrario, ir á su encuentro con entera confianza.

—Para que me cojan...

—No, te finges borracho, cantas cualquier canción alegre, ¿comprendes? Un marinero medio borracho, en Brest no inspira desconfianza alguna.

—Tienes razón. Veo que estás en todo.

—Eso te probará cuanto he debido pensar para que mis protegidos me guarden agradecimiento. Aun no he concluido mis advertencias.

—Dí cuanto quieras, que te escucharé con mucho gusto.

—Aun cuando te veas fuera de aquí, debes comprender que el peligro no ha cesado. Es menester que salgas de

ciudad cuanto antes y que andes siempre, no te detengas sino cuando ya estés muy lejos.

—¡Oh! Mientras mis piernas puedan resistirlo, y cree que las tengo bastante firmes todavía.

—Lo principal es que te encuentres fuera de la órbita de acción de los cazadores de presidiarios, cuando se dé la voz de alarma. El sonido del cañón se oye á muy larga distancia.

—No tengas cuidado. Salga yo de aquí, que después veremos.

El silbido de los vigilantes puso término al coloquio de os dos penados.

Uno y otro se pusieron á trabajar.

Todavía faltaban algunos días para que las noches fueran an obscuras como Vargas necesitaba, y la impaciencia le onsumía.

Sin embargo, los entretuvo haciendo diversos objetos, ue vendió, á fin de poder aumentar su peculio particular.

Por fin, la luna fué amenguando su resplandor. Eran ya os últimos días del cuarto menguante, y, por lo tanto, era nenester aprovecharlos.

Manuel le dijo:

—Ha llegado el momento. Utiliza la droga que te dí, y uena suerte.



CAPITULO CVIII

De la enfermería á la libertad

AQUELLA noche, Vargas, al entrar en la cuadra, fir-
estar más cansado que otros días.

—No sé qué tengo en esta pierna,—dijo al cel-
dor,—que me cuesta trabajo moverla.

—Mañana estará bien, y si no, ya tengo yo medicina pa
curar esas enfermedades,—repuso el celador brutalmente.—
Duerme y nada más.

—Si puedo dormir.

—Peor para tí entonces.

Vargas se dejó caer en su camastro y se puso á re-
xionar.

Cuando estuvo seguro que sus compañeros dormian, -
friccionó la pierna con el contenido de la botella que le di-
su amigo.

Dos horas después sintió un vivísimo escozor, y poco á oco fué de tal manera acentuándose la incomodidad, que su ompañero más inmediato lo advirtió y al despertarse le ijo:

—¿Qué diablos tienes? ¿Por qué te quejas así? No me dejas ormir y...

—¡Si tú estuvieras como yo!...

—¿Pero qué tienes?

—¿Lo sé yo acaso? Esta pierna parece que me pesa diez rrobas y tengo unos dolores que no puedo resistirlos. Yo ıe siento muy malo.

Y de tal modo se quejaba y hacia tales extremos, que los eladores acudieron, y llenos de sorpresa vieron que la rodia de Vargas estaba hinchada de un modo fenomenal y casi egra.

Hubo necesidad de trasladar el penado á la enfermería y ué necesario llevarle en brazos, porque, según se vió, no odia dar un paso.

Vargas hacia su papel admirablemente. La pierna, aun ıando hinchada de aquel modo, ni le dolia ni le molestaba ıra andar.

Avisados los médicos del penal, estuvieron observando, cieron multitud de preguntas, y dedujeron que el caso era uy grave y que era preciso obrar con prontitud, puesto que uy fácilmente podia presentarse la gangrena.

La enfermeria no tenia á la sazón otro enfermo que Varıs, y las otras cinco camas que habia en ella, estaban desupadas.

Aquella tarde, los médicos volvieron á ver la pierna y su inión fué, que debia practicarse una operación delicada, si dia siguiente seguia lo mismo.

Encargóse al enfermero que cuidase al enfermo y si éste

se agravaba que diera aviso, y resolvieron que si al día inmediato continuaba del mismo modo, se verificaría la operación.

*
* *

Era preciso verificar la evasión aquella noche.

Vargas lo tenía ya resuelto así, pues si entonces no verificaba, al día siguiente ya sería imposible.

Al acostarse, tuvo muy buen cuidado de tener la ropa alcance de su mano y, efectivamente, cuando el enfermero después de haberle dado la poción que recetó el médico, quedó dormido á corta distancia de la cama, apenas tuvo seguridad de que no se despertaría, empezó por arrojarse suelo y vestirse, teniendo gran cuidado de hacer el menor ruido posible.

Su mirada no se separaba de aquel guardián que, á pocos pasos de él, podía despertarse y ponerle en grave compromiso.

Pero felizmente, había cogido el sueño muy bien y roncaba como un bendito, bien ajeno de lo que estaba pasando su lado.

Una vez vestido, Vargas, hizo jugar la famosa chapa que llevaba en el gorro, y la argolla que llevaba en el tobillo quedó partida en dos pedazos.

Entonces una expresión de infinita alegría se retrató en su rostro.

Tiró de las sábanas de su cama, las cortó en tiras, merced á la misma chapa, hizo una especie de mordaza, y con el resto, trenzando las tiras, formó una cuerda, lo bastante resistente para el objeto que se proponía.

Preparado todo, se arrojó sobre el enfermero, que sobrecogido de espanto, no pudo hacer resistencia alguna.

Amordazado y atado á la cama, donde poco antes estaba 'argas, éste quedó en completa libertad.

Lo primero que hizo fué coger las sábanas de las otras amas, cortarlas en tiras y anudándolas, hacer una cuerda e unos treinta ó cuarenta metros de larga.

Después, se dirigió á la ventana y empezó á serrar los arrotes, operación que realizó en menos de media hora, ues la lima era finísima y mordía admirablemente el hierro.

Cuando tuvo ya un hueco para que pudiera pasar el cuerpo, tó sólidamente la cuerda á la parte de hierro que quedó en l marco de la ventana, y asegurándose de que nadie podía erle, se lanzó al espacio.

La impresión que recibió al verse colgado de la cuerda, pocos pasos de la libertad, por decirlo así, fué inexpliable.

Cuando sus pies tocaron el suelo del patio indicado por lanuel, estuvo á punto de desvanecerse, por efecto de la iisma emoción que experimentaba.

Pero hizo un esfuerzo y recordó perfectamente las ins-'ucciones que su compañero le había dado, para encontrar escondite donde se ocultaban los efectos que debían contriuir para su salvación definitiva.

A poco, dió con la piedra, tiró de ella, y presa de una noción indecible, tocó el traje, la cuerda, el sombrero chalado y la peluca, que constituían el disfraz de que Manuel hablara.

—¡Oh!—murmuró el penado recogiéndolo todo.—Esto es libertad.

Y se apresuró á quitarse la ropa que llevaba, se puso la ra, hizo un lío con la que se acababa de quitar, lío que de-)sitó en el hueco del muro, dejó también allí la cantidad nvenida, volvió á colocar la piedra tal como la encontrara,

guardó en su bolsillo la navaja, rodeó la cuerda á su cintura y trató de orientarse para saber dónde debia dirigirse.

* * *

Bajo el traje de marinero se sintió como por encanto, más fuerte, más flexible y más vivo. Gracias á ese traje, iba á poder arrostrar las miradas, que no se desviarían de él con horror y repugnancia, ni observarían su rostro y su porte con insultante curiosidad.

No tendría ya que adivinar, por el solo movimiento de los labios, como tantas veces le habia sucedido, estas palabras repetidas cien veces al día por todas las bocas:

—¡Es un presidiario!

Vargas se dijo todo esto, añadiendo:

—En cuanto llegue á la ciudad ó al puerto, ya estoy fuera de peligro.

La situación de Vargas era tal, que para salir del recinto del presidio, sólo le era preciso saltar aquella verja de que con tanto desdén había hablado el joven presidiario.

La empresa, á decir verdad, no era tan fácil como se puede suponer, sino muy al contrario, y nuestros lectores van á juzgar de ello.

La verja era alta y adornada á la tercera parte de su altura de un friso de espesos pinchos erizados, y provista en su coronamiento de una doble hilera de hierros de lanza afilados como bayonetas.

Un movimiento falso, una vacilación, una falta de equilibrio, bastaba para precipitar al fugitivo, durante su peligroso escalamiento, sobre aquellos hierros de lanza ó sobre los llamados «caballos de frisa», dispuestos á destrozarle las entrañas ó á agujerearle el pecho.

En suma, si aquella ascensión era peligrosa en pleno día, ›n la obscuridad de la noche era casi impracticable.

El presidiario jugaba, con toda su alma y sin vacilar, :omo sabemos, su vida por la libertad.

Ni aun trató de darse cuenta del peligro que iba á correr, ' agarrándose con las manos y las rodillas á uno de los barotes de la verja, se puso á subir con ese ardor nervioso ¡ue centuplica las fuerzas del hombre.

Las tres cuartas partes de la ascensión se efectuaron del nodo más satisfactorio.

Ya Francisco Vargas, se creía en la cima, no teniendo, or consiguiente, más que hacer que saltar la doble hilera de ierros de lanza y dejarse deslizar por el otro lado, cuando e repente recibió un golpe tan violento en lo alto del cráneo, ue quedó aturdido durante algunos segundos, y estuvo á unto de soltar las manos y dejarse caer.

Su cabeza acababa de tropezar con los pinchos metálicos inflexibles de los «caballos de frisa» que, apartándose hori-›ntalmente á derecha é izquierda, sobresalían más de un almo de la verja.

* * *

Breves momentos de reflexión permitieron al presidiario ırse cuenta del obstáculo contra el que acababa de tro-›zar.

Sin embargo, sin desanimarse por lo grande de aquél, ató de dominarlo, colgándose por las manos de los pin-ıos, dejando flotar luego su cuerpo en el vacío durante al-ınos segundos, y elevándose después á pulso, intentando ›blar el cuerpo á fin de apoyar las piernas sobre los garfios.

Después de algunos ensayos infructuosos, consiguió eje-ıtar esa empresa casi imposible, y se halló primero de ro-

dillas y luego de pie, sobre los picos de hierro de cortant hojas, que destrozaban su carne y hacían pedazos su traj

Desgraciadamente, Vargas estaba rendido de cansanc y respiraba con dificultad á causa de los violentos esfuerz á que se acababa de entregar; de modo que tuvo que perma necer durante algunos minutos en un estado de completa in movilidad, á fin de recobrar el aliento y de dar algo de flex bilidad á sus adormecidos miembros.

Iba á continuar su ascensión, cuando oyó resonar á cort distancia de la verja, por el lado del puerto, el ruido de l pasos de varias personas que se dirigían hacia donde estaba.

Coincidiendo con esto, detrás de las pilas de madera d astillero destinado á las construcciones navales, distinguió gran círculo luminoso proyectado en las tinieblas por los ra yos de un farol de grandes dimensiones.

Indudablemente, una de las rondas de vigilancia, qu recorren varias veces durante la noche, el circuito del pres dio, en intervalos irregulares, iba á pasar á corta distanc

Aquellas rondas, se componían de diez ó doce hombr bien armados, teniendo la rigurosa consigna de servirse sus armas sin vacilar, siempre que algo sospechoso llama su atención ó excitase su desconfianza. Tenían también misión de relevar los centinelas colocados de distancia distancia alrededor del presidio.

Un instante sólo faltaba para que la ronda, desembocand en el patio, llegase junto á la verja.

El presidiario entonces se hallaría en plena luz.

¿Era verosímil, ni admisible, que pudiera escapar á la miradas de aquellos hombres, dotados de un olfato y de u instinto parecido al de los sabuesos, y acostumbrados á son dear las tinieblas y á interrogar el silencio?

*
* *

Un minuto antes, el presidiario, estremeciéndose de alegría, se había dicho:

—¡Ya estoy libre!

Entonces, con inmenso desaliento, murmuraba:

—¡Ahora no tengo salvación!

El fugitivo tuvo tentaciones de bajar la verja y dejarse deslizar al suelo, á riesgo de destrozar sus carnes en los acerados pinchos de los «caballos de frisa».

Una doble reflexión le impidió hacerlo.

En primer lugar, carecía de tiempo suficiente para huir donde la claridad del farol no lo descubriera.

En segundo, porque comprendía que no tendría ya fuerzas bastantes para subir otra vez á lo alto de la verja.

El único partido, por consiguiente, que le quedaba á Vargas en esa terrible extremidad, era abandonarse á su destino y esperar con resignación la descarga que, indudablemente, iba á precipitarle al suelo, sangriento é inanimado.

La ronda nocturna se iba acercando.

El que llevaba el farol, que iba delante de la patrulla, dió la vuelta al ángulo de la pila de maderas de que hemos hablado.

En seguida las tinieblas se disiparon y un círculo luminoso envolvió al fugitivo.

Detrás del que llevaba el farol, iban diez hombres pertenecientes á la milicia del presidio.

Avanzaban en silencio, con paso rápido, como gente que está deseando volver al lecho de campaña del cuerpo de guardia.

———



CAPITULO CIX

Entre la muerte y la vida

Es imposible describir el inmenso sufrimiento de aq hombre.

Poco tiempo antes, todo lo encontraba expedi una vez fuera de la enfermería, y perfectamente disfraza como estaba, parecía imposible que pudiera encontrar o táculo alguno.

Creía haber vencido los más importantes, y, sin embar los que se iban sucediendo, eran más terribles y más amen dores.

Aquella maldita verja con los «caballos de frisa» á entra bos lados y las afiladas puntas en la parte superior, fuer el primer escollo; escollo terrible, ante el cual estuvo á pun de desfallecer.

Y, sin embargo, éste no era nada en comparación con segundo.

Dejando aparte lo incómodo y violento de la posición que ›cupaba, aquella ronda que se aparecía tan de repente y que ıecesariamente tenía que verle, acababa de echar por tierra odo su plan de evasión.

A partir de aquel momento, ésta se hacía totalmente im›osible, y no totalmente imposible, sino que estaba irremiiblemente condenado á muerte, porque había formado el ›ropósito, en aquellos mismos momentos, de no bajar por su ›ie de la verja.

Caería por efecto de la descarga que le hicieran, más no ›orque obedeciese la intimación que indudablemente habían le hacerle los soldados.

Para hacer más crítica su situación, observó, que á una istancia relativamente corta de la verja, había una garita, ıdicio seguro de que un centinela la ocupaba.

Es decir, tenía todas las probabilidades en contra, para oder realizar sus propósitos.

Si lo que no era probable, salía con bien de aquella ron-a, que se aproximaba, no era factible que pudiese escapar e aquel centinela, cerca del cual tenía que pasar.

* * *

Pensando estaba en todo esto, cuando el centinela, que abía en la garita, saliendo de ella, preparó el fusil, y dió el ıuién vive! á los que se aproximaban.

La voz del sargento que mandaba la patrulla, respondió l centinela; aproximóse aquélla, relevóse al soldado que es-ıba de facción, se le dió la consigna, reducida en aquellos ıomentos, á hacer fuego sobre cualquier penado que tratara e evadirse.

Todo esto lo estaba oyendo Vargas, y bien puede comrenderse el efecto que le causaría.

Cada una de aquellas advertencias, cada una de aquellas frases cambiadas, cada movimiento que hacían aquellos hombres, no era más ni menos que una amenaza de muerte para él.

Había cerrado los ojos para no ver siquiera cuando le hiciesen el primer disparo.

—Esto es hecho,—se había dicho, y con ese estoicismo de la desesperación, esperaba tranquilo el postrer momento.

Pero de repente oyó la voz del sargento dando la orden á sus soldados para ponerse en marcha.

—¿Qué quiere decir esto?—pensó.—Esta gente está ciega.

Efectivamente, ciegos estaban, puesto que no alcanzaron á ver el cuerpo de aquel hombre, cogido de pies y manos á las púas de hierro de la verja, á una distancia tan corta como se encontraba y dentro del círculo luminoso, formado por la luz del farol.

La patrulla se formó de nuevo, el soldado que llevaba el farol se puso á la cabeza, y un momento después escuchóse el acompasado rumor de las pisadas de los soldados que se alejaban.

* * *

Vargas no podía volver en sí de su asombro.

Haber escapado de aquel peligro seguro, inevitable, era tan milagroso, que no acertaba á darse cuenta de él.

Las tinieblas protectoras tornaron á envolverle, y sintióse bañado de sudor y rendido por aquellas emociones tan violentas, y dudando si había sido víctima de un sueño.

Pero no: todo era real, todo era cierto. El aire vivo y fresco de la noche acariciaba su rostro, sus manos se destrozaban agarradas á los desiguales barrotes, y, por fin, las

pasos regulares del centinela resonaban en las losas, casi debajo de él.

En cuanto se convenció de la realidad, Vargas sintió que desaparecía su momentánea postración y que se aumentaba su energía y su confianza.

Sin ser supersticioso, ¿no podía y debía creer, en efecto, que en adelante nada impediría el éxito de una empresa tan visiblemente protegida por la obscuridad ó la Providencia?

Después de haberse hallado inopinadamente en plena luz, expuesto á las miradas investigadoras de la ronda de noche, todo lo demás no debía ser ya más que un juego de niños, y los obstáculos, si es que existían, desaparecerían por sí mismos.

Animado con esta certidumbre, que centuplicaba sus fuerzas, Vargas ya no vaciló en escalar lo alto de la verja y bajar por el otro lado.

Se daba perfectamente cuenta del camino que debía seguir, para no pasar muy cerca del centinela, y tenía la firme confianza de que no encontraría, por lo menos en una hora, ninguna ronda peligrosa para él, en los alrededores del presidio.

Esa ausencia probable de vigilancia, era una de las mejores probabilidades de llevar felizmente á cabo su evasión.

Cuando el presidiario ya estaba terminando su escalamiento, notó que los pasos del centinela cercano, se hacían más lentos, y luego se dejaron de oir.

Vargas recobró su inmovilidad.

En el drama de una evasión, cualquier incidente imprevisto podía encerrar un peligro ó una probabilidad feliz, y nuestro héroe tenía interés en saber si el soldado se había instalado en el fondo de la garita, para buscar en ella un re-

fugio contra el fresco, cada vez más vivo, que traia en sus alas la brisa del Océano.

* * *

Por desgracia, todas aquellas dudas se disiparon bien pronto.

El soldado no se habia refugiado en su garita, como habia supuesto el presidiario.

Por el contrario, dejando el fusil apoyado contra el muro, sacó tabaco y rellenó concienzudamente la pipa.

—Pues señor,—decia, á la par que practicaba aquella operación,—es necesario procurar pasar la guardia del mejor modo posible. No sé por qué ha de hacerse en este sitio centinela. ¡Quién demonios ha de escaparse por aqui! Y por cierto que hace un fresco insoportable. Gracias á que me he traído el tabaco, y la pipa siempre presta algún calor. ¡Ajajá!,—continuó, apretando con la mano el tabaco depositado en la pipa.

Después sacó una caja de fósforos y encendió uno de ellos.

Pero la brisa del mar le daba de frente y le apagó la cerilla apenas la hubo encendido.

—¡Ah, demonio!—exclamó el soldado.—No habia yo contado con el viento. Será preciso cambiar de posición.

Y volviendo la espalda y dando frente á la verja, sobre la cual se aferraba Vargas como la lapa á la peña, se preparó á encender otro fósforo.

—Cuanto más deseo tengo por saborear el tabaco en esta pipa, regalo de mi novia, por cuya razón la quiero más, parece que todo se conjura para retrasarme ese frenesi.

Efectivamente, que la pipa del soldado tenía un valor inestimable para él.

No era ni más ni menos que una pipa de barro, de cincuenta céntimos, pero le había sido regalada por su novia, que era una niñera de Brest, regalo que fué acompañado por una bolsa de cuero para tabaco y cincuenta céntimos en metálico para comprarle.

Semejante regalo, debido al amor de la niñera, demostraba que ésta tenía en alta estimación su persona, y de aquí el afecto que tenía á aquel objeto que, según él, daba al tabaco, por muy malo que fuera, un perfume tan exquisito, que halagaba la vanidad de su dueño.

Muchas veces había recibido el soldado ventajosas proposiciones de cambio ó venta, pero las rehusó obstinadamente y nadie en el presidio ignoraba, que por nada en el mundo se separaba de su pipa.

En el momento preciso en que la cerilla pegaba fuego al tabaco de que estaba cargada la pipa, y esparcía en las tinieblas un círculo de luz trémula y fugitiva, el centinela lanzó una sorda exclamación, acompañada de un gesto de estupor.

Sus labios, entreabiertos, soltaron la pipa, que cayó sobre las losas y se rompió en mil pedazos, sin que el centinela pareciera dar la menor importancia, ni conceder la más mínima atención á semejante siniestro.

Por fin, cogió su fusil, colocado, según sabemos, al alcance de su mano, apuntó rápidamente é hizo fuego en dirección á la verja, después de haber gritado dos veces, y con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Al arma!... ¡Al arma!

* * *

Nuestros lectores habrán comprendido ya lo que acababa de pasar.

La suerte inverosímil que hasta entonces parecía prote-ger á Vargas, le faltó de repente.

La luz de la cerilla, había bastado para dejar ver al sol-dado, la silueta del fugitivo, cogido de pies y manos á lo alto de la verja.

Aquella situación era significativa y no daba lugar á dudas.

Nadie más que un presidiario, tenía interés en escalar du-rante la noche las verjas del presidio.

El centinela, al enviar una bala en dirección del fugitivo, no hacía más que obedecer estrictamente á la consigna, y cumplía su deber con tanto más celo, cuanto que estos po-bres soldados, cuyo valor no es proverbial, prefieren matar á un penado á cierta distancia, que entablar con él cuerpo á cuerpo una lucha peligrosa, casi siempre sangrienta, y en la que el galeote fugitivo lleva á menudo la ventaja.

A pesar de las tinieblas, el soldado había apuntado bien.

Vargas oyó silbar la bala, que pasó, sin tocarle, á pocas líneas de su sien izquierda.

—Había confiado demasiado pronto,—se dijo después de algunos momentos.—¡Dios me abandona, y esta vez sí que estoy perdido, bien perdido!

El centinela, al mismo tiempo que daba gritos de ¡á el arma!, se ocupaba activamente en volver á cargar su fusil.

*
* *

Vargas continuaba cogido maquinalmente á los barrotes de la verja.

Un extraño desorden reinaba en su cerebro, un principio de delirio se apoderaba de él, y le impedía darse cuenta de su situación.

Le parecía que á su alrededor, todo se agitaba, con un movimiento de rotación fantástica, de la que él era el punto entral.

Sufría, en fin, ese vértigo que se apodera del nadador uyas fuerzas se agotaron en su lucha sobrehumana contra as olas, cuando el húmedo sudario se entreabre para recibirlo, y la muerte le estrecha en sus helados brazos.

Ese estado indefinible y cercano á la locura, duró algunos instantes; pero luego vino la reacción, y se hubiese icho que una chispa eléctrica galvanizaba á la vez el uerpo y el alma, un instante paralizados de Vargas.

—Vamos,—murmuró,—he perdido la partida. No tiene emedio. Ya no me queda ninguna esperanza... No obstante, icharé hasta el fin... recurriré á todos los medios para ganar, y no me confesaré vencido hasta que se extinga mi último aliento.

Las manos del presidiario abandonaron entonces su punto e apoyo, y cogieron los erizados pinchos de los «caballos de isa», sobre los cuales tenía apoyados los pies.

Luego, Vargas, imprimió de repente á todo su cuerpo un iovimiento de retroceso, y se soltó, á riesgo de matarse en l acto, precipitándose de semejante altura.

Felizmente cayó de pie, y aunque la conmoción fué violenta, no le impidió echar á correr al instante y huir con una ipidez prodigiosa.

¿Huir? ¿No es casi una palabra irónica, cuando se aplica á n hombre que se hallaba en la desesperada posición de uestro héroe?... La fuga no era posible, efectivamente, uesto que el patio no tenía más salida que aquella de que argas se alejaba.

Sin duda alguna, antes de pocos minutos, toda la milicia el presidio, todos los vigilantes y todos los subalternos es-

tarían en pie, se haría una batida para cazar al animal fer escapado de la jaula, y Vargas, acorralado, pronto sería fusilado á boca de jarro, ó cautivo de nuevo.

Eso se dijo el infeliz, cuando después de una rápida rrera hubo atravesado el patio en toda su longitud, y trop zó con el muro que lo cerraba.

Luego resonó la detonación de un segundo tiro.

Era el soldado, que en el ardor de su celo, tiraba sin ni son.

—¡Aquí es donde voy á morir,—pensó Vargas, — por ya he vivido bastante tiempo así!... Pero como la resist cia es la muerte, resistiré para que me maten.

En el mismo instante en que acababa de pronunciar es tas palabras, el fugitivo levantó la cabeza.

*
* *

Un pensamiento repentino atravesó su imaginación.

El alto muro en que se apoyaba, jadeante, dividía, segú hemos dicho ya, el patio del presidio del de la marina.

Si existiese algún medio de escalar aquel muro, tal v no estuviese perdida toda esperanza.

No obstante, el tumulto de pasos y voces se acercaba r pidamente, y ya vagos resplandores iluminaban la ver ¡Era preciso darse prisa! ¡Era necesario que el fugitivo h biese desaparecido, antes de que llegaran los cazadores d hombres!

La décima parte de un minuto bastó para que Vargas quitara la faja, y luego la cuerdecita que llevaba alrede de la cintura y que, prodigiosamente delgada, flexible y d una solidez á toda prueba, se terminaba con un peque garfio de hierro.

Este garfio, lanzado con mano firme por encima del muro, se enganchó en seguida en el coronamiento, guarnecido de anchas losas de granito, que formaban á derecha é izquierda una estrecha saliente.

Vargas se apoyó en la cuerda, primero ligeramente, luego con toda su fuerza, y tuvo un momento de alegría indecible, al ver que resistía á todas sus fuerzas.

Seguro entonces, de que había encontrado un punto de apoyo suficiente, se agarró á ella, y en tres saltos llegó á lo alto del muro.

¡Ya era tiempo!

La verja, sobre la que hemos visto subir, giraba sobre sus goznes en aquel instante, y una oleada de hombres armados invadió el patio, lanzando gritos feroces.

El fugitivo soltó el garfio, y no queriendo separarse de la preciosa cuerda, se la volvió á liar al cuerpo; luego, colgándose de las manos, á fin de disminuir la distancia todo lo posible, se dejó deslizar desde su altura de quince ó dieciséis pies, sin hacerse el menor daño.



CAPITULO CX

En el cuartel de marina

Vargas acababa de realizar uno de los actos más atrevidos que la mente puede concebir.

Y, sin embargo, esto no era nada en comparación de lo que debia realizar después.

Verdaderamente asombra, y no podria concebirse, si no lo hubiéramos comprobado completamente en varias obras, que la fuerza de voluntad de un hombre y su resistencia fuesen tales, para poder soportar tan rudas pruebas, siempre bajo la presión de la muerte inmediata.

Porque, como hemos manifestado, el presidiario español estaba resuelto á no entrar con vida en el presidio.

Resistiriase hasta el último extremo, obligando á los soldados á que acabaran con él.

Esta era su decisión, y consecuente con ella, puede decirse que obraba.

Había un momento en que le halagaba la esperanza, creía haber vencido ya el obstáoulo, cobraba aliento y se mostraba dispuesto á seguir adelante.

Pero de repente surgía otro nuevo, y hete aquí que las esperanzas, los cálculos, los alientos, tornaban á desaparecer.

Era aquella, realmente, una lucha imposible.

Nosotros mismos, si no lo hubiésemos consultado en otras obras que tratan del mismo asunto, no hubiéramos podido dar crédito á una serie de peripecias, de actos que parecen inverosímiles, de alternativas de alegría y de dolor, ocurridas todas ellas, en el espacio de unas cuantas horas.

Porque aun esas mismas alternativas, al sucederse con un intervalo más ó menos largo, parece que dan tiempo á que se restauren las perdidas fuerzas, á que se calmen las violentas agitaciones y á que se normalice algún tanto la situación para poder seguir luchando.

En la evasión de Vargas todo se sucedía con una rapidez vertiginosa.

Las impresiones más terribles eran seguidas de emociones de esperanza; la brisa de libertad sucedía inmediatamente al violento huracán de la desesperación.

No había términos medios; no existían situaciones ambiguas; los extremos se eslabonaban como los aros de una cadena, sin que entre ellos hubiera ningún anillo intermedio.

* * *

Había llegado al patio del cuartel.

Parecía que entre él y sus perseguidores, había levantada una barrera infranqueable.

Y, sin embargo, al considerarlo, como él tuvo que hacerlo, comprendió que no había hecho más ni menos que cambiar de cárcel.

Los centinelas guardaban todas las salidas, y como si esto no fuera suficiente, los disparos hechos por el soldado que descubrió al preso, las voces de alarma, el vocerío de capataces, celadores y demás gente del presidio, habían llamado la atención de los soldados de marina; unos á otros se despertaban en sus cuadras, y recorrían escaleras y corredores.

Encendíanse luces y se abrían algunas ventanas de los dormitorios.

Dentro de poco, aquel mismo patio en que él estaba, se llenaría de soldados.

Es imposible definir todo lo que aquel hombre debió padecer en semejantes momentos.

Unicamente habiéndose encontrado en una situación parecida á la suya, podrían apreciarse las torturas que sufrió en esta huida, á cada momento interrumpida por nuevos obstáculos, ó mejor dicho, durante aquella espantosa agonía física y moral.

Sin el anhelo de libertad, que le sostenía, Vargas no hubiera continuado, de seguro, más tiempo aquella lucha imposible... sino que habría vuelto contra sí la navaja, para no devolver al presidio sino un cadáver, en vez de un penado.

Pero, lo repetimos, anhelaba vivir y se decía:

—¡Probemos!... ¡probemos aún!... siempre será tiempo de morir.

El hombre que se ahoga, se agarra á un clavo ardiendo. El hombre que desespera de su salvación, se parece al que se ahoga... sabe que está perdido y, no obstante, se coge con

ıano desfallecida á las más débiles cañas que él mismo ɔmpe al apretarlas.

Vargas, á favor de las tinieblas que las antorchas no dipaban aún, atravesó el patio y se acercó al edificio del ıartel.

—¿Quién sabe?—pensaba.—¡Una puerta entreabierta, una entana mal cerrada, pueden permitirme el que me deslice entro!...

Y miraba y repetía á la vez:

—Puede que encuentre alguna.

¡Vana esperanza! Las puertas sólidas y perfectamente erradas, tenían todas pesados cerrojos y fuertes cerraduras.

En cuanto á las ventanas, también tenían unos barrotes ue podían rivalizar en lo grueso con los del presidio.

* * *

De pronto, una viva claridad iluminó las dos terceras pars del patio, en el fondo del cual, se hallaba Vargas.

Una sección de veinte hombres, precedida de un comisao y de cuatro ó cinco hombres que llevaban antorchas, egó á la verja del cuartel y parlamentaba con el centinela ıra obtener que le dejaran franco el paso.

¡El debate no podía ser largo; el momento terrible había egado!

¡La hora fatal iba á sonar!

Vargas continuaba invisible en las tinieblas, bordeando pared del cuartel para llegar al ángulo más retirado del ıtio.

Pocos pasos le faltaban, cuando tropezó su brazo con un ıerpo duro y saliente, al que echó las manos para reconoer lo que era.

El cuerpo duro consistía en un tubo de zinc que subía ha- el tejado y que servía para la conducción de aguas pluvia- Unos aros de hierro, encajados de distancia en distanci- el granito, le sujetaban á lo largo del muro.

Servirse de aquel tubo para llegar á una altura de pisos, era un propósito insensato, ante el cual, un equilib- ta de profesión habría retrocedido sin duda, porque los b- zos y las rodillas no podían abrazar, como era debido tubo redondo sujeto á un cuerpo sólido, y además, los aros hierro que le sujetaban, no ofrecían suficiente punto de ap- á los pies.

Vargas, sin embargo, no vaciló ante tan loca empr- junto á la cual debía parecer muy fácil subir á la punta d cucaña más resbaladiza.

Sus manos, sus pies y sus rodillas apretaban con fuerza indecible la superficie bruñida del tubo, y con una - cesión de movimientos lentos y regulares, empezó la as- sión más peligrosa que se haya efectuado jamás.

*
* *

Al par que esto sucedía, las razones del comisari- presidio habían convencido al centinela, ya que no para q- abriese la verja, porque se lo prohibía su consigna, p- menos á prevenir al oficial.

Éste salió del cuerpo de guardia y contestó riendo al- misario que, á menos de tener alas el presidiario evadido, podía haber penetrado en el patio del cuartel, pero que obstante, asumía la responsabilidad de autorizar las pes- sas y que iban á abrir la verja.

El proyecto de Vargas, ya lo hemos dicho, era exces- mente peligroso.

Porque cuando se agotasen sus fuerzas, le faltara el entó, ó el vértigo se apoderase de él, no tendría nada que sostuviera y caería sobre las losas, rompiéndose la cabeza la caída.

A cada segundo se repetía que iba á estrellarse, y, sin embargo, sus manos no se soltaban... y seguía subiendo.

La verja giró sobre sus goznes. El comisario y los agendel presidio entraron en el patio.

El fugitivo se hallaba entonces á la altura del primer o: acababa de recorrer la tercera parte de la distancia que separaba del tejado, pero ya el desenlace estaba próximo, na catástrofe parecía inevitable, porque los miembros enpecidos rehusaban ayudarle; un temblor nervioso se apoó de él y se sentía, en fin, en la imposibilidad absoluta proseguir, ni aun pocos minutos, la comenzada assión.

Hizo, no obstante, una última tentativa, pero casi supér. Apenas si consiguió elevarse algunas pulgadas más.

Este esfuerzo supremo, inútil en apariencia, debía obteun inmenso resultado, porque Vargas notó en seguida su pie derecho, en vez de flotar en el vacío como hasta onces, descansaba sobre un cuerpo sólido, sobre una salte granítica.

Este cuerpo sólido, era el cordón arquitectónico tallado a piedra y que en todos los pisos rodeaba el cuartel.

* * *

Sobre la cabeza del fugitivo, se veían las ventanas del ner piso, que no estaban defendidas por macizos barrotes o las del cuarto bajo.

Llegar á una de aquellas ventanas, romper un cristal de

un puñetazo y precipitarse en el interior, fué en seguida idea fija de Vargas.

Con esa increible rapidez de razonamiento, que se de- arrolla en las inteligencias superiores en las horas de gra peligro, Vargas se dijo que el ruido infernal que habia en patio, tal vez impediría que se oyera el del cristal hecho p dazos.

Añadió que podía tener la suerte inesperada de entrar una habitación desierta, en lugar de caer en un dormit de soldados, como era lo más probable.

Halagado por estas esperanzas, tan completamente ines- peradas, Vargas hizo un esfuerzo extraordinario.

Sin más apoyo que el adorno de granito en que apoy uno de sus pies, y del que se sirvió como de un trampo saltó de manera que pudiera cogerse con las dos mano borde de la ventana, que se hallaba encima de él.

Así lo hizo, y sus codos reemplazaron á las manos, cu do notó con una alegría más fácil de comprender que de presar, que la ventana estaba entreabierta.

La abrió completamente, y esforzándose en hacer el nor ruido, escaló el reborde y se metió dentro.

Todo lo que precede, se efectuó en menos tiempo del hemos empleado en describirlo.

En el mismo instante que Vargas acababa de desapa cer, la cohorte de sus perseguidores llegaba al último ex mo del patio, y la luz vacilante de las antorchas ilumin toda la fachada hasta el tercer piso.

Aquella luz permitió á Vargas distinguir unas vein mas, colocadas en buen orden, á lo largo de la pared d gran pieza.



CAPITULO CXI

Antes de enterràrse

El mismo rumor producido por la evasión, favoreció al presidiario en aquellos momentos.

Los soldados, sorprendidos en medio de su sueño por los tiros y las voces, se despertaron, levantáronse algunos para inquirir la causa, abrieron las ventanas, oyeron de lo que se trataba, se vistieron apresuradamente y bajaron al patio.

Esta era la causa de la ventana abierta y del dormitorio desierto.

De otro modo, no podia comprenderse que hubiera tanto descuido en un cuartel de aquella importancia.

El ruido de la evasión habia llevado consigo á todos los soldados que estaban libres de servicio.

Sin perder el tiempo en investigar las causas de un pro-

digio tan favorable para él, el fugitivo atravesó el dormitorio, asomó la cabeza por la puerta entreabierta, y viendo el corredor desierto, se decidió á salir.

Allí encontró una escalera que subía al piso segundo.

Precipitadamente y sin vacilar la subió Vargas, recorrió otro corredor, subió otros peldaños, siempre sin encontrar alma viviente, y por fin, por una escalera de madera, provista de su barandilla de cuerda, llegó á la puerta de los vastos graneros practicados en las buhardillas del cuartel.

La llave estaba en la cerradura.

Vargas entró y cerró la puerta tras sí.

Encontróse entonces en una profunda obscuridad. Allí ya no había quinqués, los ruidos del exterior no llegaban á aquella altura, y sólo se oían claramente las carreras de las innumerables ratas, que dominaban á su placer en el granero.

Impelido por un instinto reflexivo, Vargas tenía prisa de alejarse de la puerta.

*
* *

Con las manos extendidas en la obscuridad, fué avanzando, hasta que tropezó con una de las vigas gigantescas que sostenían el techo.

En todas partes las buhardillas tienen la misma forma: de trecho en trecho, gruesas vigas horizontales sirven de guión entre las otras vigas, no menos macizas, que se juntan en ángulo para formar lo alto del tejado.

Vargas resolvió utilizar en provecho suyo, aquella disposición general, de que se dió perfecta cuenta, aunque no pudiera verla.

En su consecuencia, se elevó sin mucho trabajo, hasta una

le las vigas inclinadas, y se tendió boca abajo en una de las ransversales, más anchas que su cuerpo.

Entonces, por primera vez desde el instante en que oyó os pasos de la ronda nocturna acercándose á la verja del presidio, en que estaba subido, nuestro héroe pudo gozar de in descanso más completo que el del animal feroz perseguilo, y que siente sobre sus entorpecidos corvejones el hálito irdiente de la trailla.

El miserable, respiró con fuerza; los latidos de su corazón disminuyeron, y se calmó aquella agitación que le doninaba.

Una hora transcurrió así, en ese estado de calma relativa reparadora.

Al cabo de este tiempo, Vargas creyó distinguir un murnullo parecido al de la marea que sube en las playas breonas.

Este rumor tenía una causa fácil de adivinar.

El comisario del presidio y sus numerosos agentes, desiués de haber explorado el patio, la planta baja y luego suesivamente los demás pisos del cuartel, se acercaban á as alturas, en donde, por fin, había encontrado un asilo el ugitivo.

Todo el mundo creía materialmente imposible que el preidiario se hubiese refugiado en el cuartel; pero en materia e evasiones nadie ignora que lo imposible es lo veroímil.

El comisario del presidio, hombre metódico y llevando asta la más exagerada escrupulosidad el cumplimiento de us deberes, dirigía las pesquisas por descargo de concienia, sin esperar resultado alguno, pero seguro á lo menos de ue no le podrían dirigir ningún reproche, ni tendría que árselos á sí mismo.

Vargas, oyendo acercarse los rumores que hemos señalado, sintió renacer sus inquietudes, ó mejor dicho, sus angustias, y con el corazón oprimido, se preguntaba:

—¿Qué sucede? ¿Qué va á ser de mí?

* * *

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

La escala crugió, expuesta á romperse bajo el peso insólito que tenía que soportar.

Abrióse la puerta del granero, y las antorchas enviaron hacia las vigas sus rayos vacilantes y sus nubes de humo resinoso.

Asustadas por aquella invasión, las ratas, escaparon lanzando gritos de espanto, y desaparecieron en el seno de sus polvorientos escondites.

Comisarios, agentes y vigilantes penetraron en el granero, y llegaron hasta la viga encubridora.

Muchos de ellos, levantaron la cabeza, sin sospechar que el que buscaban estaba tan cerca de ellos.

—¡Van á oir los latidos de mi corazón!—pensaba Vargas.

Es indudable que la luz de las antorchas proyectaria en la pared, al mismo tiempo que la sombra de una viga, la silueta perfectamente dibujada del hombre que estaba tendido sobre ella.

Pero las miradas no se volvieron de aquel lado, y nadie vió sobre la pared aquellas líneas reveladoras.

Por fin, al cabo de cinco ó seis minutos, que parecieron á nuestro héroe largos como años, la visita de exploración terminó.

—¡Vamos, este miserable no está en el cuartel!—dijo el comisario.—Pero no puede estar lejos: la orden está dada de

que se establezca un cordón de soldados, y yo respondo de que mañana por la noche está el bandido de vuelta en presidio.

Un movimiento afirmativo y laudatorio acogió estas palabras, y la banda de los investigadores se alejó del granero.

Tal vez sorprenderemos á nuestros lectores, diciéndoles que en cuanto se marcharon los agentes y el comisario, Vargas siempre tendido en su viga, se quedó dormido, con ese sueño pesado y profundo que parece un desmayo.

Sin embargo, nada más natural, en realidad, que este sueño, tan extraño en aparieneia, y que no era el síntoma de ningún inverosímil heroismo.

Era simplemente, que la naturaleza recobraba sus derechos.

Vargas acababa de hacer en pocas horas un derroche de fuerzas espantoso, y por decirlo así, sobrehumano.

Bajo el aguijón del peligro, bajo la excitación incesante de la voluntad, sus músculos y sus nervios habían trabajado lo imposible.

Ahora que el peligro concedía una tregua, y que la voluntad se callaba, la organización entera del fugitivo, sufría ese aniquilamiento momentáneo y á menudo irresistible que se llama sueño.

* * *

Un ruido tan terrible y próximo, que en el primer momento de turbación le hizo creer que se venían abajo todas las vigas, despertóle bruscamente.

Era que había amanecido y tiraban el cañonazo de diana.

El inmenso edificio destinado á los penados, forma el grado intermediario en el anfiteatro de esta parte del puerto, entre los talleres de cordelería, que son la base, y el cuartel de la marina, que ocupa las alturas.

Las murallas de la ciudad están casi al nivel del tejado d· cuartel, que, alto de tres pisos por el lado del presidio, ı. tiene más que uno por la parte de las murallas, y en éstas cerca del lugar en que Vargas había buscado un asilo, s· hallaba la batería de dos piezas de grueso calibre, destinadas á anunciar las evasiones.

Pasáronse algunos segundos, y luego resonó otra detonación que llevaba á las campiñas cercanas la noticia de qu· un galeote se había fugado.

Una sonrisa de amargura apareció en los labios d· Vargas.

—¡Vamos!—se dijo.—¡Desde este momento mi cabe/ está puesta á precio! Los cazadores de presidiarios van · ponerse en campaña... pero hoy, por lo menos, esos sabuesos con rostros de hombres, buscarán inútilmente la pista, pues no la encontrarán.

Por fuera, las débiles claridades del alba naciente, blanqueaban el cielo por la parte de Oriente.

Dentro del granero, seguía todo sombrío, como durant· la más obscura noche.

Muchas horas debían transcurrir antes que el fugitivo pudiera pensar en continuar la obra interrumpida de su evasión.

Ningún peligro inmediato le amenazaba. Sus miembros n· habían recobrado todavía la flexibilidad y elasticidad perdidas.

Volvióse sobre su viga, sus ojos se cerraron, y por segunda vez se durmió profundamente.

Cuando se despertó de nuevo, habían dado las doce del día.

Vargas comprendió que las horas de descanso que hab. tenido, le habían hecho bien, y que había recobrado la mayor parte de sus fuerzas.

Aunque la víspera, en la enfermería, apenas había comi-lo, no sentía apetito alguno; sólo una sed ardiente le de-voraba.

Si algo existía imposible en el mundo, era el satisfacer aquella sed; por consiguiente, Vargas trató, sino de olvidarla, por lo menos de distraerse, concentrando todas sus faculta-les mentales y toda su inteligencia, en el plan que tenía que eguir para llevar á cabo, felizmente, la última parte de su vasión.

* * *

Este plan era muy sencillo, y no parecía tener que trope-ar con serias dificultades, cuando llegara el momento de rea-zarlo.

Concluyó el día.

Vargas esperó como la víspera, no solamente que llegara noche, sino que el reloj del cuartel hubiese dado las doce, ara bajar de su viga y empezar á trabajar.

Entonces se dirigió á la parte más retirada del granero, sacando de su bolsillo la navaja, cortó en un espacio de edio metro cuadrado, las latas destinadas á sostener las ezas del tejado.

Hecho esto, le fué fácil quitar sin ruido las pizarras, y acticar una abertura suficiente para dar paso á su cuerpo.

Por esta abertura salió al tejado, y apoyando sus pies en reborde de la gatera, esperó que sus ojos se hubiesen ostumbrado á las tinieblas, para permitirle reconocer el 'reno.

Al cabo de algunos minutos, le fué posible darse cuen- casi por completo, de lo que tanto interés tenía en nocer.

Debajo de él se hallaba el terraplén en que los dos caño-

nes en batería, parecían en la sombra, monstruos, echados en el suelo.

El terraplén, lleno de musgo, estaba desierto. Como formaba saliente, ocultaba á las miradas de Vargas, la muralla que estaba á un nivel inferior.

A lo lejos, á pesar de las impenetrables sombras de la noche, adivinaba la vista la inmensa campiña.





CAPITULO CXII

Enterrarse vivo

La mirada de Vargas se hundía, por decirlo así, en aquella inmensidad de tinieblas que le rodeaba.

Extendíase el Océano á su derecha, y el rumor y la fosforescencia de las olas, aun en medio de la obscuridad de la noche, hacia que distinguiera del cielo.

Un silencio extraordinario reinaba por doquiera.

Unicamente lo interrumpía el sordo rumor producido por las olas.

Lo mismo en el cuartel, que en el presidio, todo parecía entregado al reposo más profundo.

Indudablemente, la suerte se mostraba favorable al fugitivo.

Horas muy amargas había pasado, tormentos horribles había sufrido; pero, por fin, llegaba el momento apetecido.

Iba á realizar su fuga, porque todo parecia haberse cambiado en su favor.

El largo descanso que habia tenido en el granero, le fué sumamente beneficioso, puesto que le permitió recobrar sus fuerzas.

Al mismo tiempo, como veía que todas las circunstancias le eran muy favorables, la mayor confianza invadió su pecho.

En aquellos momentos se encontraba dispuesto para todo.

Es verdad, que después de los fabulosos trabajos llevados á cabo la noche anterior, después de aquellas increibles ascensiones, cualquier otro obstáculo que se le presentara, no podía, ni con mucho, ser superior á lo vencido y dominado ya.

De aquí que se encontrara tan lleno de ánimo y tan seguro de su triunfo. No era posible encontrar nada ya que le detuviese.

—La suerte se ha puesto de mi parte,—se decia,—cansada sin duda de perseguirme. Es menester no desaprovechar sus favores.

Lo que tenía que salvar para llegar al terraplén, era poca cosa.

Apenas si llegaría el espacio que habia de recorrer, á quince metros.

Esto era un juego de niños para quien habia escalado un tubo de hierro para conducir las aguas pluviales.

El fugitivo, cuyos pies no se separaban del borde de la gatera, se arrastró por el plano inclinado del tejado, en dirección del ángulo del edificio.

Confiaba encontrar á su paso, alguno de esos estribos de hierro que se acostumbra á colocar á cierta distancia unos

de otros, sobre los techos de pizarra, para hacer más fáciles los trabajos de los plomeros.

Su esperanza no quedó defraudada: en seguida su mano derecha tropezó con un hierro que formaba un aro saliente, y enteramente apropiado al uso que lo destinaban.

* * *

Sin perder un minuto, desarrolló su preciosa cuerda, y como medía por lo menos cuarenta pies, la pasó por el aro de hierro hasta la mitad, luego la dobló, y cogiéndola con las dos manos, se deslizó por ella hasta llegar al suelo.

Entonces, tiró de una de las puntas de la cuerda para volver á quedar en posesión de ella.

Alcanzados ya tan importantes resultados, Vargas se dirigió rápidamente hacia el borde del terraplén que estaba encima de la muralla.

—Voy á rodar por el césped hasta llegar al camino de ronda,—se decía.—Luego ataré el extremo de mi cuerda á una tronera, á la cureña de un cañón, á un objeto cualquiera, que sea sólido, y dentro de algunos minutos estaré fuera del recinto de la ciudad maldita. ¡Oh! ¡Con qué placer he de aspirar el aire de la libertad!...

Una cosa, no obstante, le inquietaba.

Por un efecto de óptica, que le parecía inexplicable, la silueta rectilínea del terraplén se destacaba, no sobre un fondo luminoso, sino sobre tinieblas menos profundas que las que le rodeaban.

¿De dónde provenían aquellas vagas claridades?

Por desgracia para el fugitivo, lo supo demasiado pronto.

Júzguese cuál sería su desesperación, cuando al inclinarse sobre la muralla, vió numerosas linternas colgadas de

trecho en trecho sobre el terreno, por medio de ganchos de madera, y centinelas escalonados, encontrándose y volviéndose la espalda cada veinte pasos, en su monótono paseo.

El comisario cumplía su palabra.

Con la seguridad de que el presidiario no pudo salir al campo la noche anterior, se habia apresurado á establecer aquella doble línea de vigilancia, poniendo en movimiento, para ello, no sólo los vigilantes y los subalternos, sino cuatro compañías más, de infantería de marina.

Desde este momento, la evasión se hacía materialmente imposible, precisamente cuando el fugitivo la creía ya casi realizada.

No tenía otro remedio que confesarse vencido, ó coger la navaja en la mano y tratar de abrirse un sangriento camino entre los soldados diseminados, y aun así todo resultaría inútil, porque las balas que sobre él lloverían le tenderían sin vida entre sus inocentes víctimas.

Esto ya era demasiado para Vargas.

Esta suprema decepción, la más terrible, la más cruel de todas las que habia sufrido en las últimas veinticuatro horas, le produjo el efecto de una barra de hierro que le hubieran arrojado en medio del pecho.

El desgraciado cayó aniquilado sobre la margen del terraplén, á dos pasos de los cañones, que en la mañana de aquel mismo dia habian anunciado su fuga.

*
* *

Si por casualidad hubiese llegado á pasar en aquel momento una ronda, no habría tenido que luchar en modo alguno para apoderarse del fugitivo y volverlo al presidio.

La fuerza, la voluntad y el pensamiento, todo desapareció en Vargas, en un instante.

Semejante estado de postración absoluta, casi de completo desmayo, duró más de una hora.

Pasado este tiempo, el fresco de la noche y el contacto del húmedo césped, reanimaron un poco al desdichado.

Se incorporó lentamente, paseó á su alrededor sorprendidas miradas, preguntándose si la horrible pesadilla que le angustiaba hacía tanto tiempo, le iba á conceder alguna tregua por fin.

Luego volvió al sentimiento de la realidad, y los acontecimientos sucesivos, acaecidos desde la víspera, desfilaron ante su vista con una claridad desesperante.

Su alma y su cuerpo, en aquel momento, sufrían iguales torturas.

Las decepciones le destrozaban el corazón, y la sed, que iba en aumento, quemaba sus entrañas.

Por un momento se le ocurrió la idea de entregarse él mismo, y de gritar á los centinelas que pasaban y volvían á pasar por delante de él:

—¡Aquí estoy!... ¡Me rindo!... Venid á buscarme, que no haré resistencia.

Pero una vez más la esperanza de libertad apareció luminosa ante sus ojos, en medio de las tinieblas que le rodeaban.

Y volvió á murmurar:

—¡No!... ¡No me desanimaré! ¡Lucharé hasta el fin por mi libertad; y si sucumbo, lo que es seguro, mis verdugos, por lo menos, no hallarán más que un cadáver!

Pero ¿qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Cómo esconderse?

Subir de nuevo al cuartel y volver á tomar su sitio en el granero, era materialmente imposible.

Permanecer en el lugar en que se hallaba, expuesto á todas las miradas, no lo era menos. De un momento á otro podía pasar una ronda y descubrirlo.

El tiempo pasaba, y al amanecer, los artilleros irían á tirar el cañonazo de diana.

Vargas, se dijo todo eso, y su mirada desesperada se volvió hacia el cielo para invocar á Dios, que tan visiblemente le negaba su protección.

*
* *

En aquel momento se le ocurrió una idea, y la acogió con avidez como si fuese inspiración divina.

Inclinóse hacia el suelo, y con su navaja quitó el césped en un espacio de dos pies de ancho, por seis de largo.

Hecho esto, con la navaja también y con las uñas, cavó aquel espacio, teniendo cuidado de llevar lejos y esparramar por todas partes la tierra que sacaba de la excavación.

Cuando la fosa, parecida á las que se hacen en los cementerios, fué bastante profunda, se echó en ella como un muerto, y colocó sobre su cuerpo el césped que habia quitado antes, teniendo cuidado de practicar á la altura de su cabeza dos aberturas invisibles, pero suficientes, para permitir que el aire exterior llegara hasta él.

Entonces aquel desgraciado, enterrado vivo, condenado á una inmovilidad de cadáver, con el pecho devorado por una sed abrasadora, con los miembros helados por el contacto de la tierra húmeda, que le envolvia por todas partes, volvió á esperar y soñar en la libertad.

Pero ¿qué esperanza podía tener Vargas después de las enormes y continuas decepciones sufridas? ¿Qué probabilidad feliz entreveía?

No contaba más que con una, sino probable, por lo me-
os posible.

Tal vez, después de pasadas cuarenta y ocho horas, el
omisario del presidio se persuadiría de que el fugitivo, es-
apando por milagro á todas las pesquisas, estaba ya lejos,
daría, por consiguiente, órdenes menos severas.

Tal vez, los guardias del presidio y los soldados de mari-
a, cansados de tan largas horas de facción, sin resultado
lguno, descuidarían algo su vigilancia.

La esperanza del desgraciado no se fundaba, según se
e, sino en un tal vez, vago é incierto, pero bastante para
ostenerle.

Apenas Vargas acababa de echarse encima la última capa
e tierra y césped, cuando sintió estremecerse la tierra bajo
s pasos regulares de varios hombres, y al mismo tiempo
egó á sus oídos el rumor de varias voces, de un modo claro
perfectamente perceptible.

Una numerosa patrulla desembocó sobre el terraplén.

Vargas se estremeció de pies á cabeza.

Por un momento se le ocurrió si su fosa podría encon-
arse en el camino de aquellos hombres, que le ahogarían
asando sobre él.

Después, el ruido de las voces y de los pasos le hizo com-
ender, debilitándose gradualmente, que la patrulla se ale-
ba.

Vargas respiró de satisfacción.

No había sido descubierto.

Lo restante de la noche se pasó en profunda calma.

Luego amaneció.

Los artilleros acudieron á las piezas y el cañonazo de
ana resonó en el silencio.

Las horas sucedieron á las horas.

*
* *

Vargas pudo al principio darse cuenta del tiempo q transcurría, gracias al reloj del cuartel, cuyas vibracion metálicas oía desde allí; pero luego un amodorramiento pr fundo, una especie de catalepsia se apoderó de él; sentía v gamente que sufría, y las causas de este sufrimiento no l comprendía, pues ni pensaba, ni oía: parecía un muerto, y en efecto, según todas las apariencias, la muerte iba á t carle con su ala fatal.

De repente el desgraciado se agitó en su fosa, como s agita el moribundo en su lecho de agonía.

Una extraña alucinación se apoderaba de él, revistien por instantes los más sorprendentes visos de realidad.

Le parecía que acababan de cogerle, y que, para cas tigarle de su tentativa de evasión, le colocaban con los pie y las manos atadas en el fondo de una débil barquilla, q luego abandonaron en medio del mar, en una noche de te pestad.

Los truenos y los silbidos de la desencadenada tormen le ensordecían, y la luz rápida y deslumbrante de los relá pagos le cegaba.

Los costados demasiado endebles de la barquilla cruj ante el embate de las olas, cuya furia iba en aumento; embarcación se llenaba de agua rápidamente ¡y ya iba á lle gar á su boca!... Un minuto más y el desgraciado dejaba d existir...

En aquel momento, impelido por el poderoso instinto d conservación que sobrevive á todo, Vargas hizo un violent esfuerzo para romper las cuerdas que se figuraba le ten sujeto.

Incorporóse en la fosa; lo impetuoso de su movimiento arrojó lejos de sí el césped que le cubría, y se halló casi de pie, súbitamente reanimado, y comprendió en seguida las causas de la alucinación que se apoderaba de él.

Había llegado la noche otra vez.

Una tormenta espantosa se había desencadenado sobre la ciudad de Brest; los relámpagos y los truenos se sucedían sin descanso, y, por fin, caía á torrentes la lluvia, como si todas las cataratas del cielo se hubiesen abierto á la vez.

Aquellos torrentes de agua, llenando casi la mitad de la excavación, habían estado á punto de trocar el sueño en realidad y ahogar al fugitivo.

El primer movimiento de Vargas fué caer de rodillas y dar gracias á Dios, que se dignaba, para salvarle, desencadenar la tempestad.

Luego llenó su sombrero de marino, con aquella agua del cielo, que bebió con avidez, pareciéndole que bebía la vida.

—¡Ahora ya estoy fuerte!—se dijo.—¡Estoy fuerte, y Dios me ayuda!





CAPITULO CXIII

Salvado al fin

VOLVEMOS á repetir lo que hemos dicho varias veces en el decurso de este relato, referente á la evasión de Vargas.

No sólo el hecho en sí, sino la mayoría de los detalles, son rigorosamente históricos, según la obra de donde los hemos tomado.

No hemos hecho sino cambiar el nombre del evadido y hacer algunas alteraciones en el relato, suprimiendo lo que hemos creído difuso, pero nada más.

Hemos creído de nuestro deber hacer estas aclaraciones, tanto para que no se crea exagerado lo que decimos, cuanto porque no pretendemos apropiarnos lo que no nos pertenece.

Creímos pertinente á nuestro propósito, dada la índole

del personaje que habíamos creado, hablar de esa evasión que, á pesar de su carácter excepcional, se consigna como histórica, y suponemos que nuestros lectores no la habrán leído con desagrado.

Poco nos resta ya para concluir.

Vargas había vuelto á recobrar su energía y su actividad.

Positivamente, que cuando después de tantas peripecias, todavía estaba vivo y en disposición de luchar, las probabilidades de salvación no se habían extinguido.

Una vez refrigerado con el agua que había bebido, se dirigió hacia la parte del terraplén, desde donde con tanto terror había visto la noche anterior la imposibilidad de descolgarse.

Del mismo modo que entonces, estaban las linternas colocadas, y los centinelas en sus respectivos lugares.

Pero la violencia de la tempestad había apagado las luces, obligando á los soldados á cobijarse en sus garitas.

El viento huracanado no cesaba, y la lluvia volvía á caer copiosamente.

Todas estas eran circunstancias que obligaban á descuidar la vigilancia, favoreciendo notablemente los propósitos de Vargas.

* * *

Desde la creación de los presidios, nunca se habían reunido tal cúmulo de circunstancias favorables á una evasión.

El espacio que había entre el terraplén y el camino de ronda, era de unos quince pies, lo más, y no presentaba una línea perpendicular, sino un plano ligeramente inclinado.

Vargas, sin recurrir á su cuerda, se dejó rodar por aquella inclinación y se halló sobre la muralla, que por aquel lado era muy elevada.

Había tenido cuidado de escoger un punto colocado entre dos garitas, á igual distancia de ambas. Unos cincuenta pasos le separaba de cada centinela.

El sitio, como se comprende fácilmente, era peligroso: relámpagos incesantes iluminaban el cielo, y los fusiles tenían largo alcance. Era preciso obrar rápidamente.

El fugitivo, para que le pudieran ver menos, se estuvo pegado al desmonte del terraplén todo el tiempo que tardó en desarrollar la cuerda, que llevaba ceñida al cuerpo.

Cuando acabó ese trabajo, cogió el primer momento de profunda obscuridad y se arrastró hasta el almenado de la muralla.

Mientras que fijaba sólidamente su garfio de hierro en una hendidura del granito, un relámpago le mostró la campiña debajo de él, en una profundidad que le pareció enorme.

La muralla á pico, alumbrada fantásticamente por los relámpagos, hundía su base en las sombras de un abismo, inconmensurable en apariencia.

—He creido poder esperar, y me equivocaba,—murmuró Vargas.—Mi cuerda será demasiado corta, y estoy perdido. Pero ¿qué importa? Mi vida está en manos del diablo; yo no soy quien busca la muerte, es la fatalidad la que me mata.

* * *

Al pronunciar las siguientes palabras que acabamos de reproducir, Vargas escaló el parapeto, cogió la cuerda con las dos manos y se lanzó audazmente en el vacio.

Su bajada fué peligrosa cual ninguna.

El viento, que soplaba de un modo terrible, le balanceaba en el extremo de la cuerda, como el capricho de un niño balancea al insecto atado á la punta de un hilo.

El cuerpo del fugitivo oscilaba como la péndola de un reloj, y tropezaba á cada instante con espantosa violencia contra la muralla.

Bajaba, no obstante, aunque con extrema lentitud, economizando sus fuerzas y deteniéndose alguna vez para tomar aliento.

Habían transcurrido cerca de cinco minutos ya, desde que saltó del parapeto, y cinco minutos en una situación como la suya, es más que un siglo, es una eternidad.

Las fuerzas le iban faltando, sus manos desfallecidas no sostenían ya sino con gran trabajo, la cuerda que le sostenía sobre el abismo.

De repente, una terrible sensación le conmovió.

Acababa de llegar á lo último de la cuerda, y sentía el vacío bajo sus pies, ignorando si la distancia que le separaba todavía del suelo, era de las que un hombre puede salvar sin matarse en la caída.

Ignoraba, también, si al caer hallaría debajo de su cuerpo agudas rocas que le destrozarían.

—¡Sea lo que Dios quiera!—murmuró.

Y se soltó.

El aire se escapó de su pecho con sordo silbido, y la sangre brotó de sus narices. Le pareció que atravesaba una nube de fuego, luego cayó con extrema violencia en un terreno casi líquido, ó mejor dicho, en un pantano fangoso, y quedó sorprendido, al cabo de algunos segundos, cuando recobró sus facultades mentales, de hallarse vivo todavía.

Al mismo tiempo, una alegría inmensa, una indecible embriaguez se apoderó de él.

***

Acababa de ejecutar, con una paciencia, con un valor s-brehumano, la empresa casi irrealizable en que se jugaba ' vida.

Había logrado su objeto... ¡Se hallaba ya fuera del pres-dio y fuera de la ciudad!... ¡El aire que llenaba sus pulmon-. era el aire de la libertad!

La tempestad, esa ruidosa cómplice de su evasión, il disminuyendo ahora que había concluído su obra.

Vargas, mojado hasta los huesos, como si hubiese caíd en el mar, cubierto de lodo de la cabeza á los pies, se orien-tó rápidamente, se alejó de la muralla, atravesó el cami-no circular y mal conservado que conducía á los trabajos d fortificación, y metiéndose por el primer sendero practicabl- que halló, echó á correr á través de la campiña.

¿Adónde iba?

No lo sabía todavía, esperaba que fuera de día para t-mar una dirección fija y trazarse su itinerario.

Lo esencial, en aquel momento, era aprovechar la obs-ridad de la noche, para alejarse en lo posible de Brest, pa poner grande distancia entre el presidio y él, porque al am-necer descubrirían infaliblemente la cuerda colgada del p-rapeto de la muralla, y ese descubrimiento volvería á pone de caza á todos los sabuesos, que desde hacía dos días habi perdido la pista.

***

Los caminos de Bretaña, son generalmente muy mal- en todas estaciones, y se convierten fácilmente, cuando ha- mal tiempo, en impracticables, aun para los más sólidos a-darines.

La lluvia que caía sin descanso, había convertido en un)dazal espantoso el camino que recorría Vargas.

Éste, por difícil y hasta peligroso que se le presentase, ndaba al principio, con paso fuerte y rápido, con el paso el hombre que sabe que su libertad depende de la rapidez : su fuga.

Pero poco á poco fué aflojándose su marcha insensible-iente, pues enorme cantidad de lodo se pegaba á sus zapa-is, y los hacían más pesados que si sus macizas suelas hu-eran sido de plomo.

No era eso todo.

A medida que iba apaciguándose la fiebre nerviosa que había sostenido al principio, Vargas sentía que se iba apo-erando de él una gran debilidad, próxima al desfalleci-iento.

Habían transcurrido tres días sin tomar alimento alguno, es días de terribles fatigas y de espantosas angustias, y esto a más de lo que podía soportar el cuerpo humano más ro-isto y enérgico.

El fugitivo se moría de inanición, y las torturas del ham-e habían reemplazado á las de la sed.

Esforzóse en contener á su estómago, bebiendo el agua ngosa que corría á su lado en el camino, y creemos inútil cir que no lo consiguió más que á medias; pero impuso iencio á sus sufrimientos, galvanizó sus músculos y sus rvios, y por un esfuerzo de su voluntad, siguió su marcha n paso violento y desigual.

Hacía algunos instantes que la pendiente que seguía atra-saba un bosque, y hasta que llegó á la meseta de la colina, ırgas no pudo darse cuenta del poco camino que había re-rrido desde el último acto de su evasión.

Su excesivo cansancio, le había hecho creer que estaba

ya muy lejos, y ¡cruel desengaño! La pálida claridad de los últimos relámpagos le mostraron la ciudad y el puerto muy cercano de él, casi bajo sus pies.

Entonces se detuvo un buen espacio.

Necesitaba descansar y reflexionar.

El hambre, en aquellos momentos, le era lo de menos; lo principal era que reflexionara sobre lo que le convenía hacer.





CAPITULO CXIV

Después de la libertad

El ex presidiario se detuvo á reflexionar.

Consultó sus fuerzas y comprendió que no le era posible seguir más adelante.

La naturaleza recobraba sus derechos, la debilidad iba á mpedirle, dentro de poco, poder dar un solo paso.

Por otra parte, su traje estaba tan manchado por el lodo, ue no era posible que pudiera presentarse en ninguna pare, sin llamar la atención.

Y precisamente esto era lo que á él no le convenía, que e fijara nadie en su persona.

¿Qué hacer? ¿Dónde dirigirse? ¿Cómo satisfacer aquellas an apremiantes necesidades?

Medio arrastrándose, consiguió llegar á un trozo de campo cultivado.

Era una huerta de las que surtían la ciudad, de las hortalizas necesarias para el consumo.

¡Con qué avidez se lanzó aquel desgraciado sobre aquel inesperado alimento, que la casualidad le deparaba, cuando el desfallecimiento le invadía!

Arrancó algunas raíces alimenticias, que devoró con ansiedad infinita.

Después buscó algún punto donde guarecerse, y en el extremo de la huerta, encontró una choza destinada, sin duda. á servir de albergue momentáneo, á los mozos que cuidaban de la misma.

Allí se dejó caer, quitóse la camiseta de marinero y los pantalones, y los extendió de manera que se pudieran secar.

Hecho esto, como que el reloj del presidio se oía perfectamente en medio del silencio de la noche, al sentir que daba las tres, murmuró:

—Todavía á las seis es de noche. Puedo dormir tres horas. Los mozos de la huerta no empezarán sus tareas hasta las siete; tiempo tengo para encontrarme ya lejos de aquí.

Y como Dios le dió á entender, trató de reconocer la choza.

* * *

De pronto exhaló una exclamación de alegría.

En el fondo de aquel asilo, que la Providencia parecía haberle deparado, sus manos tropezaron con algunos objetos que produjeron, como consecuencia inmediata, un cambio notable en sus ideas.

Aquellos objetos eran unos zuecos de madera, unos calzones, una chaqueta y un sombrero, pertenecientes, sin duda, á alguno de los mozos, que se los pondría para trabajar en la huerta.

Todo ello, según pudo observar el fugitivo, únicamente por el tacto, estaba sumamente deteriorado, pero no le importaba.

—Todavía mi traje de marinero podría comprometerme,—dijo.—Tengo necesidad de entrar en la ciudad, he de comprar algo; por otra parte, dentro de ella es donde me juzgo más seguro. Este traje, por malo que sea, es mejor que el otro. Conozco bastante la entonación y los giros de lenguaje de este país, y arrancando algunas hortalizas, puesto que aquí también hay un azadón y algunos capazos, entraré en la ciudad á venderlas, como van otros labradores. El diablo es un buen compañero y ha venido en mi ayuda, cuando empezaba á dudar de él.

Y sin pensar ya en dormir, puesto que, como hemos dicho, el inesperado hallazgo había dado un nuevo curso á sus ideas, se puso la nueva ropa sin hacer repulgos sobre si era corta ó larga, ancha ó estrecha.

Dejóse la peluca, púsose el sombrero, y azadón en mano, salió á la huerta y arrancó varias hortalizas, que fué depositando en un capazo de los que encontró en la choza.

Después dejó el traje de marinero perfectamente liado, entre un montón de estiércol que había cerca de la choza, y al dar las seis y escuchar el cañonazo de diana, señal de que las puertas de la ciudad se iban á abrir, cogió su capazo de verduras y se dirigió resueltamente hacia la ciudad.

En el camino encontró otros labradores que llevaban la misma dirección, fué siguiéndoles aun cuando sin aventurarse á entrar en conversación con ellos, y al verse en el interior de la ciudad, no fué dueño de dominar un estremecimiento de terror.

Sin embargo, siguiendo á los demás, llegó al mercado y se apresuró á vender, á lo que quisieron darle, las hortalizas que llevaba.

*
* *

Una vez libre, comenzó á recorrer la ciudad y llegó á los barrios extremos, deteniéndose ante un tenducho, mitad prendería y mitad trapería.

Tenía necesidad de mejorar algo su traje, y por muy pocos cuartos compró uno de pana, una blusa y algunas otras prendas de ropa, con las cuales hizo un pequeño envoltorio que se llevó bajo el brazo.

Buscó después un figón, restauró las perdidas fuerzas, y dijo al mozo que le había servido:

—Hombre, no habría alguna habitación donde pudiera cambiarme de traje. He de ir á ver á los amos de mi hijo y no es cosa de presentarme de este modo.

—Aquí no hay habitaciones,—respondió el mozo,—pero si usted quiere entrar en donde yo duermo, podrá vestirse al menos.

—¡Ya lo creo! Como los tiempos están malos, no he podido ir á un hotel donde encontraría todo lo necesario. Ya te daré para beber, buen mozo,—prosiguió Vargas, tocando en el hombro al dependiente.—No estaré más que un momento.

—Venga V. y le enseñaré donde está mi habitación. No podré quedarme allí porque tengo mucho quehacer, pero confío que no tocará nada de lo que hay en el cuarto.

—¿Quieres callar? Mira, hijo, si tienes desconfianza...

—No, señor; pero siempre es bueno advertir.

—Sí; á veces se encuentra uno con cada petardo...

El mozo guiando y Vargas siguiéndole, llegaron á una reducida habitación que daba á un patio.

Cuando Vargas se quedó en ella, vió con satisfacción que había un pequeño espejo, donde pudo mirar el efecto que en

su rostro habian causado aquellas largas horas de angustia y desesperación que sufriera, hasta llegar al estado en que se encontraba.

Parecia que en el espacio de aquellos tres días, había vivido veinte años.

La palidez de su rostro, la demacración consiguiente al forzado ayuno y á la situación desesperada en que se encontraba, alteraron de un modo extraordinario la habitual expresión de aquel semblante, al que contribuian á desfigurar, los lacios mechones de cabellos que se escapaban de la peluca.

—¡Bravo!—exclamó después que se hubo contemplado un momento.—Compraré al salir de aquí unos anteojos azules, encorvaré un poco mi estatura, y muy lince ha de ser el que me conozca.

* * *

Vistióse apresuradamente, hizo un nuevo lio con la ropa que se había quitado, y poco después salía del figón diciendo al mozo:

—Volveré después y comeré, recogeré mi ropa y te demostraré mi agradecimiento. No tengas cuidado, que siempre que venga á Brest, no dejaré de hacerte una visita.

Era tan honrado el aspecto de aquel hombre, tan bondadoso su acento, que el mozo lo creyó de buena fe.

Una vez Vargas, en la calle, averiguó qué buques eran los que salían para Inglaterra, y tomó pasaje en uno de ellos que salía aquella noche.

Después estuvo en una peluquería, compró, bajo pretexto de un encargo hecho por uno de su pueblo, aficionado á hacer comedias, dos pelucas, una rubia y otra negra, barbas de los mismos matices y crepé para bigotes, un bote de

goma, una caja de colorete y algunos pinceles, y, finalmente, los anteojos acabaron de completar su provisión.

Compró algunos periódicos, y en ellos vió los detalles de su evasión y las señas que de él se daban á las autoridades para que se procediera á su captura. Al leerlas, no pudo menos de sonreirse, diciendo:

—Ya veremos si podéis atraparme.

Pasó gran parte del día corriendo por la ciudad, donde no se hablaba de otra cosa que de su fuga del presidio, y, finalmente, volvió al figón, comió con excelente apetito, tomó su escaso pero importante equipaje, gratificó al mozo y se dirigió á bordo.

Eligió un buque inglés, porque había menos escrupulosidad que en los franceses, respecto á la admisión de pasajeros, y cuando á las pocas horas levó el ancla y se encontró navegando hacia las costas de Inglaterra, se dejó caer en el lecho del camarote, murmurando con un acento de indecible satisfacción:

—Lo que es ahora, ya pueden echarme un galgo.

Una vez en Londres, no tardó en encontrar *trabajo*, como él decía; hizo algunos cuartos, se proporcionó documentos que necesitaba para demostrar su personalidad, y, como según decía, las nieblas de Londres eran perjudiciales para su salud, volvió á Francia.

Había tenido necesidad de los cinco meses que pasó en Londres, para que le creciese el pelo y la barba, y acostumbrarse al uso de las muletas, puesto que, fingiéndose cojo, acababa de completar su transformación.

Su estancia en París, fué breve.

Tenía que recoger el dinero que dejó oculto, producto del robo y asesinato que le condujo al presidio de Brest, y tantas precauciones tomó para ocultarlo y en lugar tan seguro

estaba, que lo encontró intacto, y ya con él en su poder, dijo:

—Ahora, á España. Aquello lo conozco muy bien. Han pasado muchos años desde que salí, y no es fácil que nadie me conozca. Ahora sentaré mis reales en Barcelona, y veremos si la suerte se ha cansado de perseguirme.

Con dinero, con una personalidad determinada, transformado exteriormente, Vargas, sin que se le presentase ningún obstáculo pudo llegar á Gerona, donde se detuvo.

Como conocía instintivamente los lugares en donde podía encontrar la sociedad que necesitaba, no le fué difícil hacerse con algunos compañeros.

El *Señorito*, á quien ya hemos visto acompañarle en Barcelona, fué uno de ellos y no por cierto el que menos le sirvió en la campaña que practicaron en aquella provincia, tanto en la capital como en los pueblos inmediatos.

Pero como todo tiene su término, y el *Abuelo*, como ya desde entonces dieron en llamarle, tenía todos los vicios, el juego y la bebida, se le llevaron en poco tiempo así el dinero que trajo de Francia, como lo ganado en España.

Si á esto unimos, que las autoridades ya estaban sobre aviso, y que corría peligro su libertad, comprenderemos la razón que tuvo para abandonar la ciudad en que estaba y marchar á Barcelona.

El *Señorito* le había cobrado afecto y marchó con él. Comprendía todo lo que valía el carácter de aquel hombre y el gran partido que de él se podía sacar, y no quiso abandonarle.

Por otra parte, Vargas no había estado en Barcelona, y el *Señorito* la conocía perfectamente y tenía relaciones muy estrechas con toda la gente maleante que en la capital se albergaba.

Vargas, á pesar de que no le agradaban las compañías, no tuvo otro remedio que aceptar la del *Señorito* que, sin duda alguna, tenía que proporcionarle medios para darse á conocer entre los bribones que de todas partes acudían á la importante población.

Sin embargo, como los *atracos*, en que Vargas era una especialidad, no tenían gran aceptación entre los criminales barceloneses, que ponían en práctica otros medios para alcanzar el mismo fin, y Vargas no estaba tan diestro como ellos para dar el *timo* ó para el escamoteo, se pasaron muchos días casi sin hacer nada, hasta que Joaquín, al necesitar gente para el golpe de mano intentado, se puso en relaciones con él.





CAPITULO CXV

Rosendo empieza á ver claro

RECORDAREMOS que Rosendo, el amante de Mercedes, había pasado á la Caja, desde el momento en que su amigo, el nuevo cajero que habían tomado los Directores del «Crédito Universal», tomó posesión de su cargo, y organizó á su gusto la oficina.

También encontró algo anómalo en lo ocurrido con Marcelino, según manifestamos ya, y precisamente en el momento en que Vargas, el *Señorito* y los otros dos bandidos que formaban parte de la cuadrilla que mandaba Joaquín, se instalaban en la tienda, donde debían practicar la mina que había de llegar hasta la joyería de Torrens, después de cerradas las oficinas, al dirigirse á su casa, iba hablando con el cajero.

Don Juan Calzada, que así se llamaba éste, era también

una persona muy honrada é incapaz de cometer una infamia; pero su inteligencia era escasa y no veía, como vulgarmente se dice, sino lo que estaba al alcance de sus narices.

Por otra parte, incapaz de cometer una mala acción, no creía que los demás lo fueran, y defendía á capa y espada los hechos de los principales, á cuyo servicio estaba, porque decía que siempre debía defenderse á las personas en cuyas casas se estaba comiendo el pan.

Esto era muy bueno en la teoría y aun en la práctica, pero Calzada no quería convencerse de que no hay regla sin excepción, y precisamente la situación en que él se hallaba entonces, constituía esta excepción de la regla, que él no quería comprender.

Reconocía las aptitudes de Rosendo, sabía cuál era la capacidad del joven, y por eso quiso tenerle á su lado.

Éste le dió la voz de alarma; le dijo que fuese cauto, pero le contestó:

—Amigo Rosendo, en una casa como ésta, no se puede ni se debe desconfiar. Fuera hasta un crimen el pensar como usted supone.

—Usted podrá obrar como quiera y pensar como le plazca, pero le vuelvo á repetir que estamos sobre un volcán. Créame V.

* * *

El cajero miraba con asombrados ojos al joven.

—Lo que le digo á V., estamos sobre un volcán. ¿No sabe lo que significa ese giro que se ha pagado hoy á nombre de D. Lucas Hurtado?

—¡Hombre! D. Lucas Hurtado, es un agente de Madrid.

›ersona de mucho prestigio, de mucho dinero, que ocupa ına gran posición y que tiene cuenta corriente en la casa, ›uesto que es nuestro corresponsal de Madrid.

—Pues bien, V. debe haber oído hablar de una asocia-ión misteriosa que existe en Madrid, pero cuyo origen ó cuya lirección radica en el extranjero, asociación que tiene el ıombre de «La Familia».

—No,—contestó ingénuamente el cajero.—Pero si es una ›ociedad bien constituída, no sé por qué dice V. que es una ›ociedad misteriosa.

—Porque lo es, amigo mío, porque lo es; porque aun uando esté muy bien constituída en lo que se refiere á sus ndividuos, no es más ni menos que una Sociedad clandes-ina, una Sociedad de estafa en grande escala. ¿Comprende ısted ahora?

—Francamente, no. ¿Qué tiene que ver lo nuestro con esa ›ociedad? ¿Por qué mezcla V. el nombre de D. Lucas Hur-ado, persona tan respetable, según todas las noticias que o tengo, con esa gran Sociedad de petardistas de que ha-›laba?

—Sencillamente, porque ese D. Lucas Hurtado, si mis no-icias no mienten, es el presidente de la sucursal que hay en ladrid.

Al escuchar estas palabras, Calzada dió un respingo, y nirando fijamente á su interlocutor, dijo:

—¡Rosendo, está V. en su juicio!

—Lo que le digo á V. Aquí nos encontramos con que hay os Directores que han venido de Madrid. El «Crédito Uni-ersal», por más que V. diga, es una Sociedad que está en l aire; ser en Madrid su representante, ese don Lucas, que su vez es presidente de la sucursal de «La Familia», ¿no e parece á V. que es bastante extraño?

*
* *

El cajero permaneció silencioso algunos momentos.

En realidad, lo que le había dicho Rosendo llamaba su atención, porque tenía en mucho la perspicacia del joven.

Sin embargo, no se atrevía á dar crédito en absoluto á lo dicho por él, porque las voces que circulaban en Barcelona respecto al «Crédito Universal», le eran completamente favorables.

En todos los círculos mercantiles se la consideraba como Sociedad de arraigo; todas las operaciones que practicaba, revestían un carácter de probidad digno de encomio, y nadie se hubiera atrevido á dudar de que contaba con los fondos suficientes para hacer frente á todas sus operaciones.

Así fué que dijo:

—A pesar de cuanto me indica V., no me atrevo á dar crédito á esa suposición que hace. Usted sabe lo mucho que se habla, que hay personas que tienen un placer en dar malas noticias y... en fin, la calumnia, la envidia y la maledicencia, son muy malos enemigos.

—Yo también, como V., amigo don Juan, tenía una gran fe en esta Sociedad.

—¿Y acaso la ha perdido V.?

—Sí, señor, ¿por qué se lo he de negar? Advierto algo aquí que no puedo definirlo, pero que, sin embargo, me aterra por lo desastroso que presumo debe ser.

—Pues si no puede V. definirlo, ¿cómo presume que pueda ser desastroso?—preguntó sonriéndose el cajero.

—Porque lo desconocido, en una Sociedad como esta, suele ser terrible siempre.

—Si uno se empeña en ver las cosas por el lado feo...

—Que es por donde se deben ver, señor don Juan.

—Vamos, no sea V. tan pesimista.

—No puedo ser optimista, después de mis observaciones.

—Pero bien, ¿qué observaciones han sido esas? Veamos.

La verdad era que Rosendo no podía decir nada concreto.

Más que todo, era su instinto el que le avisaba.

—Vamos á ver, don Juan. Usted es inteligente en negocios; V. sabe muy bien el interés que puede y debe ganar el dinero, ¿cree V. que esa borrachera, porque no otra calificación merece lo que está sucediendo, se puede sostener mucho tiempo? ¿En qué operaciones puede invertirse el capital que den un resultado tan maravilloso? ¿No presume V. que con el mismo dinero que ingresa este mes por efecto de nuevas imposiciones, está pagándose el interés de las que entraron el mes pasado? En esta progresión llegará un día en que no habrá dinero en Caja para pagar los réditos y entonces vendrá el *crack*.

—Ya verá V., Rosendo, no nos amontonemos, y estudiemos las cosas con calma. A primera vista parece que tiene usted razón.

—Y tanto como la tengo.

—No, por cierto. Ahora está V. algo alucinado. En primer lugar, que hay ingresos especiales que entran en la Caja con un pequeño gasto, y los cuales permiten que pueda darse al dinero un interés más crecido. Este mes, solamente los emolumentos por cruces, distinciones, títulos y destinos, han dado un total limpio deducidas comisiones, etc., de cien mil pesetas.

—Sí, pero en cambio la transferencia hecha á ese D. Lucas Hurtado, de Madrid, importa ciento veintiséis mil pesetas.

—Es que don Lucas tiene cuenta en la casa.

—Cuenta que no hemos visto ni V. ni yo.

—Pero consta en los libros.

—Ya sabe V. bien como se hacen ciertos asientos.

—Eso sería demasiado.

—Pues piense siempre lo peor.

—Hombre, hay un depósito de quinientas mil pesetas.

—Sí, en el Banco y en valores del Estado, que no sabemos lo que será.

—Colocados en ese terreno, es totalmente imposible que podamos entendernos. Usted lo encuentra todo defectuoso, todo le inspira desconfianza, y todo lo ve bajo un prisma desconsolador.

—Y V. lo ve de color de rosa.

—No, por cierto; lo veo del color de la verdad. Hasta ahora no encuentro nada de amenazador en la marcha de la Sociedad. Si algún día llegara á advertir alguna cosa, sabe usted que soy sobradamente franco para decirlo.

—De modo que aun después de haberle dicho quién era ese don Lucas...

—Pero hijo ¿quién nos dice que eso sea cierto?

—La persona que me lo refirió, no sabía siquiera que tuviese nada que ver don Lucas con nuestra Sociedad. Hablando sobre las estafas de que en estos últimos días han sido víctimas varios establecimientos de crédito de esta, el amigo á quien me refiero, me contó la existencia de esa famosa asociación en el extranjero, que tiene ramificaciones en todas partes, que se instaló no hace mucho en Madrid, y de la cual era presidente ese D. Lucas Hurtado. Al oir este nombre, me estremecí, porque recordé al momento que era nuestro agente en la corte, y de aquí que al ver su giro, me pusiera en guardia al momento.

*
* *

Calzada procuró disuadir á Rosendo, pero éste era sobradamente tenaz y no variaba con tanta facilidad de opinión.

La idea de «La Familia» se le había fijado en la mente, y adelantando juicios, ya veía en perspectiva la colosal estafa que se preparaba.

—Pero hombre,— decía Calzada, — lo que me extraña es que yo no haya oído nada referente á esa Sociedad que usted nombra tanto.

—¿Qué ha de oir V., si trabaja en la sombra? Día llegará, tal vez, en que se la llegue á conocer demasiado. Y no crea usted, que según este amigo mío, que ignoro por qué circunstancias la conoce tanto, me ha dicho que lo mismo en Londres y en París, que en Madrid, forman parte de ella, banqueros, agentes de negocios, escribanos, jueces, médicos, abogados, hasta individuos de la aristocracia.

—¿Pero qué se propone esa gente? Porque algún fin perseguirán, sin duda.

—¡Ya lo creo! El de la estafa en grande escala, no lo dude usted. De ahí salen proyectos de ferrocarriles, que después de recogido mucho dinero, no se realizan; empréstitos ruinosos, que dan productos colosales; herencias que recaen sobre individuos de la asociación, y como cuentan con altas protecciones, como que son muchos los que comen, están perfectamente protegidos los que trabajan, y las falsificaciones de billetes, de moneda, de valores de diversos Estados, hasta los secuestros, todo lo abraza esa Sociedad, que realiza sus operaciones en todos los terrenos.

—Vamos, Rosendo, me parece algo exagerada esa pintura.

—Puede que todavía resulte pálida, según me ha dicho ese amigo.

—En fin, yo necesitaría verlo para creerlo. Le soy franco.

—Pues al paso que vamos, me parece que lo ha de ver usted muy de cerca, por desgracia.

—¿Quiere V. callar?

—Callaré, puesto que lo desea, pero conste siempre que le he hablado como amigo, que observo, y que adquiero datos y noticias que tal vez, utilizados á tiempo podrían evitar algo.





CAPITULO CXVI

«La Familia»

El mismo Rosendo, no sabía todo el poder inmenso que representaba aquella poderosa asociación, de que estaba hablando al cajero.

Éste, como se ha podido comprender, hasta ignoraba que existiera.

El amigo que habló á Rosendo, era un agente de negocios que residía hacía muchos años en Paris, que por efecto de los asuntos que se le confiaban, tenía que hacer repetidos viajes, ora á Londres, ora á Bruselas, ora á Italia y Alemania, y había tenido ocasión de hablar con individuos pertenecientes á «La Familia», de quienes había adquirido algunos detalles respecto á su organización.

Pero estos detalles eran incompletos.

Tanto porque el agente no se preocupaba gran cosa,

cuanto porque los mismos individuos que á ella pertenecían no sabían con exactitud la verdad.

Sin embargo, el acento de convicción con que hablaba el joven, no dejaba de producir algún efecto en Calzada, que como hemos dicho, sabía lo que aquél valía verdaderamente.

—Pues, amigo mio,—le dijo,—yo no creo que los Directores de nuestra Sociedad sepan de ese D. Lucas Hurtado, lo que V. dice que es, porque yo les tengo por personas muy dignas y muy honradas, y hasta me parece que sería muy bueno y leal por nuestra parte, decirles algo.

—Ni una palabra, — repuso vivamente Rosendo. — No haga V. semejante cosa.

—¡Hombre! ¿Por qué?—preguntó sorprendido el cajero.

—Muy sencillo. Si no es verdad, ya se pone en mal con ellos, por haber sospechado que estuviesen de acuerdo con él.

—No, si yo no sospecho. Les aviso y nada más. Me parece que no deben ofenderse.

—Pues se ofenderían, no le quepa duda. Y si es verdad y ellos no ignoran quién es don Lucas, en ese caso, todavía peor. Créame V., lo que debemos hacer es observar y nada más.

El cajero comprendió que el joven tenía razón, y resolvió hacer lo que éste le acababa de indicar.

* * *

Veamos qué era «La Familia», y los elementos con que contaba.

En Londres, que es, por decirlo así, la población donde se reunen los mayores bribones del mundo, había tenido su nacimiento «La Familia».

Algunos bandidos de más genio que sus compañeros, se asociaron para ejecutar sus latrocinios y dedicarse á varias industrias, que los ponía á cubierto de las pesquisas de la policía; establecieron oficinas privadas, hicieron sus estatutos, buscaron casa á propósito para que sirviera de asilo á aquellos de sus asociados que, por algún golpe de mano demasiado atrevido, tuvieran que temer las persecuciones de la justicia; y, finalmente, nombraron un Consejo especial, al que dieron amplias facultades para disponer y mandar, aunque siempre con arreglo á los estatutos de la Sociedad.

«La Familia», perfectamente organizada, abrazando todos los diversos ramos del bandolerismo, tenía buques para introducir el contrabando; buques para hacer el comercio de negros en el Cabo de Buena Esperanza; posaderos que dejaban sin blanca á los viajeros que dormían tranquilamente en sus posadas; verdaderos bandidos que en medio de un camino, y á la clara luz del día, robaban y asesinaban sin piedad; y ladrones de alta escuela, que vestían como el *dandy* más almibarado, y que con una destreza extraordinaria *limpiaban* el bolsillo de la persona con quien estaban hablando.

Cada uno tenía sus instrucciones.

Los pícaros de todos los países tenían ingreso en aquella Sociedad, pero sin conocer todos los misterios, por si acaso á alguno le daba el capricho de descubrirla, no pudiera dar detalles.

Esto no era fácil que sucediese.

Los miembros de «La Familia» no tenían por qué quejarse de ella.

Poco á poco fué ésta adquiriendo tal extensión, y sus negocios se multiplicaron tanto, que las autoridades se pusieron muy alerta.

Entonces el Consejo Supremo tuvo un pensamiento feliz. Éste fué buscarse aliados poderosos, cuyas recomendaciones fueran suficientes para evitar que la acción de la justicia se ejercitase con todo el rigor que debía, sobre los malhechores que cayesen en su poder.

En todas partes se encuentran nobles arruinados, que no vacilan un momento en cambiar el oro para hacer que de nuevo brillen sus blasones, por su poder y su valimiento.

El Consejo de «La Familia» supo coger á algunos de estos en momentos dados, y una vez echado el gancho, difícil era que nadie se escapase.

Cogidos por el oro, por algún secreto importante, ó por otra causa cualquiera, se formó un nuevo Consejo de duques, al cual se le dieron algunas de las facultades que tenía el anterior.

Dado un paso en la mala senda, todos los demás se seguían inmediatamente.

Así fué que muy pronto los duques tenían más perspicacia, más maldad, si cabe, que los mismos bandidos que estaban bajo sus órdenes.

Los nobles señores que había en la Sociedad atrajeron otros más á su partido, y muy pronto la asociación contó con un gran número de aquellos personajes.

* * *

En vista del asombroso resultado que obtenía aquélla, el gran Consejo se decidió por establecer otra en Paris y otra en Berlin.

Pero conforme los duques de Londres habían arrebatado el poder á las mismas personas que se lo habían conferido, los nobles de Paris aspiraron al mando supremo, y el centro

francés fué desde entonces el único que tuvo la facultad de expedir órdenes.

«La Familia» iba de día en día tomando mayor vuelo.

Sus miembros estaban en todas las clases del Estado, y sus negocios eran sumamente heterogéneos.

Había jugadores de Bolsa que utilizaban perfectamente las noticias que se recibían en las regiones oficiales.

Escribanos que ponían en conocimiento de la asociación las escrituras de préstamo ó de venta que se habían hecho, para que los que habían tomado el dinero se viesen asaltados, cuando menos lo esperaban, y no tuviesen más remedio que entregarlo.

Cambistas de monedas, contratistas, agentes, posaderos, altos funcionarios, nobles y banqueros, estaban confundidos en aquella inmensa asociación.

Cuatro grandes centros tenía establecidos aquélla, y Londres, Bruselas, Madrid y París sufrían los efectos de aquel azote, cuyos instrumentos estaban en todas partes, y á los cuales era imposible encontrar.

Se manejaban los millones con una facilidad extraordinaria, y las cajas de «La Familia» estaban constantemente repletas para atender á cualquier incidente que pudiera ocurrir.

Al posesionarse del poder el Consejo francés, extendió, por decirlo así, mucho más sus relaciones, y España tuvo también que sufrir las depredaciones de aquella Sociedad.

En Madrid, lo mismo que en Paris y que en Londres, hubo también nobles arruinados, que quisieron restaurar su fortuna á costa de su honor, y éstos compusieron el Supremo tribunal llamado de los *Duqües*.

Sin embargo, el tribunal de Francia, no dió jamás unos derechos amplios á las Sociedades de los demás países, re-

servándose siempre el derecho de nombrar un jefe supremo.

Pero este jefe, tenía que estar, como se comprenderá muy bien, supeditado á aquel Consejo.

Había negocios que podía resolver por sí solo, mas en cambio, había otros, y eran los más, que no podía resolverlos sin la aprobación de aquél.

Esta dependencia era la que el marqués de Santullana, que había llegado poco tiempo antes á Madrid, trataba de hacer que desapareciera, según veremos más adelante.

* * *

Dados estos ligeros antecedentes respecto á la Sociedad á que pertenecen varios de los personajes que más figuran en nuestra obra, atravesemos la distancia que separa á Madrid de Carabanchel, y llegaremos á este último punto.

La casa donde vamos á penetrar, es una de esas quintas deliciosas que de pocos años á esta parte, se han ido levantando en diversos puntos del ensanche de Madrid y en los pueblos inmediatos.

La que vamos á visitar está en Carabanchel Alto.

Y no está aislada en medio del campo, como tal vez pudiera creerse.

Todo lo contrario.

Está situada en lo más céntrico del pueblo.

Una ancha verja de hierro, deja percibir entre sus espesos barrotes, un jardín perfectamente cuidado, con anchas y extensas calles de árboles, por entre los cuales se deja percibir el rumor de algunas fuentes caprichosamente construidas.

En medio de aquel jardín, y casi oculto por una ancha alameda de plátanos, hay un palacio.

Y decimos palacio, porque desde luego no encontramos una calificación más á propósito que dar á aquel inmenso edificio, con anchas escalinatas de mármol, delicados frescos pintados en los techos de las habitaciones, y multitud de criados pululando por todas partes.

Aquella posesión pertenecía al marqués de Pino Seco.

Todo el mundo se sorprendía del extraño capricho del marqués, en sostener semejante número de holgazanes en una casa de recreo, á la cual iba muy pocas veces.

Pero se sabía que el marqués era muy rico, y, por lo tanto, podía muy bien gastarse algunos miles de duros, en sostener aquella finca bajo el pie que estaba.

Nosotros, sin entrometernos á dar más detalles, subiremos la ancha escalera que conduce al piso principal, y penetraremos en él.

* * *

El marqués de Pino Seco, tiene la costumbre de cuando en cuando, de llevar algunos amigos á comer á aquella quinta, y, por lo tanto, los campesinos no se extrañaban de ver en ciertos y determinados días, algunos carruajes detenidos dentro de la verja que rodeaba el jardín.

En el momento que hemos entrado allí, había varios á la puerta de la casa.

Como es consiguiente, nuestra curiosidad se despertará y deseará conocer á las personas que hay allí dentro.

Atravesaremos varios salones hasta que, por fin, llegaremos á uno, en cuyo fondo hay una puerta, delante de la cual se pasean dos criados.

Estos dos hombres deben tener, sin duda, alguna consigna especial, porque cuantas personas llegan allí, murmuran una palabra en su oído, y franquean la puerta.

Nosotros nos escurriremos como podamos detrás de un de los que acaban de llegar, y penetraremos en aquella especie de *Sancta Sanctorum.*

Una sorpresa extraordinaria se dibujara en nuestro semblante.

Allí nos encontraremos con una multitud de personas que frecuentan los círculos más elevados de Madrid.

Allí veremos algunos altos caballeros pertenecientes á la aristocracia, entre los cuales se cuentan el dueño de la casa.

Allí también está el agente de negocios, D. Lucas Hurtado.

Todos estos personajes se encuentran muy agitados, á juzgar por su conversación y por las miradas que de cuando en cuando dirigen hacia la puerta de entrada.





CAPITULO CXVII

Murmuraciones

FORMANDO diversos grupos, unas veces, y otras, reuniéndose todos en derredor de cualquiera que hablara, los caballeros que ocupaban el salón de la quinta, demostraban de un modo palpable el estado de agitación en que estaban.

A lo mejor, preguntaba uno al que tenía más cerca:

—¿Sabe V. el objeto de la convocatoria de hoy?

—He oido decir que se trataba de asuntos de gran interés para «La Familia»...

—Sí, de interés es todo; pero me parece que cada uno hacemos más falta en nuestras respectivas casas, que es lo de verdadero interés para la Sociedad, que no aquí, escuchando majaderías.

—Ya tiene V. razón.

En otra parte, decía un almibarado caballero:

—He tenido que sostener una batalla con Flora, para venir hoy. Llevamos en esta semana tres reuniones ya, y no sé para qué es todo esto.

Y de esta manera en cada agrupación se comentaba el objeto de aquella junta.

—Saben Vdes.,—decía el marqués de Pino Seco, adoptando cierto aire confidencial, y dirigiéndose á un grupo que le preguntaba con interés,—¿saben Vdes. que me está dando mucho en qué pensar el marqués de Santullano?

—Eso mismo hemos dicho nosotros.

—Usted ya le ha visto,—repuso el marqués dirigiéndose á otro joven que había á su lado.—No sé por qué se me figura que ese hombre no va con nosotros de buena fe.

—Peor para él,—repuso D. Lucas Hurtado, el agente que, según Rosendo, tenía en Madrid el «Crédito Universal», con acento amenazador.

—O para nosotros: no sabemos á quien podría salirle peor la cuenta.

—¿Qué quiere usted decir, marques?—exclamaron algunos.

—Yo he cumplido con dar mi aviso; he hablado con el marqués, y, francamente, hay algo de misterioso en él, que no me agrada.

En este momento, una voz fuerte y poderosa retumbó en el salón, diciendo:

—Señores, va á constituirse el *Gran Consejo.*

Inmediatamente todas aquellas personas fueron ocupando asientos, dispuestos ya de antemano, estableciendo algunas diferencias en su colocación.

En el fondo del salón, se veía una mesa de despacho, y la mayor parte de los lienzos de pared que había en el mismo

estaban cubiertos por magníficos estantes de palo santo, llenos de libros perfectamente encuadernados.

En uno de los costados del salón, había otra mesa, en derredor de la cual, se veían varios sillones.

El resto de la estancia, estaba circuído por un ancho diván de terciopelo carmesí.

Sobre las mesas se veían dos índices de los libros que contenía la librería, y tinteros y libros tirados en desorden.

Todo estaba allí dispuesto de manera, que en caso de penetrar alguien en aquel salón, no habría podido menos de suponer que aquella habitación era la biblioteca del palacio, y que los amigos del marqués estaban allí haciendo tiempo hasta la hora de cenar, hojeando algunos libros.

Ante la mesa del fondo, se habían sentado cuatro individuos.

En el centro quedaba un asiento vacante.

Alrededor de la mesa que estaba á un lado del salón, había cinco caballeros, y de frente á ellos, sentados en el diván de que dejamos hecho mérito, hasta veinte individuos más.

A la derecha del asiento vacío, en la primera mesa, estaba don Lucas.

Sentados frente á la segunda, encontraremos al marqués de Pino Seco, el conde del Prado, el barón del Valle y otros personajes muy conocidos en la alta sociedad madrileña.

En la puerta del salón estaban dos criados, y junto á la mesa del fondo otros dos.

Uno de éstos, fué el que anunció que el Consejo se iba á reunir.

Aquellos cuatro hombres permanecían inmóviles.

Cuando se hubo restablecido el silencio, cuando cada uno, por decirlo así, se hubo colocado en su sitio, don Lu-

cas, que era quien ocupaba la presidencia, se levantó y dij

—Señores, son las ocho y media, y á las nueve llegará e
marqués de Santullano; tenemos media hora para ocupar
de él.

—¿Pero quién es ese marqués?—preguntó uno de los q
allí se encontraban.

—Eso es lo que necesitamos averiguar, y para lo cu
hemos contado con Vdes.

—Sepamos, hable V.,—exclamaron algunos.

—El marqués de Santullano,—dijo el presidente,—se h
presentado en Madrid después de haberle precedido un
fama extraordinaria. Aquí se recibió una comunicación
Consejo Supremo, en la cual se nos decía que un día deter-
minado, y dando todos los detalles imaginables, había de lle-
gar á Madrid el marqués de Santullano, alto personaje espa-
ñol, que había pasado muchos años, mejor dicho, toda su
vida, haciendo estudios profundos en medio de las tribus
americanas, y que venía á Madrid provisto de grandes teso-
ros y dotado de superior inteligencia; que se le esperase en
un sitio determinado, y que se le hiciera desaparecer reco-
giendo títulos y cuantos documentos fueran necesarios para
identificar su persona.

—¿Y desapareció?—preguntaron algunos.

—Las órdenes que da el Consejo Supremo, se obedecen
siempre, señores.

—¿Y el marqués?

—Al mismo tiempo que recibíamos aquella orden, veni
otra también, por la cual se nos daba aviso de que en la mis-
ma noche en que aquélla debiera suceder, llegaría por el ex-
preso de Francia, D. Jorge Téllez Girón. Ustedes recordarán,
señores, que dos meses antes, y en virtud de instrucciones
recibidas de Francia, habíamos hecho correr la voz de que

ese D. Jorge Téllez, que tanto había dado que hablar en Londres, en París y en Italia, era el marqués de Santullano, que había querido observar un incógnito rigoroso, y que harto de visitar el extranjero venía de nuevo á España, su país natal, á terminar su carrera de galanteos y calaveradas.

—¿Conque, según eso, el marqués de Santullano actual, es ese D. Jorge Téllez, de quien tanto se ha hablado?

—El mismo, señores; pero él no sabe, ni sabrá nunca, según la orden del Consejo Supremo, el precio á que ha comprado su título y su posición.

—¿De veras?...

—Sí, señores; Téllez esperaba la noche en que desapareció el marqués, en el Hotel de Rusia. Allí se le llevaron todos los documentos que necesitaba, y hasta ahora nadie le ha dicho, ni le dirá la verdad.

—¿Y qué supone V. del marqués?

—Ese hombre se nos hace sumamente sospechoso.

—¿En qué sentido?—preguntó el barón del Valle, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—Eso es lo que nosotros no podemos definir, y para esto hemos contado con Vdes.: hay en la vida de ese hombre algo de misterioso que nos sorprende; por esa razón hemos querido que cada uno de Vdes. fuese á verlo, que hablase con él, que tratase de comprender su secreto, que le estudiase perfectamente, á fin de que pudieran comunicarnos el resultado de sus observaciones. Vamos, V., conde del Prado, usted que ha sido de los primeros en visitarle, ¿qué opina de él?

La persona á quien se había dirigido el presidente de aquella reunión, era un joven, perteneciente, como la mayoría de los que estaban allí reunidos, á la alta aristocracia madrileña.

En su rostro se veían impresas las huellas de la crápula, del vicio y de la disolución.

Quizá éste había sido el lazo de que «La Familia» se había valido, para apoderarse de él.

El conde se levantó de su asiento y contestó:

—Señores, he visto al marqués de Santullano más de una vez; me ha parecido un tanto altanero, muy orgulloso y bastante reservado. Me ha hecho preguntas bastante capciosas respecto á la asociación, le he juzgado con bastante imparcialidad, y creo que, á pesar de todo cuanto diga el Supremo Consejo francés, debemos de andar con mucho cuidado para admitirlo en nuestro seno.

—Esa es también nuestra opinión,—dijeron algunas voces.

—Y V., señor barón del Valle,—dijo el presidente,—usted que se ha hecho su amigo íntimo, ¿qué juicio ha formado de él?

—Me parece,—contestó el joven,—un cumplido caballero, que todo en él respira nobleza y dignidad, y que le creo incapaz de cualquier proyecto indigno de una persona de honor y de lealtad.

—Siento no opinar como mi digno amigo el barón,—dijo entonces el marqués de Pino Seco, levantándose á su vez del sitio en que se hallaba.—Yo he hablado con el marqués, he creído leer un poco en el interior de su corazón, y me atrevo á decir muy alto y á sostener lo que digo, que el marqués de Santullano es ambicioso; lo que, siendo miembro de «La Familia», le constituye en el enemigo más temible que ésta cuenta en su seno; que tiene una audacia extraordinaria, y que, si no andamos con cuidado, ese hombre tratará de resumir en sí, el poder supremo.

—¡Qué está V. diciendo, marqués!—exclamó el presidente.

—La verdad; hablo con arreglo á mis convicciones y al
studio que he hecho del marqués, en el poco tiempo que le
e visto.

—Pues me parece que en la ocasión presente, se halla us-
ed en un gravísimo error,—dijo el barón.

—¿De veras?—preguntó el marqués con cierta ironía.—
Parece que toma V. su defensa con mucho calor.

—La tomo como debo tomarla, toda vez que oigo insultar
 una persona y tratarla de ambicioso, cuando hay aquí mis-
mo algunas que abrigan proyectos más atrevidos que los que
se atribuyen al marqués.

—¡Señor barón!—gritó el de Pino Seco, pálido de cólera.

—No me retracto de lo que digo.

Iba ya á replicar el marqués de una manera harto dura,
cuando abriéndose la puerta del salón, apareció en ella un
criado que dijo:

—El señor marqués de Santullano.





CAPITULO CXVIII

Un crimen

ANTES de seguir adelante, es necesario que nuestros lectores puedan explicarse las palabras pronunciadas por don Lucas, en la reunión celebrada en la quinta del marqués de Pino Seco.

Según ellas, el título de marqués de Santullano había sido adquirido por el que lo llevaba, por medio de un crimen. Veamos cómo se cometió éste.

En el camino de Extremadura, y distante escasamente dos leguas de la Corte, ocultos entre los árboles y no con muy buenas intenciones sin duda, dos meses antes de los sucesos narrados en el capítulo anterior, había seis hombres perfectamente armados y hablando acaloradamente.

A no ser la noche tan obscura, nuestros lectores pudieran distinguir muy bien sus semblantes.

Pero ya que esto no pueda ser, les daremos una idea, ɹnque muy ligera.

Todo lo peor que la mente se pueda imaginar, se estereopaba en ellos.

El crimen se leia en aquellos semblantes de una manera ɪstante enérgica.

Añadamos á esto, trajes compuestos de piezas sumamen- heterogéneas, y rotos y sucios por todas partes; y tanto ɔr esto, cuanto por verlos armados en aquel sitio y con ɪuellas precauciones, comprenderemos que semejantes in-ividuos sino son bandidos les falta muy poco para ello.

—Oye, tú, *Mala Sangre*. ¿Vamos á tener mucho que es-ɜrar aquí?—dijo uno de ellos.

—¡Vaya una pregunta!... Hasta que hayamos *despavilao* ese mozo.

—De manera que si no le da la gana de venir en toda la ɔche, vamos á pasar un frio de *mistó*.

—Anda, que otras peores has pasado.

—Esa no es cuenta.

—Tiene razón *Poca Pena*,—dijo otro de los bandidos.—o es cuenta el que en otro tiempo hayamos estado hechos ɑos perros por esos caminos, para que ahora volvamos á ɜtarlo.

—¡Toma! Pero entonces no teniais una *familia* que cuida-ɪ de vosotros; que os sacara de la *trena*, si ibais á ella, y ue os pagase un sueldo diario *todos los dias*, por no hacer ada la mayor parte de ellos.

—Mira, tú, *Almiforero*, no vengas ahora á defendernos «La Familia»,—dijo *Poca Pena* de mal talante.

—Como que es uno de los que menos hacen y de los que ɪejor cobran,—dijo otro de los bandidos,—es natural que la efienda.

—Oye, tú, *Chispero*, ya me has dicho muchas vec-
eso mismo, y veo que tienes gana de que armemos u.
gorda.

—¿Y á mí, qué?...

—Aquí unos cardan la lana y otros son los que se lle-
la fama; no, pues que se anden con cuidado conmigo, por-
que cada uno, es cada uno...

—¿Es por mí por quién dices eso?...—preguntó el *Al-
forero*.

—Por tí y por otro que sea más hombre que tú.

—Vamos, caballeros; hablando en plata, *toos* sois un-
brutos.

* * *

Mala Sangre, al par que terciaba en aquella cuestión, se
interpuso entre todas aquellas personas tan *decentes*, qu-
estaban á punto de tirar de las navajas para sostener cad-
una sus derechos.

—Y ¿por qué somos unos brutos?...—preguntó el *Alf-
rero*.

—Porque sí; vais ahora á pelearos por una brutalid-
vamos, sois unos chavales, y no conocéis nada de mund-.

—Vamos, *Mala Sangre*, menos palabras y...

—Mira, tú, *Poca Pena*,—dijo *Mala Sangre* con una ca-
ma que contrastaba con lo terrible de sus palabras;—pa-
destriparte, así como quien destripa un pichón, no neces-
esforzarme mucho, ya lo sabes. ¿Me has comprendido? A-
que *soniche* y cada uno á su obligación.

—Pero...

—¡Rayos y truenos! Cuando yo hablo, no quiero que n-
die me replique. «La Familia» nos ha mandado que estem-
aquí, y el que no quiera, puede dejarlo; pero no le arrien-

ı ganancia, que lo que es con la gente de allá abajo, maldito i se puede jugar.

Las palabras del bandido compusieron, como no podían ıor menos de hacerlo, á aquella gente: entre ellos ya se sabe ue no existe más ley que la de la fuerza, y *Mala Sangre* emostraba tenerla hercúlea.

Todos los murmullos cesaron, y aquellos hombres, que nomentos antes abrigaban disposiciones tan hostiles los ınos contra los otros, permanecieron silenciosos, mientras ue *Mala Sangre,* que parecía el jefe de ellos, masticaba, ntre sus negruzcos dientes, la colilla de un cigarro de esos ue, para martirio de cualquier cristiano, se venden en los stancos.

Así transcurrió algún tiempo, hasta que de pronto se lejó percibir un rumor bastante lejano; todos los ojos se vol-ieron en la dirección en que aquél sonaba, y *Mala Sangre,* lando el último chupetón á su cigarro, exclamó:

—¿Si estarán ya ahí?

—Parece que se oye el galope de un caballo,—dijo uno le los bandidos.

*
* *

Efectivamente; el rumor indicado, se percibía, acercándose gradualmente.

—Al suelo todo el mundo, y mucho silencio,—dijo *Mala Sangre.*

Los bandidos permanecieron inmóviles, y entretanto el ruido del caballo se escuchaba cada vez más claro y más distinto.

Poco después se dejó oir un silbido, modulado de una manera particular.

Al escucharlo, *Mala Sangre* exclamó:

—¡Por vida del diablo! Esa es la señal.

El silbido volvió á repetirse de nuevo; entonces, el bandido, no dudando ya, se puso los dedos en la boca y silbó de una manera particular.

Entonces, pareció que el caballo emprendía su carrera con más precipitación, llegando, á los pocos momentos, al sitio donde estaban *Mala Sangre* y su gente.

Aquél se lanzó al camino, y dijo al jinete que regía el corcel:

—¿Quién eres?

—*Portugal*,—contestó aquél.

—*España*,—dijo el bandido, completando, por decirlo así, la contraseña que, sin duda, estaba de antemano convenida.

—Ya viene ese hombre,—dijo el jinete.

—Hace seis horas que le estamos esperando. Y ¿viene solo?

—¡Si los conductores de la silla de postas, son también de «La Familia»!

—Mejor que mejor; con eso nos evitamos tener que meterle á otro, una cuarta de acero dentro del cuerpo.

—Vaya, que se acercan, *Mala Sangre*.

—¡Muchachos!—gritó éste.—Listo todo el mundo.

Y después continuó, dirigiéndose al jinete:

—¿Dónde vamos con la silla, después?

—Al Puente de la Reina. Ya saben los conductores lo que han de hacer.

—Está bien.

—Sobre todo, tened mucho cuidado con quitarle todos los papeles.

—¡Oh! Descuide V., que en cuanto á eso, yo le aseguro que ha de quedar el *probe* más limpio que una patena.

—Conque, adiós; cumplid bien el encargo.

—Vaya V. *descuidiao.*

El jinete picó espuelas á su caballo, y pocos momentos después había desaparecido tras una nube de polvo.

* * *

Entretanto, la silla de posta iba acercándose hacia el sitio donde se encontraban los bandidos.

Mala Sangre reunió inmediatamente á sus compañeros, y dictó las disposiciones necesarias para la realización del proyecto que llevaba entre manos.

Los bandidos avanzaron hasta el camino, ocultándose como pudieron, tendiéndose en el suelo, esperando la llegada de los desprevenidos viajeros, que á cada momento anunciaban estar mucho más próximos.

El carruaje rodaba con velocidad y en muy poco tiempo se encontró en el sitio donde aquéllos le aguardaban.

Entonces se escucharon esas palabras que llenan de espanto á todos los viajeros, porque generalmente sirven de prólogo á escenas terribles.

—¡Alto ahí!—gritó *Mala Sangre.*

Y al mismo tiempo los caballos fueron detenidos, abriéndose violentamente las puertecillas del vehículo.

Dentro de él iba un caballero.

Escuchó impasible la orden dada por el bandido, y cuando éste abrió la puerta del carruaje, exclamó con un acento tranquilo y sereno:

—¡Cáspita!... ¿Pues no decían que en España no había ya ladrones?...—Y prosiguió dirigiéndose á aquéllos:—Vamos, vosotros queréis sin duda dinero, ¿eh?...

—¡Cá! Queremos más que eso,—contestó el bandido.

—¿Cómo?...—repuso el caballero sorprendido por la entonación que *Mala Sangre* habia dado á sus palabras.

—¡Toma! Si lo que nosotros queremos es el pellejo de usted.

—¡Miserables!...—gritó el caballero con esfuerzo; os doy mi oro y no os contentáis, pues venid á buscar mi vida si sois hombres.

Y al decir estas palabras dió un tremendo empellón á los dos bandidos que habia junto á la puerta, y saltando de un brinco al camino, apuntó resueltamente con su rewólver á *Mala Sangre*, diciendo:

—Ya lo has oido: si eres capaz de venir á buscar mi vida, da un paso y yo te prometo que la tuya no ha de quedar muy bien parada.

Mala Sangre se contentó con sonreirse de una manera terrible, y haciendo una señal al *Almiforero*, dijo:

—No hay que alterarse, no hay que alterarse, señor; todo eso no ha sido más que una chanza; afloje V. los *parnés* y únicamente si V. se empeñara... pues, que le pintariamos un *jabeque* en el cuerpo; ya ve V. que me parece que somos bastantes para hacerlo.

* * *

El caballero debió también comprenderlo así, porque dejando su actitud amenazadora, dijo:

—Bueno; quiero ver mejor en vosotros á los bandidos que á los asesinos; he oido tantas veces hablar en el extranjero de los asesinos españoles, que, francamente, tenia deseos de convencerme si era cierto que mi patria no habia cambiado en nada desde que yo la dejé.

—Vamos, señor, menos palique y al negocio; aquí no estamos para perder tiempo.

—Es verdad, no me acordaba entre las gentes que me hallo; tomad.

Y al decir el viajero estas palabras, echó mano á su bolsillo, con objeto, sin duda, de sacar lo que llevaba en él.

Pero no pudo hacerlo.

El *Almiforero* se arrojó inmediatamente sobre él, ayudado por dos ó tres de aquellos canallas, sin que el caballero tuviera lugar para defenderse.

La navaja del bandido penetró en su corazón, y pocos momentos después el viajero, no era más que un cadáver.

—¿Sabéis que lo siento, muchachos?—dijo *Mala Sangre.*

—Parecía un valiente.

—Y lo era.

—Pero, en fin, nos lo han *mandao* y nosotros no podemos hacer más que cumplir con nuestra obligación; á ver, galopines,—prosiguió dirigiéndose á dos de aquellos rufianes,—registrad á ese buen señor y dadme lo que encontréis.

El *Chispero* y otro de su misma calaña se encargaron de hacer lo que su jefe les mandaba, y pocos momentos después, el dinero y una cartera con papeles, que era lo que aquél llevaba, estaban en poder del bandido.

—Ahora nosotros, hacia el Puente de la Reina. A ver, vamos arriba.

Mientras se sostuvo el anterior diálogo, dos de los ladrones habían estado abriendo un hoyo, en el cual, después de haberle mutilado horrorosamente, enterraron el cadáver del viajero.

Cuando concluyeron aquella operación, siguiendo el ejemplo de *Mala Sangre,* se subieron á la silla de postas, partiendo, según el bandido había dicho, en dirección al Puente de la Reina.

El trayecto recorrido por los bandidos no fué muy largo.

La silla de postas volaba por la carretera, levantando espesas nubes de polvo.

Indudablemente, el miedo acosaba á los bandidos que habían realizado la hazaña de asesinar al indefenso caballero.

Sin embargo, la carretera estaba sola.

Aunque la noche era bastante obscura, en el espacio que la vista alcanzaba por detrás y por el frente del carruaje, no se veía á nadie.

Media hora llevaría la silla de postas de galope desenfrenado, cuando el cochero que la guiaba empezó á moderar el paso de las cabalgaduras.

Algunos minutos después hizo alto.

Habían llegado al Puente de la Reina.

La carretera se bifurcaba allí en dos ramales. En el de la izquierda, ó sea al contrario al que seguían los bandidos, y apoyada en uno de los estribos del puente, había otra silla de postas.

De su interior partió un silbido.

Mala Sangre contestó con otro, acercándose luego resueltamente á un hombre que hacia él se dirigía.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

—*España,*—contestó el recién venido—.¿Y tú?

—*Portugal.*

—¿Y el asunto?

—Terminado. Ahí está todo.

Y *Mala Sangre* al decir esto, entregó al otro cuanto quitaron al cadáver del caballero.

Volvieron á sus respectivos sitios, y poco después las dos sillas de postas se perdían de vista en opuestas direcciones.



CAPITULO CXIX

Establecimientos importantes

Pocos días después de haberse anunciado pomposamente en los periódicos la llegada á Madrid del marqués de Santullano, poderoso caballero español que hacía muchos años viajaba por el extranjero y de quien se contaban aventuras extraordinarias, en la calle del Prado, en una magnífica casa que acababa de construirse, se montaban diversos establecimientos, que desde luego hubieron de llamar la atención, porque nadie podía imaginarse que cierta clase de negocios pudieran prosperar en aquella calle.

La casa en cuestión ofrecía la circunstancia especial de formar esquina con la calle del Baño, precisamente junto á la casa que habitaba el marqués de Santullano.

La entrada de la casa á que nos referimos era por la calle del Prado.

El edificio era grandioso, y sus tiendas llamaban la atención á pesar del sitio en que se encontraban.

En el piso principal había establecida una gran agencia de negocios y de transportes para España y el extranjero, y el segundo le ocupaban las oficinas de giro de los señores Stanley y Compañía.

Las dos tiendas que había en la planta baja, eran una verdadera maravilla.

La una, era un vasto almacén de bisutería, bajo la razón social de los Sres. Sousa y Colomini, y la otra, el taller de una modista francesa llamada Mme. de L'Ardonais.

La aparición de todos estos personajes, causó una extrañeza extraordinaria en el barrio, pero no pasó de ahí.

Los dueños de los respectivos establecimientos se trataban con cierta ceremonia, y nadie podía quejarse de haber salido descontento de una ó de otra parte, aun cuando no hubiesen comprado nada en ellas.

En cuanto á la agencia de negocios y transportes, se conoce que era importante, porque en todo el día cesaban de llegar y de despacharse carros llenos de fardos que venían de fuera, ó que salían para distintos puntos, y clientes que entraban y salían para asuntos particulares.

* * *

La casa de banca de los Sres. Stanley y Compañía, debía tener también mucho trabajo, pues desde los primeros días la frecuentaba gran número de corredores, agentes y cobradores, durante las horas en que las oficinas estaban abiertas.

Nadie conocía al jefe de la casa.

Tenía dados poderes al jefe de contabilidad, que era un

tal D. Andrés Urquiza, y éste se entendía para todos los negocios con las personas que se ponían en relación con la casa.

El despacho de Jorge Stanley era inaccesible para todo el mundo.

Se había dicho que estaba viajando, pero ya hacía diez días que estaba en Madrid, y aun no se había dado á conocer á nadie absolutamente.

El día de que hablamos, era el domingo de Carnaval, y, por lo tanto, oficinas y tiendas estaban cerradas.

Unicamente la agencia de transportes estaba abierta.

Subamos la ancha escalera y lleguemos hasta el piso segundo.

La tarjeta de metal donde se lee «Stanley y Compañía», nos demostrará que aquella es la casa que vamos buscando.

Franqueando la puerta, y atravesando los escritorios, la caja, y los despachos del tenedor de libros y del jefe de contabilidad, nos encontraremos con una mampara de terciopelo verde, delante de la cual hay un criado.

Prescindamos de éste, y abriendo la mampara penetremos en un saloncito perfectamente amueblado, en el fondo del cual hay otra puerta.

La salvaremos también, y por fin nos hallaremos en un gabinete en medio del cual hay un velador cubierto con un tapete de terciopelo, alrededor del cual hay tres butacas de la misma clase.

Algunos trozos de leña arden en la chimenea, esparciendo por la estancia un calor sumamente agradable.

Dos de las butacas están ocupadas.

El jefe de contabilidad y el agente de negocios D. Lucas Hurtado, son los que están en ellas.

* * *

Ambos fuman dos magníficos habanos, que han tomado de una cigarrera de palo santo con embutidos de nácar, que hay sobre el velador.

—Conque, amigo Urquiza, nuestros negocios parece que marchan á las mil maravillas,—decía el agente.

—¡Ya lo creo! La emisión que hemos hecho de billetes fabricados en los talleres de Carabanchel, nos ha valido cerca de dos millones.

—Sí, pero en cambio han salido de Caja, para el Señor, setenta mil duros.

—Y eso en diez días solos que hace que se encuentra en Madrid.

—Los *Duques* le han dado unas atribuciones tan amplias...

—¿Pero quién es ese hombre?... —exclamó Urquiza al cabo de algunos segundos.—Nadie lo sabe, nadie le conoce, mientras que él...

—El os conoce á todos, señores,—dijo en esto una voz á espaldas de los dos hombres.

Estos volvieron la cabeza sorprendidos, y vieron que junto á ellos estaba Stanley.

Aprovechando lo embebidos que aquéllos se encontraban en su conversación, había penetrado en la estancia y el ruido de sus pasos había quedado amortiguado por la tupida alfombra que cubría el pavimento.

—¿Saben Vdes.,—preguntó el jefe de la casa con severidad,—que está prohibido terminantemente que ninguno de los miembros que componen «La Familia», se ocupe para nada de lo que hagan, ni de quiénes sean los demás?

—Perdone V., pero...

—Tengan Vdes. muy presente su conducta, y no se ocu›en de la de nadie; quizá en la de Vdes. encuentre yo ahora ılgo que les agrade muy poco, y que me obligue á proceder le una manera harto severa con aquellos que no tan solanente faltan á sus deberes, sino que incitan á otros á que alten á ellos también.

—Es que...

—¡Silencio! ¿Quién se atreve á replicar cuando yo ha›lo?...

Y había tal autoridad, había tanta fuerza en el acento de ›tanley, al pronunciar aquellas palabras, que los dos hom›res permanecieron anonadados y sin atreverse á decir una ›alabra.

* * *

Stanley los contempló con severidad, y al cabo de alguıos segundos, dijo:

—A ver esas cuentas; vengan los libros, que quiero yo 'er el arqueo de esta semana.

—Aquí está.

Y al decir estas palabras, Urquiza puso en manos de Staney un libro que tomó del velador de que antes hicimos men:ión.

Stanley se puso á mirar detenidamente algunas de las ›artidas que había en él.

El agente de negocios y el jefe de contabilidad, que ha›ian palidecido al escuchar las palabras que les había dicho ›u jefe, en el momento en que le vieron entretenido, cambia'on entre sí una mirada de inteligencia, é hicieron un movinienio para lanzarse sobre él.

Pero Stanley conocía perfectamente la clase de hombres

con quien trataba, pues aunque parecía tener puesta su aten-ción en el trabajo que estaba mirando, no perdía de vis- ninguno de los movimientos de aquéllos.

Por lo tanto, cuando fueron á lanzarse sobre él, no hiz más que volverse, y cogiendo á cada uno por el cuello, l repelió con tal fuerza, que fueron á caer á algunos pasos d- distancia del sitio en que se hallaban.

—¡Miserables!...—les dijo Stanley.—No habéis olvida todavía vuestras tendencias de robo y de asesinato; v- que me había engañado, cuando creí que tú, Urquiza, te ha-bías olvidado de tus fechorías en el campo de San R-que; así como también me había creído que Hurtado, hab. dado al olvido que están pendientes en la Audiencia de C-ceres dos causas por robo y falsificación. Me parece q ahora comprenderéis que á quien tanto sabe, se le debe tr-tar con alguna consideración.

Los dos individuos, tan bruscamente tratados y acusad con tal violencia, quedaron anonadados por las palabras d Stanley.

Éste, satisfecho por el efecto que habían producido, co-templó á los dos bribones y les dijo:

—Ahora ya sabéis que os conozco; por lo tanto, qued- en libertad para obrar como mejor os parezca; dejadme sol para nada os necesito.

Urquiza y Hurtado no se hicieron repetir aquella orden.

*
* *

Pocos momentos después abandonaban la habitación, s atreverse á mirar siquiera á un hombre que tenía semejan- fuerzas, y que poseía secretos tan terribles para ellos.

Cuando Jorge Stanley quedó solo, dirigió una mirada á s alrededor, murmurando:

—Me he creado dos enemigos terribles, pero ¿qué me importa? A otros peores he vencido, también venceré á stos.

Y después fué á sentarse cerca del balcón.

Indudablemente, la figura de Jorge Stanley, era de esas ue llaman la atención á primera vista.

Pero que llaman la atención, de una manera profunda é ndestructible.

Era alto, su figura era extraordinariamente distinguida, emanaba de él un perfume tal de elegancia y de distinción, ue admiraba.

Negros sus ojos y rasgados, tenían una mirada tan pronda, que parecían penetrar hasta el fondo del alma.

Su voz era vibrante y harmoniosa, y no era posible resisr á las inflexiones de su acento ó á la brillante irradiación e sus miradas.

En la frente de aquel hombre había una altivez, había na nobleza y una honradez tal, por decirlo así, que no se bía qué admirar más en ella, si la pureza que ostentaba ó s dotes que en ella se leían.

Sin embargo, mirándole con detención, se observaba en una nube de sombría tristeza, una melancolía extraordiria que realzaba doblemente los encantos de su varonil sonomía.

Buen espacio permaneció Stanley en actitud pensativa, asta que dijo de pronto:

—Esta lucha va á ser terrible dentro de poco; pero, sin nbargo, hay algo dentro de mí, que me dice que venceré. s necesario que reuna todos los elementos que necesito ra realizar el golpe que deseo. Jorge Stanley tiene que jar el puesto al marqués de Santullano, y es preciso que te puesto no me lo pueda ya disputar nadie.

Iba á continuar su monólogo el marqués, cuando se abr
la puerta del gabinete y apareció en ella el barón del Vall

En el rostro de Jorge se pintó la satisfacción que aquell
visita le causaba

Santullano, habituado al trato social, poseía como nad
lo que se llama don de gentes

Quien una vez se le acercaba, era su amigo para siempr

Tal poder fascinador le había facilitado en grado sum
el estudio del corazón humano, que conocía á la perfecció

Con su extraordinaria perspicacia, había adivinado ex-
cepcionales condiciones en el joven barón del Valle.

Por eso la visita de este caballero causábale una satisfac-
ción que no trató de disimular.





CAPITULO CXX

Conversación de amigos

El barón del Valle, á quien nuestros lectores han visto ya en la quinta de Carabanchel, era un joven extraordinariamente simpático, y que de la misma manera que Santullano, apenas podía concebirse que perteneciese á una Sociedad de estafadores, como era «La Familia».

Sin embargo, si nos permitimos levantar un poco el velo misterioso que ocultaba la existencia de aquella vasta asociación, que tenía extensas ramificaciones en todas partes y establecidos cuatro grandes centros, dependientes todos del de París, veremos que no todos los individuos que formaban parte de aquella Sociedad, eran unos malvados.

Entre los múltiples negocios que abrazaba la poderosa asociación, estaba el de escoger hábilmente y en momentos

determinados, individualidades que podían convenirle para los determinados fines que perseguía.

Necesitaba influencias, prestigios, nombres ilustres, y como no era lógico que pudiera presentarse á ninguno de los individuos que reunían aquellas condiciones, para decirles que fuesen á tomar parte en aquella sociedad de crimen, tenía que cogerles en los momentos de debilidad en que necesariamente no tuvieran otro remedio que sucumbir.

La vida licenciosa, el juego, las mujeres, los gastos exorbitantes, los compromisos políticos, todo era perfectamente explotado por los que dirigían aquella tenebrosa asociación, y necesario es convenir que la colecta que habían hecho de altos personajes, era realmente de gran importancia.

* * *

El padre del barón del Valle, había llevado una vida sobradamente licenciosa.

Casado con una mujer inmensamente rica, parecía que había sentado la cabeza; pero á los cuatro años de casado, y cuando ya tenía dos hijos, reincidió en las anteriores locuras que, como fácilmente puede comprenderse, entrañaron entonces más gravedad, por las excepcionales circunstancias que le había creado su casamiento.

Durante algunos años, su esposa soportó, resignada, aquella desgracia, que no había podido prever.

Pero llegó un día en que vió terriblemente amenazados los intereses de sus hijos, y antes que dejarlos sumidos en la miseria, no tuvo más remedio que ampararse de la ley para pedir la separación y la administración de sus bienes.

Una vez obtenida, encerróse con sus hijos en el magnífico hotel, que constituía parte de su fortuna, mientras que el barón del Valle, á banderas desplegadas, proseguía su marcha.

En breve espacio derrochó su fortuna: desapareció de Madrid, se le vió en París, regresó á Madrid más rico que antes, disfrutando de gran favor con el gobierno, hasta que, finalmente, fué muerto en un desafío con un caballero alemán, que le disputaba el amor de una hermosa *denimondaine.*

Entonces tenía su hijo Angel dieciocho años, y educado por su madre, era todo lo que se llama un joven juicioso, dotado de carácter firme, de un valor á toda prueba y con los conocimientos suficientes para no hacer un mal papel en la sociedad.

Al morir su padre, dejó algunas deudas, que el hijo pagó religiosamente, heredando de él su título.

Veinte años contaba Angel, cuando un día recibió una carta que llamó su atención.

Esta carta era de un famoso agente de negocios que había en Madrid, llamado D. Lucas Hurtado, en la que le suplicaba que tuviese la bondad de pasar por su casa, á las horas que le indicaba, pues tenía que comunicarle un asunto de gran interés relacionado con la memoria de su padre.

Excusado es decir, que el joven nada dijo á su madre respecto á aquella carta, y que se apresuró á ceder á las indicaciones que en ella se le hacían.

*
* *

Una vez en presencia de don Lucas, éste le hizo presente que se le había confiado, por una importante casa de París, un negocio sumamente delicado y en el cual jugaba de una manera lamentable el nombre de su padre.

Según se desprendía, el difunto barón pertenecía á una poderosa asociación denominada «La Familia», que le había

facilitado grandes cantidades en determinados momentos, comprometiéndose él, en cambio, á servir á la Sociedad en cuantos asuntos ésta tuviera necesidad de él, y no sólo ofrecía sus servicios, sino que se comprometía también en nombre de su hijo.

Para hacer más grave la situación, había también otro compromiso que aparecía firmado por su esposa, quien también se comprometía á pagar las sumas que su esposo pudiera tomar de la Sociedad, ó bien á servir á ésta con sus relaciones, con sus influencias ó con su crédito.

Al llegar á esto, Angel se levantó indignado y dijo:

—Eso no es verdad. Mi madre no puede haber firmado semejante documento.

—Siento mucho,—repuso don Lucas,—tenerle que decir que yo mismo he visto ese documento.

—Pero vamos á ver, caballero, en resumen,—dijo el barón que ya empezaba á perder la paciencia,—¿qué es lo que esa Sociedad, de quien V. me habla, pretende de mí?

—Sencillamente, que continúe V. siendo para ella lo que había sido su papá de V.

—¿Quién, yo? Pero hombre, ¿está V. en su juicio? ¡Que yo entre en una Sociedad porque á mi señor padre, cuya memoria respeto, sin embargo de lo que hizo conmigo, se le antojara comprometerme! ¿En qué cabeza cabe? Después, yo no sé lo que es esa Sociedad, ni qué objeto se propone, ni qué individuos la componen.

—Yo creo, señor barón, que aquí no se trata de que usted conozca ó deje de conocer á fondo esa Sociedad. Aquí no hay más que un compromiso muy grave, contraído por su papá de V. Este compromiso está ratificado por su señora madre, á quien yo respeto muchísimo; y se trata, además, de una Sociedad que cuenta con poderosas influencias, con in-

ιensos recursos, y, sobre todo, que se muestra inexorable ɔn aquellas personas de quien sospecha que pretendan eluir los compromisos que han contraído.

—Vuelvo á repetir á V., que tengo la seguridad absoluta, ɔmpleta, de que mi madre no ha firmado compromiso aluno. Aquí hay una mala inteligencia, sin duda.

—Y yo digo á V., que conozco muy bien la letra de su ıamá, que antes de dar este paso y para cerciorarme más, stuve á ver á su administrador de Vdes., el señor Mesa, on quien me unen antiguas relaciones, y tuve ocasión de ver etra de su mamá de V. y es la misma, pero exactamente la nisma que existe en ese documento. Supone V., y no sólo upone, sino que afirma que su mamá no ha firmado ese doumento. ¿Quiere V. que yo le sea franco? Pues yo lo creo ambién; pero en este caso resultará algo más grave todavía: que su señor padre fué un falsificador de primer orden, y i este asunto va á los tribunales, su memoria quedará manhada para siempre, porque precisamente existen también otros documentos muy bien falsificados, por cierto, de los uales «La Familia» se apoderó oportunamente, y que le sirven de rehenes para obligar á V., á que ocupe en su seno el puesto que ocupaba su señor padre.

* * *

Angel había palidecido, conforme estuvo hablando el agente de negocios.

Tenía sobrado buen criterio para que se le obscureciera cuanto de aquello pudiera resultar.

Si rechazaba en absoluto las proposiciones de aquella asociación, el nombre de su padre, que era el suyo, quedaba manchado.

Su madre, aquella noble y honrada señora, tan digna de respeto y de consideración, se vería obligada á comparecer ante los tribunales, y tal vez para evitar que esto sucediera sacrificaría su patrimonio para pagar las deudas contraídas por su marido, y la miseria sería lo que la quedaría después.

Esto no podía consentirlo Angel. Pidió al agente de negocios veinticuatro horas para reflexionar, y abandonó su casa profundamente disgustado.

Por medios indirectos, procuró indagar si su madre había firmado documento alguno garantizando algún pago de su marido; pero resultó lo que el joven afirmó á don Lucas, que esto no lo había hecho jamás.

Quedaba en pie la cuestión de falsificación, y Angel no podía consentir que semejante mancha se arrojara sobre su nombre.

En su consecuencia formó su resolución, y cuando el día siguiente fué á ver á don Lucas, llevóle su aquiescencia.

Desde aquel momento y por estas circunstancias, el noble, el honrado, el simpático barón del Valle, pasó á ser un individuo más de «La Familia».

*
* *

Cuando el marqués de Santullano apareció en Madrid, el barón, así como el marqués de Pino Seco, con quien nuestros lectores tendrán ocasión de hacer más extenso conocimiento, y algunos otros personajes pertenecientes á la misteriosa asociación, recibieron órdenes del gran Consejo para que fuesen á visitarle.

El barón fué á verle con recelo, porque creyó, sin duda, que se trataba de algún bribón más, como los que desgra-

iadamente había tenido ocasión de conocer, desde su ingre-
ɔ en la Sociedad.

Pero no sucedió así. Encontróse con un caballero suma-
ıente simpático, dotado de grandes conocimientos, y que
esde el primer momento que le vió, le tendió la mano di-
iendo:

—Señor barón del Valle, le conozco á V. mucho y sé las
ircunstancias por las cuales ha tenido V. que ingresar en
sa asociación de petardistas y bribones, de la cual yo tam-
ién formo parte. Algún día, quizás, conocerá V. los móviles
ue me han impulsado á entrar en ella. Entretanto, tenga
sted presente lo que le digo. Tengo necesidad de un amigo
onrado, noble y leal. ¿Quiere V. ser ese amigo?

El barón, atraído hacia el marqués por esa misteriosa sim-
atía, cuya causa no se explica, pero que, sin embargo, se
xperimenta con frecuencia, tendió su mano al marqués de
antullano, diciéndole:

—Cuente V. con mi amistad.

Y, efectivamente, desde aquel momento el barón del Va-
e acompañaba constantemente á Jorge Téllez, que tal era el
ombre y apellido del marqués; conoció de su vida todo lo
ue éste creyó conveniente dejarle conocer, y pudo apreciar
ı notable diferencia que mediaba entre Santullano y todos
ɔs demás individuos de «La Familia».

Stanley, no era otro que el marqués de Santullano.

Esta era una de las transformaciones de Jorge, para cuyo
fecto había ido á vivir á la casa de la calle del Baño, inme-
iata á la en que estaban todos aquellos establecimientos,
on la cual tenía comunicación interior.

En el momento en que según hemos visto en el final del
apítulo anterior, entró el barón en la estancia donde estaba
l marqués, éste salió á su encuentro, diciéndole:

—Amigo mío, acabo de reñir la primera batalla; si v... usted un poco antes, me encuentra todavía sostenien... lucha.

—¿Cómo?

—Sí; he tenido ya que mostrar las uñas á don Lucas y ese otro tunante, que tengo aquí por jefe de contabilida... si no ando tan listo me matan.

—Si se lo tengo á V. dicho, es preciso que vaya con ...cho cuidado.

—No, lo que precisa es jugar el todo por el todo. De... de muy pocos días se hará la convocatoria para la reu... general, y entonces veremos.

—¡Por Dios, marqués, mire V. que no conoce á la ge... con quien trata!

—¡Qué no la conozco! Demasiado. Así, no quiero ni p... continuar. O todo, ó nada.





CAPITULO CXXI

Un sastre que conoce el paño

Como había dicho muy bien Santullano al barón, pocos días después de aquella entrevista hízose la convocatoria para la reunión en la quinta del marqués de Pino Seco, cuya primera parte vimos en otro lugar, hasta el momento en que se anunció la llegada del marqués de Santullano.

Un silencio extraordinario reinó en el salón instantáneamente.

Todas las miradas se fijaron en la puerta.

El marqués apareció en ella.

Jorge Téllez iba vestido de negro.

Su fisonomía, noble y varonil, resplandecía doblemente, destacándose con mayor fuerza, del fondo obscuro de su traje.

Altivo, severo y grave, adelantó algunos pasos por en medio del salón.

Sus miradas fueron recorriéndole todo, fijándose algunos segundos en el marqués de Pino Seco y en el barón del Valle.

Después fueron á detenerse en las personas que habia sentadas alrededor de la mesa del fondo.

Entonces el presidente del *Consejo* se levantó y dijo:

—Señor marqués, nos consideramos muy honrados con recibirle entre nosotros, y creemos que desde hoy «La Familia» de España, podrá contar con un miembro más, que preste su apoyo y su inteligencia.

—Doy á V. en particular las gracias, y á estos señores en general,—contestó el marqués con una finura exquisita,—por el favor que me están haciendo, y por las pruebas de deferencia que hasta ahora les he merecido.

—No ha sido más que cumplir con un deber.

—De cualquier manera es digno siempre de agradecerse.

—Sírvase V. tomar asiento donde guste,—dijo el presidente, indicándole uno de los divanes que circuían el salón.

Pero el marqués se sonrió de una manera imperceptible.

Y avanzó hasta la mesa del fondo, en medio del asombro de todas las personas allí reunidas.

* * *

El presidente se levantó y dijo, tratando de detenerle:

—Señor marqués...

Pero éste no hizo caso alguno, y separando dulcemente al que le contenía, se dirigió hacia la silla que estaba vacante, y de la cual hemos hablado ya, y se sentó en ella.

—¿Usted sabe para quién está destinada esa silla?—preguntó don Lucas.

—Sí, señor;—contestó con calma, Jorge.

—¿Y se atreve V. á sentarse?

—Ya lo ha visto V.

—¡Fuera! ¡fuera!—dijeron algunas voces.

Los otros tres personajes que estaban al lado del presidente, dieron un paso hacia el marqués.

Pero éste, al escuchar aquellas palabras, lanzó una mirada tan terrible, que no pudieron menos de estremecerse los que se apercibieron de ella.

El barón del Valle dió algunos pasos hacia el marqués.

Pero otra mirada de éste le detuvo en el mismo sitio.

Jorge, afectando una indiferencia extraordinaria, se desabrochó el gabán que le cubría.

Entonces una cosa extraña pasó por toda aquella gente.

Una expresión de asombro infinito se esparció por todos los semblantes.

Y una exclamación de sorpresa brotó de los labios de las treinta personas allí reunidas.

El marqués, al desabrocharse el gabán, dejó ver una cruz de brillantes y esmeraldas, en medio de la cual había un círculo de rubíes, rodeando dos manos enlazadas.

Aquella cruz fué la que causó una transformación tan repentina en toda la Sociedad.

Jorge paseó su mirada tranquila y serena por todas aquellas fisonomías.

El presidente y sus compañeros retrocedieron llenos de respeto, y murmuraron:

—¡Es el Gran Jefe!

—Vamos, señores, —dijo el marqués por fin. —¿Creen ustedes ahora, que estoy sentado en el sitio que me pertenece?

—¡Oh!... Perdone V. A.,—dijo don Lucas, disimulando apenas su disgusto.

—¿Tiene alguno de Vdes. algo que decir?...—preguntó Jorge, mirando á todos los miembros de la Sociedad.

—Nada, nada.

—Ahora, señores, escúchenme Vdes., y graben bien en su memoria lo que voy á decirles.

—Hable V. A.,—gritaron todos.

—He venido á España,—dijo el marqués con voz reposada, pero sonora y vibrante,—y he visto que «La Familia en vez de ser una Sociedad organizada para apoderarse de los capitales de unos para aumentar los de otros, en vez de recurrir á todas las especulaciones posibles, de explotar la estafa, la falsificación, todos esos recursos que en manos hábiles son manantiales de riqueza, como lo prueba el estado de la Sociedad en Londres, en Bruselas, y en París especialmente, «La Familia» de España no es más que una Sociedad de bribones de baja estofa.

—¡Qué dice!—gritaron la mayor parte de los personajes que había en el salón, alzándose de sus asientos.

* * *

Una cólera extraordinaria se veía retratada en aquellos semblantes.

El barón del Valle juzgó que su amigo iba más lejos de lo que se imaginaba, y temió por las consecuencias que de aquello pudieran resultar.

Jorge no se alteró por la tempestad que principiaba á bramar en su derredor.

Miró á todos ellos, y dijo:

—Sí, señores; lo he dicho y lo repito: «La Familia», en España, no es más que una asociación de bribones de mala ley. Yo, al venir aquí, he tenido que plantear sistemas de

speculación que no había, mientras que Vdes. se ocupaban, s unos en robar el dinero á desgraciados incautos, en caas de juego establecidas á propósito, y los otros en asesiar. en medio de un camino, á viajeros indefensos, en fracırar puertas, penetrar en las casas y maltratar á los pobres ecinos. He sabido también que esta gran Sociedad, cuya ıdole es tan distinta en otros países, en España tiene homres en su seno que han ganado á juegos ilícitos, lo mismo n casas de dudosa moralidad que en las afueras de la polación, pequeñas cantidades á infelices arrieros ó pobres abajadores; pequeñas cantidades que, en fuerza de ser muıas, han formado un buen total, fruto del sudor del pobre, su trabajo, de su desdicha. Y ¿creen Vdes. que ésta es la ısión de «La Familia»? Mentira, señores. Yo he venido quí, y la Sociedad será lo que debe ser, no lo que Vdes. han echo que sea.

—Repare V. A...—dijeron algunos.

—Tenga mucho cuidado con lo que habla,—añadieron tros.

—Y nos dará una satisfacción de sus palabras.

* * *

Los ojos del marqués chispearon de cólera.

•Sus labios se agitaron convulsivamente, y su semblante mó una expresión tal de ferocidad y de bravura, que dos no pudieron por menos de sentirse un tanto impreonados.

Jorge se dominó inmediatamente, y dijo, con un acento anquilo y glacial, que contrastaba extraordinariamente n la borrasca que se había reflejado en su semblante:

—He oído hablar por ahí de provocaciones y de satisfac-

ciones que había de dar por mis frases, y debo decir á palabras tan solas: Jorge Téllez no se batirá jamás con personas indignas de él.

Un murmullo de coraje y de furor se exhaló de aquella gente, y en tumultuoso desorden se acercaron á la mesa donde estaba el marqués.

El barón, inmediatamente que comprendió el peligro que corría Jorge, se lanzó hacia él y se puso á su lado.

Pero éste no demostró temor alguno.

Al contrario, una sonrisa de desdén, punzante, irónica, sarcástico, vagaba por sus labios.

Ni un músculo de su fisonomía se alteró.

Únicamente su mirada se hizo más insistente, y cuando los tuvo cerca de sí, como si aquella mirada tuviera un magnetismo especial, les hizo detenerse en el sitio á que habían llegado.

Entonces, únicamente habló.

—¿Qué quiere decir esto, señores?—preguntó con acento severo é imponente.—¿Tratan Vdes. de asesinarme, quizá? Pues les aseguro que esa es empresa harto difícil, y el que trate de asesinarme, firma su sentencia de muerte.

Había tal resolución en su acento, que las personas que le escuchaban, tal vez no tendrían muy tranquilas sus conciencias, porque retrocedieron instantáneamente un paso.

—¿Por qué ese temor? ¿Acaso V., señor conde de Vargas, teme que descubra la lista de sus fechorías? Pierda V. cuidado, las pruebas existen en poder de personas que no presentarán mientras que yo exista; pero si yo falto, las de V., lo mismo que las de don Lucas; V. que engaña á todo el mundo, que bajo la capa de una falsa virtud, oculta crímenes horribles, tan horribles y tan asquerosos como los del conde de Piedra Negra, que hace dos años se llan

ristóbal Gómez; igualmente V., señor banquero Piedrahita, uárdese de hacer algo que me perjudique, pues V. mismo haría el daño. Todos Vdes., señores, tienen un secreto ue guardar; ese secreto lo poseo yo. Pero... no sé por qué stoy hablando así. Ustedes desde luego que piensan como ben, y están dispuestos á hacer cuanto les indique, toda z que en ello van ganando. ¿No es cierto, señores?

***

Aquellos personajes, que momentos antes hemos visto n alterados, tan altaneros y tan furiosos lanzarse sobre el arqués, conforme éste fué hablando, cambiaron de manes y de posición.

Los unos fueron escondiéndose detrás de los otros, y de te modo se acercaron nuevamente á sus asientos, dejánse caer en ellos, al par que se preguntaban con cierto rror, quién era aquel hombre que tan bien conocía el misrio de sus vidas.

Cuando Jorge pronunció sus últimas palabras, ya todos habían retirado.

Así fué que contestaron inmediatamente:

—Puede V. A. estar seguro de nosotros.

—Perfectamente; eso es lo que yo quiero, porque de esta anera quien lo ganará ha de ser la *sociedad* en general.

—Ese es nuestro deseo.

—Ahora, vamos á otra cosa.

—Vuestra alteza dirá.

—Señor presidente, sírvase V. leer esa orden del *Consejo premo*.

Y al decir Jorge estas palabras, entregó al presidente un pel que sacó del bolsillo.

El presidente lo cogió, sacó del cajón de la mesa una jita, extrajo de ella un frasquito y una brocha, la empap el contenido de aquél, y después la pasó repetidas vec bre el papel.

Hecha esta operación, le aproximó á la chimenea, y n pronto, con el calor que brotaba de ella, principiaron á a recer los colores del sello, hasta que éste quedó perfe mente perceptible.

Entonces, el presidente se dirigió de nuevo á su mes se puso á leerlo.

Y á medida que se iba enterando de su contenido, su r tro expresaba una sorpresa extraordinaria.

Todas las personas allí reunidas le contemplaban con riosidad, hasta que el marqués de Pino Seco no pudo con nerse más, y dijo:

—¿Qué es eso?...

—Escuchen Vdes., señores,—repuso el presidente, di giéndose á los que le miraban llenos de asombro.

El documento que tenía en la mano, decía así:

«Al *Consejo Supremo* de «La Familia», en España.

»Desde el momento en que recibáis la presente, qu disuelto el *Consejo* de lós *Duques*, de segunda clase.

»Cumplidlo así, y obraréis como buenos asociados.»

La firma de aquella orden, era el sello de que ya hem hablado á nuestros lectores.

* * *

Un silencio sepulcral reinó en toda la sala.

Se miraban unos á otros, hasta que por fin hubo algu que dijeron:

—¿Pero qué quiere decir esto?

—Aun falta esta otra orden,—dijo el marqués, sacando un nuevo papel del bolsillo, y entregándoselo al presidente.

—¿Otra orden?

—Si, señor; tome V.

Se hicieron los mismos preparativos que con el papel anterior, y el sello apareció de la misma manera.

—Lea V., lea V.,—dijeron algunos.

Don Lucas leyó primero para sí aquella nueva orden, y si sorpresa le había causado la anterior, mucha más recibió entonces.

Una llamarada de cólera subió hasta su semblante, y durante algunos segundos nada pudo decir.

El de Pino Seco, se acercó á él y trató de ver lo que decía aquel documento.

Al mismo tiempo, los señores que se impacientaban con aquella tardanza, gritaron:

—¿Qué dice esa orden?

—Lea V.

—Señores, esto es una indignidad,—repuso por fin el presidente.

—También fué una indignidad lo que V. hizo con aquella pobre joven,—dijo el marqués, en voz muy baja, al presidente.

—¡Oh! Calle V. A.—repuso éste aterrado.

—Lea V.,—volvieron á gritar con impaciencia.

—Pues bien, oigan Vdes.

Y el presidente, con voz trémula por la emoción que experimentaba, leyó lo siguiente:

«Señores del *Consejo Supremo* de España.

»Desde esta fecha, queda disuelto este Consejo, pasando todo el poder y las atribuciones que Vdes. tenían, al marqués de Santullano, que les entregará la presente.

»El marqués lleva nuestro sello, es nuestra misma persona, y á él sólo se debe obedecer y respetar.»

* * *

Con una estupefacción profunda, se escuchó la lectura de aquel documento.

Durante algunos segundos, nadie se atrevió á decir una palabra.

Mejor dicho, nadie pudo decirla.

Tal era el efecto que aquellas dos órdenes les habían causado.

Una cólera sorda, reconcentrada, terrible, fermentaba en aquellos corazones, que sentían abandonar los puestos en que se hallaban, ó que tenían aspiraciones á otros más elevados.

El marqués, impasible, los contemplaba, y al fin dijo:

—Señores: comprendo que sentirán Vdes. abandonar unos puestos tan importantes; pero son órdenes muy severas las que tengo, y no hay más remedio que cumplirlas. Yo, á mi vez, les prometo una cosa: tengo que crear necesariamente una junta para que me ayude á sobrellevar el peso de tantos negocios, y las personas que compongan esa junta serán Vdes.; de esa manera, no se habrá hecho más que cambiar de nombre, pero de hecho seguirán lo mismo.

—¿De veras?...—exclamaron todos, que vieron renacer de nuevo sus esperanzas de mando, y que aun se imaginaron que tal vez podrían derribar al marqués.

—Doy á Vdes. mi palabra de que sucederá así,—dijo éste.

—Pues bien, cuente V. A. con nosotros.

—Gracias, no esperaba yo menos de Vdes.

—Ahora, señores,—dijo el marqués de Pino Seco,—justo será que solemnicemos la llegada de nuestro nuevo jefe.

—Aprobado,—gritaron todos.

—Es necesario que mañana,—repuso Jorge,—todos los miembros de la *asociación* sepan las novedades que han ocurrido.

—Descuide V. A.,—dijo el presidente, que era á quien aquél se había dirigido.

—¿Se digna V. A.,—dijo el de Pino Seco,—hacernos la honra de cenar con nosotros?

—Estaré á la mesa con Vdes., pero en cuanto á cenar, me será imposible: he comido poco antes de venir aquí.

—Como quiera V. A.

—Ya no soy alteza, señores; los títulos, mientras estamos en sesión, para asuntos del servicio, como dicen los militares; fuera de eso, no soy más que un amigo de Vdes., si me hacen la honra de aceptar mi amistad.

Y el acento sencillo y bondadoso con que el marqués pronunció estas palabras, acabó de entusiasmar á los caballeros, que gritaron:

—¡Bravo! ¡bravo! ¡Viva nuestro nuevo jefe!

—A la mesa, señores, á la mesa,—dijo Luciano del Pino, que así se llamaba el marqués de Pino Seco.

Y todos se precipitaron hacia el magnífico comedor de la quinta.



CAPITULO CXXII

Después de la cena

La cena del marqués de Pino Seco fué, lo que debia esperarse de una reunión de jóvenes, en su mayor parte.

Los manjares más delicados y los vinos más exquisitos, circulaban con profusión.

Las cabezas se pusieron un tanto alegres, y cuando la cena terminó, era ya bien avanzada la noche.

Todos fueron acomodándose en sus carruajes, y cuando se separaron, la mejor harmonía reinaba entre el marqués de Santullano y los demás miembros de «La Familia».

Jorge y el barón entraron en el carruaje del primero, y cada coche tomó por un camino distinto, para dirigirse á la Corte.

Cuando se encontraron solos, dijo el barón á su amigo:

—Verdaderamente que es V. un hombre singular.

—¿Por qué?

—He estado admirándole esta noche.

—¿Usted cree que he triunfado?

—No, señor.

—Me alegro que tenga V. tan buen golpe de vista.

—En mi concepto, ahora es cuando empiezan los verda-ɔros peligros.

—Tiene V. razón.

—Esos hombres, que ahora, por efecto de los vapores del no, le han tendido su mano, mañana, cuando la razón ıya vuelto á recobrar su imperio, le aborrecerán con más erza.

—¿Y eso qué importa?—dijo con una calma admirable el ıarqués.

—Vamos, vamos, cuando digo que es V. el hombre de ás valor que he conocido...

—Tengo el mismo que V.

—No, marqués. Yo creo que no soy cobarde, pero poner-ıe frente á frente con esos hombres, que, como V. ha dicho ıuy bien, no son más que una traílla de asesinos, le ase-uro que lo hubiese pensado mucho antes de hacerlo.

—Gradúe V. cuánto debo yo de haber observado en mi ida, cuánto estudio no habré hecho para saber revestirme e esa indiferencia, de esa calma, de esa tranquilidad que V. tanto le admira, y que no es más que hija de ese estudio ue le he dicho.

—¡Oh!... Pero de cualquier manera, para mí siempre erá una cosa que tendré que admirar en V.

—Pues aun creo que me verá V. en circunstancias más errribles todavía.

—Y dígame V., marqués, hablando aquí entre nosotros,

¿es V. verdaderamente el *Príncipe,* jefe de toda «La Familia»?

—Si.

—¿Entonces?...

—Hoy no existe más «Familia» que una; ya no hay *Consejos Supremos* en ninguna nación.

—¿Qué quiere V. decir?

* * *

El barón, al pronunciar estas palabras, fijó sus ojos asombrados en el marqués.

Pero la obscuridad de la noche le impidió distinguir la expresión de aquella fisonomía.

Mas el acento con que contestó á su pregunta, le demostró palpablemente que aquel hombre estaba completamente tranquilo y que decia la verdad.

—Lo que V. oye,—repuso Jorge.—Todos los centros establecidos en este ó en el otro punto, se han refundido en un solo.

—No comprendo...

—El único que quedó en pie más tiempo, fué el portugués, y eso porque yo necesitaba que me proporcionase un nombre para llegar á Madrid.

Entonces recordó el barón lo que se habia hablado aquella noche en la reunión, respecto al titulo que llevaba el marqués. Así fué que le dijo:

—Y ¿cómo se ha proporcionado V. ese titulo?

—No lo sé,—contestó Jorge con sencillez.—Yo le pedí al Consejo portugués un titulo, y al cabo de dos dias, me dijo: «Ya puede V. salir para Madrid. Ha de estar V., tal dia y á tal hora, en la Corte, en el Hotel de Rusia, y allí le entregarán

›s títulos para identificar su persona.» Nada más supe, y al ía siguiente, salía para Madrid.

—¿Y V. no preguntó á las gentes que le dieron los pape- ›s?...

—No. Sabe V. que, según nuestros reglamentos, está pro- ibido preguntar nada respecto á una orden que se ha ado, y yo he sido el primero siempre en respetar esta cláu- ula.

—¡Es extraño!

—¿El qué?

—Nada, nada.

—Pero ¿por qué me ha hecho V. esas preguntas?—pre- untó el marqués, cuya curiosidad se había excitado por las alabras del joven.

* * *

Éste creyó muy prudente, toda vez que Jorge nada sabía, o recordarle nada acerca del sangriento drama, al cual de- ía su título.

Habría tenido un remordimiento constante por aquella ıuerte, y el barón apreciaba demasiado á su amigo para uererle causar un disgusto.

Así fué que le dijo:

—No le he preguntado con intención alguna. Únicamente or si acaso V. sabía el misterio que envolvía su título.

—No, ni me he cuidado de saberlo. Ya sabe V. que «La amilia» ha tenido siempre á su disposición dos ó tres títu- ›s de distintos países, para las personas que mejor la convi- iesen.

—¿Y decía V. que todos los Consejos Supremos han des- parecido?

—Sí, amigo mío, todos.

—Pero ¿quién ha hecho eso?

—Yo.

—¡Usted!...—exclamó con asombro el barón.

—Sí, yo he disuelto uno tras otro los cinco que había; hoy no existe más jefe que yo.

—¡Marqués! ¿Qué está V. diciendo?

—La verdad, amigo mío, la verdad, vuelvo á repetir. Ya he dicho á V. que llevo un proyecto colosal entre man... hace mucho tiempo; que á él he sacrificado mi vida, y q... he de conseguirlo, ó he de morir en la lucha.

—¿Pero ese proyecto?...

—Ya lo sabrá V. á su tiempo.

—Está bien. No le preguntaré jamás.

—Ya ve V. que para disolver todos esos Consejos, pa... luchar contra tantas dificultades, para vencer á hombres ... terribles, habré necesitado un arrojo y una audacia extr...mada. Por lo tanto, todos los peligros que aquí pueda corr... ya los conozco.

—Pero ¿cómo se han resignado aquellas gentes á perd... su dominio?—preguntó el barón, cada vez más admirado.

—Ese es uno de los secretos de mi ciencia. He consegui... que se convenzan de que bajo mi dominio tienen mayo... riquezas, más bienestar, menos persecuciones que ten... anteriormente. Los asesinatos son muy escasos, y los ... hay, jamás los autorizo yo; todo lo contrario, castigo, c... más rigor, tal vez, que lo hicieran los tribunales, á los ... no puedo entregar sin poner en peligro á toda la Socied...

—Está visto que V. es un hombre excepcional,—dij... barón.

—Soy un hombre que se ha trazado una senda, y ... marcha por ella, á pesar de todo y contra todo cuant... atraviese en su camino.

En esta conversación, llegaron nuestros personajes á Marid, y poco después, el marqués se bajó del carruaje á la uerta de la casa del barón, dejándolo en ella.

*
* *

Jorge, siguiendo una de las rarezas de su carácter, quiso narcharse á pie hasta su casa, pretextando que le agradaba l dar un paseo por las calles á las altas horas de la noche, n las cuales siempre se encontraba alguna miseria que soorrer, ó quizá algún crimen que evitar.

Así fué que inmediatamente se envolvió en su capa, y se lejó de la casa de su amigo.

Eran, próximamente, las tres de la madrugada.

Y demasiado se sabe que á semejantes horas, pocos son os transeuntes que circulan por las calles de la coronada villa.

Jorge se alejó del centro y se dirigió hacia los barrios exremos.

Andaba muy despacio, y poco á poco fué sumiéndose en rofundas meditaciones.

Y tan absorto iba en ellas, que no reparó en una persona que le venía siguiendo hacía algunos momentos.

El marqués se introdujo, por fin, en una de esas calles estrechas, solas y apenas alumbradas, que hay por la parte de Maravillas.

Quizá él mismo no sabía por dónde iba.

Y así debió ser, porque de pronto alzó la cabeza y miró con sorpresa á todas partes.

En aquel momento, la persona que hemos dicho le iba siguiendo, se lanzó sobre él, y cogiéndole violentamente por el cuello con una mano, mientras que con la otra le amenazaba con un cuchillo, le dijo:

—Deme V. el dinero que lleva.

Jorge quedó sorprendido, en el primer momento.

Pero se repuso inmediatamente, y desasiéndose, por medio de un esfuerzo vigoroso, de aquella presión, sacó su rewólver, y apuntando al que le tuvo cogido, le dijo á su vez:

—¡Quieto ahí, miserable!

—Máteme V., y me hará un favor,—dijo el ladrón.

Y había en su acento una expresión tal de amargura y de desesperación, que el marqués no pudo por menos de sorprenderse.

Entonces dió un paso hacia él.

Lo cogió de un brazo, y le dijo:

—Usted no es un ladrón.

—¡Caballero!...

—¿Qué desgracia es la que le ha traído á semejante extremo,—preguntó bondadosamente el marqués.

—¡Oh!... Evíteme V. la vergüenza de semejante confesión,—exclamó el joven que le había acometido.

* * *

Aquel hombre, excitado, quizás, por la miseria, se había lanzado á acometer un crimen, que su honrado corazón no podía menos de rechazar.

Jorge lo adivinó desde luego, y aumentando la dulzura de su acento, no pudo por menos de decirle, con una compasión extraordinaria:

—¡Desgraciado!... ¿No se le ha ocurrido á V. pensar en las consecuencias que pudiera haber tenido su atentado?

—¿Y cree V.,—repuso el desconocido con amargura,—que cuando se desciende á este extremo, se encuentra la imaginación dispuesta para pensar?

—Tiene V. razón.

De esta manera habían dado algunos pasos y salieron de a calle en que se hallaban, pasando á otra, debajo de cuyos aroles se detuvieron.

Jorge fijó una mirada profunda y escrutadora en la persona con quien hablaba.

Era un joven de veinte á veinticinco años.

La mirada de Jorge tenía un poder tal, que la persona en quien se fijaba no podía menos de estremecerse, aun cuando no guardase en su corazón uno de esos secretos que hacen subir al rostro los colores de la vergüenza.

El joven estaba trémulo y avergonzado.

La mirada de aquel caballero le imponía un respeto profundo.

El marqués leyó en su corazón, y sorprendió un doloroso secreto de lágrimas y desesperación.





CAPITULO CXXIII

Víctimas de un bribón

Breve fué el espacio que permanecieron silenciosos los dos personajes.

El marqués presumía de ser buen observador, y aquella rápida inspección le fué suficiente para apreciar al individuo que tenía ante sí.

Éste, lleno de confusión, no reflejando en su semblante el despecho y la ira por no haber podido conseguir su objeto, sino la vergüenza, el arrepentimiento, el dolor producido por haber podido dejarse llevar, en un momento de desesperación, á un extremo semejante, no pudiendo continuar por más tiempo en aquel estado, dijo:

—Señor; ruego á V. que disponga de mí, pero pronto. Esta situación me mata.

—¡Pobre joven!—murmuró Jorge, mirándole afectuosamente.

Después prosiguió en voz alta:

—¿Quiere V. decirme cómo se llama?

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Para conservar el recuerdo ergonzoso de un desdichado que le agredió una noche para obarle cuanto llevara?

—Me parece que adelanta V. demasiado sus juicios. Si no uiere decirme su nombre, ya es diferente. No tengo derecho ara exigirlo.

—¡Oh! Sí, señor. Cuando después de lo ocurrido no me a entregado á la autoridad, para que vaya á reunirme con se montón de la escoria humana que llena nuestras cárce- es, tiene V. derecho para que yo le obedezca como un escla- o. Me llamo Félix Paredes.

—Perfectamente. Es un nombre que no olvidaré.

—Es el nombre de un desgraciado, caballero. Se lo juro or lo que más pueda querer en este mundo. Yo no había acido para esto. He censurado duramente al criminal y, sin mbargo, yo mismo he estado á punto de realizar un crimen. Comprenda V. en qué situación me encontraría para obrar le este modo.

Félix, al hablar así, tenía los ojos llenos de lágrimas.

***

El marqués le contemplaba profundamente.

Trataba de leer en aquel rostro, donde con tan gráficos aracteres se retrataba el dolor, la angustia, el remordi- niento y la desesperación, la verdadera causa de todo ello.

Y su emoción era tan grande, que casi ahogaba las pala- ras que iban á brotar de sus labios.

Por fin, dijo:

—Amigo mío, no hay que dudar que existe una Provi-

dencia; ella le ha puesto en mi camino; á V. le ha evitado un crimen, y á mí, me ha presentado la ocasión de hacer un nuevo servicio á mis hermanos.

—¡Perdóneme V., señor!—exclamó Félix con un acento que demostraba perfectamente la emoción que experimentaba.—Estaba loco hace un momento.

—Locuras como la de V., hay por desgracia muchas en el mundo.

—¡Oh!... ¡Si mi madre supiera!...

—¿Tiene V. madre?

—Por ella he hecho esto.

—Joven, no diga V. semejante cosa; no profane la santidad del afecto materno con esa acción puramente criminal que ha estado á punto de cometer.

—Tiene V. razón.

—Yo había creído que era V. casado, y que quizá una esposa...

—No, señor.

—¿Tiene V. padre?

Al escuchar esta pregunta, una nube de dolor sombrío terrible, se esparció por su semblante.

Sus ojos brillaron de una manera siniestra.

Se contrajeron los músculos de su semblante y temblaron sus miembros.

***

Jorge no dejó de observar esta transformación.

Y se admiró de nuevo, volviendo á preguntar:

—¿Qué tiene V?

—¡Mi padre!—prosiguió Félix con amargura.—¡Sabe Dios lo que será de él!

—¡Qué dice V.!...

—Perdone V., caballero; ya que ha sido tan generoso onmigo, que no me ha entregado á la autoridad, no me preunte V. nada respecto á mi familia, porque siento que de uevo se apodera un vértigo de mí, que puede conducirme asta un extremo más deplorable todavía.

El marqués contempló con un asombro creciente al joven. Después, dijo:

—Amigo mío, V. se equivoca en el juicio que ha formado e mí.

—No, señor; V. ha sido demasiado bueno.

—He obrado como debía; he comprendido que en V. no abia vicio, no existía crimen; lo único que tenía era una esgracia inmensa que se había desplomado sobre V., y que : había perturbado la razón.

—¡Oh!... ¡Sí, sí!

—Pues bien, comprendiendo eso, he procedido así.

—¡Qué desgraciado soy!...

—Esa desgracia es la que yo deseo conocer,—replicó de uevo Jorge, interesándose más cada vez por Félix.

—¿Y de que le servirá el conocer una miseria más, haiendo tantas en el mundo?...

—Para consolarla, para...

—Es muy difícil.

—Nada lo es cuando se tiene una voluntud firme y decidida, de proteger y de auxiliar á la desgracia.

Félix contempló con sorpresa á su interlocutor.

El pobre joven había sufrido tantas decepciones, había isto tantos ingratos, por decirlo así, que no podía comprener existiese en el mundo una persona con la abnegación ıficiente para socorrer á la desgracia, por el solo placer de ocorrerla.

*
* *

¡Esta desconfianza es tan natural en los desgraciados!...

Jorge comprendió el pensamiento del joven, y le dijo:

—Usted, amigo mío, tiene poca confianza en mis palabras.

—Sí, señor; le soy á V. franco, jamás he podido fingir mis sentimientos.

—Ni yo le diré tampoco que los oculte nunca. Los sentimientos de un hombre son su única propiedad, es de lo único de que debe estar orgulloso.

—Gracias.

—Usted ha sufrido mucho.

—Bastante, caballero, bastante; ya ve V., cuando he tenido que llegar á un extremo como este, ¿cuánta hiel no habría en mi corazón?

—Lo creo, y comprendo perfectamente que ni su educación, ni sus principios han sido para llegar á este caso.

—¡Oh! Si V. supiera...—contestó Félix con una expresión de amargura infinita.

—Ya me lo dirá V. más adelante.

—Son misterios de la vida.

—¿Y quién no los tiene en la suya?... Pero recuerdo que me ha hablado V. de familia y...

—¡Pobre madre mía!

—Vamos á verla,—dijo el marqués al cabo de un momento.

—¿Qué dice V.?...—preguntó Félix cada vez más admirado.

—Que vayamos á ver á su madre de V.

—¿Usted quiere venir á mi casa?

—Sí, señor; yo no acostumbro jamás á hacer las cosas á ·dias.

—¿Pero á estas horas?...

—¿Qué familia tiene V.?

—Mi pobre madre y dos hermanos.

—¿No habló V. de su padre también?...—preguntó el mar-ès mirando fijamente al joven.

—¿Mi padre?... ¡Oh! Si viera V. qué daño que me hace el ·ordar.

—¿Pero ha muerto?

—No, señor.

—¿Entonces?

—Está preso.

—¡Preso!

—¡Oh!... Caballero, ignoro quien es V.; pero me ha ha-ıdo de una manera muy distinta á como estoy acostum-ıdo á que me hablen hace mucho tiempo; no sé por qué, ro me parece que su corazón es noble, bueno, y me ha ·ho V. que quería venir á mi casa, y yo he dudado; ahora iero que venga V., verá á tres personas casi espirantes de mbre y de miseria, y allí, en aquella habitación, delante las víctimas, escuchará V. la infamia que las ha reducido ·emejante estado.

—Y yo le prometo desde luego toda mi protección,—re-so Jorge.—Vamos allá.

Y guiado por Félix, que caminaba precipitadamente, se ·igieron ambos hacia la calle de la Palma Alta.



CAPITULO CXXIV

La historia de una familia

DON Santiago Paredes, que así se llamaba el padre de Félix, era uno de esos ricos de buen género, alegres y un tanto gastadores; pero nunca malvados ni miserables.

Estaba casado, y habiéndosele ocurrido hacer un viaje á París, él, que hasta entonces se había administrado sus bienes, buscó un administrador para que lo hiciese durante su ausencia.

Le hablaron de don Lucas y ¡ojalá que nunca le hubiese nombrado á semejante personaje!

La mayor calamidad que podía sucederle era entrar en tratos con él.

Don Lucas era una especie de vampiro, que no se saciaba hasta que habia absorbido la última moneda que tuviera

lsillo de la persona que hubiese depositado en él su con-
ınza.

Santiago se marchó con su familia á Francia, pasó desde
lí á Italia, y Félix, que á la sazón era muy niño, cayó gra-
mente enfermo, en términos, que inspiró serios temores á
s autores de su existencia.

Ya se sabe que una enfermedad grave, produce en los
ños un efecto extraordinario, y, por lo tanto, la salud de
quél quedó tan resentida, que los médicos aconsejaron á
s padres que no abandonasen el templado clima de Italia,
ısta que Félix hubiese franqueado ya el umbral de la ado-
scencia.

Por lo tanto, fueron á establecerse en Florencia, avisando
resolución á don Lucas.

Esta noticia causó al agente de negocios una alegría ex-
aordinaria.

Asi podría destrozar su presa con mayor libertad.

Los gastos de enfermedades y de viajes, como es consi-
ıiente, tenían que exceder en mucho á la cantidad con que
los habian contado al salir de Madrid.

Así fué, que tuvieron necesidad de pedir dinero al nuevo
lministrador.

* * *

Al principio, mandó el dinero sin decir una palabra; pero
espués, ya principió á decir que todas las rentas las había
ıtregado, que tenía muchos quebrantos, porque los arren-
ımientos unos no habían cumplido y otros habian tenido
ıe disminuir, por cuya razón el dinero que le mandaba
a á consecuencia de un empréstito que había hecho sobre
na de las fincas.

Santiago no estaba entonces en disposición de pensar

mucho en sus asuntos de España, toda vez que se hallaba preocupado con la reciente enfermedad de su hijo y con otra afección que su esposa empezaba á padecer.

Parece que hay familias predestinadas para la desgracia, y la de Santiago era una de ellas.

Su esposa fué poco á poco poniéndose cada vez peor, en términos que, si cuidados había inspirado Félix, doblemente mayores, si cabe, los inspiró su madre.

Tras de esto vinieron gastos; tuvo cartas para don Lucas éste contestó con evasivas: dijo que no tenía dinero, que podía disponer de algunas cantidades, pero que las exigencias de los tenedores de ellas eran tales, que por ningún es debía asentarse á ellas, y sufrir todas las privaciones imaginables, antes que tomar el dinero con aquellas condiciones.

Como se comprenderá muy bien, don Lucas sabía perfectamente lo que se hacía.

Negando, hacía más apremiante la necesidad, y de esa manera la ganancia era mayor y más positiva.

Santiago contestó lo que debía contestar en la situación en que se hallaba.

Que buscase el dinero por los medios que estuvieran á su alcance, y que se lo remitiese.

Don Lucas recibió esta carta con una alegría innoble y repugnante, y la conservó cuidadosamente.

El dinero fué remitido, y más tarde supo el padre de Félix que una de sus fincas había quedado afectada en ot venta, para el pago de aquella cantidad.

*
* *

De esta manera, durante cinco años de enfermedades y de viajes de un punto á otro, la mayor parte de los bienes

ıe constituían el patrimonio de Santiago, quedaron afecta- ›s de una manera, que era casi imposible que pudieran ›lver á su primitivo dueño.

Tres años después, regresaba la familia á su país natal.

Entonces sucedió una cosa horrible.

Santiago no esperaba encontrarse con una realidad tan erradora.

Para cubrir los plazos de algunos préstamos, se habían ›cho nuevos compromisos y se habían gravado las fincas, ı términos, que algunas de ellas ya pertenecían á otros ıeños.

Este había sido un negocio que don Lucas había mane- do con la admirable maestría que le caracterizaba.

Necesariamente, los recursos eran más escasos: había uchas obligaciones contraídas, y relativamente, pocos me- os para satisfacerlas.

El gasto era mayor que el ingreso, y aunque conocía la famia de don Lucas, no podía acriminarle, porque él mis- o le había autorizado para ello.

De este modo aquel pingüe patrimonio desapareció, y la ›bre familia se encontró reducida á la miseria, cuando eciocho años antes estaban en la opulencia.

Don Lucas les adelantó, en distintas ocasiones, varias ıntidades pequeñas, pero esto no era más que una gota de míbar que iba á perderse en el inmenso mar de amargura de desgracia en que se anegaban.

Santiago recurrió á sus antiguos amigos.

Pero demasiado se sabe que la amistad, cuando una per- ›na está caída, se olvida muy fácilmente.

Así fué que el desgraciado padre no pudo llevar á su fa- .ilia otra cosa más que el sello de las humillaciones que ha- ía sufrido.

Félix, entretanto, con privaciones, y en medio de las escaseces que le rodeaban, siguió la carrera de telégrafos.

Y para hacer más desgarradora su situación, la esposa de Santiago cayó enferma de nuevo.

* * *

Hay un refrán que dice, que jamás un mal viene solo.

Estos sencillos pensamientos del vulgo suelen ser, desgraciadamente, harto verdaderos.

Tras del lujo, la miseria.

Tras de la miseria, la enfermedad.

Tras de la enfermedad, el crimen, la vergüenza, la deshonra tal vez.

Santiago, venciendo la repugnancia que le inspiraba dirigirse al agente de negocios, se dirigió hacia la casa de él.

Le expuso su situación y le pidió mil reales asegurándole que se los pagaría, confiando en una pequeña colocación que le habían prometido.

El usurero, pues este nombre creemos que se le puede dar sin ofenderle, anduvo un tanto rehacio, como siempre había estado, hasta que, por fin, se los entregó, haciéndole firmar un recibo por el cual aquella cantidad aparecía como que la había recibido en calidad de depósito.

Santiago no supo lo que firmó, porque aunque juzgaba mal á don Lucas, no lo creía tan infame que pudiera abusar de aquel documento.

Se fué á su casa alegre por el dinero que había recibido y mientras duró, la pobre mujer no careció de nada absolutamente.

Pudo curarse algún tanto su enfermedad, y cuando lle-

convalecencia, su situación se hizo mucho más difícil de que hasta entonces había sido.

No tenían recursos, no sabían á quién recurrir y, por lo nto, los pobres habían llegado ya al último extremo.

Y para hacer más penosa su situación, don Lucas se ordó del dinero que le debía Santiago.

Se lo reclamó, y el padre de Félix fué á verle para supli- ırle que se apiadase de su situación.

La colocación que le habían ofrecido, se quedó en pala- 'as, y nuestro pobre amigo, no tuvo los medios en que nfiaba para solventar su crédito.

Don Lucas no le recibió.

Luisa, su ama de gobierno, fué la que salió á decirle que ı señor no estaba, excusándose de atender á sus súplicas n que el dueño del recibo reclamaba su dinero, so pena de ıcer uso del derecho que le asistía.

Santiago se retiró desesperado.

Preveía una nueva catástrofe, y no sabía como evitarla.

Su familia advirtió el desaliento y la zozobra que en su stro se retrataban con caracteres muy enérgicos.

Trataron tanto su esposa como Félix de averiguar la usa de aquella tristeza.

Pero fué completamente imposible.

Santiago encerró su dolor en el fondo de su pecho y no ıiso dar á su familia aquel nuevo motivo de disgusto.

Pero ¡ay!... ésta tenía que experimentarlo muy pronto.

Don Lucas no podía perdonar una falta que se hiciera á ıs intereses.

Así fué que dió el recibo al Juzgado, llamaron á Santiago ıra que se reconociese su firma, y pocos días después el bre hombre era conducido á la cárcel, como reo de abuso confianza.

* * *

Semejante desgracia cayó como una bomba sobre aquel. pobre familia.

Félix, ciego de cólera y de desprecio, se dirigió una v. y otra á la casa de don Lucas.

Pero éste no le franqueó sus puertas.

El joven le esperó durante horas enteras á la puerta d su casa.

Mas el agente de negocios no salió.

Y, entretanto, el hambre, cada vez más grande, más espantosa, daba muchas menos treguas.

Félix tenía un vértigo.

Estaba á la orilla del precipicio, y no sabía, no encontraba medio para evitarse el caer.

Y no hallándolo, ya lo hemos visto precipitarse sob: Jorge, como un tigre sobre su presa.

Pero él, no tenia ni los instintos ni la resolución de . fiera, y por lo tanto se dió por vencido inmediatamente.

Durante el trayecto que recorrieron, ninguno de los d: dijo una palabra.

Penetraron en el portal de la casa de Santiago, subier: a escalera, y llegaron por fin á la especie de mechinal, dond estaba una pobre madre llorando junto á sus hijos que pedían pan.

Al penetrar en aquella estancia, Jorge no pudo por men. de preguntar:

—¿Están Vdes. á obscuras?

—Si no tenemos para comer, ¿cómo hemos de tener pa luz? — repuso Félix con un acento de sarcasmo desgarrador.

*
* *

Efectivamente, en aquella pobre vivienda reinaba una
che más terrible, más sombría, más obscura que la que
cia por fuera.

Aquella era la noche de la miseria.

Antonia, al escuchar las pisadas de su hijo, exclamó:

—¿Eres tú, Félix?

—Sí, madre mía, yo soy.

—Pero no vienes solo. ¿Quién te acompaña?

—Un alma noble y generosa, que quiere consolar nuestra
sgracia.

—¡Dios le bendiga!...

—Gracias, señora, gracias,—contestó Jorge. Pero no pue-
permitir que estén Vdes. de semejante modo.

—¡Qué quiere V. decir!...—exclamaron á la par la madre
el hijo.

—Vamos á mi casa; acompáñeme V. joven, y uno de mis
rruajes vendrá por su madre y sus hermanos.

—Gracias, caballero, gracias; acepto por mi madre, pero
le he dicho que antes de todo quiero que escuche delante
las víctimas, la desgracia que las ha conducido á seme-
nte estado.

—Pero es necesario que Vdes. coman, que tengan luz, que
iendan primero á las necesidades materiales, y después...

—Mi hijo tiene razón; V. que ha sido tan bueno...

—¡Oh!... No lo sabe V. bien, madre mía,—repuso Félix,
terrumpiéndola.—¡Me ha evitado un crimen!

—¡Un crimen!...—exclamó Antonia estremeciéndose.

—No lo crea V., señora,—dijo Jorge, que no quería cau-
ır un nuevo dolor á aquella desgraciada.

—Sí, madre, sí, es cierto; escucha, y perdóname des-
pués.

Y Félix se arrodilló junto á su madre, y entre sollozos
confesó lo que había hecho.

Antonia lloró con su hijo.

¿Qué iba á decirle la pobre madre?

Le estrechó entre sus brazos, y aquel fué su perdón.

Jorge estaba profundamente afectado.

Por fin se calmaron los sollozos, y entonces Félix dijo:

—Ahora debe V. de escuchar la historia que le he o-
cido.

—Si yo no necesito escucharla ahora; venga V. conmi-
go, y...

—No, señor; hasta ahora quizá pueda V. juzgar mal á
mi pobre padre por saber que está en la cárcel.

—Jamás he juzgado por apariencias.

—Sin embargo, éstas nos condenan.

—¿Y qué importa eso, si es completamente injusto?

—Sin embargo... interrumpió la madre.

—Escuche V.

Entonces Félix se puso á referir al marqués todo lo q...
ya saben nuestros lectores respecto á lo ocurrido entre San-
tiago y don Lucas.

Jorge no pudo contener su indignación al escuchar la in-
famia del agente de negocios.

Y esta indignación se expresó de una manera muy ener-
gica, diciendo varias veces:

—¡Oh!... Yo le aseguro que no ha de quedar impune s...
infamia.

—No se meta V. con él, es un hombre muy malvado.

Por los labios de Jorge Téllez vagó una irónica sonris...
que nadie pudo percibir.

Hemos dicho que la obscuridad era absoluta en aquel al-
rgue del infortunio y de la miseria.

La sonrisa de Jorge era la expresión de su asentimiento calificativo con que el desdichado joven acababa de dis-
guir á don Lucas.

—Para las conciencias honradas, joven,—dijo Jorge des-
és de un ligerísimo intervalo,—la maldad tiene más de
pugnante que de temible.

—Es que le matará á V. si puede.

—Ya procuraremos inutilizarlo. Ahora lo que urge es que luz disipe las tinieblas que les rodean á Vds., que el mento conforte sus naturalezas, que el abrigo cubra sus erpos. Ea, joven, sígame V. á casa, donde daré las ór-
nes oportunas.

—¡Señor, señor!—balbuceaba la madre de Félix.—Permi-
lnos besar vuestra mano.

—Es V. nuestra providencia,—añadió Félix.

La emoción no permitía hablar á Santullano.

Aprovechando la obscuridad que reinaba en torno suyo,
vó á los ojos el pañuelo.

Era que enjugaba una lágrima.

Jorge Téllez, el hombre terrible que dos horas antes ha-
ase impuesto como un león á todos los desalmados de «La amilia», lloraba como un niño en presencia de aquel cua-
ro de agradecimiento.

¡Oh, si el barón del Valle hubiera podido verlo en aque-
os momentos!

Entonces habría completado el excelente concepto que de orge concibiera, desde que en cumplimiento de órdenes uperiores pasó á visitarle en cuanto supo su llegada á Madrid.

Pero el barón no estaba allí.

Además, tampoco lo sabría, porque Jorge no gustaba dar publicidad á sus acciones generosas.

Entendía como deber la caridad, y cumpliendo co... dábase por satisfecho cuando le era posible ejercerla.

No extrañará á nadie, pues, que Santullano se alegras... lo íntimo de su alma, de la casualidad que lo llevó por aq...llos barrios extraviados.

En su alma generosa habíase borrado ya hasta el r...cuerdo de que momentos antes estuvo á punto de ser la v...tima de un crimen.

—¿Viene V.?—preguntó á Félix.

Éste abrazó á su madre, y los dos hombres salieron ... aquella humilde estancia, emprendiendo á pie el cam... más corto para llegar á la calle del Baño, donde, como an... dijimos, habitaba el marqués de Santullano.





CAPITULO CXXV

Haz bien sin mirar á quien

VEINTE minutos de marcha bastaron á Jorge y á su acompañante Félix para llegar á casa del primero.

La habitación que ocupaba Jorge Téllez, era de ntuosa apariencia.

Magnífica escalera, ámplia y bien decorada, daba acceso piso principal, que era el ocupado por Santullano.

Para los demás pisos, utilizaban los inquilinos una es-era independiente, la entrada de la cual, quedaba entre dos grandes portaladas que daban acceso, una á las ha-ıciones de Jorge, otra á la cochera del mismo.

El marqués, seguido siempre de Félix, entró en su des-:ho.

Un ayuda de cámara, correctamente vestido, pero con el ño reflejado en el semblante, había acudido al servicio su señor.

—No te necesito, Bautista; puedes retirarte.

El servidor no se hizo repetir la orden.

Simuló una genuflexión, y se retiró sin manifestar la m. nor extrañeza por la presencia de Félix en el despacho . su amo, á hora tan intempestiva.

Indudablemente, el bueno de Bautista debía hallarse ac.. tumbrado á presenciar extrañas escenas.

El traje que vestía Félix, mugriento y destrozado, : daba del joven una idea muy lisonjera.

Pero Bautista, como su amo, no juzgaba nunca por . apariencias.

Aunque á decir verdad, en aquella ocasión hubiérales dificilillo juzgar por las apariencias, á tener tal costumbr

El sueño que le dominaba habíale privado de da cuenta exacta de lo que pasaba en torno suyo.

Su amo, despachándole en seguida, impidió por su p. que Bautista hiciera un examen detenido, aunque super cial de Félix.

Cuando éste quedó á solas con Jorge, acercóse el úl á la puerta del despacho, que Bautista al retirarse de abierta, y después de cerrarla sin promover el menor ru sentóse en el sillón de cuero colocado ante la mesa minis

Sin decir palabra, indicó á Félix una silla, cerca de el

Obedeció á la indicación el joven, tomando asiento otro lado de la mesa.

* * *

Santullano abrió dos ó tres cajones de su mesa, en que buscó alguna cosa.

Por fin, de uno de ellos sacó una artística caja de m primorosamente labrado y repujado.

Buscó entre las muchas llavecitas que pendientes de .

los extremos de su leontina llevaba en su chaleco, y es-
gió una, en forma de punzón.

Lo introdujo por dos diferentes sitios de la caja, y la tapa
ésta, produciendo un sonido metálico, saltó, pero sin
ıbar de abrirse.

En tal forma la dejó á un lado, y sin abandonar un punto
afable tono con que hablaba á Félix desde su encuentro
ı él, le dijo:

—Yo procuraré que su madre de V. y sus hermanos no
ezcan de nada.

—¿Cómo pagar á V. el beneficio que nos hace?—dijo Fé-
juntando sus manos.

—Ya trataremos de eso.

—Pídame V. cuanto quiera; mi vida está á su disposición.

—Más falta le hace esa vida á su madre de V. que á mí.

—Es cierto, pero mi agradecimiento...

—Lo comprendo, y creo en él. Pero debo advertirle que
no acostumbro á cobrar interés por los beneficios que
penso.

—Ni yo lo he supuesto.

—Ya lo sé; al hablar á V. de que trataremos de que me
ue lo que V. llama favor, que de mí recibe, aludía á algo
para V. ha de tener más, mucho más interés que para mí.

—Sea lo que sea, lo acepto desde luego.

—Conviene que se acostumbre V. á no aceptar nada á
s cerrados, como vulgarmente se dice; sino midiendo y
ısando bien las consecuencias de cuanto haga.

—Tiene V. razón: soy un atolondrado.

—Que con el tiempo será reflexivo: es la cualidad que
e dominar en el hombre. No olvide V. esto, joven.

—¡Oh, no es fácil que lo olvide!—dijo con acento de pro-
da sinceridad el pobre Félix.

—Bueno; pasemos ahora á tratar de lo más importan ya que la situación de Vdes. no puede prolongarse ni siqu ra algunas horas, ¿no es eso?

—Usted, señor, ha podido comprobar que no exager pintura que le hice en la calle, de las desdichas que nos a bian.

—Tiene V. razón. Muy grandes son las penas que us des han pasado; pero ya le dije, cuando nos encontra allí, en aquel callejón obscuro y solitario, que hay una P videncia que vela por los desheredados de la fortuna.

Una oleada de sangre subió á la cara de Félix, enr ciendo su semblante.

El rubor de la vergüenza quemaba su cara, y bajó la ta al suelo.

—Alce V. esa mirada, que no tiene por qué fijar en la ra, y agradezca V. á Dios que le haya conservado el se miento que hace asomar á su rostro esos colores. El colo la vergüenza no tiñe nunca las mejillas de los crimin

—Es V. la bondad personificada,—dijo el joven.

—Acaso no tanto como V. cree; de todos modos, sigar nuestra conversación, que á algo práctico nos ha de ducir.

Hubo un instante de silencio.

Félix no sabía dónde iría á parar su bienhechor.

Además, hallábase cohibido y avergonzado en pres de aquel hombre.

La generosidad de que Jorge le había dado tan palm muestra le anonadaba.

Nunca pudo soñar que en el alma humana pudier bergarse tanta nobleza como anidaba en la de Jorge.

Éste aparecía á los ojos de Félix como un ser extra nario.

Acostumbrado el joven á los desengaños, á la ingratitud, la falta de protección, resistióse á creer que fuese realidad que tocaba.

Era, sin embargo, preciso rendirse á la evidencia.

Jorge, al verse atracado en noche obscura y sitio desier-, pudo, obrando en legítima defensa, deshacerse de su resor violentamente.

Pudo, también, y esto era lo más lógico, llamar á la jus-ia en su auxilio.

Nada de esto había hecho, sin embargo.

Por el contrario; adivinó con extraordinaria perspicacia, cúmulo de dolores, de angustias, de pena y de miserias e acababan de precipitar á un hombre honrado por la rá-da pendiente del crimen.

Era indudable para Félix, que su protector poseía un co-ocimiento profundísimo del corazón humano.

Y el suyo propio, el de Jorge, debia ser de oro.

De otra manera, contaria después de su criminal tenta-a con una victima convertida en acusador implacable, ro no con un protector convertido en amigo cariñoso.

Era, pues, indudable que, según dijera Jorge, había una ovidencia para los desgraciados.

Félix, haciéndose estas reflexiones, aprovechó el momen-neo silencio de Santullano para elevar una oración men-hasta la Providencia aquella de que dudara agobiado por desgracia, los desengaños y la desesperación.

* * *

Hemos dicho que entre los dos personajes, hubo un ins-nte de silencio.

Jorge fué el primero en romperlo.

Abrió por completo la cajita metálica que le vimos sa de uno de los cajones de su mesa, y extrajo de ella un bil de Banco, de cien pesetas.

—Su madre de V,—dijo alargando el billete á Félix necesita otro albergue más decente y en harmonia con delicado estado de salud.

—¡Pobre madre mia!—murmuró Félix enjugando una grima, que resbalaba por su demacrado semblante.

—Ya comprenderá V.,—siguió diciendo Jorge,— que cambio de domicilio que se impone para Vdes. como mera necesidad, no puede improvisarse á las cinco d mañana.

—Señor, nosotros nos contentamos con un poco de mento, y esto ya lo tenemos, gracias á la bondad de V.

Y Félix, al decir esto, mostraba aún en la mano, el bi que acababa de entregarle Jorge.

Éste afectó no oir á su interlocutor.

Volvió, pues, á la conversación, en el punto que la h dejado.

—Sin embargo,—dijo,—hoy mismo, cuando el sol p tre alegre por las ventanas de su casa de V., que hace he visto yo tan obscura, la abandonarán Vdes. siempre.

Félix hizo un movimiento como si tratara de form una protesta.

—Ni una palabra,—dijo Jorge;—V. no puede opone que yo haga por V. mismo y por su desgraciada familia to esté al alcance mio, siquiera sea bien poco.

—Hizo V. ya lo que yo no merezco.

—Oigame V., joven, y evite recordar lo que ha pas Dentro de algunas horas un coche mio irá á buscar á des y los conducirá á su nueva casa.

—Tantas bondades, ¿cómo pagarlas?—dijo Félix viva-
ente emocionado.

—Repito á V. lo que le dije antes: ya trataremos de eso.
hora bien; como aun falta algo para que amanezca, com-
e V. al salir de esta casa, velas con que alumbrar aquel
gurio, alimentos que fortalezcan algo á su madre y aun á
tedes, y, á ser posible, algo de ropa exterior para los pri-
eros momentos... De lo demás me encargaré yo.

El marqués de Santullano se puso en pie, al pronunciar
tas palabras.

Félix comprendió que la entrevista había terminado.

Abandonó también su asiento y se dirigió hacia la
ierta.

—Dígale V. á su madre,—dijo Jorge tocando en el hom-
o de Félix,—que aun para ella habrá consuelo, que aun no
be perder la esperanza de estrechar en sus brazos al an-
ano preso; que hay quien vive empeñado en demostrarle
ie debe confiarse siempre, sin dudar un punto, en la mise-
cordia divina.

Como si se hubieran doblado á resorte, Félix cayó de ro-
llas á los pies de Santullano.

Éste le levantó del suelo, diciéndole con aquel tono afable
e tanto contrastaba con la bravura de que le vimos dar
tentes pruebas en la reunión celebrada en la quinta del
arqués de Pino Seco:

—Las rodillas sólo se doblan ante Dios.

No pudo, sin embargo, impedir que Félix, apoderándose
una de sus manos, se la besara con efusión, en tanto que
petía:

—Es V. el más bueno, el más generoso de los hombres.
a bendición de Dios caerá sobre V. y sobre los suyos.

Un instante después, Félix corría oprimiendo en su mano

las cien pesetas, en dirección á su casa; mientras Jorge, dejándose caer de nuevo en el sillón, murmuraba:

—Creo que no será perdido este beneficio.

Y tenía razón de creerlo así.

Tanto Félix, como su madre y sus hermanos, tenían honradez por norma de sus acciones.

Si un acto criminoso pudo costar la vida á Santullán Félix, que lo cometiera, no era un criminal.

La miseria, la desesperación, lo condujeron al borde del precipicio.

La generosidad de Jorge Téllez lo apartó de él, devolviéndole al par la tranquilidad y la vida.

Aquella generosidad debía obtener necesariamente por recompensa, la gratitud perdurable de los beneficiados con ella.





CAPITULO CXXVI

Trabajar por cuenta propia

Dos días después de la aventura que hemos narrado en el capítulo anterior, el barón del Valle penetraba á medio día en la morada de Santullano.

—¿Sabe V.,—le dijo al verle en su despacho,—que creo ɔer efectuado una buena adquisición?

—¿De qué se trata?—preguntó el del Valle, que ignoraba absoluto la adquisición á que Jorge se refería.

—Se trata,—contestó éste,—de una persona que, á no du-·lo, va á prestar á nuestra institución muy importantes vicios.

—Sea en buen hora,—dijo el barón del Valle.—Pero per-:a V. que me asombre de ver á nuestro jefe reclutando ɘptos, como si fuera el último de ellos.

—Para la tarea que me he impuesto, necesito hacerlo así.

Ninguno de los que componen el *Consejo Supremo* en E-ña, es capaz de traerme un hombre como el que yo he... do para «La Familia».

El barón hizo un movimiento de sorpresa.

Jorge lo notó, y se apresuró á añadir:

—He dicho ninguno, y debo rectificar; exceptuánd... usted, barón.

—Es una justicia que creo merecer,—dijo éste.

—Por eso, de buen grado se la otorgo.

—Usted, marqués, me dijo que necesitaba un ho... honrado, leal y sincero.

—Es cierto,—dijo Santullano.

—Yo puse á disposición de V. esas cualidades, si las conocía en mí.

—También es cierto; tanto, amigo barón, que acep... conocido la amistad de V., y con ella me honro hoy.

—Entonces, ¿cree V. que yo no soy capaz de hace... «La Familia», no lo que ella quiere, sino lo que necesita p... responder á los fines para que fué instituida?

—Tanto lo creo, que hice la excepción desde lue... favor de V.; pero, como sin mis órdenes no puede hac... nada, como no es aun llegada la ocasión de que yo re... por completo los propósitos que abrigo, comprenderá u... que no sin causa legítima, hable como lo hice no ha m... rato.

Para terminar aquel diálogo, quizás un tanto en... Jorge hizo recaer la conversación en cosas puramente... nales.

El barón del Valle era un admirador incondicion... Santullano.

Advertía en él cualidades excepcionales, que le f... naban.

Hubiérase dicho que presentia la misión que Jorge se
ia impuesto, y que él aun no le habia confiado.

La reserva que con él usaba Santullano, no le molestaba,
o era mucha su impaciencia por conocer los proyectos de
el hombre extraordinario.

Así es que no desperdiciaba ocasión alguna que pudiera
sentársele, de descorrer algo la punta del velo que ocul-
a el misterio de que Jorge venia rodeándose.

Una de las cosas que más llamaba la atención del barón
Valle, era que Jorge ignorase la procedencia del titulo
ostentaba.

Y era, con efecto, inverosimil que el hombre que habia
ido poder bastante para disolver los *Consejos generales*,
sumir la jefatura absoluta de la vasta asociación, titulada
Familia», ignorase la procedencia de un titulo que esta
ma asociación le habia otorgado.

Después de perderse en cavilosidades por el estilo, el ba-
hizo recaer la conversación en el asunto mismo que se
atia al empezarla.

—Esa persona de quien V. me hablaba antes,— dijo á
tullano,—¿es de Madrid ó del extranjero?

—De Madrid, amigo mio, y reclutada en las últimas ca-
sociales.

En el semblante del de Valle apareció reflejada la admi-
ión que le produjeran las palabras del marqués.

—Observo, amigo mio,—dijo éste,—que se admira V. de
ue acabo de manifestarle.

—Cierto que me sorprende.

—Y, sin embargo, no hay para tal sorpresa motivo
uno,—continuó Jorge. —¿Acaso entre la gente poster-
la por la fortuna, no pueden encontrarse valiosos ele-
ntos?

—No quise decir eso, marqués; pero creí que los es-
tos de nuestra orden...

—Esos estatutos han de sufrir una reforma radicali-
Hace dos noches, conoció V. algunas disposiciones que p
dujeron asombro inaudito en la reunión habida en cas
Luciano del Pino, ¿no es verdad?

—Es muy cierto.

—Pues aun ha de presenciar V. cosas mucho más ex
ordinarias.

—Marqués, me asusta V., y tiemblo.

—¿Por qué?

—Tiemblo por usted.

—¡Bah!... Todos esos farsantes que nos rodean temb
á mi voz. Conozco los crímenes que manchan la histor
cada uno, y los tengo cogidos.

—Usted no los conoce, marqués; no sabe V. de lo qu
capaces. . El presidente Hurtado, tiene poder inmenso.

—Es el mayor miserable de esa cuadrilla. La perso
quien le hablaba á V. antes, es una víctima de Hurtad
ese D. Lucas, como le llama todo el mundo, para el cu
llegado ya la hora de la expiación.

La voz de Santullano, al llegar á este punto, dejó d
afable, para adquirir un tono sombrío.

Sus ojos despidieron llamaradas siniestras.

El barón del Valle se estremeció.

Recordaba haber visto de aquel modo á Santullano
reunión de la quinta de Pino Seco.

Viéndole como entonces le veía, pensaba que la
de tal hombre extraordinario debía ser terrible.

—¡Una víctima!...—exclamó el barón.

—Oiga V., y juzgue.

Santullano contó al barón del Valle la historia de l

l como éste la explicara la noche de su encuentro con
rge.

Tuvo, sin embargo, el cuidado de omitir en qué circuns-
ncias se habia encontrado con el pobre Félix.

La acción criminal que éste se proponia llevar á cabo,
iedó, para el barón, en el misterio.

Por lo demás, no tuvo Jorge inconveniente alguno en ma-
festar el papel de providencia que habia desempeñado
ıra con Félix y su familia.

Habia hecho las cosas á conciencia, según su cos-
mbre.

* * *

Cuando Félix, al salir de casa de Santullano dos dias
ıtes, llegó al estrecho zaquizamí que le servia de albergue,
ı madre le esperaba presa de una ansiedad terrible.

La pobre mártir habia entrevisto una esperanza en la
sita que Santullano le hiciera.

Pero tan avezada estaba á los desengaños, que temia que
quella esperanza se desvaneciese, como se habian desva-
ecido tantas otras.

Su incertidumbre, aunque grande, duró poco tiempo.

Cerca ya del amanecer, llegó Félix.

—¿Eres tú, hijo mío?—preguntó la madre, con angustiado
ento.

—Yo soy, madre; anímate, porque al fin Dios se ha com-
ıdecido de tus dolores.

—¿Luego no nos ha engañado ese caballero?

—Ese caballero tiene un corazón de oro. Tus oraciones
das, madre mía, no serán bastantes para pedir, en favor
ıyo, todas las felicidades que merece.

—¡Bendito sea Dios, que le ha puesto en nuestro cam...
—balbuceó la anciana.

Lágrimas de gratitud inmensa, rodaban silenciosas p·
su rostro, seco y curtido por las privaciones.

Sus labios se movian convulsivamente.

Oraba por el hombre que había arrojado en su camin...
poco de felicidad.

Félix respetó aquella oración, y mentalmente asc...
á ella.

Al fin, repuesto de su momentánea y justificable tur...
ción, dijo la madre:

—Cuenta, hijo mio, cuenta.

Refirió Félix, en pocas palabras, la escena que entre...
Santullano habíase desarrollado en casa de éste.

De nuevo, las lágrimas inundaron el rostro de la p...
enferma.

Era aquel llanto de gratitud, rocío bienhechor que ll...
ba á refrescar un corazón agostado por la fiebre del de...
gaño.

Eran las primeras lágrimas de ventura que brotaban...
aquellos ojos habituados, ya de largo tiempo, al llanto d...
desesperación.

Hízose todo, según las instrucciones de Jorge.

Aquella mañana, el sol, al penetrar por las ventanas...
miserable albergue de aquella familia, antes opulenta, a...
bró regocijado un cuadro de relativa ventura.

El primero, después de mucho tiempo, que envolvía...
riñosamente con sus haces de oro.

Al medio día, un lujoso carruaje paró á la puerta d...
humilde casa.

Era uno de los coches del poderoso marqués de San...
llano.

Subieron en él la madre de Félix, éste y sus hermanos, y coche partió á escape con dirección á la calle del Prado.

Alli se detuvo frente unas casas de reciente construcción, ı las que acababan de instalarse con todo lujo, no pocas ·ıdas.

Las personas que ocupaban el carruaje descendieron del ismo, y por indicación del lacayo, que obedecia órdenes ıperiores, subieron hasta el tercer piso de la casa que hacia ·quina á la calle del Baño.

Fué preciso ayudar á la enferma, porque ésta apenas si ıdia sostenerse.

La ascensión para ella fué penosa.

En uno de los altos forzados que hubo de hacer en la es-ılera, Félix se fijó en la gran plancha de cobre fijada en la uerta del piso principal.

En aquella plancha se leia en gruesos caracteres negros: ;tanley y Compañía».

No pudo el pobre mozo ni aun sospechar que aquel Stan-y era precisamente su protector, Jorge Téllez Girón, ó el ıarqués de Santullano.

La doble personalidad de Jorge, era para muchos desco-ocida.

En el tercer piso de la casa esperaba á los recién llega-ɔs, un viejo criado de elegante porte.

Félix le reconoció en seguida, por haberle visto dos dias ıtes, aunque sólo breves momentos.

Aquel servidor era Bautista, el ayuda de cámara de Jorge.

—Mi amo,—dijo cuando ya todos estuvieron dentro del iso,—me ha ordenado que participe á Vdes., que aquí es-ın ya en su nueva casa.

Nada faltaba allí de cuanto pueda ser necesario á una fa-ıilia.

El piso estaba amueblado, sino con lujo, con decenci.. menos.

Los muebles eran completamente nuevos.

Respirábase en aquella casa un aire oxigenado y p.. que circulaba libremente por las anchas ventanas recay.. tes á la calle, y las que correspondían á un patio inter.. bastante desahogado.

El sol entraba á torrentes, inundándolo todo de luz y alegría.

La enferma fué instalada en la mayor habitación d. nueva casa, repartiéndose las restantes Félix y sus h.. manos.

Habia empezado para ellos una nueva vida.

Acostumbrados á la miseria y á las estrecheces, ap.. si se daban cuenta de lo que les pasaba.

Más de una vez se les antojó si se hallarían victim.. de alguna horrible pesadilla, generada por la continuid.. del sufrimiento, como la sed abrasadora alucina al via.. del desierto, haciéndole ver frescos y refrigerantes oas.. donde sólo existen montones de tierra calcinada por el vie.. abrasador de los arenales africanos.

Y la obsesión les perseguia, y empezaban á abrigar e.. mor de que terminase aquel hermoso sueño.

El despertar hubiera sido horrible.

Por fortuna para ellos, era la realidad lo que veían y .. caban.

A las pocas horas de habitar en su nuevo y confort.. domicilio, habíanse por fuerza rendido á la evidencia.

Sus temores fueron desvaneciéndose poco á poco.

Félix era el único que se mostraba preocupado.

Y no era, ciertamente, porque abrigase el temor de p.. der la felicidad alcanzada, sino por la incertidumbre ac..

precio á que tendría que pagar aquella felicidad, tantas
:es deseada.

Recordaba que Jorge le había dicho que hablarían *de*
o; es decir, de las condiciones que indudablemente pondría
r su generosidad.

Cierto que había hablado algo de su costumbre de no co-
ır interés á los beneficios que dispensaba.

Pero también era cierto que todo aquel bienestar, aquella
:ha, aun relativa, pero al fin dicha, se la debían á un hom-
: para ellos desconocido.

Y que aquel hombre, podría, en el más impensado mo-
:nto, exigir una conducta análoga á la por él seguida, de
s patrocinados.

Pero á Félix se le antojaba que Jorge era un hombre de
›nor, y calculaba que no exigiría de él nada que con la de-
ncia y el honor no estuviese en íntimas relaciones.

Esta ventajosa opinión que Santullano le merecía, acabá-
ıle de tranquilizar por completo.

—Bueno,—pensaba,—es justo que de mí se exija algo á
ımbio del beneficio que acabo de recibir: el alma y la vida
ıe ese hombre me demande, le daré gustoso.

De este modo, convencido de que para él era un deber
ıeludible el de mostrarse agradecido con la persona que tan
:pléndidamente les otorgaba sus beneficios, acabó de tran-
uilizarse y esperó los acontecimientos.

* * *

El relato de Santullano acrecentó la admiración que el
arón del Valle sentía por él.

La generosidad inusitada de que había dado muestras
ocurriendo de modo régio al primer advenedizo que le pidió

una limosna, llamóle la atención, tanto como el valor t..
rario de que le viera hacer alarde dos noches atrás.

—Verdad es,—pensaba el barón,—que este homb..
hablado de una persona ganada recientemente para «La .
milia».

Esa persona no es otra que el joven tan espléndidam..
socorrido.

Pero, ¿la adquisición de ese nuevo elemento, vale, en :
lidad, el sacrificio pecuniario que el marqués ha hecho'

El joven ha sido reclutado en las últimas capas soci
según confesión de Santullano.

No se trata, pues, de un noble más ó menos arruin'
sino de una víctima á la que, por lo visto, se pretende :
agraviar.

Asi pensaba el joven barón del Valle, en tanto que J . -
revolvía algunos papeles en el cajón central de su mesa :
nistro.

Tengo aquí,—dijo de pronto sacando un voluminos .
gajo que puso sobre la mesa y debajo de su mano,—las p:
bas terminantes que bastarían para mandar á presidio y ..
á la horca, á los dignos señores que componen el *C..*
Supremo español de «La Familia».

El barón miró á su interlocutor con verdadero asom..
mezclado á algo de terror.

—¿Y piensa V.,—le dijo,—hacer uso de esas armas'
rribles?

—Según y conforme: eso dependerá de los inte: .
sados.

—Puede V. estar seguro de que ninguno de ellos pas'
por la contingencia de verse denunciado y en presidio.

—Entonces habrán, necesariamente, de someterse ..
voluntad.

—O se confabularán para suprimirle á V., suprimiendo, lo tanto, el peligro.

—En eso es en lo que se equivocan lastimosamente.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo: supongamos que me matan, y crea us- que la hipótesis es muy aventurada. Pero, en fin, supon- ıoslo. ¿Cree V. que con eso han adelantado algo?

—Evitan un peligro inminente.

—No, señor; nada de eso: el peligro subsiste. Con la va- ıte de que, muerto yo, deja de ser peligro, es decir, con- ;encia, para convertirse en realidad.

—Según eso, ¿hay alguien más que V. que posee los ·ibles secretos?

—Sí, señor; un hombre sincero, leal y de corazón.

—Y ese hombre, se encargaría de vengar á V., per- ıdo á todos esos miserables?

—No me cabe la menor duda.

—¿Tanta es la confianza que le inspira á V.?

—Tengo en él la misma que pueda tener en mí.

—¿Sería una indiscreción pretender averiguar quién es persona?

—De ningún modo: esa persona es V.

El barón del Valle se puso en pie violentamente.

No esperaba la contestación que acababa de oir.

Santullano le miró con fijeza un momento.

Su mirada penetró hasta lo más hondo de la conciencia hombre que tenía delante.

Hizole una ligera indicación para que se sentara nueva- nte.

El barón obedeció en silencio.

Santullano, con el tono cariñoso y afable en él peculiar, preguntó:

—¿Me habré equivocado acaso al juzgar á V.? ¿Vaci
usted en vengarme?

—¡Oh, no!... De ningún modo,—se apresuró á con
el barón del Valle.

—Ya sabe V. que le dije cuando nos conocimos
necesitaba un hombre de excepcionales condiciones...
se me ofreció, y yo, contando con ese ofrecimiento...

—Ha hecho V. bien en contar conmigo; espero su
denes y las cumpliré gustoso, sin discutirlas.

Y al decir esto, el barón se levantó nuevamente, al
do su mano derecha á Santullano.

Éste se apresuró á estrecharla con verdadera efusió

—Ahora,—le dijo,—necesitamos rodearnos de auxil
honrados; el primero con que cuento es ese joven á quie
socorrido recientemente.

—¿Pero él sabe?...

—Ni una palabra, y no es necesario tampoco que la

En aquel momento llamaron á la puerta del despac

Era Bautista, el ayuda de cámara.

—¿Qué hay, Bautista?—le preguntó Jorge.

—El señor marqués está servido.

—Pues á la mesa. Venga V., barón; almorzaremos ju
y después hablaremos un rato.

El barón del Valle no encontró medio de excusars
guió á su amigo al comedor.



CAPITULO CXXVII

Diálogo de sobremesa

ATRAVESANDO dos ó tres piezas magníficamente ad... nadas, llegaron Santullano y el barón al comed... Bautista les esperaba allí, mudo, según su co... umbre.

Retiró las sillas en que habian de tomar asiento los ... nensales, y el almuerzo dió principio.

Durante él, pudo el barón del Valle hacerse cargo d... onsiderable que debia ser la fortuna de su nuevo amigo.

El comedor, en efecto, era una preciosidad.

Amplio y magníficamente decorado, en los entrep... 10 cubiertos con muebles, veíanse hermosas pinturas ... resco, representando escenas de caza.

El mobiliario, de nogal tallado, estilo renacimiento, re... aba el buen gusto artístico de Santullano.

Los armarios y *etageres*, cargados de botellas unos, c teniendo numerosos juegos de cristalería otros, cubrían g trecho de aquella suntuosa habitación.

Todo allí respiraba elegancia, buen gusto y riqueza.

El almuerzo resultó digno de un príncipe

A los postres, servido ya el café en las tazas chinas y *Fin champagne* en las ténues copitas de cristal, Bautista retiró discretamente.

La conversación, que hasta entonces había girado s asuntos diversos y banales, fué adquiriendo un carácter m serio.

Mientras almorzaban se pasó revista á los teatros, á círculos y á los domicilios aristocráticos donde se reunía flor y nata de la sociedad madrileña.

El barón admiraba el aplomo de Santullano, su ráp concepción, su conocimiento del mundo.

Comprendía que aquel hombre tan grave, debía hab sufrido mucho, antes de aprender á dominar su volun supeditándola al cerebro.

Santullano indudablemente debía conocer á media hu manidad, según hablaba citando de continuo nombres cualidades de personas.

La sociedad madrileña le era tan conocida como la l donense, como la parisién, como la de Lisboa.

Y, sin embargo, Santullano faltaba de Madrid d muchos años antes.

Su permanencia en el extranjero había durado bastan tiempo.

¿Cómo explicarse aquel conocimiento íntimo, al deta que tenía de la aristocracia española?

El barón del Valle pudo comprobarlo por sí mismo.

Nadie como Santullano conocía el estado de las fortun

e que hacían gala y ostentación muchos aristócratas improvisados.

Nadie como él sabía el número de títulos que eran deuores de sus recientes pergaminos, á las complacencias e sus esposas con los principales personajes de la situaión.

Nadie como él estaba en antecedentes respecto á las hiotecas, pagarés, y otros gravámenes que pesaban sobre las ›rtunas de muchos señores.

Nadie como él conocía las deudas que tenían contraídas ersonas que, en sus salones, celebraban espléndidas fiestas.

Nadie, en fin, como él, para estar al corriente de cuanto ι crónica escandalosa ofrece de continuo á la voracidad de ›s maldicientes que se entretienen en desmenuzar indicios, ntecedentes y sospechas, para dar en tierra con las honras reputaciones mejor cimentadas.

Todo esto deducíalo el barón del Valle, de la conversaión amenísima de Santullano, con cuya compañía ningún ιombre podía aburrirse.

Pero todas aquellas banalidades que habían ofrecido tema obrado de conversación durante el almuerzo, terminaron á a conclusión de éste.

Santullano hizo conducir las tazas del café, ya servido, su despacho.

A él pasó en seguida, familiarmente cogido del brazo del ›arón.

Éste se hallaba cada vez más encantado de la afabilidad le su nuevo amigo.

—Si realmente este hombre tiene todo el poder que apaenta, su amistad, su confianza, pueden serme de utilidad suma.

El barón, pensando así, recordaba las palabras que don

Lucas Hurtado le dijera, al obligarle á formar parte de l
Familia».

Procurando inspirar confianza á Santullano, el barón
satisfacía tan sólo una necesidad de su alma, que deseaba
amistad de aquel hombre extraordinario.

Satisfacía, ó creía, por lo menos, que podría satisfa
con el tiempo, uno de los más vehementes deseos de su co-
razón: el de sacudir el yugo que se le había impuesto
unirle con malas artes á una asociación de bribones.

*
* *

Santullano tomó de una cigarrera colocada junto al ve-
dorcito que sostenía las tazas del café, dos magníficos ci-
garros.

Ofreció uno al barón, que no se hizo de rogar para acep-
tarlo.

Espesas nubes de azulado humo envolvieron por un mo-
mento á los dos amigos.

El ambiente del despacho quedó en seguida aromatiz
con ese olor enervante y peculiar del tabaco habano.

Los ojos de Santullano se entornaban, aspirando el hu
del cigarro.

El barón del Valle hubiera podido sospechar si su am-
se disponía á dormir.

No se le ocurrió, sin embargo, pensar en semejante c

Respetó el silencio de Santullano y esperó á que éste
hablase.

Mal hubiera hecho el barón suponiendo á Jorge capaz
cometer la imperdonable grosería de dormirse en prese
de su amigo y huésped.

Santullano no dormía.

Con los ojos entornados reflexionaba.

El momento le parecía el más afortunado para inaugurar inea de conducta que estaba dispuesto á seguir con el ba- i del Valle.

Y decidido á llevar á la práctica su proyecto, coordinaba ι en su mente las ideas, deseoso de llegar sin violencia, y que el barón se percatase de ello, al fin que apetecía.

—Mi querido barón,—dijo por fin Santullano, lanzando al e una espesa bocanada de azulado humo.—Dije á V. hace :os dias, que conozco muy bien su historia, y los motivos e le indujeron á formar parte de «La Familia».

—Así es, en efecto; y mi sorpresa...—repuso el del Valle.

—Fué grande, ya lo sé,—le interrumpió Santullano.—Pero á aún mayor cuando yo le diga que, con todo mi poder, e es inmenso, no puedo autorizar su salida de «La Fami- ».

—¿No dice V. que, al menos por lo que respecta á España, una asociación de criminales vulgares y de asesinos?

—Esos son, exactamente, los calificativos que merecen los esos caballeros que con nosotros se codean á diario, que, hasta que yo me cansé de tolerarlo, formaron parte l *Consejo de los duques* y del *Gran Consejo.*

—¿De modo que quedan definitivamente anulados?

—¡Hombre!... tanto como definitivamente... quizás no.

—¿Pues que habrá V. adelantado con destituirlos, si tan onto se han de ver repuestos?

—Mucho, amigo mío.

—Confieso mi torpeza, pero no lo entiendo.

—Y, sin embargo, es muy sencillo.

—¿Quiere V. molestarse en darme la explicación?

—Con alma y vida, amigo mio; supóngase V. que yo los stituyo, como lo he verificado...

—Sí.

—Con ello les pruebo que mi poder es superior al
y que es necio hasta intentar rebelarse en mi contra.

—No se fíe V., sin embargo, marqués.

—Ahora bien,—prosiguió Santullano,—como yo les
sito, he de tenerlos en mi poder.

—Ya voy comprendiendo.

—Pues concédame V. entonces que nada como un
miento de poder y mando para domeñar á esos caba
cuyo menor defecto es la venalidad, con tenerla ésta ilim

—Acepto como buenas esas teorías, marqués,—dij
pués de breves momentos de meditación el barón del
—Pero por el interés que V. me inspira, he de decir
juega V. con fuego, y que el peligro es grande.

—Señor barón,—contestó Jorge,—quiero que se pers
usted de que los señores á quienes he quitado las preb
de que gozaban no pueden en contra mía intentar nada.

—¡Oh! Lo que es de eso no me convencerá V. jamás.

—Bueno, sea; pero sí le persuadiré de que les int
mucho, pero mucho, el estar bien conmigo, y no int
nada contra el que puede llevarlos al presidio ó á la
con sólo su voluntad.

—Ya en otra ocasión me dijo V. algo parecido á es

—Lo recuerdo; pero se lo repito ahora porque con
que lo tenga V. presente.

El barón hizo un gesto de extrañeza.

Para Santullano no pasó desapercibido el movimien
su amigo.

Temió que éste hubiese dado á sus palabras una
interpretación.

Como no era hombre capaz de agraviar á nadie á sa
das, apresúrose á dar una explicación de ellas.

—Es indispensable,—dijo,—que V. sepa que todos los ca-eros con quienes nos rozamos, son, como suele decirse, mo de horca.

—¿Todos?...—preguntó asombrado el barón.

—Todos, sin excepción alguna.

—¡No creía yo estar tan bien relacionado!...

—Admiro su candidez, barón, pero no me extraña.

—No crea V. por eso, que yo creyera hallarme entre án-s en «La Familia»; prueba de ello es que los conozco, sé son capaces de cualquier felonía, y por eso avisé á us-que se previniera.

—Pero vamos, admitía V. alguna excepción en la regla eral.

—Cierto que sí.

—Suponiendo que la haya,—y la hipótesis es bastante nturada,—suponiendo que la haya, repito, es sólo con ción á la gravedad de los crímenes ó delitos; pero libre nancha, téngalo V. presente, no hay ninguno.

—¡Parece increible!...

—Pero así es la verdad. Aquí, en este legajo, están las orias de nuestros excelentes compañeros.

Y al decir esto, puso la mano sobre la carpeta que sacara su escritorio momentos antes del almuerzo.

El barón miraba aquellos papeles, casi con miedo. Secretos formidables estaban allí encerrados.

¡Cuántas lágrimas vertidas! ¡Cuánta sangre derramada onian los hechos en aquellos papeles consignados!

Lágrimas y sangre, que sirvieron sin duda para amasar fortunas de que, con cínico orgullo, hacían alarde sus ninales poseedores.

—Estos papeles los examinará V. detenidamente,—dijo ntullano.

—¿Yo?...

—Sí, V.; en ellos encontrará medios para vengarse á infamia que con V. se cometió no hace mucho tiempo.

—¿A qué infamia hace V. referencia?

—A la de obligarle á ingresar en «La Familia», valiéndose para ello de una falsedad. El documento que dijo don Lucas había firmado su madre de V...

—¿Es falso, verdad?—gritó el barón sin poderse contener.

—De toda falsedad,—afirmó Santullano.

El barón juntó sus manos, estrechando entre ellas una las de su interlocutor.

La emoción que le dominaba era violentísima.

Santullano se conmovió ante aquella explosión del sentimiento filial.

—¡Oh! Vengan, vengan esas armas que han de herir á enemigos de mi tranquilidad, á los raptores de mi honra.

—Poco á poco, amigo mío,—dijo Santullano conteniendo al barón;—poco á poco. Las venganzas, aun las más legítimas, he de ordenarlas yo.

—Comprenda V., marqués, mi ansiedad.

—La comprendo; pero una ligereza, una impremeditación cualquiera podría comprometernos...

—No tenga V. cuidado; seré prudente.

—He trabajado mucho, y no quiero que se malogre plan en un momento.

Y el marqués, al decir esto, puso su mano sobre el legajo de los papeles.



CAPITULO CXXVIII

Conflicto conjurado

La actitud de Santullano sorprendió grandemente al barón del Valle.

Aquel hombre le llamaba su amigo, y le había do pruebas de gran confianza.

Eso no obstante, resistíase á proporcionarle el medio de var á cabo una venganza legítima.

La conducta de Jorge Téllez, empezaba á hacerse sospe- osa al barón.

Y era que éste, indignado por la conducta que con él ob- rvara don Lucas, sólo veía su propia conveniencia.

Atendía no más á que con fines que aun no había podido plicarse claramente, fué arrastrado al seno de una Socie- ad de estafadores.

Sólo veía que para lograr su presencia en «La Familia»,

don Lucas no había vacilado en recordar locuras del p del barón, ni en infamar la memoria de una noble señ

Tratábase de la reabilitación de su madre, siquiera él solo el que debía devolver á su memoria lo que por l ción falsamente denunciada por don Lucas, le había tado.

Y para el barón este era un asunto que no podia ni d ser pospuesto á ningún otro.

De ahí que no comprendiera el móvil que guiaba á S tullano en su conducta.

De ahí que, al ver que se oponía á su venganza, y l parecía revestirse de toda su autoridad para impedir retrasarla cuando menos, el joven barón se preguntase:

—¿Qué oculto designio es el que persigue este hom ¿Será un impostor, como todos esos que él atemoriza co mirada?

Y el desdichado perdíase en conjeturas acerca de la turaleza y de los proyectos de Santullano.

Éste miraba fijamente al joven.

Sorprendió su extrañeza cuando él le impidió apoder de los papeles.

Conocedor profundo del corazón humano, adivin batalla que en el del barón estaba librándose en aqu momentos.

Pudo, con una sola palabra, calmar la ansiedad d amigo.

No quiso, sin embargo, hacerlo así.

Prefería que el mismo barón se convenciese de lo in de su proceder, sospechando de la conducta de Santul

Además, si éste hubiese explicado en aquel moment móviles que le impulsaba á proceder del modo que lo ha su secreto quedaba en parte descubierto.

Esto era precisamente lo que el marqués trataba de evitar lo posible.

*
* *

—¿Sabe V., barón,—dijo Santullano, después de algunos mentos de silencio,—que me está dando motivos para pechar que obró V. precipitamente al ofrecerme su incon- ional amistad?

El barón levantó la cabeza, que tenía apoyada en una no.

Clavó sus ojos en Santullano, como si pretendiera leer en ondo de ellos todo cuanto pasaba en el alma de aquel sterioso personaje.

Pero Jorge resistió la mirada.

Ni un músculo de su rostro se descompuso.

Dijérase que más que hombre, Santullano era una esta- animada.

Su frialdad, acompañada siempre de la corrección más quisita, causaba verdadero respeto.

El barón se lo tenía.

De no tenérselo, tal vez hubiera sido enteramente nco.

Y, sin embargo, aunque no se atrevió á decir á Santu- no lo que pensaba en aquel momento, contestó á su inter- ación en términos, que no eran en verdad los más amis- os.

—Rodeado siempre de falsas amistades, necesitaba en- ntrar una persona que depositase en mí un afecto verda- ro; creía haberla encontrado en usted...

—Adelante,—dijo Santullano;—no se detenga; yo acabaré frase. Teme V. haberse equivocado. ¿No es eso lo que iba ted á decir?

—¡Marqués!...

—No, amigo mio; no me incomodo por eso. Comp que es V. muy joven todavía, y que le falta algún tiem práctica del mundo para disimular sus impresiones.. alegraría que no la adquiriese V. nunca.

—Quizás aventura V. demasiado al hacer esa hip —dijo el barón.

—¿Cree V. de buena fe que me he equivocado? Disp estoy á probarle que penetré en su interior, ahora mis

—Permítame V. que me admire de lo que me at calificar de presunción.

—Acepto la frase, sin que me ofenda,—dijo con af tono Jorge,—pero quiero probarle que puedo presumir que ahora mismo me alababa.

—¿De perspicacia?

—Llamémosle así, si V. lo quiere.

—No me desagradará la prueba.

—Voy á decirle en lo que estaba V. pensando hac instante.

—¡Hombre! Tendría gracia...

—Verá V.: como yo me he opuesto á que, por ahora, usted ciertos pasos que podrían comprometernos...

—Ofrecí usar de prudencia.

—No importa; como yo me he opuesto á eso, V. pens que acostumbro á anteponer mis intereses propios á l tereses de los demás.

—No es eso precisamente, marqués.

—Sí, es eso; y firme en tal idea, devanábase V. el cer pensando en cuál podrá ser mi objetivo.

—Por ahí ya va V. mejor.

—¿Lo ve V. como voy acertando? Pero no es eso t Más de una vez, en el intervalo de un momento, se ha h

sted una pregunta que demuestra la poca confianza que le
ıspiro.

—¿Cuál?

—Esta: el marqués de Santullano, que tales poderes ejer-
:, que tan absoluto se presenta, ¿es un redentor ó un far-
ınte, como todos sus compañeros?

* * *

El barón estaba maravillado de lo que oía.

A su pesar, se confesaba que Jorge había penetrado en
ı interior y adivinado su pensamiento.

Pero, aunque la franqueza era su norma, no quiso, en
quella ocasión, declararse vencido.

No lo necesitaba Santullano.

Sabia perfectamente que no se habia equivocado.

Quiso llevar su generosidad, y la llevó, en efecto, hasta
l extremo de evitar al barón una confesión bochornosa.

—A tratar con otro hombre,—dijo Santullano,—desde el
ıomento en que hubiese puesto en tela de juicio mi lealtad,
abriale hecho sentir el peso de mi disgusto.

—¡Oh, marqués,—dijo entonces el barón,—quizás va us-
ːd demasiado lejos! Yo no he puesto en duda su lealtad.

—Viene á ser lo mismo.

—No, de ningún modo; á ser así, ¿cree V. que hubiera
ermanecido por más tiempo bajo este techo hospitalario?

—Sea como V. quiera. Yo le supongo á V. aun muy
ɔven, falto de la necesaria experiencia para conocer á fondo
los hombres, y esto hace que no le dé ni aun el carácter de
ılta á lo que en otro hombre, con distintas circunstancias,
ıabría calificado de insulto grave, castigándolo como se me-
ece.

Santullano, al expresarse así, había variado algo de ex-presión.

No era su voz tan afable como lo fuera poco rato ant-

Su mirada, antes tranquila, habíase tornado hosca, y s-cejas se apretaban, replegándose hacia la frente.

El barón del Valle no era cobarde.

Sin embargo, tembló.

No era posible ver á Santullano cuando se irritaba, s experimentar una sensación extraña.

Poseía el don de dominar, anonadando al contrario c un ademán, con una mirada.

Quizás si el barón no se hubiese sentido dominado por extraño poder de que hablamos, le habría manifestado s molestia, por el concepto poco menos que de chiquillo que parecía tenerle.

Aquella situación, bastante violenta, á la verdad, se pro-longaba ya demasiado.

Santullano lo comprendió asimismo.

Transformóse su rostro.

Desapareció la dureza de sus líneas.

La risa volvió á rizar sus labios; las cejas apartáronse d la frente, replegándose á sus posiciones naturales, y la mi-rada apareció de nuevo plácida, risueña.

—Somos unos niños,—exclamó adoptando una posici más cómoda en el sillón en que estaba sentado.

Su voz era ya tan afable, tan persuasiva cual lo era d ordinario.

La tempestad había indudablemente pasado.

Mejor dicho, se alejó sin estallar.

El barón apreciaba realmente á Jorge, porque lo admi-raba.

Hubiera por lo tanto sentido en el alma una ruptura con

Pero, á pesar de todo, él se encontraba en un caso dife-
nte.

A su parecer, subsistian los motivos que creia tener para
sconfiar de su amigo.

Y si bien no se permitió desconfiar, se propuso, no obs-
nte, estudiarlo más á fondo para formar después juicio de-
itivo.

Durante algunos momentos, una capa de hielo parecia
berse extendido entre los dos.

Santullano fué el primero en romperlo, y el barón no
iiso ceder en generosidad.

—Confieso,—dijo,—que estuve algo inconveniente.

—Inconveniente, no,—rectificó el marqués,—injusto, sí,
V. se convencerá, si no hoy, más adelante, de que nunca
bió desconfiar de mí.

—No he de convencerme, porque lo estoy ya plenamente.

—Sea en buen hora. Voy, con permiso de V., á poner en
áctica un proyecto que acaricio hace muy pocos dias, y en
cual entra V.

—¿Yo?

—Sí. ¿Acaso renuncia V. á ello?

—De ningún modo, por más que no sé de qué se trata.

—No tardará V. mucho en saberlo, amigo mio. Recuerde
sted, que uno de mis primeros consejos fué el de que no se
ecipitara V. nunca.

* * *

Jorge abandonó el cómodo sillón en que se hallaba sen-
do y se trasladó á su mesa de escribir.

Cogió de la papelera un volante que llenó en brevisimo
empo con una letra clara y ancha, firmándolo.

Hizo sonar el timbre.

—Bautista,—dijo al ayuda de cámara que se present la puerta,—lleve V. esto á su destino en seguida.

Cogió Bautista el volante que su amo habia encerrad un sobre, y desapareció con él.

—Ahora,—dijo Santullano cuando quedó á solas con barón,—va V. á conocer una persona que ha de serle en sucesivo de mucha utilidad.

—¿A mí?—preguntó admirado el barón.

—A V., y á mi también,—contestó Jorge;—pero á V. es cialmente.

El joven no se atrevió á formular ninguna otra pregun temeroso de ser indiscreto.

Hablaron de cosas indiferentes durante un corto rato.

Un cuarto de hora habría pasado desde que el marq de Santullano entregara á su ayuda de cámara el volan cuando llamaron quedito á la puerta.

—Adelante,—ordenó Jorge.

—La persona que V. ha mandado llamar espera sus ó nes,—dijo Bautista.

—Que entre.

Un joven, vestido con decencia, de inteligente fisonom se presentó en el dintel.

—¿Me llamaba V.?—preguntó á Santullano.

—Sí, señor,—dijo éste.—Acérquese V. y escuche: ¿Qu usted pagarme la consabida deuda?

—Ya sabe V.,—exclamó el joven, en quien nuestros l tores habrán reconocido ya á Félix,—que estoy incond nalmente á sus órdenes.

—Bueno; pues desde mañana, todos los días empl usted dos horas en copiar estos documentos.

Y señalaba los contenidos en el legajo: las historia los individuos del *Gran Consejo*.

—El trabajo ha de hacerlo V. aqui, en mi despacho pre-
isamente, porque esos papeles no pueden salir de mi poder.

—Comprendido: lo haré así.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—El joven se retiró, y Santullano, volviéndose al barón,
e preguntó:

—¿Conoce V. á ese joven?

—No, por cierto.

—Pues es la persona de quien le hablaba hace poco rato.
.a copia de estos papeles, que va á sacar, es para V. Tanto
sa copia, como el hombre que la ha de hacer, lo repito, le
erán á V. muy útiles más adelante.





CAPITULO CXXIX

Una historia y un complot

De todos los personajes que componían la vasta asociación titulada «La Familia», uno entre ellos hallábase inconsolable desde la aparición del marqués de Santullano.

El que más despecho sentía por la presencia de aquel hombre, era D. Lucas Hurtado.

Nacido de padres pobres, casi en la indigencia, la educación de Hurtado, más que descuidada, puede decirse que fué nula.

Desde su infancia mostró deplorables tendencias a mala vida.

Gustaba mucho, ya de mozo, de derrochar el dinero en francachelas.

No teniendo las cantidades que necesitaba para sufrag-

os gastos que se imponía, empezó á meditar en el modo de hacerse con ellas.

Ni un pensamiento noble y elevado acudió á su imaginación.

—Con el más asíduo trabajo,—solía decir á sus amigos, —apenas puede el hombre proporcionarse lo más indispensable para vivir. Todas esas fortunas improvisadas con que nos insultan los ricos de ayer, pobres del día anterior, son el producto de la estafa en grande escala. ¿Por qué, pues, no hemos de dedicarnos nosotros á la estafa?

Cuando don Lucas hacía á sus amigos estas honorables proposiciones, contaba apenas treinta años.

Ya en dos distintas ocasiones había visitado las cárceles, pero por delitos de escasa importancia.

La atmósfera de la penitenciaria, el contacto con los hombres avezados al crimen, había perfeccionado su instrucción.

La segunda vez que estuvo en la cárcel, á consecuencia de un timo que no llegó á efectuarse, salió de ella con grandes planes en el cerebro.

Le faltaba, sin embargo, una cabeza mejor organizada que la suya, para llevar á la práctica lo que tenía en proyecto.

La casualidad se encargó de facilitarle lo que tanto deseaba.

Hallándose accidentalmente en Cádiz, trabó amistad con un hombre á quien había conocido, aunque muy superficialmente, en la cárcel de Madrid.

Aquel hombre se llamaba Nicolás Pérez.

Tenía este sujeto algo más de cincuenta años, y la mitad casi de su vida, la había pasado en presidio.

Redújole á tan duro trance su habilidad caligráfica.

Pérez era un falsificador consumado, y una emisión de billetes de Banco que dió á la plaza, fué el motivo de que lo

mandaran á Alcalá, donde vivió catorce años á expensas d. gobierno.

Cuando conoció á Hurtado, hallábase en el Saladero extinguiendo tres meses de reclusión, que le fueron impuest por lesiones menos graves, inferidas en riña á un individ de su calaña.

Hurtado y Pérez establecieron en San Roque una agen de transportes.

El contrabando en grande escala era el principal neg. en que se ocupaban.

Sin embargo, fué preciso realizar otros de índole distint. que justificasen la existencia de la casa de transportes, y lo hicieron.

Bajo la razón social de Comas y Compañía, fletaron ca. gamentos y compraron otros, explotando á maravilla las h bilidades caligráficas del socio Nicolás Pérez.

Éste falsificaba admirablemente las letras de cambio, l sobordos, los manifiestos, y toda la documentación ind pensable para el negocio á que se dedicaban.

Aquello no podía durar mucho tiempo.

Descubierta una de las operaciones de la casa Coma Compañía, los dos socios viéronse perdidos, y repartie las ganancias tan legítimamente adquiridas.

El dinero existente en Caja ascendía á unos ocho mil d. ros próximamente.

Cuando el Juzgado se personó en el domicilio social los señores Comas y Compañía, sólo encontró en él á d dependientes que nada sabían.

Ni siquiera el paradero de sus principales.

El Juzgado mandó requisitorias á todas partes, ordenan la busca y captura de los estafadores.

Tarea inútil.

No fué posible dar con ellos.

Ambos habían tenido buen cuidado de presentar una do-
nentación tan completa como falsa, al darse de alta en la
ministración para el pago de las contribuciones.

Tramitóse la causa, y los dos socios de la casa Comas y
npañía, fueron condenados en rebeldía á treinta años de
sidio.

¿Qué había sido de tan aprovechados sujetos?

La misma noche que se repartieron el producto de sus
afas, Hurtado se separó de su amigo y socio.

Cerca del amanecer, después de haber operado un cam-
completo en su fisonomía, gracias á la tintura del pelo
una cicatriz que se señaló en la frente, disfrazado de
stor, embarcó en uno de los faluchos que hacían el con-
bando con Gibraltar.

El patrón del buque era muy amigo de Hurtado, pues
bos se entendían para la introducción y alijo de tabaco
España y la exportación de armas al Africa.

Por un modesto estipendio, consintió en trasladarlo á
nger.

Allí desembarcó Hurtado, internándose en seguida.

Pasó en Orán algunos años dedicado á muy diversas ocu-
ciones, sin desdeñar ninguna de ellas, por humilde que
era.

Su deseo constante era el de no desmembrar el capital
n que huyó de San Roque.

Transcurrido el tiempo que juzgó bastante, para que ya
die en España se acordara de lo de la casa Comas y Com-
ñía, regresó á la Península.

Contaba entonces cuarenta años.

Fuese á la Corte, y allí se estableció como agente de ne-
cios.

Prestaba á un interés exorbitante, y por este medio c siguió en breve tiempo acrecentar su capital.

Administrando fincas rústicas y urbanas, dióse tal m que consiguió que muchas de ellas pasaran á ser prop suya.

Una de las víctimas en este negocio, fué, según he tenido ocasión de ver, el padre de Félix.

Cuando le propusieron el ingreso en «La Familia», v cielo abierto.

A expensas de esta asociación, trabajando con su p roso auxilio, vióse en poco tiempo poseedor de una g fortuna.

Creciendo en capital, aumentó en consideración, y r zó lo que para él constituía su sueño dorado: ser presid del *Gran Consejo* que «La Familia» tenía constituído en E paña.

Su porvenir lo veía risueño.

***

A nadie extrañará que, en estas condiciones, la apar de Santullano como jefe supremo de «La Familia», anon ra á D. Lucas Hurtado.

Fingió, según vimos en la reunión celebrada en ca Luciano del Pino, acatar la jefatura del marqués.

Pero, interinamente, se propuso desbaratar los plan éste.

Su deseo era que, no prosperando la gestión de Santu no, continuasen las cosas en el mismo ser y estado que h ta entonces.

Los días subsiguientes á la reunión habida en casa marqués de Pino Seco, los empleó en combinar un plan le permitiese anular á Santullano.

Trabajó su imaginación lo que no es decible para conse-
lo.

Pero no acertaba con la resolución más favorable.

Ante todo, pretendía cubrir su responsabilidad en lo que
iese ocurrir.

Y aquí estribaba la mayor dificultad del asunto.

El iniciador de cualquier idea que se admitiese como bue-
había de ser él precisamente.

Y esto no le convenía.

Si el *Consejo general* de «La Familia» llegaba á enterar-
a venganza no se haría esperar mucho tiempo.

Esto lo sabía muy bien Hurtado.

No le convenía, por lo tanto, perecer en la demanda, sin
seguir su objeto.

Meditó un sin fin de planes.

Algunos de ellos eran, en verdad, realizables.

Pero en todos aparecía su intervención, y de relieve su
onalidad, sobradamente notoria.

Debido á esta circunstancia, no acababa de decidirse por
guno.

Mas el tiempo transcurría velozmente.

No se había citado á los individuos del *Consejo* á nueva
nión, según ofreciera Santullano.

Debía suponerse que éste se hallaba ya trabajando.

Era, pues, indispensable adoptar una resolución.

*
* *

Un día, poco después de la conferencia relatada en capí-
s anteriores, entre Santullano y el barón del Valle, los
ncipales individuos del *Gran Consejo* y los que componían
amado *Consejo de los duques*, recibieron una citación.

Se les invitaba á concurrir á una reunión en casa de
Lucas Hurtado.

A las once de la noche todos los invitados hallábanse
unidos.

Faltaba entre ellos el barón del Valle.

—Señores,—dijo Hurtado, que presidia la sesión,—he
invitado á Vdes. para que tratemos acerca del jefe supr
ó el que como tal se nos ha presentado: me refiero al
qués de Santullano.

—Yo no me fío de ese hombre,—dijo el marqués del
Seco.—Puede ser un impostor.

—¿Quién nos garantiza que tiene los poderes de q
muestra revestido?—preguntó otro de los asistentes.

—En cuanto á eso, no hay la menor duda,—con
Hurtado.—Yo mismo leí los documentos del *Gran Co*
y el sello es auténtico.

—¿Y si fuera falsificado?

—Ya lo sabríamos, porque yo escribí á Paris dando
ta de la presentación de Santullano.

—Pero ese hombre nos anula á todos, y eso no p
tolerarse,—arguyó el conde de Miranda.

—De eso vamos á tratar; creo que estamos aqui tod
perjudicados.

—Falta el barón del Valle,—dijo Pino Seco.

—A ese no le he invitado, porque le creo en sec
inteligencias con Santullano,—contestó Hurtado.

—¡Es un traidor!—gritaron unos.

—¡Un enemigo solapado!—añadieron otros.

—Con él ya nos entenderemos más tarde. Ahora sep
cuál ha de ser nuestra conducta respecto al marqués.

—Emita V. su opinión,—dijo el conde de Miranda.

—Mi opinión es de que ese hombre, declarado jefe s

o, y suprimiendo no sólo el *Consejo de los duques*, sí que mbién el *Gran Consejo* de España, nos imposibilita en)soluto para trabajar. Los ingresos con que hasta ahora)ntábamos irán á llenar sus arcas, y él se servirá de nosros, reduciéndonos á la categoría de comparsas.

—Eso no puede ser,—dijo uno.

—Hay que suprimir á ese hombre, por nocivo á «La Failia»,—añadió Luciano del Pino.

—Denunciemos á la autoridad el asesinato del verdadero arqués de Santullano,—exclamó un tercero.

—Eso sería denunciarnos nosotros mismos,—dijo entones Hurtado.—Señores, hay que pensar más cuerdamente.

—Propongo un medio de deshacernos de él,—gritó el)nde de Miranda.

—Veamos, veamos.

—Se le invita á cenar con nosotros, y un veneno oportuamente echado en el vino...

—Se negará, como la otra noche.

—Fuera una descortesía negarse por segunda vez,—dijo uciano.

—Además, señores,—añadió Miranda,—suponiendo que niegue á cenar, no ha de ser tan descortés que no acepte na copa de Champagne: con eso basta.

—¡Aprobado, aprobado!—gritaron varias voces.

—En ese caso,—dijo Hurtado,—ya citaré á Vdes. para ueva reunión, con objeto de ultimar el asunto.

—No hay de ello necesidad; podemos ultimarlo hoy mis10,—dijo una voz á espaldas de los reunidos.

Todas las miradas se volvieron al sitio donde había soado aquella voz.

Era la del marqués de Santullano.



CAPITULO CXXX

Complot frustrado

El asombro que la inesperada presencia de Santulla produjo en los concurrentes á la reunión, no es p[illegible] descrito.

¿De dónde salia aquel hombre semejante á una evoca[illegible] infernal?

Esto es lo que se preguntaron todos los presentes.

Ninguno, sin embargo, pudo contestarse.

La reunión se celebraba misteriosamente.

No cabia ni aun la sospecha de que Hurtado hubiese [illegible] dido jugar á sus compañeros una mala pasada.

El mismo, en su calidad de presidente del *Gran Co[illegible]* de España, era el primero interesado en anular al marqu[illegible]

¿De qué medios se habría valido éste para conocer la [illegible] unión y presentarse en ella?

Tal era el misterio que aparecía impenetrable para los in- 'resados en saberlo.

A las palabras de Santullano se siguió un silencio sepul- 'al.

Durante algunos momentos hubiera podido percibirse en ιuella sala, que ocupaban hasta una docena de personas, vuelo de una mosca.

Santullano, inmóvil en el quicio de la puerta, sostenía on una mano la pesada cortina de terciopelo rojo que la ecoraba.

Su elevada estatura aparecía entonces casi gigantesca.

Detrás de él, oculto en la penumbra, estaba el barón del 'alle.

Cuando comprendió el marqués que iba á operarse la eacción de la sorpresa producida por su llegada, avanzó re- ueltamente.

—Puesto que nadie me invita á que entre,—dijo,—me mo la libertad de hacerlo.

Tras él entró el barón, á quien aun no habían visto los ircunstantes.

Su presencia fué acogida con fuertes murmullos.

Una terrible mirada que Santullano paseó en torno del alón, impuso silencio entre los reunidos.

—¿Desde cuándo,—preguntó Jorge Téllez con voz serena, -se celebran reuniones sin que yo invite para ellas?

—¿Y desde cuándo,—dijo entonces Hurtado,—se allanan ıs casas particulares por quien ni puede ni debe hacerlo?

—Donde quiera que se reune un Consejo de «La Familia», uede entrar el gran jefe, aunque para ello no se le invite.

Los murmullos de aprobación que levantara la protesta le Hurtado, cesaron por completo al oir la contestación del narqués.

—Aquí no está reunida «La Familia», señor marqués
Santullano,—dijo Hurtado.—Aquí no hay más que una re-
unión de amigos, para la que no se le ha pasado á V. invi-
ción.

El tono altanero que don Lucas empleaba sublevó á S-
tullano.

Aunque revestido de poder omnímodo, sentíase hu-
llado, teniendo que tratar con un ente como don Lucas.

El valor de que éste hacía alarde en aquellos momen-
la arrogancia con que se permitió interpelar á Jorge, no
eran naturales.

Sentíase fuerte por dos razones, que para él eran po-
rosas.

La primera, por hallarse en su casa.

La segunda, porque se veía rodeado de amigos.

Éstos, en caso de necesidad, impedirían cualquier vi-
cia que tratara de ejercer Santullano.

Con paso seguro y firme, dirigióse Jorge al sitio que d
Lucas ocupaba, diciéndole con imperio:

—Quítese V. de ahí.

Aun cuando muy á regañadientes, obedeció Hurtado.

Santullano ocupó su sitio, detrás de la mesa de escr
disponiéndose á actuar de presidente.

Antes de sentarse, de uno de los bolsillos interiores d-
levita, sacó un rewólver, que colocó sobre la mesa, al alc-
de su mano.

Todos aquellos preparativos los efectuó con su calma h-
bitual, sin precipitarse ni dar la menor señal de emoci-.

El barón del Valle se sentó cerca de él.

—Estaban Vdes. tratando,—dijo con terrible sangre f
—de la mejor manera de deshacerse de mi humilde per-
¿no es así, señor marqués de Pino Seco?

El aludido no contestó.

—Siento en el alma,—prosiguió diciendo Jorge,—que mi ·esencia les haya cohibido de tal modo, que no acierten usdes á decir una palabra.

—Esto es demasiado,—dijo uno de los presentes.

—No debemos tolerarlo,—añadió otro.

—¡Muera!... ¡Muera!...—se oyó murmurar entre los cirmstantes.

Santullano empuñó el rewólver.

Aquella actitud calmó algo los ánimos excitados.

—Señores,—dijo entonces Hurtado, dirigiéndose á sus nigos,—ruego á Vdes. que tengan presente que se hallan ı mi casa.

La persuasión de que Santullano era muy capaz de dejar ı el sitio á cualquiera, produjo su efecto entre los revoltosos.

Todos enmudecieron.

Esto no obstante, y con objeto sin duda de evitar nuevas garadas, Santullano deletreó estas palabras:

—Conviene que sepan Vdes. que el que se atreva á atenr contra mi, mientras yo ocupe este sitio, firma su sentena de muerte, que ejecutaré por mi mano, sin vacilaciones : ninguna clase.

Los presentes comprendieron que aquello no era una badronada.

Tal era la expresión del rostro del marqués al anunciar ı amenaza.

En realidad, estaba decidido á cumplirla, si era meester.

Habia concebido su plan, y no era hombre que retroceera ante las dificultades.

Arrostrando todo género de peligros, marchaba derechaente al fin que se habia propuesto.

*
* *

La presencia de Santullano en la reunión, obedecia p... y simplemente á la casualidad.

No habia intervención diabólica, como supusieron a... nos de los concurrentes.

Tampoco ninguna confidencia habia llevado al mar... aquella noche á casa de Hurtado.

No habia, pues, traidores entre ellos, según tambi... guno llegó á sospechar.

Santullano deseaba ver á don Lucas, para tratar c... asuntos referentes á «La Familia».

Necesitaba incautarse de toda la correspondencia q... otro retenia en su poder, como presidente que habia sid... *Gran Consejo.*

Santullano consultó con el barón del Valle, acerca d... particular.

—No me parece muy bien que vaya V. á casa de H... tado.

—¿Por qué? ¿Qué debo temer?

—De ese hombre, todo.

—¡Bah!... No es tan fiero el león como la gente lo p... Hurtado es un cobarde, amigo barón.

—Lo sé hace tiempo, y he tenido ocasión de probar...

—Entonces, ¿por qué quiere V. impedirme realizar... visita que me interesa?

—Porque de un cobarde debe siempre esperarse... malo cuando odia... Y Hurtado le odia á V.

—Ya lo sé,—contestó risueño el marqués.

—¿Y quiere V. ir á verlo, sin embargo?—insis... barón.

—Dije á V. antes que me convenía; tengo mi plan, y yo lo abandono por lo que, al fin y al cabo, en mí sería un mor pueril.

—Concédame V., al menos, un favor.

—Desde luego.

—¿No me lo negará V. después?

—Lo he concedido ya.

—Pero podría V. quizás arrepentirse.

—De ningún modo; mi palabra no se vuelve nunca atrás, aun en contra mía.

—En ese caso, permítame V. que le acompañe á casa de urtado.

—¡Qué locura!

—¿Ve V. cómo se propone negarme ese favor?

—No, eso sí que no. Lo prometido es deuda, y cuente usl ya con el permiso que me pide.

—¿De modo que iremos juntos á hacer esa visita?

—Indudablemente, por más que Hurtado se bañará en ua de rosas al ver que me acompaña V.

—No sé por qué.

—Porque creerá que le tengo miedo.

—¿Mi presencia será causa de tal suposición?

—Así lo temo.

—En ese caso, acompañaré á V., porque no quiero que se sta solo en la ratonera, pero no asistiré á la entrevista de tedes.

—Iba á suplicarle este favor.

—Pues quedamos ya de acuerdo.

Aquella misma noche, Santullano y el barón emprendien el camino hacia casa de Hurtado.

No quisieron ir de día, aunque éste fué el primer pensaento.

Santullano temió encontrarse con los clientes de J Lucas.

Este no salía de noche, á no ser en circunstancias exc- cionales.

Había, pues, seguridad de encontrarle en su casa.

Llegaron á ella nuestros dos conocidos.

Un criado les abrió la puerta.

—¿Son Vdes. de «La Familia»?

—Indudablemente,—contestó Santullano, que no esp- ba aquella pregunta.

—Entonces,—siguió el criado,—pasen adelante; los s- res están ya reunidos.

Y hablando así, indicaba un largo pasadizo, á cuyo f- advertíase el resplandor de las luces.

Santullano apretó el brazo del barón, como si tratar- imponerle silencio.

Ambos penetraron en el corredor.

Santullano, que marchaba delante, se detuvo al ll- cerca de la puerta.

Había oído pronunciar su nombre.

Allí, ocultos tras la cortina, permanecieron escucha- hasta que Jorge creyó llegada la ocasión de presentarse.

*
* *

En la reunión había entrado el pánico más espanto-

Parecerá inverosímil que un hombre solo, siquiera : del temple de Santullano, pudiera acorralar á diez ó d como acorrala y domina el domador á sus fieras, con la - naza del látigo.

Mas, por inverosímil que parezca, era así efectivam-

Aquellos hombres no hubieran temido á Santullano p- luchar con él en la soledad y cuerpo á cuerpo.

Pero tenian sus conciencias horriblemente manchadas.
Y como Jorge poseía el secreto de aquellas conciencias, e ahi que el miedo que les inspiraba fuese terrible.

Era el miedo de verse denunciados, de perder sus rtunas, de cambiar el aristocrático frac, por el traje de tameña del presidario ó por la innoble hopa del ajustiado.

—Veamos, señor conde de Miranda,—dijo Santullano.—sted proponía que se me administrase un veneno.

—¿Yo?—murmuró el interpelado.

—Sí, V., recordando sin duda lo que hizo con el desgraado cura de Capriles, para apoderarse de su dinero y de las errecillas que poseía en Oviedo.

El llamado conde de Miranda, palideció densamente.

Todas las miradas se fijaron en él, por más que entre uella gente no había ninguno que se encontrara limpio de ecado para tirarle la primera piedra.

—La noche de la reunión general celebrada en casa del arqués de Pino Seco, les dije á Vdes. que conozco al dedi- sus historias, hasta en los menores detalles, y que hay lo un medio de evitar que reciban Vdes. el premio que erecido tienen por sus crímenes.

—¡Señor marqués!...—exclamó Hurtado como si tratara protestar de aquellas palabras.

—He dicho de sus crímenes, y lo repito. ¿Cree V. que la sticia no llama crímenes á los que condenó con treinta ios de presidio, descubiertos á los señores Comas y Comañia de San Roque?

Hurtado miró con asombro á Jorge.

Éste continuó:

—¿Cree V. que no es crimen apoderarse poco á poco de la rtuna, de las fincas de un infeliz y mandarlo á la cárcel

porque no puede pagar un recibo de mil reales, que se hizo firmar como cantidad recibida en depósito?

Como aquella era la última, la más reciente de las fech- rias de Hurtado, su asombro, al persuadirse de que San-llano le conocía, fué extraordinario.

Ya se recordará que la víctima de esta baja acción hal sido el padre de Félix.

Don Lucas no tuvo nada que contestar á la terrible ar- mentación de Santullano.

Éste prosiguió como si nada de particular ocurriera:

—Repito, que hay un sólo medio de que los crímenes ustedes continúen como hasta hoy impunes.

—¿Cuál es ese medio?—dijo una voz.

—Ese medio no es otro, que el de que renuncien uste- á toda idea hostil contra mí, convencidos de que nada h de poder.

—Eso se dice fácilmente.

—Y se prueba con mayor facilidad. Repito hoy, por se- gunda vez, que muerto yo, las historias de Vdes. se ha- públicas, sin que pueda nadie evitarlo.

—Suponiendo que así sea,—dijo el banquero Piedrah- —¿cree el marqués de Santullano que podemos darnos satisfechos con que se nos garantice la impunidad?

—Es que yo quiero y puedo hacer algo más por Vdes.

—Eso ya es otra cosa,—dijo el conde de Miranda.

—Por ahí debía haberse empezado,—añadió el de Pi- Negra.

—Hay necesidad de constituir, en vez del *Gran Con-* una Comision ejecutiva, de la que Vdes. formarán parte.

—Eso de Comisión ejecutiva, supone una dependen- ¿Quién dictará las órdenes?—preguntó Hurtado.

—Naturalmente, yo.

La contestación de Santullano no sorprendió á nadie.

Era por todos esperada, pues en el ánimo de aquellos señores estaba el convencimiento de que el marqués lo absorbería todo.

Por eso el anuncio de que se crearía una *Comisión ejecutiva*, no produjo todo el efecto que Santullano se figuraba.

No era bastante aquella promesa para satisfacer tantas ambiciones.





CAPITULO CXXXI

Una sesión borrascosa

Todos cuantos por virtud de los decretos expe... por el *Consejo Supremo,* quedaban depuestos sus cargos, sabian que Santullano aspiraba á ... zarse la jefatura de hecho, como ya la tenia de derecho.

Por eso decimos que á nadie sorprendió su contestac...

—Es necesario elegir un presidente, un vicepresiden... un secretario para la Comisión ejecutiva,—dijo Jorge.

—Pero para eso, será preciso que se celebre otra se... con toda formalidad, citándose para ella, á todos los indi... duos pertenecientes á «La Familia».

El que asi hablaba era Hurtado.

—Se equivoca V., señor don Lucas,—dijo Santullan... Cuantos acuerdos tomemos aquí esta noche, son perf... mente válidos.

—Como que no estamos todos...

—No importa nada; la Comisión se ha de formar con los ismos individuos que antes componian el *Consejo de los uques* y el *Gran Consejo*, es decir, con Vdes.; ahora sólo lta que poniéndose de acuerdo, elijan un presidente, un icepresidente y un secretario.

—¿Y qué atribuciones tendrá esta Comisión?—preguntó on Lucas.

—Muy pocas, amigo mío, muy pocas,—dijo Santullano.

—Convendria conocerlas para que nadie pueda llamarse engaño.

—Soy de la misma opinión que el conde de Piedra Negra, -dijo el banquero Piedrahita.

—Pues por mi parte, no hay inconveniente alguno. Las tribuciones de la Comisión ejecutiva, vienen consignadas ı un reglamento especial, que hoy no traigo encima.

—Y ese reglamento...

—Lo he redactado yo, don Lucas.

—Bueno, pues sepamos.

—La dirección general de «La Familia», estará á cargo el jefe supremo, es decir, del gran jefe, que soy yò.

—Era de suponer,—exclamó el conde de Medina.

Santullano le miró de un modo terrible.

El interruptor guardó silencio.

—La Comisión ejecutiva no tiene poder para legislar; el erecho de dar órdenes queda reservado para el gran jefe,— ontinuó Santullano.

—Repare V. A. que los servicios que hemos prestado á La Familia» nos dan algunos derechos,—dijo Hurtado.

—El señor marqués no puede olvidar ni desconocer,— ñadió Luciano del Pino,—que bajo nuestra dirección, ha dquirido gran desarrollo y preponderancia la Sociedad de ue formamos parte.

—Todo eso significa algo, y algo vale,—dijo á su vez conde de Piedra Negra.

Santullano los oía con perfecta calma.

Cuando se hubo convencido de que ya nadie interrump tomó él la palabra.

—Vuestra dirección,—dijo,—ha servido para llevar La Familia» por peligrosos derroteros.

—¡Cuidado, señor marqués, cuidado!...—dijo del Pino.

—En todo el tiempo que habéis ejercido mando, no hab procurado otra cosa, que el engrandecimiento vuestro.

Nadie se atrevió á protestar de tan atrevidas palabras.

—Los estatutos de nuestra orden, prescribian lo contrario precisamente de cuanto habéis hecho.

—Hemos cumplido lealmente,—dijo Luciano á me voz.

—¡Mientes!...—gritó furioso Santullano.

—Tal insulto no lo tolero, señor marqués, ni aun del jefe,—arguyó Luciano adelantándose convulso hacia el centro de la sala.

—¡Silencio! ¡silencio!...—decia Jorge, golpeando con violencia la mesa que tenia delante.

—Yo no me callo hasta que no se me dé satisfacción cumplida del insulto que acabo de recibir.

—¡Tiene razón!—decían unos.

—Está V. en lo justo,—le gritaban otros.

La cosa tomaba un cariz muy feo.

Muchos de los asistentes á aquella reunión, apoyaban Luciano del Pino en sus pretensiones.

La protesta de éste les había envalentonado.

Santullano se puso en pie.

Todos sus esfuerzos para calmar los ánimos resultaban inútiles.

Con su voz potente, consiguió hacerse oir por un momento.

—Ya dije el otro día, que Jorge Téllez no se batirá jamás con quien sea indigno de él.

—¡Esto más!...—gritó Luciano.

—No hay aguante para tal imposición.

El marqués de Pino Seco se adelantó furioso con el puño levantado, dirigiéndose hacia Santullano.

Pero no pudo llegar hasta la mesa.

Un puño de hierro cayó sobre su hombro, deteniéndole en el acto.

El barón del Valle, que hasta entonces se había mantenido en silencio, vió amenazado á Santullano.

Grande era el peligro, en efecto, que éste corría.

Adelantóse, pues, y detuvo al marqués de Pino Seco en el momento en que iba á caer sobre Jorge.

Luciano miró sorprendido al hombre, que le impedía tomar venganza de los insultos recibidos.

—¡Tal para cual!...—exclamó al reconocer á Angel.—Señor barón, suelte V. mi brazo.

Pero el del Valle no le hacía caso.

Oprimiendo con férrea mano el brazo derecho de Luciano, condujo á éste al sillón donde antes estaba sentado.

Allí soltó su presa.

Luciano respiró, viéndose libre de aquellos garfios.

—¡Nos veremos, señor barón del Valle!—dijo á éste.

Angel se encogió de hombros y volvió con toda tranquilidad á ocupar su sitio.

A la provocación de Luciano no contestó una sola palabra.

—Esto no puede quedar así,—decía el conde de Piedra Negra.

—No hay poder para insultar á mansalva,—añadi banquero Piedrahita.

Jorge irguió de nuevo su esbelta figura.

—He nacido caballero,—dijo,—y sé tratar á las gen según sus méritos. Fuera ocioso proceder con nobleza y medimiento, cuando sé que me dirijo á una cuadrilla de bones.

Las últimas palabras de Santullano, produjeron una nu va tempestad.

Afortunadamente, se celebraba la reunión en una de habitaciones interiores de la casa de don Lucas.

De otro modo, el escándalo hubiera transcendido al ex rior.

Esto no obstante, Hurtado no las tenía todas consigo.

Momentos hubo en que temió que la autoridad inter niera en el asunto que se debatía.

Cuando Santullano pronunció las provocadoras palab que dejamos transcritas, el escándalo adquirió nuevas y losales proporciones.

Durante algunos momentos fué imposible el entender

Angel, el barón del Valle, estaba densamente pálido.

Temía que Santullano no saliese con vida de aquella sión.

Don Lucas, era el más apurado.

Sin darse punto de reposo, iba de un lado á otro, acon jando á todos la calma.

—Recuerden, Vdes.,—decía en el paroxismo de la trib lación,—que están en mi casa. Que el escándalo puede tra cender fuera, y que la autoridad puede, si se empeña, a nos un serio disgusto.

Sus palabras, sin embargo, no lograron conjurar la menta que se había desencadenado.

*
* *

Costó no poco trabajo apaciguar los ánimos.

Luciano del Pino y el conde de Piedra Negra, eran los ue se mostraban más agraviados y más intransigentes.

Hurtado les habló al oído, y poderosas debieron ser sus azones, porque consiguió al fin que se callaran.

Entonces, restablecido ya el silencio, el mismo don Lucas se dirigió á Santullano:

—Por respeto al carácter de que V. A. está revestido, o he ordenado que un servidor cualquiera de esta casa, le usiera á las puertas de ella.

—¿Qué es lo que dice ese miserable?—preguntó con voz onca Santullano.

Pero don Lucas hizo como que no había oído el adjetivo sado por Jorge, y continuó su perorata.

—A cambio,—decía,—de mi tolerancia, lo menos que uedo exigir á V. A., es que mida mucho sus palabras, porue la prudencia tiene sus límites.

—¿Es eso una nueva amenaza, señor don Lucas?—preuntó el marqués de Santullano.

—No es más que un aviso, señor marqués.

—Sepa V. y sepan todos,—dijo el temido jefe,—que no stoy dispuesto á recibir avisos ni lecciones, allí donde adie más que yo tiene el derecho de dictar órdenes.

Y al expresarse así, paseaba Santullano una mirada terrible en torno suyo.

—Va á procederse á constituir la Comisión ejecutiva, de ue antes he hablado á Vdes.

—Como cargos de libre elección, los que han de proveerse, ¿son renunciables?—preguntó el marqués de Pino Seco.

—Pueden serlo,—contestó Jorge,—pero con una condi-
ción.

—Sepamos cual es.

—Que el elegido que renuncie, queda excluido de L
Familia».

—Entonces son obligatorios.

—Como todo lo que afecta á nuestra institución, se
Hurtado. Aquí, el primero de los deberes es la obedien
incondicional.

No quedaron muy satisfechos de la contestación de J
los caballeros allí reunidos.

A pesar de ello, no se atrevieron á protestar de nuev

Entonces, conjurado el conflicto, en apariencia al men
Santullano concedió algún tiempo para que los concurren
se pusieran de acuerdo respecto á quienes debían votar p
los tres cargos que iban á ser provistos.

Angel aprovechó aquel intervalo para acercarse á su p
tector y amigo.

—Ya vé V. si tengo ó no razón para aconsejarle que
prevenga contra esta gente.

—Prevenido estoy, amigo barón,—dijo Jorge.

—No basta con eso; es temerario venir á provocar la f
ra en su cubil.

—No le diré á V. que no, pero es donde más fácilmen
puede reducírsela.

—Si estos hombres,—siguió diciendo Angel,—tuv
algún valor personal, esta noche quedamos aquí los d
muertos á puñaladas.

—Ya se hubieran guardado muy bien de hacer seme
cosa. Su perdición era segura.

—Con todo, no conviene jugar de tal suerte la exister

—¡La he comprometido ya tantas veces!...

—Sí, pero á lo mejor puede resultar la criada respon-
ona.

—En todo caso, ¿cree V. que me importaría gran cosa
erderla?

Angel miró á su interlocutor con extrañeza.

—Soy solo en el mundo,—añadió Jorge Téllez,—persigo
n fin que me he propuesto, y á él me dirijo en derechura.

—¿Y si tropieza V. en el camino?

—Si tropiezo y caigo, moriré tranquilo y satisfecho, como
soldado que muere al pie de su bandera.

—Pero entonces, esa misión, ese fin que V. se ha pro-
uesto...

—Lo cumplirán por mí los que me sobrevivan.

Angel no insistió en sus objeciones.

Convencióse de que era absolutamente preciso dejar ha-
r á Santullano.

Sin embargo, se propuso velar por él, como pudiera ha-
erlo hecho por su padre.

* * *

Hurtado se acercó á la mesa, para decir al marqués de
intullano que estaban ya de acuerdo acerca de la indispen-
.ble votación.

Ésta se efectuó por papeletas.

Cada uno de los presentes al acto, depositó la suya sobre
mesa presidencial.

Cuando todos hubieron votado, comenzó el escrutinio en
edio del mayor silencio.

Santullano iba leyendo en voz alta las papeletas.

Angel del Valle apuntaba en un pliego de papel los votos
ie tenía cada uno.

Cuando terminó la lectura de las papeletas, se suma los votos.

Efectuada esta operación, proclamóse la candidat. completa.

Según ésta, resultaban elegidos: presidente, Luciano . Pino, marqués de Pino Seco; vicepresidente, el conde Piedra Negra, y secretario, D. Lucas Hurtado.

Santullano dió posesión á los nombrados.

—Ahora,—les dijo,—falta añadir los vocales; éstos le- todos los demás señores aquí presentes.

—¿Hemos terminado ya?—preguntó don Lucas, con : paciencia.

—Aun no, pero terminaremos pronto; tengo que adv- á Vdes. una cosa.

—Hable V. A.

—Como no quiero que por nadie se me supongan n. interesadas, la Comisión que acaba de nombrarse tendrá tervención en la contabilidad de «La Familia».

—Y esa intervención, ¿de qué clase ha de ser?—preg. el marqués de Pino Seco.

—La de inspeccionar los libros de Caja cuando lo es conveniente, y ordenar arqueos, que se harán siemp- presencia mía. Réstame añadir una palabra.

—Veamos cual es.

—Dentro de breves días, nos reuniremos para ap. los nuevos Estatutos por que hemos de regirnos en lo s. sivo.

Y dichas estas palabras, Santullano guardó el rew.. salió de la estancia, seguido del barón del Valle.



CAPITULO CXXXII

Un cambio de conducta

No hubo entre aquellos hombres reunidos en casa de don Lucas, ninguno que se atreviera á seguir á Santullano.

El pedazo de carne que éste les había arrojado para que iguieran royendo, calmó bastante sus furores.

Todos aparentaban comprender que estaban reducidos á a impotencia.

Sin embargo, interiormente, pensaban de otro modo.

Ni uno solo entre ellos dejó de considerar que su nuevo argo podría ser explotado.

Ni uno solo creyó agotada por completo la mina con que asta entonces contaran.

Y se equivocaban lastimosamente.

La decepción no debía tardar para ellos.

Santullano les reservaba el golpe de gracia.

Hemos de explicar, siquiera sea muy someramente, i sucedido en la elección de que dimos cuenta en el capítu precedente.

D. Lucas Hurtado era en extremo ambicioso.

Pero más que este defecto, le dominaba la cobardía.

Durante los años que había ejercido de agente de nego-cios en Madrid, su capital acreció de modo extraordinar

Los pingües negocios realizados con intervención de l Familia», y los que llevó á cabo á la sombra de esta pode-rosa asociación, le proporcionaron una fortuna.

El se había dado buena maña para rodearse de una fam tal de virtud, que era tenido por el más santo varón que h bitaba en la Corte.

Por eso, cuando Santullano propuso la constitución de Comisión ejecutiva, don Lucas entró en cuentas consigo.

—Realmente,—pensaba,—yo no necesito ya para na «La Familia»; soy rico, y con dinero se alcanzan hono-poder, títulos, cuanto se apetezca... ¿Qué necesidad tengo y —se decía interiormente,—de exponerme sin resultado alg-no? Justo es que ahora entre otro... Que chupe Santulla un poco, que yo descansaré mientras tanto.

Don Lucas se engañaba á si propio.

Su resignación y aparente desprendimiento no eran o cosa que un miedo cerval que le tenía á Jorge.

Él creía olvidadas ya sus fechorías pasadas, descono en absoluto su poco edificante historia.

Y de la noche á la mañana habíale salido aquel homb semejante á un aborto del infierno, para tener suspend sobre su cabeza la espada amenazadora de la publicidad.

Puede afirmarse que desde la aparición de Santullano hubo consuelo para don Lucas.

Por eso, echando sus cuentas adquirió el convencimiento ; que no le convenía mostrarse ambicioso.

Y, firme en esta creencia, rogó á sus amigos que evitaran cluirle en la candidatura como presidente de la Comisión, ies prefería el puesto más humilde de secretario.

—De este modo,—pensaba,—estoy con la mano en el ato para llevarme mi tajada, si es que cae alguna.

La decisión de don Lucas fué muy del agrado del marés de Pino Seco.

La ambición de este hombre era desmedida.

Consideró que, aun admitiendo la incontrastable supreacia de Santullano, él sería la segunda figura de «La Failia».

Aceptó, pues, aparentando resignarse, pero en realidad n íntimo regocijo, la presidencia de la Comisión ejetiva.

—Suponiendo que ahora no puedan realizarse tantos negos como antes, y que Santullano se quede con la parte del ón, nadie me impide á mí vender protección. Mi calidad de esidente me asegura muchas relaciones y no pocas solicides de favores, que creerán que yo puedo dispensar ó alnzar de mi superior jerárquico.

Y aquel hombre, ambicioso vulgar que todo lo capitaliba, la honra, los afectos, el valimiento, todo, pensó en que s relaciones y las solicitudes serían un filón del que no haia de dar parte ni aun conocimiento á Santullano.

Además, profesaba á éste un odio feroz, y no dejó de crur por su pensamiento la idea de que, teniéndole cerca, dría deshacerse de él el día menos pensado.

Si tal pasaba, si conseguía suprimir de un modo ó de otro marqués, él era el más indicado para substituirle.

Y entonces... ¡qué de negocios, qué de dinero, qué de ho-

nores los que él recogería, explotando hábilmente la a-ción de que sería gran jefe!...

Aquel sueño de esplendores pasó por la mente de Lu-no del Pino, dejándole deslumbrado.

—Logre yo ahora esa presidencia, que luego ya ver- quién puede más,—decía el miserable, mientras Santu- iba haciendo el recuento de los votos.

Algunos instantes después, se había salido con la suya.

Respiró con satisfacción al oir su nombre.

Ignoraba el infeliz que Santullano leía en su semblan- tiempo que pensaba, viendo la satisfacción reflejada e- rostro de Luciano:

—¡Sueña, sueña, miserable!... ¡Cuánto más sueñes y r- te remontes en alas de tus ilusiones, más doloroso se- despertar, más terrible la caída!...

* * *

Cuando Santullano abandonó la estancia donde la s- se había celebrado, seguido siempre del barón del V- reprodújose el escándalo entre los que quedaban en ca- don Lucas.

—Es verdaderamente escandaloso lo que está pasa- —decía el nuevo vicepresidente, señor conde de Piedra N-

—Inaudito, hombre, inaudito,—añadió el de Medina.

—Y, sin embargo, lo aguantamos; eso es lo más p-cular.

Estas últimas palabras las había pronunciado Luc- del Pino.

—Señores,—dijo de pronto el banquero Piedrahit-, su voz chillona,—creo que conviene hablemos un mom- con seriedad.

—¡Como si hasta ahora hubiéramos estado bromeando!

—Ya sé que no; pero hemos pasado por alto asuntos que, ıora que estamos solos, conviene dilucidar.

—Sepamos qué es eso,—dijeron varios, volviendo á ocuır sus puestos.

—Ante todo,—continuó Piedrahita,—¿quién ha avisado al ıarqués de que hoy nos reuníamos aquí?

—Eso pregunto yo,—dijo don Lucas.—¿Quién le ha aviıdo?

Silencio absoluto reinó en la estancia.

—Todos callan; ya lo ve V.

—Y, sin embargo, hay entre nosotros un Judas,—añadió iedrahita.

—El barón del Valle,—gritó una voz.

—Ese no estaba invitado, ni sabía una palabra de nada, -contestó don Lucas.

—Pues alguien de los presentes ha cometido una felonía.

Todos se miraron unos á otros.

Como nadie, en realidad, había dicho una palabra, el sincio fué absoluto.

—Quedamos,— dijo Piedrahita, en tono de zumba,—en ıe el Espíritu Santo ha dado aviso al marqués de que nos :uníamos hoy.

—Sea de ello lo que quiera, señores, hemos de resolver go acerca de lo que tratábamos antes.

—Eso puede hacerse otro día.

—No, de ningún modo; las circunstancias han cambiado, -dijo el conde de Miranda.—Ó nos sometemos en absoluto, llevamos á la práctica nuestro proyecto.

Hurtado se consideró en el caso de tomar la palabra.

Fiel á su política acomodaticia, quería dar largas al asun› de deshacerse de Santullano.

Éste le inspiraba gran miedo, aunque no lo pareciese.

La arrogancia con que había hablado á Jorge poco an-
parecía denotar en don Lucas un valor á toda prueba.

Pero aquella arrogancia era ficticia.

Ya dijimos que procedía de la fuerza moral que le d
el hallarse en su casa.

A lo cual debe añadirse su deseo de obtener las simpat-
y la aquiescencia de sus compañeros.

—A mí me parece, señores, salvo siempre mejor o-
nión, que quizás procedemos con demasiada precipitac
al juzgar al marqués.

—¿Y eso lo dice un hombre que se ha oído llamar can
y miserable por ese advenedizo?—gritó furioso Pino Sec

—Nosotros,—repuso Hurtado,—no conocemos la hist
del marqués, como él conoce las nuestras. Quizás la suya
tan negra como... como otras muchas.

—Y en este caso, lo primero que nos conviene es co-
cerla para arrojársela en la cara,—dijo Piedrahita.

—Ahí es donde yo quería ir á parar. Estudiemos á e-
hombre, sepamos quién es, y luego ya veremos.

—Hay un precedente que le condena,—dijo Luciano.

—¿Cuál?—preguntaron varios.

—La historia de su título.

—¡Es verdad!...

—¡Y no nos habíamos acordado!...

—Él la ignora,—dijo Hurtado.

—Dice que la ignora,—añadió Luciano,—pero en t-
caso, aquí estamos nosotros para contársela.

—No renunciará á su título de marqués, no hay cuida
—dijo el de Piedra Negra.

—Aun cuando para dárselo fué necesario asesinar a
infeliz,—siguió Piedrahita.

—Está en su derecho no renunciándolo, si tiene fortuna ara sostenerlo con decoro.

—Aunque le falte decoro para sostenerlo con fortuna, ¿no s así?—dijo Luciano.

—Amigo marqués, yo no sé hacer frases,—contestó moestamente Hurtado;—pero eso no me impide ver, que una onducta desatentada puede perjudicarnos mucho.

—Veamos, pues, qué es lo más conveniente.

—Duro es el yugo que se nos ha impuesto con ese homre,—dijo don Lucas,—pero creo que debemos aceptarlo esignados.

—¿Y quedar á sus plantas, heridos y maltrechos, verdad? -preguntó Luciano.

—No, señor; estudiarle á fondo; procurarnos datos resecto á su vida pasada y presente, á su riqueza, á sus relaiones... Algún punto vulnerable ha de tener: todo queda en uridad reducido á descubrir ese punto vulnerable.

—Y una vez descubierto... ¡duro en él!

—Una vez descubierto, todos á una damos en tierra con l coloso.

—Torres más altas han caído,—dijo el conde de Medina.

—¡Quién lo duda!—añadió Hurtado, satisfecho de que las osas fueran por donde él quería.

—¡Es un hombre extraordinario!—dijo uno.

—Yo creo en conciencia, señores,—afirmó don Lucas,— que el asesinato de Santullano, sería la causa de nuestra erdición.

—Tengo la seguridad de que cumpliría sus amenazas,— añadió el conde de Piedra Negra, cuya conciencia era más negra que la piedra de su título.

—Eso sin ningún género de duda, amigo mío,—le contestó Hurtado.

—¿Y quién será la persona en cuyo poder obran esos p.-peles que tanto nos comprometen, según dice Santullan.

Esta pregunta la hizo el marqués de Pino Seco.

Nadie pudo contestar á ella.

Sólo el conde de Miranda se atrevió á formular una hi; tesis:

—Tal vez el barón del Valle...

—¡Imposible!

—No sé por qué.

—Porque se conocen hace muy poco tiempo.

—Y, sin embargo, son inseparables.

—Sí, pero Santullano no es hombre que confíe sus se-tos á cualquiera.

—Quizás esos papeles estén en el extranjero.

—Eso es lo más probable. Santullano,—dijo don Lu-—llevaba mucho tiempo fuera de España; al llegar, nos-nocía á todos admirablemente. Este conocimiento d-adquirirlo en el extranjero.

—Sí, sí, eso es lo más verosímil.

—Lo que quiera que sea, nos conviene, por ahora, contemporizando con él; pero sin quitarle ojo.

—Pobre Santullano, el día que resbale,—dijo el mar-de Pino Secó.

Y aquella reunión de miserables, se disolvió amenaza-con vigilar sin descanso á Jorge Téllez, ya que al prese-les era imposible deshacerse de él.

Santullano les había derrotado en toda la línea.



CAPITULO CXXXIII

En el que Santullano empieza á cumplir lo prometido

ALGUNOS dias después de celebrada la borrascosa sesión de que en capítulos anteriores hemos dado cuenta, un elegante carruaje se detenía á la puerta e la cárcel.

El lacayo bajó presuroso del pescante, y sombrero en iano, abrió la portezuela.

—Pregunta al oficial de guardia si está en el edificio el caide, y si puede vérsele,—dijo la persona que ocupaba el che.

El lacayo se apresuró á cumplir la orden recibida.

Un momento después estaba de vuelta.

—Me han dicho que el alcaide se encuentra ahora en su spacho, y que seguramente podrá recibir al señor.

Un caballero de airoso porte, vestido con gran elegancia, apeó entonces del carruaje, y penetró en el edificio.

Poco conocedor de las interioridades de aquella mans. del infortunio, hízose acompañar hasta el despacho de persona á quien deseaba ver.

Un celador atajó su paso.

—¿Qué deseaba V., caballero?—le preguntó.

—Ver al señor alcaide, si es que no le molesto.

—De ningún modo. ¿A quién debo anunciar?

—Anuncie V. al marqués de Santullano.

Era Jorge efectivamente el que acababa de entrar en cárcel, á donde le llevaba un deber que voluntariamente había impuesto, y que deseaba cumplir cuanto antes.

* * *

—¿El marqués de Santullano?—preguntaba el alca dando vueltas en sus manos á la tarjeta que el celador le tregara.—Pues no le conozco. ¿Ha dicho qué asunto le tr

—No, señor,—contestó el empleado.—Tan sólo dijo deseaba hablar con V.

—¿Qué podrá quererme?... En fin, que pase.

Un momento después, Jorge penetraba en el desp del jefe de la cárcel.

—¿Es al señor alcaide á quien tengo el honor de blar?

—Para servir á V.; y yo tengo el gusto de recibir...

—Al marqués de Santullano.

—Muy señor mío.—Y el alcaide hizo una ligera incl ción de cabeza, señalando al mismo tiempo un sillón c do cerca del que él ocupaba.

Jorge tomó asiento.

—El asunto que aquí me trae, es para mí satisfactor no dudo lo será también para V., á quien me complaz suponer dotado de generosos é hidalgos sentimientos.

Asi habló Santullano, mientras buscaba algo en uno de os bolsillos interiores de la levita.

El alcaide agradeció con una nueva inclinación de cabe- a las palabras de Jorge, y esperó á que éste se explicase.

La explicación no se hizo esperar mucho tiempo.

—Tengo aqui,—dijo Santullano,—un mandamiento de ex- arcelación á favor de un individuo que creo se halla en esta árcel.

El alcaide desdobló el pliego que Jorge le presentaba, y espués de habérse enterado de él, dijo á Santullano:

—Con efecto, el preso á quien ese mandamiento se refie- e, hállase extinguiendo condena.

—Condena que ya ha terminado, en virtud del auto que ene V. á la vista.

—Así es, señor marqués; pero...

—¿Qué? Falta algún requisito?

—¡Oh, no; ninguno!

—Creí que objetaba V. alguna cosa.

—No he de formular objeciones, porque los términos en ue está redactado ese documento no dan lugar á ellas; pero me permitiré hacer á V. una manifestación.

—Las que V. quiera.

—Unicamente la de mi extrañeza, de que la orden no se e comunique por el conducto y con la tramitación de rú- ica en casos como este.

Santullano debía tener prevista aquella objeción, por ianto sacando otro pliego del bolsillo, exclamó entregán- ɔselo al alcaide:

—Quizá este nuevo documento pueda explicar á V. lo que ɔ comprende. Es una carta particular para V.

El funcionario público desdobló la carta, y leyó lo si- iiente:

«Señor alcaide: el dador de ésta es mi particular y que-rido amigo el marqués de Santullano. Habiéndose decreta... la libertad provisional del preso en esas cárceles, Santiag... González, y teniendo el señor marqués particular empeño... ser el portador del mandamiento, lo comunico á V. para q... se sirva cumplimentar la orden del Juzgado. —*El minist... de Gracia y Justicia.*»

—Nada tengo que decir ante esto,—exclamó el alcai... —y supongo que V. me permitirá guardar esta carta.

—¡ Naturalmente !... Como que es para V.,—conte... Jorge.

—Ahora, si es que V. lo desea, voy á dar orden de que s... ponga en libertad al preso á que se refiere ese auto, prev... los requisitos reglamentarios.

—Permítame V. antes alguna pregunta.

—Cuantas V. guste; estoy enteramente á sus órdenes.

Desde que leyera la carta que hemos transcrito, el alca-de miraba á Jorge, si no con más atención que antes, c... más respeto al menos.

El ministro le llamaba su buen amigo, y saltaba por... tramitación burocrática, en obsequio suyo.

Debía indudablemente ser un hombre de influencia.

Favores como aquél no se concedían á cualquiera.

Tal pensaba el alcaide en tanto que Jorge se dispon... interrogarle.

Éste le preguntó:

—¿Conoce V. al preso de que se trata?

—Naturalmente,—contestó con benévola sonrisa el a-caide.

—Quiero decir si le conoce V. á fondo.

—Moralmente, ¿no es eso?

—Justo; eso mismo.

—Pues dire á V.,—contestó el funcionario.—No le he estuiado mucho, porque á los pocos dias de estar él aquí, pude ersuadirme de que una vez fuera de la cárcel, no le volveé á ver más.

—Dispense V. mi torpeza,—dijo Santullano.—No comrendo el verdadero sentido de sus palabras.

—Me explicaré: nosotros, por razón de nuestro cargo, esıdiamos el carácter de los presos cuya custodia nos está onfiada.

—Es muy natural.

—La costumbre de este estudio nos permite prejuzgar al oco tiempo de conocerlos, qué presos volverán á la cárcel, ocos dias después de su libertad, y cuáles la aprovechaán para vivir honradamente.

—¡Ya!... Ahora comprendo. Según eso, V. ha juzgado faorablemente al preso Santiago.

—Sí, señor; y creo no equivocarme asegurando que es un ıfeliz.

—Yo puedo garantizar á V. que es un desgraciado, víctiıa de la más infame de las explotaciones.

Si D. Lucas Hurtado hubiese podido oir el acento con que antullano pronunció estas palabras, se habría estremecido. Por fortuna para él se hallaba lejos en aquellos instantes.

El alcaide miró á Santullano de un modo particular.

Hubiérase dicho que esperaba sus órdenes.

—Cuando V. guste,—le dijo finalmente,—haré que dejen ı libertad al preso.

—Antes deseo hablar con él para comunicarle la noticia,—ontestó Santullano, y añadió en seguida:—digo, si es que o le estorbo á V.

—Eso de ningún modo; además, la presencia del preso es ıdispensable en mi despacho, antes de obtener la libertad.

El alcaide apoyó la mano sobre el botón de un timb. eléctrico.

Un ordenanza, acudiendo al llamamiento, apareció á l. puerta de la estancia.

—Diga V. al llavero Castro, que conduzca hasta aqu un preso que se llama Santiago González.

—Le conozco; está en el patio tercero.

—Bueno, que lo conduzca aqui.

Salió el ordenanza, y transcurrieron algunos minutos.

—Con permiso de V.,—interrumpió el alcaide,—voy extender la baja de ese hombre, y á anotarlo en el regis de salida.

Santullano aprovechó aquellos instantes en examinar habitación en que se encontraba.

No podía ser más sencilla.

Mobiliario escaso y usado; varias fotografías de difer tes tamaños, colocadas con escasa simetría en los lienzos pared.

En uno de los ángulos, una puerta, practicada en muro, cubierta con blanca cortina de lienzo, que indudab. mente daba paso á la habitación de dormir.

Y aquello era todo.

El Estado no derrochaba nada para procurar alguna c modidad al jefe del establecimiento penitenciario.

* * *

—¿Se puede pasar?—dijo una voz, desde fuera.

—Adelante,—contestó el alcaide.

La puerta se abrió de par en par, y un hombrón de e vada estatura, colorado semblante y luenga é inculta ba apareció en su dintel.

—Aquí está el preso que ha mandado V. traer.

Y al decir esto, con bastante rudeza puso frente al alcaide un hombre que le seguía.

—Puede V. retirarse, Castro; el preso queda aquí por hora.

El hombrón giró sobre sus talones y abandonó la estania, no sin decir á su jefe, al tiempo que saludaba:

—A la orden de V.

Santiago González, el padre de Félix, era un hombre de egular edad, pues según los registros de la cárcel, aun no abia traspuesto los cincuenta años.

Aparentaba, sin embargo, más de sesenta.

Tal las penas y los desengaños habían impreso su huella rofunda en el rostro, que aparecía lívido, con los pómulos alientes, y cubierto de recién y mal cuidada barba, completmente blanca, al igual que el pelo.

Santullano lo contemplaba en silencio, mientras el infeliz guardaba las órdenes del alcaide, que seguía escribiendo.

¡Qué cambio tan enorme el de Santiago de quince años rás al Santiago que Jorge veía entonces!

El comerciante enriquecido, de pálida fisonomía, de joal carácter, de elegante porte, de maneras distinguidas, de cil palabra, había desaparecido.

A la sazón no quedaba nada de él, en aquel preso de irar extraviado, taciturno, huraño, silencioso y mal ves-do.

Todo aquel cambio, moral y material, era obra de Hur-do.

Así pensaba Jorge, cuando el alcaide, levantando la cabe-, y viendo ante sí, inmóvil, á Santiago, le dijo, señalándole Santullano:

—No soy yo, sino ese caballero el que desea ver á V.

Santiago se volvió entonces del lado en que se encontraba Jorge.

Ni un músculo de su cara se descompuso.

Sin demostrar la menor curiosidad, esperó á que le dirigiesen la palabra.

Parecia enteramente un idiota.

Sin duda los sufrimientos habian conseguido ya embotar la sensibilidad de aquel desgraciado.

Jorge no se desanimó por eso.

Antes al contrario; calculó que sus palabras harian vibrar alguna cuerda dormida en el corazón del hombre que tenía en su presencia, y se dispuso á hablar de modo que la vibración no fuese demasiado fuerte.

Temía causar daño, presentándole, desde luego, la realidad dichosa, al infeliz habituado á no oir la voz de la conmiseración y del consuelo.

Por eso escogió un término medio entre ambos extremos.

Con aquella voz afectuosa, que tenía algo de arrullo, distinta de la voz tonante con que dominaba á sus rivales de «La Familia», preguntó, dirigiéndose á Santiago:

—¿Me conoce V.?

El preso hizo un signo negativo.

—Soy el marqués de Santullano.

Nada respondió Santiago.

Aquel título le era desconocido.



CAPITULO CXXXIV

En el que Santullano acaba de cumplir una promesa

SANTIAGO, en sus tiempos de opulencia, antes de que recurriera á don Lucas, y, por lo tanto, antes de que éste se apoderara de toda su fortuna, tuvo muchos y buenos amigos.

Entre sus relaciones, contábanse no pocos títulos.

Todos, sin embargo, habían ido desapareciendo, á medida que desaparecía el capital de Santiago.

Cuando éste se encontró sin un céntimo, echó de ver que no tenía un amigo.

Los que un día lo fueron, y compartieron con él el palco en el teatro y el coche en la Castellana, notaron que ya no vestía con el lujo y la elegancia de otros tiempos.

Al contrario; sus pantalones, de atrasada moda, con rodilleras y flecos; su raída levita, charolada por mangas y espalda; sus zapatos, sin enlustrar y rotos; su sombrero, abo-

llado y lustroso, denotaban que el dueño de tales prendas no podía prestar á nadie un favor.

Y no hallándose en situación de hacerlo, no podia tampoco nadie hacérselo á él.

Esta es la moral al uso, entre la gente de dinero.

Ante ellos, para que una persona valga veinte reales, es necesario que posea un duro.

Santiago tuvo ocasión, como ningún otro, para convencerse de esta triste verdad.

Por eso, cuando Jorge le dijo su título, pareció meditar un momento, y no recordando el título de marqués de Santullano, entre los que un dia conociera, se encogió de hombros y guardó silencio.

El alcaide, entretanto, habia concluido de borronear.

Comprendió que tal vez el marqués desearía hablar á solas con el preso, y salió con un pretexto cualquiera.

Jorge Téllez comprendía lo que pasaba en el interior de Santiago.

Y la indiferencia, por no decir desconfianza, con que éste le trataba, pareciale muy justificada.

—Comprendo,—le dijo por fin,—que V. no conozca mi título; hace poco tiempo que estoy en Madrid. Sin embargo, soy un amigo de V.

La más viva admiración se pintó en el semblante de Santiago.

—¡Amigo mio!...—exclamó con asombro el desdichado.—¡Si yo no tengo amigos!

Jorge comprendió toda la infinita amargura que encerraba aquella frase.

—Se equivoca V., Santiago; el mundo no está poblado enteramente de desalmados; aunque pocos, hay todavía algunos que tienen corazón.

Santiago escuchaba admirado.

—¡Dios mío, será posible!...—exclamó, juntando sus ma-
ıos y convirtiendo al cielo la mirada.

—Tome V. asiento, y hablemos un instante,—dijo Jorge.

Santiago, sin saber siquiera lo que hacía, sin darse cuen-
ı de lo que le pasaba, se sentó en una silla, cerca de su in-
ərlocutor.

—Vamos á ver,—dijo entonces Santullano.—Podrá ser
ue V. se extrañe de lo que voy á decirle, pero ello es cier-
). Conozco bien el asunto que le trajo á V. á esta casa.

—¡Usted!...—dijo Santiago con aire de duda.

—Yo, sí, señor. Pero, á pesar de conocerlo, deseo que us-
:d me lo explique detalladamente.

—¿Pero qué interés puede V. tener en que le cuente?...

—Yo, ninguno; pero lo tiene V.

De nuevo la admiración y la extrañeza se reflejaron en el
ımblante del pobre preso.

—Tengo algún valimiento con personas influyentes, y
ıizás pudiera hacer algo para sacarle de la cárcel,—dijo
ıntullano.

—¡Yo libre!... ¡yo libre!..—exclamó Santiago no atrevién-
ɔse á dar crédito á lo que oía.—¡Pero si no puede ser!...

—Lo será, amigo mío; lo será indudablemente, si el
lato que V. me haga coincide con las noticias que yo
ngo.

—Oiga V., señor marqués,—dijo atropelladamente Jorge.
Oiga V. y estremézcase, ante la infamia de un hombre y la
:sgracia de otro... ¡Oh, es horrible!

Y Santiago, después de tomar aliento y de reconcentrarse
eves instantes, empezó su historia.

Ya la conocen nuestros lectores.

Santullano no supo ni una palabra más, ni una menos de

las que Félix le dijo la noche en que se conocieron, en presencia de su madre y de sus hermanos.

Y, en realidad, ni aun esto necesitaba.

Quiso, sin embargo, ver hasta qué punto coincidían el relato que oyera al hijo, y el hecho después por el padre.

La identidad era absoluta.

—He dicho antes,—exclamó Jorge así que hubo terminado Santiago,—que quizás pudiera hacer algo por V. y debo rectificar.

El ligero color que á consecuencia de su relato, tiñera por breves momentos el rostro del preso, desapareció al oír las últimas frases de Santullano.

La palidez cubrió de nuevo su semblante.

—¿Es decir, que se arrepiente V. de haber tenido compasión de mí?

—¡Oh, de ningún modo!

—Como rectifica V....

—He de hacerlo forzosamente; pero no en el sentido que V. se figura, amigo mío.

—¿Pues en cuál?—dijo temblando Santiago.

—En el de que doy por muy bien empleado cuanto hice en favor de V.

—Según eso,—replicó levantándose Santiago,—¿se ha ocupado V. de mí?

—Algo; pero si V. no domina su emoción, me veré en el sensible caso de no decirle nada más.

—¡Oh, hable V.!... ¡Hable V. y no extrañe verme así. Yo he perdido hasta la fe en la justicia divina. ¡Cómo no haberla perdido en la justicia de los hombres!

—Mal hecho, Santiago. Ni todos los hombres son injustos, ni Dios deja nunca de ser infinitamente justiciero. Su presencia en este sitio es buena prueba de lo que le digo.

—Será, señor marqués, el primer consuelo que recibo desde hace mucho tiempo, el que voy á deberle á V.,... el que ya le debo.

—Y no será probablemente el último que deba V., no á mí, sino á esa justicia divina de que dudaba antes.

—¡Qué lenguaje tan distinto el que V. me habla, y el que oigo hablar desde que en el bolsillo de D. Lucas Hurtado desapareció el último jirón de mi fortuna!

—Mientras no desaparezca el último jirón de su esperanza, puede V. recobrarla. La esperanza es lo que el hombre no debe perder nunca.

—¡Oh, lo que es ahora la tengo!... ¡La tengo señor, marqués!... Las palabras de V. han sido un bálsamo consolador para mi corazón. Tan luego como V. se marche, escribiré á mi familia noticiándole esta visita, y las esperanzas que me ha hecho concebir.

—No; es inútil que escriba.

—¿Cómo?...

—Que no hay necesidad de que envíe esa carta?

—¿Por qué?

—Porque dentro de una hora, podrá V. abrazar á su esposa y á sus hijos.

—¿Van á venir?—preguntó con ansiedad Santiago.

—No; V. irá donde están ellos.

—¡Libre!...

—Como el viento, amigo mío.

—Y es V. el que... ¡Dios misericordioso!... ¡Y yo que había dudado de la justicia! ¡Perdón, señor, perdón... era tanta mi desgracia!...

—La mano, señor marqués, la mano,—gritaba convulso, agitadísimo, el desgraciado Santiago.

Jorge le tendió la diestra.

Creía que deseaba estrecharla entre las suyas.

Pero no era así.

La oprimió, besándola con efusión sincera.

Santullano la retiró dulcemente, y obligó á Santiago que se sentara.

En aquel momento entró de nuevo el alcaide.

—Cuando esté V. tranquilo,—dijo Jorge á Santiago,—señor decretará la libertad de V.

—Lo está desde este momento.

Lágrimas de gratitud se agolparon á los ojos de Santia[illegible], que hizo vanos esfuerzos por contenerlas.

Por fin se desbordaron ruidosamente, contribuyen[illegible] aquel desahogo á tranquilizarlo por completo.

Entonces el alcaide le dijo:

—Vaya V. al patio á recoger lo que tenga, y vuelva a[illegible] en seguida.

No se hizo repetir la orden Santiago.

Un instante después estaba de regreso, llevando bajo [illegible] brazo un pequeño hatillo.

—Firme V. aquí,—le dijo el alcaide, presentándole el r[illegible]gistro.

Obedeció aturdido el padre de Félix.

—Ahora,—siguió el alcaide, entregándole un papel,—a[illegible] tiene V. su licencia, y aquí mi mano, que no acostumbr[illegible] dar á todos los que salen de esta casa como sale V.

Y al decir esto le presentaba extendida su mano d[illegible]recha.

—¿Es decir, que V. no duda de mí tampoco?—le pregun[illegible] Santiago.

—Yo no he hecho más que compadecer á V. tan sincera[illegible]mente como hoy le felicito.

La emoción ahogó la voz en la garganta del infeliz.

Hacia mucho tiempo que no se veía tratado con consideración y justicia.

No pudo hablar, y se limitó á oprimir la mano que el alcaide le tendía.

Santullano se acercó al digno funcionario, y le dijo, también visiblemente emocionado:

—Con razón me complacía en suponer á V. dotado de generosos sentimientos. ¿Su nombre de V.?

—Gabriel Vargas.

—Lo recordaré siempre como el de uno de mis mejores amigos.

—No merezco tanto honor, señor marqués; cumplo como hombre honrado, porque al fin y al cabo eso de corazón y conciencia no son palabras vanas.

Santullano y Vargas cambiaron un apretón de manos.

—¿Vamos?—preguntó Jorge dirigiéndose á Santiago.

Éste echó á andar como un autómata.

Los dos llegaron á la puerta; presentó Santiago la licencia, y se levantó el rastrillo para darles paso.

Descendieron la escalera, estrecha y húmeda, llegando en breves momentos á la calle.

Allí esperaba aún el lujoso carruaje en que una hora antes vimos llegar á Santullano.

Éste hizo indicación á su acompañante para que subiera.

Muy admirado, pero sin decir una palabra, Santiago penetró en el coche.

—A casa de los señores Stanley y Compañía,—dijo Santullano al lacayo cuando éste pidió órdenes, después de cerrada la portezuela.

El coche se alejó rápidamente del lúgubre edificio de la cárcel, y Santiago pudo respirar á pulmón abierto el aire oxigenado de la libertad.

*
* *

Rodaba el carruaje, y aun Santiago no había vuelto d
su asombro.

Sentíase libre, lejos del patio aquel poblado de crimina-
les, cuyo contacto haciale estremecer, sentado en los blan-
dos almohadones del coche y no en las duras losas del pavi-
mento.

Pareciale todo un sueño, embriagador, dichoso, si, pe
sueño al cabo.

La voz de Jorge le volvió al mundo de la realidad.

—¡Le debe parecer á V. mentira verse libre!—decía el
marqués.

—No lo comprendo. No sé cómo puede haberse opera
este milagro.

—Pues es muy sencillo; yo sabía la inocencia de V. Fu
al ministro, le pedí una recomendación, y gracias á ella l
Audiencia hizo que los autos de la causa que á V. se le sigu
á instancias de D. Lucas Hurtado, fueran repuestos al esta
de sumario.

—¿Y luego?

—Lo demás era lo de menos. El juez repasó los autos; se
oyeron algunos testigos más; admitiéronse referencias, y
decretó la libertad provisional de V.

—¡Provisional!...—repitió abriendo los ojos el desdicha
Santiago.

—Sí, provisional, que se convertirá en definitiva tan lue
como quede terminado el sumario y se eleve otra vez á la
Audiencia.

—¿Y se ha de empezar todo eso de nuevo?—pregun
Santiago, á quien la tramitación curialesca horrorizaba.

—Es indispensable. La justicia necesita un culpable á uien castigar. Pero ahora el culpable no será V.

—Lo que desearía saber es cómo ha llegado mi historia á oticia de V., y qué interés le mueve á favorecerme de este ıodo.

—Es muy posible, casi seguro que todo eso lo sepa usted in necesidad de que yo se lo explique. Además, ahora no ndríamos tiempo, porque ya hemos llegado.

Con efecto, el coche se detuvo en aquel momento.





CAPITULO CXXXV

Visita de tanteo

En tanto que se desarrollaban los sucesos que hen.. narrado en capítulos anteriores, la casa de ba:: Stanley y Compañía, marchaba viento en popa.

Sus negocios eran muchísimos, pues cada día aumen:: el número de sus comitentes.

La firma del director de dicha casa había adquirid.. reputación, que ningún banquero en Madrid, y mucho n.. nos en provincias, en todas las cuales tenía sus repre.. tantes, hubiera vacilado en avalarlo aun cuando se hubi.. tratado de una cantidad por demás respetable.

En el relativamente corto tiempo que llevaba de exi.. cia, habíase granjeado la confianza general hasta tal pu:: que cuantos capitales entraban en sus cajas les creían .. dueños más seguros en la casa Stanley y Compañía que .. la cuenta corriente del Banco de España.

La razón de tan ciega confianza, existia.

Y existiendo, la prosperidad de la casa explicábase per-ctamente.

Al contrario de lo que suelen hacer otras muchas de su ase, la casa Stanley y Compañía no se anunció pomposa-ente en los periódicos.

Tampoco puso grandes rótulos en la fachada de la casa nde tenia el domicilio social.

Limitóse á ganar la confianza del público, cumpliendo n religiosa exactitud sus compromisos.

Una casa de banca, la del marqués de Urbieta, recibió de ra de París, una letra de 250.000 francos, á cargo de la sa Stanley, pagadera á la vista.

El marqués de Urbieta no había ni aun oído hablar de la sa Stanley y Compañía.

Con la natural zozobra, por tratarse de cantidad tan im-rtante, envió la letra á su aceptación.

El documento fué aceptado, y en la caja lo pagaron hasta último céntimo.

No pudo ni aun soñar la casa Stanley y Compañía en en-ntrar mejor reclamo que el mismo marqués de Urbieta.

Éste habló en la Bolsa con gran encomio de la nueva sa de banca.

Los descuentos de letras llovieron sobre los señores Stan-y y Compañía, pero éstos aguantaron con calma estóica el aparrón, y cumplieron religiosamente sus compromisos.

El crédito de la nueva casa estaba ya salvado.

Sobre ella cayeron infinitos encargos de compra y venta toda clase de valores y efectos públicos.

Varias Sociedades de crédito solicitaron el concurso de s capitales, que les fué en seguida acordado.

He aquí, como en un espacio de tiempo relativamente

corto, pues no excederia de algunos meses, la casa Stanl·· y Compañía se encontró en disposición de organizar una s·- ria competencia á todas las de su clase.

*
* *

Una tarde, bastante tiempo después de haber salido d la cárcel don Santiago, el padre de Félix, un elegante c.- rruaje con blasón pintado en las portezuelas, entró ruidos.- mente por la calle del Principe, dirigiéndose hacia la pla de Santa Ana.

Cursó por ésta y entró en la de San Sebastián, donde - detuvo ante un portal ancho, que daba acceso á una casa apariencia régia.

Aquella casa era la en que habitaba un antiguo cono·· nuestro: el barón del Valle.

Angel heredó de sus padres la finca, y el estar he·· en su nombre la inscripción en el registro de la propied· fué causa de que no pereciera en el naufragio de la fortu· de su padre.

Sin duda á tal circunstancia debió también el que I Familia» no cayera sobre la casa, como acreedora, se· decía don Lucas, por cantidad no despreciable, del padre · Angel.

Éste se disponía á comer en el momento en que le anu·- ciaron la visita del marqués de Santullano.

Dejó su puesto en la mesa y salió en busca de su bu- amigo, á quien obligó á quedarse á comer con él.

Jorge Téllez no se hizo rogar mucho para aceptar la in· tación.

Había ido á aquella casa con decidido propósito de l blar con Angel, y no quiso marcharse sin realizar su de·

La comida se prolongó cerca de una hora, y durante ella no se habló, como es natural, de ningún asunto de importancia.

—¿Va V. á salir?—preguntó Santullano á Angel cuando ya estaban en los postres.

—Pensaba haber ido al Real; pero si V. me necesita no hemos dicho nada, y estoy enteramente á sus órdenes.

—Lo que hemos de hablar, amigo mío, lo podremos hablar aquí, en el trayecto, ó en el mismo teatro, suponiendo que estemos solos.

—¿De modo que, según eso, V. piensa también ir al teatro?

—Sí, señor; y como mi palco es sobradamente ancho para mi solo, espero que me acompañará V. en él.

—¡Cómo rehusar tan delicada atención!... De ningún modo.

—¿Es decir, que acepta V.?

—Con alma y vida.

—Pues vamos á tomar café.

—Si V. lo permite, el café nos lo servirán en mis habitaciones.

—Donde V. guste.

Pasaron los dos amigos á lo que Angel llamaba sus habitaciones.

Eran tres piezas, no muy grandes, que comunicaban sucesivamente una con otra.

La primera, á la derecha del salón de recibo, era el despacho, pequeño, coquetón, bonito, recargado de cuadros, y dos estantes llenos de libros.

La mesa, estilo renacimiento, cerca del balcón, soportaba también el peso de algunos libros y legajos.

Contiguo al despacho, estaba el dormitorio.

No era tampoco muy espacioso, pero resultaba elegan: con su papel de tonos azules y la colgadura del lecho d. mismo color.

. El cuarto de baño, era la pieza que seguía, y de la q: no hemos de ocuparnos para nada.

Tomaron café en el despacho.

Mientras saboreaban el amargo y aromático líquido, An-gel dijo á Santullano:

—Con que vamos á ver. ¿Qué me cuenta V. de bueno?

—¡Hombre!... Algo hay de bueno.

—Sea en buen hora, y lo celebro.

—Gracias, barón; aunque creo que mis noticias también le afectan á V.

—Todo cuanto á V. se refiere, me es interesante.

—No es ese el sentido en que debe V. interpretar mis pa-labras.

—¿Acaso duda V. de la sinceridad de las mías?

—De ningún modo.

—Pues no lo entiendo.

—Quise decir que en las noticias que puedo comunicar. hay algo que le satisfará, no precisamente porque á mí m. satisfaga, sino porque le atañe á V. directamente.

—Eso es otra cosa.

—¿Lo ve V., hombre?

—Bueno, me equivoqué; lo confieso. Ahora falta que m. ponga V. al corriente de todas esas cosas.

El marqués de Santullano no contestó.

Llevó hasta sus labios la taza de café, saboreando éste con detrimiento, y preguntó de pronto á Angel:

—¿Conoce V. á Stanley?

—No, señor; es decir, personalmente, no.

—¿Y de referencia, ó de vista?

—Tampoco. He leido el relato de sus viajes, y ví varias eces su fotografía.

—Pero, ¿de quién cree V. que le estoy hablando?

—Del explorador inglés.

—¡Qué explorador, ni qué niño muerto!... Le hablo á us-ed de ese banquero que vive muy cerca de aquí, al lado de a calle del Baño, que se llama también Stanley.

—Esta es la primera noticia que tengo.

El acento de Angel, al pronunciar estas palabras, era erfectamente sincero.

Santullano lo comprendió así, porque desarrugó el en-ecejo, que tuvo fruncido durante el tiempo que el barón ardó en contestarle.

Diríase que tenía miedo de que el joven hubiese penetra-o su secreto.

Ya dijimos que Stanley y Santullano, eran una misma ersona.

Su temor, pues, se desvaneció en seguida.

—¿Puedo saber,—interrogó Angel,—qué es lo que tengo o que ver con el banquero Stanley?

—Mejor lo sabrá V. que yo.

—¿No me dijo V. que me interesaban muy de cerca las oticias que tenía que darme?

—Sí, pero como que aun no le he dado ninguna.

—Tiene V. razón.

—Es posible que le parezca extraño el tono que yo adop-o en mis conversaciones con V., y hasta quizás ha llegado imaginar alguna vez, que yo pretendo burlarme.

—Eso no; pero aun cuando así fuera, cuanto viene de us-ed no lo discuto, sino que lo acepto tal cual es, sin meter-ne en analizar siquiera el móvil que pueda haberle impul-ado á hacer ó á decir una cosa.

—Eso debe ser porque me considera V. incapaz de acción ó palabra fea y contraria á la lealtad, ¿no es eso?

—Si así no fuera,—exclamó con noble y sincero arranque Angel,—¿le habría concedido á V. la amistad y la confianza que jamás concedí á nadie?

Santullano se turbó visiblemente.

Tendió su mano al barón y le dijo, mientras se la estrechaba:

—No ha de pasar mucho tiempo, amigo Angel, sin que se convenza V. de que no ha depositado su confianza en un cualquiera, ni su cariñosa amistad en un ingrato.

—¿De modo que, por ahora, sigue el misterio?—preguntó riendo alegremente Angel.

—Sigue, porque es necesario que siga, hasta que yo tenga en ejecución mi plan completo.

—Mi pregunta fué una broma, querido marqués.

—Pero no lo fué mi contestación, Angel. Mal que me pese aun no ha llegado la ocasión de que le inicie á V. en los misterios de mis planes.

—¡Ya llegará, hombre, ya llegará!

Y Angel, en tanto decía esto, daba la última mano á su tocado, arreglándose ante un grande espejo el bien cortado frac.

El marqués lo contemplaba con una especie de orgullo paternal.

Lo cierto era que le había cobrado extraordinaria afección á aquel joven, delicado de cuerpo, pero de alma dura, cuya historia, cuando la conoció aún fuera de España, ya logró predisponerle en favor suyo.

—Pero, si mal no recuerdo, me dijo V. que estaba satisfecho: ¿tampoco puedo saber por qué, para que nos alegremos á medias?

—¡Ah!... Eso sí. He hecho un buen negocio.

—¿Bursátil?

—Sí, Angel.

—¿Qué consiste?...

—En colocar mis fondos en una casa donde, sobre estar seguros, ganan un interés bastante crecido.

—¡Hum!...—murmuró Angel al oir á Santullano.

—¿Le desagrada á V. el negocio?—preguntó Jorge.

—¿Qué quiere V. que le diga? Esos intereses crecidos que ofrecen á los cuenta-correntistas muchas casas de banca, me dan mala espina.

—¿Me cree V. á mí tan tonto como los incautos á que se refiere?

—No; y por eso me extraña...

—Otro misterio, querido; otro misterio que también penetrará V. ¡Vaya!...

Y cogiendo del brazo á Angel, ambos bajaron hasta donde estaba su carruaje.

—Al Real,—dijo al lacayo.

El coche partió á escape.





CAPITULO CXXXVI

En el que se camina de sorpresa en sorpresa

DESCENDIENDO por la calle del Príncipe y Carrera de San Jerónimo, el coche de Santullano atravesó la Puerta del Sol, y embocando la calle del Arenal, no se detuvo hasta la puerta del régio coliseo.

Había empleado diez minutos escasos en recorrer el trayecto entre la casa de Angel y el coliseo de la plaza de Oriente.

El marqués y su amigo penetraron en el *foyer*, donde en tanto que acababan de fumar sus habanos, veían desfilar ante ellos infinidad de caras hermosas y de trajes elegantísimos.

Absortos se hallaban, al parecer, nuestros dos personajes ante aquel brillante desfile.

Y decimos al parecer, por cuanto, aun cuando Santullano

ıfectaba completa indiferencia, tenía los ojos clavados en la ɔuerta del *foyer*.

De pronto se estremeció, pero tan ligeramente, que Angel ıo pudo advertirlo.

Era que acababa de ver entrar á D. Lucas Hurtado, á uien acompañaban su esposa y su hija, linda pollita de po-os años.

Angel no se percató de la presencia de Hurtado hasta ue le vió casi delante.

Entonces tiró de un faldón del frac á Santullano, imagi-ando que éste no le había visto.

—¿Qué es eso, amigo mío, qué tiene V.?—le preguntó el ıarqués.

—¿Ha visto V. quién ha entrado?

—¿Quién?

—Don Lucas.

—Ah, sí; ya le encontraremos luego, porque he de pro-onerle un soberbio negocio.

El barón miró á Jorge con extrañeza, pero guardó si-ıncio.

No obstante su intimidad con Santullano, aun no habia odido acostumbrarse á sus genialidades y desplantes.

En el momento en que don Lucas se perdía en el pasillo ue conduce á los palcos plateas, un hombre de cierta edad, estido de rigurosa etiqueta, se acercó á Santullano, con el ıal cambió algunas palabras.

El marqués llegó á tiempo de designarle por la espalda á ɔn Lucas, y el caballero recién llegado desapareció tras del presidente del *Gran Consejo* de «La Familia» en España.

De nuevo Jorge y Angel quedaron solos en el *foyer*.

En la platea oíanse ya hacia rato los acordes de la música ɔsiniana.

Virginia Ferni cantaba aquella noche una de sus óperas favoritas, *El barbero de Sevilla*.

—¿Quiere V. que nos sentemos?—preguntó Santullano.

—Como V. guste.

—Pues vamos; así como así ahora ya no entra e... nadie...

Dejaron sus abrigos en un despacho del guardarropa, ocuparon la platea número 2, que tenía abonada Santullan...

No debía interesarle mucho al marqués la represen... ción, por cuanto, sin dirigir la vista al proscenio, pase... mirada por la extensa platea, convirtiéndola después á ... palcos.

También algunos gemelos se fijaron en el palco que c... paba Jorge.

La atmósfera de misterio de que se había rodeado el m... qués de Santullano excitó en grado superlativo la curios... de no pocos abonados al Real, particularmente de las ... *nadas*.

Es casi seguro que Jorge se enteraría de la curiosidad que se le hacía objeto.

Pero permaneció tranquilo é indiferente, sin que se ocurriera jamás el pensar de qué color podrían ser los ... que con auxilio de gemelos le escudriñaban desde alg... butaca ó patio próximo.

Terminó el acto primero, y Santullano y Angel salie... al pasillo.

Allí tropezaron con el caballero que antes de empezar... función cambiara algunas palabras con el marqués.

Con gran extrañeza de Angel, Santullano saludó afe... samente al recién llegado, llamándole su querido am... pero no se lo presentó.

En cambio, le dijo al separarse:

—Venga V. á mi palco en el próximo intermedio, y le presentaré una persona á quien se alegrará V. mucho de ver.

Marchóse el caballero, y los dos amigos entraron de nuevo en su platea.

Cuando por segunda vez cayó el telón de boca, Santullano no se movió de su sitio.

Angel hubiera deseado salir, pero imitó la conducta de Jorge.

Un momento después, se alzó la cortina del palco, y una voz conocida de ambos amigos, dijo con afectuoso tono:

—¿Se puede entrar?

—Adelante,—contestó Jorge.

D. Lucas Hurtado apareció en el fondo del palco.

Tan inexperada visita causó al barón del Valle un efecto imposible de explicar.

El que no se sorprendió ni poco ni mucho, fué Santullano.

¿Esperaba aquella visita?

¡Quién sabe!

Los tres reunidos, hablaron vagamente de política, de teatros, del tiempo, etc...

De nuevo se abrió la puerta del palco.

—¿El señor marqués lo permite?

—Adelante, querido Santiago, adelante,—dijo el marqués levantándose para recibir al recién llegado.

Este era el caballero del otro intermedio.

Ó lo que es igual, el padre de Félix.

* * *

—Llega V. muy á tiempo, amigo mío,—dijo Jorge.—En el otro intermedio me preguntaba V. si tenía deseo de [illegible]

le descontara una letra sobre Cardiff; pues bien, ya tengo al hombre que V. necesita.

—¿Será posible?—preguntó Santiago.

—¡Ya lo creo!...—agregó con perfecta calma Santullano.—D. Lucas Hurtado, aquí presente, le descontará á V. esa letra

Don Lucas se volvió hacia el recién llegado.

Cuando reconoció en él á su víctima, á quien creía en la cárcel, su rostro adquirió la palidez de la muerte.

Su impresión, sin embargo, no duró mucho tiempo.

Procuró rehacerse, y simulando una sonrisa que no le pasaba de los labios, contestó inclinándose:

—Con el mayor placer; sobre todo, siendo V. amigo del marqués de Santullano.

Angel no podía comprender tanta hipocresía como demostraba don Lucas.

Sublevóse ante la desvergüenza conque hacía alarde de una fortuna adquirida á costa del crimen, y le preguntó con cierta altanería:

—Según eso, V. remite fondos á Cardiff.

—Sí, señor; y por más que hoy no tengo cambio directo con ese punto, nadie me impide endosar la letra de este caballero en otra plaza y descontársela aquí mismo.

Santiago estaba densamente pálido, y su asombro era extraordinario oyendo hablar á don Lucas.

Al escuchar sus últimas palabras, la indignación le ahogaba; pero procuró contenerse, y le preguntó:

—¿Qué plaza es esa, caballero?

—La de Barcelona; buen mercado.

—En efecto,—dijo Santullano,—Barcelona es plaza de muchas cuentas corrientes con Cardiff.

—Aunque no sea más que por los carbones,—dijo entonces Santiago.

—Con eso basta, amigo mio,—dijo el marqués.—Es una suma enorme la que representa el carbón que importa Barcelona. Y tan grande es esta suma, que, á pesar de la exportación de géneros catalanes á Inglaterra, siempre salda sus cuentas en metálico.

—Por eso sus fondos no están nunca á la par,—dijo Santiago, y preguntó al marqués:

—¿Conoce V. bien esa plaza?

—Muy bien, muy bien, no; pero la conozco algo,—dijo Santullano, dando á sus palabras un aire de marcada indiferencia.—Yo, para mis descuentos, me valgo siempre del Banco de Londres. Pero, ya que este caballero es tan amable...—continuó, sonriendo,—que se presta á hacer el descuento...

—¡Bah!... Ese es un favor que podrá V. devolverme cualquier otro día,—dijo Hurtado, inclinándose.

—¡Oh!...—dijo Angel, terciando en la conversación.—Entre comerciantes, ó mejor dicho, entre banqueros, porque el señor es más banquero que comerciante,—añadió, señalando á Hurtado,—los favores de esta clase son moneda corriente.

—Pues bien, caballero; ¿me hará V. el obsequio de decirme cuándo podré mandar á su casa para descontar la letra?

—Pues... cuando V. quiera,—repuso, afectando indiferencia don Lucas.

Y en seguida, antes de que el otro formulara ninguna nueva pregunta, añadió:

—¿Trata V. de girar mucho?

—Por ahora nada más que 40.000 duros.

—Lo repito; cuando V. quiera, envíe la letra á casa.

—Quizás se arrepienta V. algún día de su condescendencia,—dijo con la mayor amabilidad Santiago.

¿Quién hubiera podido sospechar que entre aquellos dos hombres, que hablaban de negocios con la más perfecta frialdad, palpitaba un drama de la vida real, cuyo último acto se había desarrollado en el patio de una cárcel, y cuyo epílogo nadie podía ni aun prever?...

Hurtado contestó á las palabras de Santiago:

—No comprendo por qué he de arrepentirme.

—Porque es fácil que yo abuse. ¡Es tan pegajosa la amabilidad!...

—No abusará V. nunca, caballero.

—En ese caso,—dijo Santiago,—ya sabe V. que, por ahora, no giro más que 40.000 pesos; pero, puesto que le es á usted fácil descontar letras sobre Cardiff, no tendría nada de particular que, durante el tiempo que permanezca en Madrid, me vea en la necesidad de volver á girar por su conducto algún pico, como el que tiene V. la amabilidad de descontarme.

La frialdad con que Santiago pronunciaba la palabra *pico*, tratándose de una cantidad de 40.000 duros, causó cierta extrañeza á Angel, que no sospechaba nada de la comedia que, entre aquellos tres hombres, se estaba representando.

En cambio, don Lucas permaneció impasible.

Con voz reposada, contestó á Santiago, su antigua víctima:

—Me favorecerá V. siempre con sus órdenes; ahí tiene usted las señas de mi casa, que es la suya.

Y al decir esto, entregaba una tarjeta á Santiago.

Éste sacó una suya del tarjetero, y la entregó á don Lucas.

—Ahí tiene V. su domicilio.

—Un millón de gracias. Señor marqués...—dijo saludando.—Señores...

Y haciendo una profunda reverencia, salió del palco.

Ya en los pasillos, pudo respirar libremente.

La emoción le ahogaba.

—¡No me cabe duda!... Es él... Sí... Pero, ¿cómo ha salido se hombre? ¿Cómo tiene hoy más de 40.000 duros, cuando o le suponía arruinado por completo y en la cárcel.

Estaba tan aturdido, que no veía siquiera á las muchas ersonas que, al pasar, le saludaban.

—No me cabe duda... y, sin embargo, ¡no es posible! En ocas horas no hay medio de transformar á un hombre que stá preso por deuda de 50 duros, en poseedor de 50.000, de 00.000... ¡Qué sé yo!... Vaya V. á saber lo que tiene ese reso.

Llegó á reunirse con su familia, y no por eso interrumpió u monólogo.

—Lo que más me escama es la ingerencia de Santullano n este asunto. En fin, esperemos á que vaya á casa. Tal vez ogre aclarar alguna cosa.





CAPITULO CXXXVII

Aclaraciones indispensables

DEBEMOS hacer algunas aclaraciones antes de proseguir nuestro relato, para que el lector pueda explicarse satisfactoriamente los sucesos de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior.

Dejamos á Jorge Téllez y á Santiago á la puerta de la casa donde tenía su domicilio social la casa Stanley y Compañía, el mismo día en que el último salió de la cárcel gracias á las gestiones del primero.

Santullano no habia hablado una palabra acerca de su familia, al infeliz á quien acababa de sacar de entre la escoria social que puebla los patios de nuestros establecimientos penitenciarios.

Queria gozarse en la sorpresa de aquellos seres, al verse de nuevo reunidos y á cubierto de la miseria.

Porque es de advertir que ni á Félix ni á su madre había .icho tampoco nada de que proyectase sacar de la cárcel al nocente y desgraciado Santiago.

Quería, según su costumbre, hacer las cosas completas, a que jamás se dió el caso de que dejase una á medias.

Subió, pues, la escalera, seguido siempre de Santiago, que ›ermanecía silencioso.

Ante el piso tercero se detuvo y llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó desde dentro una voz casi in-antil.

A Santiago le dió un vuelco el corazón.

—¡Esa voz!...—murmuró.—Pero no, no es posible.

Harto sabía el desdichado que su familia no tenía ni aun ɔ indispensable para atender á su subsistencia.

No podía, por lo tanto, ni aun suponer que durante su en-ierro la suerte hubiese cambiado para ellos.

Creía sí, hallarlos luego, cuando el marqués, á quien tan-o debía, le permitiese ejercer libremente su autonomía.

Pero esperaba hallarlos en el mismo zaquizamí en que os dejara; sumidos, como antes, en la más espantosa de las niserias.

—Gente de paz,—contestó Santullano á la voz que le pre-;untó.

Abrióse la puerta, y apareció tras ella uno de los herma-ıos de Félix.

—¡Papá!...—exclamó el angelito al ver á Santiago.

—¡Hijo de mi alma!...—gritó éste.

Y ambos se confundieron en un abrazo supremo.

Al ruido de la conversación y de las exclamaciones, acu-lió el resto de la familia.

Santullano cerró la puerta á fin de evitar la indiscreta :uriosidad de los vecinos.

El cuadro que se desarrolló entonces en aquella casa, r es para descrito.

—¡Antonia!—gritaba anhelante el pobre padre.

—¡Santiago mío!...—pronunciaba apenas la esposa, y convaleciente, pero sin fuerzas casi para sostenerse.

A cada momento se repetían las exclamaciones.

Los abrazos y besos se sucedían unos á otros unidos, cos, pero elocuentes.

Todos los individuos de aquella familia, confundidos íntimo, en estrecho abrazo, mezclaban en sus corazon esperanzas, latidos, lágrimas é ilusiones.

Era imposible permanecer indiferentes entre escena tal modo impregnada de dulcísimo sentimiento.

Por fin, cesaron las palpitaciones del mutuo cariño q se profesaban aquellos seres á quienes el infortunio flagela tan cruelmente durante tanto tiempo.

Las lágrimas de ternura fueron menos copiosas.

Renació la tranquilidad, y á la impresión del mome arrebatada, loca, sucedió la alegría íntima y sosegada.

Entonces, fué cuando discretamente se retiró Santullan.

Embriagados como estaban de contento, ninguno aquellos infelices le vió marchar.

No fué posible, por lo tanto, detenerlo.

Ya en otra ocasión dijimos que Santullano rehuia las n nifestaciones de la gratitud por los beneficios que dispensa

La verdadera caridad no gusta de publicidades ni de tentaciones.

Verdad es esta que no han querido reconocer mucl que hoy en las sociedades modernas pasan como fil tropos.

Y no la reconocen, porque para tales entes, la filantr es un reclamo, cuando se ejerce con cierta habilidad.

¡Cuántas veces salen á luz pública en los periódicos nombres perfectamente desconocidos, sólo porque las personas que los llevan han practicado tal ó cual acto filantrópico?

Pues pedid á esas mismas personas con verdadera necesidad un socorro, y os volverán las espaldas.

No quiere esto decir que no se halle caridad.

Pero la caridad privada, la que se oculta, la que no busca la publicidad en la Prensa, es la que se ejerce con el desvalido, con el menesteroso, la más rara, la menos frecuente.

En cambio, llueven los donativos á establecimientos llamados benéficos, en donde los asilados no mejoran de condiciones por cuantioso que sea el legado que haga el filántropo; en cambio, mejoran de posición los administradores, y lo que no va en lágrimas va en suspiros.

La mayor parte de los que hacen donativos de esta especie, saben de antemano que no socorren con ellos la verdadera necesidad.

Pero también saben que los periódicos publicarán la noticia, anteponiendo al nombre del donante un adjetivo más ó menos importante: y eso es precisamente de lo que se trata.

¡Que perecen familias enteras de la clase media, mendigos de levita, que es la más terrible mendicidad, porque el mal llamado decoro les impide lanzarse á la calle en busca de una limosna!... ¡Nada importa!

Llevando un consuelo, enjugando una lágrima de alguien verdaderamente desdichado, no se entera nadie de lo hecho, ni la acción se da á los vientos de la publicidad.

Por eso, repetimos, porque las modernas sociedades rinden culto casi idolátrico á la vanidad, es por lo que, con dolor lo confesamos, la verdadera caridad se ejerce muy poco.

Contadísimas son, en efecto, las personas que al hac una obra caritativa, practican el divino precepto: «Ignore t mano izquierda lo que hace la derecha.»

*
* *

Santullano era uno de esos pocos que hacía el bien, n por el gusto de que se hablase de él con tal motivo, sino po la interior satisfacción que le producía el hacerlo.

Preciso es confesar que en las acciones llevadas á cab con la familia de Santiago, entraba por mucho el fin que e pretendía, según iremos viendo á medida que avancemos e nuestro relato.

Mas así y todo, ninguna necesidad tenía de extremar sus caridades hasta el refinamiento.

Tan obligados y suyos hubiera tenido á Félix y á su padre, con algo de favor solamente, como los tenía después d haber hecho por ellos, lo que ni esperar, ni aun conceb podían.

Pasada la impresión del momento, preguntó Santiago:

—¿Y el señor marqués?...

Nadie supo contestarle.

Santullano había desaparecido sin avisar á nadie.

—¿Dónde ir á buscarlo ahora, para demostrarle toda m gratitud?...—clamaba desesperado Santiago.

—No te apures por eso,—le decía su mujer.—Félix le v todos los días.

—¿Tú?

—Sí, padre mío; trabajo con él.

—¿De modo que os conocíais ya vosotros?

—Hace algún tiempo.

—¿Pero cómo ha sido eso? ¿Qué casualidad ha puesto e

nuestro camino á ese hombre generoso de tan excepciona-
es condiciones?

—La casualidad no; el crimen, lo puso en nuestro ca-
nino.

—¡El crimen!...—repitió asombrado el padre.

—Sí, el crimen... ¡Oh, perdón, perdón, padre mío!— dijo
Félix arrodillándose ante Santiago.

Éste no sabía lo que le pasaba.

Su incertidumbre y su ansiedad eran terribles.

Quería saber, y tenía miedo de saber demasiado.

Era preciso decidirse.

—¿Pero qué es lo que hablas de crimen?... Di pronto, por-
que la angustia me mata.

—¡Quise asesinar al marqués, padre!...—dijo Félix con
acento tan desesperado y desgarrador, que en él se advertía
todo el horror que le causaba el recordar aquella espantosa
noche en que, impulsado por la miseria, por la desespera-
ción, por el delirio del hambre, iba á matar á un semejante
para llevar un pedazo de pan á su madre moribunda y á sus
hermanos hambrientos.

Entonces Félix,para calmar la justa ansiedad de su padre,
para evitar que padeciera más pensando quizás en lo que no
existía, refirióle la historia de su encuentro con Santullano.

Nuestros lectores conocen ya esa historia.

Durante el relato, el pobre Santiago vertió muchas lágri-
mas, silenciosas y amargas, como amargos eran los dolores
sufridos y las vergüenzas pasadas, sólo por haber poseído
un capital que excitó la concupiscencia de un miserable.

Cuando Félix terminó su relato, todos, hasta los peque-
ños lloraban.

Entonces se alzó un himno de alabanzas en honor de
Santullano.

Si éste hubiera podido oirlo, su música habria son
para él más harmoniosa, más grata, más dulce que ning
combinación de la gama.

Aquel himno, era el himno de la gratitud: el que sólo
tonan los corazones sanos, no corroidos por las miserias
la vida.

—¡Qué corazón tan hermoso!

—¡Es un ángel!

—No se encuentran dos hombres como él sobre la tie

—Debe ser muy rico,—dijo uno de los dos pequeños.

—Por rico que sea, aunque tuviese á puntapiés los m
nes, no le agradeceremos nunca bastante lo que ha he
por nosotros, porque ninguna obligación tenía de hacerlo

La respuesta de la madre no podía marcar de más
dente modo la nobleza de sus sentimientos.

—Fíjate bien,—decía luego Santiago,—en la inmens
del favor que nos ha hecho.

—Era ya de por sí enorme,—contestaba la esposa,—
lo que hizo por nosotros. Ahora, devolviéndote á ti á
brazos, hace imposible que le podamos pagar nunca sus
neficios.

—Nuestra gratitud no ha de faltarle mientras vivamos

—¡Oh, eso nunca!...

—Bueno, pues pagaremos en la única moneda que p
mos pagarle. En los tiempos que corren, la gratitud, la
tad, la honradez, son monedas que tienen su valor, por
circulan muy pocas.

—Yo,—dijo entonces Félix,—también le pago á mi m
nera.

—¿Tú?... ¿Y qué puedes hacer tú?

—¡Vaya!... Trabaja para el señor marqués,—conte
madre.

—Si, pero me ocupa muy pocas horas. Además, él está casi siempre fuera.

—No importa; la cuestión es que hagas algo por él,—dijo Santiago, y añadió en seguida:

—Por supuesto, esta casa, los alimentos, todo cuanto se gasta, lo habrá pagado...

—El marqués,—concluyó Antonia.

—Pues eso ni puede ni debe tolerarse por más tiempo.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que no podemos seguir viviendo á expensas de un hombre generoso; que tanto Félix como yo saldremos desde hoy á buscar una colocación.

—La buscaré yo; pero V., padre mío, no debe trabajar ya,—dijo Félix.

—Aun estoy fuerte, y no se me ha olvidado la partida doble. Buscaremos colocación, que somos nosotros, y no el marqués, los obligados á sostener la casa y la familia.

Tal fué la noble y digna resolución de Santiago.





CAPITULO CXXXVIII

Siguen las aclaraciones

SANTIAGO pensaba en buscar una colocación con ánimo de relevar á Santullano de la obligación que se había, al parecer, impuesto de socorrerle á él y á su familia por tiempo más ó menos ilimitado.

Por su parte Santullano combinaba un plan diabólico para dar comienzo al desarrollo de sus proyectos.

Estos proyectos, que irán viendo nuestros lectores á medida que el autor de ellos los vaya desarrollando, eran los mismos de que repetidamente habia hablado á su amigo el barón del Valle.

Jorge Téllez comprendia que, para dar cima al propósito que se había formado, érale necesario vencer gran número de dificultades.

Éstas no le arredraban.

Espíritu batallador y decidido, los obstáculos avivaban us deseos, y cuántas más y mayores eran las dificultades ue se le presentaban en el derrotero que de antemano se razara, más y mayores eran sus energias, más y mayores us deseos de llegar á la consecución del propósito que con- ibiera.

Dueño de una buena fortuna, poseia el talento de saber astar su dinero con oportunidad.

Tal vez algún espíritu observador hubiera podido decir le él que derrochaba.

Pero para afirmarlo era preciso juzgar sólo por las apa- iencias, cosa expuesta á error, como es sabido.

Sus aparentes derroches eran el producto de un cálculo ien fundado.

A veces, para obtener una cosa insignificante, conviene nostrar largueza.

Otras veces, un servicio de excepcional importancia se btiene con poquísimo desembolso.

Todo el secreto consiste en saber gastar á tiempo.

Y este secreto, ya lo hemos dicho, Santullano lo poseía como ningún otro.

Cuando Félix, sorprendiéndole en noche obscura para arrancarle la bolsa ó la vida, se presentó ante su vista, adivinó en él á un desgraciado á quien podría sin esfuerzo alguno convertir en el más humilde y desinteresado de los servidores.

Ya hemos visto que no se equivocó en sus cálculos.

Cuando, descubierta la desgracia que afligía á la familia de Félix, entrevió la posibilidad de restituir á Santiago á su hogar, calculó, no sin fundamento, que ya serían dos las personas enteramente adeptas á la suya.

Y como, además, contaba con el barón del Valle, cuya

abnegación había ya tenido ocasión de poner á prueba, lleno de regocijo pudo exclamar, después de haber arrojado algunas monedas á la gente de curia, y de apagar hambre y vestir desnudeces:

—He gastado bien ese dinero; tengo tres personas fieles, honradas, leales, que son enteramente mías. Con tres auxiliares así, puede hacerse mucho.

* * *

La casualidad parecía complacerse en redondear los planes, maravillosamente ideados por Santullano.

Necesitaba éste, en efecto, un hombre de ciertas condiciones para comenzar á disponer la expiación de D. Lucas Hurtado, y la casualidad le ponía en las manos á Santiago, la víctima expiatoria, que iba, á su vez, á convertirse en acusador, y de acusador en juez.

No podía ni aun soñar mejor combinación.

Habían pasado ocho días desde el en que Santiago salió de la cárcel, acompañado de Santullano.

Por más que, fiel á su propósito, recorría tiendas, almacenes, fábricas y despachos, el pobre Santiago no encontraba la deseada plaza de tenedor de libros en ninguna parte.

Sin embargo, no se entregaba á la desesperación.

Tenía seguridad de encontrarla, más tarde ó más temprano.

Pero trabajaba con ardor siempre creciente, porque la protección de Santullano le pesaba con pesadumbre inmensa.

En tal disposición de ánimo se hallaba una tarde, cuando recibió la visita de Bautista.

Iba el veterano ayuda de cámara del marqués de Santullano, á suplicarle que le siguiera á casa de su amo.

Santiago se apresuró á obedecer, y siguió á Bautista.

Ambos dieron vuelta á la calle del Prado, y entraron en la del Baño.

Era la primera vez que Santiago estaba en casa del marqués.

Jorge Téllez ocupaba su despacho, y á él fué introducido Santiago.

Admiró el recién llegado la magnificencia de la habitación, mientras esperaba á que Santullano terminase de escribir una carta.

Cuando estuvo el papel dentro del sobre, y éste escrito, Jorge se dirigió á Santiago en estos términos:

—Le he hecho á V. venir para evitarle una molestia.

Santiago hizo un gesto de extrañeza: no sabía dónde iba á parar el marqués.

—Aunque hace poco tiempo que nos tratamos, le conozco á V. bastante, y comprendo que á estas horas está V. buscando una ocupación decorosa.

—Con efecto,—dijo Santiago,—yo no puedo tolerar que el señor marqués se perjudique por nosotros.

—Yo no me perjudico, amigo mío,—contestó Santullano.

—Quiero suponer que así sea, puesto que V. lo dice; pero, en todo caso, son otros los perjudicados.

—¿Otros?... No comprendo.

—Sí; porque mientras yo, que aun puedo trabajar, disfruto del socorro que V. me entrega, otros que, por desgracia, se hallan imposibilitados para la labor, no tienen pan que llevarse á la boca.

—¿Es que le pesa á V. eso que llama mi generosidad? ¿Le humilla mi socorro?

—Señor marqués,—dijo Santiago, con la voz sofocada por la emoción,—no he conocido jamás el orgullo; ni aun en los tiempos de mi opulencia.

—No lo dije por tanto, amigo mío,—replicó Santullano.—Precisamente deseo evitarle la molestia de buscar colocación, proporcionándosela yo.

—¡Será posible!...

—Ciertísimo; como V. se halle dispuesto á servirme con fidelidad, y, sobre todo, con una discreción absoluta.

—¿Y puede V. dudarlo?—preguntó con ansiedad terrible Santiago.

—No lo dudo; pero, á veces, las circunstancias hacen variar á los hombres; y si dádivas quebrantan peñas, figúrese usted lo que puede suceder con la especie humana, que, por desgracia, es bastante más frágil que la peña.

—El señor marqués tiene derecho, no sólo á mi lealtad y á mi gratitud, sino á mi vida también, y de ella puede disponer como guste.

—Esa se la debe V. á Dios. Él, y no yo, puede únicamente disponer de ella. A mi me basta con que pueda contar siempre con V. como una persona de toda mi confianza.

—Si alguna vez me honra el señor marqués con la suya, ya verá si sé ó no hacerme digno de ella.

—De eso se trata, precisamente.

—Pues mándeme cuanto guste.

—Antes de todo, voy á hacerle á V. una pregunta.

—Cuantas V. quiera.

—No; una sola, pero importante.

—¿Cuál es?

—Esta: ¿Conserva V. rencor á D. Lucas Hurtado?

Al oir este nombre, las facciones de Santiago se descompusieron horriblemente.

Su mirada se tornó sombría y hosca.

Apretó convulso los puños, y los levantó en el aire, cual si amenazase á un ser invisible.

Todas sus fincas, su capital íntegro, habían pasado á poder de aquel vampiro.

Últimamente no le bastaba el haberle arrebatado hasta el último céntimo, y le arrebató la honra, hundiéndole en la cárcel con el estigma de estafador.

¿Cómo no odiar á aquel monstruo con figura humana?

—¡Oh!... No me pregunte V. eso, señor marqués.

—No comprendo el motivo.

—Ese nombre me hace un daño horrible.

—Lo creo; pero es preciso, sin embargo, que lo pronunciemos.

—Sea como V. quiera.

—Repito mi pregunta: ¿Conserva V. rencor á D. Lucas Hurtado?

—Le odio con toda mi alma.

—¿Sería V. capaz de matarle?

—¡Oh!... Eso nunca.

—¡Es extraño!...

—Por criminal que sea, no soy yo quien debe privarle de la existencia: es Dios.

—¿Pues, qué haría V.?

—Todo lo contrario: prolongársela cuanto pudiese, y hacerle sufrir todo género de miserias, de privaciones, de tormentos...

—Sería muy justo.

—Tanto como lo será el castigo que Dios le imponga.

—Veamos. ¿Y si lo encontrara V. frente á frente?

—No lo encontraré.

—Estando V. en libertad, nada más fácil.

—Yo procuraré evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque á pesar de mis ideas, á pesar del poderoso es-fuerzo que me he hecho, quizás al verle no fuera dueño de mí mismo, y mis manos se mancharían de sangre. ¡Oh!... ¡Qué horror!...

—Pues... es preciso que V. le vea,—dijo Santullano del-treando casi las palabras.

Y fija la vista en el semblante del pobre Santiago, ana-zaba el efecto que sus frases causaban en aquel hombre, de que pensaba servirse.

—¡Nunca!... ¡nunca!—gritó Santiago.—No me acons-e usted tal cosa.

—No, si no le aconsejo á V. nada; lo que hago es indicar-le que necesito que V. le vea.

Santiago, con el rostro hundido entre las manos, sol-zaba.

—¡Oh!...—dijo alzando la cabeza.—Bien caros me ha usted pagar sus favores.

—¡Ciego! — murmuró Santullano.— No comprende que tiene en la mano la venganza.

—¿La venganza? — preguntó anhelante Santiago.— ¿La venganza ha dicho V.?

—Indudablemente.

—¿Y podré hacer sufrir á don Lucas todos los martir- que me ha hecho sufrir á mí?

—Todos.

—¿Sin excepción?

—Sin excepción alguna.

—¿La ruina?

—Por de condena.

—Y la miseria.

—Con todos sus horrores.

—Los días sin pan, las noches sin luz...

—Todo, todo.

—¿Y por fin, la cárcel?

—¡Oh! La cárcel también,—dijo Santullano.—Y no sólo la cárcel, sino el presidio con sus trabajos que abruman, y sus trajes que llagan las carnes, y sus ranchos que envenenan los estómagos.

Santiago estaba transfigurado.

Todo lo que poco antes era en él horror, ahora resultaba alegría.

La noticia de que don Lucas podía pasar por todo cuanto él había pasado, causó en su alma un regocijo intenso.

Tanto tiempo de horribles pesares habían acumulado en el alma de aquel hombre una cantidad de hiel espantosa.

Conservaba, sin embargo, la nobleza de sus sentimientos.

Ellos le prohibían matar.

De otro modo, al salir de la cárcel, habría hundido un puñal en el corazón del hombre inícuo que amargara para siempre su existencia.

—¿Y qué es preciso hacer para conseguir la venganza?—preguntó después de tomar aliento.

—Poca cosa,—contestó Santullano.—Venir conmigo al Real una noche, fingirse banquero, y proponerle el descuento de una letra de 40.000 duros, por ejemplo.

—A mí me robó más, mucho más.

—No importa; después de un descuento vendrá otro, y luego otro...

—¿Y si se niega?

—No se negará, porque estaré yo delante.

—En ese caso...

—Espere V. mis órdenes. Hoy le mandaré á V. mi sas-

tre para que le haga la ropa de sociedad que necesita, para presentarse en un palco platea del Real.

—¿Supongo que no esperaremos mucho tiempo?

—El que sea preciso; la precipitación es mala siempre.

Santiago se despidió y salió de allí tan atolondrado por su venganza, que veía realizable y próxima, que ni siquiera se le ocurrió preguntarse qué interés movería á Santullano para que le prestase el medio de satisfacer su encono.





CAPITULO CXXXIX

En el que se vé de que modo se adquiere una fortuna

SEGÚN prometiera á Santiago en la conferencia que celebró con él y de la que hicimos una exacta reproducción en el capítulo precedente, Santullano no descuidó ninguno de los detalles que pudieran entorpecer el negocio proyectado con el banquero don Lucas.

Extendió la letra de 200.000 francos de que hablara al banquero noches antes en el teatro Real, á cargo de los señores Jeferson y Compañía, de Cardiff, dejando en blanco la firma.

Así las cosas, llamó un dia, dos ó tres después de su último entrevista, al padre de Félix, y después de hablarle largamente de don Lucas, á fin de convencerse de si se hallaba ó no en la misma disposición de ánimo respecto á él, le dijo:

—Ahora, amigo mío, ha llegado el momento de obrar.

—¿Contra Hurtado?—preguntó Santiago.

—Precisamente.

—Pues en ese caso, sírvase V. comunicarme sus instrucciones.

—Sepamos antes una cosa.

—Las que V. guste.

—¿Se halla V. dispuesto á ir hasta el fin?

—Después de lo hablado entre nosotros, esa pregunta, señor marqués, me parece perfectamente ociosa.

—No lo es, sin embargo, porque el papel de V. no se reduce á presentarle letras para su descuento.

—¡Ah!...

—Cuando el hombre esté arruinado, es preciso que entable V. contra él querella criminal por la misma causa que sirvió á don Lucas para enviarlo á V. á la cárcel.

—Lo haré sin vacilar; pero... se me ocurre una duda.

—Expóngamela en seguida.

—Ha dicho V. que cuando esté arruinado... pero, ¿y si esto no sucede?

—Su ruina es indefectible, si V. y yo queremos que lo sea.

—Es que puede negarse á descontar más de una letra.

—No se negará, porque yo iré á obligarle.

—¿Tanto poder tiene V. sobre ese bandido?

Santiago miró con asombro al marqués.

Éste, sin inmutarse, con la calma más perfecta, contestó:

—Alguno.

Y por sus labios vagaba, al decirlo, una sonrisa indefinible, mezcla de compasión y de menosprecio.

—Suponiendo que se preste á descontar más de una letra...

—Que sí se prestará...

—Bueno; admitiendo eso, ¿no puede él endosar las letras á otras casas, y reembolsarse?

—Es indudable.

—Pues no veo entonces la ruina por donde ha de venir á don Lucas.

Y Santiago, al decir esto, daba á entender su desconfianza en el sistema que el marqués se proponía para tomar su revancha sobre Hurtado.

—Es preciso distinguir, amigo mío,—dijo Santullano.—Don Lucas puede endosar sus letras de V. á otras casas y las endosará, en efecto.

—Entonces...

—Vamos despacio; las endosará, digo: pero esto no quiere decir que logre reembolsarse de sus descuentos.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que él no puede endosar las letras sino á ciertas y determinadas casas, las cuales no aceptarán; y si alguna hay que firme la aceptación, habrá quebrado antes del vencimiento.

—Eso ya es otra cosa,—dijo Santiago.

Y de nuevo se fijó con asombro en el marqués, que, sereno y frío según su costumbre, disponía á su antojo de la fortuna ajena.

—Por lo visto,—pensaba Santiago,—este hombre tiene un imperio absoluto sobre don Lucas... Pero ¿quién es este hombre?

Entonces cayó Santiago en la cuenta de que desde que vió por primera vez á Jorge, no se le había ocurrido pensar en quién era, de dónde venía ó á dónde iba.

Pero puesto ya en el terreno de las deducciones empezó á formularlas, menguando algo con ello sus entusiasmos.

—Es muy extraño todo esto,—pensaba.—Mi hijo le ac.-mete, y él, en vez de vengarse entregándolo á la justicia, l.-socorre espléndidamente, y conocida nuestra historia, el so-corro se convierte en protección decidida. Sin que aparent. tener en ello interés visible, me saca de la cárcel removien-do para ello expedientes, visitando ministros, y derramand. oro, porque en España ciertas justicias no se consiguen sin á fuerza de dinero.

No iba como se vé muy mal en sus deducciones el pobre Santiago.

Prosiguió su monólogo, en tanto Santullano escribía.

—Es indudable,—pensaba,—que el nombre de D. Lucas Hurtado, que mi hijo pronunció, ha sido un talismán para nosotros... ¿Qué podrá mediar entre estos dos hombres? . ¡Quién sabe! Tal vez algo negro; el marqués me present. completa la venganza contra don Lucas... soy un instrumen: de este hombre, que quizás trata de vengarse sin compro-miso para él... ¿Qué hacer, Dios mío?

Como se vé, Santiago acababa por donde debía hab.. empezado. Por desconfiar de Santullano.

¿Había en realidad motivo para esta desconfianza?

Para Santiago, que desconocía en absoluto los planes d. marqués, la había.

Sin embargo, la gratitud de que era deudor á Jorge Te-llez, pudo más en él que ninguna otra consideración.

—Veré de asegurarme,—pensó,—y de poner á cubiert. mi responsabilidad en todo lo que de este lío pueda result.. en definitiva. Conseguido esto, si yo no voy perdiendo nad. en el asunto, ¿por qué negar á este hombre mi auxilio, si sa-tisfaciendo su venganza, satisfago al par la mía?

Y firme en esta resolución, esperó á que Santullano con-cluyera de escribir.

Momentos después, Jorge dobló el pliego que metió dentro de un sobre, y llamando á un timbre, dijo á Bautista, su ayuda de cámara, que acudió presuroso al llamamiento:

—Esa carta, á donde dice el sobre.

Retiróse el criado, y Santullano, volviéndose á Santiago, le dijo:

—Aviso al banquero D. Lucas Hurtado, que mañana á las cuatro de la tarde, irá V. á su casa á descontar la letra de que hablamos hace pocas noches en el teatro Real.

—De modo que mañana...

—A las tres de la tarde,—le interrumpió Santullano,—le espero á V. aquí, en mi despacho, y desde aquí nos dirigiremos al del señor Hurtado.

*
* *

Efectivamente, puntual á la cita, Santiago llamaba al otro día á la puerta del despacho del marqués.

Éste le esperaba ya vestido, y así que le vió entrar invitóle á que tomara asiento.

—Voy á comunicar á V. mis últimas instrucciones,—le dijo.

—Espero sus órdenes.

—Antes conviene que aclaremos algún puntó que á V. puede parecerle dudoso. Me refiero á mi conducta.

—¡Oh, señor marqués!...

—Nada de protestas, amigo mío; conozco el mundo y conozco á los hombres. Creo, por lo tanto, no equivocarme al juzgarlos.

—Puedo asegurar á V.,—dijo con acento de sinceridad Santiago,—que ningún juicio temerario me he atrevido á formular acerca de V.

—Lo creo perfectamente; pero no sucederá lo mismo c.:. respecto á mi conducta.

—Es V. muy suspicaz...

—Soy sincero y no otra cosa.

—Como quiera que sea, V. no me debe explicación n.:. guna.

—Yo lo creo de otro modo, y porque lo creo así insis' en dársela.

—Si V. se empeña en ello, tendré que escucharle; pe. lo repito, son innecesarias para mi sus explicaciones.

—Cuanto á los favores que, según V. dice, tiene de m. recibidos, son desinteresados, y espero me hará V. la jus-cia de creerlo así.

—No lo he dudado un solo momento.

—Ya comprenderá V. que ningún trabajo me hubiera c-tado entregar á su hijo á la justicia, la noche de nuestro en-cuentro.

—¡Por piedad, señor marqués!...

—Si recuerdo aquel trance, para V. doloroso, es porque creo necesario.

Santiago lanzó un penoso suspiro.

Aquella conversación evocaba en él tristísimos re-cuerdos.

Santullano prosiguió:

—No quise hacer lo que otro en mi lugar hubiera hech porque comprendí el móvil que impulsaba á su hijo de V. y que éste no era un criminal.

—¡Pobre hijo mío!—suspiró Santiago.

—El relato de sus desdichas me conmovió. y tuve : suerte de prestarle algún consuelo.

—Su protección generosa ha sido nuestra suerte, señ marqués.

—No hablemos de eso. Hasta aquí obraba mi corazón. Al sacarle á V. de la cárcel cumplí un deber de justicia y otro de humanidad.

—¡Cómo pagar tanto sacrificio!...

—Ahora,—prosiguió Jorge sin hacer caso de las palabras de Santiago,—escogiéndole á V. como instrumento contra Hurtado, cumplo un deber social, cual es el de reducir á la impotencia á una alimaña venenosa.

—¿Pero V. conocía antes á Hurtado?—preguntó Santiago.

—Mucho; más de lo que él se figuraba. Ya había yo decretado su ruina cuando la casualidad le puso á V. á mi paso. Nadie mejor que V., que es una víctima suya, para iniciarle en el camino de expiación que le está reservado.

Santiago miró con estupor al marqués.

En vano trataba de investigar el derecho con que aquel hombre extraordinario se erigía en vengador de la sociedad burlada por un pillo.

No podía dar con el enigma.

—Comprendo que mis palabras,—dijo Santullano,—suscitarán en el ánimo de V. dudas acerca de mi persona. Quizás algún día, á no tardar, las verá V. aclaradas. Hoy no puedo ser más explícito.

—Ni yo he de llevar mi indiscreción al extremo de intentar saber lo que V. calla prudentemente.

—¿Tiene V. en mí absoluta confianza?

—Completa, señor marqués.

—En ese caso, adelante. Firme V. aquí.

Y Santullano, al decir esto, presentó á su interlocutor la letra de cambio extendida á nombre de los señores Jeferson y Compañía, de Cardiff.

Santiago firmó sin vacilaciones, y el marqués, entregándole el documento de giro, le dijo:

—Ahora en marcha, que van á dar las cuatro.

Cinco minutos después, el carruaje del marqués de Santullano llevaba á éste y á su nuevo amigo hasta la casa d· don Lucas.

Ya en la puerta, el marqués dijo á su acompañante:

—No se olvide V. de que ha heredado una fortuna de u: pariente de su esposa, y se dedica ahora al negocio de carbones.

Santiago comprendió el significado de tales palabras, y mostró su aquiescencia con una ligera inclinación de cabeza.

*
* *

Don Lucas los esperaba en su despacho.

—Sean Vdes. muy bien venidos,—dijo al ver entrar á l·s dos amigos.—No esperaba tener el gusto de ver á V. por aq· hoy, señor marqués.

Santullano sonrió de un modo imperceptible.

—Mi amigo don Santiago, que es el hombre más afortunado de la tierra, se empeñó en que le acompañase, y accedí, porque esto me proporciona el placer de saludar á usted.

Don Lucas tembló ligeramente.

Los cumplimientos de Santullano le causaban tanto pav·: como sus amenazadoras miradas.

—Pues aquí tiene V. la letrita,—dijo Santiago, que á dura· penas contenía la indignación en presencia de aquel hombr·. causa de su ruina.

—¡Ah! Sí,—dijo don Lucas, con afectada indiferencia. examinando la letra.—Pero es el caso que...

—¿Qué? ¿Encuentra V. algo de particular?—preguntó Santiago.

—¡Oh, no, nada!... Pero creia que el estado de la fortuna de V. no era muy próspero.

Santiago estuvo á punto de lanzarse sobre aquel miserable.

Por fortuna, Santullano, que comprendió lo que pasaba en el ánimo de su protegido, terció en la cuestión.

—Ya le dije á V. antes, que este don Santiago es hombre de suerte. Ahora, recientemente, se le ocurrió la idea de morirse á un pariente de su esposa, que le ha dejado cerca de cinco millones.

Don Lucas abrió unos ojos como puños.

—¿Cree V.,—preguntó Santiago,—que tengo responsabilidad?

—Si la firma de este caballero no le satisface á V. bastante,—dijo Santullano á don Lucas,—yo la avalo, no digo por 200.000 francos, sino por toda mi fortuna.

Don Lucas comprendió que no tenia más remedio que hacer honor á la firma de Santiago.

Temia que, de no hacerlo, se considerase Jorge desairado.

Así es que, aun cuando con bastante desconfianza, tomó la letra.

—Por Dios, señor marqués,—dijo contestando á la proposición de Santullano,—¿quiere V. callar?

Y luego, dirigiéndose á Santiago, le preguntó:

—¿Quiere V. alguna partida en oro? ¡Está tan escaso este metal!...

—Me es indiferente.

Contaron el marqués y Santiago los 200.000 francos, y después de los ofrecimientos y cumplidos de rigor, abandonaron el despacho.

Cuando el carruaje rodaba en dirección á casa de Jorge Téllez, le dijo Santiago:

—Bueno; ahí tiene V. esa suma.

Y abandonaba en sus manos el paquete.

Pero Santullano le detuvo.

—Esa suma le pertenece á V. por completo. Es una parte de lo que don Lucas le robó á V. hace tiempo, que hoy le restituye por mediación mía.

El efecto que tales palabras causaron en Santiago, no hay pluma capaz de describirlo.





CAPITULO CXL

Un nuevo personaje

INDUDABLEMENTE debían marchar viento en popa los negocios para el marqués de Santullano.

Éste se manifestaba cada vez más satisfecho.

No tenía, según hemos dicho ya en más de una ocasión, amigos íntimos, porque su carácter, reservado hasta la exageración, era el menos á propósito para tenerlos.

Pero los que le trataban con cierta confianza, habían podido observar en él el cambio que dejamos apuntado.

De algunos días á aquella parte, su carácter se había modificado bastante.

No era ya el hombre correcto sí, y afable, pero triste y reservado de antes; mostrábase, por el contrario, más decidor, más expansivo.

Fuerza es confesar que el cambio le sentaba á las mil maravillas.

Aunque se hacía simpático á todos por la afabilidad de su trato, su cortesía y la distinción de su porte, desde que la franca sonrisa animaba su semblante, de varonil hermosura, dijérase que algo, no bien definible, pero que no podía resistirse, una fuerza superior, extraña, atraía hacia él.

Tenía, como vulgarmente se dice, mucho ángel; esto es, don de gentes; lo que los franceses, nuestros vecinos, llaman *sprit*.

En realidad, motivos tenía Santullano para mostrarse satisfecho.

Cuando tendía la mirada en torno y contemplaba su obra, asustábase de la magnitud de la labor emprendida, y le lisonjeaba el éxito obtenido.

Apenas entrado en «La Familia», su espíritu emprendedor, su carácter aventurero, su alma grande y habituada á la independencia, se avenía mal con la estrechez de miras, demostrada por el *Consejo Supremo* residente en Francia.

Estudió la constitución de «La Familia» en España, su patria, donde pensaba establecerse después de muchos años de forzada ausencia, y la encontró viciada y deficiente.

Propúsose ante todo, eximirla del oneroso yugo que la tenía sujeta al *Consejo Supremo* de Francia.

La labor que Santullano hubo de emprender para realizar aquel objetivo, fué terrible.

Venció su poderosa influencia; la magia de su palabra sedujo á los franceses, impresionistas como pocos, y arrancó de sus manos el decreto de disolución del *Consejo de los duques*, según hemos tenido ocasión de ver, recabando á par para sí, el título de gran jefe de «La Familia», en España.

Lo más árduo de la empresa estaba ya conseguido.

Faltaba sólo imprimir nuevos rumbos á la poderosa So-

ciedad: hacerla marchar por mejores derroteros, y esto fué lo que se propuso Santullano.

Los individuos del *Gran Consejo* de la Sociedad, en Francia, le proveyeron de una hoja de servicios de cada uno de los individuos que componían el *Consejo de los duques.*

Armado con tales armas, provisto de un título que «La Familia» le otorgó, y dueño de una fortuna considerable, llegó Santullano á Madrid y comenzó desde luego sus trabajos.

Pocos meses después de inaugurados, era cuando sonreía satisfecho en vista del éxito que alcanzara.

Los resultados superaban á sus esperanzas: para lo porvenir prometíase un éxito completo.

***

Hemos dicho ya, en uno de los capítulos anteriores, que coincidiendo con la llegada de Santullano á la Corte, inauguráronse varios establecimientos en la calle del Prado.

Uno de éstos era un taller de modista, montado á todo lujo.

En el balcón principal de los cuatro que daban á la calle, y en la puerta de la habitación, leíase en dos carteles, lujoso y bien pintado el primero, modesto, pequeño y sencillo el otro, esta corta inscripción: «Mme. L'Ardonais, modista parisién.»

A diferencia de lo que hiciera la casa de giro Stanley y Compañía, Mme. L'Ardonais se anunció mucho en los periódicos, repartió prospectos á granel, y demostró, en fin, ser buena discípula de Barnum, el rey del reclamo.

El sistema dió resultados.

Poco tiempo llevaba inaugurado el establecimiento, cuando las señoras de la aristocracia empezaron á frecuentarlo.

La misma modista sirvió de reclamo para atraer á su establecimiento la más aristocrática parroquia.

Tomó en abono un palco de primer piso en el Real y algún otro en la Comedia.

Presentábase siempre en los coliseos con trajes que por su corte, su elegancia y su riqueza, llamaban poderosamente la atención de las damas, que no apartaban un punto sus gemelos de aquella señora tan elegante como desconocida para ellas.

—¿Quién es?—se preguntaban unas á otras.

No faltó quien murmurase al oído de alguna linajuda marquesa:

—Es Mme. L'Ardonais, la modista parisién.

Y, como era natural, el taller de Mme. L'Ardonais se veía cada día más frecuentado por la *crême* del sexo bello.

Llegó á ponerse tan en boga, que ya resultaba cursi encargar á Wort ó á cualquier otro modisto parisién los trajes de sociedad y de paseo.

Era Mme. L'Ardonais, la que daba el tono en lo de vestir, y la que enviaba galantemente á sus parroquianas los figurines, para que pudieran enterarse de cualquier variación por pequeña que fuese, que la caprichosa moda introdujera en la indumentaria femenina.

El taller de Mme. L'Ardonais, era una verdadera maravilla.

Una espaciosa sala, elegantemente decorada, reunia bajo su techo á dieciocho ó veinte muchachas encargadas de coser y forrar los trajes.

En otra habitación separada, las cortadoras, en grandes mesas, destrozaban con las tijeras las telas más costosas, siguiendo los patrones, ó la indicación de la maestra.

Tres señoritas, se dedicaban especialmente á probar los

vestidos, y otras dos, rubia la una y morena la otra, servían para ponerse sobre sus cuerpos algunos trajes, á fin de que las parroquianas pudieran juzgar con más detención y con verdadero conocimiento de causa.

En las habitaciones destinadas á la prueba de vestidos, no faltaba nada de cuanto pudiera desear la más exigente señora.

Cuántas minucias inútiles, aunque bonitas, ha inventado el buen gusto; cuántos enseres hace necesarios el más refinado *confort*, hallábanse allí amontonados, haciendo gratísima la estancia de las señoras en aquellos talleres modelos.

* * *

Madame L'Ardonais, dueña y señora de aquel palacio, comandanta en jefe de aquel hermoso batallón de señoritas, vigilaba constantemente todas las dependencias de su casa.

Tan pronto estaba en la sala común, donde, si era preciso, no se desdeñaba de arrancar un cuerpo de manos de una aprendiza para pegarle un botón, como dirigía el complicado corte de una falda de sociedad, ó ayudaba á la probadora á amoldar sobre las curvas caderas de una hermosa, el nuevo traje de crujiente y abollada seda.

Su actividad era asombrosa.

Cuantas la conocían, que no eran pocas, hacíanse lenguas de su afable trato, de la vasta instrucción que revelaba, y de la elegancia natural de sus maneras.

Tan sólo cesaba en su ir y venir vertiginoso de una á otra dependencia, durante las horas en que el taller quedaba solo, por retirarse en busca de la comida las alegres muchachas que llenaban la habitación con sus animadas conversaciones, semejantes al gorjear continuo de los pájaros.

Durante ese tiempo, es decir, de una á tres, y también por la noche, después de las siete, desaparecía del centro de la casa y se retiraba á sus habitaciones particulares, donde el acceso era sumamente difícil, y, á ratos, imposible.

Nosotros vamos á sorprenderla en su retiro, sin temor á las órdenes por ella dadas, de que para nadie se encuentra en casa.

* * *

En un pequeño *boudoir*, primorosamente forradas sus paredes de damasco botón de oro, y alhajado con caprichosos muebles de subido precio, está Mme. L'Ardonais, sentada frente á un secreter-cómoda.

A juzgar por la apariencia, la modista debe ser de elevada estatura y hermosa presencia.

Es una de aquellas mujeres de las que no puede decirse que sean una belleza y que son, sin embargo, realmente hermosas.

Analizado en detalle su rostro, quizás no reuna todas las perfecciones indispensables para constituir el prototipo de la belleza; examinando en conjunto, resulta atrayente, simpático, bonito.

Lleva abundosa cabellera rubia que, peinada artísticamente, realza las naturales gracias de su poseedora.

En sus ojos azules, limpios y serenos como el sol de Andalucía, hay un reflejo de su alma, tranquila, dulce y apasionada como su modo de mirar.

Un seno prominente, que hace ondular la respiración con desiguales movimientos, presta con sus curvas graciosas, elegancia y majestad al torso.

En suma, es Mme. L'Ardonais, lo que entre hombres, y vulgarmente hablando, se llama una gran mujer.

La sorprendemos en uno de sus momentos de descanso.

Acaban de irse á comer las bulliciosas oficialas, y en el taller, de ordinario tan animado, reina silencio absoluto.

Como de costumbre, Mme. L'Ardonais se ha encerrado en sus habitaciones, dando orden á la doncella de que nadie llegue á molestarla.

Tendida, más que echada en una *chaise-longue*, apoyada en una mano la hermosa mejilla, y con los ojos á medio cerrar, dijérase que se dispone á buscar en el sueño el descanso que necesita.

No es así, sin embargo.

Levanta á intervalos la rubia cabecita para fijar los ojos en el reloj, que colocado sobre una chimenea, promueve con su isócrono movimiento de tic-tac, el único ruido que se percibe en la estancia.

Indudablemente espera á alguien.

De pronto, en uno de los ángulos de la habitación, como si sonase dentro de un armario, percibióse el ruido de una sonería.

Madame L'Ardonais se puso en pie.

Entonces pudo apreciarse la gallardía y la corrección de su rostro.

Su estatura era elevada; gruesa, sin desproporción ninguna, antes bien, con morbideces plásticas que delataba el ceñido traje, tenía su persona aquel conjunto de serenidad y esplendidez de formas que distinguía á las matronas griegas.

Por tres veces, con ligerísimo intervalo, se repitió el ruido de la sonería.

Después de extinguirse la última vibración en el espacio, Mme. L'Ardonais se dirigió hacia el armario ó estante de

cuerpo entero, cargado de libros, y dió vuelta á la llave colocada en uno de los lados del mueble, dejándola después en su sitio.

Hecho esto volvió á ocupar su cómodo asiento, y esperó.

Tenía la vista fija en el armario.

De pronto éste se movió; giró sobre un eje invisible, que le sujetaba por las partes superior é interior, y al descubierto quedaron dos estrechos huecos, por uno de los cuales penetró en la estancia una persona.

La persona que de tan extraña manera acababa de entrar en el cuarto de la modista, era el marqués de Santullano.

¿Qué relación podía haber entre Jorge Téllez y madame L'Ardonais?

Era evidente que las relaciones debían ser muy íntimas, pues de otro modo no se comprendería que la modista se rodease de tanto misterio para recibir al marqués.

Precisamente el misterio era lo que daba carácter grave á sus entrevistas.

El lector va á asistir á una de ellas, y por lo tanto, podrá formar concepto.

Antes, sin embargo, preciso será que le digamos quién era Mme. L'Ardonais, y cómo conoció á Jorge Téllez.



CAPITULO CXLI

Historia de una mujer

Diez años antes del en que presentamos á nuestros lectores á Mme. L'Ardonais, habitaba en el pasaje Deux-Sœurs, de Paris, una familia aristocrática, compuesta de la madre, un hijo, mayor de edad, y una hermanita de éste, de catorce años.

La señora era viuda desde hacia muy pocos años, y su esposo al morir le dejó una buena fortuna, y alguna que otra finca rústica en la Bretaña.

Precisamente, en el año que fijaron su residencia en Paris, en el pasaje Deux-Sœurs, inmediatos á la calle de Lafayette, un terrible incendio habia destruido una de las fincas, pereciendo en el siniestro el dueño de ella, D. Luis del Pino, español, y propietario no sólo de la finca derruída por el voraz elemento, si que también de otras varias, que hacían

ascender el patrimonio de don Luis á una cantidad respetable, que no bajaría de 3.000,000 de francos.

D. Luis del Pino, era un comerciante español, que en busca de fortuna marchó á América, cuando contaba apenas veinte años.

Trabajador incansable, hombre probo hasta la exageración, si exageración puede haber en eso; poco amigo de la jarana y de los vicios, no tardó en encontrar en Santiago de Cuba una casa que le admitió como dependiente, asignándole desde luego una buena mensualidad.

Su talento y su honradez fueron los móviles que impulsaron al principal de Luis del Pino á interesar á éste en el negocio.

Creía, y no iba en verdad descaminado, que si tan activo é inteligente se mostraba Luis para la defensa de los intereses ajenos, mayor actividad y más inteligencia mostraría cuando los intereses que tuviera que defender fuesen los suyos propios.

No se equivocó el perspicaz comerciante.

A los diez años de estar interesado en el negocio, Luis, que sólo había cobrado su sueldo, pidió á su principal una liquidación, porque deseaba establecerse por su cuenta.

La resolución del dependiente era, para su principal, una desgracia.

Así es que, por cuantos medios estuvieron á su alcance, trató de disuadirle.

En vano le expuso los riesgos que, para la obtención del ansiado crédito, ha de sufrir toda casa comercial que se funda.

En vano le hizo ver que la suya, ya acreditada, era de seguros resultados para ambos.

Todo fué inútil.

Luis era ambicioso; tenía la idea del lucro; aseguraba que valia más ser cabeza de ratón que cola de león, y de cabeza se puso en un modesto aserradero de maderas, que adquirió cerca de Santiago de Cuba.

El comercio de caobas, hayas, palo santo, chicaranda y otras maderas, tan solicitadas para la construcción, hizo que en el espacio de veinticinco años que lo ejerció, los 30,000 duros que al liquidar le entregara su principal, se convirtieran en cerca de 1.000,000 de pesos.

Operóse entonces una reacción en Luis del Pino.

Dueño ya de una fortuna inmensa, se consideró con derecho al descanso, después de treinta y cinco años de trabajo febril, constante.

Resuelto á descansar, consideró que solo no podría gastar su capital; experimentó tanta sed de familia, como antes la experimentara de oro, y ganoso de procurársela, determinó regresar á Europa.

Vendió su aserradero á buen precio, lo que hizo subir su capital á la cifra del millón de pesos, y emprendiendo el viaje de vuelta, se instaló provisionalmente en París.

Espléndido, como español, dueño de una fortuna hermosa, pronto adquirió relaciones y amistades, más ó menos desinteresadas.

Una de las familias que más asiduamente visitaba Luis, era la de Mme. Lenormand, viuda de un senador del imperio.

Esta señora, que había sido una de las bellezas de la corte de nuestra paisana la condesa de Montijo, esposa de Napoleón III, tenía, cuando Luis la conoció, muy cerca de los cuarenta años, aunque los llevaba soberbiamente.

Fresca, terso el cutis, erguido el busto, la señora Lenormand no representaba arriba de treinta años.

Como además era hermosa y de buenas cualidades morales, nada tiene de extraño que Luis cayera en las redes de su amor prendido, y que se atreviera á ofrecer á la hermosa, con su mano, los millones adquiridos en América.

La hermosa viuda no se mostró insensible á las insinuaciones de Luis, y ambos se unieron en matrimonio, un año después de conocerse.

Tenía la señora Lenormand un hijo de su primer marido, llamado Luciano, entonces de unos diez años; y dos después de su casamiento con Luis, tuvo de éste una niña, á la que se puso por nombre Victoria.

Durante los primeros años del matrimonio, todo fué bien.

Luis adoraba á su mujer; ésta quería entrañablemente á su marido, y ambos se extasiaban contemplando á Victoria, prueba irrefutable, fruto bendito de sus castos y pacíficos amores.

Pero Luciano, el otro hijo, el del senador, fué creciendo, para tortura de su madre y desesperación del que, aun cuando le representaba padre, no lo era, sin embargo.

De carácter díscolo y arrebatado, Luciano contestaba con desplantes é insolencias á las amonestaciones de sus padres, que no podían hacer carrera de él.

Deseando descansar por algún tiempo, lo pusieron interno en el *Poliglotan Licee,* uno de los centros docentes de más nombradía en París.

Pero el director no consiguió tampoco reducir á aquella fierecilla humana, y dos meses después de su clausura, lo devolvió á los desdichados padres, diciéndoles:

—Lo siento mucho, pero yo no puedo tener en mi colegio á un niño que me malea á los demás con sus perversos instintos. Compadezco á Vdes. sinceramente.

Y, sin decir nada más, se ausentó el maestro, dejando á a madre de Luciano y á Luis, sumidos en el mayor desconsuelo.

Tuvieron que resignarse á sufrir á aquel castigo, destinalo á amargar los últimos años de su vida.

Creció Luciano, y creció en maldad y perversión de insintos.

Lo más perdido, entre la escoria del bulevard, era lo que prefería para amigos.

Acostumbróse, desde la edad de dieciséis años, á frecuenar las casas de juego y las de lenocinio, discurriendo los años nejores de su adolescencia en la atmósfera viciada y deletéea de la corrupción.

Victoria, en cambio, era el encanto de sus padres. Rubia como las mieses que dora el sol de Julio; de ojos azules y expresivos como los de las vírgenes de Fra Angélico, á los doce años era una de las niñas más bonitas de París, de la capital inmensa donde hay tantas niñas bonitas.

La angelical belleza de Victoria despertó los instintos brutales de Luciano.

Una noche, aprovechando la circunstancia de hallarse fuera su padrastro, quiso abusar torpemente del candor de aquel ángel y manchar sus alas níveas con el fango del muladar.

Pero hay una providencia que vela por los inocentes, y salvó á Victoria.

Cuando más ciego iba Luciano á precipitarse sobre su víctima, la cama en que ésta reposaba se hundió.

Al ruido acudió la madre de Victoria y los criados, llamados por ella.

Entonces vióse que uno de los postes de la cama había caído, sin que por fortuna la niña se infiriera el menor daño.

La señora Lenormand pudo apercibirse del crimen q
su hijo intentaba cometer.

Júzguese de su espanto y de su vergüenza, al pensar e
el peligro que había corrrido la inocente Victoria.

Cuando dos días más tarde regresó su esposo, contóle l
ocurrido, y ambos convinieron en arrojar de su casa al m
hijo.

Así lo hicieron, en efecto.

Durante más de un año, no cesaron de recibir cartas e
las que Luciano les pedía dinero.

Aquellas cartas al principio fueron contestadas, y ha
con las contestaciones iban á veces algunos billetes de Ban

Pero el dinero servía á Luciano para proseguir su odi
de vicios, prostituyendo un nombre honrado, pues como s
padrastro tenía fama de millonario, él, para darse importa
cia, se daba á conocer en todas partes como Luciano del Pi

Tan desatentada conducta indignó al buen don Luis, d
tal manera, que decidió dejar á París, é irse á vivir á algu
de las posesiones que había adquirido en la Bretaña.

Realizaron el viaje.

Luciano se enteró del mismo y del sitio en que se enc
traban sus padres.

Exasperado porque no le daban dinero, determinó proc
rárselo por medios violentos.

Hizo el viaje á Bretaña, y allí, de acuerdo con algu
amigotes suyos, tan desalmados como él, prendieron fue
en una noche á la quinta que sus padres habitaban.

La madre, que dormía con Victoria, pudo alcanzar la sa
lida al apercibirse del siniestro, y ganar el campo.

El pobre don Luis, que se hallaba enfermo, no se d
cuenta del peligro que le amenazaba. El humo le asfixió, y
luego las llamas se encargaron de calcinar su cadáver.

Locas de espanto, muertas de terror, las dos infelices mujeres, aun ignorantes del triste fin de su esposo y padre, respectivamente, entraron en el pequeño pabellón del colono, situado á la entrada del parque.

El colono dormía, cuando llegaron las señoras.

—Corra V.,—dijo la desdichada esposa.—¡Mi marido!... Salve V. á mi marido!...

—¿Dónde?—preguntaba el colono.—¿Dónde está?

—¡Allí... en la cama... enfermo!... ¡Dios mío!... ¡Salvadle!...

Corrió el colono, y las dos mujeres cayeron de rodillas.

Entonces una persona apareció en la puerta de la humilde estancia.

—¡Luciano!—gritó llena de espanto la señora Lenormand.

—Sí, Luciano...—contestó éste.—Luciano que quiere que le deis su parte de herencia, los millones que le corresponden, y que no parará hasta conseguirlo. Hoy ha caído esta casa, mañana caerá otra, y más tarde otra... Si antes habéis de cansaros vosotros que yo.

—¡Luego fuistes tú!... ¡tú!... ¡tú!...—gritó la madre sin ventura, que no acertaba á explicarse tanta enormidad de perversión.

—Sí; yo fuí... ¿Y qué?

—¡Apártate de mi presencia, monstruo!... ¡maldito!... ¡maldito seas!...

El monstruo desapareció lanzando burlesca carcajada, á tiempo que llegó el colono para recibir en sus brazos el cuerpo de la señora Lenormand.

La infeliz madre estuvo mucho tiempo enferma de gravedad.

Su robusta naturaleza había sufrido un rudo sacudi-

miento al considerar que un hijo suyo, fruto de sus amores con su primer esposo, resultaba un criminal abyecto.

Cuando, recobrado el sentido, pudo conocer toda la extensión de su desgracia por la muerte de Luis del Pino, estuvo á punto de perder la razón.

Triunfó la ciencia, y curó la señora Lenormand.

La Justicia no logró nunca averiguar el nombre del incendiario.

Sólo pudo constatar que el incendio que destruyó la finca, acabando con la existencia del propietario, no había sido casual.





CAPITULO CXLII

En que se continúa la historia de Mme. L'Ardonais

Después del terrible accidente que costó la vida á don Luis del Pino, su viuda, acompañada de su hija Victoria, volvió á establecerse en París, alquilando una reducida habitación en el pasaje Deux-Sœurs.

Durante un año, madre é hija hicieron vida modestísima, alejadas por completo del mundanal bullicio.

Los dolores acerbos sufridos con cristiana resignación por la madre de Victoria, minaron de tal modo su antes robusta naturaleza, que enfermó gravemente.

Débil, achacosa, inclinada al peso enorme del infortunio, nadie hubiera reconocido en aquella anciana, que con la vista siempre fija en el suelo, se dirigía los domingos con paso vacilante á la cercana iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, á la arrogante cortesana del tiempo de Napoleón.

De su pasada hermosura no quedaban más vestigios que los que por la ley de la naturaleza heredara de ella Victoria, su querida Victoria, la hija de su alma, el báculo firme de su ancianidad adolorida.

Conservaba sí, casi todo su antiguo patrimonio, el que le dejara su segundo esposo D. Luis del Pino; pero el afán de transmitirlo íntegro á su hija de una parte, y de otra su invencible tristeza, eran causa de que la vida que ambos desgraciados seres arrastraban en París, no estuviese en harmonía con su desahogada posición social.

¡Cuán cierto es que el dinero no proporciona la felicidad!

La madre de Victoria hubiera con placer sacrificado su fortuna entera, sólo por atraer á su otro hijo Luciano, al camino de la honradez.

Pero había ya desistido de su propósito.

Luciano seguía en su vida de crápula y disipación, arrastrando por el lodo de los bulevards el nombre honrado que no le pertenecía.

La señora Lenormand habia ya renunciado á toda esperanza de regeneración de su desnaturalizado hijo.

Cada nueva locura de éste que llegaba á su noticia, y las malas noticias circulan siempre con rapidez vertiginosa, era un nuevo dardo que se clavaba en el corazón de aquella madre sin ventura.

Faltáronle al fin las fuerzas para soportar la pesadumbre inmensa de su infortunio, y sucumbió rendida, cuando apenas Victoria contaba dieciocho años.

Luciano supo la muerte de la mujer que le diera la existencia, con alegría feroz.

Hizo valer sus derechos ante los tribunales, como hijo primogénito que era; solicitó y obtuvo el poderoso auxilio de una Sociedad secreta, á la que pertenecía, y la cual le oblig

á entregar á cambio de dicho apoyo, el testamento de la señora Lenormand hecho á favor de Victoria, con la condición de que los poseedores del testamento entrarian en posesión de la fortuna á la muerte de Luciano, ó en el momento en que éste dejara de cumplir sus compromisos con la Sociedad secreta, que no era otra que la ya conocida de nuestros lectores con el titulo de «La Familia».

No reparó en concesiones el malvado Luciano.

Su deseo era ser millonario, y lo consiguió.

Un dia, pocos después de la muerte de su madre, Victoria recibió la visita de los funcionarios del orden judicial, á los que tuvo que hacer entrega de todo, hasta del mobiliario de la habitación.

La obra de infamia y de despojo estaba consumada.

* * *

Huérfana, sola, hundida en la miseria, lacerada el alma por dolores amarguísimos, Victoria, á los dieciocho años, pensó con placer en la muerte.

Su juventud y su naturaleza robusta no le aseguraban el fin próximo que ella hubiera deseado.

Tenia no obstante, un medio fácil y sencillo, al alcance de su mano, para hallar en el eterno reposo el olvido eterno para sus desdichas.

Pensó en el suicidio.

Una noche lluviosa y fria del mes de Enero, cruzó las calles llenas de nieve sucia, y se dirigió en derechura al Sena.

El viento helado arrojaba contra el rostro de la pobre niña los copos de nieve, cuya impresión apenas notaba aquella infeliz criatura.

Desatentada, loca, ajena á todo lo exterior, fija en la idea

única, suprema, en la del suicidio, llegó Victoria á uno de los puentes que unen los barrios extremos con el centro de la capital.

Tendió la vista en torno suyo; fué un instante no más. ¡Nadie! La nieve seguía cayendo con calma abrumadora... en todo el puente ni un ser animado... la obscuridad y el silencio por todas partes.

Medió un instante de indecisión, uno no más.

Luego, resuelta, encaramóse sobre la barandilla del puente.

Iba ya á caer su cuerpo al espacio, cuando un obstáculo imprevisto la detuvo al borde del abismo.

Victoria se desmayó.

Las violentas emociones sufridas durante algunos días, todo un siglo vivido en un segundo, agitaron fuertemente su cerebro enfermo y perdió el sentido en el momento en que creía perder la vida.

Cuando volvió en sí un hombre estaba á su lado.

Era un joven que al retirarse de una reunión de amigos celebrada en el barrio Latino, y al embocar el puente para cruzarlo é internarse en París, vió la acción de la joven, y llegó á tiempo de salvar su vida.

—¿Por qué me ha impedido V. que muera?—le preguntó con acento desgarrador Victoria.—No le reconozco á V. ningún derecho para oponerse á mis designios.

—No soy yo, señorita, sino Dios quien se opone á ellos.—contestó el desconocido.

—¿Dios?...—preguntó la niña, como si en la inmensidad de su infortunio hubiese olvidado que hay Providencia.

—Sí, Dios,—dijo el joven,—que me ha traído hacia aquí para que impida se corte una existencia de la que Él es único dueño.

Las cristianas palabras de aquel desconocido cayeron como bálsamo consolador en el corazón de Victoria.

Miró á su salvador, envolviendo en aquella mirada tantísimo dolor, tantos reproches por haberla impedido consumar el suicidio, que el joven adivinó toda una historia de lágrimas y de desesperación, cuyo desenlace hubiera sido una nueva tragedia á no llegar él tan oportunamente á impedirlo con su presencia.

—La nieve cae en abundancia,—dijo aquel hombre.—No puede V. permanecer aquí más tiempo. Permítame que, ya que he tenido el placer de salvarla, complete mi obra devolviéndola á V. al seno de su familia, que quizás á estas horas llora amargamente su ausencia.

Un torrente de lágrimas salió de los ojos de Victoria.

De su pecho, opreso por la amargura, se escapaban los sollozos tan apresuradamente, que casi la ahogaban.

El desconocido no fué dueño de ocultar su sorpresa ante aquella explosión de sentimiento.

—Cálmese V., señorita; por piedad, no se angustie de ese modo. ¿Dónde vive su familia?—volvió á preguntarle.

—Yo no tengo familia, caballero,—respondió entre sollozos aquel ser desventurado.

La admiración y la sorpresa subieron de punto en el salvador de Victoria al oir las últimas palabras de la niña.

—¡Es posible!...—exclamó.—¿Tanta es la desgracia que á usted abruma, que no cuenta ni con un ser que se interese por su suerte?

—¡Ay, sí, ni uno solo!... Me encuentro aislada, perdida, sola en esta población de tantos habitantes. ¡Ni uno entre ellos sufre al verme sufrir!...

El llanto la impedía hablar.

—¡Ni uno solo!...—repitió el joven.—Me parece, señorita,

que es V. injusta en sus apreciaciones. Yo sufro en estos momentos cuanto V. no puede imaginarse ante el espectáculo de sus desdichas. Y si á costa de mi tranquilidad pudiera yo dar á V. la que necesita, me consideraría dichoso.

—¡Cuán bueno es V.!... Porque esas palabras brotan indudablemente de su corazón... Quiero creerlo así, necesito creerlo... Deseo convencerme de que no todos son malos en este mundo... de que la honradez y la virtud de que me hablaba mi madre no se han extinguido aun por completo...

—¿No tiene V. madre, pobre niña?...—preguntó el desconocido.

—Le dije á V. hace un momento que era sola... sola...

—Tiene V. razón, señorita; lo olvidé. Pero al menos tendrá V. un hogar amigo y hospitalario donde guarecerse.

—¡Ni aun eso!...—suspiró Victoria.

Y de nuevo el llanto se agolpó á sus ojos, y otra vez los sollozos cortaron su voz en la garganta.

El joven parecía que reflexionaba.

De pronto, como si hubiese adoptado una resolución, exclamó:

—Apóyese V. en mi brazo, señorita.

—¿Dónde me lleva V.?—preguntó con terror instintivo Victoria.

—A donde pueda V. estar al abrigo de la nieve... y de cuantos osaran atreverse con una joven sin auxilio, ni defensa,—acabó por lo bajo el generoso joven.

La niña se dejó conducir, sin oponer resistencia alguna. Parecía un autómata, ajena á cuanto veía en torno suyo. Caminaron un buen espacio de tiempo, sin cambiar una palabra.

Luego se detuvieron ante la puerta de una casa, de humilde apariencia, del bulevard Magenta.

Abrió el desconocido, y acompañó á Victoria hasta un cuartito, alumbrado modestamente.

—Aquí queda V. en su casa,—le dijo.—Descanse esta noche de sus fatigas, y mañana ya veremos lo que debe hacerse.

Y saludando con respeto á la joven, salió de la habitación, y luego á la calle, murmurando, al tiempo de cerrar la puerta:

—¡Es extraño, muy extraño!... En fin, vamos ahora á buscar una fonda donde dormir... Veremos mañana.

*
* *

Fiel á su promesa, al otro día, á poco más de las diez de la mañana, el joven desconocido llamó á la puerta de la habitación donde dejara á Victoria.

Ésta abrió.

—¿Qué tal? ¿Ha descansado V.?—preguntóle con interés.

—Me ha sido imposible descansar,—contestó la niña.

Con efecto, el lecho estaba intacto.

—Esto no puede durar,—dijo el mancebo.—Por grandes que sean los dolores de V., hay que vencerlos con voluntad firme; la naturaleza mejor organizada, no podría soportarlos.

—¡Oh, si V. supiera!...—murmuró Victoria, animada por el respetuoso lenguaje del joven.

—¿Y por qué no he de saber?—dijo éste.—Me creo con algún derecho á conocer la desgracia que á V. aflije, y como en mi mano esté el remediarla...

—No; es imposible.

—¿Quién sabe?

—Va V. á juzgar, por sí mismo, de la inmensidad de mi infortunio.

Y dicho esto, Victoria relató á su salvador la historia que nosotros hemos narrado á nuestros lectores.

El asombro, la cólera, la indignación, la piedad, todos los sentimientos que pueden agitar, en diversos sentidos, un alma honrada, agitaron la del joven durante el relato de Victoria, hecho con la sinceridad más completa.

Cuando ella terminó, quedóse perplejo el joven.

Después de algunos momentos de vacilación, dijo:

—Muy grandes son sus desdichas, pero no irreparables; mucho ha debido V. sufrir, pero aun habrá consuelo para sus dolores. Yo me encargo de ello.

—¿Usted?—dijo Victoria, mirando al joven llena de asombro.

—Yo mismo. Hasta ayer, esta casa era mía; desde hoy lo es de V.; yo viviré en otra parte.

—¡Pero eso no es posible!...

—Una señora de confianza vendrá á vivir con V., para hacerle compañía. Por fortuna, tengo medios para permitirme el lujo de hacer una buena obra.

Victoria, que hasta aquel momento no había reparado en la gallarda y noble figura de su salvador, dijo, mirando á éste con enternecimiento:

—Pero yo no puedo, no debo aceptar...

—No puede ni debe V. rehusar; yo me pondré en campaña para que á V. se le restituya lo que se le ha robado, ó poco he de poder, ó me saldré con la mía.

—¡Oh!... Dígame V. su nombre para bendecirlo eternamente,—suplicó Victoria, con acento de profunda y sincera gratitud.

—Me bastará con que no lo olvide V. muy pronto; me llamo Jorge Téllez.



CAPITULO CXLIII

En el que termina la historia de Mme. L'Ardonais, con otras cosas que sabrá el que leyere

ERA, efectivamente, Jorge Téllez, el futuro marqués de Santullano, el que habia tenido la suerte de salvar á Victoria de una muerte segura.

Téllez estaba entonces en la plenitud de la vida.

Joven, apuesto, de elevada estatura, de rostro simpático, revelando la ingenuidad y la franqueza en su mirada, poseía todas las cualidades necesarias para hacerse agradable, cosa que lograba sin dificultad, por su conversación amena, su trato cariñoso y su exquisita cortesanía.

Victoria no se había percatado de las cualidades físicas y morales de Téllez, hasta el momento en que éste la ofreciera toda su protección, su auxilio todo.

Encontró agradable á Jorge; interiormente se alegró de que él y no otro, hubiera sido su salvador.

La varonil hermosura de Jorge; su tez, morena, como si

el sol del desierto ó las brisas de los mares la hubiesen ... tido; su apostura gallarda; su mirada, á la que por lo ser... y limpia parecía asomarse el alma de un ángel;... todo, ... cuanto la femenil fantasía pudiera pedir como compendi... perfecciones en el ser amado, lo reunía con largueza Jor... el generoso salvador de la pobre huérfana.

Así lo consideraba ésta, que á hurtadillas convertía ... vez en cuando sus ojos á los de su amigo, en tanto éste ... hablaba y le exponía sus planes para lo futuro.

No había manera de resistirse.

La argumentación del generoso Téllez era tan sólida co... irrebatible.

Al principio Victoria se resistió con energía á las prop... siciones tan caritativas como honradas que Jorge le hacía.

Pero poco á poco fué perdiendo terreno y batiéndose ... retirada.

Comprendió que el joven tenía razón en cuanto decía.

Que sola, á su edad, en un París, corría mil peligros, tan... ó más terribles que el que corriera la noche antes.

Además, y esto era lo peor... ó lo mejor: Victoria iba en... cariñándose tanto con la franca y expresiva fisonomía de su salvador, que no sin un sentimiento de profunda alarma se confesó que perderla de vista sería para ella un golp... mortal.

A los dieciocho años, los dolores duran poco.

La persuasión de que los muchos años de vida que h... por delante traerán consigo placeres y goces aun no cono... dos, nos hace olvidar la desgracia.

Tal le pasó á Victoria.

Jorge Téllez cumplía su palabra como lo que era, com... un perfecto caballero.

Al día siguiente de su primera entrevista, después de ...

del puente, una señora de humilde apariencia llamaba á la puerta de la casa donde se hallaba Victoria.

—Vengo,—le dijo,—de parte de don Jorge, para hacer á usted compañía.

La joven hizo pasar á aquella señora, y la dispensó una acogida cariñosísima.

Jorge no podía haber hecho mejor elección.

Doña Magdalena Lavigny, era viuda de un antiguo empleado en el Ministerio *des Finances* (de Hacienda), y vivia modestamente con la pensión que el Estado le pasaba como viuda de aquel probo empleado.

Perfectamente educada, y en el ocaso ya de una existencia que no había por cierto alegrado con sus dones la fortuna, acostumbrada á trabajar y á sufrir, doña Magdalena tenía siempre una frase de consuelo para el que sufría, una tierna caricia para quien deramaba lágrimas.

Las dos mujeres tárdaron en amarse, el tiempo que necesitaron para conocerse: brevísimos dias.

Entonces Victoria ya no pensó en la muerte.

Antes al contrario; sentíase feliz con aquella existencia que, sin embargo, no podía prolongarse.

Ella lo comprendia asi, pero no tenía valor para arrancarse á una vida que era su delicia y lanzarse á otra de azares y de miserias...

Jorge iba á verlas con frecuencia.

Los domingos llegaba por las mañanas, y si no llovia, las llevaba á Saint Cloud, ó á Versalles, donde pasaban alegremente el día, regresando á París ya anochecido.

Tal existencia duró tres meses.

Un día, al cabo de este tiempo, Jorge entró más grave y silencioso que de costumbre.

Victoria advirtió aquel cambio, y le preguntó:

—¿Está V. enfermo, Jorge?

—No, señora,—dijo éste,—pero ha llegado la hora de q. hablemos con franqueza; mi felicidad, mi vida, están en manos de V.: ¿quiere V. ser mi esposa?

Victoria esperaba aquella pregunta; habia adivinado el amor de Jorge, pero como la posesión de tal cariño hubiera sido para ella una felicidad suprema, no se atrevía á concebir esperanzas.

Mas cuando oyó la pregunta, un goce inmenso, jamás sentido, rebasó de su corazón. Tendió á Jorge la mano temblorosa, y le dijo:

—¿Es posible que en la posesión de una pobre huérfa haya cifrado V. su dicha?...

Tres meses después de aquella escena se casaron.

Jorge trabajaba sin descanso en busca del hermano d· su esposa, logrando al fin descubrir que pertenecia á · L Familia», y que no estaba en Francia, sino en España.

Entonces concibió él su proyecto.

—Me empleará dos ó tres años, más tal vez... pero s· mio.

Con efecto, se pasaron dos ó tres años, durante los cuales murió la buena D.ª Magdalena Lavigny, en los que Jor. no cesó de trabajar.

Un dia se presentó á su esposa, y le dijo:

—He de marchar á Madrid; mi ausencia durará breves dias.

No duró más que ocho.

Al cabo de ellos, al reunirse de nuevo con su esposa en Paris, le habló así:

—Sé donde está tu hermano; para que entres en posesi de lo que te pertenece, para vengarte y satisfacer yo un. necesidad de mi alma, hemos de marchar á Madrid.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo; dejé allí casa puesta. Desde hoy tú eres Mme. L'Ardonais, modista parisién; yo soy el marqués de Santullano.

El más vivo asombro se pintó en el rostro de Victoria.

Jorge lo advirtió, pero continuó hablando:

—Viviremos separados... en la apariencia al menos. Delante de la gente, si alguna vez nos encontramos juntos, hemos de fingir que somos desconocidos el uno del otro.

No se habló más. Seis días después, Mme. L'Ardonais tomaba á su servicio varias señoritas para establecer el taller de modista de la calle del Baño, y el marqués de Santullano se posesionaba de la jefatura de «La Familia», en Madrid, sembrando el pánico entre la cuadrilla de malhechores más ó menos blasonados que componían el llamado *Consejo de los duques*, cuya disolución logró Santullano.

*
* *

Sorprendimos á Mme. L'Ardonais en el momento en que, girando sobre un eje central uno de los armarios de la librería, daba paso á Jorge Téllez.

Madame L'Ardonais, ó Victoria del Pino, pues tal era su verdadero nombre, se levantó al ver entrar á su esposo y echándole los brazos al cuello, con acento en que se transparentaba el cansancio, le dijo:

—¡Cuándo acabaremos de fingir!... ¡Ay, Jorge, tú no sabes lo que yo sufro!...

—¿Por qué, tonta?—le dijo familiar y cariñosamente su marido.—¿Qué te falta? ¿No tienes mi cariño?

—Sí,—respondió ella.—¿Pero te parece poca pena la de tener que ocultarlo; la de no poder presentarme en público del brazo de mi esposo; la de tener precisión de ocultar mi

cariño y el lazo que nos une, como si se tratara de un exa-
men?

—Descuida, Victoria; esta vida no durará ya mu…
tiempo.

—¡Gracias á Dios!... No sabes cuánto deseo que ter-
mine.

—Pues tu deseo se verá muy pronto satisfecho.

—¿Y podremos salir juntos, presentarnos juntos en todas
partes?

—Es claro que sí.

Orgullosa de su marido, cuando Jorge le anunció que la
comedia que venían representando iba á terminar pronto, su
alegria no tuvo limites.

—Según eso,—le preguntó á Jorge desarrugando el entre-
cejo,—tus asuntos marchan á medida de tu deseo.

—¡Oh, sí!... Como ni aun me atreví á soñar.

Y al decir esto, se animó más que de ordinario el sem-
blante de Jorge.

—Mira,—prosiguió, sentándose junto á su esposa, y a…
riciando con las suyas una mano blanca, pequeña y fina de
Victoria,—tengo ya á tu hermanito colocado junto á mí,
tengo á mis órdenes; casi es mi igual.

Victoria le escuchaba asombrada.

—Para hacerle escupir todo el dinero, y deshacerlo lue-
de un pisotón, como se deshace á un sapo, necesito antes
todo protegerle, y le protegeré.

—No te entiendo, Jorge, y me das miedo...—dijo angus-
tiada Victoria.

—¡Oh! No temas nada; quiero deleitarme privándole p…
á poco de todos los goces, de todas las comodidades, de to-
dos los lujos, pero antes he de hacérselos saborear; ¿com-
prendes?

—Sí, sí...—murmuró Victoria.

—Y luego,—siguió diciendo Jorge,—cuando lo tenga en la miseria, en la suciedad, en el fango, de un puntapie lo meteré en el calabozo de un presidio si el respeto al apellido que tú llevas me contiene, evitándome arrojarlo sobre las tablas del cadalso. ¡Tendría que ver el señor marqués de Pino Seco, atado al tronco con la argolla al cuello!...

—¡Qué horror!—gimió Victoria, cubriéndose el rostro con las manos.

—Y tras él, seguirían los que con él viven y como él lucran. A todos los tengo aquí.

Y al decir esto, presentaba el férreo puño cerrado.

—He de aplicarles,—decia,—la ley de Lynch; la que vi aplicar allá en las selvas vírgenes del Norte de América, en las estepas inmensas donde el hombre libre se hace la justicia á medida de su deseo.

—¡Ay, eso no es moral!—dijo Victoria, incapaz en sus generosos sentimientos, de comprender lo que es la maldad humana.

—No es moral,—dijo Santullano,—pero es justo. Ojo por ojo, diente por diente... Esa es la verdadera justicia: la que no puede tener apelación, ni aun ante el tribunal del Eterno.

—¡Cuidado, Jorge; me das miedo!...

—Tranquilizate, —dijo Jorge, cambiando de acento, y adoptando el reposado y plácido, que tan grata hacia su conversación.—Ya verás ahora como hablarán de mí los periódicos... es decir, de mí no; pero si de mis obras, sin saber que son mías.

—¿Qué es lo que intentas, Jorge?

—Rasgar pergaminos adquiridos por el crimen; repartir entre los pobres fortunas robadas á los pobres; volver á las

cárceles y presidios, á los que de ellas salieron para convertirse en potentados, en banqueros, en títulos; hacer que mengüe la explotación, el agio, la usura, el crimen...

—Pero esa obra de redención, ¿piensas llevarla á cabo tú solo?

—No; cuento ya con auxiliares, y contaré en breve con otros.

—¿Los conozco yo?

—Creo que no; pero ya los conocerás, porque no todo en el mundo es malo. Y con ayuda de esos hombres de buena voluntad, verás como hago saltar las casas de crédito, quebrar á los banqueros, empeñar sus títulos á los aristócratas de ocasión, y arrojar, en fin, esa simiente de presidio, al único terreno donde puede y debe fructificar: lejos del que pisan los hombres honrados.

Victoria miraba atónita á su esposo.

Tenía razón para ello.

En la mente de Santullano, bullían proyectos que, como acababa de decir á su esposa, darían que hablar á los periódicos.

Entre otros, estaba el hacer quebrar al banquero Hurtado y á Piedrahita; de despojar de sus títulos á los que lo tenían concedido por «La Familia»; el de saltar la Sociedad «Crédito Universal», de Barcelona, en la que estaban nuestros antiguos conocidos Rufino, Joaquín, Ramón y Marcelino.

¿Logró Santullano realizar sus planes?

La vasta extensión que abraza el relato de la interesante historia de Santullano, nos obliga á hacerlo materia de un segundo tomo.

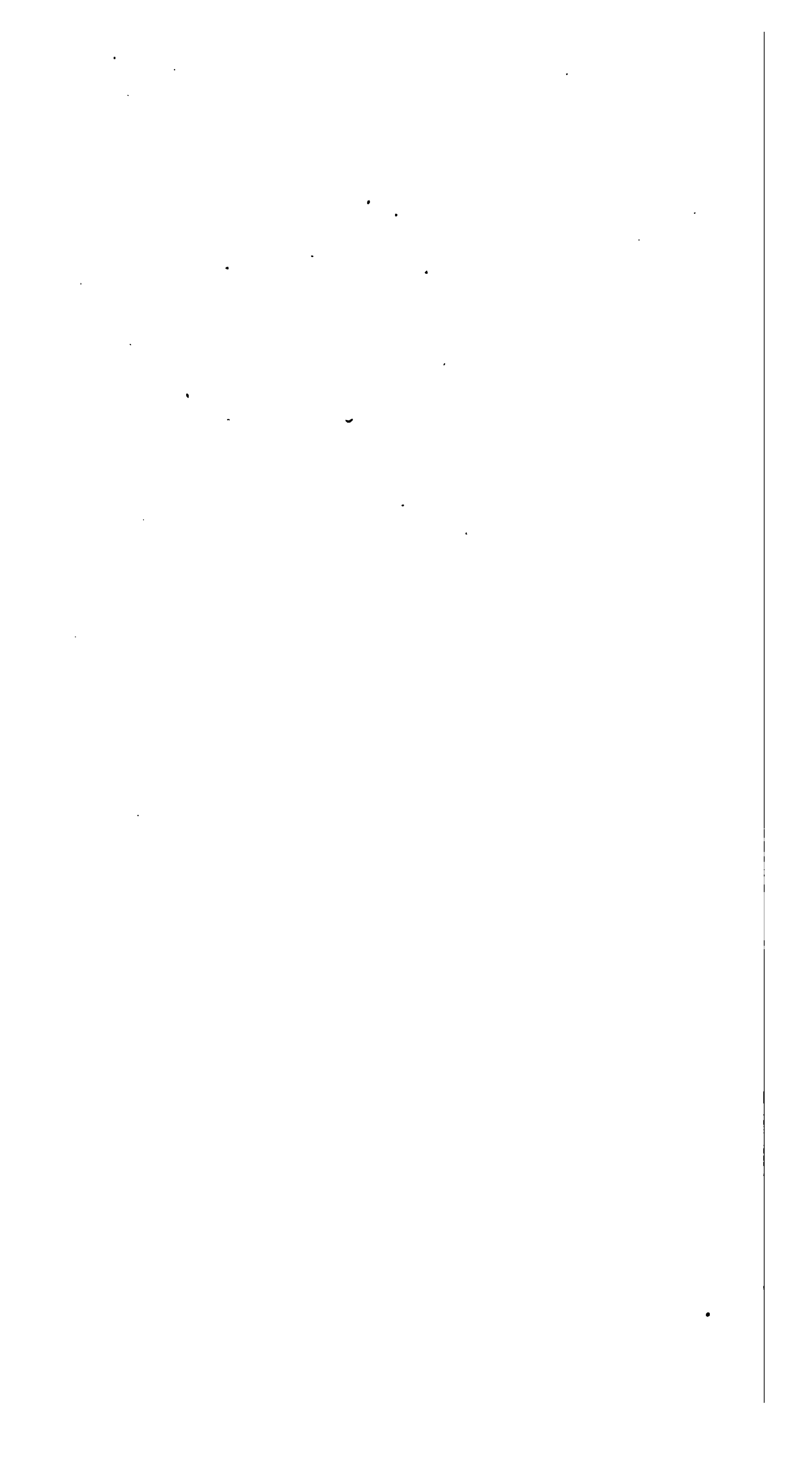
FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE

LA POLICÍA MODERNA

TOMO PRIMERO



PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

TOMO PRIMERO

